MATRIOSKA

Hermanos Kozlov III



ALEXA RUSSO

Matrioska

Hermanos Kozlov III

Alexa Russo

Copyright © 2024 Alexa Russo

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Para ti, papá.

Capítulo 1

«Lo que sorprende, sorprende una vez, pero lo que es admirable lo es más cuanto más se admira».

Josep Joubert.

Tatiana acarició con cuidado la cabeza de su muñeca Nevalyashka. Pasó los deditos por el pelo pintado de color rubio y luego puso su atención sobre los ojos azules y grandes que le daban esa expresión tan despierta a su rostro. No se había separado de esa muñeca desde que su madre se la regaló por su décimo cumpleaños. Ya habían transcurrido varias semanas desde entonces, y por primera vez en su corta vida, Tatiana sintió el vértigo del paso del tiempo. El día que desenvolvió el regalo aún faltaba mucho para el invierno y ahora, casi de improviso, los días eran fríos y el resplandor de la nieve lo cubría todo con una claridad fantasmal. Suspiró mientras estudiaba las facciones de la muñeca bajo la luz que entraba por los ventanales del pasillo. Por algún motivo que no lograba precisar, le encantaba contemplar esa Nevalyashka.

—Quita, idiota. —Viktor apareció de la nada y la empujó contra la pared para abrirse paso en su huida hacia alguna parte.

La quitó de en medio sin ningún reparo y Tatiana se golpeó tan fuerte en el hombro que chilló de dolor. Cayó al suelo por culpa del encontronazo y la muñeca se le escapó de las manos. Su hermano ya se habría metido en otro lío y, como siempre, arrasaba con todo lo que hubiese en su camino con tal de escapar del embrollo.

Tatiana se pasó la mano por el hombro dolorido. Se había hecho daño, pero lo peor era que su Nevalyashka se había caído. Si la muñeca estaba rota, Viktor se las pagaría, y esta vez de verdad. Ya no perdería el tiempo en explicarle a su padre por qué su hermano merecía un castigo, pues él estaba demasiado ocupado con sus asuntos como para escuchar lo que ella tenía que decir. Por eso, se dijo que había llegado el momento de tomar las riendas de sus propios problemas.

¿A qué estaba más apegado su hermano Viktor? No tenía ni idea, pero lo averiguaría, y cuando lo hiciese, prendería fuego a eso que tanto amaba y luego lo golpearía sin piedad con uno de los atizadores de la chimenea.

Tatiana suspiró y se apartó el pelo de la cara mientras se ponía en pie, con una mano puesta sobre la pared. Se dio la vuelta para buscar su muñeca, temerosa de que se hubiese roto de verdad, y entonces esta apareció frente a ella.

—Toma. —El chico de los ojos verdes se la tendió con cuidado—. Por suerte, estas muñecas siempre caen de pie.

Era cierto. Las Nevalyashki siempre caían de pie.

Tatiana le miró con desconfianza. Hacía tanto que no le veía por allí que ya pensaba que se habría marchado para no volver. Muchos lo hacían. Pasaban un tiempo en la casa y luego desaparecían de la noche a la mañana para no regresar jamás. Pero él estaba de vuelta y eso la reconfortó.

—¿Qué truco haces para que nunca te oiga llegar?

Él se encogió de hombros.

Tatiana analizó sus ojos una vez más, como hacía siempre que se cruzaba con él. Eran muy

bonitos y le recordaban a las luces que vio en una noche de otoño en el cielo de Tampere, cuando acompañaba a su madre a visitar a la abuela Anna. Ella le dijo que esas luces recibían el nombre de auroras boreales y que en Finlandia era muy fácil verlas cuando el cielo estaba muy oscuro. Justo a eso le recordaba el color de esos ojos que ahora la miraban con inseguridad, a las auroras boreales de la casa de su abuela Anna.
—Soy muy silencioso —añadió él, finalmente.
Tatiana le dio la razón con un leve asentimiento. Cogió la muñeca y la pegó a su cuerpo.
—Gracias.
—De nada.
Él no se marchó. Se quedó allí, en medio del pasillo, con los ojos puestos sobre ella.
—¿Quieres que haga pagar a tu hermano por esto? —preguntó, dubitativo.
Tatiana no malgastó tiempo en considerar su oferta.
—No. —Negó con la cabeza—. Eso te meterá en problemas.
Desde luego que le encantaría que alguien le hiciese pagar, pero no quería que esa persona fuese él. A su padre no le importaba que Viktor la tuviese tomada con ella, pero no tenía reparos en castigar a quien se pasaba de la raya con sus hijos si esa persona no formaba parte de la familia. Justo eso era lo que le había ocurrido al hombre del bigote pelirrojo. Después de que se burlase de Aleksei por perder su primera partida al póker, Tatiana le escuchó gritar durante horas en el piso de abajo, y luego, nunca más volvió a verle. En absoluto deseaba algo así para ese chico.
—Nadie se enterará —insistió él.
Por algún motivo, Tatiana le creyó. Estaba segura de que era capaz de vengarse de Viktor sin que nadie pudiese señalarle como culpable, pero, aun así, no estaba dispuesta a correr ningún riesgo.
—Puede que la próxima vez. —Dio el tema por zanjado.
—Vale.
Tatiana le estudió con disimulo. Era alto, como su hermano Aleksei, y también era fuerte, aunque no se apreciase por culpa de la sudadera de deporte raída que siempre llevaba puesta. Era tres o cuatro años mayor que ella y estaba segura de que había llegado desde alguna ciudad del norte. Su tía Lada vivía en Arcángel y el acento le recordaba mucho al suyo.
—¿Cómo te llamas?
—Bogdam.
Tatiana alargó la mano para saludarle, como siempre veía hacer a su padre.
—Yo soy Tatiana.
Bogdam extendió la suya y se dieron un apretón suave.
—Lo sé.
Ella apartó la mano y abrazó a su muñeca de nuevo.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Todo el mundo lo sabe. Eres la hija del jefe.
Para Tatiana eso no era algo tan obvio. Casi nadie reparaba en ella, ni siquiera los amigos de su padre a los que conocía desde hacía tanto tiempo. Ellos apenas la miraban, e incluso a veces ni siquiera respondían a sus preguntas. Sólo las chicas del servicio le prestaban atención, siempre y cuando no estuviesen ocupadas con sus tareas.
Permanecieron quietos durante unos instantes, en medio del pasillo. No sabían qué decir, pero ninguno de los dos quería marcharse.
Tatiana rompió el silencio.
—¿Te vas a quedar mucho tiempo por aquí?
Él se pasó la mano por el cuello, como si no tuviese ni idea de qué responder a eso.

—Pues… espero que sí.
—Entonces, tal vez podamos ser amigos —dijo ella, de inmediato.
Bogdam sonrió de forma fugaz.
—No existen los amigos aquí.
Ella no comprendió bien a qué se refería. Su padre tenía amigos, algunos que vivían dentro de casa y otros que vivían fuera, personas con las que reía y jugaba a las cartas cada día. Pero ese chico llevaba muy poco tiempo allí como para saber todo eso.
—No pasa nada. —Tatiana apretó la muñeca contra su pecho un poco más, como si así pudiese espantar la inseguridad—. Iremos despacio.
Bogdam la miró de soslayo.
—Vale.
Ella echó un vistazo a su reloj y comprobó que el minutero pasaba de las doce en punto por tres minutos.
—Tengo que irme. —Su clase de piano ya debería haber comenzado—. Nos vemos pronto.
Tatiana se apresuró hacia el salón, que estaba al final del pasillo, donde ya la esperaba el señor Kuznetsov para la lección. No le dio oportunidad a Bogdam de despedirse y se preguntó cuándo volvería a verle. Tenía muchas preguntas para él.
Lo que Tatiana no sabía era que no tardaría mucho en descubrir el motivo por el que ninguno de los hombres de su padre hablaba con ella, y también en asumir que esas normas que su padre imponía se aplicaban de igual manera al chico con los ojos del color de la aurora boreal.

Capítulo 2

«La sabiduría es hija de la experiencia».

Leonardo da Vinci

Tatiana contempló al hombre que estaba sentado frente a ella, al otro lado de la mesa. El contacto visual se prolongó lo suficiente como para que él apartase la mirada.
—¿Fentanilo? —repitió, decepcionada—. Te creía más inteligente.
Él alzó las cejas. La cafetería estaba poco concurrida a esas horas de la noche, aunque desde el lugar que ocupaban, su rincón habitual, pocos podrían captar algo de la conversación.
—Vamos, Tatiana. Es lo que se demanda en la calle.
Tatiana golpeteó el borde de su taza de café con las uñas, todavía con los ojos puestos en él.
—¿Desde cuándo tu clientela es de la calle, Artem?
—No son de la calle, pero quieren lo mismo. —Artem sacó un paquete de tabaco del bolsillo interior de su americana.
Tatiana negó con vaguedad.
—No lo hagas, confía en mí con esto. Esa mierda reducirá tu cartera de clientes a un tercio sólo en el primer año.
Artem sonrió. Era guapo para tener casi cincuenta, pero en ese momento su sentido común estaba a la altura del de un niño de doce. Tatiana continuó con su discurso de persuasión.
—Puede que ahora menosprecies las consecuencias, pero en un tiempo te arrepentirás de haber metido esa porquería en tu negocio. El riesgo de sobredosis es extremadamente alto. No compensa.
—Sólo necesito un poco de dinero, Tat, y lo que ahora da dinero es eso —dijo, convencido—. La gente lo pide. Se compra y se vende, así es el mercado. Y yo quiero vender, ya lo sabes.
—Es dinero rápido, pero nada más. No es un buen plan a largo plazo, eso es lo que intento decirte. —Tatiana se inclinó un poco hacia delante para que la escuchase bien—. Lo que te seguirá haciendo rico son las benzodiacepinas. Eso no mata al comprador, sino que lo fideliza para el resto de su vida, la cual será larga. Menos dinero durante mucho más tiempo. Haz las cuentas, Artem.
—Vamos, Tat. —Artem levantó la mano cuando vio pasar al camarero—. Tengo que pagar la casa que me acabo de comprar, y ha sido muy cara. La cocina es de mármol de Caracatta. Un martini —le dijo al chico.
Tatiana se echó de nuevo hacia atrás y se acomodó en el respaldo de la silla. Aceptó que Artem estaba demasiado convencido como para hacerle cambiar de opinión, así que escogió rendirse antes que perder más el tiempo. Eso, y que su trabajo no consistía en dar lecciones de sentido común a nadie.
—Bien, haz lo que quieras —concluyó, con una exhalación—. ¿Comprarás también lo de siempre, o lo apuestas todo al nuevo ángel de la muerte?
Artem se tomó su tiempo para responder, mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla y se lo encendía con su habitual encendedor *jet flame*.
—Lo de siempre también, por supuesto.

Tatiana cogió su iPad del bolso. Lo desbloqueó con un movimiento ágil y abrió una de las tablas de datos. Luego, paseó los ojos por la pantalla. Tenían problemas de stock con algunos productos, pero toda Europa estaba igual, así que el tema no le preocupaba en exceso.
—No me queda clonazepam. Hay un desabastecimiento generalizado, pero cuento con que todo vuelva a la normalidad en las próximas semanas.
—Está bien.
—¿Trialozam necesitas esta vez? —Tatiana habló sin quitar los ojos de su dispositivo, donde preparaba la hoja del pedido.
—No, gracias. —Su Martini llegó y le dio un trago rápido—. Todavía no he vendido toda la remesa de la última vez. Ha perdido popularidad.
Tatiana levantó una ceja.
—Qué le vamos a hacer. Y del resto, ¿lo de siempre?
—Lo de siempre —confirmó.
—¿Quieres que te ponga también naloxona?
—¿Eso qué es? —dijo, mientras sacudía la ceniza.
—El antídoto para la mierda que le quieres vender a tus clientes —Tatiana le miró con desdén—, para que intentes contener la oleada de muertes que se te va a venir encima.
Artem dio una calada larga al cigarrillo sin quitar los ojos de ella.
—Claro —dijo, y luego expulsó el humo—. Te veo muy segura, Tatiana, pero te recuerdo que mis clientes no son toxicómanos de media neurona.
Tatiana sonrió con los labios apretados y bajó el iPad a su regazo.
—Lo sé, Artem. —Le observó mientras luchaba con el profundo sentimiento de rechazo que le provocaba su ignorancia—. No tiene sentido suavizar la realidad, así que te seré sincera, por todos los años que hace que nos conocemos y porque te aprecio. —Hizo una pausa para fijar su atención—. El problema está en que, si una de esas amas de casa ricachonas y aburridas que te compran «medicamentos» para hacer que su vida sea más interesante se pasa con la dosis de estas pastillas, morirá en una agonía inhumana mientras se asfixia en el suelo de la cocina de su casa. Y cuando su marido encuentre el cadáver, irá directo a buscarte a ti. A ti, Artem —enfatizó —. Tu reputación y tu trabajo se irán al traste y no tendrás manera de pagar ese mármol de Caracatta tan bonito que has puesto en la cocina. Tú sabes mucho sobre hacer negocios, y yo sobre medicina. Las benzodiacepinas y los opioides son fármacos muy distintos, así que hazme caso con esto, ¿quieres? Olvídate del fentanilo.
Artem meditó lo que acababa de escuchar mientras giraba la copa de Martini sobre la mesa, la cual sostenía por el fuste. Se tomó su tiempo para pensar en sus palabras y Tatiana se lo concedió.
—Dame sólo un poco de fentanilo para probar —respondió al fin, a media voz—. Y ponme también el antídoto. Es para un comprador muy insistente que si no me lo compra a mí, se lo comprará a otro. —Dio una calada al cigarrillo que sujetaba en la otra mano—. Se lo proporcionaré y más adelante ya decidiré si continúo vendiéndolo o no.
Su advertencia no había servido de nada.
—De acuerdo. —Tatiana puso su atención en el iPad de nuevo, resignada—. Pero recuerda mis palabras, Artem. Dentro de poco, no tendrás cliente.
Anotó sus exigencias y envió un mensaje a Evgueni para que preparase el pedido. Esos medicamentos estarían al día siguiente en Nizhni Nóvgorod, a primera hora de la mañana.
—¿La forma de pago habitual? —preguntó, sin mucha emoción.
—Sí. Como siempre.

Notó los ojos de Artem puestos sobre ella en lo que le llevó realizar las últimas anotaciones.
—¿Qué planes tienes ahora? —dijo él, mientras apagaba el cigarrillo a medio fumar en el cenicero, de un golpe.
Tatiana echó una ojeada a su reloj.
—Me voy a casa, necesito descansar.
—Te invito a cenar. He venido con Olga, seguro que se alegra de verte.
Tatiana apagó el iPad y lo guardó en el bolso. Al día siguiente tenía programada una reunión con sus hombres, una reunión importante y decisiva. Estaba cansada de la situación en Moscú y era hora de organizar el golpe de efecto que hacía semanas que debía haber dado a esos malditos chinos, de poner fin a las refriegas, los saboteos y el espionaje que azotaba la ciudad desde que Deshi tomó las riendas. Además, estaba cansada. Se moría de ganas de quitarse los tacones y de darse un baño largo en el *jacuzzi*.
—Te lo agradezco, pero mejor en otra ocasión.
—Siempre tan ocupada, pero no te puedo culpar. —Artem apuró el martini—. Nos vemos el mes que viene, entonces.
—Claro. —Tatiana cogió su bolso y se puso en pie—. Cenaré contigo y con Olga para entonces. En Peshi. Invito yo.
Artem se levantó también, mientras se abrochaba el botón de la americana.
—Olga ama el marisco, así que Peshi le parecerá bien. —Le cedió el paso y Tatiana caminó delante de él hacia la salida de la cafetería.
Ella le hizo un gesto a Nikita para que abonase la cuenta y luego empujó la puerta de salida con las manos. El frescor de la noche la envolvió al llegar al exterior. Odiaba el calor, por eso no hacía ni un solo negocio que implicase moverse por Moscú en las horas centrales del día. Y así sería, al menos, hasta principios de septiembre.
Tatiana se detuvo frente a Artem.
—¿Te sigues quedando en el Four Seasons?
—Sí, soy un hombre de costumbres.
—Pues prueba la pasta con pato estofado del restaurante. Lleva un par de semanas en carta y merece mucho la pena. —Le sonrió con cortesía.
Artem le devolvió la sonrisa y luego le tendió la mano. Tatiana se la estrechó con firmeza.
—Como siempre, encantado de hacer negocios contigo, señorita Kozlova.
—Lo mismo digo, Artem Lopatin —Tatiana hizo una inclinación de cabeza—. Dale un beso a Olga, y cuídate.
—Cuídate tú también, Tat.
Acto seguido, descendió la escalinata de la cafetería.
Se largaba de allí.

Capítulo 3

«Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos».

William Shakespeare.

Tatiana bajó a toda prisa los peldaños de la cafetería y fue directa al coche de Bogdam. Subió a bordo y cerró la puerta con más fuerza de la que tuvo intención. Luego, se abrochó el cinturón y le instó a arrancar.

—Larguémonos de aquí.

Él se puso en marcha. Recorrieron las calles del distrito de Pokrovskoye-Streshnevo mientras varios coches de sus hombres se unían a la comitiva.

Estaba nerviosa. Ahora que había terminado la cita con Artem, tocaba ordenar en su cabeza las ideas de la reunión del día siguiente. Algunos de los cabecillas de los distritos ya habían mostrado sus reticencias a apresurarse con la respuesta a los conflictos en Moscú, a dar un paso en falso, y era comprensible. No sólo estaba en juego su trabajo, ese que les proporcionaba unos ingresos suculentos y acceso a un tipo de vida que de otra manera no podrían tener, sino que también estaban en juego sus vidas. Por eso, tenía que escoger bien las palabras que iba a usar si quería motivarlos para encarar la situación con las mismas ganas que tenía ella.

Y, para qué negarlo, también estaba nerviosa por compartir ese espacio tan reducido con Bogdam. Se recriminó haber sido tan impulsiva como para montar en su coche, pero ya era tarde para remediarlo.

Bogdam percibió su incomodidad y puso palabras a la pregunta que Tatiana sabía que flotaba entre ellos.

—Creía que regresarías con Leo —su voz rota sonó inexpresiva.

A ninguno de los dos les pasaba desapercibido el detalle de que Tatiana ya no iba con él a ninguna parte.

—No. No para de fumar tabaco negro —dijo, con fastidio—. He venido con él y al salir del coche me apestaba la ropa a humo.

Bogdam la miró de reojo.

—Hueles a tu perfume de siempre, si es lo que te preocupa.

Tatiana no respondió. Todo era extraño cuando estaban juntos, como si algo no encajase en la escena, y sabía bien de qué se trataba: era el fantasma de lo que pudo ser y no fue.

Bogdam y ella no eran nada, un «nada» que cobró fuerza el día que descubrió que él tenía algo con Natalia, la sicaria de su tío Maxim. Desde ese momento, Tatiana sólo podía mostrarse distante con él en lo emocional, puede que por proteger su corazón, erróneamente tachado de gélido, o tal vez sólo por resentimiento. Ver a Bogdam con otra mujer dolía. Dolía tanto que lloró de rabia el día que los descubrió juntos y no pudo parar de hacerlo hasta que se sintió completamente vacía. Luego, se censuró a sí misma y no volvió a derramar ni una lágrima más. Era la líder en Moscú y, como tal, no tenía tiempo para distraerse con un asunto como ese.

Ahora, se escudaba detrás del muro de hielo que había construido entre ambos, un muro invisible que los situaba a kilómetros de distancia el uno del otro, a pesar de estar atrapados en un espacio tan reducido como era ese coche. A los dos se les daba bien sobrevivir separados y no era la

primera vez que pasaban una temporada sin saber el uno del otro. Primero, fue Bogdam quien salió de su vida, cuando ella acababa de cumplir diecisiete años y a él le condenaron a un año en prisión. Luego, el contacto entre ellos fue mínimo durante los años que Tatiana pasó en la universidad. Las idas y venidas de ambos habían sido constantes y, sin embargo, allí estaban los dos, vivos a pesar de ello.

Pero esa noche necesitaba sentirse arropada y, por desgracia, eso sólo ocurría cuando estaba con Bogdam. También experimentaba esa sensación con su hermano Aleksei, pero él ya llevaba mucho tiempo fuera de su vida, por lo que su abanico de opciones se reducía al hombre que conducía a su lado.

—¿La reunión no ha ido bien? —Él rodó el volante con una mano para girar a la derecha en la calle Dovolga.

—Sí, ha ido bien, como siempre. Sólo estoy cansada. —Aunque se esforzaba por actuar con naturalidad, el cambio de actitud era evidente.

Él no dijo nada. Continuó conduciendo, con la vista puesta en la carretera.

Tatiana se preguntó cómo había acabado en una situación tan lamentable como esa. Bogdam era guapo y atractivo a sus ojos, y estaba segura de que ella también lo era a los suyos, lo que explicaba que la tensión sexual hubiese flotado entre los dos en multitud de ocasiones. Pero lo que Tatiana sentía por él iba mucho más allá del deseo físico. Ella tenía sentimientos auténticos y profundos, unos que se había empeñado en ignorar durante años y que ahora estaba segura de que no eran recíprocos. No entendía cómo había podido confundirse tanto con él. Tal vez porque desde niños se habían profesado un trato completamente distinto al del resto de integrantes de la organización, porque habían construido algo que los comprometía de una forma difícil de definir: un vínculo sólido e íntimo que los dos protegían en silencio, y al que ahora Tatiana había arrebatado todo el poder. Como si así pudiese evitar la tragedia emocional que ya planeaba sobre ella.

Tatiana había cortado esa conexión y ahora actuaba como si no existiese nada entre ellos, más allá de las ataduras de la organización y de los recuerdos que ambos tenían en común. Su relación quedaba reducida así a una unión jerárquica y profesional en la que no había cabida para sentimentalismos, más allá de los inevitables, surgidos por la cotidianeidad compartida a lo largo de los años. Ahora Bogdam sólo era uno más de sus hombres, un antiguo conocido, una herramienta que utilizar como la líder que era en Moscú. Eso era lo justo para ella.

Tatiana puso la vista en su ventanilla y en la calle que recorrían en silencio, la cual brillaba iluminada por las luces anaranjadas de las farolas y por los reflejos blancos y rojos de los faros de los coches que circulaban a su alrededor. Sabía que estaba siendo injusta con Bogdam de alguna manera. No tenía derecho a recriminarle nada y eso empeoraba la forma en la que se sentía. Si la relación entre ellos nunca había pasado de un determinado punto era, en parte, porque se había empeñado en frenar cualquier avance cada vez que las cosas entre ellos empezaban a fluir. Y ahora que sabía que el tren se había marchado sin ella, sus anhelos frustrados y sus expectativas autocensuradas la asfixiaban. Y se oxigenaba así, apartándole.

Pero no debía sentirse mal por ello ni tener remordimiento alguno. Bogdam estaba bien y disponía de su paño de lágrimas particular con el que consolarse. Una mujer morena, alta, guapa y atlética, de labios carnosos y habilidades físicas mucho mejores que las suyas. Bogdam tenía a Natalia, y era ella quien necesitaba buscarse a alguien con quien olvidar.

Exhaló cansada mientras sacaba el teléfono móvil de su bolso. Tenía mensajes que revisar desde hacía varias horas, así que dejó de divagar sobre algo que ya no tenía solución y se dedicó a lo importante. Primero revisó los mensajes de Viktor. Él le había enviado varias fotos del hospital

que construía para su novia, una obra faraónica que le resultaba desmesurada cuando el fin era contentar a una mujer. Pero Viktor estaba muy enamorado de esa tal Gia y no pensaba escatimar en recursos para afianzar su relación. Le echó un ojo a las fotos, una por una, y se detuvo en la que aparecía él en primer plano, con unas gafas de sol que supo al instante que eran de Aleksei, y con una sonrisa en la cara que le recordaba a cuando era un crío que no paraba de dar problemas. Las cosas no habían cambiado tanto, al fin y al cabo.

Pasó a otros asuntos y abrió los mensajes de Fyodor. Él la informaba de que habían recibido el cargamento de suministros médicos a la hora esperada, como ya era costumbre. Tenía otro de Boris donde le pedía concertar una cita con un nuevo comprador de armas, lo cual era una buena noticia. Desde que reintrodujesen en el catálogo la Jericho 941, cuyo stock llevaba comprometido más de tres años, la cartera de clientes se había engrosado con cuatro compradores nuevos. Tatiana quería verse con él cuanto antes, así que remitió el mensaje a Evgueni para que organizase la agenda. Y, para su disgusto, también había dos mensajes de su manicurista donde le pedía cambiar la cita de esa misma semana.

Tatiana tensó la mandíbula. Ya era la segunda vez que esa mujer le hacía lo mismo, así que no le dejaba otra opción que poner fin a su relación laboral. Su agenda era demasiado apretada como para tener que coordinarla con una esteticista carente de capacidad organizativa.

—Vamos a echar a los chinos de Moscú de una vez por todas —dijo, sin quitar la vista del teléfono, mientras tecleaba un mensaje con dedos ágiles—. Estoy harta de esta situación, Bogdam, así que mañana anunciaré en la reunión que vamos a tomar medidas drásticas. ¿Tienes alguna idea?

La opinión de Bogdam era muy importante para ella, siempre lo había sido, y no estaba dispuesta a permitir que su herida emocional enturbiase eso.

Él hinchó el pecho con una inspiración profunda y luego respondió sin quitar la vista de la carretera.

—Podemos volar por los aires la casa franca que descubrió Arseniy la semana pasada. Mis chicos en la ciudad saben que allí se esconden algunos espías y varios francotiradores de los que han matado a los nuestros en los últimos meses. Está el que eliminó a Sev —puntualizó—. Matarle subirá los ánimos y los cabecillas acatarán tu siguiente decisión sin cuestionar nada.

Tatiana levantó la vista del teléfono. Su planteamiento era bueno: una pequeña victoria antes de servir el plato fuerte. Pero ella necesitaba mucho más que eso. Cada vez que desmantelaban una casa franca o atrapaban a algún espía, aparecían cinco más sin que pudiesen remediarlo.

Ya habían pasado dos meses desde su reunión con Yeonwoo en Seúl y nada había cambiado desde entonces. Uno de los puntos que se trató en ese encuentro fue el problema con los chinos en Moscú. Ellos no habían reivindicado el atentado contra Aleksei, ni ella pretendía insistir en el asunto y generar con ello un problema que traspasase fronteras, pero estaba harta de que no dejasen de joder en su ciudad y de que tuviesen inmunidad ante ello por tratarse de conflictos menores. Tatiana estaba cansada de apagar fuegos día tras día y por eso advirtió a Yeonwoo que no quería represalias por parte de los norcoreanos si ella decidía usar la fuerza para defenderse de ellos en su propio terreno. Pero apenas había tenido tiempo para exponer sus preocupaciones con detalle. Que la reunión se celebrase en Seúl, la capital de sus vecinos enemigos, los obligaba a ser breves.

¿Qué por qué un norcoreano se reuniría con su proveedor ruso en Seúl? No tenía ni idea. Estaba al tanto de que ellos sospechaban de espionaje estadounidense dentro de sus fronteras y que por ese motivo siempre concertaban las reuniones fuera de ellas. Para Tatiana, Japón era una opción mucho mejor, pero Yeonwoo era un provocador nato. Por eso no le extrañaba que los altercados

con los chinos en Moscú se le antojasen un asunto de poca importancia.
Yeonwoo la apaciguó con la promesa de recordar a China la necesidad de mantener buenos términos entre ellos, pero estaba claro que el recordatorio no había servido de nada. Su paciencia tenía un límite y, por eso, ahora se encargaría del problema ella misma.
—Tu idea es buena —reconoció Tatiana, mientras guardaba el teléfono móvil en el bolso—, pero lo que pretendo es limpiar la ciudad al completo.
Hubo un breve silencio.
—Eso consumirá muchos recursos —declaró él.
—No me importa, invertiremos los hombres y el dinero que hagan falta, pero antes de que acabe el verano quiero a esos malditos chinos fuera de mi ciudad.
Tatiana alargó la mano para ajustar el aire acondicionado en la pantalla del vehículo y su dedo se rozó con el de Bogdam, que sostenía el volante, en un contacto fugaz provocado por una leve sacudida del coche. Tatiana continuó con su cometido y bajó un grado la temperatura mientras un vacío oscuro y pegajoso se adueñaba de su estómago.
No era fácil tratarle como uno más, por mucho que se lo propusiera.
—¿Y qué tienes en mente? —Bogdam continuó con la conversación, ajeno a lo mucho que un gesto tan estúpido la había removido por dentro.
Tatiana suspiró.
Lo que tenía pensado era desplegar toda su fuerza sobre Moscú y no parar hasta que no quedase ni la sombra de ninguno de esos condenados chinos. Asestaría un ataque detrás de otro, cual reacción nuclear en cadena, y así fulminaría sus posibilidades de reorganizarse. No tendrían nada que hacer, nada a lo que agarrarse para perpetuar su presencia en la ciudad.
—Quiero empezar por secuestrar a la chica, la que descubrió Filip, esa con la que relacionan a Deshi desde hace unos meses —expuso—. Y quiero que te encargues tú. Escoge a los hombres que necesites después de la reunión de mañana. —Bogdam asintió—. Cuando Deshi sepa que la tenemos cautiva se va a desestabilizar lo suficiente como para que no vea venir nada de lo que tengo preparado para él.
Tatiana bajó la visera del coche y contempló su imagen en el espejo. Se pasó el dedo por la ceja mientras comprobaba que su maquillaje seguía intacto. Continuó.
—Luego voy a quemar todos los negocios chinos de la ciudad, así que habrá que preparar dinero para Méchnikov, unos cincuenta mil. No quiero a la policía metiendo las narices en el asunto.
—Cincuenta mil servirán.
—Muy bien. —Tatiana apretó su coleta, mientras contemplaba su reflejo—. Voy a contratar a más hombres, se encargará Alexander, pero no le quites ojo. No busco carne de cañón, sino perfiles más especializados, ya sabes a lo que me refiero.
Por supuesto que sabía a lo que se refería. Tatiana esperaba que Bogdam se asegurase de que Alexander encontraba a todos los hombres que se asemejasen un poco a él, por difícil que fuese.
—Y cuando estemos listos, mi plan es que toda persona de ojos rasgados que consideremos sospechosa termine el día con una bala metida en la cabeza. Que no tengan refugio conocido en el que esconderse porque todo haya ardido hasta los cimientos y que nadie pueda acudir a su rescate. Dejar Moscú limpio. Sé que es complicado, Bogdam, pero sólo es cuestión de organizarse.
—No es complicado si se hace bien —corroboró.
La convicción de Bogdam alimentó la suya propia.
—Para que esto funcione tenemos que reforzar algunas zonas de la ciudad que no están todo lo abastecidas que me gustaría, por eso considero importante contratar a más hombres. Hay que

tener ojos en todas partes y que no se nos escape nada. —Tatiana miró los suyos propios en el espejo, grises e inaccesibles—. Tal vez sea buena idea reubicar a los observadores de los distritos estos días. Yulian me ha comentado que algunos espías chinos se han trasladado a otras zonas en la última semana.
Tatiana cerró la visera y rompió así el contacto visual consigo misma. Sus ojos volaron al hombre que tenía al lado.
—¿Crees que es una buena estrategia? Mañana lo expondré todo, será una reunión larga, pero quiero escuchar tu opinión primero.
—Es una buena estrategia —confirmó.
Ella dio el tema por concluido, pero Bogdam tenía algo más que añadir.
—Tenemos mucha suerte de que seas tan buena haciendo dinero —dijo él, en un tono plano acrecentado por su voz rota—. La defensa es para tiempos de escasez y el ataque es para tiempos de abundancia.
Tatiana se quedó en silencio. Que hubiese citado *El arte de la guerra*, uno de los libros con los que había pasado más tiempo entre manos a lo largo de su vida, revolvió un poco más sus emociones. No había sido algo fortuito, de eso estaba segura, pues Bogdam nunca dejaba nada al azar. Tal vez él añoraba la antigua dinámica entre ellos dos, pero eso era algo a lo que no regresarían a corto plazo. Puede que nunca.
—Sí —repuso Tatiana. Con ello cerró la conversación.
Sacó de nuevo su teléfono móvil del bolso como forma de alejar las emociones y puso su atención en la pantalla. Abrió su correo electrónico para revisar su suscripción a The Lancet y justo en ese instante, cuando pulsaba el botón para acceder a la información, Bogdam dio un volantazo que le hizo golpearse en el hombro con la puerta del coche.
—¡Agáchate! —Una orden gritada con fuerza.
Tatiana necesitó un instante para reaccionar y, después, hizo lo que le ordenaba. Se quitó el cinturón y se resguardó en el hueco libre que había delante del asiento. Él nunca la había gritado en toda su vida.
—¿Qué pasa?
Unos disparos impactaron contra el vehículo mientras que Bogdam conducía de forma brusca, a toda velocidad. No fue necesario que respondiera a su pregunta.
Dio un frenazo y Tatiana se dio en la cabeza con la parte baja del salpicadero. No podía ni quería quedarse de brazos cruzados, así que sacó la pistola que tenía en el bolso y salió del agujero en el que se escondía.
—¿Qué haces? —Bogdam le lanzó una mirada, nervioso—. ¡Vuelve abajo!
Tatiana ocupó su lugar en el asiento del copiloto. Bajó la ventanilla y estudió la situación con detenimiento a través del retrovisor, antes de exponerse.
Los seguían dos coches a toda velocidad. Bogdam dio un bandazo y Tatiana los perdió de vista, pero unos segundos más tarde aparecieron de nuevo en su campo de visión. Uno de esos hijos de puta asomó la cabeza. Era momento de meterle un tiro en la frente, si la suerte se lo permitía. Pero entonces se percató de un detalle que lo cambió todo.
Tatiana volvió a poner la espalda contra el asiento y miró al frente. Su peor pesadilla se hacía realidad.
—No son chinos —una afirmación que escapó de sus labios como un susurro.
—No, no son chinos. Y ahora, ¡agáchate, joder!
Tatiana miró el retrovisor, el cual estalló en pedazos a causa de un disparo. Pero en el milisegundo previo a que eso ocurriese, ella le vio. Vladimir. Vladimir era uno de los que

disparaban contra ellos desde ese coche. Uno de sus hombres, uno que llevaba en la organización más de veinte años.
Estaban haciendo un puto levantamiento contra ella.
Bogdam giró a la izquierda por un callejón en una jugada que no esperaban y los despistó. Aprovechó esos segundos para callejear en distintas direcciones. Si los perdían de vista, puede que saliesen de allí con vida.
Iban demasiado rápido. Todo ocurría demasiado deprisa.
—Tenemos que pedir ayuda. —Tatiana trató de pensar con sensatez. Estaban en desigualdad numérica y el factor sorpresa jugaba en su contra.
—A quién. —Bogdam le lanzó una mirada fugaz y en sus ojos vio la misma muerte. Supo que, en ese momento, él mataría a todo aquel que se cruzase en su camino sin ni siquiera pestañear—. No sabemos cuántos están metidos en esto. —La frustración subyacía bajo el filo asesino de su voz.
—Considéralo como si estuviesen todos —sentenció Tatiana—. No podemos arriesgarnos a confiar en que alguno nos sea leal.
Cogió su teléfono móvil del suelo, mientras que con la mano izquierda todavía sujetaba la pistola. Marcó el número de Janina, su ama de llaves. No tenía todas consigo de que contestara, pero ella lo hizo.
—Tatiana, ¿eres tú? —respiraba con dificultad y era evidente que caminaba a toda prisa.
—Janina —exhaló, aliviada—. ¿Estás bien?
Que dudase de su identidad ponía de manifiesto que estaba al tanto del levantamiento contra ella.
—Gracias… gracias —dijo, más para sí misma que otra cosa—. Luka no me dejaba llamarte para que nadie supiera que habíamos escapado. Creía que la casa había sido lo último en caer y que tú ya estarías muerta y le dije que se equivocaba —hablaba a toda prisa y su acento georgiano sonaba más marcado que nunca. Janina estaba muy alterada—. Hemos podido escapar porque Max nos ha sacado de la casa. Si no hubiese sido por él, estaríamos todos muertos. Han empezado a dispararnos a todos —jadeó—. Mientras Max nos cubría, hemos salido por la puerta trasera, pero no sabemos si él ha sobrevivido, o si no nos ha seguido porque en realidad está del lado de los otros. —Se detuvo a coger aire—. Vamos a pie, por el bosque que hay al lado de una carretera secundaria, cerca de la autopista M2. Tenemos armas, pero muy poca munición.
Tatiana apretó la pistola en su mano ante la idea de que hubiesen tomado su casa, ante la idea de que Janina tuviese que huir de esa manera. Se habían coordinado para joderla por todos los flancos. Pero no tenía sentido lamentarse. Lo más sensato era poner soluciones lo antes posible.
—De acuerdo. ¿Quiénes están contigo?
—Nikolay, Yakov, Luka, Polina y los dos muchachos que conducen los camiones. Sergey está muerto. También Iskra, he visto su cadáver en las escaleras.
No todos estaban contra ella y eso era una buena noticia.
—¿Quién ha tomado la casa?
—Konstantin —su voz angustiada lo dijo todo—. Boris, Igor. —Hizo otra pausa en la que se escuchó su respiración fatigada—. Nikita.
—¿Nikita? —dijo, extrañada. El Nikita que siempre la acompañaba acababa de pagar la cuenta en el bar donde se había reunido con Artem.
—Nikita Aliev —puntualizó Janina.
Tatiana se dio cuenta de una triste realidad: daba igual a qué Nikita se refiriese. El suyo, el que la protegía desde hacía cinco años, iba en uno de los coches que los perseguían. Así que, o bien le habían asesinado para llevar a cabo ese levantamiento, o bien formaba parte del grupo que se

había vuelto contra ella.
Tatiana cerró los ojos mientras consideraba las opciones. Konstantin era uno de sus hombres más importantes en el consejo y si él la había traicionado, cualquiera podría estar de su lado. Igor y ella habían desayunado juntos dos días atrás, como si nada. Boris le había mandado hacía unas horas el mensaje para informarla sobre el nuevo comprador.
Malditos fuesen todos ellos.
Se dio la vuelta. Apenas se atisbaba nada por la luna trasera del coche, que ya no era más que una maraña de pedazos de cristal que a duras penas se mantenían en su sitio. Entrevió lo suficiente para confirmar que no los seguían. Luego miró al frente y se recompuso, con el teléfono sujeto contra su oreja.
—Poneos a salvo y no os fieis de nadie. Ante la duda, aprieta el gatillo, Janina. Ya tendremos tiempo de organizarnos después.
No dudaba en absoluto de que ella lo apretaría de ser necesario.
—De acuerdo.
—Ten cuidado, por favor. No puedo perderte.
—Ten cuidado tú también, *lápochka.*
Tatiana colgó y a continuación marcó el número de Viktor con dedos nerviosos. Bogdam ya se dirigía hacia las afueras de la ciudad, a toda velocidad, por las calles del último anillo de Moscú.
Su hermano respondió enseguida.
—Dime, Tat. —Estaba relajado, pero eso iba a cambiar en un segundo.
—Viktor. No hay tiempo. Mis hombres se han levantado contra mí. Voy con Bogdam en el coche, salía de reunirme con un comprador y han empezado a dispararme. Mis propios hombres —sonó dura y cabreada como jamás en su vida—. Te necesito.
Hubo un silencio. Era demasiado que asimilar.
—¿Cómo? —dijo al fin, atónito.
—Nos persiguen a Bogdam y a mí para matarnos. También han tomado la casa. He hablado con Janina, tienes que llamarla, hablar con ella, algunos han podido escapar y…
—Voy para allá.
Viktor colgó el teléfono y Tatiana no tuvo la oportunidad de decir nada más.
No dudaba de que él llegaría con toda su fuerza, pues si alguien en el mundo amaba más la violencia y el conflicto, ese era su hermano. Pero arreglar ese desaguisado no iba a ser sencillo. Por el momento tenían que ponerse a salvo y después ya aunaría fuerzas con Viktor y con quien quedase de su lado.
—Han tomado la casa, Janina ha huido con unos pocos —informó a Bogdam. Su voz sonó gélida a través del nerviosismo—. Los ha ayudado Max, pero no va con ellos. No saben si está de su parte o si ha muerto.
—Es bueno que algunos jueguen a dos bandas. La casa ahora no importa.
—Sí. —Eso era cierto, aunque le jodiese.
Bogdam actuaba con la cabeza fría. Era la mejor compañía en un momento como ese. Sin embargo, le había visto perder el control de sus emociones por una vez, cuando ella se había expuesto al salir del agujero en el que se escondía, delante del asiento del coche.
Tatiana soltó la pistola y rebuscó en su bolso una pastilla para los nervios. Aunque estaba centrada, le temblaban las manos y supo que estaba al límite. No era para menos. Su mundo acababa de derrumbarse frente a sus ojos. Pero si quería que su puntería se conservase intacta, tenía que contener el maldito temblor.
Se tomó la pastilla y cogió de nuevo la pistola.

—Tenemos que ir a algún sitio seguro y hacer algunas llamadas, para ver quién está de nuestro lado, quién ha sobrevivido. —Se pasó el antebrazo por la frente. El maquillaje, por una vez, era el último de sus problemas—. ¿Cómo no he podido verlo venir?

—Eso ahora da igual —cortó.

Estaba a punto de responder que no podía ignorar el sentimiento de culpabilidad que comenzaba a rivalizar con la rabia y el miedo cuando, a su derecha, las luces de un vehículo salido de la nada la cegaron. En un segundo supo a la perfección lo que iba a ocurrir, pero no tuvo tiempo de reaccionar. El coche impactó contra ellos en un choque violento y brutal que lo sacudió todo.

Y la vista de Tatiana se fundió a negro.

Capítulo 4

«El hombre se descubre cuando se mide contra un obstáculo».

Antoine de Saint Exupery.

Tatiana se forzó a abrir los ojos. Lo consiguió con mucho trabajo, pero no llegó a ver nada con claridad. Todo a su alrededor era un escenario borroso que no daba ninguna pista sobre dónde se encontraba. Le dolía la cabeza y la sentía pesada, como si en lugar de líquido cefalorraquídeo tuviese aceite de motor. Recordó el accidente y entonces todo llegó como una avalancha de nieve. Bogdam y ella, en el coche, huyendo por las calles del último anillo de Moscú. El olor a tabaco negro en su ropa. La pistola apretada con fuerza en su mano. Y las luces cegadoras que acabaron con todo.

No sabía cuánto tiempo llevaba en ese duermevela desagradable. Tal vez unos pocos minutos, o puede que horas. Cuando logró aclarar la mente y enfocar la vista, distinguió que estaba en una habitación sin ventanas. Las paredes estaban sucias y la poca pintura que sobrevivía en ellas estaba desconchada. Había humedades en el techo, donde una bombilla vieja brillaba con esfuerzo, y lo único que la acompañaba era un colchón mugriento tirado sin cuidado en una de las esquinas. Ató cabos y la conclusión fue clara: la habían secuestrado.

Creía que Bogdam había logrado despistar a los lobos hambrientos que los perseguían, pero era evidente que eso no había sido así. Ahora estaba encerrada en esa habitación y no tenía ni la menor idea de dónde estaba él, ni si se encontraba bien.

La idea de que Bogdam no hubiese sobrevivido al accidente llegó de improviso y le provocó una angustia repentina y frenética que le envió la bilis a la garganta. Tragó saliva, pero apenas funcionó porque tenía la boca seca y su lengua era como un pedazo de tela. No estaba preparada para soportar la idea de que Bogdam estuviese muerto y se dijo que era imposible. El choque se había producido en su lado del coche, de eso estaba segura, así que ella se habría llevado la peor parte. Aun así, tal vez le habían matado los propios asaltantes, de un disparo quizás, en el mismo lugar del accidente. O puede que lo tuviesen secuestrado igual que la tenían a ella. Ansiaba desesperadamente que Bogdam siguiese con vida, que estuviese bien, pero la realidad era que no tenía ni idea de qué destino había corrido él, luego de que ella perdiese el conocimiento.

Tatiana sabía que la histeria era lo menos conveniente en sus circunstancias, así que desvió esos pensamientos y se centró en su situación actual. Necesitaba tener la mente fría, así que se enfocó en revisar los daños que le había provocado el golpe con el otro coche.

El resumen rápido era que le dolía todo. Estiró las piernas para desentumecer los músculos, que estaban agarrotados por llevar tanto tiempo en la misma postura, pero no sintió el alivio rápido que esperaba. La habían arrastrado por el suelo porque tenía los pantalones negros llenos de polvo y sus botas de ochocientos dólares estaban repletas de rozaduras. Por algún motivo, ver el cuero dañado la cabreó más de lo normal.

Trató de ponerse en pie, pero su muñeca izquierda fulminó el propósito con una descarga de dolor sordo y profundo nada más apoyarla sobre el suelo.

—Mierda. —Tatiana siseó de dolor, con los dientes apretados.

Examinó su brazo y supo de inmediato que tenía una fractura en el extremo distal del radio.

Palpó la zona con dedos firmes y, mientras contenía un quejido, concluyó que el hueso no se había desplazado, lo cual era un buen escenario. Hizo unas pruebas con los dedos para confirmar que no hubiese afectación del nervio y luego exhaló. No era todo lo malo que podía ser.
Necesitaba inmovilizar la zona cuanto antes si no quería correr el riesgo de sufrir una lesión secundaria. Pero allí no había nada que pudiese utilizar, al menos no nada apropiado. Negociaría un tratamiento conservador en cuanto su secuestrador hiciese acto de presencia y cruzaría los dedos para que se lo concediesen. Era cirujana y si quería mantener ese título, tenía que asegurarse de que la fractura soldaba bien.
La inflamación en la zona era considerable y el hematoma ya estaba bien formado, así que calculó que habían pasado unas cinco o seis horas desde el accidente. En caso de disponer de un avión, quizás de su propio avión, si es que lo habían tomado también, podían haberla llevado a la otra punta de Rusia, o incluso haberla sacado del país. La idea era desalentadora y le costó un esfuerzo titánico no sucumbir a la desesperación que le provocaba.
Se levantó la camisa y se palpó las costillas. Las tenía hechas polvo, pero no encontró nada grave en la exploración, más allá de una contusión que le había amoratado un poco la zona izquierda. Luego, estiró el cuello en distintos ángulos, mientras lo revisaba también con los dedos. El latigazo cervical justificaba el dolor de cabeza, junto con el traumatismo que se descubrió a un lado de la frente, cerca del parietal, donde tenía restos de sangre que se le quedaron en los dedos. En resumidas cuentas, estaba muy entera dado el tipo de accidente que había sufrido y supo que era una suerte que siguiese viva. Pero eso no la consolaba en absoluto.
La realidad era que estaba más jodida que en toda su vida.
Apretó los labios para contener un gruñido de rabia. Lamentarse no iba a sacarla de ese atolladero, así que se puso de pie con ayuda de su única mano funcional y caminó hacia la puerta. Era una puerta vieja, como todo allí. Acarició el picaporte desgastado, cuyo color dorado había vivido tiempos mejores, y lo agarró con la mano. Se abstuvo de hacer lo más obvio. Si lo bajaba y alguien al otro lado se daba cuenta, perdería unos valiosos minutos, u horas, para pensar en un plan. Lo mejor era que continuasen creyendo que ella seguía inconsciente.
La cerradura era básica, un modelo antiguo con un cilindro muy vulnerable. Un cierre fácil de forzar que la hizo lamentarse por no llevar ninguna ganzúa encima. En realidad, a Tatiana pocas se le resistían, y es que tenía un talento innato para toda tarea que requiriese de minuciosidad y precisión. Estar especializada en cirugía ayudaba, pero el principal artífice de su pericia con la cerrajería era Bogdam. Él había invertido una gran cantidad de tiempo de su vida en instruirla en ello.
Suspiró con desgana y soltó el picaporte de la puerta. No era momento para pensar en Bogdam y, además, debía ser realista. Aunque hubiese llevado una ganzúa escondida, no habría servido de nada. Se la habrían requisado antes de lanzarla a ese agujero sin ventanas, como habían hecho con sus anillos, con su reloj de pulsera de Cartier vintage, que tenía un gran valor sentimental, y con sus pendientes.
Tampoco tenía ni idea de cuántos hombres había detrás de esa puerta. Que no se hubiesen molestado en atarle las manos le daba algunas pistas sobre su secuestro, como por ejemplo, que no había escapatoria, y también que su secuestrador no la consideraba una amenaza. Un secuestrador que esperaba que diese pronto la cara, porque estaba segura de que le sería muy familiar.
Kostya.
No podía pensar en otro responsable que no fuese él. Siempre se mostraba distante con ella, siempre medía cada uno de sus pasos desde las sombras. La estudiaba en silencio cuando

pensaba que no se daba cuenta, con esos ojos de rata repugnante que no perdían ni un solo detalle de lo que ocurría a su alrededor. Nunca cuestionaba sus decisiones, pero Tatiana sabía que tenía una opinión propia sobre todos los asuntos que ocurrían a su alrededor. Kostya llevaba muchos años en la organización y trataba con casi todos los que formaban parte de ella, desde los cabecillas de los distritos hasta los adolescentes recién reclutados que fregaban los baños de las casas de reunión. Fue la mano derecha de su hermano Aleksei cuando este lideraba Moscú, así que comprendía muy bien el funcionamiento de las cosas. Kostya conocía a la perfección el engranaje que lo movía todo, por lo que, si alguien podía haber llevado a cabo algo así, ese era él.

¿Y Konstantine? Janina le señalaba como uno de los responsables, y no dudaba de su palabra. Tatiana siempre había tenido una relación muy buena con él, pues llevaba toda la vida junto a su familia y, sin embargo, se había rebelado contra ella. Eso le dejaba pocas esperanzas, pues si Konstantine era un traidor, cualquiera podría serlo. Incomunicada en esa habitación, no sabía cuántos de sus hombres, de los que le eran leales, habían muerto en esa sangrienta insurgencia, ni si los que quedaban a salvo estarían dispuestos a seguirla a ciegas cuando saliese de allí. Su confiabilidad como líder estaba bajo mínimos.

Tatiana regresó al lugar donde se había despertado. Ahora necesitaba pensar, bocetar un plan de negociación, determinar qué podía ofrecer, a cuánto estaba dispuesta a renunciar a cambio de su libertad. Era momento de ordenar sus cartas, pues si quería escapar indemne de esa habitación, debía actuar como si llevase la mano ganadora.

Pero estaba en desventaja, eso era una obviedad, y no iba a recuperar lo perdido con una simple conversación. Su casa estaba perdida. El liderazgo de Moscú estaba perdido. Pero podría cambiar su libertad por dinero y luego se reorganizaría para recuperar todo lo que le habían arrebatado.

¿Y Viktor? No dudaba de que hubiese acudido en su auxilio, pero sabía que no habría caído con toda su fuerza sobre Moscú. Él no era tan estúpido como para dejar San Petersburgo desprotegido después de lo ocurrido, así que, aunque hubiese desplazado a la capital a algunos de sus mejores hombres, los traidores le superarían en número. Lo único que deseaba era que no hubiese hecho ninguna tontería, que no se hubiese dejado llevar por la furia desmedida que le corría por las venas. Viktor era demasiado impulsivo y a veces se exponía más de la cuenta, cosa que ahora no le convenía en absoluto. Le necesitaría entero cuando saliese de allí.

¿Y Aleksei? A miles de kilómetros de Moscú, era ajeno a lo que acababa de suceder, y en parte se alegró de que no tuviese que presenciar con sus propios ojos ese lamentable levantamiento contra ella.

¿Y ella? ¿Qué iba a hacer ella para recuperar todo lo que acababan de arrebatarle? No tenía ni puñetera idea, pero iría paso a paso. Recuperaría Moscú, eso era seguro, pero primero tendría que encontrar la manera de escapar de esa cárcel cochambrosa. El resto, llegaría después.

Pasó la siguiente hora organizando sus ideas, y también divagando. El hecho de que lo ocurrido se hubiese gestado a sus espaldas, sin que ella hubiese advertido ni una sola señal de alarma, le provocaba incredulidad y vergüenza a partes iguales. Había fallado como líder, pues estaba segura de que esa rebelión nunca habría ocurrido con Aleksei al mando. Él infundía respeto y temor, pero ella no había logrado lo mismo en el tiempo que llevaba como líder y se preguntó el porqué. ¿Tal vez por ser una mujer? ¿O quizás porque no había cogido las riendas de la organización con la suficiente mano dura? De cualquier modo, la respuesta no cambiaba su situación actual.

Por mucho que hubiese descontento en la organización por haberle dado el bastón de mando a una mujer, por mucho que esos misóginos y machistas que ocupaban sus filas estuviesen

resentidos, si se había podido organizar algo así sin que ella sospechase nada era, ni más ni menos, porque había estado distraída. Distraída con Viktor, con su maldita búsqueda por Indonesia. Demasiado ocupada protegiendo las espaldas de su hermano Aleksei, y ahora pagaba las consecuencias de desviar la atención de los verdaderos asuntos importantes.

Y todo por los malditos sentimientos, los malditos vínculos fraternales, ¿a dónde la habían llevado? A lamentarse en un agujero oscuro. Como líder, lo primero era salvaguardar el poder, ser la ley dentro de la organización, ser intocable. Y todo eso se había ido a la mierda por proteger a Aleksei de Viktor, por tratar de evitar lo inevitable.

Era una pena que, con todo lo que se había esforzado su padre por educarlos con unos valores sólidos en cuanto a lo emocional, sus hijos hubiesen dinamitado la organización por culpa de esos putos sentimientos entre ellos. Era tan triste que estuvo a punto incluso de llorar. Pero ¿qué les quedaba en la vida si no tenían a la familia? Para ella, esa era la verdadera organización, el verdadero corazón de todo, y los sentimientos eran inevitables, eran inherentes a ello. Por eso, concluyó en que lo ocurrido no dejaba de ser una penosa coincidencia, pues si Viktor hubiese decidido buscar a Aleksei en otras circunstancias, Kostya, o quien fuese el responsable de aquello, la habría pillado con la guardia alta y ahora estaría colgado del porche de su casa, en lugar de pasearse libre, creyéndose un dios en Moscú.

Pasó los dedos por la piel amoratada de su muñeca. Ahora tenía que ser fuerte y firme. Mientras se decía que la venganza sería ejemplar, la puerta de la habitación por fin se abrió, pero quien accedió al interior no era en absoluto la persona que esperaba.

No era Kostya ni nadie que se le pareciese.

Un hombre asiático, vestido de negro, y al que no había visto en toda su vida, colocó frente a ella la silla que llevaba en la mano y luego tomó asiento. Tras él entraron dos hombres más, quienes permanecieron de pie a su espalda, cual perros guardianes.

El hombre la estudió y Tatiana hizo lo propio. Sus ojos rasgados la miraban con un matiz de altivez y exponían que era alguien con demasiada seguridad en sí mismo. Era joven, aunque no tanto como aparentaba. Tal vez tuviese la misma edad que ella, puede que uno o dos años más. Su cara asiática tenía unas facciones suaves, demasiado suaves para ser chino. El pelo negro, un poco largo, estaba peinado hacia atrás, y la ropa era cara. No estaba delante de alguien cualquiera. A todas luces, ese hombre formaba parte de los altos escalafones de la mafia china. ¿Era la mano derecha de Deshi, quizás?

Si Deshi se había compinchado con Kostya o con quien hubiese organizado esa rebelión, no entendía por qué no venía él mismo a darle la bienvenida. Tal vez Moscú ofrecía resistencia y eso le obligaba a estar al frente de la batalla, pero supo rápidamente que ese pensamiento era demasiado optimista. Deshi nunca se expondría al peligro ni aunque le doblasen el sueldo por ello.

Entonces, ¿dónde estaba?

No tenía respuesta para esa pregunta, así que no le quedaba otra que tratar con ese hombre, quien lo más probable era que fuese el segundo al mando de Deshi. Las razones por las que no se personaba él mismo se sabrían con el tiempo.

Para su sorpresa, él habló en un ruso perfecto.

—Bienvenida, Tatiana —dijo, con voz suave—. ¿Está todo a tu gusto?

Le sorprendió su manejo del idioma para tratarse de un asiático. Tatiana le contempló con desencanto mientras se replanteaba la situación de cero. No quería que ese chino entreviese que la había pillado por sorpresa, tanto con su presencia, como con el dominio de su lengua materna.

—Todo bien —respondió—, aunque el colchón necesita un cambio urgente.

Él jugueteó con el anillo plateado que llevaba puesto sin quitarle los ojos de encima. Su silencio le hizo saber que no estaba abierto a entrar en un juego de contestaciones estúpidas. Sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno con la cabeza ladeada. Luego, le tendió la cajetilla a Tatiana.
—Lo he dejado —dijo ella, cortante.
Era verdad. Estaba harta del olor impregnado en todas partes, en su ropa y en su pelo, y del regusto amargo que le dejaba en la boca. Eso, y que no traía nada bueno para la salud.
Él no dijo nada, tan sólo lo guardó de nuevo en el bolsillo del pantalón. Dio una calada y luego expulsó el humo despacio. Sus labios entreabiertos eran bonitos y eso desvió su atención por un instante.
—No tenía que ser así —confesó él—. Pero escogiste subir al coche equivocado.
Los ojos de Tatiana permanecieron fijos en los suyos, como los de un cazador que contempla a su presa a través de la mirilla de su arma. Un arma que, por desgracia, no existía entre sus manos.
—Vaya, pues qué suerte la mía.
La revelación fue un trago duro, pero Tatiana no dio señas de ello. Escogió subir en el coche de Bogdam porque no tenía ni puñetera idea de lo que le tenían preparado, y ahora se preguntaba si él podría haberse puesto a salvo en caso de que ella hubiese escogido volver con Leo. Una maldita casualidad de la que se lamentó en silencio. Estaba tentada de preguntar por él, pero no abrió la boca. No estaba dispuesta a dar ninguna pista de lo importante que era ese hombre para ella, así que, por el bien de los dos, permaneció callada. Si ese chino también le había secuestrado, no tardaría en hacérselo saber.
—¿Sabes por qué estás aquí?
Se sostuvieron la mirada una vez más. Sus ojos negros eran profundos y era fácil perderse en ellos. Pero Tatiana no era estúpida. Ella no se perdía en ningún puto sitio.
—¿Por qué? —Responder a las preguntas con otras preguntas era una buena estrategia de evasión.
—Me gustaría escuchar tus propias conclusiones. —Una estrategia que, con ese hombre, no funcionaba.
Tatiana levantó las cejas con una expresión cínica en la cara.
—Dame material médico para que me inmovilice la mano y entonces te diré lo que pienso.
Él contempló su muñeca malherida.
—¿Te duele mucho? —La pregunta sonó genuina bajo el tono altivo y eso resultó extraño.
—Lo suficiente para no pensar con claridad —respondió.
Él dio otra calada y expulsó el humo hacia arriba.
—No voy a proporcionarte nada con lo que le puedas hacer daño a nadie.
Tatiana soltó una carcajada breve. Luego se recompuso.
—¿Crees que soy capaz de hacerle daño a alguien con una simple venda? Porque si lo crees, es que no me conoces de nada, aunque sepas mi nombre.
Él dio varias vueltas más a su anillo.
—Sé mucho sobre ti, Tatiana, además de cómo te llamas. Y sé que no eres inofensiva.
Para su disgusto, ese chino había hecho bien la tarea. Ella estaba entrenada para poder estrangular a cualquiera con el cordón de una zapatilla si la situación lo requería. Era la formación básica que habían recibido desde su niñez tanto ella, como sus hermanos. Pero aunque una venda siempre fuese un arma a considerar, lo que ella necesitaba era inmovilizar esa fractura que cada vez estaba más inflamada.

—Necesito una venda de escayola para tratar la fractura, no para matar a nadie —repitió, impasible—. Así que tráemela y entonces hablaremos.
Él la miró con falsa condescendencia.
—No estás en posición de exigir nada, aunque supongo que eso ya lo sabes.
Tatiana apretó la mandíbula. Ese chino obstinado se parecía muy poco a Deshi. Este último nunca habría contemplado la posibilidad de que ella le pudiese hacer daño a nadie con una venda, e incluso Tatiana apostaría a que se la habría proporcionado sin problemas sólo para mostrar una actitud de falsa benevolencia que utilizar a su favor después. Acciones propias de su personalidad narcisista que a ella le habrían resultado muy convenientes. Pero el chino que tenía delante no tenía nada que ver con él y eso dificultaba mucho la negociación.
Tatiana fue directa. No tenía sentido irse por las ramas.
—¿Por qué no viene Deshi en persona?
—Ha tenido una emergencia familiar. —Una mentira empapada de sarcasmo.
Al final iba a resultar que a ese chino sí que le iban los juegos de contestaciones estúpidas.
Tatiana no tenía noticias de que nadie hubiese derrocado a Deshi en el poder. Pero la mafia china era muy inaccesible y hermética, así que cualquier cosa era posible y ese tipo de noticias difícilmente llegaban a sus oídos.
—Le han destituido, ¿no es así? —dijo, con fingida indiferencia—. ¿Y ahora quién es el mandamás en Rusia? ¿Eres tú?
Él sonrió y eso le hizo parecer más joven todavía, y también más atractivo. Su sonrisa era cuidada, perfecta, y reforzaba la imagen adinerada que ya proyectaba. Estaba segura de que era muy consciente de su apariencia y de que la utilizaba en su beneficio. Pero nada de eso cambiaba el hecho de que era demasiado joven, y Tatiana estaba segura de que nunca pondrían a un tipo como él a liderar la mafia china en Rusia. Para ellos, edad y sabiduría iban de la mano, y rara vez se desviaban de esa premisa a la hora de escoger a sus cabecillas y a sus líderes. Deshi era más mayor que él, y si ostentaba el cargo era sólo porque su padre había muerto antes de tiempo.
Él ignoró la pregunta que le acababa de hacer, como era de esperar. Le echó un vistazo al reloj que asomaba debajo del puño de su camisa y luego devolvió su atención a ella.
—Te traeré una venda como gesto de bienvenida, pero mientras la lleves puesta, uno de mis hombres se quedará contigo para vigilarte. Después hablaremos de nuevo y espero que estés preparada para contestar a algunas preguntas. —La repasó con la mirada, con cierto aire arrogante que la cabreó—. ¿Tienes hambre?
—Quiero agua —exigió.
La estudió durante unos instantes más, como si sopesase la posibilidad de reprenderla por su exigencia. Pero no lo hizo. Sólo se levantó de la silla, listo para largarse de allí.
—Me llamo Yun —se presentó, mientras la miraba desde la posición de superioridad que le otorgaba el estar de pie—. Un placer conocerte, Tatiana.
Dicho eso, Yun se dirigió a la puerta. Caminó erguido, elegante. Era fuerte bajo la camisa negra que llevaba puesta, y demasiado engreído para su gusto. Aunque su voz fuese suave, aunque se hubiese mostrado razonable y hubiese accedido a traerle la venda, Tatiana no tenía ninguna duda de que Yun era un lobo con piel de cordero.
Uno de sus hombres se llevó la silla y todos desaparecieron de la escena. La puerta se cerró de nuevo y Tatiana se quedó a solas.
El encuentro había sido muy breve y en absoluto se ajustaba a lo que había imaginado, pero ahora sabía algunas cosas. Como que Kostya, o quien estuviese al frente del levantamiento contra ella, la había vendido a los chinos. Una revelación que la colocaba en una situación

crítica. Pero no se amedrentó. Estaba lista para lo que estuviese por llegar.

Capítulo 5

«La familia es la patria del corazón».

Giuseppe Mazzini

Viktor puso el teléfono móvil sobre su oído y aguardó a que la llamada diese tono. Con su mano izquierda sujetaba el fusil. Tenía la mirada puesta en todas partes, alerta. Tanto él como los veinte hombres que le acompañaban se habían detenido en un descampado, ocultos por una zona frondosa de árboles y por la oscuridad de esa noche sin luna de principios de julio. Estaban cerca de la mansión, en las inmediaciones, pero lo suficientemente lejos como para no levantar sospechas de su presencia.

—¿Quién es? —contestó una voz atorada al otro lado de la línea.

Esa maldita georgiana ni siquiera había grabado su teléfono en la agenda, aunque tiempo había tenido, pues la había llamado en varias ocasiones cuando cubría a Tatiana en Moscú.

—Soy Viktor. Dime qué debo saber. Mi hermana quería que te llamara.

—Viktor, sí —dijo, fatigada—. Hemos escapado de la casa como hemos podido. No somos muchos, casi todos han muerto o estaban junto a los que disparaban.

—¿Quién hay contigo?

Sus hombres permanecían estáticos, alrededor suyo, a la espera de órdenes. Gia aguardaba dentro de uno de los coches. No la quería a tiro en el caso de que les hiciesen una emboscada, cosa que creía improbable, pues se habían escondido bien, pero que nunca era imposible.

—Estoy con Yakov, con Polina, Luka y Nikolay. También hay dos chicos, los que conducen los camiones.

De esa la lista, Viktor sólo había tratado con la tal Polina y con Nikolay, que era el cabecilla del distrito de Arbat. Un distrito central, pero pequeño, en el que Nikolay andaría centrado en recaudar dinero de los negocios a los que protegía, sin cuestionarse mucho más. Por eso no había visto venir la puñalada.

—¿Dónde estáis ahora?

—Vamos en dirección a Lesparkkhoz. Nos hemos escondido en una zona frondosa, cerca de la M2, pero Yakov cree que ha visto un coche patrullando por ahí. Iban despacio, nos están buscando porque saben que hemos escapado a pie —el tono desesperado habló por sí solo.

Viktor hizo una seña a Lev y a Daniil.

—Dos de mis hombres irán a buscaros.

—Sí, sí.

—Escondeos, y envíame la ubicación.

—Ahora mismo —dijo, dócil.

Mucho más dócil de lo que nunca se había mostrado con él. Pero esa georgiana estaba en problemas y no le quedaba otra que aferrarse a su ayuda, por mucha inquina que le tuviese. Tatiana y Aleksei le tenían mucho cariño, pero él no. Ella había entrado a trabajar para la familia después de que él se largase a San Petersburgo y, en consecuencia, no la conocía de nada, más allá de las pocas palabras que habían cruzado cuando él visitaba Moscú. Pero tenía que protegerla, no le quedaba otra. Por sus hermanos, y porque los hombres que la acompañaban le

serían muy útiles para contraatacar.
—Vosotros dos —se dirigió a Lev y Daniil—. Os voy a enviar una ubicación. Hay varios de los nuestros allí, con una mujer que se llama Janina, una georgiana con cara de amargada. Subidlos a los coches y volved aquí. Rápido y sin distracciones. Y con cuidado, puede haber patrullas en la zona que os den problemas.
Ambos asintieron. Sin más dilación, fueron hasta sus coches y se pusieron en marcha. Una vez vio las luces perderse lejos del descampado polvoriento, organizó a los hombres que tenía delante. Había traído a algunos de los mejores y no los pensaba desaprovechar.
—Los demás —dijo, mientras paseaba la mirada por todos ellos a través de la penumbra—, vamos a hacer tres grupos. Los de la izquierda, iréis con Miro por detrás. Pyotr, Alex y vosotros tres, iréis con Serhiy y nos cubriréis las espaldas en la zona delantera. Dmitrik y Sasha, esperaréis fuera y cuando entremos, os subís al punto más alto y desde ahí disparáis a todo el cabrón que se asome por cualquier ventana o recoveco. Tú vigilarás el perímetro, Ivno —puntualizó. Se dirigió a él, aunque no veía una jodida mierda y no tenía claro si se trataba de él, o de Jeramie. Poco le importó, pues las órdenes de cada uno estaban claras—. Tendrán francotiradores, pero una vez que estemos dentro no les quedará otra que exponerse. Atacad en cuanto asomen la cabeza. El resto irá conmigo.
Nadie puso ninguna objeción.
Viktor abrió el maletero de su coche y extrajo un mapa. No era el mejor del que disponía, pero era suficiente. Se colgó el fusil y sacó una pequeña linterna con la que alumbrar el papel.
—Miro, ven aquí. —Su hombre acudió a la llamada—. Cuando nos quitemos de en medio a los de fuera, vamos a entrar por la puerta principal. Puede que nos lleve un tiempo si son muchos, así que, mientras tanto, vosotros entraréis por esta zona de aquí. —Le mostró dónde estaba situada la salida trasera en el mapa—. Que Sasha se posicione primero y se cargue a cualquiera que dispare a distancia. Cuando estéis dentro, limpiáis estos dos pasillos. Aguantad hasta que entremos nosotros y entonces bloquearemos la escalera central. Que Pyotr y el pelirrojo cubran estos dos puntos —movió su dedo sobre el papel—, porque son accesos a las plantas superiores, zonas que no nos interesa dejar desprotegidas. Son escaleras estrechas, así que con un hombre en cada una, bastará. Serhiy. —Le hizo un gesto con la cabeza, y él acudió—. Cuando los que estemos dentro demos la señal, bloquead la puerta principal. Que ningún coche pueda entrar ni salir, y cubrid el perímetro. Quiero que esto sea una puta fortaleza inaccesible. —Se dirigió a todos sus hombres—. Esperaremos a que vuelvan Daniil y Lev y entonces nos pondremos en marcha. Descansad hasta entonces, no tardarán.
Los hombres se dispersaron y Viktor fue directo a la ventanilla del copiloto, donde se encontraba Gia.
—No da señal —dijo ella, con el gesto torcido—. Sigue apagado.
Viktor golpeó con el puño el techo del vehículo.
—¿Y Bogdam?
—Da señal, pero nadie contesta.
No saber dónde estaba Tatiana le consumía de rabia por dentro, pero no le quedaba otra que controlarse ya que, de no hacerlo, lo que estaba a punto de ocurrir sería una jodida masacre sin sentido. Si había ido hasta allí, en primer lugar, era para proteger a su hermana. Su casa, la que estaban a punto de atacar, le importaba una absoluta mierda en comparación con ella. Pero era un símbolo de su familia, la fortaleza desde la que se ejercía el poder. Mientras sus hombres rastreaban la ciudad, ese era el mejor plan posible en el que invertir el tiempo. Recuperaría ese amasijo de cemento y ladrillos, aunque sólo fuese para que Tatiana tuviese un lugar al que correr

de tener la oportunidad, aunque solo fuese por dejar claro a esos hijos de la gran puta que nadie jodía a los Kozlov. Un mensaje contundente para los que habían hecho esto.
Gia se bajó del coche. Estaba seria y el nerviosismo que emanaba su cuerpo se podía percibir a su alrededor. Sostenía entre sus manos el fusil, uno que había aprendido a disparar en un curso teórico intensivo durante el vuelo hasta el aeropuerto de Vnukovo. Esperaba que no tuviese que usarlo ni una jodida vez, pero, de tener que hacerlo, Gia tenía que ser capaz de cargarlo y de apuntarlo de la mejor manera posible.
—¿Es seguro? Quiero decir —ella se removió, frente a él—. No sabemos cuánta gente hay dentro de la casa. Puede que nos tripliquen en número.
Viktor la observó con ojos brillantes. Gia estaba preocupada y no podía culparla por ello. Allí, parada en medio de ese descampado, en la oscuridad de la noche y con esa arma en la mano, le pareció la mujer más sexy y fuerte del mundo. Se planteó dedicar el tiempo que faltaba para que regresasen Lev y Daniil en comérsela en la parte de atrás de su coche, para descargar los nervios, para reconectar consigo mismo y con ella. Pero no tenía todas consigo de que Gia estuviese dispuesta, así que tendría que esperar. Ahora tocaba joder a esos hijos de la gran puta, así los superasen por cinco a uno. Él conocía muy bien la casa, ya que había crecido allí, y tenía confianza ciega en sus hombres y en las ansias de sangre que bullían en su interior.
—Gia —dijo, mientras colocaba las manos sobre su cintura—. No va a quedar ni un puto hombre vivo allí dentro esta noche, te lo garantizo. No tienes nada de lo que preocuparte.
Ella asintió, pero no estaba convencida. Sabía que percibía la violencia en sus ojos, pues ya le conocía lo suficiente como para discernir cuándo su mente se enfocaba en la muerte y en la destrucción. Pero comprendía sus dudas.
Se acercó un poco más a ella y tomó un mechón de pelo entre sus dedos. Era sedoso y tocarlo le proporcionaba paz.
—Tú irás con Serhiy, y con él irá Janina también, cuando llegue. A ella ya la conoces, es una cara familiar, así que irás en su grupo. Vosotros nos cubriréis las espaldas, aunque no creo que nadie ataque por detrás. Pero si eso pasa, tienes que hacer lo que te he explicado. Ante la duda, ponte a cubierto y Serhiy te protegerá, ¿de acuerdo?
Gia asintió, pero Viktor todavía podía saborear su miedo. Por eso, reforzó su discurso.
—Va a ser un ataque tan rápido que no van a saber ni quién les ha disparado, Gia. Ni siquiera saben que estamos aquí. No les dará tiempo a avisar a ningún hijo de puta para que venga a su rescate. —Se mordisqueó el labio inferior—. Esa gente de allí dentro ya está muerta.
—Vale —dijo ella, finalmente.
Viktor se acercó un poco más y la acogió entre sus brazos. Besó su pelo y dio gracias de que ella estuviese a su lado.
Se quedó con ella hasta que las luces de los focos de dos coches, que llegaban a su encuentro, iluminaron la escena.
Lev y Daniil estaban de vuelta, y la fiesta estaba a punto de empezar.

Capítulo 6

«Ni tu peor enemigo puede hacerte tanto daño como tus propios pensamientos».

Buda.

Tatiana contuvo una exhalación cuando la puerta de la habitación se abrió de improviso. Estiró la espalda contra la pared de forma instintiva, como si de esa forma pudiese ocultar que la pillaban desprevenida. Yun emergió del otro lado y Tatiana se reprochó en silencio no haberlo visto venir. No había escuchado pasos aproximarse ni nada que la hiciese sospechar que alguien estaba a punto de irrumpir en esa deprimente escena. Había bajado la guardia y eso era algo que no se podía permitir si su objetivo era salir de allí, pues para que eso ocurriera debía ir siempre un paso por delante.

Yun entró solo. Llevaba un vaso de agua en una mano y una venda en la otra. Estaba tranquilo y se mostraba seguro de sí mismo, igual que unas horas atrás, cuando fue a darle su particular bienvenida. Era guapo, cosa que encontraba extraña, ya que los chinos siempre le resultaban extremadamente desagradables en cuanto a cualidades físicas. Su secuestrador, sin embargo, tenía facciones suaves y una belleza exótica difícil de describir.

Una cara bonita que partiría en cuanto tuviese oportunidad.

Yun caminó con calma y se agachó frente a ella. Colocó el vaso de agua a su derecha, junto a la venda, y la contempló de cerca, como si ella fuese un animal extraño. Alzó la mano y la colocó sobre su mejilla, y luego acarició su piel con el pulgar. Pero el contacto apenas duró un segundo, pues Tatiana le apartó de un manotazo.

Le desagradó la atmósfera que se respiraba entre ambos, la libertad que creía tener él para tocarla sin su permiso y para contemplarla como si ella no fuese más que una mujer indefensa. Sí, estaba indefensa, pero ella no era una mujer sumisa ni frágil, ni mucho menos inofensiva.

Él no la reprendió por su rechazo.

—No pareces asustada —se limitó a decir.

—¿Debería estarlo?

Un secuestro no siempre era sinónimo de tortura o de violencia. A veces los raptos sólo eran una herramienta con la que obtener algo a cambio y se valían de la mera privación de libertad del individuo como medio para obtener lo que se deseaba. Pero, por algún motivo, supo que ese no era el estilo de Yun.

—No —reconoció él—. Podemos llevarnos bien si colaboras.

Tatiana estuvo tentada de reírse en respuesta, pero se contuvo. Colaborar no estaba sobre la mesa.

Ante su silencio, Yun cogió la venda que había dejado en el suelo y rompió el envoltorio. Levantó con delicadeza el brazo de Tatiana y ella lo consintió, pues no tenía nada con lo que atacarle ni llegaría muy lejos de intentar escapar. La fuerza de Yun se intuía en las líneas que formaba la ropa sobre su cuerpo, y una pelea con él no la conduciría a buen puerto, más allá de empeorar el estado del hueso roto.

Él comenzó a vendarle la muñeca con movimientos precisos con los que colocaba cada vuelta donde correspondía. La escena, alumbrada por la bombilla débil del techo, era inusual a la par

que absurda. No comprendía en absoluto las motivaciones de ese hombre. Estudió su mirada, escondida, en parte, por un mechón indisciplinado que tapaba uno de sus ojos, pero no encontró ninguna respuesta en ella. Tatiana había tomado muchos prisioneros a lo largo de su vida y a ninguno de ellos le había curado ni una sola de sus heridas. Estaba segura de que los chinos tenían intereses ocultos que todavía no habían revelado, intereses que estaba ansiosa por conocer, pues sólo cuando supiese qué era lo que querían de verdad, podrían negociar.
Lo que sí quedaba claro era que la querían viva y con pleno dominio de sus facultades, cosa que la colocaba en una posición muy interesante.
Ella rompió el silencio.
—Te dije que necesitaba una venda de escayola, no esto. —Contempló la venda de gasa con la que Yun rodeaba su muñeca y la inconformidad se reflejó en su cara.
Él se encogió de hombros con un movimiento elegante.
—Esto es lo que hay.
Tatiana tuvo ganas de abofetearle. Estaba segura de que él le podía proporcionar el tipo de venda que quisiera y le resultó hostil e insultante que pretendiese atajar la fractura de una forma tan precaria.
—Entendería que no pudieses hacerme una radiografía —dijo, mientras trataba de refrenar su mal humor—, pero podrías haber conseguido una maldita venda mejor que esta.
Era consciente de que su nivel de exigencia estaba por encima de lo aceptable en una situación como la suya, pero si esa fractura soldaba mal, sus capacidades se irían al traste. No le quedaba otra que hacer presión.
Yun ni siquiera la miró.
—La venda servirá. Y, además, una radiografía no es estrictamente necesaria.
Tatiana rodó los ojos, mientras se preguntaba qué ganaba ese hombre con jugar a los médicos cuando era evidente que no tenía ni pajolera idea de lo que hacía. Por supuesto que era necesaria una radiografía, dada la naturaleza de la fractura. Otra cosa era que él no dispusiese de los medios, o que no estuviera dispuesto a hacérsela. Pero que el procedimiento era necesario no era algo sujeto a discusión.
—Es imprescindible para comprobar que no haya desplazamiento en el hueso. En un hospital, esto se haría para asegurar la alineación ósea y que el hueso no suelde mal —le informó, como quien le explica algo a un niño pequeño—. Si no, se puede quedar la mano inútil para toda la vida.
—Eso no ocurrirá.
—No tienes ni idea. —Su ignorancia resultaba irritante.
Él no contestó y se limitó a continuar con su labor.
—Soy cirujana —masculló, sin quitarle los ojos de encima—, y quiero seguir siéndolo. Tráeme una venda de escayola y después hablaremos sobre llevarnos bien.
Yun la ignoró deliberadamente, una vez más.
—¿Es que esta es tu forma de torturarme? —le acusó, con sarcasmo contenido.
Él dejó de vendar y exhaló con impaciencia. Estiró la mano y acarició la punta del dedo índice de Tatiana con el suyo.
—¿Sientes esto?
—Sí. —Supo a dónde quería llegar, pero le dejó seguir adelante.
Luego Yun acarició la palma de su mano. Un roce cálido que estuvo muy fuera de lugar, a pesar de tener un fin médico.
—Intenta unir el meñique con el pulgar. —La miró a los ojos por primera vez. Estaba demasiado

cerca y eso no le gustó. Adoraba su espacio vital y Yun lo invadía de forma indiscriminada.
Tatiana ya había hecho esa misma prueba muchas veces en su vida. La última, a ella misma, cuando examinó su propia fractura, unas horas atrás. La repitió sólo para escuchar las conclusiones de Yun y comprobar si de verdad tenía idea alguna de lo que hacía, hasta dónde llegaban sus conocimientos médicos.
Él contempló cómo los dedos se unían y continuó con la tarea de vendar su mano.
—El nervio mediano está bien, la radiografía no es imprescindible —cerró la conversación.
Que conociese la forma de evaluar el nervio no significaba nada. Cabía la posibilidad de que hubiese sufrido una fractura similar en el pasado y que por eso estuviese al tanto de ese tipo de examen.
La discusión no tenía sentido ninguno, pero escondía una pequeña lucha de poder que ayudaría a establecer las bases entre ellos dos, más allá de que fuesen un rehén y su secuestrador. Por eso, Tatiana no dio su brazo a torcer.
—La radiografía es necesaria —insistió, condescendiente—. Porque aunque no haya afectación del nervio, puede quedar dolor crónico.
—Así te acordarías de mí —murmuró, con una media sonrisa.
Tatiana apretó los labios y luchó por no dejar entrever su frustración. Gracias a eso, contuvo el insulto que tenía preparado para él, pues Yun acababa de despertar un ansia homicida en ella difícil de manejar. La única persona que le llevaba la contraria de semejante forma era su hermano Viktor, y si no le había asesinado era porque sentía cierto amor hacia él, porque era parte de su familia.
—Tráeme la maldita venda de escayola —sonó cabreada, contenida y frustrada.
Yun ignoró su petición mientras daba otra vuelta a la venda alrededor de su muñeca.
—¿Eres médico? —presionó Tatiana. Era evidente que no.
—No —confirmó él, con una mirada altiva muy fuera de lugar—. Pero mi madre sí.
—Tu madre —repitió. Iba a necesitar de todo su autocontrol para no empeorar la situación en la que se encontraba—. Pues tu madre te ha enseñado mal. Esto es un desastre.
Yun apretó la mandíbula y dejó de vendar.
—La intransigencia me da dolor de cabeza, así que deberías cerrar la boca si quieres que te ayude. —Una advertencia que contuvo tintes de amenaza.
No le quedó otra que tragarse la réplica y abandonar el enfrentamiento, por su propio bien. Aunque le jodiese, esa venda era mejor que nada, así que se tomó unos momentos para reconsiderar la situación. No debía actuar de forma visceral. Ella no era así.
La habían secuestrado y era normal que enseñase las uñas, pero todo tenía un límite. Bailar en el filo de lo relativamente esperable de un prisionero estaba bien, dejaba claro que no era una mujer sumisa y que no cedería terreno con facilidad, pero traspasar los límites y despertar la ira de Yun, o de quien estuviese por encima de él, sólo le traería problemas. Su objetivo era negociar, y cuanto más serena estuviese y más suave fuese la relación con sus secuestradores, más fácil sería llegar a un acuerdo.
Pero ¿cómo podía estar serena en una situación como esa? Moscú se venía abajo, no tenía ni idea de dónde estaba Bogdam y le estaban vendando una fractura en el radio con una venda de crep.
Aun así, hizo un esfuerzo por contener su impaciencia y decidió que, en lugar de jugar a explicarle a Yun los principios básicos de la medicina y de dejarle claro que estaba muy por encima de él al respecto, lo mejor era formular preguntas de utilidad.
—¿Dónde estoy? —preguntó, de improviso.
Para su sorpresa, Yun le regaló una respuesta sincera.

—Sigues en tu querida Rusia, si es lo que te preocupa.
Era alentador escuchar que seguía en casa. Si Viktor o quien quedase de su lado había seguido el rastro de sus secuestradores, sería más fácil rescatarla allí, dentro de sus fronteras.
—¿En qué parte de Rusia exactamente?
Yun sonrió de forma casi imperceptible.
—Ya deberías saber cuáles son las preguntas incorrectas, Tatiana. Has torturado a muchos de los míos como para habértelo aprendido bien. ¿A ellos les dijiste dónde estaban alguna vez?
Tatiana le contempló con las cejas alzadas.
—Nunca preguntaron. No eran muy dados a hablar. —Observó su perfil mientras él vendaba—. Nos dedicábamos a hacer otras actividades más interesantes. —Se quedó en silencio y en él se saborearon los horrores de los interrogatorios que había practicado a los chinos que caían en sus manos.
Pero no recibió respuesta.
La actitud de Yun era exasperante. Tatiana desistió y fue al grano.
—Vamos a dejar de perder el tiempo, Yun —pronunció su nombre en tono bajo—. Dime qué es lo que queréis.
—Acordamos que sacarías tus propias conclusiones. —Dio otra vuelta a su muñeca. Ya le quedaba poco para terminar—. Estaré encantado de escucharlas.
—Claro —aceptó.
Durante las horas que llevaba cautiva en esa habitación mugrienta y oscura había esbozado varias teorías sobre su secuestro. Una era más obvia que las demás, aunque no tuviese todo el sentido que debía. En todas sus suposiciones siempre faltaba una pieza para el mosaico que intentaba formar.
—Queréis Moscú, ¿no es así? —afirmó, directa.
La teoría que más peso tenía era esa: los chinos querían Moscú. ¿Por qué? No tenía ni idea. No quería pensar que sus aspiraciones eran controlar el crimen en toda Rusia y que consideraban que eso empezaba por dominar la capital. Eso era tan absurdo que le daba vergüenza ajena sólo de pensarlo. Pero en Moscú se movía mucho dinero, y cada vez más. Era una puerta a Europa, así que controlarlo facilitaría mucho la tarea de meter mierda china en los países occidentales. Quitárselo directamente a ella era muy difícil, si no imposible, porque no podía haber una guerra de por medio, así que por eso habían apoyado un levantamiento en cuanto habían visto la oportunidad. Con Aleksei muerto y una mujer ocupando su lugar, era fácil. Sabían que se habían creado tensiones dentro de la organización y lo habían aprovechado, algo de lo que se lamentaba profundamente. ¿Qué les habría dado Kostya a cambio de apoyar su insurrección? ¿Parte de la ciudad? Ahora querrían el pedazo de su compinche, y querrían que se lo diese ella misma, pues todos en esa historia sabían que no se podía cabrear a los de Corea del Norte con un conflicto de mayor magnitud.
Los norcoreanos eran claros con respecto a sus normas. Cualquier disputa que provocase una guerra internacional entre el crimen chino y ruso, sus dos principales proveedores, sería penalizada con la suspensión completa de los acuerdos comerciales. De esa manera, el primero que desatase una guerra que traspasase fronteras vería fulminados los pactos que llevaban décadas vigentes y que proporcionaban gran parte de la libertad financiera que permitía ejercer el poder. Nadie en su sano juicio arruinaría eso, pues Corea del Norte era una fuente de ingresos demasiado importante como para prescindir de ella. Todo contrato que perdiesen era un contrato que ganaba el enemigo y, por lo tanto, era darle más poder.
Tatiana verbalizó sus pensamientos.

—Tenéis una parte de Moscú, ¿verdad? —continuó—. La que os ha cedido el traidor que me ha hecho esto a cambio de que le apoyéis. Pero una parte no es suficiente y ahora lo queréis todo, ¿no es así?
Yun sonrió.
—Si quisiésemos Moscú entero, lo habríamos cogido.
—Y una mierda —le dijo ella, muy de cerca—. Moscú no es tan fácil de conquistar sin que haya un conflicto armado. Tendríais que derramar sangre y eso jodería vuestros negocios con los norcoreanos. Pero creéis que no hay nadie a quien se odie más que a un traidor, y por eso esperáis que yo misma os ponga en bandeja el pedazo del pastel que os falta a cambio de mi libertad. ¿Pensáis que para mí es menos doloroso ver a un chino sentado en el trono que al perro que se ha vuelto contra mí? No tenéis ni idea.
Ese era el escenario más obvio y, a la vez, el peor de todos, pues desbancar a algún inútil de su propia organización no sería difícil. Pero si los chinos se metían hasta la cocina, cualquier guerra que se hubiese desatado antes en Moscú no se parecería en nada a lo que estaba por llegar. Y, como ya le había dicho a Yun, eso era algo que no le interesaba a nadie.
Yun no negó ni una sola de sus palabras y Tatiana se dijo que había subestimado con creces la estupidez de Kostya.
—¿Y cuál es el plan? —Buscó su mirada de nuevo, aunque él estaba concentrado en terminar de colocar el vendaje—. ¿Quieres que te diga cómo recuperar lo que es mío para que lo cojáis vosotros? ¿O que lo recupere yo y después os lo dé? Porque si creéis eso es que sois más inútiles de lo que pensaba. Te diré algo. —Tatiana acercó los labios a su oído y después susurró—. Que te jodan.
Yun se detuvo y exhaló con desgana, como si estuviese hastiado de hablar con ella, de tener que tratar con una prisionera demasiado intransigente. De pronto, cerró la mano en torno a su hueso fracturado, ahora cubierto por la venda, y apretó con fuerza. Tatiana sufrió un latigazo de dolor que corrió por su brazo como una descarga eléctrica y que le llegó hasta el hombro. Apretó los dientes, pero no gritó.
Él la miraba impasible, con los dedos alrededor de su muñeca oprimida. Era el peor momento del mundo para hacer una estupidez, pero en absoluto la pasividad formaba parte de su naturaleza. Yun entreabrió los labios para hablar, pero Tatiana le acalló con un arañazo en la cara.
Trató de darle otro, pero él atrapó su mano libre al vuelo. El dolor comenzaba a ser tan fuerte que se le nubló la vista. Le dolían las costillas por la respiración acelerada y la cabeza le iba a estallar. Un quejido contenido escapó de su boca y Yun soltó su hueso malherido por fin. Luego la cogió del cuello y clavó su cabeza contra la pared.
—No me obligues a hacerte daño. —Ahí estaba, el filo de crueldad en su voz en medio de la niebla de tranquilidad que le rodeaba—. No quiero hacerlo, ¿lo entiendes? No me obligues.
Tatiana no le tenía miedo. En todo caso, le tenía ganas. Por eso, en su mirada se reflejó una promesa de venganza que era seguro que a Yun no le pasó desapercibida. No se movió, pero dejó claro que su falta de respuesta no era una rendición, sino una retirada a tiempo antes del siguiente asalto.
Yun la mantuvo sujeta contra la pared durante unos instantes más. Tatiana se fijó en la sangre que brotaba en forma de gotas de las marcas del arañazo, en su mejilla, y se sintió orgullosa por ello. Aunque la balanza no se inclinase a su favor, era bueno que él supiese que no estaba delante de una mujer fácil de manejar.
Una lágrima furtiva, resultado del esfuerzo por contener el dolor, le corrió por la mejilla. Yun la soltó sólo para atrapar esa lágrima con el dorso de su dedo.

—Vas a derramar muchas de estas si no te calmas —dijo, con una suavidad inesperada.
—Y tú vas a sangrar mucho si me pones otra vez la mano encima —una promesa firme, pronunciada con los dientes apretados.
Él se echó hacia atrás, pero se quedó allí, agachado frente a ella. Giraba su anillo mientras la miraba, atento. Ambos respiraban deprisa por el encontronazo.
—La próxima vez no me pillarás desprevenido —dijo, a media voz.
—Ni tú tampoco a mí.
Tatiana le analizó, todavía sumida en ese estado de rabia contenida. Bajo el aspecto tranquilo y altivo, supo que se escondía un hombre con muy pocos escrúpulos.
Pero cómo fuese Yun poco importaba. Nunca les daría Moscú, por mucho que presionasen, por mucho dolor que tratasen de causarle, ni aunque la tuviesen encerrada allí durante el resto de sus días. Viktor recuperaría la ciudad porque los demás líderes le apoyarían, y los Kozlov reinarían durante muchas generaciones más. Pero esos condenados chinos nunca dominarían su territorio. Jamás.
Él continuó con la tarea de vendar la fractura como si no hubiese ocurrido nada y Tatiana se preguntó qué se le pasaba por la cabeza a un hombre como él, cuáles serían sus órdenes y hasta dónde estaba dispuesto a llegar para llevarlas a cabo.
—Sujétate aquí. —Yun le indicó que presionase sobre el extremo de la venda.
Tatiana no se movió. Ya no tenía ganas de colaborar ni aunque fuese en su beneficio. Él aguardó unos segundos, y cuando dedujo que ella no iba a ayudar, extrajo con una mano un esparadrapo de su bolsillo y se las apañó para cortar un pedazo sin soltar la venda. Aseguró el vendaje con él y luego la miró a los ojos.
—Si eres lista, no tardarás en darte cuenta de que lo que más te conviene es que te lleves bien conmigo. Es mejor que seamos amigos, Tatiana Kozlova.
Yun no le dio opción a réplica. Se puso en pie y caminó hacia la puerta de la habitación. Se largaba con la cara magullada y con la certeza de que Tatiana no se doblegaría con facilidad.
Amigos. Tatiana tuvo ganas de reír y también de escupirle sólo por plantear semejante posibilidad.
Antes de marcharse, él se dio la vuelta, como si hubiese olvidado algo. La miraba con una mezcla de superioridad y lástima, tal vez porque sabía que las cosas estaban jodidas para ella.
—Te traeré comida y después hablaremos de Moscú. Yibo vigilará que no hagas ninguna tontería con esa venda.
Abandonó la estancia y otro hombre entró en su lugar. Era de mediana edad, llevaba una barba descuidada y le sonrió mostrando unos asquerosos dientes amarillos. Su olor a tabaco devoró sin piedad el del perfume delicado y masculino de Yun, que todavía flotaba en el aire que estaba estancado en la habitación. Su vigilante no llevaba armas, pero Tatiana sabía que no las necesitaba. El cuerpo que se escondía bajo la camiseta caqui revelaba mucha pericia en artes marciales y supo que sus habilidades no eran tan buenas como para propiciar un enfrentamiento con él.
Tatiana se bebió el agua que Yun había dejado para ella a un lado, ante la mirada del tal Yibo, y él se apresuró a arrebatarle el vaso vacío en cuanto terminó. Hacía bien, pues de tener fuerzas y de no sufrir una fractura en el brazo, se lo estamparía en toda la cara.
Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Lo único que podía hacer era esperar y confiar en que esos condenados chinos estuviesen abiertos a negociar.

Capítulo 7

«Las cosas no valen sino lo que se las hace valer».

Molière

Viktor abrió la puerta y la empujó con el codo mientras apuntaba en distintas direcciones con el fusil. Dio la luz sin dejar de apuntarlo y comprobó que ahí dentro todo estaba en orden. Esa era su antigua habitación, la habitación en la que había visto a Gia por primera vez, la que escogió cuando cumplió diez años y en la que durmió hasta que su padre le mandó a San Petersburgo.
Revisó uno a uno los escondrijos que conocía tan bien, pero allí no había nadie. Toda la planta estaba limpia, como ya imaginaba. Esa inspección a fondo no era más que para curarse en salud, pues todas las ratas que se agolpaban dentro de la casa ya estaban muertas. Bajó el fusil y sacó el móvil del bolsillo.
—Ya no queda ningún traidor aquí arriba —anunció en cuanto Serhiy descolgó el teléfono—. ¿Dónde estás tú?
—Hemos terminado de revisar el perímetro. También está limpio. —Gia iba con él, por lo que le tranquilizó saber que todo había salido según lo planeado.
—Voy a la entrada. Nos vemos allí.
Viktor abandonó la habitación con un resoplido de hastío. Salió al pasillo y lo recorrió en dirección a la escalera principal. Era consciente de todas y cada una de las emociones oscuras que bullían en su interior y no tenía claro hasta cuándo podría contenerlas. No saber dónde estaba Tatiana le llevaba al límite, y si se controlaba, era por Gia. De no estar ella a su lado, poco le habría importado quemar todo Moscú si así lograba dar con su hermana, aunque eso le costase su propia vida. Pero ahora tenía que ser paciente y mantener un perfil bajo si no quería exponerse a riesgos innecesarios.
Todo a su alrededor en ese pasillo que atravesaba permanecía estático, como si no hubiese pasado nada en los últimos treinta años. Pero habían ocurrido muchas cosas entre esas paredes desde entonces: la muerte de su madre, y luego, la de su padre, la huida de Aleksei, y ahora esa rebelión contra su hermana. Lo único que se mantenía inmutable era la decoración sobria que su tía Lada había escogido tras la reforma llevada a cabo por Grigor. Detalles insignificantes, pues la importancia de la casa recaía en lo que simbolizaba: el poder de los Kozlov.
Un poder que habían utilizado durante años para dominar la ciudad, el tráfico de armas y de drogas, la prostitución. Uno del que se servían los grandes empresarios para proteger sus intereses. Un poder que nadaba en riqueza gracias a los negocios internacionales, y con cuyo dinero manchado de sangre se financiaba parte del crecimiento de la ciudad. Eso eran los Kozlov, poder y dinero, y esa casa era a su poder lo mismo que el Kremlin era a Moscú.
Ahora, todo el que se acercase allí se llevaría un tiro en el estómago de regalo.
Estaba seguro de que, tarde o temprano, los traidores volverían a asomar las narices por la zona. Al entrar en la casa había descubierto que estaba mucho menos protegida de lo que debería, si se tenían en cuenta las circunstancias. En el interior tan sólo había un puñado de hombres, entre los cuales sólo reconoció la cara de uno, un tal Igor que siempre andaba por allí y al que le metió cuatro tiros nada más hacer contacto visual. Muy pocas personas para asegurar un lugar tan

grande y significativo. El que no hubiesen defendido mejor la casa le hacía pensar que, o bien ese sitio les importaba una absoluta mierda, cosa que denotaba muy poca inteligencia, o bien eran unos inútiles y unos desorganizados. Lo más probable y lo más conveniente para ellos era que se tratase de esto último, pues nadie con un poco de cabeza rechazaría conquistar el bastión de los Kozlov, el emblema de generaciones de liderazgo en la ciudad. Dominar esa casa era una victoria sobre la moral del enemigo y ellos no se habían esforzado por ello.
La tercera teoría le gustaba menos. Si Tatiana había sido capaz de llamarle para pedir ayuda, era porque había logrado escapar, y si a esas alturas esos cabrones no estaban allí, de vuelta para celebrar su victoria, era porque todavía no habían cortado la cabeza sobre la que descansaba la corona. Tatiana seguía viva y ellos la seguían buscando. Ante esa posibilidad, Viktor tenía que organizarse bien y debía ser muy cuidadoso con la cantidad de hombres que asignaba a cada cometido. Había que buscar a su hermana, pero no a costa de dejar desprotegidos los distritos que todavía conservaban, ni la casa. No había margen de error.
Viktor llegó abajo con el fusil apuntando al suelo. Algunos de sus hombres retiraban los cadáveres que salpicaban la escena, una en la que los cuerpos de los enemigos se mezclaban con los de las víctimas. Vio cómo Daniil arrastraba por el pasillo a una chica joven, de unos veinte años. Por la ropa que llevaba puesta, supo que era una de las cocineras, alguien que no debería haber muerto. Una baja desafortunada por estar en el lugar equivocado.
Se pasó la mano por el pelo mientras su hombre la llevaba al exterior, arrastrando el cuerpo cogido por los brazos. Fuera comenzaba a aclararse el cielo y pronto sería de día, un día que muchas de esas personas ya no iban a ver. Viktor se preguntó si se estaba ablandando. Tal vez ese era un efecto secundario de lo que Gia suponía en su vida, un efecto secundario del que su padre ya les advirtió. El Viktor de un año atrás nunca se habría consternado por la muerte de una cocinera que no le importaba a nadie.
—Viktor, estás aquí. —Gia entró por la puerta acompañada de Serhiy. Llevaba su fusil colgado al hombro y en su cara se entreveían los resquicios de adrenalina.
—Gia. —Viktor la acogió en su pecho y se dieron un abrazo rápido. Merecía la pena ser un puto blando si la recompensa era esa.
Ella se apartó y miró a su alrededor.
—¿Ya está? —preguntó, todavía alerta. Se metió un mechón de pelo detrás de la oreja mientras sus ojos volaban a todas partes, reparando en los cadáveres que salpicaban el *hall* de la casa.
—Sí, ya está. —Viktor acarició sus cervicales con cuidado, mientras la miraba a los ojos—. Ahora mis hombres se están organizando para hacer las guardias, para que esto esté bien protegido. No van a recuperarlo.
—Vale. —Gia asintió, conforme.
Viktor la contempló con detenimiento. Era una mujer dura, pues la mayoría se habría caído redondo al suelo ante una escena como la que tenían delante. Pero Gia no apartaba la mirada, sino que miraba a la muerte a los ojos con una fortaleza que era de admirar.
Ahora tocaba recuperar Moscú y eso iría para largo. La ciudad no tardaría en convertirse en una zona de combate incandescente, un escenario en el que Viktor no quería que Gia estuviese presente.
Y sólo se le ocurría una forma de sacarla de allí.

Capítulo 8

«Jamás negociemos con miedo, pero jamás temamos negociar».

John Fitzgerald Kennedy

Tatiana estiró las piernas y luego suspiró. Según sus cálculos, ya llevaba más de veinticuatro horas secuestrada en ese antro chino y todavía no había tenido ni una sola conversación fructífera que la acercase a salir de allí. No estaba dispuesta a entregar lo que le quedaba de Moscú, si es que le quedaba algo, así que intuía que las negociaciones serían muy difíciles y largas.

Yun no había vuelto a aparecer desde que le vendó la mano y el turno de vigilancia había cambiado dos veces. Ahora se encontraba de nuevo frente al guardián de la primera vez, el tal Yibo. Ignoraba si entendía ruso, pero tampoco le importaba demasiado, pues lo último que quería era mantener una conversación de ningún tipo con él.

Su mirada fija en ella había dejado de ser molesta después de las tres primeras horas y ya casi ni podía percibir su olor a tabaco. Vaya suerte la suya. Luchaba por evadirse de su compañía mientras se dedicaba a plantear en la cabeza los posibles escenarios del futuro incierto que se le presentaba. Pero el dolor que le provocaba la fractura, junto con la falta de sueño, la tenían sumida en una neblina mental que no le permitía pensar con claridad. No podía escapar sin tener una idea primero de dónde se encontraba, pero esos cabrones no la dejaban salir de la habitación ni para ir al baño. Se limitaban a llevarle un cubo para que hiciese sus necesidades dentro y a retirarlo después. Sin pistas sobre su ubicación y sobre cuántos hombres vigilaban la zona, no podía trazar ningún plan de escape que tuviese la más mínima garantía de éxito.

Yun quería que un guardián la vigilase mientras llevaba la venda, por si hacía alguna tontería, pero Tatiana no era estúpida. Por muy lista y bien entrenada que estuviese, ella no podía escapar de allí valiéndose únicamente de un simple pedazo de tela. La presencia de esos vigilantes no era otra cosa que una estrategia para incomodarla, para que no tuviese ni un solo segundo de paz allí dentro. Y, por el momento, lo conseguían.

Decidió que sentarse en el colchón sucio era lo más productivo que podía hacer ese día. Ya poco le importaba su ropa, su olor corporal o su dignidad. Desde ese inmundo trozo de espuma tendría una vista del pasillo, o de lo que quisiera que hubiese tras la puerta.

—Me gustaría beber un poco más de agua. —Tatiana hizo un gesto universal a su guardián que hasta el ser más simple sería capaz de entender.

Él sonrió en respuesta. Era muy risueño ese Yibo, y ella estaría encantada de borrarle la sonrisa de la cara. Pero mientras estuviese débil por el sueño y por las horas sin comer, y herida, eso no iba a ocurrir. Él salió por la puerta demasiado rápido y la abrió lo justo para sacar su cuerpo apestoso por ella, así que Tatiana no pudo atisbar nada del otro lado.

No tenía claro si estaba bajo tierra, si se encontraba en el corazón de alguna construcción más grande o si la tenían secuestrada en algún lugar recóndito, pero a sus oídos no llegaba ni un solo ruido que le diese alguna pista de su ubicación. Ni coches, ni motos, ni lluvia, ni pájaros. Nada.

La puerta se abrió de nuevo y, para su sorpresa, junto a Yibo entró Yun. Él llevaba un vaso de agua en la mano, como la última vez que se vieron, aunque Tatiana no le prestó mucha atención. Su vista estaba puesta en lo que había detrás de él, en los detalles que tenía a la espalda. Al otro

lado vio un pasillo ancho y enmoquetado, y también una puerta a la izquierda. Del lado derecho no pudo vislumbrar nada. Todo parecía igual de viejo y mugriento que la habitación en la que se encontraba y no le dio ninguna información útil sobre su localización. Pero Yun había vuelto y puede que estuviese igual de dispuesto a responder a sus preguntas como lo había estado en su encuentro anterior.

Yun la contempló con interés y después hizo un gesto a su vigilante para que los dejase solos. Yibo se largó y la puerta se cerró de nuevo. Él caminó hacia Tatiana, despacio, como si dispusiese de todo el tiempo del universo.

Iba bien vestido, de negro, con una camisa de buena calidad y unos pantalones que ensalzaban su figura atlética. El pelo, peinado hacia un lado, aunque algunos mechones rebeldes le caían por la frente y se cruzaban delante de su mirada.

—Esto es como un laberinto, ¿sabes? A veces incluso yo me pierdo. —Yun había adivinado sus intenciones y era consciente del vistazo del exterior del que había gozado Tatiana.

Dio unos pasos más y se puso en cuclillas frente a ella.

—Escapar no es una opción, Tatiana. Sólo hablar y negociar. Y no quiero hacerte daño, así que es mejor que no intentes hacer ninguna tontería. —Yun le tendió el vaso de agua.

Sus palabras sonaron sinceras, pero no se fiaba de él. Tatiana se bebió el agua mientras contemplaba las marcas de sus uñas en la mejilla de Yun, las cuales habían empezado a cicatrizar. Él le quitó el vaso de las manos, con cuidado, y luego lo dejó a un lado. Una provocación que la hizo preguntarse cómo de fácil sería cogerlo y atacarle con él. Pero no iba a caer en una trampa tan obvia.

—¿Queréis hablar? —respondió, calmada—. Por supuesto que hablaré, pero no contigo. Quiero que venga Deshi, o quien haya asumido su cargo, lo mismo me da. Quiero hablar con quien lidera en Rusia.

Yun levantó las cejas con un matiz arrogante.

—Deshi está muerto y al nuevo líder lo tienes delante —pronunció las palabras con cierto disgusto, como si ella no fuese lo suficientemente lista por no haberlo adivinado antes—. Parezco más joven de lo que soy en realidad, ¿verdad?

Tatiana hizo un esfuerzo por contener la consternación y la sorpresa que le provocó descubrir que Yun estaba al mando. Esas eran malas noticias, pues el hombre que ahora la miraba con esos ojos negros de obsidiana no parecía alguien a quien manipular. Aunque nunca lo hubiese creído posible, se lamentó de que Deshi estuviese muerto.

—¿No te lo esperabas? —añadió, tal vez con afán de burlarse de ella.

Tatiana no refrenó su desagrado. Le importó una mierda si se entreveía en sus palabras.

—Lo cierto es que no. Sólo pareces un niño rico salido de algún barrio adinerado de Pekín que se cree importante porque su mamá es médico. No me lo digas, se dedica a la medicina estética, ¿verdad? Eso justificaría tu aspecto y también por qué colocas vendas tan mal.

Sus palabras pillaron desprevenido a Yun, quien sonrió sin un ápice de humor.

—¿No quieres que nos llevemos bien? Te dije que era lo mejor para ti.

—Tú y yo nunca podremos llevarnos bien, así que dime qué es lo que quieres. Te diré lo que quiero yo y entonces negociaremos.

Yun jugueteó con su anillo.

—Por supuesto que negociaremos, Tatiana. Para eso he venido —murmuró, condescendiente—. Pensaba hacerlo aquí, pero como tienes tanto interés por saber qué hay detrás de la puerta, haré una excepción y te llevaré a dar un paseo. Tómalo como una muestra de mis buenas intenciones.

Yun le regaló una media sonrisa con tintes provocadores y Tatiana quiso darle una patada en el

estómago. Su arrogancia la irritaba hasta el infinito, mucho más ahora que sabía que él era el líder de la mafia china en Rusia. Yun estaba al mando y que alguien como él dirigiese la situación era una tragedia. Pero iba a sacarla de allí durante un rato y ese paseo podría darle muchas pistas sobre el lugar en el que se encontraba, información con la que podía valorar como de factible era huir. Porque si él quería Moscú y ella no estaba dispuesta a entregárselo, la única esperanza que le quedaba era escapar.

Yun se puso en pie y Tatiana hizo lo mismo. Sacó un teléfono móvil del bolsillo para hacer una llamada en la que cruzó algunas palabras en chino de las que Tatiana no entendió una mierda. Luego, colgó e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Sígueme —indicó.

Abrió la puerta y ella atravesó el umbral. Caminó junto a él con expresión indiferente, aunque no pasó por alto ni un solo detalle de lo que les rodeaba. El pasillo que había divisado desde el interior de la habitación era justo como se lo había imaginado. Tenía varias puertas a los lados, cerradas, y desde las cuales no provenía ningún ruido. En el momento en el que giraron a la izquierda, todo cobró sentido: estaban en un maldito hotel abandonado.

Un hotel mugroso y antiguo que hacía mucho que no veía inquilinos, más allá de las alimañas de la mafia china que ahora lo ocupaban todo. Ninguno de los hombres de Yun estaba a la vista, pero Tatiana sabía que se escondían detrás de esas paredes. Lo hacían para que ella no pudiese determinar cómo de protegido estaba el lugar, pero no era tonta, así que daba por hecho que Yun se cubría las espaldas muy bien. El hotel estaría infestado de ellos.

Una placa olvidada al lado de una de las puertas la hizo saber que se encontraban en la tercera planta. Escapar por su propio pie desde allí no sería tarea fácil, pero tampoco lo consideraba imposible.

Cuando llegaron al final del pasillo, giraron a la derecha y Yun la condujo hasta una habitación que no tenía puerta y donde no encontró ningún elemento reseñable en su interior. Allí tan sólo descansaba una mesa con dos sillas, una en frente de la otra. Sobre ella, un plato cubierto con una tapa, donde supuso que había comida. Tatiana olfateó el ambiente con sutileza y lo confirmó. Olía a carne asada, a jengibre y a pimienta, y eso hizo que le rugiese el estómago.

A diferencia de la suya, esa habitación contaba con una ventana, pero estaba tapada con unas maderas robustas que alguien había clavado sobre ella y que no dejaban pasar ni un atisbo de luz. Agudizó el oído. Si ese cuarto daba al exterior, tal vez escuchase algún sonido que le diese una idea de su ubicación.

—Siéntate. —Yun le indicó el asiento que debía ocupar ella.

Tatiana obedeció por una vez. Se acomodó en la silla oxidada y apoyó su brazo derecho sobre la mesa. El otro no quería moverlo demasiado, ya que no tenía ninguna confianza en la chapuza de vendaje que llevaba puesto. Había restos de sangre antiguos en la superficie de la mesa que la llevaron a pensar que en ese lugar se habían practicado interrogatorios extremos, pero no se dejó sugestionar por el descubrimiento.

Tan cerca, el plato de comida olía mucho mejor.

Yun se sentó en frente y la miró con atención. Ambos se observaron durante unos largos segundos en una especie de preliminar a las negociaciones en el que se midieron el uno al otro. Yun era más listo de lo que hacía ver, y aunque le hubiese vendado la mano, sabía que no tenía nada de misericordioso. Si se fijaba en sus ojos rasgados, se daba cuenta de que sí que era más mayor de lo que aparentaba. Puede que tuviese la misma edad que ella, o tal vez unos pocos años más. También era guapo y muy atractivo, algo que de seguro había utilizado a su favor a lo largo de su vida. Pero la belleza como elemento aislado no significaba nada para ella.

Tatiana rompió el hielo con una pregunta para la que sabía que no obtendría ninguna respuesta, pero no por ello quiso privarse del gusto de hacerla.
—¿Mataste a Deshi tú mismo o hizo alguna tontería él solito?
Yun jugueteó con su anillo.
—Digamos que un poco de todo. —Él no entró en detalles, como era de esperar—. Pero hablemos de lo importante, Tatiana. ¿A qué estás dispuesta a renunciar para salir de aquí?
Esa era una buena pregunta.
—Sólo a algunas cosas.
—No tienes mucho con lo que negociar —apreció, en tono suave.
Tatiana fue directa.
—Lo tengo todo, Yun, porque sólo yo puedo darte la parte de Moscú que todavía no tienes. Por eso sigo viva, ¿no? De nada te sirve saber dónde están las casas francas, cuántos hombres tiene el otro bando o qué policías están de su lado. La única que puede darte lo que quieres soy yo.
Una verdad indiscutible.
—Sobrevaloras tu ciudad, Tatiana —reconoció, sereno.
—Pero aquí estás, intentando quitármela. Yo no voy a darte nada, Yun, ni aunque el precio a pagar sea mi propia vida.
Yun levantó las cejas con fingida sorpresa.
—¿Estás dispuesta a morir antes que entregar un pedazo de la capital? ¿Tan poco valor tiene tu vida?
—Mi vida vale mucho, pero Moscú vale más. Los dos sabemos eso.
Yun contuvo una mueca de burla y Tatiana se planteó arañarle de nuevo en la mejilla, sobre las heridas que aún no se le habían cerrado. Despacio, para que sintiese bien el dolor.
—¿Qué? —le encaró—. ¿Tú entregarías Pekín a cambio de tu vida? No hace falta que respondas.
—Sólo quiero saber cuáles son tus prioridades, qué valor le das a las cosas.
—Pues ya lo sabes —respondió.
Él la estudió durante largo rato y Tatiana aguantó el examen sin apartar la mirada, pues en absoluto pensaba amilanarse ante él.
—Mis intenciones no son las que crees, Tatiana, aunque no te culpo por tergiversarlas. No voy a matarte para obtener nada. Aquí sólo está en juego tu libertad y lo que estés dispuesta a entregar para conseguirla.
Tatiana no contestó. Por supuesto que no podía matarla para obtener nada. Ni aunque pasara por encima de su cadáver lograría tener el control de una sola calle de la ciudad. Para eso estaba su familia, para salvaguardar los resquicios que quedasen en pie. Y lo que Kostya le hubiese cedido en su trato, tenía los días contados.
—Cada minuto que pasas aquí intentando convencerme de que te dé mi ciudad, mis hombres trabajan para recuperarla, sólo para mí. Así que, cuanto más tiempo tardes en darte cuenta de que retenerme no sirve de nada, más difícil se pondrá la situación para ti en Moscú.
Yun sacó un paquete de tabaco del bolsillo junto con un pequeño mechero y se encendió un cigarro con un movimiento elegante.
—¿Qué hombres, Tatiana? Todos te han traicionado. No hay nadie de tu lado, de eso es justo de lo que tienes que darte cuenta. Lo único que te espera fuera es tu fortuna personal, y los dos sabemos que ese dinero no te llevará muy lejos y que tampoco es lo que te importa en realidad.
En eso último tenía mucha razón, aunque quisiese darle una patada en la entrepierna sólo por mencionarlo.
—Sí, el poder vale más para mí. —No había que ser un lince para deducirlo—. Pero sin dinero

no hay poder, Yun. Además, Moscú ha pertenecido a mi familia desde hace décadas, así que, como es obvio, no voy a llevarte a obtenerlo de ninguna de las maneras. Llámalo testarudez si quieres, lo mismo me da. Podemos pasar aquí el día, o el resto de nuestras vidas, pero nada va a cambiar.

Él sonrió y luego dio una calada con los ojos entornados, para que no le entrase humo en ellos.

Tatiana hizo la pregunta que desde el principio le rondaba la cabeza.

—¿Por qué Moscú? —tanteó, curiosa—. ¿Para entrar a Europa? Porque para eso sería más fácil aplastar a las mafias de los antiguos países del bloque. También son una puerta a Occidente y no tendríais que pelear tanto.

Yun habló con tranquilidad.

—Para serte sincero, Moscú no me interesa, Tatiana. Sólo es una moneda de cambio —admitió, de manera inesperada—. Desde el principio has pensado que quiero la capital, pero la verdad es que no tengo ningún interés en lidiar con el frío y la nieve, con empresarios alcohólicos y con compradores de armas sobrados de ego. En los antiguos países del bloque, como tú los llamas, no se hacen los negocios transfronterizos que se hacen desde Moscú. Y lo que yo quiero es justo eso, los negocios —se encogió de hombros—. Moscú, junto con tu libertad, es sólo lo que te ofrezco a cambio. —Hizo una pausa para asegurarse de que ella le entendía bien—. Te liberaré y te cederé la parte de la ciudad que ahora está bajo mi control para que te resulte más fácil recuperar lo perdido, y tú me darás la potestad sobre los negocios en los que estoy interesado. Es un buen trato, ¿no crees?

Tatiana enmudeció. Se quedó de piedra frente a Yun, con la mirada fija sobre él. Lo que ese hombre quería era mucho más grave que robarle unos cuantos distritos de Moscú. Lo que quería era una locura. Su mente se aceleró y le llevó unos instantes recomponerse como para poder hablar.

—¿Es que no tenéis suficiente con los negocios que hacéis en China? —le enfrentó, igual de calmada que él lo hacía, aunque sólo fuese de cara a la galería, pues por dentro el nerviosismo se había disparado—. ¿No tenéis suficiente con los que hacéis fuera de China también? Ya sois el mayor proveedor de Corea del Norte. ¿Cuándo os habéis vuelto tan avariciosos?

Corea del Norte era el detalle que lo cambiaba todo, aunque ella hubiese pasado todas las horas que llevaba secuestrada pensando que la clave estaba en Moscú.

Yun sacudió la ceniza y esta cayó al suelo. No supuso ningún cambio, pues ya estaba sucio desde hacía mucho tiempo.

—Sí. Somos el mayor proveedor de los norcoreanos, y después estáis vosotros —reconoció, con cierto desagrado—. No queremos vuestras narices en Asia y eso es lo que pretendo solucionar.

Yun lo tenía muy claro. Quería los negocios con Corea del Norte y eso era un imposible, una ridiculez que no entendía cómo se atrevía ni siquiera a mencionar. No sólo se trataba de dinero, sino también de poder y de la imagen que su organización proyectaba frente al mundo.

Esos negocios tan valiosos que él ahora quería expoliarle los había iniciado su propio abuelo poco después de que las tropas de la Unión Soviética tomasen el país en el 1945, cuando la Segunda Guerra Mundial llegaba a su fin. Se escribieron en piedra unos años más tarde, cuando Kim II-sung tomó el poder en 1948, y desde entonces representaban unos lazos sólidos y afianzados en el tiempo que nadie, excepto ella misma, podría revocar. Unos lazos que Yun nunca le arrebataría, aunque su exceso de confianza le hiciese creer que sí, y que, comparados con Moscú, convertían los negocios de la ciudad en migajas sin valor. Si ella moría, esos contratos pasarían a manos de Viktor, igual que habían pasado a las suyas tras la supuesta muerte de Aleksei. Y si moría Viktor, a Maxim. Y así sucesivamente a través de la estirpe de los

Kozlov, una estirpe que funcionaba como una hidra indestructible repleta de cabezas de fuego.
Pero esos acuerdos tan poderosos eran, también, lo único que ataba en corto las relaciones entre China y Rusia. La norma que el propio Kim Seong-jin había establecido aseguraba que sus dos grandes proveedores conservasen la paz entre ellos. Nada de guerras. Nada de enfrentamientos que traspasasen fronteras. Nada de conflictos de magnitud cuatro.
¿Que qué era un conflicto de magnitud cuatro? Era una maldita guerra internacional. Una guerra entre dos colosos que podía generar, como efecto colateral, un conflicto geopolítico de grandes dimensiones, algo muy alejado en cuanto a gravedad de las refriegas y enfrentamientos que se estaban sucediendo en Moscú antes del levantamiento contra ella, y a lo que llamaban equivocadamente «guerra».
Nadie quería encender la mecha de algo así. Sin el dinero de Corea, los ingresos se verían reducidos en más de un cincuenta por ciento. Sin dinero, no había hombres. Y sin hombres, no había poder. Ningún territorio se defendía sin soldados, por muy fuerte que fuese su líder. Por eso, el hecho de que Yun apareciese en su vida exigiendo los contratos de Corea del Norte como si le pidiese el periódico del domingo, no le parecía más que el delirio de un líder inexperto, el desvarío de un hombre joven con exceso de confianza.
Pero tenía que reconocer que robarle un pedazo de Moscú a través de una insurgencia para después negociar con ello había sido un plan brillante, un primer paso muy efectivo. Todo limpio y con buena letra, sin levantar las sospechas de los norcoreanos, lo que la llevaba a pensar que Yun no era un hombre tan estúpido como parecía.
Tatiana le analizó y se preguntó si de verdad era tan ingenuo. Lo que exigía era un imposible.
—¿Todo este revuelo es sólo por esos contratos? —le restó importancia adrede, aunque el asunto era muy grave—. Corea del Norte nos eligió de forma libre. No hay nada que puedas hacer para cambiar eso, ni siquiera secuestrarme, y lo sabes.
Él no cedió a su provocación.
—Los primeros acuerdos se hicieron con nosotros, nosotros éramos su vendedor principal —le recordó—. Vosotros sólo fuisteis unos oportunistas en los que nunca debieron confiar.
—Nadie pone todos los huevos en la misma cesta, Yun —rebatió—. Corea quería contar con varios proveedores, como haría cualquier país con dos dedos de frente. Y si esos contratos siguen vigentes hoy en día es porque el mundo de los negocios es así. Se compra al mejor vendedor.
—Fuisteis vosotros quienes jugasteis sucio cuando mandasteis a vuestros hombres a sabotear los tratos que ya tenían con China, así que no me lo vendas como si hubiese sido una decisión estratégica.
Tatiana exhaló con cansancio.
—A mi abuelo lo mandó llamar Kim Seong-jin, que por si no lo sabías era el…
—Sé quién era Kim Seong-jin —cortó—. Y me da igual cuál sea tu versión, Tatiana. Corea del Norte era nuestra hasta que vosotros metisteis las narices, y yo sólo quiero recuperar lo que nos pertenece por derecho. —Se encogió de hombros mientras daba otra calada a su cigarrillo.
—Claro, cómo no. Quieres que Asia la dominen los asiáticos —la boca se le llenó de sarcasmo —. Pero que uses mi ciudad como moneda de cambio es un maldito insulto. Los dos sabemos que ni siquiera se acerca a ser un intercambio justo.
—No, no es un intercambio justo —admitió, sin reparos—, pero es la única forma de conseguir lo que quiero, y eso también lo sabemos los dos.
Él dio vueltas al cigarrillo entre los dedos sin quitarle los ojos de encima.
—Si para intentar robarme esos contratos destruyes Moscú, lo único que conseguirás es cabrearme. No te voy a dar una mierda si a mis espaldas ya no quedan más que cenizas. —

Tatiana le contempló con menosprecio—. No te iba a dar una mierda de todas formas.
—Yo no quiero destruir Moscú. De hecho, lo conservaré lo mejor posible hasta que cedas a mis exigencias. Así que date prisa.
—Darle una parte a los hombres que me han traicionado y destruirlo es lo mismo. Hago muchos tratos comerciales en todos los distritos, tratos que sólo dependen de mí, así que cada minuto que no estoy al frente, pierdo dinero, poder y reputación.
—Ya te lo he dicho muy claro, Tatiana. Te devolveré los negocios y tu ciudad cuando tú me des lo que quiero. Incluso te lo pondré fácil para que puedas recuperar la parte que te falta. Sobre la reputación, eso tendrás que solucionarlo tú sola.
Tatiana apretó los dientes.
Yun se acomodó. Su mirada oscura se clavaba en ella. Por algún motivo le pareció que en el pasado él podía haber sido un hombre introvertido, aunque estaba claro que no lo era ahora, pues cada vez que sus ojos conectaban con los suyos no veía nada que se pareciese un ápice a la timidez.
Quería que creyese que tenía Moscú en la palma de la mano, pero Tatiana presentía que eso no era del todo cierto. Por mucho que sus propios hombres se hubiesen rebelado, estaba segura de que no todos se habían unido a la insurgencia. Janina había huido con algunos, entre ellos Nikolay, el cabecilla del distrito de Arbat, y esa era una buena prueba de que no todos formaban parte de la rebelión. Además, Viktor ya estaría allí, y estaba muy segura de que también Maxim, y que ambos trabajaban para recuperar lo que era suyo por derecho. Ambos estarían ejerciendo demasiada presión en la ciudad, tanta, que el reloj corría en contra de los traidores y de los chinos, y no contra ella, como Yun quería hacerla creer. Kostya estaría pronto en un callejón sin salida. Ese pedazo del que Yun presumía como moneda de cambio no sería más que unos pocos distritos inestables que perdería con rapidez. No iba a entregar algo tan valioso como los contratos con Corea del Norte sólo por unas pocas migajas.
Tatiana sonrió con el odio colmando su mirada. Una sonrisa bonita para advertirle de que su plan era inútil.
—No voy a darte los contratos con Corea del Norte. Ni ahora ni nunca.
Yun le devolvió la sonrisa.
—Nunca digas nunca, Tatiana.
Él se mostraba muy seguro, pero eso era algo que a ella le importaba muy poco.
Yun dio la conversación por terminada. Ya había expuesto sus exigencias y ahora sólo le quedaba esperar el momento en el que a Tatiana le pesase demasiado el encierro y cediese a su petición para así quedar libre. Algo que nunca iba a ocurrir. Se puso en pie e hizo una señal a Yibo, a quien le dijo algo en su idioma. Luego, se dirigió de nuevo a ella.
—Te dejaré un poco más de tiempo para pensar, Tatiana. Pero ya sabes lo que quiero y ya sabes cuál es la única forma de salir de aquí. No tardes en decidirte. —Le sostuvo la mirada, como si de esa forma el mensaje calase más—. Ahora, come algo.
Tatiana no contestó.
Ante su silencio, Yun se marchó. Caminó hacia el umbral carente de puerta con el aura arrogante y poderosa de la que hacía gala.
No estaba dispuesta a renunciar a sus contratos con Corea del Norte, pero tampoco estaba dispuesta a pasar el resto de sus días encerrada allí sólo porque a Yun y a su séquito se les hubiese antojado hacer una jugada tan arriesgada y ambiciosa como esa. Por eso, supo que sólo existía una salida.
Arrastró la silla oxidada y se puso en pie. Instó a Yibo a que la llevase de nuevo a su habitación,

pero él no se movió. En su lugar, le hizo señas para que comiera algo del plato, e incluso lo destapó para ella, como si el acto de ver la comida tuviese el poder de hacerla cambiar de opinión. Tatiana lo rechazó de forma tajante. Estaba en un punto muerto del que sólo se podía salir de una forma, una que comenzaba por largarse de allí sin probar bocado.

Si ella moría, Yun se quedaba sin nada. El secuestro perdía todo su sentido, como también lo hacía la rebelión en Moscú, y sus planes de futuro quedaban condenados a perecer en un horizonte salpicado por la derrota. Todo se convertiría en cenizas cuando ella exhalase su último aliento, pues los contratos pasarían a manos de Viktor, a quien no iban a pillar desprevenido esta vez.

Tatiana tenía que dejarse morir, aunque la aturdiese la idea, aunque fuese la decisión más deprimente que había tomado en toda su vida. Sólo así tendría una oportunidad de hacer ver a Yun la estupidez irrealizable que pretendía cometer. Sólo así tendría una oportunidad de salir de allí.

Sólo esperaba que él reaccionase a tiempo y que su marcha no fuese dentro de una bolsa para cadáveres.

Capítulo 9

«Todos los cementerios del mundo están llenos de gente que se consideraba imprescindible».

Georges Clemenceau

Viktor sacudió con el pie uno de los cuerpos que yacía sobre la carretera, pero este no reaccionó. Le dio un segundo golpe con la punta de la bota y dio por hecho que ese hombre no se iba a levantar jamás. Mejor para él. Ese tipo no era de los suyos así que, si ya estaba muerto, él se ahorraba una bala. Paseó la vista por el escenario devastado que había frente a sus ojos. Durante las últimas veinticuatro horas, Moscú había sido un campo de batalla, la zona cero de un conflicto que había puesto la ciudad patas arriba y que ardía a cara descubierta por primera vez. Coches calcinados, negocios destrozados, cadáveres diseminados por las calles. La policía no iba a dar abasto para contener semejante destrucción.

Pero estaba contento, porque sabía que las consecuencias podrían haber sido mucho peores. Los distritos de los cabecillas que no se habían vuelto contra Tatiana continuaban en pie, a excepción de uno. A Laszlo se lo habían cargado de un disparo limpio en la cabeza y su cuerpo había aparecido cerca de las inmediaciones del puente Novospasskiy. Perdían Zamoskvoréchie, pero conservaban el control del distrito contiguo, Yakimanka, así como Tverskoy, Basmanny y Meschanski. Los otros seis distritos estaban en manos de Kostya, y también la mayoría de los distritos de la zona sur.

Mirko, uno de los cabecillas de Troitsky, a las afueras de la ciudad, le había informado de que los hombres que habían atacado sus casas de reunión no eran caras conocidas. Al parecer, Kostya había formado un ejército de hombres a sueldo que no tenía ni puñetera idea de cómo había logrado financiar, ya que hacerse con un escuadrón como ese costaba más de cinco cifras a la semana.

El dinero no provenía de sus arcas, de eso estaba seguro. Sólo él, Aleksei y Tatiana conocían las claves de las cajas fuertes donde se guardaba el efectivo, cajas que ya había comprobado que permanecían intactas. A esos cabrones no les había dado tiempo a reventarlas para coger nada, pues habían estado demasiado ocupados afianzando su parte de la ciudad. Con las cuentas bancarias ocurría lo mismo. Sólo Tatiana tenía acceso a ellas. Entonces, ¿quién cojones le había dado el capital a Kostya para materializar semejante insurrección?

Sólo pudo pensar en una persona: Deshi. Él era capaz de todo con tal de joderlos, a ellos, a los Kozlov. Se había tomado como una cruzada personal tocarles los cojones y esa era la única forma que había tenido de llegar tan lejos sin crear ningún embrollo a nivel internacional. Tatiana era una negociadora implacable, buena estratega y una mujer con la mente fría y amueblada. Una líder nata cuya presencia le había escocido mucho a la facción más conservadora y retrógrada de la organización, formada por hombres que nunca aceptarían que alguien sin nada entre las piernas les diese órdenes. Mucho menos una mujer joven, guapa y cuarenta puntos por encima de ellos en cuanto a cociente intelectual. Y Deshi se habría aprovechado de eso.

Deberían haberlo visto venir.

Aun así, algo no encajaba del todo. Deshi era despiadado, pero no tenía la inteligencia suficiente como para llevar a cabo un plan tan jodidamente bueno, así que debía haber actuado acompañado de alguien más listo, alguien que llevase la voz cantante.

—Vámonos ya. —Vladimir apareció a su lado y le sacó de sus pensamientos. Se apartó hacia atrás el mechón de pelo ondulado que le cubría el lado izquierdo de la cara, ese con el que escondía la cicatriz de una quemadura—. Aquí ya no queda nada que ver y tenemos que organizar lo de esta noche.

Su primo era un hombre muy pragmático. Nunca perdería su tiempo en recrearse en una visión como esa si podía hacer algo más útil en otro lugar.

—¿La defensa en Meschanski ya está reforzada? —Viktor se dio la vuelta y caminó al coche. Estaba cansado, pero sabía que no iba a dormir una puta mierda. No, sin antes saber dónde estaba Tatiana.

—Sí. Han llegado cincuenta hombres más de mi padre hace una hora. Los míos vienen de camino. Son pocos —advirtió con esa voz suave que le caracterizaba. Vlad abrió la puerta del coche y se subió en el asiento del copiloto—. Ya sabes que nosotros no manejamos los números que manejáis aquí.

A Viktor le pareció escuchar cierta culpabilidad en su voz. Como si él hubiese tenido poder de decisión cuando se le adjudicó liderar una ciudad grande, pero con una red criminal más pequeña. Pero su primo siempre había sido así, un poco sentimental. Le había tocado endurecerse a base de golpes y, gracias a eso, ahora era un líder muy competente en Novosibirsk.

—Todo hombre cuenta —dijo Viktor, mientras arrancaba el motor.

Recorrieron las calles de la ciudad con los ojos puestos en todas partes. Aunque creían que Kostya no contaba con un gran grueso de francotiradores, en cualquier momento podía aparecerles un punto rojo en el pecho. Esos hijos de puta se ocultaban muy bien y estaba seguro de que habría más de uno escondido a lo largo de la ciudad, con el dedo preparado sobre el gatillo, listo para disparar. El Hyundai gris en el que se movían era demasiado corriente como para llamar la atención, pero después de todo lo que había ocurrido durante la noche, ya nadie se fijaba en los coches. Ahora siempre se ponían los ojos en el ocupante, así fuese un Lamborghini o un Renault de los tiempos soviéticos.

Llegaron a la mansión sin problemas. Dejaron el coche aparcado en la entrada y se apresuraron a acceder al interior.

Dentro, Maxim se organizaba con los pocos cabecillas que quedaban en pie para preparar varios ataques rápidos esa misma noche, con vistas a recuperar Arbat y Krasnoselski. La gran parte de los empresarios que pagaban por protección se encontraban en el centro, así que la prioridad era recuperar esos distritos con rapidez. Ya había cundido el pánico y muchos de los negocios estaban cerrados. Sus dueños eran gente lista que no quería verse en medio del fuego cruzado, por eso era de vital importancia recuperar esas zonas, darles seguridad de nuevo a todos esos comerciantes adinerados que sustentaban parte de sus arcas.

No iba a ser fácil, pero tenían que aprovechar el caos si querían tener una oportunidad.

—Viktor. —Maxim le esperaba con los brazos abiertos, al lado de la mesa improvisada que habían colocado en la entrada. Sobre ella, los mapas de la ciudad.

Viktor le dio un abrazo breve y luego su tío le cogió de los hombros.

—Les vamos a dar bien por el culo, eso tenlo por seguro —dijo él.

—Claro, tío. —Viktor le palmeó la espalda.

—¿Hay noticias de los que han salido a buscar? —preguntó, preocupado.

Cuatro grupos de hombres se turnaban para revolver la ciudad y sus alrededores en busca de

Tatiana. Por el momento, ninguno había tenido éxito.
—Todavía no. —Y a nadie le jodía más eso en el mundo que a él.
Rompieron el contacto para poner su atención sobre los mapas que había sobre la mesa. Por las marcas de rotulador que vio, ya tenían organizado el ataque a Arbat.
—¿Cuántos hombres van a ir? —preguntó Viktor, sin quitar la vista de los papeles.
—Mis cincuenta hombres, quince de Vladimir y la mitad de los guerrilleros kazajos que ha contratado Lada, que serán unos treinta.
Viktor hizo un gesto de sorpresa dramático.
—Joder con la tía Lada. Ya le daré las gracias personalmente.
Maxim hizo un asentimiento, conforme.
—¿Y el resto? ¿Sabemos algo de Sergey? —preguntó Viktor, con la mano sobre el mapa.
—No cuentes con Sergey.
No era de extrañar. Su tío seguía resentido, siempre lo estaría. Su hijo Nazar también, así que tampoco le verían el pelo por allí.
—Roman ya está haciendo números en Samara para ver cuántos pueden venir —continuó Maxim—. Ilya y Saveliy te han estado llamando, pero no contestabas. Ya me he organizado con ellos. También mandarán lo que puedan.
—Está bien, pero necesitamos más —Viktor se mordisqueó el labio inferior, pensativo—. Kostya tiene muchos hombres, cientos. Nos hacen falta más guerrilleros, expresidiarios que se quieran sacar un sobresueldo, mercenarios, cualquier delincuente al que le guste el dinero fácil. Yakov. —Viktor hizo una seña con la mano para que el hombre de su hermana se acercara—. Tú reclutabas hombres, ¿verdad?
—Sí —confirmó. Era alto y fuerte, y en su cara no se adivinaba ni un atisbo de humor.
—¿Tus contactos de la calle son gente de fiar?
—Sí.
—Vale. Necesito que contrates a muchos, y rápido. Te daré el dinero que necesites. Empieza ya.
Yakov asintió y se largó de allí. Viktor y su tío Maxim le siguieron con la mirada hasta que salió de la casa y fue hasta uno de los muchos coches que había aparcados en la puerta. Luego, Viktor se dirigió de nuevo a su tío.
—Voy arriba, a hablar con Gia. —Llevaba toda la mañana sin verla y necesitaba comprobar que estaba bien. Toda esa situación estaba siendo mucha mierda junta.
—¿Quién es Gia? —su tío sonó desinteresado, mientras revolvía unos mapas de la mesa.
—Ya te lo contaré en otro momento.
Le dio una palmada en la espalda y se marchó, escaleras arriba.
Cuando contratasen a los hombres suficientes, empezaría la verdadera fiesta. Se iban a ver las caras con Kostya, con la policía que se pusiese por medio y con cualquiera que los alejase de su plan para recuperar su jodida ciudad. Todo era una cuestión de números y de tiempo. Tiempo tenían todo el del mundo y, con respecto a los hombres, ya estaban en ello. Pronto serían suficientes para recuperarlo todo. Además, Viktor tenía un as en la manga.
Subió las escaleras y fue hasta su habitación. Dentro, encontró a Gia delante de la ventana, con los ojos puestos en los hombres que hacían guardia en el patio.
—Hola, Gia. —Caminó hacia ella hasta que llegó a su espalda. Entonces, la abrazó.
Olía bien, a una mezcla entre jabón de ducha y su propio olor corporal. Viktor acercó la nariz a su cuello y se deleitó con el aroma, lo que le provocó una erección inmediata. Las manos volaron a sus caderas, que estaban cubiertas por un pantalón corto de deporte. Tanteó la goma con los pulgares y estuvo tentado de bajarlos, pero Gia no estaba receptiva. Ella se mordisqueaba la uña

del dedo índice, ajena al fuego que había a su espalda, y sin quitar los ojos de lo que se sucedía en el exterior.
—¿Es suficiente con toda esta gente? —preguntó, escéptica—. No tengo mucha idea del tema, pero me parecen pocos.
—No, no es suficiente —fue sincero. Le dio un beso en el cuello, debajo de la oreja, y luego se recolocó la erección en los pantalones—. Pero eso se solucionará en unos días. Vamos a contratar a más y también van a venir más de otras ciudades. Pronto los igualaremos en número.
—Pero si vienen muchos de otras ciudades, todo quedará desprotegido allí, ¿no?
—Sólo vendrá la cantidad justa, Gia. Además, esto va sobre Moscú. Ninguna otra ciudad ha notificado la presencia de espías ni altercados de ningún tipo. La mierda está toda aquí, sobre nosotros.
Gia se revolvió incómoda entre sus brazos, a pesar de sus intentos de apaciguarla.
—¿Durará mucho? Quiero decir… —ladeó la cabeza para mirarle—. Cuando tengamos los hombres suficientes, ¿cuánto durará esto?
—Unos días, tal vez unas semanas. —La besó de nuevo en el mismo punto de su piel—. Depende de lo bien que se defiendan. Depende de lo que tardemos en organizarnos. Depende de si encontramos alguna prueba de que puedan tener a Tatiana. No vamos a hacer nada sin planearlo bien primero.
—Vale —aceptó.
Permanecieron así durante un rato.
—¿Hay noticias de tu hermana? —Gia no conocía a Tatiana en persona, pero se mostraba preocupada como si fuesen viejas amigas. Sabía que era por él, porque entendía la furia y el desconsuelo que palpitaban en su ser, bajo la superficie.
No tener noticias de ella le hacía rabiar hasta el extremo. Sentía la sangre caliente en sus venas, los músculos listos para destruir todo a su paso. Pero en un momento tan delicado como ese, tenía que contenerse más que en toda su jodida vida. No le quedaba otra que mantener la cabeza fría, por Tatiana y por todo lo que estaba por venir.
—No, no sé nada de ella. Pero eso es buena señal. Si la hubiesen matado, ya lo sabríamos.
De eso estaba muy seguro.
—Mi hermana se sabe cuidar muy bien sola —añadió—. Gia. —Viktor la instó a darse la vuelta. Ella lo hizo y quedaron cara a cara—. Tengo que pedirte algo y sé que no te va a gustar una mierda.
Gia aguardó, expectante. Le miraba con una seriedad que nunca había visto en ella, pero la situación no daba pie a otra cosa.
—¿El qué? —preguntó, entera.
Allá iba.
—Necesito que vayas a buscar a Aleksei.

Capítulo 10

«A veces en la vida hay que saber luchar no sólo sin miedo, sino también sin esperanza».

Alessandro Pertini

Tatiana se hizo un ovillo sobre el colchón. Ya llevaba cinco días sin comer y el hambre empezaba a hacer estragos en ella. Su negativa a ingerir ningún alimento, ni siquiera unos pocos tragos del zumo de naranja que Yibo dejaba frente a ella cada mañana, había sido a la desesperada. Era lo único que se le había ocurrido para joder a Yun, para romper ese círculo vicioso en el que se encontraban después de que las negociaciones no hubiesen llegado a ninguna parte. Si él pretendía encerrarla allí hasta que ella cambiase de opinión con respecto a ceder sus contratos con Corea del Norte, tenía que saber que ahora se quedaba sin tiempo. No iba a permitir que la retuviese durante meses, o años, sólo con la esperanza de que entregase el mejor diamante del estuche. Esa huelga de hambre obligaba a Yun a dar un paso en alguna dirección, a reconocer su fracaso y a liberarla, pues de lo contrario, estaba lista para morir de hambre.

Ahora estaba sola en la habitación. Hacía dos días que se había quitado la venda de la muñeca con tal de perder de vista a ese chino odioso que hacía las veces de guardián, cada día, frente a ella. Los otros vigilantes no le prestaban demasiada atención, pero Yibo sí. Yibo la miraba durante todas y cada una de las horas que pasaban juntos dentro de esas cuatro paredes, en una especie de tortura que decidió que no soportaría más.

Cuando lanzó la venda al suelo, a los pies de él, Yibo la recogió con una media sonrisa y desapareció de allí. Durante dos horas pudo descansar en paz y luego su tranquilidad se vio de nuevo violentada por la visita de Yun. Él exigió saber por qué se había quitado el vendaje, pero Tatiana no dijo ni sola una palabra. También se negó a comer nada de la bandeja que traía para ella, a pesar de sus amenazas. Yun debía aceptar cuanto antes que ella no era alguien a quien intimidar.

Por una vez, se dio cuenta de que él estaba nervioso. Se intuía en su mirada, en el fondo de sus ojos cuando los clavaba en los suyos, en los movimientos obsesivos del anillo alrededor de su dedo. Yun era un hombre acostumbrado a contenerse, alguien comedido en sus emociones. Pero una emoción tan intensa como la que sentía en ese momento era imposible de ocultar. Era miedo. Miedo a quedarse con las manos vacías, a no lograr nada de lo que tenía planeado. Miedo al fracaso.

Después de eso, Yun no volvió. Llevaba unos dos o tres días sin verle, aunque su percepción del tiempo era vaga ahora que apenas le traían comida y que no había ningún guardián haciendo turnos para vigilarla. Se preguntaba si tal vez su ausencia se debía a que buscaba otras opciones con las que coaccionarla, otras maneras de recuperar el control de la situación. A Bogdam no le habían capturado, de eso estaba segura, pues de tenerle en su poder ya lo habría usado para hacer presión. O puede que, simplemente, estuviese muerto desde el principio. También le aterraba la idea de que Yun capturase a Viktor, y ni quería pensar en la posibilidad de que diese con el paradero de Aleksei. No estaba segura de cómo manejaría una situación en la que tuviese que elegir entre conservar el poder o conservar a su familia.

Pero lo cierto era que sí lo sabía, y eso la perturbaba en el fondo de su ser. La habían educado en

la dureza de corazón, una cualidad necesaria para nadar en el lodazal de crimen que era el mundo en el que había crecido. Por eso, la certeza de que escogería la vida de su hermano Viktor antes que la continuidad de su organización, antes que Corea del Norte, antes que su ciudad, su todo, le producía una extraña angustia visceral.

En algún punto del camino había olvidado que los sacrificios eran algo necesario, y también había perdido la capacidad de hacerlos. Por eso, se dijo en silencio que Viktor tenía que ser más inteligente que nunca, porque si le capturaban no sólo perderían Moscú, sino que perderían todo lo que ella fuese capaz de entregar.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que habló con él por última vez, en el coche, antes de que la secuestraran, pero el mordisco de la incertidumbre cada vez escocía más. ¿La estaría buscando? ¿O tal vez ya la daba por muerta? No. Viktor nunca la daría por muerta si no veía el cadáver con sus propios ojos. Ya había dado ejemplo de ello con el asunto de Aleksei.

Un rugido en el estómago alejó esos pensamientos de mierda que ocupaban su cabeza desde hacía horas, cuando se había despertado en algún momento incierto de ese día o de esa noche. No se imaginaba si detrás de las paredes ruinosas brillaría el sol o si lo haría la luna, pero eso era algo que ya apenas le importaba. Las agujas del reloj no cambiaban sus circunstancias ni la situaban más cerca de encontrar un plan de huida. En todo caso, jugaban en su contra, pues cada segundo que pasaba estaba más cerca de morir de inanición. Le consolaba el hecho de que no faltaba mucho para que la sensación de hambre desapareciese. El interés por los alimentos se diluiría y todo sería más sencillo y soportable. Pero Yun debía tomar una decisión cuanto antes.

Lo peor era que, en medio de esa situación delirante, tenía mucho tiempo para pensar en Bogdam. Cada tanto se descubría repasando los recuerdos que tenía con él desde que era una niña, rememorando las vivencias que habían compartido juntos. Las más lejanas eran borrosas y ya acariciaban el olvido, y justo en esas centraba toda su atención, como si al pensar mucho en ellas pudiese afianzarlas en su mente y que así no se desvaneciesen nunca.

¿Estaría vivo? La pregunta flotaba en su cabeza como un nubarrón negro que a cada rato descargaba una tormenta de tristeza y apatía sobre ella. El mundo sin Bogdam era una absoluta mierda. Ya era una absoluta mierda sólo por el hecho de sospechar que él hubiese muerto y por eso se aferraba a los recuerdos de forma tan desesperada.

Bogdam era un hombre astuto e implacable, un asesino como ninguno que hubiese conocido nunca y a su vez el protector más fiero y leal que se podía tener. Para muchos no era más que un fantasma, pues mantenía un perfil bajo, siempre observando el mundo desde el extremo más apartado de la habitación. Como sicario era un arma mortal; nunca fallaba un disparo ni fracasaba en ninguna misión. Era discreto y siempre estaba dispuesto a todo. En definitiva, Bogdam era el hombre a quien todos querrían tener en sus filas.

Pero, para ella, él era mucho más que eso. Bogdam era su cómplice, su protector, su lugar seguro en el mundo. La única persona a la que sentía como familia, aunque en sus venas corriese una sangre distinta a la suya. Él era el único hombre al que quería abrazar, el único al que quería en su cama. Esos ojos verdes, que brillaban como la aurora boreal en las noches más oscuras, eran los únicos ojos que quería mirar cuando estuviese enredada entre las sábanas. Bogdam significaba todo eso para ella.

Ahora, la angustia de su hipotética muerte se mezclaba con la culpabilidad de no haberle confesado sus sentimientos. Pero cómo iba a hacerlo. Los había ignorado durante la mitad de su vida y durante la otra mitad se había negado en rotundo a que interfirieran en su relación profesional. Era algo necesario, pues ella no dejaba de ser la hermana del líder primero y la líder después, y él el sicario que servía a la familia de forma incondicional.

¿A dónde los habría llevado una relación amorosa? Tal vez a bajar la guardia, o quizás a destruir la relación aséptica, pero profunda, que ya existía entre ellos dos desde niños.
Tras la cruzada de Viktor para encontrar a Aleksei, ella estuvo tentada de confesarle la verdad, aunque solo fuese por liberarse, aunque solo fuese por ver qué reacción aparecía en sus ojos al pronunciar esas palabras secretas. Pero entonces descubrió que él tenía algo con Natalia y el momento de flaqueza pasó.
Ahora, Natalia le importaba una absoluta mierda. De tener a Bogdam delante, se abriría en canal, vomitaría todos esos sentimientos, aunque sólo fuese por no llevárselos con ella a la tumba.
Tatiana exhaló con desgana y apretó las rodillas contra su pecho. Tal vez pronto, cuando la debilidad fuese extrema, olvidaría todos esos sentimientos que la condenaban a lamentarse por la vida de Bogdam antes que por la suya propia.
Sólo tal vez.

Capítulo 11

«La felicidad ininterrumpida aburre; debe tener alternativas».

Molière

Gia apoyó el brazo sobre la ventanilla del coche y se pasó la mano por la frente. Tenía un dolor de cabeza horrible, pero se lo había buscado ella sola. Viktor había alquilado un avión privado como forma de asegurarse de que pasara desapercibida en su viaje a Bali y Gia había aprovechado la soledad del trayecto para beberse una botella entera de vodka. Y así estaba ahora, con una resaca difícil de manejar y con un sentimiento de culpabilidad absurdo que no entendía, pues ella no era la responsable de nada de lo que estaba ocurriendo en Moscú.

Todo lo que había visto en la capital durante los días pasados la había cambiado de alguna forma, un cambio que sabía que era irreversible y que estaba en proceso de asimilar. Necesitaría tiempo, pues los recuerdos aún latían con fuerza. Si cerraba los ojos, todavía podía ver los cadáveres apilados a la entrada de la casa de Tatiana, las salpicaduras de sangre sobre las paredes y muebles y los casquillos de bala por todas partes. Los hombres que la rodeaban actuaban con normalidad, reían y maldecían como si todos esos cuerpos sin vida no estuviesen ahí, como si ninguno de ellos fuese importante.

El lado más salvaje y perverso del ser humano se desplegaba en Moscú y nadie que tuviese una vista completa de la escena podía volver a enfrentar el mundo con la misma actitud. Y eso era justo lo que le ocurría a ella. Gia se había empapado de toda esa crudeza y de toda esa inhumanidad, y esta le había penetrado por los poros de la piel. El poso que dejaba en su interior era considerable y ahora no podía deshacerse del sentimiento de desencanto, del miedo y de la sensación de urgencia.

Lo único que la anestesiaba era la ligera percepción de irrealidad que la acompañaba desde el principio. Pero sabía que no duraría mucho.

Katia conducía a su lado, en silencio. Las noticias que Gia le había traído desde Moscú le habían caído como un jarro de agua fría, y no era para menos. Aleksei y ella tenían una vida muy plena, lejos de la mafia y de los asuntos que ocurrían fuera de las fronteras de la isla que ahora era su hogar. Todo lo relevante a la organización era un pasado enterrado, cubierto con toneladas de piedras, asuntos de los que ninguno de los dos quería saber nada.

Hasta ahora.

Ahora ese pasado regresaba como un fantasma traicionero, dispuesto a perturbar su tranquilidad. Y a nadie le jodía más que a ella tener que interpretar el papel de mensajero.

Gia se frotó los ojos con la mano y luego miró al frente.

—Katia —murmuró—. Siento mucho todo esto, de verdad.

No había mucho más que pudiese decir.

—Lo sé.

Su amiga apretaba el volante con firmeza, como si eso le insuflase la determinación que necesitaba. El nerviosismo se respiraba dentro del vehículo y se mezclaba con la sensación de entumecimiento que tenía en la cabeza. Comprendía bien lo que sentía ella. Su realidad estaba a punto de derrumbarse frente a sus ojos y no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

—Tal vez no quiera venir. —Gia sabía que cualquier posibilidad era factible—. Él ya se desvinculó de todo eso.
—Irá —sentenció Katia.
Gia exhaló, desganada. Sabía lo lejos que había llegado Tatiana en su afán por proteger a Aleksei y no tenía sentido pensar que Aleksei fuese a actuar de forma distinta ahora que su hermana estaba en problemas.
—¿Y qué vas a hacer tú? —Giró la cabeza para mirar a Katia.
Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas contenidas. Vio cómo tragaba saliva mientras giraba a la derecha en el cruce de carreteras al que habían llegado. Las motos estaban por todas partes, pero Katia se desenvolvía bien entre la marea de conductores.
—No lo sé —reconoció, con la voz algo quebrada—. Ahora mismo no puedo pensar con claridad.
Gia asintió. No era fácil tomar una decisión en una situación como la suya. La noche que Viktor recibió la llamada de su hermana, cuando anunció que regresaba a Moscú, Gia escogió seguirle de forma instintiva. Si hubiese dudado, si hubiese dejado correr las agujas del reloj, habría terminado en el mismo punto muerto en el que se encontraba Katia. Su amiga era una persona muy reflexiva, pero Gia sabía que, a veces, era mejor que las decisiones difíciles se tomasen sin tener en cuenta el sentido común, sin pararse a pensar ni un segundo en ellas.
La convicción con la que había seguido a Viktor hasta Moscú se había tambaleado durante el vuelo a Vnukovo, pero para entonces ya le habían puesto un fusil entre las manos y le explicaban cómo tenía que utilizarlo. Y ahora que había dejado atrás las dudas de las primeras horas, no se arrepentía en absoluto de su decisión. Estaba segura de que haberse quedado en San Petersburgo habría sido un error, pues se habría consumido en la soledad y en la incertidumbre. Y no quería eso. Ella quería estar con Viktor.
—Todo va a pasar muy rápido —musitó, pensativa—. Así que, cuando llegue el momento, es mejor que no pienses mucho, Katia. Sólo escucha tu instinto.
Katia asintió, en silencio. Su amiga estaba en una situación difícil y no tenía muy claro hasta qué punto tenía poder de decisión. Aleksei no la permitiría acompañarle y, en el fondo, comprendía su postura. Aunque no le conociese mucho, él había demostrado ser un hombre excesivamente protector, precavido hasta decir basta, y sabía que su enamoramiento de Katia rozaba la obsesión. Incluso Viktor, que estaba a años luz de Aleksei, la había sacado de la ecuación a ella en cuanto había tenido oportunidad.
Gia tenía muy claro que Viktor disponía de los medios para contactar con su hermano y que, si la había enviado hasta Bali para ir a buscarle personalmente, no era sólo por agilizar su regreso, sino para sacarla de la zona cero, alejarla de ese escenario hostil donde la violencia lo empapaba todo como una brea oscura y resbaladiza. Al principio, Gia se resistió a acatar su decisión. No quería dejarle solo ni tener que preocuparse por él a miles de kilómetros de distancia. Accedió por su insistencia, pero cuando le besó, justo antes de montarse en el coche que la llevaría de regreso al aeropuerto de Vnukovo, lo entendió todo a la perfección. En ese instante descubrió un tipo de miedo que era nuevo para ella. Era el miedo a perder a Viktor, a que le ocurriese algo durante su ausencia y no volver a besar sus labios nunca más. Un miedo que ahora la ahogaba en una neblina mental plagada de pensamientos de mierda y que aceptaba que formaba parte de sus sentimientos hacia él. Por ese miedo Viktor la quería lejos de Moscú, y por eso Aleksei intentaría encerrar a Katia en su villa de ensueño hasta que pasase la tormenta.
Pero si Gia había tenido la posibilidad de escoger, Katia también debía tenerla, y Gia se aseguraría de ello.

Suspiró cuando llegaron a la carretera del acantilado, mientras contemplaba el sol que ya se precipitaba hacia el mar. Estaban a punto de llegar a la casa de Katia, y cuanto más cerca estaban, más la acosaba ese sentimiento de culpabilidad.

—Podría irme y que finjamos que nunca he estado aquí —dijo, con la mano sobre la rodilla de su amiga y mientras la miraba con complicidad—, pero todo este lío está en las noticias. Aleksei se va a enterar tarde o temprano.

Los medios internacionales se habían hecho eco de la situación y seguían muy de cerca los esfuerzos policiales por contener las oleadas de asesinatos y destrozos a lo largo y ancho de la ciudad. «La guerra de los zares del crimen», lo llamaban. Aunque, por lo que Viktor le había contado, el hombre que lideraba la facción enemiga se parecía muy poco a un zar. Se trataba de un tal Kostya, un tipo al que definían como un judas con tintes misóginos y narcisistas, a quien alguien le había proporcionado mucho dinero para gestar la rebelión que había llevado a cabo.

—Esto no es tu culpa, Gia. —Katia la miró a los ojos mientras esperaba a que se abriesen las puertas de su propiedad—. Él se va a ir y yo no puedo hacer nada para impedirlo.

Gia asintió. Katia era una mujer inteligente y conocía muy bien al hombre con el que compartía su cama. Ya había asumido que Aleksei volvería a Moscú, aunque eso le provocase un miedo y una ansiedad extremos.

—Todo irá bien, Katia —Gia trató de sonar convencida, pero sus palabras de aliento no se sostuvieron en la atmósfera tensa que se respiraba en el coche—. Viktor no va a permitir que ocurra nada malo. Aleksei no estará solo, casi toda su familia está allí. Tienen media ciudad bajo su control y también han recuperado la casa. Ahora la tienen muy bien protegida, con francotiradores por todas partes y guardias bien organizadas. Y están contratando hombres y…

Un destello de pánico despuntó en los ojos de Katia, que miraba al frente, y Gia cerró la boca. Por un momento había olvidado lo traumático que era para ella hablar de ese tipo de temas. La sombra del abandono de su padre, ahora muerto, siempre planeaba sobre ella, junto con el rechazo que profesaba hacia cualquier cosa que tuviese que ver con la mafia. Hacia cualquier cosa, menos hacia Aleksei. Por eso él luchaba con tanta insistencia por alejarla de todos esos recuerdos, por mantenerla fuera de su pasado. Y ella, como su amiga que era, debía hacer lo mismo. Katia había pasado por mucha mierda y explicarle todos esos pormenores sobre la situación en Moscú era algo completamente innecesario.

—Lo siento, Katia.

—No te preocupes —dijo, sin quitar la vista del frente—. He tenido mucho tiempo para acostumbrarme a esto.

Gia dudó de sus palabras en silencio. Su amiga no había visto ni la punta del iceberg.

La puerta se abrió y Katia condujo hacia la casa. Dejó el coche aparcado de cualquier forma frente a la entrada y ambas se bajaron del vehículo. Gia no pudo esquivar el golpe de nostalgia al contemplar esa villa que descansaba frente al mar, sobre el acantilado. Recordó a Viktor, tumbado en la cama, cuando la relación entre ellos se torció una vez más, cuando ambos eran demasiado cobardes como para aceptar la realidad.

Cogió su mochila del asiento trasero del coche y se la colgó a la espalda. No llevaba mucha ropa, ya que el plan era que regresase a Moscú cuando informase a Aleksei de lo sucedido.

—Vamos dentro. —Katia caminó decidida, a pesar del torbellino de emociones que se reflejaba en su mirada—. Cuanto antes se lo digas, mejor.

Gia asintió y la siguió.

Accedieron al interior y fueron directas al salón. Gia divisó a Aleksei en la terraza, recostado sobre una de las hamacas que había a la sombra. Se puso en pie cuando las escuchó llegar, pero

no cambió la cara al verla allí, quieta al lado de Katia. Ese hombre era odiosamente inexpresivo.
Caminó hacia el salón con esa actitud distante que siempre ostentaba y con esa mirada fría que parecía tener el poder de congelar todo lo que contemplaba. Aleksei era tal y como lo recordaba la última vez que le vio, en la playa de la discoteca, al amanecer, justo cuando él fue a recriminarle la actitud de Viktor.
—Qué sorpresa —dijo él, cuando vio a Gia—. ¿Mi hermano ya se ha cansado de ti?
Gia estuvo a punto de contestarle de forma desagradable, pero entonces se dio cuenta de que no había palabras más desagradables para él que las que ya había venido a decirle. Así que se las soltó sin filtro, por comportarse como un imbécil.
—Kostya se ha sublevado, tu hermana Tatiana ha desaparecido y Moscú es un puto caos.
Aleksei entrecerró los ojos.
—¿Cómo dices?
—He dicho que tu hermana ha desaparecido —repitió—. No sabemos dónde está ni si está viva o muerta. Viktor está en Moscú, en tu casa, intentando contener el desastre, porque te aseguro que todo es un desastre y que la ciudad está patas arriba —la gravedad del problema traspasó su voz —. Tu tío está con él, y algún familiar más, no lo sé, no sé quién es nadie en toda esta historia porque no tenemos tiempo ni para presentaciones. Están haciendo redadas para encontrar a tu hermana y buscando la manera de recuperar territorio. —Aleksei la escuchaba en silencio, con una mirada amenazante que daba miedo—. Casi todos los hombres que tenía están muertos o en el otro bando, así que van a buscar a más, eso me ha dicho Viktor. La policía está desbordada y la gente…
—Ya es suficiente —dijo, cortante.
Gia paró de hablar, aunque le costó un esfuerzo sobrehumano. La respiración alterada de Katia, que permanecía a su lado, fue el motivo por el que acató una orden pronunciada con tan malos modales.
—Déjame a solas con Katia —ordenó Aleksei.
Gia aguardó unos instantes, quieta, con los ojos puestos en él. Sólo para tocarle las narices.
—Mejor espéranos aquí, Gia. —Su amiga era más amable y, en lugar de echarla de allí, sugirió que ambos se marchasen a hablar a otra parte.
Antes de irse, Katia apretó su brazo para transmitirle algo de calidez, y también para calmar su humor. La conocía bien y sabía que no necesitaría mucho para enzarzarse en una discusión con Aleksei, algo innecesario en un momento como ese.
Gia asintió y los dos se perdieron detrás del cristal. En el exterior ya caía el sol y se preguntó qué hora sería en Moscú, qué estaría haciendo Viktor en ese momento. Esa noche iban a llevar a cabo un ataque muy complicado y eso la desgastaba sobremanera. No podía llamarle ni mandarle un mensaje, ya que su teléfono móvil se había quedado allí, apagado y dentro del cajón de la mesilla de la habitación que compartía con él. Era más seguro así. No volvería a hablar con Viktor hasta que aterrizase en el aeropuerto de Vnukovo y lo mejor era que no pensase mucho en ello o se volvería loca.
Fue hasta el sofá blanco y dejó su mochila a un lado. Luego, se dejó caer sobre él. Estaba cansada y el dolor de cabeza no le daba tregua. Metió los dedos entre su pelo y se apretó las sienes, que palpitaban por el nerviosismo, como si con un masaje en ese punto pudiese aliviar la jaqueca.
Pero ese dolor de cabeza no era sólo por la resaca y el *jet lag*. La situación comenzaba a sobrepasarla y ver a Katia tan afectada no ayudaba nada.
—Señorita —la voz de Batari llegó a sus oídos—. No sabía que iba a venir. Bienvenida.

Gia la miró, sombría.
—Hola, Batari. ¿Cómo estás?
Ella no contestó a su pregunta. Era una mujer muy empática y enseguida percibió la tensión que se respiraba en el salón. La preocupación le torció el gesto y se apresuró a acercarse a Gia, mientras echaba un vistazo a través del cristal, donde Katia y Aleksei hablaban con el atardecer de fondo. Le preocupaba que hubiese ocurrido algo grave y Gia se dio cuenta de que esa mujer era la antítesis del hombre que pagaba su sueldo.
—¿Va todo bien, señorita? ¿Ha ocurrido algo? —Su acento era agradable al oído.
—Sí, ha pasado algo —confirmó Gia, de forma vaga—. Katia te explicará.
Batari asintió varias veces.
—Le prepararé una habitación. —No tardaría en caer la noche y la mujer asumió que Gia se quedaba a dormir—. ¿Le apetece comer algo? ¿Quiere una bebida?
—Sí, gracias, Batari. Tráeme un ron de ese que tenéis aquí, no recuerdo el nombre.
Batari asintió una vez más y desapareció del salón, a paso ligero. Gia miró hacia donde se encontraban Katia y Aleksei, pero no pudo intuir qué decía ninguno de los dos. Aun así, estaba segura de que esa sería una de las conversaciones más complicadas que hubiesen tenido nunca. Era normal. Ambos tenían miedo, al igual que lo tenían Viktor y ella.
Observó cómo Katia le enfrentaba y no le hizo falta leer los labios de Aleksei para saber lo que ocurriría a continuación. Como sospechaba, él la convencía para que se quedase encerrada en su villa de lujo. Lo hacía valiéndose del sentido común, pues lo más sensato era que Katia permaneciese en Bali, a salvo, en su hogar.
Pero Gia no estaba dispuesta a permitirlo, pues sabía que, en el fondo, Katia moriría de angustia si se quedaba allí, incomunicada, ignorante de lo que estuviese ocurriendo en Moscú y sin noticias de Aleksei. Tiró de su mochila y rebuscó en el interior. Viktor se había asegurado de que no viajase desprotegida y gracias a eso le iba a dejar un par de puntos claros a Aleksei. Sacó la Glock que descansaba entre las prendas de ropa y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón.
Ellos regresaron al salón. La conversación había sido muy breve, tanto, que había durado menos tiempo del que Batari necesitaba para traerle su ron.
Gia se puso en pie al verlos llegar.
—Iré a Moscú —anunció él, en medio de la estancia, con los ojos puestos sobre ella. Estaba tenso y se notaba en su postura corporal—. Pero necesitaré unos días para organizarme.
Gia miró a Katia, que permanecía a su lado, y advirtió la frustración y el enfado en sus ojos.
—¿Katia?
—Yo no voy —dijo, molesta y preocupada a partes iguales.
Como ya suponía.
—¿No vienes porque no quieres o porque él no te deja?
La respuesta era obvia, pero quería escucharla de su propia boca.
Antes de que Katia pudiese contestar, Aleksei dio unos pasos hacia ella y ocupó todo su campo de visión.
—Ya te ha dicho que no va. —Palabras amenazantes que no tuvieron efecto sobre ella.
Gia trató de rodearle para hablar con Katia, pero Aleksei se movió a su vez para impedírselo.
No tenía tiempo para tonterías. Dio unos pasos hacia atrás y luego sacó la pistola que descansaba en el bolsillo trasero del pantalón. Le quitó el seguro con un movimiento rápido, como Viktor le había enseñado, y la apuntó directamente a la pierna de Aleksei. Él apretó la mandíbula con fastidio ante el giro de los acontecimientos.
Se alegraba de haberle pillado desprevenido tantas veces en un solo día. Se lo merecía, por

capullo.
—Apártate para que pueda hablar con mi amiga. —Le hizo una señal con la pistola para que se echase hacia la derecha, pero él no se movió—. No seas orgulloso y quítate, Aleksei.
Katia se movió para poder ver qué ocurría y descubrió el panorama.
—¡Gia! ¿Qué haces? Aparta eso.
—Quiero hablar contigo sin que el maleducado de tu novio se meta entre medias.
No iba a disparar, eso era seguro. Pero tenía los nervios al límite y su autocontrol empezaba a flaquear. Le importaba muy poco que la situación con Aleksei se fuese de las manos. Ya tendría tiempo para aprender a manejar a ese hombre cuando las circunstancias no fuesen tan graves como lo eran en ese momento.
Batari apareció en escena con la bebida en la mano, pero desapareció de nuevo. Para su desgracia, también se llevó el ron.
—Katia, ¿quieres venir, o no?
Katia dudó.
—No irá —Aleksei interrumpió con un tono que denotaba cierta ira contenida.
—Cállate —Gia le cortó, cabreada.
—Deja que resuelva esto con Gia. —Katia instó a Aleksei a mantenerse al margen.
—Ya está decidido —le recordó él, en tono gélido.
—Haré lo que yo quiera —recalcó ella.
Aleksei tenía menos poder sobre Katia del que Gia había creído y eso la hizo contener una sonrisa.
—¿Quieres venir? —le dijo a su amiga, una vez más.
Katia y Gia se sostuvieron la mirada. Las dos conocían la respuesta, sólo faltaba que Katia lo admitiese, que se tragase todo su miedo para así poder lanzarse a la oscuridad.
—Sí, iré —admitió, finalmente. Se giró para mirar a Aleksei—. La única razón por la que voy es por ti. No puedo quedarme aquí, así que lo siento, Aleksei. Me voy contigo.
En ese momento, Gia supo que la pistola no era necesaria: Katia siempre había tenido la última palabra.
Aleksei no se movió. Por algún motivo, eso le resultó más peligroso. Los animales salvajes se quedaban muy quietos justo antes de atacar.
—Vale. —Gia exhaló, finalmente—. Pues venga, ratita, llama a quien te vaya a cubrir en el restaurante. Yo te ayudaré a hacer la maleta. Cuanto antes nos vayamos, mejor.
Gia bajó la pistola, pero la conservó en la mano. No estaba segura de cómo se tomaba Aleksei que le pusiesen contra las cuerdas y no tenía ganas de averiguarlo. La Glock le proporcionaba la seguridad y la cordura que necesitaba en ese momento.
Él le regaló una mirada letal que le arrojó mucha información, como que ya arreglarían cuentas más tarde por ese pequeño incidente entre ellos.
—Voy al restaurante a hablar con los chicos. —Katia se acercó a ella y la tomó de la mano, a la vez que trataba de contener su inquietud—. Tengo mucho que organizar, Gia, así que es mejor que te vengas conmigo para que me ayudes a planificarlo todo.
Estaba claro que no quería que Aleksei y ella pasasen más tiempo juntos en la misma habitación.
—Vamos —insistió Katia, mientras lanzaba una mirada de reojo a su novio.
Gia accedió. Salieron del salón y dejaron a Aleksei atrás.
Ya había cumplido su misión. Pronto estarían los tres en Moscú.

Capítulo 12

«Mala cosa es tener un lobo cogido por las orejas, pues no sabes cómo soltarlo ni cómo continuar aguantándolo».

Terencio.

Tatiana abrió los ojos con dificultad, pero no tuvo tiempo de distinguir nada al otro lado de la puerta que acababa de abrirse. La luz del pasillo era tan blanca e intensa que la obligó a voltear la cara y apretar los párpados. Sus pupilas estaban demasiado débiles y no podían soportar tal resplandor repentino. No era de extrañar. Llevaba varios días envuelta en una oscuridad absoluta, y es que en un ataque de ira había lanzado una de sus botas a la bombilla polvorienta del techo de la habitación. Fue Yibo quien recogió los pedazos de cristal, y desde entonces y hasta ese momento, nadie había vuelto a abrir esa puerta. Tardó unos instantes en acostumbrarse a la claridad y entonces se dio cuenta de que sus ojos estaban más sensibles por motivos muy distintos a la privación de luz.

La huelga de hambre no le había resultado suficiente y hacía dos días que Tatiana también había dejado de beber agua. Dos días según sus cálculos, pero bien podían ser tres. Estaba dispuesta a llevar la situación al límite y esa era la única forma de hacerlo.

Los síntomas de deshidratación no tardaron en manifestarse: la sed extrema, la confusión, el ritmo cardiaco acelerado, la cefalea insoportable. Tenía calambres en las piernas y apenas era capaz de hablar. Y, desde hacía algunas horas, se desvanecía a cada rato para luego volver a despertar, aturdida. Tuvo algunas alucinaciones, momentos en los que no fue capaz de diferenciar la realidad del delirio. Vio a Bogdam frente a ella en una ocasión, e incluso estuvo a punto de tocarle con la punta de los dedos, pero luego la escena se esfumó. Escuchó voces, de Viktor, de Aleksei, incluso de su madre. Pero nada de eso era real.

Fue poco después del último desmayo cuando se abrió la puerta. Entraron dos personas cuyas caras no pudo adivinar y cuyas voces no fue capaz de reconocer. Murmuraron algo en tono bajo y luego, entre los dos, la arrastraron de los brazos fuera de la habitación, sin mostrar ningún cuidado por la fractura de su mano izquierda, de donde la agarraron con fuerza. Ante el dolor, Tatiana sólo pudo emitir un quejido débil.

—Levántate y anda —la voz de un hombre sonó amortiguada. Tenía un acento chino muy marcado, así que estaba claro que no se trataba de Yun.

Tatiana rio sin fuerzas, o al menos lo intentó. Ya ni siquiera era capaz de ponerse en pie, así que andar era pedir un imposible.

La llevaron a rastras hasta un vehículo y supo que se ponían en marcha al sentir el ronroneo del motor vibrar en su cuerpo. No podía levantar los párpados y las pocas veces que lo logró, tan sólo vio destellos de un blanco nuclear. Por eso, los cerró de nuevo y dejó que todo sucediese a su alrededor mientras que ella tan sólo trataba de sobrevivir, ajena a la situación.

Dormitó durante un tiempo indefinido, hasta que la sacaron del coche y cargaron con su cuerpo maltrecho hacia alguna parte. Antes de que alcanzase a ver algo de lo que le rodeaba, Tatiana se desmayó.

Volvió en sí mucho después, desorientada y con la sensación de llevar días sumida en la

inconsciencia. Tragó saliva con los ojos todavía cerrados y entonces supo que alguien había puesto fin a su huelga de sed. La última vez que lo intentó le resultó imposible, pues tenía la lengua tan seca que ni siquiera era capaz de articular palabras que sonasen con claridad. Ahora, sin embargo, la sentía húmeda, hidratada.

Le llevó unos minutos enfocar la vista lo suficiente como para percatarse de que le habían colocado una vía en la vena cubital, de la que partía un tubo intravenoso que le dio sentido a la mejoría de sus síntomas. También habían tratado la fractura de radio como correspondía. Ahora un yeso blanco inmovilizaba la lesión, uno que con total seguridad no le había puesto Yun. Era un trabajo bien hecho y fruto de unas manos diestras, tal vez las de una enfermera o las de un médico con práctica.

Levantó la mirada y le descubrió a él a su lado, sentado en una silla colocada del revés y con los brazos apoyados sobre el respaldo. No tenía claro qué esperaba encontrar, pero ver a Yun la decepcionó mucho. Por un segundo, tuvo la esperanza de que la hubiesen rescatado, de que tal vez su hermano Viktor, o incluso puede que Bogdam, saliese de alguna parte para estrecharla entre sus brazos.

La realidad era muy distinta. Era Yun quien estaba allí y ella seguía secuestrada.

Al menos, había entrado en razón.

Él daba vueltas al anillo alrededor del dedo y clavaba sus ojos negros en los suyos. Pero Tatiana los ignoró. En su lugar, echó un vistazo a la sala en la que se encontraba y al instante supo que esa enfermería no formaba parte de ningún hospital. Todo a su alrededor era demasiado austero y silencioso como para pensar que se encontraban en uno.

Un reloj en la pared del fondo marcaba las cuatro y veinte y agradeció volver a ubicarse en el tiempo por una vez.

—Hola, Tatiana —dijo él, casi en un susurro.

Tatiana no contestó. Cerró los ojos una vez más y dejó la charla para otro momento. Aunque los sueros que le pasaban por vena hacían su trabajo, todavía estaba muy lejos de encontrarse bien. Tardaría en encontrarse bien, de hecho. Su cuerpo había estado al límite durante mucho tiempo y eso no se iba a resolver sólo por reponer los líquidos perdidos.

A pesar de no mostrarse receptiva a hablar, a Yun le apetecía entablar una conversación.

—Como ya habrás observado, te están nutriendo y rehidratando por vía intravenosa. Pronto podrás comer algo.

Tatiana ladeó la cabeza y le regaló una mirada de hastío.

—Alimentos suaves —continuó él, ajeno a la actitud de Tatiana—. Quizás una sopa, pero en poca cantidad. Imagino que ya sabes cómo va esto.

Por supuesto que lo sabía. Era médico y, además, ella misma había utilizado la privación de comida y agua con sus rehenes en multitud de ocasiones. Por eso, conocía muy bien el proceso a seguir para revertir los síntomas.

—¿Creías que iba a permitir que murieses? —hubo cierto reproche escondido en el tono neutral de Yun.

Tatiana le examinó con desgana. Yun vestía formal, con un traje de chaqueta negro que le hacía parecer un hombre rico de negocios, el típico jefe joven y atractivo con el que cualquier secretaria querría acostarse. Además de ser guapo, el aura de altivez que siempre llevaba consigo le aportaba un punto interesante. Pero a ella no le afectaba la apariencia. Había hecho de ella un arte y por eso se reiteraba en que, al final del día, en absoluto importaba nada.

Yun la miraba con seriedad. Vio cierto descontento en sus ojos, y también enfado. Supo que su silencio comenzaba a exasperarle por la forma en que le daba vueltas al anillo alrededor de su

dedo.
—He dejado de lado asuntos muy importantes para venir hasta aquí —añadió él—, sólo para impedir que sigas con esta estupidez.
Tatiana resopló con debilidad.
—Pues vuelve a tus cosas —su voz sonó ronca—. Aquí pierdes el tiempo. Voy a dejar de comer otra vez en cuanto me saques de esta mierda de enfermería.
—No, no lo harás —dijo, convencido—. No te lo voy a permitir.
Sí, Yun estaba cabreado, aunque tratase de disimularlo.
Tatiana rio con desgana. Una risa que sonó muy mal por culpa de su agotamiento físico.
—Tu arrogancia no conoce límites, ¿eh, Yun?
Ambos se sostuvieron la mirada.
El segundero del reloj que colgaba en la pared llenó el silencio. Tatiana era obcecada y no tenía especial miedo a la muerte, y eso era algo que Yun se empeñaba en ignorar. No iba a ceder a ninguna de sus exigencias, por lo que la salida continuaba siendo la misma: o él aceptaba cómo eran las cosas y la liberaba, o Tatiana encontraría la forma de morir.
—Y, dime, ¿qué va a pasar ahora? ¿Me darás tú mismo de comer como a un niño pequeño para asegurarte de que cumplo tus órdenes?
—No, Tatiana —dijo, serio—. Lo que haré es llevarte a un sitio donde pueda vigilarte bien para que no vuelvas a hacer algo como esto.
—¿Y a dónde me vas a llevar? —Con suerte, su nueva cárcel sería más fácil de burlar que el hotel en el que llevaba encerrada más días de los que había sido capaz de contar.
—A donde pueda asegurarme de que comes como debes.
Tatiana le regaló una mirada condescendiente.
—No importa a dónde me lleves, Yun. Ya te he dicho que no comeré.
—Comerás.
—¿Ese es tu castigo, obligarme a comer? —el desencanto caló su voz, mezclado con el cansancio—. Da igual lo que intentes, no abriré la boca. Me arrancaré las vías de los brazos, las sondas nasogástricas o lo que ingenies para alimentarme. Puedes inmovilizarme las manos, pero eso no cambiará nada. Yo ya estaré muerta si así lo decido, aunque siga respirando. No tienes nada que hacer.
Ella había visto a muchos hombres perder la voluntad de vivir. Aunque sus constantes vitales confirmasen la vida, esta se esfumaba de sus ojos. Se convertían en cascarones vacíos que sólo esperaban el momento de que todo terminase para siempre.
Yun la contempló, tranquilo, aunque en absoluto lo estaba y ambos lo sabían. Ella no había dicho ninguna mentira. Si escogía morir, no había nada que él pudiese hacer para evitarlo.
Tatiana se pasó los dedos por los párpados cerrados. Estaba agotada y la charla consumía las pocas fuerzas que había logrado recuperar.
—Te daré algo a cambio para que vuelvas a comer. Haremos un trato —una sugerencia que él pronunció en tono suave, casi cómplice, y que renovó el interés de Tatiana por la conversación.
Volteó la cabeza sobre la almohada para mirarle una vez más.
—¿Y qué me vas a dar?
Yun aguardó un instante, con sus ojos clavados en los suyos.
—Te traeré a uno de los hombres que te han traicionado.
Tatiana rio sin ganas, pero luego evaluó lo que Yun acababa de decir. Pocas cosas le apetecían tanto como ponerles cara a los traidores, a esos desgraciados que habían desatado el caos en su ciudad y en su vida. Tras la revuelta, no tenía ni idea de quién estaba en el bando enemigo y de

quién quedaba a su lado. No sabía quién estaba vivo y quién muerto. Deseaba ponerles cara a todos ellos, pero, sobre todo, quería ver la cara de un traidor en concreto.
—Está bien. Quiero que me entregues al que lo ha organizado todo. Quiero al líder de la insurgencia —ordenó, con voz débil, aunque no por ello sonó menos exigente.
Tatiana quería la cabeza de Kostya, pero no era estúpida. Yun no le daría tanto.
—Lo consideraré.
—No me sirve que lo consideres —le advirtió—. Tráeme a quien ha gestado esto y te prometo que comeré.
Yun cogió aire mientras lo meditaba.
—Si te lo entrego —dijo, pensativo—, comerás siempre que te lleve comida y harás lo que yo te pida.
Tatiana levantó las cejas con dificultad. Ni en sus mejores sueños aceptaría un trato como ese.
—Eso no es lo que hemos acordado. Sólo te he dicho que comeré.
—Y yo sólo te he dicho que te entregaré a uno de los traidores, sin importar cuál.
De nuevo, un silencio tenso entre ellos dos.
—¿A dónde me vas a llevar? —Ese era un punto importante.
—Lejos de aquí —admitió—, a un lugar seguro y mucho más cómodo que en el que estás ahora.
Tatiana entrecerró los ojos mientras consideraba lo que Yun le decía. Trató de imaginar los posibles escenarios, pero su cabeza todavía funcionaba con lentitud. Además, no tenía muchos datos para valorar si su situación mejoraría o empeoraría de aceptar ese trato. Pero tal vez podía sacar a alguna pieza del tablero y ponerle a Viktor y a su familia la situación más fácil en Moscú, cosa que podía resultar determinante para que la balanza se inclinase a su favor. Ante eso, la idea de irse con Yun a donde quisiera llevarla, de volver a comer, se volvió más interesante de lo que era en un primer momento.
—Está bien. Comeré —aceptó, sin darle demasiadas vueltas—. Pero no haré lo que tú me pidas.
Yun asintió, conforme.
—Entonces te daré al segundo al mando. Es lo justo —dijo, con serenidad.
No era un mal trato. Eliminar de la ecuación al traidor más cercano a Kostya era una buena forma de desestabilizarle. Por una vez, Yun y ella llegaban a un acuerdo. Negociar volvía a ser una opción y eso le resultó esperanzador de cara al futuro.
Yun extendió la mano para cerrar el acuerdo y Tatiana alargó la suya con cierto esfuerzo. Se dieron un apretón y sellaron el pacto, uno que esperaba que fuese el primero de muchos.
Después de eso, se quedó dormida de nuevo, esta vez con la certeza de que Yun era capaz de hacer todo lo que hiciese falta para ganar algo de tiempo, para encontrar la manera de convencerla y que cediese esos contratos o, en su defecto, para buscar nuevas formas de presionarla. Yun no cejaba en su empeño y era cuestión de tiempo que se desesperase. Tatiana sabía que la desesperación era mala consejera, así que sólo debía tener paciencia y esta jugaría a su favor.
Era cuestión de tiempo descubrir si Yun cumpliría con su palabra.

Capítulo 13

«Nunca atribuyas a un adversario motivaciones más viles que las tuyas».

J.M.Barrie

Tatiana se despertó de un sobresalto y se llevó la mano al pecho mientras recuperaba el aliento. No recordaba cuándo se había quedado dormida y entonces se dio cuenta de que la habían drogado. Una enfermera de pocas palabras le había inyectado algo después de que tomase la cena y luego todo se había fundido a negro. Ya no estaba en la enfermería, donde llevaba varios días recuperándose, y asimilar el cambio de escenario le llevó unos segundos.

Era de noche y estaba tendida en una cama, recostada sobre unos cojines grandes de color rojo con flores de loto bordadas. Se apoyó sobre los codos para incorporarse y echar un vistazo a su alrededor. Estaba en una habitación amplia que se parecía muy poco a la enfermería, y mucho menos al hotel donde Yun la había tenido encerrada. A diferencia de este último, ese lugar era agradable y armonioso. Las luces suaves que provenían de los apliques de pared lo sumían todo en un clima íntimo que diluía cualquier sensación de amenaza. A su alrededor había algunos muebles de estilo oriental, elaborados en madera labrada de color rojizo y dorado que contrastaba con el gris ceniza de las paredes. A la izquierda, un balcón grande robaba el protagonismo, pero no se adivinaba nada a través de él, ya que detrás de los cristales todo estaba oculto por la negrura de la noche. A su lado descansaba una butaca de aspecto confortable en color gris oscuro y en la esquina, una *Dracaena* de hojas bien cuidadas.

La decoración era delicada y exquisita, así que supuso que esa era la habitación personal de Yun. Nadie decoraría una habitación de invitados con un cuadro de Jacob van Ruisdael y allí se exhibía uno, justo en la pared donde estaba la cómoda. Tatiana observó el paisaje oscuro que representaban las pinceladas sobre el lienzo y entonces se dio cuenta de que ella misma había pujado por ese cuadro un par de años antes, en Sotheby’s. Qué penosa coincidencia.

En definitiva, allí se respiraba cotidianeidad, y se preguntó qué ganaba Yun con llevarla a su terreno personal.

Puso los ojos en las dos puertas que tenía el dormitorio y trató de dilucidar cuál era la que conducía a la salida, si la del fondo, frente a ella, o la de su derecha. Una la sacaría de allí y no tardaría mucho en averiguar cuál era. Cuando su cuerpo estuviese limpio de la droga que le habían inyectado, estudiaría el entorno y así podría determinar cómo de complicado era escapar de esa habitación tan bonita.

Tatiana terminó de incorporarse y entonces se dio cuenta de que su ropa era distinta. En lugar de los pantalones negros y de la camisa de color perla, la cual hacía mucho que había tornado a un color negruzco, llevaba puesto un pijama blanco de raso, compuesto por un pantalón corto y una camisa de tirantes veraniega del mismo color. Aunque agradeció tener prendas limpias y de calidad encima, tuvo que esforzarse para no pensar en cómo había llegado todo eso hasta su cuerpo.

Descubrió que la habían aseado cuando se pasó la mano por el pelo y lo notó suave y sin enredos. Tenía las uñas limpias y su olor corporal volvía a ser agradable, fresco. Ya habían trabajado mucho más duro que en la enfermería. Los días que había pasado allí le sirvieron para

recobrar la noción del tiempo, a la vez que el apetito y la capacidad de comer alimentos sólidos sin que le sentaran mal, pero nadie se dignó a lavarla, más allá de facilitarle algunas toallitas húmedas para las manos antes de las comidas. Por eso, de no ser por la decoración de estilo asiático que reinaba en esa habitación, bien podía pensar que por fin la habían rescatado.
Pero Tatiana no era estúpida. Seguía secuestrada, solo que ahora el escenario era diferente.
Yun había sido fiel a su palabra y la había llevado a otro lugar, a uno en el que pudiese vigilarla, y esto último lo había cumplido al pie de la letra: unas cámaras de vigilancia coronaban las esquinas de las molduras del techo y capturaban todo lo que ocurría dentro de esas cuatro paredes. Por el momento, Tatiana las ignoró.
Estaba lista para ponerse en pie e inspeccionarlo todo más de cerca, pero entonces la puerta que había al fondo de la habitación se abrió. Era Yun quien llegaba para darle la bienvenida y no le extrañó que hubiese tardado tan poco en aparecer. Ahora que la tenían controlada, sabían en qué momento exacto se había despertado del letargo de la droga.
Él accedió al interior y se quitó los zapatos, los que quedaron bien colocados al lado de la puerta. Siempre vestía de negro, y le sentaba bien. Caminaba con seguridad y con una expresión relajada en el rostro muy distinta a la que tenía la última vez que hablaron, cuando Tatiana se despertó en la enfermería. No le había visto desde entonces, pero tampoco le resultó extraño. Las apariciones de Yun se habían vuelto muy ocasionales desde que negociaron sin éxito la primera vez.
Caminó hacia la cama y tomó asiento, frente a ella, a cierta distancia. Sus miradas conectaron.
—Hola, Tatiana.
—Hola —un saludo forzado.
Yun la repasó de forma deliberada.
—Te veo mucho mejor —su voz suave era agradable—. ¿Está todo a tu gusto?
La misma pregunta que la primera vez. Como si su opinión importase.
—La habitación es bonita, pero tiene mal *feng shui*. —No era ninguna mentira.
Yun chasqueó la lengua con disgusto.
—Eres una inconformista.
Él mantuvo el contacto visual durante unos instantes y, ante su silencio, se levantó. Fue hacia la butaca que había al lado del balcón y empezó a quitarse la corbata negra que llevaba puesta. Era fina y apenas se apreciaba su presencia, ya que la camisa que llevaba debajo también era negra. Deshizo el nudo de forma metódica y luego tiró por un lado para sacarla de su cuello.
—Quiero explicarte algunos puntos ahora que te quedarás aquí, conmigo.
Soltó la corbata sobre la butaca y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa. La escena era extraña y estaba fuera de lugar. Yun se quitaba la ropa frente a ella con una cotidianeidad que rozaba lo absurdo y que la llevaba a pensar que su mente estaba más perturbada de lo que creyó cuando negociaron en el hotel, el día que él le exigió los contratos con Corea del Norte. O quizás era un tipo inteligente que jugaba a un juego cuyo fin Tatiana no alcanzaba a entender.
—Te vigilaré durante las veinticuatro horas del día. Ya sabes, para que no hagas ninguna tontería —su tono era calmado, pausado—. Con cámaras. —añadió. Dejó de desabotonar un momento para señalar una de ellas con el dedo—. Es por el bien de todos, Tatiana, así que no te lo tomes a mal. Te traerán comida cinco veces al día y cuento con que cumplas con tu parte del trato. Ahí está el baño —hizo una señal con la barbilla hacia la puerta de la derecha—. Siéntete como en tu casa.
Poco a poco, Yun se desabrochó todos los botones de la camisa. Su torso se entrevió a través de la prenda abierta, pero no se la quitó. Caminó hacia la puerta del baño, aunque se detuvo a medio camino para añadir algo más.

—Si necesitas algo, pídemelo a mí. No hay muchos por aquí que entiendan ruso o inglés. —La contempló durante unos instantes, para asegurarse de que ella había captado la indirecta—. Y ahora, voy a ducharme.
Tatiana le siguió con la mirada mientras se perdía detrás de la puerta y, unos segundos más tarde, escuchó el agua de la ducha correr.
Si estaban en China, la partida se ponía muy difícil para ella, pues las posibilidades de que la rescatasen allí eran cercanas a cero. No permitió que eso la desestabilizase, ya que tal vez Yun sólo intentaba confundirla, hacerla creer que nunca podría escapar, para así presionarla un poco más.
En resumidas cuentas, la idea de Yun era recluirla en su dormitorio personal por tiempo indefinido, hasta que ella se hartase de la situación y decidiese entregar esos malditos contratos con Corea del Norte para poder ser libre. Pero se reafirmaba en que eso era algo que jamás iba a ocurrir, así que encerrarla allí, en esa habitación bonita, y preocuparse por que se alimentara lo suficiente, no cambiaba la realidad: ella no iba a darle nada que le perteneciese, nada que perteneciese a los Kozlov. El tablero de juego había cambiado, pero ellos dos seguían en el mismo punto de la partida en el que estaban antes de salir del hotel, antes de la huelga de hambre.
Fue consciente de las ventajas y desventajas de su nueva posición y no tuvo claro que hubiese ganado con el cambio. Por un lado, ese lugar era mucho mejor que su celda anterior, mucho más cómodo e higiénico, lo que haría que su cautiverio fuese más fácil de soportar. Pero, por otro, si esa era la casa personal de Yun, no estaría muy lejos de parecerse a un maldito búnker infranqueable del que resultaría muy complicado escapar.
Luchó para que esa idea tampoco la desmotivase, pero fue difícil.
Yun se tomó su tiempo y no salió del baño hasta mucho tiempo después. Lo hizo con una toalla blanca envuelta alrededor de las caderas y con el pelo mojado y peinado hacia atrás. Como Tatiana sospechaba, tenía un físico sobresaliente. Músculos bien esculpidos y una piel tersa que, bajo las luces suaves de la habitación, recordaba al alabastro pulido.
No quiso mirarle demasiado. No comprendía el cambio de rumbo que había tomado su secuestro, ni mucho menos las motivaciones que llevaban a Yun a actuar como lo hacía: con confianza, envuelto tan sólo en una toalla, frente a ella, y con una seguridad en sí mismo que asfixiaba el ambiente.
Él caminó hasta la butaca en la que había dejado la ropa y sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Fue un tanto frustrante descubrir que ese dispositivo había estado a su alcance durante todo el tiempo que él se duchaba, y que, sin embargo, no podía hacer nada para utilizarlo, pues las cámaras de vigilancia controlaban cada uno de sus movimientos.
Como si ella no existiese, Yun echó un vistazo a la pantalla de su teléfono y luego volvió a guardarlo en el bolsillo.
—Ahora traerán vino, espero que te apetezca. Es mi bienvenida particular —dijo, con un matiz un tanto provocador y mientras recolocaba la ropa sobre la butaca para que quedase estirada.
Tatiana no comprendía el cambio de estrategia, así que dejó que Yun escogiese el rumbo de los acontecimientos. Aunque prefería vodka, no puso ninguna objeción. En ese momento de su vida, cualquier tipo de alcohol era bien recibido.
Yun fue hasta el armario de madera rojiza y abrió las puertas. Luego, sin ningún reparo, se quitó la toalla con la que se cubría y la dejó caer a un lado.
Tatiana le repasó con la mirada mientras él buscaba una prenda en el interior. De forma objetiva, Yun era un capricho muy tentador. Guapo, atractivo y con un cuerpo muy interesante. Una pena

que fuese un arrogante con tintes megalómanos, y también su secuestrador.
Él sacó unos pantalones y comenzó a ponérselos. Entonces Tatiana tuvo una vista completa de su cuerpo y eso la hizo apartar los ojos. No porque fuese pudorosa, sino porque no quería seguir analizándole. No había nada feo en él. Todo lo contrario, de hecho, y ese punto era algo que no quería introducir en la ecuación.
Yun se terminó de vestir con los pantalones de pijama ligeros, de seda negra. Recogió la toalla que había dejado caer al suelo y la llevó de vuelta al baño. Era un hombre ordenado y no le dio la sensación de que estuviese acostumbrado a que otra persona hiciera las tareas por él. Cuando regresó, sacó el tabaco del bolsillo del pantalón, cogió el pequeño cenicero que había sobre la cómoda y regresó a la cama.
Era elegante cuando fumaba, como si el cigarrillo entre sus dedos adquiriese una sofisticación que no poseía antes de salir de la cajetilla. Lo atrapaba entre los dientes para encendérselo, para asegurarse de que no iba a ninguna parte antes de acercar la llama hacia él. Y lo rodaba entre el pulgar y el dedo corazón cuando estaba nervioso, igual que hacía con ese anillo plateado que siempre llevaba puesto.
Él tomó asiento a cierta distancia, como la primera vez, puede que porque fuese consciente de que Tatiana no aceptaría demasiada cercanía física. Ella estaba apoyada sobre los cojines grandes del cabecero, de brazos cruzados. Yun se mostraba distendido, más de lo que nunca le había visto durante el tiempo que pasó en el hotel, y eso no le gustó en absoluto. No quería que él se sintiese cómodo, ni mucho menos confiado, así que se limitó a contemplarle con hostilidad.
—¿Te encuentras bien? —la pregunta de Yun sonó sincera.
Tatiana no rompió el contacto visual.
—¿Qué tal me ves tú? —trató de sonar sarcástica, pero, en su lugar, sonó belicosa.
—Peor que de costumbre —admitió él, sin reparos—. Más delgada y un poco pálida, pero te pondrás bien. Y, además, yo no soy un hombre que se quede en las superficialidades.
Si a Yun le preocupaba su aspecto o no, era algo que no le importaba en absoluto.
Como acostumbraba a hacer, ella no le contestó. Comenzaba a hacer de la indiferencia un arma potente contra él, pues podía ver la frustración en el fondo de sus ojos cuando optaba por ignorarle, y eso la reconfortaba.
Unos toques en la puerta rompieron la atmósfera tensa que se respiraba entre ambos. Yun apagó el cigarrillo a medio fumar y se puso en pie para atender a quien hubiese al otro lado. Caminó con gracia, y con cada paso, los músculos atléticos de su espalda se movieron en sincronía con el resto de su cuerpo. Yun parecía un nadador habitual.
Tras la puerta, Tatiana alcanzó a ver a una mujer joven, asiática, con un rostro muy común que lo más probable era que olvidase en los siguientes minutos. Ella le tendió una botella de vino con dos copas a Yun, y también un sacacorchos. Él no cruzó palabra alguna con ella, sino que cerró la puerta y condujo todo hasta la cómoda. Revisó la etiqueta para comprobar que se trataba del vino que quería y luego lo descorchó para servir dos copas.
Sí, Yun era metódico y organizado. Atendía a cada detalle para asegurarse de que lo hacía bien. Lo más probable era que su tolerancia al caos fuese baja, algo con lo que podía jugar a su favor, de darse el caso.
El psicoanálisis fue breve porque enseguida le tuvo delante, con una copa en cada mano. Le tendió una y Tatiana la cogió, pues si algo echaba de menos en medio de ese maldito secuestro era el alcohol en cualquiera de sus formas. Él tomó asiento sobre la cama, frente a ella, con el codo apoyado sobre su rodilla flexionada. La situación invitaría a pensar que ellos eran dos amigos, o tal vez dos amantes que iban a charlar un rato antes de tener sexo. Pero ellos no eran

ninguna de las dos cosas.
—Es un Vega Sicilia de 2006. —Yun giró la copa y el líquido escarlata dio varias vueltas dentro del cristal. Aspiró el aroma antes de darle un trago—. Espero que te guste.
Un vino español de renombre.
Tatiana le dio un trago y confirmó que era un vino de cuatro cifras, tres cifras altas, tal vez.
—Sé que no sueles beber vino —añadió él—. Pero también sé que no tienes miedo a probar cosas nuevas. —Yun sonrió y eso la hizo preguntarse si él tenía ganas de cabrearla.
Tatiana carraspeó. Era una situación demasiado surrealista como para no preguntar.
—¿A qué juegas, Yun? ¿Qué es todo esto?
—Sólo intento ser hospitalario —su tono contuvo un toque de insolencia.
—Las personas hospitalarias preguntan al invitado qué quiere tomar. Yo prefiero el vino blanco, pero tú me has servido esto y ahora me lo tengo que beber —dijo, por llevar la contraria—. Aunque debo reconocer que a un secuestro le va mucho mejor un vino fuerte, ¿verdad? —Tatiana le dio un trago, malhumorada, y se obligó a disfrutar de los matices a frutos negros maduros—. Sólo dime a qué juegas.
Yun acarició con cuidado el borde de su copa.
—En la bodega tengo un vino blanco muy interesante. Seco. Los vinos dulces no me van —sonó soberbio, como si preferir el vino seco le situase por encima del resto de los mortales—. ¿Crees que ese le iría bien a alguien a quien le conviene cambiar de opinión?
Ella le regaló una sonrisa falsa. Si todo eso era su estrategia para convencerla y que cediese los contratos, había cometido un tremendo error de cálculo.
—Me importa una mierda cómo te guste el vino, Yun. Y no voy a cambiar de opinión.
Tatiana bebió un poco más y luego apretó la copa entre sus dedos con demasiada fuerza.
—Sólo quiero que charlemos un poco —dijo él, con falsa tranquilidad, retándola de alguna forma.
—Estoy secuestrada —respondió Tatiana, cortante—. Y me imagino que no crees que tu compañía sea tan terrible como para considerarla una forma de tortura. —Hizo una pausa—. ¿O sí?
Yun rio. Era más guapo cuando lo hacía porque su expresión se llenaba de una especie de luz. Un hoyuelo aparecía en su mejilla derecha y le daba un aspecto dulce que Tatiana sabía que poco tenía que ver con su personalidad. Luego, su sonrisa se tornó altiva y tomó un trago de su vino.
—Sólo quiero empezar esto con buen pie —aclaró.
Tatiana le contempló con cara de circunstancias. Ella no estaba de tan buen humor como él. Ahora que la tenía allí, en su habitación personal, tal vez creía que sería más fácil manejarla, pero nada más lejos de la realidad.
—Pues lo siento, Yun, pero secuestrarme ha fulminado cualquier posibilidad de que empecemos con buen pie.
—Tal vez debería haberte traído un vodka —se recriminó, ajeno a las palabras de Tatiana—. Sé que te gusta más y a lo mejor así te habrías mostrado menos hostil conmigo. Pero es bueno salir de la zona de confort de vez en cuando, ¿no crees?
Que a ella le gustaba más el vodka que cualquier otra cosa era algo que llevaba escrito en la cara. Y no, no era de ese tipo de personas que acostumbraban a cambiar. Ella era fiel a sus gustos.
—Ya llevo unas cuantas semanas fuera de mi zona de confort, por si no te has dado cuenta.
Él le restó importancia.
—Eres una mujer que se adapta bien a los cambios —dijo, mientras sacaba un cigarro de la cajetilla que había a su lado, sobre el edredón.

Tatiana empezaba a cansarse de ese juego.
—No sé por qué crees que me conoces y tengo mucha curiosidad por averiguar qué te hace pensarlo.
Yun la miró por encima del cigarrillo que estaba a punto de encenderse. El brillo frío de su anillo de plata contrastó con el color negro del mechero que sostenía en la mano. Luego, acercó la llama e inhaló de forma pausada, para expulsar el humo antes de responder.
—Te conozco porque te he observado durante un tiempo —admitió, a media voz, y sin ningún atisbo de culpa.
Tatiana le contempló con desgana. Le resultó insultante que lo reconociese con tanta ligereza, aunque en el fondo aceptaba que el espionaje era algo habitual entre organizaciones. Ellos mismos también lo hacían, pero por algún motivo le dio la impresión de que Yun se lo había tomado como algo personal.
—Debes tener una concepción muy simple de mí si piensas que espiarme durante un tiempo es suficiente para conocerme —el desagrado caló en su voz.
Yun levantó las cejas en respuesta.
—No es tan difícil conocer a las personas, Tatiana.
Tatiana le desafió con la mirada, mientras se preguntaba si merecía la pena responder a una afirmación tan mediocre y carente de sentido. Conocer a las personas era muy difícil, incluso, en ocasiones, imposible.
Apuró el vino de varios tragos. Estaba hecho para ser disfrutado, pero ella sólo añoraba los efectos del alcohol.
—¿Y ahora cuál es el plan? —cambió de tema—. ¿Que bebamos vino juntos como si fuésemos amigos mientras yo sueño con cortarte la yugular?
Yun dejó caer la mirada, un gesto que le confirió un aire más arrogante del que ya tenía.
—No. El plan es que ahora te traerán la cena y tú comerás, como hemos acordado.
Tenía hambre, pero eso era secundario.
—¿Y así será cada día?
—Sólo será así si tú quieres, Tatiana —le recordó.
Tatiana se cruzó de brazos, con la copa vacía sujeta en la mano.
—Y entonces todo esto, ¿para qué? —le confrontó—. No entiendo qué pretendes con fingir que podemos charlar como si esto fuese algo que no es. Dime la verdad. ¿Qué es lo que quieres?
Yun la miró directamente.
—Ya sabes lo que quiero.
—Y tú ya sabes que no te voy a dar una mierda. Así que, habla, ¿qué tienes pensado?, ¿encerrarme aquí el resto de mi vida para hablar de estupideces?
—Tal vez —una respuesta maliciosa—. O podemos trabajar en conocernos el uno al otro y así será más fácil que lleguemos a un acuerdo, ¿no crees?
—Pero si tú ya me conoces, Yun —le recordó, sarcástica—. Me has espiado durante, ¿cuánto, seis meses? Así que no hay nada que te pueda decir que no sepas.
—Te he espiado durante años —reveló, con absoluta normalidad—. Así que sí, sé mucho más de ti de lo que crees.
Años, en plural, era más de lo que ella imaginaba, pero seguía sin ser suficiente para que él afirmase con tanto valor que la conocía de algo.
—Entonces sabrás que yo nunca regalo nada. Ni mucho menos cambio lo que es mío por algo que ya me pertenece.
Yun apuró la copa de vino y luego sacudió el cigarrillo en el cenicero.

—A lo mejor ya es hora de ampliar la perspectiva.
Tatiana sonrió sin que la sonrisa llegase a sus ojos. Empezaba a tener muchas ganas de golpear a Yun, de dejarle claro que nunca cedería a sus exigencias. No entendía qué motivaciones podía tener él para haberla espiado durante años, cuando hasta hacía no mucho ella no era una pieza importante en la organización. Puede que fuese parte de un plan más grande, pero algo en su forma de hablar le hacía pensar, una vez más, que se trataba de un asunto personal.
—¿También espiabas a Aleksei? —quiso saber.
—Sí.
Una respuesta esperable. Lo que no lo era es que la espiase a ella cuando no era la líder ni tenía vistas a serlo. Puede que Yun creyese que conocer sus movimientos le acercaría más a Aleksei, aunque debía ser muy estúpido para no asumir que ella no era una fuente de información en la que invertir recursos, que ella nunca confesaría nada de lo que supiese.
Todo eso no cambiaba el hecho de que ninguno de sus hombres, ni siquiera Bogdam, se habían dado cuenta de que los chinos estaban metiendo las narices más allá de los negocios en la ciudad. Y durante años, ni más ni menos. Descubrir eso hizo que una sensación de rabia y fracaso se mezclase con el vino en su boca.
No descartaba que Yun la hubiese espiado a través de sus hombres, esos que ahora la habían traicionado, lo cual explicaba que nadie hubiese notado nada. Al fin y al cabo, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban aliados con ellos a sus espaldas. Si los espías estaban en sus propias filas, Yun podría haber averiguado mucho.
—A ti te he vigilado de forma más estrecha, no lo voy a negar —admitió, de forma inesperada.
Ahí estaba, la confirmación de que todo aquello se trataba de un asunto personal.
—¿Por qué?
Yun levantó las cejas, como si tuviese que pensar el motivo.
—Tal vez porque me resultabas menos aburrida que tu hermano.
Vaya suerte la suya, pero no se creía esa respuesta.
—¿Y qué has descubierto en estos años, Yun? —Se moría de curiosidad por escuchar sus estúpidas conclusiones.
Él hinchó su pecho desnudo con una inspiración profunda.
—Muchas cosas. Como que te encanta la ropa de Yves Saint Laurent y la de Balenciaga. Y que te queda muy bien —sonrió como el cabronazo que era.
Menuda tontería. Tatiana le devolvió la sonrisa, cargada de cinismo.
—Eso lo sabe todo Moscú.
Él aceptó que sus gustos estilísticos tal vez fuesen algo sabido por todos, así que contratacó con algo más personal.
—También sé que te gusta ponerle un poco de vodka al zumo de naranja en el desayuno —susurró.
Tatiana sintió una bofetada de fastidio. Ese dato no lo conocía mucha gente y confirmaba que los espías estaban dentro de sus propias filas.
—Siempre llevas las uñas de color rojo cereza, pero tuviste una época en la que decidiste innovar y cambiaste al rojo sangre. No te quedaba bien y te diste cuenta rápido, así que volviste a lo seguro —apuntó—. Rojo cereza te queda mejor —sugirió, provocador—. También sé que tomas el café en función de cómo hayas dormido. Lo prefieres con leche si has descansado bien y expreso doble si has pasado una mala noche.
Él dio una calada a su cigarrillo sin quitarle los ojos de encima.
Tatiana no se amilanó. Le contempló expulsar el humo mientras se decía que tal vez la espía

podía ser alguna de sus camareras o alguien de la limpieza.
—Antes usabas mucho el Chanel 2.55, tu bolso favorito —continuó, con los ojos clavados en los suyos—. Pero ahora que tienes más reuniones de negocios escoges el Birkin de Hermès, porque en ese sí que te cabe el iPad.
Nada que no supiera cualquiera que fuese un poco observador y que la viera a menudo en alguna de las cafeterías que frecuentaba con la mayoría de sus clientes.
—También sé que conservas pocos amigos en Moscú de tu época en la universidad, pero que nunca has dejado de hablar con el que terminó como jefe de cirugía en un hospital importante de Nueva York. Tal vez porque tienes un plan alternativo debajo de la manga, por si la vida se tuerce. No te culpo —le restó importancia—. Es habitual.
Tatiana levantó una ceja.
—No hay ningún maldito plan alternativo. —Y era verdad.
Y el único amigo de la carrera que conservaba en la ciudad estaba muy lejos de querer mudarse a Nueva York.
Si habían interceptado su línea telefónica, puede que hubiesen descubierto algún hilo suelto del que tirar que los llevase hasta Aleksei. La sospecha se reflejó en su rostro de forma repentina, sin que pudiese hacer nada para evitarlo, y Yun lo percibió.
—Se te ha ido la sangre de la cara. ¿Qué te ha puesto tan nerviosa? —la escrutó, curioso.
—¿Tu asalto a mi intimidad no te parece suficiente?
Él la contempló como si quisiese averiguar más de lo que era capaz. Pero por mucho que analizase su expresión facial, Yun no descubriría una mierda de ella, igual que no había descubierto nada por saber cómo tomaba el café o qué bolso escogía cada mañana antes de salir de casa. Sí, había hecho bien la tarea, pero nada en toda esa información valía de algo si lo que quería era robarle los contratos con Corea del Norte.
Yun tenía algo más que decir. Se acercó un poco hacia ella, sobre la cama, como si fuese a revelar un secreto que nadie más podía escuchar.
—Sé algunas cuantas cosas más. Como que escogiste especializarte en cirugía a pesar de que lo que de verdad deseabas era dedicarte a la medicina de urgencias. Pero eso no sostenía la imagen que pretendías proyectar, así que priorizaste las apariencias a costa de tu frustración profesional. Pasar las noches atendiendo a borrachos y accidentes de moto era demasiado común, demasiado mundano, ¿verdad? Mucho mejor ser la estrella protagonista en el quirófano, la cirujana de mente fría y pulso de hierro. Sé que te arrepientes de haber tomado esa decisión, pero alejas la culpa porque, a fin de cuentas, no ibas a ejercer como médico de todas maneras. —Yun hablaba a media voz, cómplice.
Tatiana rio con suavidad. Menudo maldito estúpido.
—También sé que usas la moda como un escudo para tapar tus inseguridades, tus traumas de la infancia, para que nadie se dé cuenta de que eres vulnerable, humana. Pero detrás de eso se esconde una mujer llena de carencias, por culpa de un padre misógino y anticuado que hizo de la vida de tu madre una mierda y de tu infancia un suplicio, todo por su afán de esculpirte a su medida. Una pobre niña rica —la miró con fingida lástima—. Te gusta tocar el piano, pero hace mucho tiempo que dejaste de hacerlo porque sabes que acariciar el marfil de las teclas te traerá muchos recuerdos a los que no quieres volver, de esa infancia de la que escapas. Y, sobre todo, sé que aunque has crecido en un mundo de hombres, nunca te has sentido por debajo de ninguno de ellos. Ni siquiera ahora te sientes por debajo de mí, aunque te tenga secuestrada y sólo yo pueda decidir qué hacer con tu vida.
Tatiana le contempló con condescendencia. Esa radiografía de su vida había sido una completa

absurdez, tal vez con algunos toques de realidad que la hicieron avergonzarse un poco por el hecho de que Yun hubiese podido ahondar tanto. Pero no se lo dejó ver. Aunque ese capullo la había vigilado más de cerca de lo que había creído en un primer momento, no la conocía una absoluta mierda y no estaba dispuesta a que sus palabras suaves y también crueles la afectasen más de lo debido.
—Has leído mi expediente de la universidad. ¿Te ha parecido una lectura interesante? —dijo, en tono aburrido.
—Sí —reconoció.
—Y también conocías a mi padre. —No podía ser de otra manera.
—No personalmente.
Pero sí a través de otra persona, como era obvio.
A diferencia de lo que había hecho con Aleksei, e intentando con Viktor, sin ningún éxito, su padre nunca había intentado esculpirla a su medida. Sólo se había limitado a protegerla de los monstruos que poblaban su mundo, de todos esos asesinos y borrachos de mirada lasciva con los que se cruzaba día tras día. Él la había convertido en alguien intocable y le había concedido un espacio para desarrollarse como le diese la gana. Medicina, arquitectura, derecho, daba igual. Grigor siempre supo que ella era inteligente, pero jamás le impuso qué debía hacer con su talento. Ella nunca heredaría ningún puesto importante en la organización, así que poco importaba. Lo único que siempre intentó por todos los medios fue librarla de la debilidad que él consideraba que eran los sentimientos, algo que, al final, nunca consiguió con ninguno de sus tres hijos. Aunque esa máxima marcó su infancia y su crianza, ya no le culpaba. Su educación no fue fruto sino del miedo aterrador de un padre a que sus hijos sufriesen, y del afán de alejarlos de un defecto que consideraba tan terrible como era empatizar, amar o añorar.
Ella nunca fue una pobre niña rica ni su infancia fue ningún suplicio. Pero eso era algo que Yun nunca sabría, porque no estaba dispuesta a regalarle ninguna información que rebatiese sus palabras.
Tatiana se preguntó cuál era la forma más rápida de acabar con esa tomadura de pelo. Sólo se le ocurrió una, así que no se lo pensó demasiado. Golpeó la copa de vino vacía contra el canto de la mesilla y luego, con toda la rapidez que pudo, se cernió sobre Yun y colocó el pedazo de cristal roto que quedó en su mano sobre su yugular. Él se echó un poco hacia atrás, pero no se sorprendió ni trató de contener el ataque, a pesar de que estaba segura de que había tenido tiempo suficiente para ello.
Tatiana se cernió un poco más sobre él.
Tratar de matarle sería una estupidez, algo que se confirmó en cuanto la puerta de la habitación se abrió de golpe. Levantó la mirada por encima de Yun y vio a dos chinos atravesar el umbral, directos hacia ella.
—*Nǐ chūqù* —dijo él, alzando la voz.
Ambos se detuvieron al instante a la vez que se extrañaban por sus palabras. Pero se largaron de allí y cerraron la puerta, así que Tatiana devolvió sus ojos a los suyos.
Sí, podía matarle, pero no saldría de allí, pues había aprendido por las malas que donde había un chino, detrás se escondían cien más. Y porque tenía la certeza de que no tardaría en llegar otro hombre a ocupar su lugar, uno que tal vez no se mostraría tan benevolente con ella.
—¿Te da igual que te mate? —sus palabras fueron como un bisturí cuyo filo estaba hecho de pura furia.
Yun no estaba nervioso y eso la cabreó un poco más.
—Sé que no lo harás —dijo, con total tranquilidad.

Tatiana cortó adrede la piel donde palpitaba la arteria carótida. Un aviso muy claro.
—No tienes ni idea, Yun —dijo, muy cerca de su cara, para que la escuchase bien—. Te crees que sabes qué me motiva a actuar y la realidad es que no tienes ni idea de nada.
Una gota de sangre brotó de la piel de su cuello, justo del lugar en el que se clavaba una de las puntas del cristal. Acercó un poco más su rostro al suyo y murmuró a media voz.
—Escogí cirugía porque tengo gustos muy caros y los turnos en urgencias no pueden pagarlos. Además, odio hablar con los putos pacientes.
Él rio con suavidad.
—Los dos sabemos que te sobra el dinero desde antes de nacer —dijo, condescendiente.
Tatiana no pasó la oportunidad de aclarar ese punto.
—Lo que no sabes es que no he gastado ni un cinco por ciento de mi parte del patrimonio familiar —susurró, muy cerca de sus labios. La copa todavía apoyada en su piel—. Soy muy buena haciendo dinero, trabajando como médico y haciendo muchas otras cosas. Pero eso tus espías no te lo han dicho, ¿verdad? Porque por muy cerca que estuviesen de mí, nadie tiene acceso a mis cuentas bancarias. Y, al final, al igual que todo el mundo, tú sólo ves a una rubia vestida de alta costura que se pasea en un Bentley y que se pinta las uñas de un puto color rojo cereza. Lo demás, sólo sale de tu maldita imaginación.
Yun bajó los ojos a sus labios y Tatiana notó un repentino pulso sexual entre ellos, sutil, que despuntaba entre la hostilidad, el rencor y la furia, y supo que era mejor que siempre conservasen las distancias. Luego, él devolvió la atención a sus ojos grises. Ella no le dio la oportunidad de hablar, pues quería aclarar otra cosa primero.
—Y toco mucho el piano, Yun —añadió—. Pero sólo cuando llevo la manicura lo suficientemente corta como para que las uñas no rocen el marfil, porque esa sensación me hace apretar los dientes, igual que me haces apretarlos tú. Así que dedícate a cumplir tu parte del trato y deja de psicoanalizarme, porque estás muy lejos de poder rascar ni siquiera un poco la superficie.
Tatiana le sostuvo la mirada unos instantes más. No vio miedo en sus ojos, ni preocupación, ni siquiera burla, cosa que era incomprensible dada la delicadeza de la situación. Yun era como un manual de instrucciones escrito en alemán y eso le resultaba frustrante. Apartó la copa de su cuello y luego la lanzó con fuerza fuera de la escena. Esta terminó de romperse con un tímido chasquido, en la lejanía. Salió de la cama mientras se preguntaba cómo escapar del maldito callejón sin salida en el que la había metido Yun.
—Esto va para largo, Yun —Tatiana le contempló con seriedad, de pie, al lado de la cama—. Así que deja de fingir que me conoces y preocúpate por cumplir tu palabra y por traerme pronto al hombre que me prometiste, o te aseguro que la próxima vez te vas a desangrar aquí mismo, sobre este edredón tan caro.
Yun sonrió como única respuesta.
—Y trae una puta botella de vodka la próxima vez —añadió, antes de ir hacia el baño y cerrar la puerta tras de sí sin ningún cuidado.
Necesitaba una ducha fría.
Y, sobre todo, necesitaba alejarse de ese hombre.

Capítulo 14

«Ningún lugar en la vida es más triste que una cama vacía».

Gabriel García Márquez

Tatiana escuchó cómo Yun se marchaba a través de la puerta del baño, donde llevaba encerrada más de quince minutos. Su encontronazo había sido muy intenso y ahora ambos ansiaban aire fresco. Notaba la cabeza aturullada y no estaba segura de que su cuerpo se hubiese librado del todo de la droga que la habían inyectado para llevarla hasta allí.

Por primera vez en mucho tiempo, Tatiana se sintió perdida. No tenía ni idea de dónde estaba ni de qué motivaciones empujaban a Yun a establecer esa nueva dinámica entre ellos. No sabía qué estaba ocurriendo en Moscú, ni si su hermano seguía vivo, ni si seguía vivo Bogdam o cualquiera a quien hubiese conocido en su vida. Y, sobre todo, no tenía ni idea de qué hacer para salir de allí.

Contempló su imagen en el espejo, bien iluminado por unos focos blancos, y la escena la impactó más de lo que nunca hubiese creído. La última vez que llevó a cabo ese acto tan cotidiano fue para retocarse su labial Ruby Woo antes de quedar con Artem, su amigo y cliente de Nizhni Nóvgorod, en lo que parecía una eternidad atrás. Ahora, no se reconocía a sí misma. La mujer que la miraba desde el otro lado del espejo le resultaba ajena, una sombra desfigurada de lo que una vez fue.

¿Qué pensaría Bogdam si la viese así? Le imaginó escudriñándola con sus ojos verdes, esos que tanto echaba de menos, y se tuvo que obligar a contener una lágrima. Las dudas sobre qué destino había corrido regresaba con fuerza a cada tanto, como si su subconsciente fuese incapaz de retener allí la idea, a salvo de su atención.

Analizó sus facciones marcadas por la delgadez, consecuencia de la huelga de hambre, y no pudo sino torcer el gesto. Su piel lucía apagada por la pérdida de nutrientes y por el tiempo que llevaba sin usar ninguna de sus cremas hidratantes. Tenía las ojeras muy marcadas. Además, sin maquillaje se notaba extraña, desnuda. Aunque la persona que le había lavado el pelo había eliminado gran parte de los enredos, la melena le caía sin vida sobre la espalda, un tanto alborotada, lo que magnificaba el aspecto descuidado de su imagen.

Tatiana era como una matrioska deteriorada, repleta de magulladuras y con la pintura exterior descascarillada por las adversidades. Para su desgracia, no todo el daño estaba fuera. Su interior estaba roto también por culpa del miedo y de la angustia que le provocaba la incertidumbre sobre Bogdam, sobre la situación en su ciudad y sobre su futuro y el de su familia. Pero ella era una mujer dura y así se lo repitió a sí misma. Tenía la certeza de que se recompondría, capa por capa, y de que volvería a resurgir con su fuerza natural. Por eso, no permitió que la visión en el espejo la afectase más de lo que estaba dispuesta a permitir.

Dos minutos de autocompasión fueron más que suficientes, incluso demasiados, así que se dirigió a la ducha para retomar lo que había venido a hacer. Ya tendría tiempo de reconstruir su vida y su imagen perfecta cuando la pesadilla llegase a su fin. Ahora, la prioridad era salir de allí, trazar un plan de escape que le garantizase la libertad.

Dejó que el agua caliente corriese por su cuerpo durante mucho tiempo y hacerlo fue muy sanador. Parte de los sentimientos angustiantes que la acompañaban se fueron por el desagüe, y

cuando salió de la ducha, se sentía mucho más relajada. Se envolvió en una de las toallas y se sentó en el banco que había en la pared, y así pasó largo rato. Disfrutó de la suavidad del algodón que acariciaba su cuerpo, y cuando se cansó, se puso de nuevo el pijama y salió del baño. Yun no había regresado, por suerte para los dos.

Tatiana dio una vuelta breve por la habitación. No había nada que hacer allí. Yun no tenía libros, ni televisión, ni mucho menos ningún tipo de dispositivo electrónico. Contempló el cuadro de la pared durante unos minutos y luego decidió que lo mejor era meterse en la cama. Pero cuando estaba lista para hacerlo, una china irrumpió en la estancia con una bandeja de comida. No llamó primero, a diferencia de cuando había traído el vino, unas horas antes, y eso reafirmó la idea de que ella no era una invitada allí.

Aunque la cena tenía buen aspecto, apenas pudo probar bocado porque su estómago todavía luchaba por recuperarse. Lo poco que comió le sentó mal, quizás porque estaba demasiado condimentado, así que se acomodó en la butaca con los ojos puestos en la negrura del balcón y esperó a que la digestión se volviese más ligera para poder irse a la cama.

Entretanto, Yun regresó.

Tatiana no se movió de la butaca. Continuó allí, con los ojos puestos en la noche y con la espalda apoyada sobre la ropa que él mismo había estirado unas horas antes. Ropa que olía a su perfume, un perfume suave que ya había respirado cuando estaba encerrada en el hotel abandonado y que le recordaba en algo al de su hermano Aleksei. No le importaba en absoluto arrugar esas prendas, pues estaba segura de que Yun tenía quien las planchase de nuevo. Como, por ejemplo, la china maleducada que le había traído la cena.

Yun se detuvo a su lado.

—Has comido poco —apreció, con los ojos puestos en la bandeja que descansaba en el suelo, frente a ella.

—Me dolía la cabeza de escuchar tus tonterías —respondió, sin reparos. Aunque la ducha le había sentado bien, todavía estaba enfadada.

Él no contestó. Se limitó a coger la bandeja y a sacarla de la habitación, para luego regresar frente a Tatiana. Apoyó las manos sobre los reposabrazos de la butaca, despacio, y se cernió sobre ella, con los ojos puestos en los suyos.

—Si no cumples tu parte del trato, yo no cumpliré la mía. —Palabras amenazantes pronunciadas con el fin de presionar.

Si pensaba que su cercanía la intimidaría, es que era un estúpido.

—La próxima vez, que le pongan menos pimienta a la comida —le reprochó, calmada.

Yun sonrió con cierto fastidio.

—Dime qué te gusta comer y lo tendrás, pero no quiero volver a ver una bandeja a medias.

Yun se echó hacia atrás y el aire volvió a ser respirable.

—Ahora, vamos a la cama —ordenó de improviso, y le tendió la mano para que se pusiese en pie.

Tatiana miró los dedos extendidos hacia ella. Tenía una tolerancia muy baja a que le diesen órdenes y, además, la petición estaba muy fuera de lugar.

—¿Es que quieres que sea tu esclava sexual? —replicó, cínica, mientras se preguntaba qué narices quería de ella en realidad.

Yun la miró fijamente, con la mano aún tendida para ayudarla a levantarse.

—¿Quieres?

La cadencia erótica de su pregunta empapó el aire que compartían y todo se enrareció. En otras circunstancias, tal vez se hubiese acostado con él, si no fuese chino y si no hubiese cometido el

error de secuestrarla.
—No, gracias. —Tatiana rompió esa atmósfera de un plumazo. Se levantó por su propio pie y se detuvo frente a él. La escena era ridícula—. Y, ¿cómo lo hacemos? ¿Yo me quedo la cama y tú duermes en el suelo? Porque tengo la espalda destrozada por culpa del colchón de tu hotel de mierda, así que creo que me merezco un descanso.
Yun sonrió y Tatiana se preguntó por qué nunca respondía a sus provocaciones. Él aclaró la situación.
—Dormiremos los dos en la cama.
Como ya suponía desde el principio.
—Que no te haya rebanado la carótida no significa que no vaya a intentar matarte mientras duermes —le advirtió.
—Sólo inténtalo. —Un reto que sonaba ciertamente oscuro.
—Puede que lo haga.
Yun era un poco más alto que ella, y mucho más fuerte, pero no le tenía miedo. Daba por hecho que practicaba algún arte marcial, pero ella podía jugar al despiste y patearle la entrepierna cuando estuviese distraído. Estaba versada en defensa personal, así que, aunque supusiese que no tenía nada que hacer en una pelea contra Yun, al menos podría encajarle algún golpe antes de que la noquease.
—Yo duermo en el lado izquierdo —aclaró él, como si la situación fuese cotidiana, como si fuesen dos amigos que, por circunstancias, no tenían otra alternativa que dormir juntos.
Menudo sinsentido.
—Yo duermo en el centro. —Era la maldita verdad.
—Vale. —Se encogió de hombros, sin rebatirle nada.
Rodeó la cama y fue hacia su lado. Apartó el edredón rojo, que sobraba en esa noche de verano, y tiró un poco de las sábanas hacia atrás. Luego, ocupó su sitio sin dejar de mirarla.
Que Yun la obligase a dormir con él era la cosa más absurda nunca vista en ningún secuestro. Ella no era nueva en esa mierda. Había vivido muy de cerca el rapto de integrantes de otras organizaciones desde que era una niña. Participó en el primer interrogatorio antes de empezar la universidad, cuando todavía no conocía la diferencia entre una pinza Kocher y una de Allis. Por eso, el desarrollo de los acontecimientos le resultaba desconcertante. Pero no podía quejarse. Si su secuestrador hubiese sido alguien diferente a Yun, alguien más parecido a ella, ya estaría al borde de la locura, lista para terminar con su vida en cuanto tuviese algún objeto a su alcance que sirviese para ello.
Tatiana rodeó la cama y fue hasta el lado derecho, ante la atenta mirada de Yun. Por supuesto que no ocuparía el centro de la cama, pues lo último que tenía en mente era compartir cualquier tipo de contacto con él. Por eso, se metió debajo de las sábanas y se pegó al borde opuesto, lista para dormir con la guardia alta.
Yun estiró el brazo y apagó las luces y la estancia se sumió en una penumbra delicada. Las sombras de las ramas de un árbol aparecieron en la pared contraria al balcón y agradeció tener una pista, por pequeña que fuese, sobre qué había en el exterior.
Todavía no tenía claro qué quería Yun de ella, cuál era el verdadero propósito de encerrarla allí, de que compartiesen la misma cama. Con el tiempo se revelarían sus verdaderas intenciones, y entonces podría presionarle de verdad. Sólo esperaba que Viktor y su familia luchasen sin piedad en Moscú. Tenía que agarrarse a esa esperanza, a la idea de que ellos continuaban peleando por lo que les pertenecía. Mientras tanto, que Yun interpretase el teatro que le diera la gana, y ella disfrutaría de dormir en un colchón decente.

Capítulo 15

«Sin riesgo no se hace nada grande y memorable».

Terencio

Aleksei irrumpió en la entrada de la galería comercial en la que esos traidores llevaban atrincherados más de treinta y dos horas. La noche era oscura y las sirenas de policía sonaban en la distancia, ocupadas en acudir al aviso falso al que las habían conducido antes de desplegarse frente al corazón del distrito de Zamoskvoréchie. Delante de él abrían el camino varios de sus mercenarios, protegidos con escudos blindados y máscaras antigás, preparados para ejecutar el plan de manera impecable. Su debut no se haría esperar. Aleksei regresaba con todos esos hombres para insuflar oxígeno a sus filas, un oxígeno con el que avivar la llama de la venganza.

En primer lugar, lanzaron las granadas de humo al interior de la galería para que las alimañas saliesen de sus escondrijos. No tardarían mucho en hacerlo, así que Aleksei apoyó el fusil de asalto en su hombro, listo para comenzar a escupir balas de calibre 6.5 y tumbar con ellas a cualquiera que se encontrase en su camino.

El fuego cruzado no se hizo esperar. Aleksei ocupó su posición a la vez que lo hacían sus hombres, mientras los primeros disparos rompían el silencio. Habían bloqueado la salida trasera y colocado vigilantes armados en cada una de las ventanas y escaparates que podían servir como salida. No había escapatoria alguna, además de esa puerta doble en la que él esperaba ansioso, rodeado de su particular ejército de mercenarios de ojos rasgados y listo para darles la bienvenida a los insurrectos que se habían levantado contra su hermana y contra su familia.

Conforme el humo se disipaba, las siluetas empezaron a adquirir forma y a caer al suelo, desplomadas por los balazos de los fusiles. Uno de sus hombres fue alcanzado por un disparo y se quedó atrás. Una baja desafortunada, pero mínima. Nada ni nadie podía frenar el avance mortífero del grupo. Algunos de esos cabrones aguantaron escondidos tras los mostradores, desvalijados hacía no mucho, y tras las estanterías amontonadas unas delante de otras que hacían las veces de barricadas. Pero era cuestión de tiempo que cayesen también. Nadie iba a salvarse esa noche.

Aleksei y sus hombres se abrieron camino en el interior. Un fuego se desató en un lateral, violento y fulgurante, pero ni él ni ninguno de ellos sucumbieron a esa burda maniobra de distracción. Los escondrijos improvisados no le sirvieron de nada a esos pobres desgraciados que estaban a punto de tomar su último aliento. Todos los que habían aguantado el humo de las granadas murieron acribillados poco después por las armas semiautomáticas con las que Aleksei había dotado a su ejército.

El ataque fue más rápido de lo esperado. Tenían superioridad numérica, mucha munición y una estrategia bien perfilada. Y, sobre todo, contaban con el factor sorpresa.

Cuando la zona quedó limpia, se dividieron para revisar los pisos superiores.

Aleksei se dirigió a la última planta por las escaleras de emergencia, junto con uno de los cabecillas, Joko. Allí se emplazaban algunos de los despachos de la galería comercial.

—Tú los de la derecha —le indicó al hombre que le acompañaba, en tono bajo, nada más encarar el pasillo.

Él asintió. Preparó su arma para abrir fuego, empujó la primera puerta y se perdió en el interior. Aleksei hizo lo mismo con las habitaciones del lado izquierdo. Las primeras que inspeccionó estaban vacías. Revisó cada recoveco, cada hueco debajo del mobiliario, cada cortina arremolinada a un lado. Allí no había nadie. La planta aparentaba estar vacía, aunque su instinto le decía lo contrario.

No se equivocaba.

Fue cuando abrió la puerta de uno de los despachos del fondo cuando las balas le rozaron la sien y le obligaron a pegar la espalda a la pared. Joko llegó enseguida, al sonido de los disparos, y se colocó al otro lado. Aguardaron pacientes hasta que el fuego cesó. Entonces, cada uno con su arma, lanzaron algunas ráfagas rápidas hacia el interior de la sala como represalia.

No estaba dispuesto a exponerse más de la cuenta. Joko le tenía menos aprecio a su vida y se asomó para lanzar algunos tiros certeros, y el muy cabrón dio en la diana. El sonido inconfundible de un cuerpo muerto llegó a oídos de Aleksei.

Uno menos.

A Joko nadie le esperaba en casa, pero a él sí. A él le esperaba Katia, a quien no veía desde hacía más de una semana, y con quien, si todo salía bien, se iba a reencontrar esa misma noche. Por eso, Aleksei se quedó justo donde estaba, protegido por los ladrillos y el cemento de esa pared elegante de color azul.

Uno de los tipos del despacho se aventuró a abandonar el refugio que le proporcionaba el escritorio en busca de un mejor ángulo para encajar un disparo, pero eso le costó la vida.

Otro cabrón menos.

Uno de sus mercenarios apareció por el pasillo con un escudo blindado en una mano y eso fue justo lo que necesitaron para irrumpir en el despacho en el que se atrincheraban los traidores más cobardes de la manada.

Joko empuñó el escudo y Aleksei abrió fuego desde un lateral, apoyado por el tipo que acababa de llegar, que portaba un MAC-10 que arrasó con todo lo que había en la habitación. Terminó muy rápido con la vida de los cuatro hombres que estaban a la vista. Pero todavía quedaba uno escondido detrás del escritorio. Este levantó la mano en señal de rendición, lo cual resultaba inútil, pues eso no le salvaría la vida. Un gesto de Aleksei fue suficiente para que los dos hombres que estaban bajo su mando cesasen el fuego y allí, en medio de la penumbra y atosigados por el olor a pólvora, su mirada se cruzó con la de Dominik, quien emergió de su escondrijo con las manos en alto. En sus ojos, la rabia se mezclaba con la conmoción. Le contemplaba como si tuviese delante un fantasma.

Para él, lo era.

—Cuánto tiempo, Dominik —pronunció Aleksei, con voz fría.

Le llevó unos segundos atar cabos.

—¿Entonces todo fue una mentira? —dijo, con esa cadencia al pronunciar las erres que tanto le caracterizaba—. Quién es el traidor aquí, ¿eh?

Rio sin ganas, como si le hubiesen gastado la peor broma de su vida.

—Yo sólo desaparecí —se justificó Aleksei, sin necesidad—. Pero tú has atacado a mi familia y ahora tendrás que rendir cuentas por ello.

Dominik sonrió en un arrebato de valentía que llegaba muy tarde.

—Pues hazlo, maldito cabrón.

Aleksei le devolvió la sonrisa, sereno.

—No, Dominik, no lo haré yo. Lo hará mi hermana.

El rostro de Dominik palideció y la valentía que había mostrado un segundo atrás desapareció de

golpe. Quiso hablar, pero sólo consiguió emitir un titubeo.
Nadie que hubiese presenciado una sesión de tortura de Tatiana querría caer en sus manos. Por eso, a Aleksei no le pasó desapercibido el vistazo rápido que Dominik lanzó a la ventana del despacho. Esa era una vía muy rápida para un traidor como él, así que antes de que pudiese materializar lo que tenía en mente, le asaltó y le dio captura.
Su miedo le regaló una información muy valiosa, como que Tatiana continuaba con vida y que no estaba bajo su poder. De estarlo, la cara de Dominik no se habría desfigurado de semejante forma al hacer mención de que sería con ella con quien tendría que ajustar cuentas.
Pero antes de marcharse y de dejar atrás ese campo de cadáveres y casquillos, Aleksei se tomó la licencia de desquitarse con él. Cargaba con mucha rabia acumulada desde que Gia llegó a Bali con las noticias de Moscú y necesitaba sacarla por algún sitio. Le reventó la cara a Dominik a puñetazos y no paró hasta que le dejó semiinconsciente, cosa que se sintió muy bien. Casi tan bien como beber un vodka frío después de años de sequía, como caer en un sueño dulce y profundo tras semanas de insomnio. La violencia caldeó la sangre en sus venas y Aleksei lo odió y amó a partes iguales.
Luego, arrastró a Dominik escaleras abajo y le lanzó al maletero del Hyundai con el que había venido desde el aeropuerto.
El trayecto hasta su casa se hizo largo y pesado. Tuvieron que esquivar algunas zonas de la ciudad en las que les constaba que había francotiradores y también varias calles en las que patrullaban algunos policías que no estaban comprados. Cuando por fin detuvo su coche frente a la puerta de su casa, sintió un alivio difícil de explicar.
Subió la escalinata y le dio indicaciones a Joko para que llevase a Dominik a la sala de interrogatorios. Luego, atravesó las puertas de entrada, que estaban abiertas de par en par, y entonces sus ojos volaron en busca de Katia. Poco le importó la mirada acusadora de su tío Maxim o la expresión de perplejidad de los que todavía no habían sido informados de que él estaba de vuelta, de que había escapado del inframundo.
La encontró al lado de su amiga Gia, en un lateral, junto a una de las columnas previas a la escalera central. Katia le estaba esperando.
Aleksei se dirigió hacia ella con decisión y luego la tomó de la mano y la llevó arriba, sin dar explicaciones a nadie, sin cruzar palabras innecesarias que en ese momento no tenían ningún valor. No necesitaba justificarse ya que, aunque acabase de matar a un buen puñado de traidores, él ya estaba fuera de toda esa mierda.
No se detuvo hasta que llegó a la puerta de su habitación. Introdujo el código con su mano libre y luego tiró de Katia hacia el interior. Se lanzó a sus labios y comenzó a besarla como si hiciese eones que no se veían. Pero, para su sorpresa, Katia le apartó.
Lo que encontró en su mirada le hizo fruncir el ceño. Katia estaba asustada. Le tenía, ¿miedo?
—¿Estás bien? —preguntó, un tanto confuso.
—¿Lo estás tú? —Había nerviosismo en su semblante.
Pero ese nerviosismo estaba mezclado con algo más.
—Sí, estoy bien. —Aleksei acarició su cuello suave, afectado por su reacción. Habló muy cerca de Katia, casi en un susurro, como si eso suavizase lo que estaba por decir—. El plan era ejecutar un ataque sorpresa nada más aterrizar, antes de que descubriesen que yo había regresado con compañía, así que hemos ido directos a Zamoskvoréchie. Viktor me avisó de que uno de los grupos se había atrincherado en unas galerías comerciales del distrito, y no he podido dejar pasar la oportunidad. No me he puesto en riesgo, si es lo que te preocupa.
Había sido demasiada información, pero fue consciente de ello demasiado tarde. A Katia le llevó

unos instantes articular palabra.
—Estás lleno de sangre —logró pronunciar, agobiada.
La obviedad le hizo cerrar los ojos con disgusto. Ni siquiera se había parado a pensar en su aspecto después de la carnicería de la que había formado parte. La mayoría de la sangre que llevaba en la cara y en la ropa era de Dominik, pero también había salpicaduras de esos capullos a los que se había cargado a bocajarro cuando entraron en la galería.
—Lo siento, Katia —respondió. Una respuesta un tanto impersonal en la que sólo ella sería capaz de entrever un arrepentimiento real.
Aleksei se quitó la camiseta que en un principio fue blanca y la lanzó a un lado. También había restos de sangre sobre su piel, esos que habían calado a través de la tela.
—Ya sabes lo que soy —espetó, mientras su mano volaba a la barbilla de ella y la sostenía—. Hay un salvajismo en mí que nunca desaparecerá.
Katia no dijo nada. Estaba conmocionada de alguna manera.
—Y nunca voy a hacerte daño —añadió, en una confesión cruda y sincera, por si quedaba alguna duda.
—Ya lo sé —susurró.
Aunque ahora no sonase todo lo convencida que él esperaba.
—Ven conmigo a la ducha.
Katia se mostró reacia y eso dolió en una zona profunda de su ser. A esas alturas de su vida, estaba preparado para todo, menos para el rechazo de Katia. Eso era algo que jamás podría procesar, y pobres de los que quedasen a su lado si eso ocurría, pues toda la oscuridad que ella lograba mantener a raya regresaría con toda su fuerza.
—Mejor te espero aquí —ella negó con la cabeza de forma vaga—, tengo ganas de fumar un cigarrillo.
Katia estaba confusa, y también aturdida, y no sólo era por la sangre que había en su ropa y en su cara. Era por el agujero de mierda en el que se había metido.
La ducha podría esperar.
—¿Todo va bien por aquí? ¿Te tratan bien?
Su mirada se desvió hacia otra parte.
—Habla, Katia. —No quiso sonar duro, pero fue inevitable.
—No va ni bien ni mal —pronunció, al fin—. Nadie me presta demasiada atención, a excepción de Gia y de tu hermano.
Katia había regresado a Moscú con su amiga Gia una semana atrás. Volver con él no era una opción, pues ya contaba con realizar un ataque sorpresa antes de que nadie descubriese su presencia en la ciudad. Y, durante toda esa semana, no había podido hablar con ella ni una sola vez.
—Entonces, ¿qué está mal? —presionó.
Katia contuvo un gesto de disgusto.
—Todo está mal, Aleksei. Todo.
El silencio se instaló entre ambos.
—Te dije que te quedaras —susurró, con los ojos entrecerrados—. Debías haber ignorado a la estúpida de tu amiga.
La cara de Katia fue un poema y por un instante temió que ella le propinase una bofetada. Estuvo a punto de hablar, pero Aleksei no se lo permitió. La acalló con un beso profundo y duro que anuló cualquier intención de rebatir sus palabras.
—Ya basta —susurró en tono contenido, casi pegado a sus labios—. Olvídate de todos, ¿quieres?

Ahora estoy aquí. Ahora estás conmigo.
Aleksei la besó de nuevo mientras sus manos agarraban con fuerza su cintura, sus costillas pequeñas, su espalda tensa. La alzó en sus brazos y la condujo hasta la puerta del baño, la que empujó con una mano, sin dejar de besarla. Sí, tomaría esa ducha y se quitaría toda esa sangre, pero lo haría con ella a su lado porque, aunque la situación la sobrepasase por momentos, aunque Katia estuviese traumatizada, ellos estaban juntos en esto. De no ser así, ella nunca habría decidido acompañarle hasta allí y él nunca lo habría permitido. Estaban juntos en todo, y no había mejor forma de recordárselo que con una buena sesión de sexo, de esa que los desdibujaba hasta el punto de sentirse un mismo ser.
Aunque amaba a su hermana y estaba dispuesto a llegar muy lejos para encontrarla, aunque pensaba poner en su lugar a cada uno de los hombres que le habían dado la espalda, existía una máxima que tenía muy clara: Katia lo era todo, lo significaba todo, y justo era lo que iba a recordarle dentro de esa ducha.

Capítulo 16

«Un solo ser nos falta y todo está despoblado».

Alphonse de Lamartine

Tatiana abrió los ojos de pronto, como si hubiese pasado por alto poner el despertador para una cita importante, pero la realidad era muy distinta. Estaba en la habitación de Yun y ya se había hecho de día. Ladeó la cabeza y él no estaba allí. Ni siquiera le había escuchado marcharse y se sintió una estúpida por haber tenido la guardia tan baja durante horas. Hacía mucho tiempo que no descansaba en un buen colchón y su cuerpo se había tomado la licencia de sumergirse en un sueño profundo muy reparador, aunque el precio a pagar fuese quedar expuesta al peligro.

Apartó la ropa de cama de un golpe y se puso de pie. Lo primero que hizo fue caminar hasta el balcón para averiguar dónde estaba. Se paró frente a los cristales y observó el bosque frondoso que se abría al otro lado, iluminado por los rayos del sol de primera hora de la mañana. Un pino de gran tamaño ocupaba casi todo el espacio y apenas dejaba ver nada tras los recovecos entre sus ramas, más allá de las hojas de otros pinos y abedules. Era imposible adivinar si detrás de esa arboleda había alguna ciudad o pueblo, algún lugar al que escapar. En definitiva, era una vista preciosa, pero que no arrojaba ninguna pista útil.

No se sintió decepcionada del todo con el descubrimiento, pues en el fondo daba por hecho que Yun no la recluiría en ningún sitio que le diese más información de la que él deseaba.

Revisó el tirador y comprobó que no estaba bloqueado. Nada la impedía abrir el balcón y lanzarse al vacío, pero no era tonta. Sus probabilidades de aterrizar con éxito eran muy escasas, pues la habitación se encontraba a la altura de un segundo piso, tenía la mano rota y era evidente que estaba dentro de un perímetro controlado. No llegaría muy lejos de intentar escapar de esa forma, así que tendría que encontrar otra manera.

Tatiana exhaló y se dirigió al baño. Lo máximo a lo que había tenido acceso durante las semanas que había pasado en la habitación del hotel era a un lavabo viejo en el que se aseaba como podía bajo la mirada del vigilante de turno. Su melena rubia y cuidada no tardó mucho en convertirse en una masa sucia, apagada y sin forma que trató de peinar cada día con los dedos, en un intento de no dejar que se convirtiese en una maraña imposible de deshacer. Su piel siempre estaba sucia por culpa de la porquería que la rodeaba y su olor corporal le recordaba al de otra persona, como al de ese veterano de la primera guerra de Chechenia que pedía limosna en las inmediaciones del parque Gorki cuando ella era una niña, vestido con su antiguo uniforme militar, el cual no debía haber lavado desde que el conflicto llegó a su fin.

Esas semanas sumida en la inmundicia le habían dejado huella y ahora que disponía de un baño decente pensaba aprovecharlo. Además, había sudado mucho durante la noche, puede que por los resquicios del narcótico que Yun había usado para drogarla, o tal vez por su cercanía en la cama. Su compañía le había resultado extraña, no sólo por ser su secuestrador, sino porque ella no estaba acostumbrada a dormir con nadie. Ahora necesitaba una ducha larga, por higiene y para relajarse. Todavía le dolían las cervicales y tenía la mandíbula destrozada por culpa de apretar los dientes de forma inconsciente.

Ignoró su imagen en el espejo al pasar por su lado, pues ya había tenido suficiente con el examen

de la noche anterior, y fue directa al inodoro. Pero cuando estaba a punto de usarlo, se percató de la cámara de vigilancia que captaba todos sus movimientos desde la esquina del techo y eso la hizo fruncir el ceño. La pasada noche había estado demasiado obnubilada con el descubrimiento de su aspecto como para reparar en su presencia, pero esa mañana, no. Contempló el aparato con desgana y después se dijo que no le apetecía que un chino la viese hacer sus necesidades. Por eso, cogió la toalla de mano y se preparó para lanzarla. Tuvo suerte y sólo hicieron falta dos intentos para inhabilitar la cámara.

El esfuerzo fue en vano, pues unos segundos más tarde una china con cara de zorra irrumpió en el baño, lista para estropearle su rato de tranquilidad.

Era de mediana altura y tendría unos cuarenta años. Se había colocado en posición de ataque bajo el umbral de la puerta, preparada para iniciar una pelea de considerarlo necesario. Tatiana la estudió y no tardó mucho en darse cuenta de que no era una luchadora experta. Su forma física era baja y se preguntó si ponían a los peores vigilantes en el turno de mañana, como si ella sólo fuese a intentar escapar en medio de la noche. Tatiana no pensaba pelear, así que se cruzó de brazos y la miró con indiferencia mientras asumía que tendría que usar el baño en compañía.

—Me alegro de que Yun haya puesto a una mujer a vigilarme. —Comenzó a desvestirse bajo la mirada hostil de la mujer—. No podría soportar los ojos de tu amigo Yibo encima de mí cuando me meta en la ducha —el desagrado caló su voz.

Tatiana usó el baño y luego no tuvo reparos en terminar de desnudarse delante de ella. No le dio la impresión de que le prestase demasiada atención a su cuerpo, pero sí que seguía todos sus movimientos.

Entró en la cabina, cuyas mamparas eran transparentes, y abrió el grifo. Cuando el agua estuvo a la temperatura que le gustaba, se lavó el pelo a fondo, cosa que le llevó su tiempo, ya que sólo disponía de una mano para hacerlo. La otra la apartaba del agua en la medida de lo posible para no mojar el yeso. Aplicó mascarilla a lo largo de su melena y la dejó actuar mientras se enjabonaba el cuerpo. Luego, buscó el peine para quitarse los pocos enredos que le quedaban, pero no lo encontró. El peine se había quedado fuera.

—Disculpa —le dijo a la mujer, con la puerta de la mampara entreabierta—. ¿Te importaría acercarme ese peine de ahí?

Un peine de púas descansaba sobre el mármol del lavabo. La mujer se quedó justo donde estaba, con los brazos cruzados y una expresión de mal humor en la cara, como si no le pagasen ni un centavo por trabajar allí.

—El peine, por favor —insistió.

No hubo reacción.

—¿Entiendes algo de lo que te digo? —entrecerró los ojos mientras le señalaba el peine, pero ella tampoco se movió. No era una cuestión de diferencia de idiomas. Esa china no se consideraba su sirvienta y lo dejó claro con su inacción.

Tatiana no tuvo reparos en salir empapada e ir hasta el lavabo para coger el peine. Como ya le había dicho Yun, era rica desde mucho antes de nacer, y lo había sido más después, gracias a su trabajo. Pero nunca había dado faena de más a las personas que se encargaban de la limpieza de su casa. El charco que ahora inundaba el suelo era un recordatorio de que allí no le debía nada a nadie ni tenía que preocuparse por ese tipo de aspectos. Ella era una rehén, así que, que le diesen por el culo al que tuviese que limpiar el desastre.

Se peinó sin prisa y no se detuvo hasta que no quedó ni un solo nudo en el pelo. Se lo aclaró con agua templada y luego cerró el grifo. Las toallas estaban al lado de la ducha, así que cogió una, se envolvió en ella y fue hacia el espejo, mientras rodeaba el charco que ocupaba casi todo el

espacio.
No había cremas hidratantes para la cara, ni tónicos, ni sérums, ni ningún tipo de producto de los que acostumbraba a usar. Tampoco nada para el pelo, así que se limitó a secárselo. Luego fue hacia la salida del baño, se detuvo delante de la mujer china y dejó caer la toalla justo delante de sus pies. Que la recogiese ella si lo consideraba oportuno.
Se paseó desnuda por la habitación hasta que llegó al armario de Yun. No tenía ropa y no pensaba pasarse el día en pijama, así que cogería la suya. Eligió unos bóxer de color gris que hacían las veces de pantalón corto junto con una camiseta negra. La gama de colores de ropa de ese hombre era muy limitada y todas las prendas eran de tonos oscuros, así que fue fácil decidir.
—¿Me vas a traer algo de desayunar? —sonó arrogante adrede, solo por joder a la mujer, a la que escuchó caminar a su espalda—. No tengo ningún problema en salir yo a por ello, si te da la misma pereza que alcanzarme el peine.
Y así podría echar un vistazo del exterior.
En lugar de responder, la china lanzó la toalla mojada contra la espalda de Tatiana, con fuerza, con intención de hacer daño. La humedad caló en la camiseta negra que se acababa de poner.
Tatiana se quedó quieta unos instantes, con los bóxer a mitad de los muslos, a medio camino de su destino. Luego, se preguntó cómo debía responder a tal provocación y supo que, dadas sus circunstancias, sólo había una manera.
La última vez que había pisado el gimnasio fue una semana antes de que la secuestrasen, mucho antes de esa huelga de hambre que le había robado varios kilos de peso y parte de su tono muscular. Pero estaba bien entrenada y esa noche había dormido muy bien, así que terminó de ponerse los bóxer, cerró el armario y, cuando se dio la vuelta, le encajó un puñetazo a la china directo en toda la nariz. No lo vio venir. Nunca lo veían venir. Tal vez por su aspecto frágil, o quizás por el halo de niña rica que le rodeaba.
La mujer dio un grito y se llevó las manos a la cara, a la vez que daba unos pasos hacia atrás para tratar de no perder el equilibrio. Por desgracia, se recompuso con mucha rapidez. Pero para cuando quiso contraatacar, Tatiana ya estaba más que preparada.
—Este lenguaje sí que lo entiendes, ¿eh, zorra?
La mujer le lanzó una patada que fue fácil de esquivar y que confirmó que no estaba muy versada en ningún arte marcial. Lo siguiente fue un puñetazo que impactó de lleno en su brazo izquierdo, sobre el yeso que ella misma había usado para cubrirse la cara, lo cual fue un tremendo error. Apretó la mandíbula a causa del dolor, pero continuó esquivando golpes, lista para encontrar el momento perfecto en el que atacar. El hueso roto le palpitaba con fuerza, pero Tatiana sabía que el dolor era parte del juego.
Se había entrenado durante muchos años en defensa personal, y aunque en los últimos tiempos lo practicase menos de una vez por semana, sus bases eran sólidas. Por eso, mientras esa china se empeñaba en encajarle un puñetazo en la cara como venganza, Tatiana se concentró en esquivar los ataques, tomó un rol defensivo y se preparó para dar un golpe de gracia. Danzaron por la habitación en un tira y afloja hasta que el puño de esa maldita china le impactó de refilón en la oreja, y entonces supo que ya no debía dejarle más margen de maniobra. Ese era el momento de actuar. Antes de que el brazo de la mujer terminase el recorrido, Tatiana le propinó un rodillazo en el pecho que no pudo eludir. Y a continuación del rodillazo, una patada en la tripa, antes de que tuviese tiempo de rehacerse. La patada la mandó lejos y la tiró al suelo.
La mujer emitió un quejido y luego se levantó de nuevo, muy cabreada esta vez. Ya no volvería a pillarla por sorpresa, por eso Tatiana se abalanzó contra ella en cuanto se puso en pie y le pasó el brazo por el cuello para hacerle una llave sencilla, pero eficaz. Se colocó a su espalda y comenzó

a apretar con todas sus fuerzas. La muy desgraciada le propinó varios puñetazos en los brazos, uno al lado de la boca que le partió el labio y otro en la cabeza, todo en su intento de liberarse. Pero Tatiana resistió. Si lo hacía bien, no tardaría en perder el conocimiento.
—Comes demasiado arroz —le susurró, con la voz atascada por el esfuerzo, sólo por provocarla.
La mujer se revolvió con más ahínco, pero Tatiana la tenía bien sujeta y sabía que pronto se desvanecería por la falta de oxígeno. Sí, esa china estaba en baja forma, pero era gruesa y fuerte y el puñetazo que le había dado en el brazo todavía latía por el dolor.
Un gemido ahogado escapó de su garganta y Tatiana apretó más fuerte. Ya faltaba poco.
Y entonces entró Yun.
Llevaba una bandeja de desayuno en la mano y, por primera vez en mucho tiempo, se adivinó en su cara una emoción muy clara. Perplejidad.
Dejó la bandeja en el suelo y fue directo hacia Tatiana. La obligó a soltar a la mujer, y a ella no le quedó más remedio que hacerlo. No iba a pelear contra Yun. Que hubiese podido poner contra las cuerdas a esa china cabreada y salir, de alguna manera, victoriosa, era una suerte. Pero contra dos no tendría nada que hacer, salvo que ocurriese algún tipo de milagro.
—Ya basta. —Yun la cogió del brazo y la echó fuera de la escena.
Las dos respiraban un tanto agitadas, casi al unísono. Yun le dijo algo en su idioma a la mujer y esta desapareció de allí con rapidez. Luego, se dio la vuelta y encaró a Tatiana. Dio unos pasos más hasta que quedaron cerca.
—¿Te gusta dar problemas? —su pregunta seria sonó suave, como quien da un toque de atención a un niño demasiado pequeño.
—Mucho —reconoció, mientras se limpiaba con los dedos la sangre que brotaba de su labio.
—Con el próximo que vendrá a vigilarte, te recomiendo que ni lo intentes.
Como imaginaba, el premio que se llevaba por pelearse con esa condenada china era que ahora la vigilase alguien de más nivel, más peligroso. Alguien como Yibo, tal vez. Tatiana se encogió de hombros. Quizás su nuevo guardián estuviese más dispuesto a alcanzarle el peine cuando ella lo olvidaba fuera de la ducha.
Sin previo aviso, Yun alargó la mano y terminó de limpiar la sangre del labio de Tatiana con una caricia de su dedo pulgar. El gesto la tomó por sorpresa, pero no se resistió.
Yun estaba disgustado.
—Si quieres pelear, puedes pelear conmigo.
Tatiana se preguntó cómo sería luchar con él y no le costó mucho trabajo visualizar el desarrollo de los acontecimientos. No tenía ninguna oportunidad contra un hombre como Yun, pero se había levantado con ganas de batallar y por eso le dio un pequeño empujón en el pecho. Para enfadarle, para provocar una situación incómoda.
Yun fue muy veloz. La dio la vuelta y la atrapó entre sus brazos en lo que duró un pestañeo. Tatiana contuvo el aliento por la impresión. Él la inmovilizó de espaldas, contra su pecho, y le sujetó los brazos junto al cuerpo con un abrazo del que era imposible escapar. Una postura que la hizo sentir asquerosamente sometida, pero que se había buscado ella solita.
—No me provoques más —un susurro en su oído que la estremeció, y no precisamente porque le suscitase ningún miedo.
—¿O qué? —Tanteó los límites de Yun.
—O te ataré a la pata de la cama para que no molestes más a mis hombres.
Tatiana resopló con burla.
El abrazo de Yun era agradable, para su disgusto.
—Sigue siendo mejor plan que estar en el antro en el que me tenías encerrada.

—¿Es que quieres volver allí? —A tan corta distancia, su aliento le acarició la piel.
—Sólo si también duermes conmigo en el colchón.
Tatiana ladeó la cabeza para mirarle con desdén y sus rostros quedaron muy cerca. Una cercanía muy íntima teniendo en cuenta que no eran más que una rehén y su secuestrador.
Yun la soltó. Puede que porque también fuese consciente de lo inapropiado de la situación.
Regresó a la entrada y cerró la puerta, que había quedado entreabierta después de la salida precipitada de esa mujer. Cogió la bandeja de comida olvidada. Allí no había una mesa en la que desayunar, así que a Tatiana no le sorprendió ver cómo él la colocaba sobre el suelo, frente al balcón.
—No quiero más problemas, ¿de acuerdo?
Tatiana no respondió y, al parecer, él tampoco esperaba una respuesta. Sus palabras habían sido, más bien, una orden.
Yun se acomodó al lado de la comida y le hizo un gesto con la cabeza para que hiciese lo mismo, y ella aceptó la invitación, pero sólo porque tenía tanta hambre como para comerse un caballo.
—Mi ropa te sienta bien —apreció, tras darle un vistazo.
Tatiana tomó asiento al otro lado de la bandeja mientras analizaba qué había de comer. Todavía estaba algo alterada por el encontronazo y le llevó unos instantes bajar revoluciones.
—Si me trajeses mi propia ropa, no tendría que coger la tuya.
Frente a ella había una caja bento que contenía una especie de *gyozas*. También dos boles con una sopa que olía muy bien y un poco de fruta. En otro plato, huevos revueltos y unas tostadas. Dos cafés con leche, una jarra con lo que parecía leche de soja y también zumo de naranja.
Descubrió una botella pequeña de vodka al lado de su zumo y eso la hizo exhalar con desagrado. Recordó la conversación que habían tenido la noche anterior. Sí, añadía vodka al zumo, pero no estaba cómoda con que él lo supiese. No estaba cómoda con ninguno de todos esos datos que él había averiguado sobre ella, aunque la mitad fuesen falsos.
—¿No tienes hambre? —pronunció él, con desinterés.
—Sí, tengo hambre. —Tatiana cogió la botella y la abrió con un movimiento brusco.
Añadió todo el contenido de vodka al zumo, a pesar de que era mucha más cantidad de la necesaria para darle el pequeño toque que tanto le gustaba. Pero le había empeorado el humor y si no podía rebajarlo descargándose con una china que peleaba mal, tendría que hacerlo alcoholizándose.
Le dio un trago que le sentó bien y luego abrió un paquete de mantequilla para untarla en la tostada.
Yun no le quitaba los ojos de encima.
—¿Quieres que te traiga música? ¿Una televisión? ¿Algo con lo que distraerte? —cogió una empanadilla con unos palillos y le dio un bocado. Siempre le sorprendía la destreza que tenían los asiáticos a la hora de usar dos palos como cubiertos.
—Una mesa estaría bien —respondió, sarcástica.
Yun terminó la empanadilla y se sirvió leche de soja.
—¿Qué va a ser, entonces?
Tatiana dejó de untar mantequilla y le miró directamente a los ojos.
—¿Quieres tenerme entretenida, Yun? Pues tráeme libros interesantes y también a alguna de tus chicas para que me arregle el maldito desastre que tengo en las uñas. —Le mostró sus uñas deterioradas en las que se adivinaban restos del antiguo esmalte—. A tus mujeres no se les da muy bien luchar, pero seguro que hacer la manicura, sí.
Yun levantó la comisura de sus labios mientras dejaba el vaso de leche de soja en su lugar.

—Podría traerte a una que te mataría antes de que ni siquiera pudieses verle la cara.
Tatiana levantó las cejas con dramatismo y luego se quedó inmóvil. El recuerdo que acababa de asaltarla le hizo bajar la mirada. Llegó como una oleada de tristeza que la inundó y que no le permitió continuar con la conversación. Odiaba esos momentos en los que la realidad regresaba como un puñetazo en el pecho y le partía el alma. Y se quedaba un tiempo sangrando, a diferencia de su labio partido, que ya había empezado la ardua tarea de cicatrizar. Alcanzó a hablar por pura voluntad.
—Y yo podría traerte a uno que te mataría antes de que ni siquiera le escuchases llegar.
Tatiana dejó la tostada y cogió la taza de café, pero no le dio ningún trago. Se le había quitado el hambre. Siempre le ocurría lo mismo. Cuando lograba no pensar en Bogdam durante un periodo de tiempo, luego su recuerdo llegaba con mucha más fuerza que antes, mucho más crudo. Y eso dolía a rabiar. Cada vez le costaba más esfuerzo bloquear la tristeza que sentía al pensar en él, en todo lo que había vivido a su lado y en lo mucho que habría podido vivir de no haber ocurrido ese lamentable acontecimiento. Con las dudas sobre si estaba vivo o muerto, ya se cansaba de luchar. Hasta que no saliese de allí, no sabría qué desenlace había tenido el accidente para él. Cada vez era menos optimista, aunque le doliese reconocerlo. De haber sobrevivido, Bogdam ya habría dado con ella, pues era implacable cuando se proponía algo.
Sin embargo, allí seguía, secuestrada otro día más.
—¿Quién es él?
La pregunta de Yun la sacó de sus pensamientos y Tatiana se lamentó por haber sido tan transparente.
—Nadie que te importe. —Finalmente le dio el trago al café, sólo por aflojar la presión que sentía en la tráquea por culpa de esos malditos sentimientos.
—¿Le echas de menos?
—Está muerto —cerró el tema. Lo último de lo que estaba dispuesta a hablar con Yun era sobre Bogdam. Era peligroso hacerlo.
Eso, y que lo más probable era que de verdad estuviese muerto.
Yun no preguntó nada más y el resto del desayuno transcurrió en silencio. Tatiana apenas pudo darle unos pocos bocados a la tostada, porque el apetito que se había esfumado al recordar a Bogdam no regresó. Sí que agradeció el café caliente, y también el vodka del zumo de naranja, que ayudó a rebajar su mal humor.
Ninguno de los dos habló hasta mucho después. Se quedaron allí, en la alfombra, y dejaron que el tiempo corriese. Yun se encendió un cigarrillo y guardó el paquete en el bolsillo de sus pantalones negros. Se lo fumó de forma pausada, mientras que con la otra mano daba vueltas al anillo plateado de su dedo. Una manía a la que Tatiana ya apenas prestaba atención.
—Como comprenderás, no quiero tenerte encerrada aquí para siempre —habló al fin, en su habitual tono suave—, pero necesito confiar en ti para tomar una decisión sobre esto, Tatiana. Así que trata de no meterte en problemas con mis hombres y todo será más rápido.
Tatiana escuchó con cuidado cada una de las palabras que Yun acababa de pronunciar. No quería esperanzas falsas, pero él sonaba sincero.
—Nunca podremos confiar el uno en el otro, Yun —señaló. Nadie sería tan tonto como para creer lo contrario.
—Yo te demostraré que sí.
Tatiana esbozó un gesto de incredulidad. Yun estaba muy convencido y quizás eso era algo con lo que podía jugar a su favor. Ella no era alguien fácil de manipular. Además, necesitaba rebelarse de cuando en cuando para experimentar esa autodeterminación que la ayudaba a no

perder la cabeza. Pero de ahora en adelante sería más cauta. Que Yun hubiese mencionado la posibilidad de que la confianza fuese el camino para salir de esa habitación abría horizontes muy interesantes frente a ella. En realidad, lo cambiaba todo.

¿Eso necesitaba él, confianza? Bien. Tatiana sería el ser más confiable del mundo si con eso tenía alguna posibilidad de escapar de allí. No se engañaba, pues sabía que no estaba hecha de esa pasta, y Yun también lo sabía. Pero haría todo lo posible por intentarlo.

Tras terminarse el cigarrillo, él lo apagó en el poso de la taza de café y se puso en pie para marcharse. Cogió la bandeja y desapareció por la puerta tras pronunciar un adiós por el que no obtuvo respuesta.

Sí, Yun podría confiar en ella. Y entonces, ella encontraría la manera de escapar.

«Adiós, Yun», dijo Tatiana, para sus adentros.

Un adiós que, si jugaba bien sus cartas, lograría que fuese definitivo.

Capítulo 17

«Todo puede cambiar en cualquier momento, de repente y para siempre».

Paul Auster

Katia se encendió un cigarrillo con dedos nerviosos mientras su atención se posaba en el paisaje que se extendía tras el ventanal de la habitación de Aleksei. El jardín estaba concurrido a esas horas de la mañana, y es que a esos guardias les gustaba más frecuentar la zona que a los del turno de tarde. Lo sabía porque había pasado casi todo el tiempo que llevaba en Moscú encerrada allí, sentada delante de esa ventana.

Como en los viejos tiempos.

Gia la obligaba a salir de vez en cuando para tomar el aire y para comer o cenar en una mesa decente, y a ella le costaba un esfuerzo sobrehumano hacerlo. Todo era mucho peor de lo que había imaginado antes de llegar allí. Lo que veía en cada esquina, lo que encontraba en cada mirada con la que se cruzaba, le resultaba profundamente perturbador. Las historias que contaban los que llegaban de fuera sonaban a historias de terror, unas historias que no quería escuchar. Por eso, prefería aislarse entre las cuatro paredes de la habitación de Aleksei.

Él no podía prestarle toda la atención que quería y, en consecuencia, encontraba culpabilidad en su mirada cuando regresaba, casi siempre al caer la noche. Algunas veces ni siquiera dormía con ella. Patrullaba la ciudad sin descanso en busca de algún escondite en el que pudiesen retener a su hermana, a sabiendas de que Viktor le había advertido de que Tatiana ya debía estar muy lejos de allí. No se conformaba con eso, y por culpa de su obcecación ella vivía con el corazón en un puño y con una ansiedad y una angustia perpetuas.

Y ahora, todo se complicaba un poco más.

Katia dio una calada mientras contemplaba el pequeño pedazo de plástico que había colocado sobre el alféizar de la ventana, junto al cenicero. Dos rayas lucían marcadas bajo la luz del sol de la mañana y todavía era incapaz de asimilarlo. Clavó los ojos en ellas, como si así todo fuese a encajar de alguna forma. Estaba embarazada. No había otra interpretación para el resultado que arrojaba ese test.

Se pasó la mano por la mejilla y luego devolvió su atención a los hombres que hacían guardia en el patio. Dado su estado, no debería fumar, pero estaba demasiado nerviosa como para apagar el cigarrillo que sostenía entre los dedos. Ya tendría tiempo de aceptar la realidad y entonces lanzaría el paquete de tabaco por la ventana. Ahora, lo necesitaba cerca.

Unos toques en la puerta interrumpieron su tormento.

—Adelante —pronunció, mientras se guardaba el test de embarazo en el bolsillo de los vaqueros.

La puerta se abrió para cerrarse con suavidad un instante después.

—Hola, Katia. —Gia dio unos pasos y se detuvo en medio de la habitación—. ¿Ya está?

Cuando Katia se giró para recibirla, Gia obtuvo la respuesta que buscaba con una sola mirada. No necesitaba palabras para saber que ese test que le había traído una hora antes era positivo.

—Madre mía —dijo, mientras caminaba hacia ella para abrazarla. La acogió entre sus brazos y Katia se dejó hacer—. ¿Cómo te sientes?

Luego, Gia la soltó para mirarla a la cara.

—No lo sé. —Katia dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero que había sobre el alféizar—. No parece real.
Luego, sacó el test del bolsillo y se lo tendió. Gia levantó las cejas mientras lo tomaba entre las manos.
—Está muy claro —confirmó. No sabía qué decir, pero Katia no la culpaba.
—Sí.
Katia suspiró. Fue hasta la cama y tomó asiento sobre las sábanas negras. Gia hizo lo mismo, a su lado. Permanecieron en silencio durante un rato en el que ambas trataron de asimilar el giro de los acontecimientos. Para ella, no era nada fácil asumir que una nueva y pequeña vida crecía en su interior.
—No se lo puedo decir ahora —Katia rompió el silencio—. No quiero discutir con él porque quiera mandarme de vuelta a Indonesia, y es lo que hará.
—Lo sé —Gia torció el gesto—. Pero este no es el mejor sitio para una mujer embarazada —pronunció, suave.
—¿Tú también quieres que me vaya? —dijo, con cierto aire acusador.
—No lo sé, Katia. Sólo sé que salir ahí fuera es peligroso, y que tú tendrás que hacerlo. Un embarazo conlleva pruebas y revisiones médicas, citas en el hospital que no podrás eludir. Ya saben que Aleksei está vivo, y que está aquí, y es cuestión de tiempo que descubran quién eres y por qué estás aquí también. —Gia suspiró—. Este no va a ser el mejor sitio para ti durante los próximos meses.
Katia esbozó una mueca de fastidio. Sí, tenía que ir al médico. Y sí, ese no era el mejor sitio para una embarazada.
Las dos volvieron a sumirse en el silencio. Era una situación demasiado complicada como para encauzarla con unos pocos minutos de charla.
—No se lo voy a decir todavía —repitió Katia, más para sí misma que otra cosa.
—Podrás aguantar unas semanas, pero luego se acabará dando cuenta. El cuerpo de la mujer sufre cambios durante el embarazo, y él te conoce bien. —Gia tenía toda la razón—. Eso, suponiendo que evolucione como debe, que lo mismo estamos poniendo la tirita antes que la herida.
Katia la contempló con dramatismo. Ni siquiera había considerado esa posibilidad, pero era muy real. No todos los embarazos terminaban con un bebé en brazos.
Gia supo que había hablado más de la cuenta.
—No debería haber dicho eso. Perdona, Katia, sólo quería sopesar todos los escenarios. No tiene por qué pasar nada malo, la estadística…
—No, tienes razón —respondió, entera, a pesar de que acababa de añadir una nueva preocupación.
Gia trató de apaciguarla.
—Está bien que tengas un plan, Katia. Lo más probable es que el embarazo evolucione bien.
Katia asintió, poco convencida.
—¿Cuántos días de retraso tienes? —preguntó.
No necesitó hacer memoria, pues lo tenía muy claro.
—Dos semanas.
Llevaba diez días en Moscú, y antes de eso, ya tenía varios días de retraso. No era raro que sus ciclos se desajustasen de vez en cuando, pero si le había pedido a Gia que comprase ese test era porque no podía explicar la sensación desagradable que tenía en el estómago, ni la presión que ahora le ejercía el sujetador, ni el sueño que arrastraba desde que se levantaba de la cama hasta

que volvía a meterse entre las sábanas.
Gia la observó, pensativa.
—Tengo que comprobar algo que quizás… —mencionó, con los ojos entrecerrados.
Katia esperó a que terminase la frase, pero Gia no lo hizo. Desapareció por la puerta de la habitación como alma que lleva el diablo y la dejó allí, sola, con el test de embarazo sobre la cama y una sensación devastadora en su interior.
Por supuesto que quería que naciese ese bebé, pero le angustiaba la idea de que lo hiciese en un mundo tan caótico y violento como ese. La mansión era preciosa, estaba repleta de lujos y de comodidades, pero no dejaba de ser un lugar inhóspito y hostil, una construcción que en cualquier momento podía venirse abajo por culpa del conflicto que se sucedía en el exterior.
Supo muy rápido cuál era el sentimiento que opacaba todo lo demás: era terror. Estaba aterrada ante la idea de no ser capaz de proteger la vida que llevaba dentro, a su hijo, o hija, su descendencia, el ser humano al que más iba a amar y cuyo bienestar ahora era su completa responsabilidad.
Tarde o temprano, tendría que volver a Indonesia. Gia estaba en lo cierto y Aleksei lo estaría también cuando supiese que estaba embarazada. Una mujer en su estado no pintaba nada en un escenario tan adverso. Pero no quería volver sola, y no podía obligar a Aleksei a acompañarla. Cuando le confesase la noticia, se abriría ante él una encrucijada cruel, y tendría que escoger entre quedarse en Moscú para buscar a su hermana o regresar con Katia a Bali. Daba igual por qué opción se decantase, pues ninguna sería fácil y ambas le acarrearían sufrimiento. O por su hermana perdida, o por la gestación de un hijo a miles de kilómetros de distancia.
Pero mientras Aleksei no supiese nada, todo seguiría su curso. Sin decisiones difíciles, sin una preocupación añadida a las muchas que ya tenía. Ella podía esperar unas pocas semanas más antes de marcharse.
Katia se dejó caer sobre la cama y clavó la vista en el techo. Puso la palma de la mano sobre su vientre y suspiró. Lo mejor, por el momento, era ocultar su estado, aunque fuese una decisión injusta para Aleksei.

Capítulo 18

«A veces, de noche, enciendo la luz para no ver mi propia oscuridad».

Antonio Porchia

Tatiana salió del duermevela en el que estaba sumida al escuchar el sonido débil de la puerta al cerrarse. Yun no tenía intención de despertarla, pero fue inevitable. Hacía varias horas que había caído la noche y ya daba por hecho que no dormiría con ella. Pero allí estaba. Yun estaba de vuelta y hacía una entrada estelar con su habitual aura de altivez, una que podía adivinarse incluso a través de la penumbra.

Caminó hacia la butaca, sin dar la luz, y comenzó a quitarse la ropa. La claridad de la luna que entraba a través del balcón fue suficiente para que vislumbrase su semblante cansado. Él se desvistió con su minuciosidad habitual. Fue hasta el armario y sacó un pijama de seda negro, ese con el que acostumbraba a dormir, y se lo puso con un movimiento ágil. Tatiana dio por hecho que se metería en la cama, pero Yun tenía otros planes. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de los pantalones, junto con el teléfono móvil, y se dirigió al balcón.

En el instante en el que Yun abrió las puertas, una brisa fresca propia de las noches de verano inundó la estancia. Él se encendió un cigarrillo, se apoyó en la baranda negra y revisó algo en su teléfono.

Yun había tenido un mal día y era evidente. Pero, aunque ese no fuese su problema, Tatiana salió de la cama y fue directa hacia él, lista para empezar a trabajar en el tema de la confianza. Lo había meditado mucho durante esos dos días y había concluido en que, si estrechar lazos con él la acercaba a salir de allí, por ridículo que le resultase, no debía menospreciarlo.

Tatiana se colocó a su lado y contempló los árboles que había frente a ellos. Tenían un aire tenebroso ahora que estaban ocultos en las sombras.

—¿Me das uno? —Ya no fumaba desde hacía mucho tiempo, pero ahora necesitaba hacerlo más que nunca.

Él le tendió el paquete de tabaco, que también contenía el mechero en su interior. Tatiana se encendió uno y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no toser, pues había perdido la costumbre. Por suerte, la segunda calada le sentó mejor.

Yun apagó la pantalla del teléfono y lo lanzó a la cama. Tuvo suerte y cayó en su lugar, pero bien podría haber sido de otra manera. Luego, la estudió a ella con detenimiento, mientras daba una calada a su cigarrillo.

—Te quedan bien —señaló, sin mucho interés.

Tatiana estiró los dedos y contempló sus uñas una vez más. Rojo cereza, como acostumbraba. Una chica muy joven, de unos dieciséis años, había llegado poco después de que le trajesen la comida. Iba equipada con todo lo necesario para hacer una buena manicura, y a eso se había dedicado durante las siguientes dos horas. Gracias a eso, Tatiana había recuperado otro pequeño pedazo de su terreno.

—Tus mujeres son muy habilidosas con las uñas —reconoció—. Se ve que es algo que va incluido en la genética china.

Sabía que su comentario era ofensivo y que esa no era la mejor forma de empezar la

conversación con buen pie, pero no pudo contenerse. Por suerte, a Yun no le afectó.
—Gracias —dijo para resarcirse, en un intento de suavizar el ambiente.
Odió darlas, pero era por un bien mayor.
—No hay de qué. —Yun rodó el cigarrillo entre los dedos con los ojos puestos en la vegetación.
La noche era agradable y silenciosa.
—No me han traído ningún libro todavía. —No pretendió sonar exigente, pero siempre lo hacía de alguna manera, aunque no fuese su intención.
Él expulsó el humo de forma sosegada.
—Pensaba que las uñas te corrían más prisa.
Dudó sobre si su intención era provocarla, pero Yun estaba demasiado taciturno esa noche y concluyó en que no había sido adrede.
—Primero te pedí los libros —le recordó—. Lo de las uñas lo dije después.
Él no contestó. Tatiana se dio la vuelta y apoyó la espalda en la barandilla para mirarle de forma más directa. Yun, sin embargo, no quitó la vista de los árboles. Sus pensamientos estaban perdidos en alguna parte, muy lejos de ese balcón. Estaba distraído y eso no le gustó. Tatiana le quería allí, con ella, construyendo eso que necesitaba para liberarla de una vez por todas.
—¿Me los traerás, entonces? —quiso saber.
—Sí —respondió, a media voz—. Dime qué te gusta leer y lo tendrás.
Tatiana le estudió con la cabeza ladeada. No estaba segura de que él fuese a escuchar ni una sola de sus palabras, pero habló igualmente.
—Me gusta la novela negra, pero por favor, no me traigas nada de Camilla Läckberg ni ninguna de esas mierdas nórdicas. No lo soporto. De misterio puedes traerme lo que quieras. Ya he leído todos los clásicos, pero no me importaría repetir con Agatha Christie o Arthur Conan Doyle. Abstente de traerme nada sobre el oeste ni tampoco autobiografías, y mucho menos autoayuda, si no quieres que te lo tire a la cara. —Tatiana dio una calada al cigarrillo. Con su manicura perfecta, el acto resultó más sofisticado—. Estoy abierta a leer ciencia ficción, tal vez algo de romántica, por si tienes ganas de sorprenderme. Aunque me imagino que todo esto ya lo sabes, ¿verdad? Me conoces muy bien.
La pulla no surtió efecto, pues Yun no se dio por aludido. No tenía ni idea de qué le ocurría esa noche, pero su actitud la ponía nerviosa. Tal vez porque ese no era el Yun al que estaba acostumbrada y eso la hacía sentir que no tenía el control de la situación. Prefería al Yun desafiante y soberbio antes que esa versión apagada de él mismo.
—¿Te gusta leer, Yun? —Trató de arrancarle alguna palabra.
—Sí.
—¿Y qué lees normalmente? —Tatiana apretó el cigarrillo entre sus dedos mientras esperaba una respuesta.
Él aguardó unos instantes, como si no tuviese claro si merecía la pena responder.
—Leo novela histórica.
—Bien. ¿Y cuál es tu favorita?
Él puso su atención sobre ella de nuevo y Tatiana confirmó que le ocurría algo.
—*Guerra y paz*, de Tolstói.
Una joya de la literatura, compleja y profunda, ambientada en Rusia y salida de la pluma de un escritor ruso. A ella también le gustaba mucho.
—¿Por qué esa? —Tenía mucha curiosidad por escuchar la respuesta.
Yun negó de forma leve con la cabeza, como si no supiese qué responder.
—No sabría decirte por qué —concluyó.

O, más bien, esa noche no tenía ganas de dar explicaciones sobre sus gustos literarios.
—Estoy segura de que sí que lo sabes —presionó.
Y estaba segura de que la respuesta sería larga y elaborada. Nadie escogía *Guerra y paz* como novela favorita por un único motivo, no cuando la obra era tan rica como esa. Además, Yun no era estúpido. Tatiana tenía la certeza de que era un hombre inteligente, y también culto, y sus gustos literarios apuntaban a ser exquisitos. Por eso, ansiaba escuchar su contestación.
Él exhaló.
—Me gusta cómo refleja la sociedad rusa del siglo XIX. —Una respuesta insuficiente con la que cerró el tema.
Tatiana detestó su poca implicación en la conversación. Tuvo ganas de zarandear a Yun, de darle una bofetada y así hacerle volver en sí, de sacarle de esa burbuja oscura que le envolvía. En su lugar, tiró de otros hilos, como si de esa manera pudiese alargar la charla y que así él se animase a hablar.
—La mía es *El arte de la guerra*, de Sun Tzu —le informó.
Le resultó irónico que el libro favorito de Yun fuese de un escritor ruso y el suyo de un escritor chino.
Él levantó las cejas.
—¿Algún problema? —Tatiana ladeó la cabeza en busca de una respuesta a su reacción.
—Un manual militar —pronunció, en tono impersonal.
Tatiana se cruzó de brazos y tomó una respiración profunda.
—*El arte de la guerra* es mucho más que un manual militar. Sus enseñanzas pueden extrapolarse a muchos otros ámbitos.
Yun dio una calada desganada a su cigarrillo.
—Todas esas enseñanzas sirven muy bien en el campo de batalla. No igual fuera de él.
—Sirven igual fuera de él —rebatió.
Él le miró, sombrío.
—¿Y de qué te sirven ahora? —Yun apagó el cigarrillo en el cenicero con movimientos desganados.
Él era muy consciente de la situación en la que se encontraba Tatiana, del callejón sin salida en el que él la había colocado.
Tatiana le contempló en silencio. No quería crear mal ambiente entre ellos ahora que ella estaba dispuesta a trabajar en la confianza. Por eso, pronunció unas palabras que conocía muy bien como última respuesta.
—«Ganan los que saben cuándo luchar y cuándo no». —Y ella no lucharía esa noche. Apuró su cigarrillo y lo lanzó al vacío, frustrada—. Tráeme los libros cuanto antes —añadió.
Tatiana le abandonó y se fue a la cama, mientras se repetía a sí misma otra máxima de Sun Tzu: «El éxito en la guerra se alcanza cuidando de adaptarse permanentemente al propósito del enemigo». No presionaría a Yun, no discutiría con él si no era sumamente necesario. Debía actuar con cabeza.
—Buenas noches, entonces —dijo él, a su espalda.
Por mucho que quisiera acercar posiciones, Tatiana no era tonta. Mostrar demasiado interés en llevarse bien con él sólo levantaría sus sospechas, así que debía actuar en su justa medida. Por eso, no le preguntó qué era eso que le atormentaba tanto ni quiso discutir con él sobre si *El arte de la guerra* era más de lo que aparentaba. Le dejó sólo con sus demonios. Si el problema era algo grave o tenía que ver con ella y con la situación en Moscú, no tardaría en descubrirlo.
Sin embargo, le resultaba muy decepcionante encontrarle así, ya que no todos los días ella estaría

igual de dispuesta a charlar con él como entonces, a reducir las distancias entre ellos. Cuando el calor de las esperanzas de escapar se enfriase, le resultaría mucho más tedioso mantener conversaciones profundas con él.
Exhaló para liberar la tensión y luego regresó a la cama. Tiró un poco de la sábana para taparse con ella, ya que el balcón se había quedado abierto y la temperatura descendería al entrar la madrugada. Yun se unió a ella. Ocupó su sitio y se acomodó.
La conversación la había desvelado y ahora iba a tardar en conciliar el sueño, igual que le había ocurrido cuando se acostó después de la cena. Entonces, le llevó varias horas deshacerse de la tristeza provocada por el recuerdo de Bogdam, por pensar de nuevo en él y por teorizar sobre el destino que había corrido. Luchó por dejar la mente en blanco, pues lo último que necesitaba era otra sesión de angustia e incertidumbre en medio de la oscuridad.
No tuvo tiempo de intentarlo, pues los brazos fuertes de Yun tiraron de ella hacia atrás de forma inesperada. Él la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó, mientras acomodaba la cabeza sobre el almohadón. Un brazo rodeó su cintura y el otro pasó por debajo de su cuello. En pocas palabras, la atrapó, y Tatiana no pudo hacer otra cosa que quedarse quieta, con los ojos completamente abiertos a pesar de la penumbra, mientras se preguntaba si ese absurdo giro de los acontecimientos estaba ocurriendo de verdad.
Estaba segura de que él podía notar su tensión, la rigidez que habían adquirido sus músculos en cuanto sus cuerpos habían hecho contacto. Pero no parecía importarle, pues respiraba con calma, dispuesto a dormir. Tragó saliva y se preguntó si merecía la pena hacer algún comentario al respecto.
—Hace mucho calor —apreció, incapaz de contenerse.
La única respuesta de Yun fue apretar más fuerte el brazo con el que rodeaba su cintura.
Era un contacto demasiado íntimo y privado. El roce de la piel de su abdomen con su brazo fuerte se sentía como algo prohibido, como si sus cuerpos no estuviesen destinados a tocarse jamás. Pero ahí estaban. El cuerpo suave, firme y cálido de Yun abrazaba el suyo y no tenía ni idea de cómo manejarlo. Esa noche tocaba insomnio y era mejor asumirlo cuanto antes. Con suerte, no pensaría en Bogdam, sino en cómo librarse de esos brazos que la apresaban.
¿Qué era eso que mendigaba Yun? ¿Consuelo, tal vez? Debía sentirse demasiado solo si lo buscaba en una rehén, en una enemiga que nunca le podría proporcionar lo que anhelaba.
Sí, a Yun le faltaba algo y podía notarlo en el vacío que calaba a través de su piel, en el sonido de su respiración, en los latidos del corazón que bombeaba contra su espalda. Le faltaba algo importante y no se imaginaba el qué. Él se mostraba reservado, pero Tatiana tenía todo el tiempo del mundo para averiguar qué era eso que tanto ansiaba encontrar. Tal vez fuese una mujer, una a la que ella le recordaba. Puede que la presencia paterna, o quizás materna. Tal vez un cariño que le fue negado de pequeño o del que había sido privado durante demasiado tiempo. Fuera lo que fuese, estaba segura de que se trataba de algo trascendental.
Supo el momento exacto en el que él se quedó dormido. Su brazo se aflojó en torno a ella y su respiración se volvió más profunda y relajada. Era momento de despegarse, de recuperar su espacio en su lado de la cama, pero, por algún motivo, Tatiana no se movió. También hacía mucho que nadie la abrazaba a ella y, de alguna manera, que Yun lo hiciese la nutría.
Por eso, se quedó justo como estaba, y poco después se quedó dormida.

Capítulo 19

«Los cobardes agonizan muchas veces antes de morir... Los valientes ni se enteran de su muerte».

Julio César

Tatiana se pasó el peine de púas por el pelo rubio y este corrió hacia abajo sin dificultad. Ahora que disponía de tanto tiempo libre, se dedicaba a priorizar su cuidado personal. La repisa del baño de Yun no contaba con los productos que ella solía utilizar, pero se había adaptado a las circunstancias y ahora se decía a sí misma que muchos de ellos ni siquiera eran tan necesarios como creía. Pronto, cuando la situación con él se hubiese asentado lo suficiente, exigiría recuperar algunas de las cosas que había perdido, como una mascarilla capilar de su marca de confianza.

Los recuerdos del cuerpo de Yun pegado al suyo, del aire colmado con su esencia personal y del calor invasivo de su piel la asaltaron de improviso. Él la había abrazado la noche anterior como si entre ellos no existiesen muros ni prejuicios, y todo había quedado olvidado a la mañana siguiente, cuando ambos despertaron en lados distintos de la cama. Pero el momento tan íntimo había causado impacto en ella, y ahora no dejaba de pensar en la complejidad de ese hombre que la mantenía cautiva. Quería rascar la superficie, para luego excavar con las uñas hasta llegar al fondo de su ser y entender qué era eso que le ocurría, cuáles eran sus motivaciones y qué podía hacer ella para utilizarlas en su beneficio.

Escuchó el ruido de la puerta al cerrarse, en la lejanía. Hacía más de una hora que le habían traído la cena, así que debía tratarse de Yun. Él siempre pasaba el día fuera, lo que para ella era tremendamente catastrófico. Estar sola la empujaba a dar demasiadas vueltas a la cabeza, a conjeturar una y otra vez sobre Moscú y sobre los escenarios que encontraría cuando saliese de allí, a torturarse a sí misma. Y también estaba Bogdam. Su recuerdo era un suplicio y, a la vez, una adicción. Tuvo que luchar contra su propia cabeza para no volverse loca, y ahora se encontraba mejor, salvando la tristeza que palpitaba sin remedio en el fondo de su alma.

Todo sería más fácil cuando Yun le trajese los libros que le había pedido. Hasta entonces, debía esforzarse en mantener los pensamientos a raya.

No se dio prisa en salir a su encuentro, sino que pasó el peine por su pelo una y otra vez hasta que quedó conforme con el resultado. Luego, se contempló en el espejo. Poco a poco recuperaba el aspecto saludable. Había ganado peso y su imagen cada vez se acercaba más a lo que estaba acostumbrada a ver.

Cogió aire con una inspiración profunda, como si eso le insuflase fuerzas para tratar con Yun, y luego salió del baño.

Y lo que encontró en la habitación fue toda una sorpresa.

Yun estaba de pie, de brazos cruzados, y delante de él estaba Konstantine, de rodillas, con la boca amordazada y las manos atadas a la espalda.

Tatiana apretó los dientes de forma paulatina mientras contemplaba la escena, hasta que sus muelas enviaron un pulso doloroso que la advertía de que la presión era demasiada. Caminó erguida hasta Konstantine y se colocó delante de él. Él ni siquiera la miró. Como imaginaba, no

era capaz. Nadie que hubiese hecho lo que él había hecho tendría la hombría de mirar luego a los ojos a la persona a quien había traicionado. Permaneció con la cabeza gacha, mientras que unas gotas de sudor corrían por su sien hasta encontrarse con el pañuelo que llevaba atado a la boca.
Si alguna vez había dudado de cuál era el verdadero significado de la palabra decepción, la duda quedó completamente resuelta. Decepción en su esencia más pura era lo que sentía al observar a Konstantine. Y rabia, mucha rabia.
—Todo tuyo. —Yun se lo entregó, como había prometido, y luego caminó hacia la cómoda que había contra la pared. Allí se encendió un cigarro, mientras se apoyaba en el mueble para tener una buena vista de los acontecimientos, sin intención de interferir. Esa no era su guerra.
Tatiana devolvió la atención a Konstantine. Las palabras se le arremolinaron en la boca, pero no las dejó salir. Ese hombre llevaba toda la vida en la organización, era un hombre de su padre, alguien que ya estaba allí antes de que ella naciera, la última persona que se esperaría que apoyase un levantamiento como ese. Por eso, quería decirle muchas cosas, pero sabía que ninguna de ellas cambiaría nada.
Sólo existía una pregunta que esperaba que él contestase.
—¿Por qué? —pronunció, con furia contenida. Se agachó para apartar la tela de su boca y que así pudiese hablar.
Konstantine no dijo nada, a pesar de que tuvo la oportunidad.
Tatiana colocó la mano bajo su barbilla de forma brusca y le obligó a mirarla.
—Mírame a los putos ojos —le dijo, con los dientes apretados. Él obedeció—. ¿Por qué?
Konstantine sabía que su vida terminaría esa misma noche, en esa habitación, y así lo reflejaba la expresión de su cara. Tal vez por eso ya le daba igual contentarla con explicaciones que no iban a cambiar el curso de los acontecimientos. Sabía que con Tatiana rogar no servía de nada.
—¿No me vas a contestar? —Ella soltó su barbilla con desprecio—. No importa. Porque yo ya sé la respuesta.
Y la sabía desde hacía mucho tiempo. Esos hombres se habían vuelto contra ella porque la consideraban débil, puede que por su sexo, o tal vez porque había pasado toda su vida en un segundo plano. Una mujer sin importancia, la hija de un líder que acostumbraba a depositar el valor y el poder de su organización en los hombres de la familia. Un poder muy tentador y que cualquiera querría poseer, y cuya forma más fácil de obtenerlo era arrebatándoselo a un objetivo que creían inferior. Como quien le quita un caramelo a un niño porque sabe que la represalia será inofensiva.
Pero ella no tenía nada de inofensiva.
Tatiana caminó hacia la bandeja de la cena que había quedado olvidada en el suelo, al lado del balcón. Cogió el cuchillo de la carne y lo apretó con fuerza en la mano.
Escuchó cómo a Konstantine se le aceleraba la respiración mientras la veía caminar hacia él, sosteniendo un elemento muy cotidiano que ahora se había convertido en un objeto letal. Yun la observaba muy atento, mientras fumaba el cigarrillo con tranquilidad.
Tatiana se agachó de nuevo frente a él.
—Te voy a decir algo ahora, porque después no seguirás vivo para verlo —sus palabras gélidas apenas subieron de tono. Luego, se acercó a su oído—. Voy a recuperarlo todo, absolutamente todo —recalcó—. Y tu muerte no habrá servido de nada.
Se apartó un poco y le miró a los ojos, unos ojos de rata traicionera que tuvo deseos de arrancar con sus propias uñas. En su lugar, le clavó el cuchillo en el abdomen de una estocada diestra.
Konstantine emitió un sonido gutural mientras su mirada se empañaba por el dolor. Tatiana lo sacó con la misma limpieza con la que lo había introducido. Se echó hacia atrás y se puso de pie.

—Zorra de mierda —alcanzó a decir él, con la voz torturada por la puñalada.
Forcejeó con las ataduras que inmovilizaban sus manos a la espalda, pero lo único que logró fue caerse de lado. La sangre empezó a brotar de la herida y no tardó en teñir su camisa azul y luego alcanzar el suelo, mientras que Konstantine emitía gruñidos de dolor.
Tatiana le observó. No quitó los ojos de él ni un solo segundo y apenas pestañeó, porque cada pestañeo era tiempo que se perdía de ese espectáculo que tanto ansiaba disfrutar. Un espectáculo que culminó catorce minutos más tarde, después de que Konstantine sufriese una agonía inhumana. Tras exhalar su último aliento, sus ojos se quedaron fijos en los pies descalzos de Tatiana, cuya pedicura le hacía juego con el color de las uñas de las manos.
Un charco de sangre bajo su cuerpo como lecho de muerte y los pies de Tatiana como última visión. Unos pies que le habían aplastado sin piedad y que harían lo mismo con cada uno de los traidores que se habían sublevado contra ella.
Tatiana exhaló con desgana, y luego miró a Yun. Por momentos se había olvidado de su presencia y fue mejor así. Él la miraba en silencio, apoyado sobre la cómoda. En sus ojos se reflejaban matices extraños.
—¿Qué? —Tatiana no estaba de humor.
Yun se incorporó y caminó hacia su lado. Luego, contempló a Konstantine.
—Pensaba que todo sería más rápido —reconoció. Luego, esbozó una media sonrisa—. Eres una sádica.
Nunca le habían servido carne a la hora de la cena y Tatiana supo que esa noche no había sido por azar. Yun contaba con que ella usase ese cuchillo, pero estaba claro que no de la manera en la que lo había hecho.
—¿Qué esperabas? —soltó, con desagrado—. ¿Que me subiese a horcajadas sobre él y le apuñalase sin parar, chillando, histérica? —Tatiana negó con la cabeza, con los ojos todavía puestos en el cadáver que había frente a ella.
—Es sólo que te creía más visceral. —La miró a los ojos, pero Tatiana no le devolvió el gesto.
—Pues ya ves que no. Siento anunciarte que no me conoces tanto como crees.
A ella nunca se le habría ocurrido asestar varias puñaladas a nadie si el fin era causar el mayor daño posible. Era más acertado propinar una en el sitio adecuado y entonces lo demás llegaba solo. Pero Yun consideraba que su condición de mujer la hacía impulsiva, y eso no era así. Tatiana era comedida, más aún cuando el resultado era tan bueno como el que acababa de obtener. Konstantine había muerto agonizando por una hemorragia interna, lo mínimo que se merecía después de haber vendido a la organización como lo había hecho.
—Sabías bien dónde clavarlo. —Yun se colocó frente a ella y le quitó el cuchillo de la mano con una caricia suave—. Dame esto antes de que me lo claves a mí también.
Sus ojos adquirieron un matiz inocente, pero Yun no engañaba a nadie. Al igual que ella, él había presenciado la agonía de Konstantine con total normalidad, lo que le convertía en alguien de su misma naturaleza.
—Llamaré a alguien para que venga a limpiar esto. —Yun buscó su mirada—. Estamos en paz —anunció.
Estaban en paz. Al menos, por el momento.
Ahora que ese hombre estaba muerto, quería perder de vista su cadáver lo antes posible. Lo que acababa de ocurrir había despertado en ella muchas emociones dormidas y necesitaba respirar un poco de aire fresco para procesarlas todas ellas. Decidió largarse al balcón.
Fue hasta la cómoda donde Yun había dejado olvidado su paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo con movimientos bruscos. Sí, matar a Konstantine había aliviado parte de su rabia,

pero le había ennegrecido el humor. La idea de que todavía quedasen traidores vivos allí fuera la cabreaba. Y es que, si Konstantine era el segundo al mando y había seguido vivo hasta ese momento, eso significaba que la balanza en Moscú no se inclinaba tan a su favor como ella pensaba.

Caminó hasta el balcón, se apoyó en la barandilla y puso los ojos sobre el cielo estrellado, mientras daba una calada larga al cigarrillo. Luego, dejó que la brisa nocturna le acariciase la piel mientras expulsaba el humo.

Yun se unió a ella, pero no dijo nada.

Él había cumplido con su parte del trato y eso era de agradecer. No se imaginaba cómo había capturado a Konstantine sin dañar la alianza que tuviese con Kostya, o con quien estuviera al mando en el bando insurgente, y no quiso dejar pasar la oportunidad de averiguarlo.

—¿Cómo le ha sentado a Kostya que elimines a su mano derecha?

Yun se cruzó de brazos y apoyó la espalda sobre la barandilla.

—No le he matado yo —respondió, suspicaz.

Tatiana se pasó los dedos por los párpados, cansada.

—No tengo ganas de jueguecitos, Yun.

—Y yo no tengo por qué responder a todas tus preguntas.

Eso era lo previsible, dado el contexto de la situación.

Una idea destelló en su mente y le resultó demasiado atractiva como para dejarla pasar. Si Yun le daba algo de información sobre la situación en Moscú, tal vez ella pudiese negociar de nuevo y eliminar a más hombres desde allí, desde esa habitación. Eso le pondría la situación mucho más fácil a los suyos en la ciudad.

—Hagamos otro trato.

Yun hizo un gesto de aprobación.

—¿Y qué propones?

Tatiana fue directa.

—Quiero información sobre lo que está ocurriendo en Moscú. Que respondas a algunas preguntas.

Yun la miró fijamente. Antes de que dijese nada, Tatiana continuó.

—Los dos sabemos que eso no cambiará mucho la situación. Estoy encerrada aquí dentro y la cantidad de información de la que disponga no supone una amenaza para nadie.

Por el momento.

Yun dio varias vueltas a su anillo alrededor del dedo, sin dejar de mirarla.

—Tal vez quiero que la incertidumbre te atormente, ¿no crees?

Tatiana esbozó una sonrisa cargada de rabia. Cómo no. Estuvo tentada de apagar el cigarrillo sobre su pecho, pero luego se dijo que eso sólo arruinaría el clima entre ellos, y no le convenía ahora que buscaba tener cierto nivel de confianza con él. Una confianza que en ese momento no se veía con fuerzas de cultivar.

—Entonces no tenemos nada más que hablar —sentenció.

No perdería el tiempo en un tira y afloja con Yun, así que se dedicó a terminar de fumar el cigarrillo con la vista puesta en los árboles. Fue consciente de que sus dedos lo apretaban con demasiada fuerza, pero eso no impedía que las caladas llenasen sus pulmones de humo.

—¿Qué me ofrecerías a cambio? —tanteó él, a media voz.

Tatiana se pasó la lengua por los dientes, mientras sacudía la ceniza.

—Nada que te acerque a Corea del Norte.

—Eso ya lo sé. —Yun no le quitaba los ojos de encima.

Ella se giró para enfrentarle.
—¿Qué quieres a cambio? —quiso saber.
Yun se lo pensó. Si él demostraba estar igual de abierto a negociar como lo había estado en la enfermería, cuando la ancló a una bolsa de suero para no dejarla morir, puede que ella lograse averiguar algunos datos que le diesen perspectiva de cara a mover la siguiente ficha, y también que le arrojasen algo de paz. Porque en un momento como ese, en el que acababa de matar a uno de los hombres más importantes y antiguos de la organización, si algo necesitaba era justamente eso, paz. Y sólo podía acercarse a ella si obtenía algunas pinceladas de información sobre cuál era la situación en Moscú, algo que sólo Yun podía proporcionarle.
Pero entonces recordó que hacer un trato que involucrase un intercambio de información era peligroso, sobre todo si esa información no se podía contrastar después. Puede que Yun mintiese sólo con el fin de perturbarla aún más, pues le acababa de dejar claro que la desconexión con el mundo exterior, la desinformación sobre un asunto tan importante como era la caída de su imperio, era una forma de atormentarla.
Pero, tal vez, aunque Yun fuese sincero, el problema radicase en el mensaje. Si la resistencia en Moscú se había ido al garete, si a Viktor le había ocurrido algo y ya no quedaba nadie que luchase por recuperar el poder de los Kozlov, no sólo no tendría paz, sino que quedaría sumida en una angustia insoportable. Incluso estar secuestrada perdería todo el sentido. Y precisamente por eso supo que, de haber caído Moscú, Yun mentiría.
—Responderé a una pregunta y a cambio tú responderás a otra. Un intercambio de información justo —estableció él.
—Déjalo —le espetó, desganada—. He cambiado de opinión.
Él estrechó los ojos y estos se rasgaron aún más.
—¿Por qué?
—Porque me importa una mierda lo que esté ocurriendo fuera —sentenció.
Yun ladeó la cabeza. Su anillo daba vueltas alrededor de su dedo.
—Los dos sabemos que eso no es verdad.
—Tú no sabes una mierda.
Todo quedó en silencio y Tatiana supo que Yun no le permitiría muchas salidas de tono. Aunque la relación entre ellos, como secuestrador y secuestrada, pasase por un buen momento, ella sabía que Yun no era un hombre a quien irritar. Era demasiado altivo y engreído como para aguantar la pataleta de nadie.
Sin embargo, él la sorprendió.
—Responderé a dos preguntas a cambio de que tú respondas a una y que rebajes ese mal humor.
Tatiana apretó los labios. No era un mal trato, pero había perdido el interés y ni aun así le resultó atractivo.
—Tráeme una botella de vodka, es lo único que quiero ahora mismo —exigió. Sólo eso podía suavizar su estado de ánimo.
—No soy tu sirviente —le advirtió él.
Sí, Yun tenía sus límites.
Tatiana apagó la colilla en la barandilla y la lanzó a la oscuridad. Luego, se giró hacia él.
—Por favor, si eres tan amable, Yun, me gustaría que me trajeses una botella de vodka para que pueda rebajar mi mal humor. —Nunca en su vida había sonado tan cínica, pero había hecho un buen esfuerzo para ello.
Yun suspiró mientras la contemplaba con una expresión extraña. Tal vez de compasión, como si en el fondo de su ser pudiese entender un poco lo difícil que había sido para ella matar al hombre

cuyo cadáver todavía descansaba en medio de la habitación.
Él sacó el teléfono móvil del bolsillo y le hizo un regalo inesperado a Tatiana que nunca hubiese creído posible. Allí, frente a ella, dibujó el patrón de desbloqueo con total naturalidad y ella pudo percibir un atisbo del movimiento que había trazado su dedo sobre la pantalla. Un vistazo vago, pero suficiente.
Él tecleó algo y luego se dirigió a ella.
—Vendrán a limpiar esto.
Tatiana asintió con apatía, pues fue consciente de lo poco que importaba que supiese su patrón de desbloqueo. Ella nunca tendría acceso al teléfono móvil de Yun mientras esas cámaras captasen cada uno de sus movimientos.
Era tarde y estaba cansada y lo único que deseaba era alcoholizarse y dormir hasta que saliese el sol. Pero Yun tenía planes distintos.
Él se colocó a su espalda, despacio, como si tuviese miedo de asustarla con un movimiento brusco. Le apartó con delicadeza el pelo suelto que caía por su espalda y lo amontonó sobre uno de sus hombros, para luego poner las manos sobre la curva de su cuello y darle un masaje suave. El contacto de los dedos de Yun se sintió cálido en contraste con la brisa de aire fresco que le rozaba la piel, pero el gesto no cumplió con su cometido. Aunque su toque fuese agradable, su cuerpo no respondía en consonancia.
Tatiana se tensó y estuvo segura de que eso también fue algo perceptible para Yun. Su instinto fue apartarse, pero no lo hizo. En su lugar, permaneció con la vista puesta en los árboles, que estaban sumidos en la oscuridad, y se dejó hacer. Si él quería un acercamiento y eso aceleraba todo el asunto de la confianza, no debía desaprovecharlo.
Yun dio un paso adelante y sus cuerpos quedaron más cerca, tanto, que pudo sentir el calor que emanaba su piel a través de la camisa negra. Él masajeó brevemente su cuello y entonces una de sus manos abandonó la tarea y tomó un camino muy distinto. Rodeó su cintura con el brazo y luego acarició el hueco que había entre sus pechos, sobre la tela. Lo tuvo fácil, pues Tatiana no llevaba sujetador bajo el pijama de satén. Contuvo la respiración, mientras se preguntaba hasta dónde estaba dispuesta a dejarle llegar.
Cuando creyó que él la tocaría de forma indebida, la sorprendió colocando dos de sus dedos sobre un punto exacto, justo encima de su esternón.
—Este punto se llama *Shang Zhong* —susurró, cerca de su oído—. Presionarlo ayuda a regular la energía y a equilibrar las emociones.
Medicina china de mierda. Tatiana contuvo el impulso de poner los ojos en blanco.
—Ese hombre ya está muerto, así que ahora deberías relajarte —murmuró, mientras sus dedos hacían presión sobre el punto concreto—. Esto te ayudará a descargar la tensión.
No estaba segura de cómo de adecuado era que la persona que lo practicaba fuese la misma que aceleraba las pulsaciones del paciente. Tatiana advirtió que su corazón latía más rápido de lo normal y deseó que ese acercamiento terminase cuanto antes. Yun la alteraba por muchos motivos y no todos eran igual de razonables.
El universo la escuchó y unos toques en la puerta pusieron fin a la escena.
Yun se apartó de ella, despacio.
—*Nǐ jìnlái ba* —dijo, de mala gana.
Dos chinos accedieron a la habitación, cargados con útiles de limpieza y una bolsa para cadáveres. No dijeron nada, sino que se pusieron a la tarea de limpiar el desastre.
Yun suspiró con la mandíbula apretada.
—Mañana te traeré el vodka.

Dicho eso, se marchó. La dejó sola en la habitación con esos dos hombres, así que Tatiana se fue a la cama, sin el alcohol que necesitaba, pero un poco más relajada. No supo si por la idea de haber borrado del mapa a uno de los traidores, o si por los dedos de Yun sobre su esternón presionando ese estúpido punto en concreto.

Capítulo 20

«Hay un remedio para las culpas, reconocerlas».

Franz Grillparzer

Yun giró el anillo alrededor de su dedo con un gesto medido que lo desplazó una media vuelta exacta. Atardecía y la luz suave entraba por los ventanales del salón, que estaba sumido en el silencio. Dio un trago a la copa que sostenía en la mano y el sabor del vino le inundó los sentidos, fuerte y afrutado. Le dejó un regusto agradable que se esforzó en disfrutar, pero no fue capaz. No dejaba de darle vueltas a la cabeza, como le ocurría a menudo desde que secuestró a Tatiana. Ella ocupaba la mayor parte de sus pensamientos sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

Tampoco quería evitarlo, en realidad. Pensar en ella, analizar su comportamiento, sus expectativas y sus aspiraciones se había convertido en una especie de obsesión. Tatiana luchaba una batalla compleja y contemplar cómo movía las fichas, cómo definía las estrategias, era un placer para él.

Recordó su mirada después de matar a Konstantine, ese malnacido al que había sacado de un escondrijo de Moscú, y se preguntó qué significaba la venganza para ella. Tatiana no había actuado de manera visceral ni impulsiva, sino que había medido sus actos con el fin de causarle a ese hombre el mayor sufrimiento posible. Sin embargo, no vio sadismo en sus ojos, como él mismo había afirmado. Lo que vio fue dolor.

Tatiana sufría, a pesar de que era algo que intentaba esconder. Puede que lograse engañar al resto del mundo, pero no a él. Él la había observado lo suficiente como para saber que lidiaba con sentimientos oscuros y difíciles, la mayoría de ellos demasiado enraizados en su subconsciente por no haberlos procesado en el momento en que debía.

—¿Qué te pasa, Yun? —Su hermana cortó el flujo de sus pensamientos.

—No me pasa nada, Shuang —respondió, con los ojos puestos en ella.

Shuang siempre era capaz de percibir su estado de ánimo, aunque no pudiese verle. Ella estaba sentada en uno de los sofás, con semblante tranquilo, casi pétreo. De no ser por la respiración que elevaba de forma sutil su camiseta blanca, bien podría pensarse que Shuang era una estatua.

—Hoy estás muy callado —apreció, con su voz dulce y clara.

No faltaba mucho para que regresase de vuelta a Pekín. Según le había dicho Liú Qiang, su cuidadora, el vuelo estaba programado a las nueve de la noche para que así ella durmiese durante el trayecto. Su padre no acostumbraba a permitir que Shuang saliese de China, así que debía agradecer que hubiese autorizado ese viaje exprés. Pero las horas que habían compartido juntos se le antojaban extremadamente escasas, al igual que le ocurría a ella.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —puso voz a los pensamientos que ambos compartían.

—Pronto —aseguró Yun, a pesar de que no tenía ni idea de cuándo volvería a China.

La distancia le resultó absurda, así que se puso en pie y caminó hacia ella. Dejó la copa de vino sobre la mesa de centro y luego tomó asiento a su lado. Pasó el brazo por encima de su hombro y disfrutó de la cercanía y del contacto físico. Shuang olía bien, a algo que le recordaba a la primavera y al sol. Ella colocó la cabeza sobre su pecho y se acomodó contra su cuerpo. La mano

descansó sobre su abdomen y Yun se fijó en la pulsera que siempre llevaba puesta, esa que le había regalado la única amiga que tenía en el instituto. Era de color rosa y morado y de ella colgaban unos abalorios con forma de flores. Un objeto sin valor económico, pero que para Shuang significaba mucho. Yun pasó los dedos por las cuentas que la conformaban.
—Cuando vuelva, iremos a cenar a Little Yunnan —le dijo en tono bajo, convencido—. Y luego nos pasaremos por esa sala de recitales, la que hay en Houhai Nanyan.
—Claro. Eso sería genial.
Por algún motivo, su hermana no respondió con la efusividad que él esperaba. A Yun se le olvidaba que Shuang ya no era una niña. De hecho, le faltaba poco para cumplir quince años. Ya era una adolescente y por eso no le interesaban los planes en los que antaño se habían divertido tanto juntos. Le costaba aceptar ese cambio en ella porque, para él, Shuang siempre sería su hermana pequeña, incluso cuando se convirtiese en una mujer adulta, quizás con hijos.
Yun la abrazó y se lamentó de que los separasen tantos kilómetros de distancia. Si la tuviese allí, a su lado, su vida sería mucho más sencilla, pues Shuang siempre lograba recordarle su capacidad innata para simplificar los problemas, esa que a veces olvidaba que tenía. Y estaba seguro de que todo sería más fácil para ella también.
Pero Shuang tenía una vida en Pekín, una vida lejos del conflicto en el que él estaba sumergido y donde su padre se aseguraba de que tuviese la protección blindada que correspondía. Como hija del líder de la mafia china, Shuang estaba expuesta a muchos peligros y era el blanco de todo aquel que quisiese hacerle daño a la familia. Su padre la mantenía a salvo de todo eso, pero la realidad era que no le aportaba mucho más en la vida. Por eso, cada vez que Yun se reencontraba con ella, advertía con más claridad las consecuencias de las carencias a las que su padre, y también su madre, la habían condenado desde su infancia.
Shuang ya no era la niña que todo lo tapaba con una sonrisa, abrazada a uno de sus muchos ositos de peluche. Ahora era una adolescente desengañada y con criterio suficiente para darse cuenta de lo poco amada que era en su casa.
—Ya falta poco para tu cumpleaños —pronunció Shuang, un tanto ausente.
—Un mes —confirmó.
—¿Vendrás entonces en un mes?
—No lo sé —dijo Yun, mientras la miraba de cerca. Ella tenía la vista perdida en algún punto incierto, al frente, como siempre—. Depende de cómo vaya todo por aquí.
Shuang se removió un poco, disconforme.
—No vendrás. No hace falta que me mientas.
Olvidaba la facilidad que tenía para captar las mentiras.
—Intentaré ir, pero no sé si podré hacerlo.
Ella no contestó. Tan sólo continuó acurrucada contra él mientras los segundos corrían en el reloj.
Yun exhaló. Le encantaría prometerle que estaría allí para entonces, que celebrarían juntos su cumpleaños y que soplaría las velas frente a ella en algún restaurante bonito. Pero eso no iba a ocurrir.
Liú Qiang interrumpió la escena. Accedió al salón e hizo una leve reverencia al llegar.
—Shuang debe prepararse, el vuelo sale en una hora.
Yun asintió e instó a su hermana a ponerse en pie. Rompieron el contacto de mala gana y supo que era por su incapacidad para satisfacer sus deseos, por no poder estar en dos lugares a la vez.
—Ve. Nos vemos antes de que te marches.
Shuang acató su orden. Tomó su bastón guía, que descansaba al lado del sofá, y se puso en pie.

No necesitó usarlo, pues conocía muy bien dónde estaba situado cada mueble de esa habitación. Fue hacia su cuidadora y ella le indicó que esperase en la escalera. Luego, Liú Qiang cerró la puerta y se dirigió a Yun.
—Shuang no se encuentra bien —dictaminó, sin rodeos.
Yun rodó el anillo alrededor de su dedo, esta vez más deprisa.
—¿Cuándo ha empeorado? —No estaba seguro de querer escuchar la respuesta.
—Hace cerca de un mes.
Liú Qiang caminó hasta el sofá y se sentó frente a Yun, al otro lado de la mesa.
Yun ya había percibido el cambio desde hacía un par de semanas. Shuang no contestaba al teléfono, cosa que era extraña en ella y, a veces, cuando charlaban, notaba a la perfección la tristeza que manaba de su mirada y de su voz. Tal vez su padre también hubiese notado ese malestar y por eso le había permitido viajar a Rusia. Chen era consciente del poder sanador que tenía Yun sobre ella, así que, qué mejor forma de arreglar el asunto que enviarla allí y que fuese Yun quien se encargarse del problema.
—Cada día su estado anímico es más delicado y eso empieza a repercutir en su rendimiento en el instituto —confirmó la mujer, con las manos colocadas sobre las rodillas, que descansaban muy juntas.
Yun alargó la mano para recuperar la copa de vino que había dejado ahí unos instantes atrás. Le dio un trago, pero el sabor de la culpabilidad no abandonó su boca.
Shuang no pasaba por un buen momento y él no tenía pensado regresar a Pekín a corto plazo. Esa certeza asfixiaba.
—¿Cuándo volverá a la ciudad? —Liú Qiang era consciente, al igual que él, de que todo mejoraría si Yun regresaba.
Yun se pasó la mano por el pelo mientras vaciaba su copa de vino antes de hablar.
—No lo sé, tengo trabajo aquí.
—¿Tan importante es su trabajo?
Una mirada de advertencia fue suficiente para que Liú Qiang dejase de cuestionar sus prioridades.
Shuang le importaba mucho, pero ahora estaba ocupado con algo demasiado grande como para regresar a China. Ella era una chica fuerte y justo a eso se aferraba para justificar su ausencia. Nacer ciega no le había puesto las cosas fáciles y, aun así, se había adaptado a la perfección al día a día. Tanto, que a veces era más resuelta con los problemas cotidianos que algunas personas de su entorno que no sufrían ninguna discapacidad.
Estaba seguro de que su estado de ánimo no respondía a otra cosa que no fuese la desatención continua a la que estaba sometida. Amaba a Shuang con todo su corazón, pero sabía que su padre no debía haber tenido un hijo al que no estaba dispuesto a cuidar, al que iba a sentir como una molestia en su vida, un obstáculo incómodo del que ya no podía deshacerse.
Cuando Yun era un niño, Chen ya acostumbraba a pasar largos periodos de tiempo ausente. Siempre estaba demasiado ocupado y delegaba su cuidado en su madre, Yulianna. Eso no fue ningún problema porque su madre era amorosa y entregada. Le dio una educación basada en el cariño y en la disciplina, y justo de eso se sirvió su padre cuando, a la edad de doce años, buscó a su hijo para mostrarle el funcionamiento del imperio que heredaría.
Chen le enseñó a liderar una organización como la suya y aportó a su educación los valores que su madre no le había conferido para tal fin. Pero ahora, ni Chen era el hombre que fue durante la niñez de Yun, ni Shuang iba a heredar ningún imperio del crimen. Por eso, su hermana quedaba relegada a un tercer plano de forma inevitable.

Con su madre no había tenido más suerte. No dejaba de ser una prostituta sofisticada que había engatusado a Chen y que había tenido un hijo con él para que nunca pudiese desentenderse de ella. Ambos se dedicaban a vivir en una espiral de lujos y dinero sucio donde Shuang era la última cosa a la que prestar atención.
A diferencia de ellos dos, Yun siempre había estado especialmente apegado a su hermana. En parte, él era su figura paterna, su referente. Pero no era su padre y la responsabilidad del cuidado de Shuang no recaía en él, por mucho que le doliese haberla dejado sola en Pekín. Se había largado a Rusia y la había dejado con Liú Qiang, convencido de que ese era el curso natural de los acontecimientos. Pero ahora le ahogaba un profundo sentimiento de culpa.
—Iré para mi cumpleaños —dijo, finalmente.
Dejar a Tatiana sola un par de días, tal vez tres, no debería suponer ningún inconveniente. Organizaría bien la logística para que todo quedase protegido y confiaría en que ninguno de sus hombres cometiese un error. No se sentía cómodo con la idea, pero tenía que ceder, por Shuang y por el amor que le profesaba.
Liú Qiang asintió, aunque los dos sabían que eso no cumplía con las exigencias que ella había puesto sobre la mesa. Por eso, añadió algo más.
—Y hablaré con mi padre. Quizás sea buena idea que Shuang venga aquí un tiempo, un par de meses. Tú vendrás también. Contrataré a alguien para que estudie desde casa.
Liú Qiang asintió con más energía esta vez.
—Eso es una gran idea.
Una idea a la que Yun sabía que Chen no accedería. Ambos eran conscientes de que Shuang podía ser una moneda de cambio muy suculenta, y justo por eso su padre no se iba a arriesgar a un posible secuestro. En Rusia, no podía protegerla igual que lo hacía en China, pero Yun se encargaría de hacer eso posible, de esconderla como sólo él sabía. Si era capaz de retener a la líder de la mafia rusa sin que nadie adivinase su paradero, podía esconder a una adolescente que entraba al país como una persona anónima.
Lo único que necesitaba era encontrar la manera de compaginar su presencia con la lucha por sus ambiciones.
Yun sacó un cigarrillo y se lo encendió con desánimo. La conversación había llegado a su fin y así lo percibió Liú Qiang. Ella hizo una reverencia antes de marcharse y le dejó solo en el salón en el que ya estaba a punto de caer la noche.
Ahora, tenía una preocupación más con la que lidiar.

Capítulo 21

«Cuando bordeamos un abismo y la noche es tenebrosa, el jinete sabio suelta las riendas y se entrega al instinto del caballo».

Armando Palacio Valdés

Tatiana invirtió gran parte de la tarde en ojear las contraportadas de los libros que Yun había mandado traer para ella. La noche que le explicó cuáles eran sus gustos, esa noche en la que él no quiso hablar y en la que después la abrazó en la cama, él la había escuchado con más atención de la que creía posible. Las cuatro pilas de libros que ahora reposaban sobre la cómoda tenían un poco de todo, excepto de lo que ella misma había expresado que no quería leer. Además, quien hubiese hecho la selección tenía buen gusto, así que a Tatiana le llevó su tiempo examinarlos todos y decidir por cuál empezar.

También le habían traído ropa, puede que porque Yun estuviese harto de que Tatiana cogiese la suya. Las prendas llegaron en una bolsa de cartón grande y blanca, pero no eran de ninguna marca que reconociese. Sobre todo, había ropa deportiva y cómoda, algunos pijamas y varios conjuntos sencillos de ropa interior. Estaba claro que Yun no tenía en mente sacarla a cenar a ningún restaurante bonito.

Cuando él llegó esa noche, ella estaba tumbada en la cama, sobre el edredón, y no tenía ni idea de cuánto había pasado desde que empezó a leer. No había relojes allí, así que no tenía forma de medir el tiempo.

Como de costumbre, Yun se quitó los zapatos en la entrada, caminó hacia la butaca y comenzó a desvestirse.

—Hola, Tatiana.

—Hola. —Un vistazo rápido fue suficiente para saber que algo no andaba bien. Otra vez.

Yun continuó con su ritual hasta que se quedó vestido sólo con los bóxer negros. Cogió ropa de su armario y se fue directo al baño sin cruzar más palabras con ella. No era como si acostumbrasen a tener conversaciones largas cuando él llegaba de donde quisiera que estuviese, pero su actitud esquiva confirmó que Yun no estaba de humor esa noche.

El agua de la ducha corrió durante mucho tiempo, mientras Tatiana avanzaba en la lectura.

Cuando salió, lo hizo con los pantalones del pijama puestos, con el pelo todavía húmedo y dejando tras de sí una estela de olor a gel de baño entremezclado con su fragancia personal. Se tumbó a su lado y colocó los brazos detrás de la cabeza. Demasiado cerca para su gusto, pues todavía quedaba suficiente espacio al otro lado de la cama.

Tatiana no se apartó, aunque su instinto fue hacerlo. No le gustaba que nadie invadiese su espacio vital, pero alejarse de él ya no tenía sentido. Durmieron abrazados una noche, y también él le había presionado ese estúpido punto en su pecho después de matar a Konstantine. Por eso, a esas alturas, echarse a un lado era ridículo.

—¿Qué lees? —su voz sonó desganada.

Ella volteó el libro para ver la portada, porque ya no recordaba el título.

—*Huye rápido, vete lejos* de Fred Vargas. Qué apropiado, ¿verdad?

Él contempló la portada en silencio. No era ninguna mentira que el título le venía perfecto a la

situación.
Ella hizo un breve resumen para limar asperezas.
—Es una novela policiaca. Trata sobre unos dibujos misteriosos que comienzan a aparecer en algunos edificios de París y sobre la investigación que se lleva a cabo después. No está mal —concluyó.
Tatiana cerró el libro y lo dejó a un lado. La pregunta que estaba a punto de pronunciar era difícil y sonaría extraña, pero tenía que hacerla por un bien mayor. Se aclaró primero la garganta.
—¿Qué tal ha ido tu día?
El silencio se prolongó más tiempo del necesario y, por momentos, Tatiana creyó que Yun se había dado cuenta de que sus intenciones no eran sinceras.
—Bien —respondió finalmente, con una mezcla de desánimo y altivez.
Él no dio más detalles, así que Tatiana tiró del hilo.
—¿Y qué has estado haciendo?
No quería presionar demasiado, pero para trabajar la confianza debían hablar, mantener conversaciones cada día, cosa que no hacían con la frecuencia necesaria.
—He pasado la mayor parte del tiempo con mi hermana pequeña. No nos vemos mucho últimamente.
A Tatiana le sorprendió que contestase a su pregunta sin dar ningún rodeo. Sabía muy poco sobre Yun y su respuesta encajó mal en el concepto que tenía sobre él. Como si él no pudiese tener una hermana pequeña.
—¿Cuántos años tiene tu hermana?
—Catorce —respondió.
Tatiana le estudió en silencio. Se fijó en sus facciones suaves y en su piel tersa. Yun también era joven, pero no tanto como para tener una hermana de catorce años.
—¿Tu madre te tuvo muy pronto?
—Mi hermana y yo no compartimos madre —puntualizó.
Eso era inusual. Hasta donde ella sabía, los chinos eran muy tradicionales, se unían en matrimonio y tenían hijos aunque estuviesen sumergidos en el mundo del crimen. Para ellos la familia lo era todo y Tatiana no se imaginaba cómo encajaba eso con tener hijos con varias mujeres.
—Entiendo.
La charla llegó a un callejón sin salida. Yun no era muy dado a las conversaciones largas, pero ese día estaba más retraído de lo normal. Tatiana no tuvo reparos en intentar averiguar por qué.
—¿Qué te pasa? —le preguntó, directa—. Pareces de mal humor.
Él meditó la respuesta.
—No, estoy bien.
—Vamos, Yun —Tatiana se incorporó para mirarle—. ¿Qué te pasa?
—No tengo ganas de hablar —dijo, apático.
Ella se incorporó del todo y se sentó con las piernas dobladas, frente a él. Si hacían contacto visual, sería más fácil entrever por dónde iban los tiros de la situación.
—Tráeme la botella de vodka que me debes y seguro que las palabras empiezan a salir solas. —No quiso sonar exigente, pero era una exigencia.
Si el alcohol entraba en la ecuación, sería más fácil que Yun hablase, y también que dijese más de lo que debía decir. Toda información era buena si el fin era manipularle, convencerle para que la sacase de allí.
Tatiana reforzó su discurso.

—Me dijiste que necesitabas confiar en mí, pero para eso yo también tengo que confiar en ti. Nadie confía a ciegas en nadie, Yun. Eso no está en la naturaleza humana, aunque nos lo intenten vender como tal. Así que habla, para que podamos empezar a trabajar en la parte que me toca. —Le miró fijamente, como si hacerlo le diese más peso a su argumento.
Él se lo pensó y así se reflejó en su mirada, que no se apartó de la suya. Sus ojos negros eran bonitos y profundos y Tatiana supo que, en otras circunstancias, en otra vida tal vez, habrían despertado algo poderoso en ella. Yun era una belleza extraña. Tumbado sobre la cama, sin camiseta, y con sus brazos fuertes flexionados detrás de la cabeza, Tatiana no supo de qué tenía más ganas, si de morderle, o de apuñalarle. Era su secuestrador y, como tal, era normal que despertase ansias homicidas en ella. Pero también despertaba otras sensaciones que le hacían preguntarse si no sería más fácil llegar a la confianza que él buscaba por medio del sexo.
Desvió ese pensamiento.
—Sólo digo que estaría bien que me dejases conocerte un poco —trató de sonar calmada, pues no quería acelerarse y que él sospechase que sus intenciones no eran genuinas—. Tú ya sabes mucho sobre mí.
—Y no estás contenta con eso —le recordó.
—No, no lo estoy, pero eso ya no se puede cambiar. Así que equilibremos la balanza, ¿quieres?
Yun se humedeció los labios, pensativo.
—Vale.
Tatiana hizo un asentimiento leve, satisfecha.
Yun se puso en pie y fue hacia su pantalón, que descansaba en la butaca. Sacó el teléfono móvil y también el tabaco. El primero, para pedir el vodka que le había prometido la noche anterior, y el segundo, para encenderse un cigarrillo con la cabeza ladeada.
Le tendió el paquete a Tatiana para que hiciese lo mismo y la botella llegó unos instantes más tarde, después de unos toques en la puerta. Junto a ella, dos vasos de cristal con grabados chinos en color blanco.
Yun la abrió sobre la cómoda y sirvió dos bebidas sin quitarse el cigarrillo de los labios, y le tendió a Tatiana la suya cuando regresó a la cama.
Tatiana supo que ahora jugaba en un terreno peligroso con él y que no debía perder el norte. Así que, para conservar la perspectiva, le dio un buen trago a su bebida. Cerró los ojos para saborear el alcohol frío y fuerte, que llegó cargado de nostalgia. Le supo a patria, a orgullo en un nueve de mayo, a noches leyendo a Tolstoi frente a la chimenea, a *pelmeni*, al sol muriendo tras las cúpulas de la catedral de San Basilio.
Le supo a su hogar.
Exhaló con desgana y luego se centró en el presente.
—Entonces, ¿qué te pasa?
Yun había recuperado su posición en la cama, recostado.
—Es sólo que añoro algunas cosas. —Una respuesta escueta acompañada de un trago al vodka.
Añoraba algunas cosas, como todo el mundo. La cuestión era cuáles.
Tendría que esperar un poco hasta que el alcohol llegase a su torrente sanguíneo y él comenzase a hablar sin reparos. Aun así, Tatiana imaginó por dónde iban los tiros.
—¿Cómo se llama ella? —Siempre era una mujer.
Yun dio una calada a su cigarrillo antes de hablar.
—No se trata de una mujer.
Tatiana sonrió con fastidio. Con Yun nada era como parecía.
—¿Un hombre, entonces? ¿Eres homosexual?

Yun le regaló una mirada de pocos amigos que fue una respuesta en sí misma.
—Bueno —Tatiana se aclaró la garganta—. ¿Echas de menos a tu familia, es eso? Dilo directamente porque no quiero estar toda la noche jugando a preguntas y respuestas.
—No quiero hablar de mi familia.
Tatiana estiró la espalda mientras apretaba el vaso con fuerza en su mano. Era un cristal delicado y temió romperlo en pedazos.
—¿Por qué? —dijo, con toda la calma que le fue posible—. Creía que íbamos a trabajar en el tema de la confianza.
—La familia es un tema muy privado.
En el fondo, él tenía razón. No era costumbre que una persona comenzase por hablar de sus asuntos más personales. Pero no importaba, Tatiana disponía de mucho tiempo ahora que él la tenía encerrada. Tan sólo tenía que ser más paciente y tener mucha mano izquierda con él.
Dio un trago al vodka y, por suerte, esta vez el sentimiento de nostalgia fue más suave.
—Vale, pues hablemos de otros temas. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —Una pregunta estándar que cumplía con el imperativo de empezar a construir la casa por los cimientos.
Yun se tomó unos segundos para ordenar las ideas.
—Practico judo desde muy pequeño. —Rodó el cigarrillo entre sus dedos, pensativo—. Me gusta la caligrafía, y también el arte, aunque no soy un gran coleccionista.
Tatiana absorbió la información nueva. Lo del judo justificaba el cuerpo atlético del que presumía. Lo del arte, que tuviese colgado en la habitación un cuadro tan caro y significativo. Desvió la vista hacia el paisaje que representaba.
—Tienes un Jacob van Ruisdael en la pared, el mejor paisajista del Siglo de Oro holandés —apuntó Tatiana—. A eso no le llamaría no ser un gran coleccionista.
—Es el único cuadro reseñable que tengo —se encogió de hombros—, así que, definitivamente, no lo soy.
—¿Y por qué ese? —quiso saber, curiosa.
Yun meditó la respuesta.
—Es dramático —pronunció, con sus ojos oscuros puestos sobre la obra—. Me gusta porque no tiene la inmediatez del paisajismo de siglos posteriores, sino que encierra algo más profundo dentro de lo que representa… Posee un simbolismo difícil de entender.
Tatiana le contempló durante unos instantes. Estaba de acuerdo con todas y cada una de las palabras que Yun acababa de pronunciar. Luego, puso la mirada en su vaso de vodka, mientras apretaba los labios.
—¿Me viste ese día?
Yun dio una calada sin quitarle los ojos de encima.
—Sí.
Él le había arrebatado ese cuadro en Sotheby’s y ella ni siquiera se había percatado de su presencia. Cómo iba a hacerlo, si la sala estaba abarrotada de gente que peleaba por hacerse con las mejores obras de arte.
—Así que… me lo robaste —concluyó.
—Sí —Yun no tuvo reparos en reconocerlo.
Tatiana asintió, despacio.
Ese era uno de los pocos cuadros que concebía colgado de la pared que había frente a su cama, uno de los pocos paisajes que quería contemplar cada mañana, cuando abriese los ojos.
—Cuando salga de aquí, me lo llevaré como pago por las molestias —le advirtió.
Y relegaría a un segundo plano el naufragio de Porcellis que ahora colgaba en su lugar. O tal vez

el cuadro de su padre que había sobre la chimenea del salón, ese que estaba harta de ver. El van Ruisdael se le antojaba mejor compañía para esas noches de invierno en las que tomaba vodka frente a la chimenea.
Yun no sonrió por la mierda de humor con la que había llegado esa noche, pero Tatiana pudo percibir su intención de hacerlo.
Él continuó.
—También me gustan los coches antiguos, sobre todo los de los 80 y los 90, aunque hace poco compré un Rolls Royce del 65.
El tema de los coches le daba absolutamente igual. Ella era fiel a su Bentley Flying Spur y todo lo demás le parecía tirar el dinero. Aun así, siguió la conversación.
—Mi madre conducía un Lamborghini Diablo —le confesó—. Y siempre me pareció horrible.
Yun esbozó una media sonrisa esta vez.
—Debería matarte sólo por decir eso.
—No creo ni que lo intentes. Te aburrirías demasiado viviendo tú solo en esta habitación. —Contuvo el sarcasmo con un trago largo que vació su copa.
Tatiana se puso en pie y fue directa a por la botella. Le quitó el tapón y lo dejó olvidado sobre la cómoda, pues la idea era que no volviese a necesitarlo. Cuando regresó, Yun todavía tenía el vaso por la mitad.
—No entiendo por qué bebes tan despacio —apreció Tatiana, todavía de pie.
A ella le interesaba que él bebiese más deprisa, que se alcoholizase rápido para darle las respuestas que buscaba.
—El vodka no es mi bebida favorita. —Yun hizo un leve encogimiento de hombros.
—Pues en Rusia se bebe vodka. —Una afirmación que esperaba que él confirmase.
Pero Yun no cayó en la trampa.
—No sabes si estamos en Rusia, ¿no? Así que puedo elegir qué beber. —Yun le dio otro trago y Tatiana sintió un impulso de romperle la botella en la cabeza y luego cortarle la femoral con alguno de los pedazos.
En su lugar, se sentó en la cama, a su lado.
—¿Tan horrible sería que me lo dijeras? —preguntó ella, con voz fría—. Saber si sigo en Rusia no cambiaría tanto las cosas.
Yun apuró la copa.
—Si no cambia tanto las cosas, ¿por qué te importa saberlo?
—Por mi paz mental —dijo, sin quitarle los ojos de encima—. Para no tener que luchar con esta sensación de exilio.
Él no se creía del todo su respuesta.
—Dos preguntas a cambio de una, ¿lo recuerdas?
Tatiana ya ni siquiera recordaba el trato que no habían llegado a hacer. Pero en ese momento decidió aceptarlo, aunque sólo fuese para ver hasta dónde llegaban con ello.
—De acuerdo. —Se acercó a él y le rellenó el vaso. Luego, rellenó el suyo y dejó la botella en el suelo—. Pues dime si estoy en Rusia.
Yun no se hizo de rogar.
—Sí, lo estás.
Tatiana asintió ante esa buena noticia. Que la casa tuviese decoración asiática la llevó a sospechar que tal vez se encontrasen en el extremo oriental, en la frontera con China, pero lo descartó rápidamente por el clima. Esa zona del país era monzónica y eso no encajaba con la meteorología que había visto desde su llegada.

Dentro de sus fronteras todo sería más fácil. Un rescate, una huida, todo tomaba un cariz distinto si la gente alrededor hablaba su misma lengua y si sabía cómo funcionaban los aspectos más básicos.
Se pensó su segunda pregunta. Daba por hecho que, de pedir información sobre Moscú, Yun mentiría si le resultaba conveniente. Por eso, decidió invertirla en algo más práctico.
—¿Me liberarás algún día? —Le contempló firme, quieta, como si así pudiese medir cómo de verdadera era su respuesta.
Yun se bebió la copa de un trago esta vez. Dejó el vaso sobre la mesilla y se incorporó hacia delante, para quedar frente a frente con Tatiana.
—Sí, lo haré —confesó, de forma un tanto extraña—. Algún día.
Tatiana le miró con cara de circunstancias. Esa respuesta vaga no le servía de nada, pero antes de que pudiese recriminarle, Yun le quitó el vaso de la mano. Lo dejó sobre la mesilla, justo al lado del suyo, en el que ya no quedaba ni una gota de vodka. Luego la encaró y acarició su mejilla. Su anillo estaba frío en contraste con el calor de su piel.
El gesto la violentó, pero no se movió de su sitio. Era mucho más invasivo que el de la noche anterior, cuando intentó liberar su estrés con esas técnicas chinas que no servían de nada. Esto era una caricia en toda regla, una hecha para despertar una emoción en ella, y no para borrarla. Tatiana no tenía claras sus intenciones, pero él se las reveló muy rápido.
Yun se acercó a sus labios y le dio un beso suave y pausado que, contra todo pronóstico, a Tatiana le supo bien. Luego, se apartó un poco para medir su reacción y sus rostros quedaron muy cerca. Los ojos de Tatiana puestos sobre esos labios que acababan de robarle un beso. Los de Yun buscaban su mirada.
Entonces supo que perder el norte era fácil con un hombre como él.
Tatiana puso los dedos sobre su pecho y le apartó. Una distancia necesaria para respirar, para asimilar esa situación que se le acababa de presentar. Yun la había pillado con la guardia muy baja.
Cogió aire, mientras se preguntaba hasta qué punto era capaz de involucrarse en algo físico con Yun sin que sus principios se tambaleasen. El fin justificaba los medios y lo que ella quería era salir de allí, pero en esa ecuación no entraba que le gustasen tanto sus labios.
—Lo siento —dijo él, sin que en su voz hubiese un ápice de arrepentimiento—. No debería haber hecho eso.
Un atisbo de deseo despuntaba en su mirada altiva y eso le hacía parecer más atractivo, más tentador.
¿Qué ganaba él con enredarse con ella? Tal vez pensaba que por medio del sexo la podría convencer, pero eso era demasiado absurdo como para darlo por hecho. O puede que solo estuviese aburrido y no contemplase mejor forma de remediarlo que esa.
—No importa —respondió Tatiana.
Él la observaba, calmado, como si no acabase de ocurrir nada que mencionar. Pero la realidad era que el aire se había vuelto irrespirable entre ellos dos, saturado de deseo sexual, de ganas de volver a besarse.
Tatiana se recordó que era inteligente y que, aunque ese beso la hubiese pillado desprevenida, tenía la claridad mental necesaria para manejar a Yun. Necesitaba manejar a Yun para salir de allí. Además, él era un maldito capricho, acostarse con él no supondría un gran sacrificio. Era su mejor oportunidad sólo por el hecho de que él mismo se la había puesto en bandeja, así que no debía desaprovecharla.
No se lo pensó más. Acortó distancias y le besó, un beso muy distinto al que le había dado él. El

suyo era intenso, caliente y devastador. No tardó en volverse delirante y los dos se dejaron arrasar por el fuego que acababan de encender. Acarició sus pectorales desnudos mientras sus lenguas se buscaban, ansiosas. Necesitaba más, los dos necesitaban más, así que Tatiana se subió a horcajadas sobre Yun y se abrazó a su cuello, sin romper el contacto con sus labios. La temperatura de la habitación subió varios grados y ambos fueron conscientes de que acababan de atravesar un punto sin retorno.

Él buscó su piel por debajo de la camisa de su pijama y acarició su cintura, para luego introducir las manos por dentro del pantalón y agarrarla del trasero con fuerza. La alzó con facilidad y la posicionó justo encima de su erección, de la que sólo los separaba la tela de la ropa. Tatiana se excitó, por sus dedos aferrados a su piel, por sus labios carnosos, que ardían contra los suyos, y por el contacto de sus cuerpos, que encajaban a la perfección. Llevaba mucho tiempo sin sexo y tal vez por eso perdía el control de esa forma. El trabajo y las responsabilidades no le dejaban espacio para tener encuentros con nadie, y así había sido durante mucho tiempo. Además, ella sólo tenía ojos para un hombre. Bogdam.

El recuerdo de Bogdam golpeó brutal, fiero. Llegó como una bola de demolición que impactó justo en su pecho y Tatiana no pudo continuar con el beso. Se apartó de Yun y sintió que se le atascaban las palabras. No quería que él percibiese sus emociones, pero estas estaban descontroladas.

—¿Qué ocurre? —Yun notó el cambio drástico en su estado de ánimo.

Tatiana apretó el puño mientras luchaba por recomponerse. Estuvo a punto de titubear, pero logró sonar clara.

—Eres mi secuestrador, Yun —pronunció, para salir del paso.

Un buen argumento que tampoco era ninguna mentira.

¿Tan jodida estaba por Bogdam que ni siquiera podía acostarse con otro hombre por pura conveniencia? Él no había tenido los mismos reparos para acostarse con Natalia y eso la hizo sentir más estúpida que en toda su vida. Y también culpable, por enfadarse con Bogdam cuando lo más probable era que estuviese muerto.

La rabia se mezcló con los celos y, como resultado, le quedó una terrible sensación de frustración y tristeza que le impidió seguir adelante con su propósito de acostarse con Yun.

Él se dio cuenta de la gravedad de la situación.

—Si me hubieses conocido de otra forma, ¿no harías esto? Los dos queremos esto, Tatiana.

Tatiana se apartó el pelo hacia atrás y se bajó del regazo de Yun, mientras luchaba desesperadamente por ordenar sus emociones.

Esa pregunta no mejoró su ánimo, ya que estaba segura de que nunca habría tenido nada con Yun en un contexto distinto. Sí, no podía negar que despertaba una reacción en ella, pero Tatiana sentía demasiada hostilidad hacia los chinos como para mezclarse con ninguno. Cuando le vio la primera vez, después de despertarse en la habitación del hotel abandonado, le pareció más guapo y atractivo que el resto de los que se había cruzado en su camino, pero eso no le daba ninguna oportunidad. Si la tenía ahora era porque quería salir de allí y porque, por algún motivo, el tiempo que habían pasado juntos había suavizado sus prejuicios hacia él. Gracias a ello, podía mirar a Yun con unos ojos con los que nunca le habría mirado antes, y eso le abría puertas a situaciones que, de otra forma, nunca habrían ocurrido.

Pero el fantasma de Bogdam acababa de arruinarlo todo.

Tatiana supo que la situación no tenía arreglo.

—Estoy confusa, perdóname. —Se puso en pie y cogió la botella de vodka.

Siempre se había considerado una mujer sin escrúpulos, pero, al parecer, estos habían brotado en

su interior sin que ni siquiera se diese cuenta de ello.
Tatiana volcó la botella sobre su vaso, que se llenó hasta rebosar. El vodka se vertió sobre la mesilla y tuvo que agacharse a darle un trago primero para poder cogerlo. Estaba nerviosa.
—Tatiana. —Yun la observaba desde la cama.
Ella le dio varios tragos seguidos más, hasta que dejó el vaso por la mitad.
—Lo siento, Yun —dijo, con la voz atascada por los tragos encadenados. No tenía ganas de hablar. Cogió el tabaco, que estaba sobre la cama, y se fue al balcón a fumar un cigarrillo.
Yun la siguió, para su fastidio.
—¿Qué te ha pasado?
—Ya te lo he dicho —Tatiana fue brusca.
Al parecer, a Yun no le había convencido tanto su respuesta como había creído en un primer momento.
—Te conozco, Tatiana, aunque tú creas que no —su tono era serio—. Sé que te acostarías conmigo sin dudarlo si eso te acercase un poco a salir de aquí. Por eso quiero saber por qué no lo haces.
Tatiana no contestó. Se limitó a beberse el vodka y fumarse el cigarrillo como si la presencia de Yun no fuese real.
—¿Es por mí? —dijo, a media voz, mientras la estudiaba—. No, no es por mí. He visto cómo me miras y cómo me tocas.
Tatiana resopló con burla.
—¿Y cómo te miro, Yun? —su tono sarcástico no opacaba la curiosidad por saber la respuesta.
Yun acortó distancias y habló muy cerca de ella.
—Como si quisieses arrancarme la ropa y morderme por todas partes —de nuevo, el deseo sexual se reflejó en su mirada, y Tatiana tuvo que apartar la suya.
Dio otra calada al cigarro y lo lanzó al vacío, a medio fumar. Luego, apuró su vodka.
—Me voy a dormir.
Se dio la vuelta, pero Yun la atrapó por la muñeca.
—Espera.
La atrajo hacia sí y la tomó de la cintura para mirarla a los ojos. Pero ella los tenía puestos en la oscuridad, lejos de los suyos, y si le permitía tal contacto era por no tirar por tierra los avances que tal vez había logrado con su intento frustrado de tener sexo.
Los recuerdos de Bogdam y su mal manejo de las emociones la habían cabreado y ahora no se sentía capaz de razonar con nadie.
—Sé que hay otro hombre —Yun era asquerosamente observador—, pero me da igual. Ya has visto la intensidad del fuego que hay entre nosotros dos.
Tatiana negó con la cabeza.
—Ha sido por el vodka, Yun —respondió, condescendiente—. Con vodka, una chispa muy pequeña se puede convertir en una llamarada.
Yun se humedeció los labios y Tatiana estuvo tentada de besarlos de nuevo, o quizás de morderlos con fuerza para desgarrarlos.
—Sin chispa, nunca puede haber fuego —le recordó, con una mirada arrogante que le resultó tentadora—. Así que no niegues lo evidente.
Estaba en lo cierto, pero ya no le quedaban fuerzas para sacarse de encima el recuerdo amargo de Bogdam.
—Necesito descansar —le miró con desgana—. Hablaremos mañana.
Él la dejó escabullirse y Tatiana se marchó al baño. Agradeció poner distancia con Yun, pues

estaba aturdida. Ella no era de las que se escondían, pero allí no había un maldito sitio al que huir que no fuese ese. Tenía demasiados sentimientos encontrados y muchos frentes abiertos consigo misma, y no pensaba manejarlos en caliente. Tomó una ducha de agua fría que congeló todas sus emociones de forma temporal, justo como necesitaba. Eso también le proporcionó algo de tiempo para dejar que lo ocurrido se asentase.

Para cuando regresó a la habitación, todo estaba en penumbra y Yun se había metido en la cama. Supo que no estaba dormido, pero no hizo amago de iniciar ningún tipo de conversación con él. Él lo respetó, así que ocupó su lado y cerró los ojos.

Podían fingir normalidad, pero la realidad era que iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 22

«Lo que la razón teje, la pasión lo deshace».

Alexander Pope

Tatiana se despertó en medio de la oscuridad, pero no tenía ni idea de qué hora era. La luna estaba alta en el cielo y supuso que no debía haber pasado mucho tiempo desde que se quedó dormida. El resplandor que entraba por el balcón lo cubría todo con una luz tenue que hacía que los rasgos de Yun, que dormía a su lado, se adivinasen a pesar de la penumbra.

Se pasó la mano por la frente, como si de esa manera pudiese disipar todas las ideas y sensaciones que se habían quedado paralizadas en su cabeza en el instante en el que se había dormido. Ahora, cobraban vida de nuevo y regresaban para asediarla en medio de la noche, y no era capaz de silenciar ninguna de ellas.

No tenía ni idea de cómo había podido dejar pasar una oportunidad tan buena como la que Yun le había brindado unas horas atrás, de cómo había podido manejar tan mal sus emociones. Se sentía como una estúpida. El recuerdo de Bogdam la había cohibido hasta el punto de que ni siquiera había sido capaz de salir del paso con dignidad. Le había dicho a Yun que no podía acostarse con él porque era su secuestrador, pero él había desmontado su argumento con una velocidad pasmosa.

Y ahora sabía que ella estaba enamorada, y no precisamente de él.

Bogdam, siempre se trataba de Bogdam. Incluso en ese momento, cuando tal vez estuviese muerto, estaba en el centro de su vida con el foco apuntando directamente hacia su persona.

Aceptar eso era duro, pues él no había tenido ningún reparo en enredarse con otra. Esa idea la recomía por dentro desde el día que le descubrió con Natalia, pero ahora la herida ardía con más fiereza que nunca. Era incapaz de acostarse con Yun por culpa de sus sentimientos hacia Bogdam, cuando Bogdam no había tenido ningún problema para irse con otra mujer cuando le había resultado oportuno. Pero ¿qué esperaba? Quería odiarle, pero no podía, y en ese instante menos que nunca.

Se preguntó si no se estaba volviendo una mujer débil. Nunca se había considerado como tal, pero ahora tenía sus dudas. Tampoco sabía con certeza en qué punto había comenzado el declive. ¿Tras la marcha de Aleksei, quizá? Ellos siempre habían estado muy unidos y él había dejado un vacío muy marcado en su vida.

Pero nadie con el corazón de Tatiana se ablandaba en unos pocos meses y sólo ante el pretexto de que su hermano favorito se hubiese mudado a un puñado de kilómetros de distancia. Quizás todo comenzó con la muerte de su madre, su pilar más importante. O puede que siempre hubiese sido débil y que hasta que la vida no la había colocado en una posición difícil no hubiese sido consciente de cuánto.

Que Yun era un capricho era algo innegable. No debería tener reparos en darse un par de revolcones con él, e incluso él lo sabía. Pero entonces, ¿por qué le resultaba tan complicado?

Tatiana apretó los dientes, frustrada.

Su madre siempre la comparaba con una matrioska. Solía decir que Tatiana era una mujer con muchas capas, con muchas caras y con la suficiente sangre fría para escoger cuál de ellas mostrar

en cada momento. En parte, no se equivocaba. Para casi todos, Tatiana era una zorra vestida de alta costura que miraba al mundo con desprecio desde la parte trasera de su Bentley, una mujer que cortaba la yugular a quien no le daba la respuesta que esperaba en un interrogatorio, una criminal carente de humanidad. Pero había mucho más. Esa sólo era la imagen que usaba para los negocios y para manejarse con la mayoría de las personas de las que se rodeaba en su día a día, era Tatiana Kozlova en su máxima expresión.

Pero debajo de ese cascarón de acero existía un universo mucho más complejo. Debajo existía una Tatiana que estaba dispuesta a sacrificar todo lo que tenía por Aleksei, una que era capaz de entender a su hermano Viktor cuando nadie más lo hacía. Estaba esa que creaba un muro de hielo para alejar a Bogdam, a sabiendas de que algún día se desmoronaría. Y estaba la que podía amar, la que podía tener compasión, empatía. En definitiva, la que todavía no estaba cubierta por las cicatrices que provocaba el mundo en el que le había tocado crecer.

Y en el punto más abismal se escondía una pequeña muñeca que ya no se descomponía en ninguna otra. En ella residía su esencia más pura, sus miedos más aterradores y sus virtudes más brillantes. Sus carencias, sus defectos y sus anhelos más profundos.

Allí, en el fondo, guardaba todo su dolor para poder seguir adelante, un dolor que ahora Yun había percibido con mucha claridad. Él había logrado ver con sus propios ojos la silueta oscura de Bogdam pululando a su alrededor y había rozado con las yemas de los dedos la herida que todavía sangraba en su pecho, muy por debajo de la piel. Yun había llegado muy lejos, y ahora sentía pánico ante la idea de que él tuviese poder para entrar más profundo de lo que ella era capaz de controlar.

Tatiana le contempló a través de las sombras. Él dormía de lado, con un brazo debajo de la almohada y el otro sobre su abdomen desnudo. Era un hombre muy guapo y un secuestrador muy blando. Ni siquiera cuando la había tenido encerrada en el hotel abandonado se había comportado como se esperaba, dado su rol en toda esa situación. Irónicamente, Tatiana se había hecho más daño a sí misma de lo que nunca le había infligido él.

Pero sabía que Yun no era inofensivo. Sus ojos rasgados reflejaban crueldad en muchas ocasiones, tenía una inteligencia afilada y llevaba la arrogancia escrita en el ADN. A pesar de ello, Yun poseía también cierta sensibilidad que no se molestaba en ocultar, y eso la desconcertaba. Él actuaba como si no le rindiese cuentas a nadie, ni por lo bueno ni por lo malo. Era un hombre que no se ajustaba a los cánones y a quien no le quitaba el sueño lo que pensasen los demás. Si no, nunca la habría raptado con la aspiración de obtener los contratos con Corea del Norte, cuando eso era un disparate en toda regla.

Tatiana admiró sus labios bonitos y el recuerdo de su beso sacudió algo en su interior. Entonces supo qué era eso que le impedía fluir con Yun. Era miedo. Miedo a que la pillase en un momento vulnerable y desarrollase algún tipo de sentimiento hacia él. Miedo a que él atravesase todavía más las paredes que la protegían y alcanzase a ver su esencia más profunda.

Ese miedo se mezclaba con sus sentimientos hacia Bogdam y formaban un amasijo en su interior con el que le resultaba muy complicado lidiar. Pero si algo necesitaba en un momento como ese era lucidez, así que debía hacer acopio de toda la que disponía para blindar sus emociones y hacer lo que tenía que hacer.

Sí, se acostaría con Yun, y cuando saliese de allí, buscaría a Bogdam y le diría todas esas cosas que se había guardado durante años, aunque fuese delante de su tumba.

Ahora, necesitaba bloquear todos esos obstáculos y actuar en su conveniencia.

Tatiana alargó la mano y repasó con un dedo la mejilla de Yun. Era suave, como todo él. Luego la alzó y alcanzó su pelo negro y liso. Los mechones fuertes brillaban con el reflejo de la luz de

la luna que se filtraba desde el exterior.
No, nunca habría tenido nada con él si se hubiesen conocido en otras circunstancias, y era una pena tenerlo tan claro, pues Yun le parecía un hombre interesante y distinto, alguien con quien tener conversaciones de todo tipo y mucho sexo ardiente y placentero.
Él se despertó. Abrió un poco los ojos mientras Tatiana todavía le acariciaba el pelo. No rehusó su contacto, sino que la observó en silencio.
Tatiana se dijo una vez más que el sexo sería el camino hacia su libertad.
Bajó la mano y acarició su labio inferior con el dedo. Un roce suave que encerraba una declaración de intenciones y que Yun no dejó pasar. La atrajo hacia sí y comenzó a besarla, lento, casi tímido, y a la vez provocador. Sus labios eran un pecado y aceleraron su ritmo cardíaco con sólo unos pocos roces.
Tatiana acarició la piel de su abdomen mientras trataba de profundizar el beso, pero Yun no se lo puso fácil. Se apartaba cada vez que ella se lanzaba hambrienta a su boca, sólo para contemplarla en la penumbra y besarla de nuevo, suave. Yun quería llevarla a su terreno y contaba con la paciencia necesaria para ello.
Ella deslizó la mano hasta su culo y lo agarró con ganas. Era firme, atlético. Luego, rozó la piel de su cadera con la punta de los dedos en su camino para atrapar la erección que estaba segura que Yun tenía entre las piernas. Pero él no se lo permitió. Frenó su mano y siguió torturándola con los labios.
Tatiana susurró entre medias de sus besos.
—La suavidad no va conmigo. —Una verdad que confesó fatigada por la excitación.
Yun permitió que sus lenguas se acariciasen por primera vez y Tatiana supo que no había vuelta atrás. Ya nadie podía detener lo que estaba a punto de ocurrir.
—Nunca es tarde para cambiar de opinión. Yo te lo enseñaré.
La mano de Yun se coló por debajo de la camisa de su pijama y buscó su pecho. Apretó su pezón con cierto cariño mientras sus labios volaban hacia su cuello y dejaban una estela de besos húmedos y calientes sobre su piel. Él se tomó su tiempo. La besó de forma pausada, dispuesto a no dejar ni un milímetro libre del paso de sus labios.
La tortura se prolongó durante largo rato. Cuando se cansó de atormentarla, se cernió sobre ella. Su pelo caía hacia delante y tapaba un poco sus ojos negros, unos ojos peligrosos y sexuales. Yun le quitó la camisa del pijama y luego contempló sus pechos expuestos. Los acarició con suavidad antes de regresar a la tarea de destruirla con su lengua.
Yun lamió y succionó sus pezones con una delicadeza delirante. Agarró sus costillas con cuidado mientras su boca causaba destrozos en todas sus terminaciones nerviosas.
Le enseñó que la suavidad podía ser devastadora.
Recorrió su abdomen despacio, a pesar de que Tatiana se revolvía inquieta, como un gato atrapado, ansiosa por recibir mucho más. No se detuvo hasta que llegó a sus pantalones, los que bajó con un movimiento perezoso. Yun disfrutaba de cada segundo del camino y descubrió que eso la excitaba también a ella.
Una vez la tuvo desnuda frente a él, condujo los brazos de Tatiana hacia su cabeza con una caricia muy medida.
—Agárrate. —La instó a agarrarse al colchón con los dedos.
Tatiana obedeció con mucho esfuerzo, pues su instinto era empujar su pecho y tumbarle de espaldas, para luego subirse sobre él. Ella solía llevar la voz cantante en el sexo y lo que Yun proponía estaba muy lejos de eso. Se agarró a duras penas con la mano en la que llevaba el yeso, pero con la otra lo hizo justo como Yun le pedía, pues la curiosidad se convirtió en voluntad.

—Por cada vez que te sueltes, te quitaré algo, ¿uhm? —advirtió Yun, muy cerca de sus labios. Su mirada ardía y prometía algo grandioso.
Tatiana mordió su labio inferior a modo de réplica y luego lo chupó.
—No puedes quitarme nada, ya lo sabes —le recordó con un susurro.
En respuesta, Yun se apartó y agarró su cuello de forma un tanto amenazante. Su pulgar acariciaba la piel donde le latía el pulso, mientras que el resto de los dedos la atrapaban con firmeza. Allí, cernido sobre ella, pudo ver un atisbo del poder del que se alimentaba esa soberbia que tanto le definía.
—Todavía puedo quitarte muchas cosas, así que asegúrate de que haces lo que te digo. —Palabras arrogantes cargadas de sinceridad y lujuria contenida.
Aunque el toque de Yun era suave, sus palabras eran duras, y ese contraste la excitó más de lo que ya lo estaba. Contempló sus labios entreabiertos y quiso morderlos con fuerza, darle su merecido por decirle todas esas cosas ahora que ella sólo deseaba que se clavase entre sus piernas. La excitación se revolvía con la rabia en su interior, dos emociones que bullían frenéticas como lava hirviente.
Yun la besó. Un beso mucho más erótico que ninguno que le hubiese dado antes y que la hizo querer soltar las manos del borde de la cama, a pesar de que no llevaba ni un suspiro agarrada allí. Abandonó sus labios y descendió por su cuello para recorrer de nuevo su piel excitada. Su dedo pulgar jugaba con el pezón mientras que el anillo que siempre llevaba puesto se clavaba en su piel. Un jadeo escapó de los labios entreabiertos de Tatiana. Quiso agarrarle del pelo y obligarle a lamerla con más intensidad, exigirle que apretase sus dedos con más fuerza, pero no quería descubrir qué le quitaría Yun si ella se soltaba. Al menos, no todavía.
Él bajó por su abdomen y dejó un rastro húmedo y ardiente de besos por el camino. Adoró con sus dedos cada curva y cada milímetro de su piel. Tatiana supo a dónde iba y se preparó para lo que estaba por llegar.
Yun le agarró los muslos y los abrió con cuidado. Luego, levantó la cabeza para mirarla.
—Agárrate —repitió, arrogante, justo antes de sumergirse entre sus piernas.
Tatiana se arqueó al primer contacto de la lengua de Yun. Su saliva era abrasadora y supo que no aguantaría mucho. Él empezó a explorarla sin prisa y ella no pudo hacer otra cosa que agarrarse a donde era capaz y dejarse llevar por el placer oscuro que Yun le proporcionaba. Su piel se cubrió de sudor mientras él se dedicaba en cuerpo y alma a lamer su centro, a torturarla con esos labios carnosos y perversos que sabían muy bien cómo jugar. Ansiaba alcanzar el orgasmo y Yun se lo negaba de forma deliberada, sólo para alargar un poco más ese delirio erótico.
Tatiana apretó la mandíbula, se retorció sobre las sábanas e hiperventiló durante los largos minutos que duró esa mezcla de tortura y veneración. Resistió mucho más de lo que creía posible y luego se rindió. Se soltó del colchón y agarró a Yun del pelo con su mano útil. Le obligó a levantar la cabeza, a salir de entre sus piernas, y encontró una sonrisa provocadora en sus labios húmedos, como si le alegrase saber que Tatiana no había soportado lo que él tenía para ella, como si su rendición fuese su propia victoria.
Tatiana le atrajo hacia sí y le obligó a darse la vuelta. Le tumbó bocarriba con un movimiento brusco y se subió a horcajadas sobre él. Ya estaba harta de juegos, de preliminares que la llevaban a rozar la locura. Bajó el pantalón de Yun con fuerza y se clavó en su erección con un solo movimiento.
Ambos exhalaron por la sensación visceral, pero, llegados a ese punto, poco le importaba a ella el placer de Yun. Tatiana buscaba el suyo propio, así que comenzó a moverse sobre él mientras que con su pulgar le acariciaba el labio inferior. Estaba obsesionada con esa parte de su cuerpo,

cautivada ahora que sabía lo que se sentía al tocarlo y besarlo. No se pudo contener y su dedo dio paso a sus dientes. Tatiana se inclinó para morderle y eso los excitó a los dos. Puede que apretase más de la cuenta, pero la culpa era sólo de él por haberla conducido a ese límite que ahora era tan difícil de manejar.

Estaba demasiado excitada, empapada por el tormento al que él la había sometido, y enseguida sintió como se acercaba al orgasmo. Se movió con urgencia mientras la mirada caliente y oscura de Yun se clavaba en ella. Esos ojos negros fueron el empujón que le faltaba para alcanzar el zénit y Tatiana culminó de forma gloriosa. Su cuerpo se consumió por el torrente de adrenalina pura que él le proporcionaba y el orgasmo rozó la perfección. Gimió sin dejar de moverse sobre Yun y no abrió los ojos hasta recibir todos y cada uno de los segundos de placer que le correspondían. Entonces, descubrió que él la miraba como quien contempla a un animal raro y fascinante.

Eso la intimidó en algún punto, pero lo ignoró. En lugar de apartarse, continuó moviéndose. Acarició sus abdominales fuertes mientras él se derretía debajo de ella. Y darle placer de esa forma la hizo sentir poderosa.

—Vamos, Yun —susurró—. Dame todo lo que tienes.

Él se tomó sus palabras al pie de la letra. La instó a quitarse de encima y ella accedió con mucho esfuerzo. Le gustaba la sensación de dominancia que le otorgaba esa posición de superioridad. Pero Yun quería sumergirse entre sus piernas y Tatiana se lo consintió. Se colocó sobre ella y la penetró con una lentitud que ensalzó los resquicios del orgasmo que acababa de experimentar. Ambos exhalaron al unísono y luego Yun comenzó a moverse con una sensualidad que la dejó pasmada.

El muy desgraciado era un auténtico sádico sexual. Despertó un placer en ella que creía imposible y Tatiana se descubrió meciendo las caderas en busca de más. Yun besó su cuello mientras se movía sobre su cuerpo y la condujo directa al límite de lo razonable. Necesitaba más de él, así que se aferró a su espalda desnuda como si así pudiese exprimir cada instante de placer que Yun le proporcionaba.

Pero antes de que pudiese tener un segundo orgasmo, él sonrió provocador y luego aumentó el ritmo para buscar el suyo propio. Y lo logró. Se corrió con su frente pegada a la suya y la dejó con ganas de más, insatisfecha de alguna forma. Más hambrienta de lo que estaba antes de empezar.

Tatiana le contempló jadear mientras ella también luchaba por regular su respiración. Lo que acababa de ocurrir entre ellos había sido intenso, profundo y, de alguna manera, trascendental. Y quería más.

Él había conseguido que ella olvidase que era su secuestrador. Durante un rato, sólo habían sido un hombre y una mujer con una energía sexual demasiado peligrosa pulsando entre ellos. Y claro que necesitaba más. Yun era un maldito dios en la cama, una deidad de mirada penetrante cuyo erotismo resultaba adictivo.

Él entrelazó su mano con la suya, que descansaba sobre la sábana. Un gesto demasiado íntimo que no encajaba en el contexto que existía entre ellos dos. Ambos se contemplaron bajo la luz de la luna, todavía afectados por lo sucedido, y Tatiana supo que la descarga de oxitocina no les conduciría a nada bueno. Por eso, le instó a quitarse de encima y ella se apartó a un lado.

Permanecieron en silencio durante un rato, hasta que Yun rompió la quietud que reinaba en la habitación.

—Te dije que no te soltaras —un reproche suave y todavía cargado de cierto matiz sexual.

—Llevo muy mal que me den órdenes. —Era así en todos los ámbitos de su vida.

—Ya sabes lo que pasará ahora.
No dejó que su arrogancia le afectase.
Necesitaba un cigarro, así que se levantó de la cama y echó un vistazo a su alrededor.
—¿Dónde está el tabaco?
—Tal vez te quite eso —dijo Yun, perezoso. Un brillo de malicia despuntó en sus ojos, a través de las sombras.
Tatiana sonrió con irritación.
—Si me quitas eso, ten por seguro que te mataré.
—Ni siquiera te acercarías a intentarlo.
Tatiana puso los ojos en blanco. Yun le regaló una media sonrisa descarada y hubo cierta complicidad en el ambiente que, a todas luces, resultaba peligrosa.
—Ya sabes dónde está el tabaco —añadió, suave esta vez.
Eso era justo lo que Tatiana quería escuchar. No perdió el tiempo y caminó hacia la butaca donde estaba la ropa. Mientras metía la mano en el bolsillo para sacar la cajetilla, fue consciente de la cámara que enfocaba sus movimientos. Lo extrajo y se encendió un cigarrillo para Yun. Luego caminó hacia su lado de la cama y se lo tendió.
Yun lo tomó entre sus dedos.
—*Xiè le.*
Tatiana suspiró con cierto malestar.
—No me hables en chino, y menos ahora. —Se encendió un cigarrillo para ella y se sentó al lado de Yun.
—Lo siento —reconoció sin mucha emoción, mientras daba una calada profunda. Por algún motivo, sus disculpas nunca sonaban sinceras.
El humor con el que Yun cargaba esa noche había mejorado de forma considerable después del sexo. Era gracias a ella y supo que podía hacer de ello una herramienta muy valiosa.
Yun no le quitaba los ojos de encima. Con el pelo revuelto y esa expresión satisfecha, le dieron ganas de pedirle un segundo asalto. Pero era tarde y estaba cansada. También confusa, por la intensidad de lo que había ocurrido entre ellos.
—¿Y qué me vas a quitar? —quiso saber.
Yun expulsó el humo del cigarro, pensativo.
—Todavía no lo sé. Sólo sé que empiezas a deberme algunas cosas —le recordó.
Tatiana no tuvo que hacer mucha memoria para entender a qué se refería.
—Sí, te debo una respuesta —dijo, mientras sacudía la ceniza—. Cuando te dé la gana hacer la pregunta.
Yun rodó el anillo alrededor de su dedo.
—Todavía no —sentenció.
Fumaron en silencio, mientras se observaban el uno al otro, como si después de compartir sus cuerpos, ahora tuviesen que compartir, de alguna manera, sus almas. Algo muy poco conveniente para ambos.
Ahora que había superado la crisis emocional, que había dado el paso de acostarse con él, todo se veía mucho más fácil. Incluso caer en la telaraña de Yun. Por eso, apagó su cigarrillo a medio fumar y se marchó al baño, como acostumbraba a hacer cuando las emociones la asfixiaban. Necesitaba una ducha para limpiar su cuerpo y también para deshacerse del residuo emocional que le dejaba ese encuentro tan íntimo con él.
Si todo iba bien, saldría de allí mucho antes de lo que pensaba, y ese era el mejor aliciente para seguir adelante ahora que él le había abierto el camino de su cama.

Tatiana accedió a la ducha y abrió el grifo. El vapor brotó del agua caliente y fue consciente de algo. Aunque los separase un muro de ladrillo, se sentía conectada a Yun todavía.
No pudo sino preguntarse: ¿qué acababan de hacer?

Capítulo 23

«Probamos el oro en el fuego, distinguimos a nuestros amigos en la adversidad».

Isócrates

Katia dio vueltas a la cuchara para mezclar bien el contenido del vaso que tenía entre las manos. Janina le había dejado unos sobres de cacao soluble hacía unas horas, junto con un poco de leche. Entonces había sido incapaz de bebérselo, pero ahora, justo después de vomitar, necesitaba desesperadamente algo dentro de su estómago.

Eran las cinco de la madrugada y Aleksei no había regresado. Katia había tenido un día horrible, así que se alegró de que fuese así. Las náuseas habían empeorado en las últimas horas y se preguntó hasta cuándo sería capaz de ocultar el estado en el que se encontraba. ¿Cómo le iba a explicar que no vomitaba porque estuviese enferma, sino por un motivo muy distinto y mucho más relevante?

Dio un par de sorbos pequeños que le sentaron bien y eso le insufló la confianza suficiente como para terminarse el vaso de varios tragos seguidos. Luego, se fue a la cama. Estaba cansada. Tanto, que si por ella fuese, pasaría el día entero allí tumbada. Mataría dos pájaros de un tiro de ser así, pues recuperaría energías y, a la vez, no tendría que enfrentar el ambiente hostil y tenso que se respiraba detrás de las paredes de esa habitación. Abrazó la almohada, lista para dormir, pero el sonido de unos toques suaves en la puerta frenó su intención. No se imaginaba quién podía querer algo de ella a esas horas de la noche. Pensó en ignorarlo, pero la persona tras la puerta llamó de nuevo y a Katia no le quedó otra que salir de entre las sábanas para ver quién la buscaba.

Todavía no había llegado a su destino cuando escuchó una voz tenue al otro lado.

—Katia, soy yo, abre.

Era Gia y no tenía ni idea de por qué estaba despierta a esas horas.

Katia abrió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella llevaba unos pantalones de deporte grises y una camiseta de manga corta del mismo color. Su pelo moreno, sujeto en una coleta alta. Gia estaba lista para ir a alguna parte y eso era un mal augurio.

—Tienes que venir conmigo —anunció, sin rodeos.

Katia sintió una punzada de pánico.

—¿Ha pasado algo?

—No, no, Katia, no es por nada malo —susurró—. Pero tienes que venir conmigo ahora, date prisa.

Katia accedió sin pensarlo demasiado. Gia tenía ese poder, conseguía que ella hiciese cosas que, de pedírselas otra persona, las analizaría con detenimiento primero. La culpa de eso la tenía la confianza ciega que surgía de la amistad que habían construido a lo largo de los años. Pero Gia era peligrosa. No tenía reparos en meterse en problemas si la situación lo requería, y supo que estaba ante uno de esos momentos. A pesar de que era consciente de ello, Katia cogió la bata ligera que tenía sobre una de las sillas y se la echó por encima.

—Vamos a ir a la enfermería —anunció Gia, impaciente.

Katia se detuvo en seco. Como sospechaba, lo que su amiga le proponía era peligroso.

—¿Para qué?
Gia puso cara de circunstancias.
—¿Para qué va a ser? Para hacerte una ecografía.
A diferencia de Gia, Katia nunca se había planteado que la enfermería dispusiese de un ecógrafo. Aunque era una buena noticia, la invadió un miedo extraño. Tal vez porque no estaba preparada para la posibilidad de que su gestación no evolucionase bien.
En realidad, nunca estaría preparada para algo así, nadie lo estaba. Por eso se dijo que, si Gia lograba ahorrarle una visita al hospital con ese plan descabellado, bien hecho estaría.
Sólo había un problema: la casa estaba llena de gente.
—Es muy arriesgado —mencionó.
Lo último que deseaba era que Aleksei se enterase de la noticia por una tercera persona. O, peor aún, que intentasen hacerle daño a ella para hacérselo a él, ahora que cargaba con algo tan valioso en su interior.
—A estas horas es seguro. —Gia la tomó de la mano para que comenzase a andar—. Todos están dormidos y los que están despiertos es porque hacen guardia fuera. Viktor está como un tronco y Aleksei todavía no ha vuelto.
—¿Cómo lo sabes?
Gia respondió a desgana, como si la charla retrasase demasiado sus planes.
—He pasado la noche vigilando, Katia. Por eso sé que el momento perfecto es ahora.
Todavía no estaba segura de que fuese buena idea, pero la acompañó.
Salieron al pasillo y lo recorrieron en silencio, a buen ritmo. Las luces estaban encendidas, como siempre, pero esta vez se le antojaron más luminosas que de costumbre, puede que por el miedo a que alguien las descubriera. Cualquiera podría verlas caminar a toda prisa desde la rendija de una puerta entreabierta y sospechar que urdían algo. Cuando llegaron al final del pasillo, Gia se agachó para asomarse al *hall* y comprobar que allí no había nadie. Todo estaba despejado, así que bajaron las escaleras a toda velocidad y fueron directas a la enfermería.
No se cruzaron con nadie en el camino. Accedieron a la sala a hurtadillas, guiadas por la luz de la linterna del teléfono móvil de Gia, y encontraron todo destartalado a su alrededor. Alguien había usado la enfermería para curar a un herido, o a varios, y había restos de sangre en el suelo y material desordenado por todas partes.
Gia la condujo a una segunda sala, que resultó ser la misma en la que Tatiana le había hecho una radiografía un tiempo atrás, justo después de que ese chino intentase asesinarla en su propio restaurante. De eso ya había pasado mucho tiempo y ahora su vida era muy diferente.
—Túmbate en la camilla —susurró Gia, apresurada.
Katia obedeció, un poco atosigada por el nerviosismo. Todo sucedía muy deprisa y era consciente de que había demasiado en juego.
Gia acercó un aparato con ruedas que estaba pegado a la pared y lo colocó al lado de la camilla. Alumbró el panel con la linterna del móvil y encendió el monitor. Pulsó varios botones con aspecto concentrado, lo que impacientó a Katia aún más. Debían ser rápidas, y Gia no estaba siendo nada rápida.
—¿Te estás tomando las vitaminas que te traje? —preguntó, sin quitar su atención de lo que hacía.
Preguntaba por llenar el silencio que sabía que alimentaba los nervios de Katia.
—Sí, sí que me las tomo.
Tomaba una pastilla cada mañana, antes del desayuno. Gia le había dicho que eran fundamentales para el buen desarrollo del bebé.

Ella exhaló con alivio cuando logró configurar el aparato. Luego, sacó un bote de gel del compartimento inferior y le levantó la camiseta.
—Bájate un poco el pantalón también —añadió.
Katia así lo hizo. Gia puso un poco de gel sobre su piel y lo extendió con la sonda. Comenzó a moverla sobre su vientre sin quitar los ojos de la pantalla, y así pasó los siguientes minutos. Arrugaba la frente de cuando en cuando, o estrechaba los ojos, o susurraba algo para ella misma. Y Katia comenzó a ponerse ansiosa. Aguardó el veredicto con los ojos puestos sobre la oscuridad que había sobre ella, pero el veredicto no llegó.
Gia se pasó la mano por la cara y luego colocó de nuevo el ecógrafo en la zona central de su vientre.
No quería preguntar qué ocurría porque tenía mucho miedo de escuchar la respuesta. Aunque había descubierto su embarazo hacía poco tiempo, ella ya quería a ese bebé, ya se sentía preparada para defender con uñas y dientes la nueva vida que crecía en su interior. De alguna manera, ya se sentía madre, y eso no era algo que cambiase en un segundo.
Pero, por desgracia, un segundo era suficiente para que la vida se esfumase entre sus dedos.
—Oye, Gia… —pronunció, con una exhalación que expresaba mucho más de lo que deseaba.
—Espera, Katia —cortó, brusca.
Movió el ecógrafo en otra dirección, más abajo esta vez. Lo giró en distintos ángulos, despacio, más suave, como si tuviese miedo de ser demasiado impaciente y que ahí radicase el problema. Luego, lo cambió de posición y comenzó de nuevo.
Katia se sentía más atemorizada a cada segundo. El nerviosismo la llevó a respirar más rápido y superficial, y por un momento creyó que todo el oxígeno de la sala se había consumido. La posibilidad de que el embarazo se hubiese torcido era devastadora y no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas ante la idea.
Entonces, Gia pronunció las palabras que la salvaron de la oscuridad.
—Joder, aquí está —dijo, en un tono demasiado alto si se tenía en cuenta que nadie debía descubrir que estaban ahí.
Pero Katia no se lo reprochó, pues estaba muy ocupada disfrutando del alivio que le habían supuesto sus palabras.
—Estaba muy escondido —se justificó, mientras se acercaba un poco más a la pantalla—. Es más fácil hacer esto con un perro, ¿sabes?
Gia analizó durante unos segundos la imagen. Pulsó algunos botones en el panel sin quitar los ojos de la pantalla. Estudió bien lo que veía y Katia percibió cómo la expresión de su amiga se suavizaba.
—Mira. —Gia giró el monitor y Katia pudo ver, por fin, lo mismo que ella.
Un pequeño embrión con forma poco definida ocupaba el espacio dentro de un redondel. Distinguió su cabecita y, por un momento, algo que se asemejaba a las piernas, o lo que serían sus piernas en un futuro no muy lejano. O puede que fuese el cordón umbilical. La imagen no era buena, pero era suficiente para calmar sus miedos.
Una sombra negra despuntaba en el centro y Gia puso el dedo encima.
—Este es el corazón —informó—. Mira cómo late, Katia.
Katia lo contempló moverse en silencio. Al hacerlo, sintió euforia, amor desmedido. Sintió el despertar de una parte dormida, una que había estado ahí en todas y cada una de las mujeres que habían existido antes que ella. Era algo primitivo, un mecanismo escrito en sus genes gracias al que la vida perpetuaba su presencia en el mundo. Y supo que, desde ese momento, sería capaz de cualquier cosa con tal de proteger a ese bebé.

Gia le concedió su tiempo para saborear ese momento vital. Luego, verbalizó sus impresiones.
—No soy ginecóloga, pero diría que esto tiene muy buena pinta, Katia. Las medidas se corresponden con lo que he consultado y el corazón late rápido, que es lo que debe hacer ahora. En los perros y en los gatos también es un indicativo de salud fetal —apuntó, como si el detalle fuese relevante.
Gia le sonrió en medio de la penumbra, sólo iluminada por el brillo que el monitor proyectaba sobre ella.
Katia le devolvió la sonrisa mientras una sensación agridulce se apoderaba del momento. Le faltaba Aleksei a su lado. Por eso, la visión de ese corazón que latía en la pantalla se enmarcó en un halo un tanto solitario. Quería que él viese lo mismo que ella, que sintiese lo que ella sentía, pero eso sólo complicaría aún más la situación. Aleksei estaba en un momento muy delicado y Katia no quería dejarle solo para regresar a Bali.
Aun así, no podría guardar el secreto durante toda la eternidad. Tarde o temprano, Aleksei tendría que saberlo, aunque la noticia encajase mal en ese momento de su vida, aunque le presentase un dilema difícil de resolver.
—Gracias, Gia —dijo Katia, mientras alargaba la mano para apretar la suya.
Su amiga le había hecho un regalo muy valioso esa noche. Ella le devolvió el apretón y luego retiró el ecógrafo de su vientre.
—Ahora, tenemos que irnos.

Capítulo 24

«Sentir antes de comprender».

Jean Cocteau

Tatiana tomó una respiración profunda mientras la brisa de la tarde removía algunos mechones de su pelo. Estaba apoyada en la barandilla del balcón y contemplaba cómo los últimos rayos de sol morían en el horizonte, tras los árboles. Esa era su hora favorita, cuando el calor se desvanecía y la noche se abría paso poco a poco.

Yun llegaría pronto y, aunque le costase admitirlo, tenía ganas de verle. El sexo lo había cambiado todo entre ellos y ahora los dos compartían una obsesión irracional por el otro, una que sólo se apaciguaba con más sexo. Ambos necesitaban más de esa intensidad recién descubierta, de esa conexión insana a la par que decadente.

Los últimos tres días habían transcurrido de la misma forma. Yun llegaba entrada la noche, la llevaba a la cama sin cruzar palabra alguna y allí compartían sus cuerpos sin inhibiciones ni prejuicios, sin pensar en lo que eran el uno para el otro en realidad. No se detenían hasta quedar satisfechos. Entonces Tatiana buscaba el tabaco y compartían un cigarrillo mientras hablaban de todo y de nada, o se ponían beligerantes si los temas delicados aparecían sobre la mesa. Como su secuestro, Moscú o las ambiciones de Yun. Una rutina a la que los dos se habían acostumbrado demasiado deprisa.

Aun así, Tatiana no perdía el norte. El recuerdo de Bogdam se encargaba de ello, vagando a su alrededor en medio de la tempestad, como un recordatorio de quién era ella realmente y de por qué estaba allí. Esos últimos días se había sentido una traidora, para consigo y también para con Bogdam. Había traicionado sus propios principios y también al único hombre al que había amado alguna vez. Luchar contra esas emociones le había resultado muy complicado, y si no había sucumbido a ellas era porque se había aferrado a una visión mucho más pragmática de la situación. El sexo era una herramienta muy poderosa, una que necesitaba utilizar si quería salir de allí, así que rendirse a sus instintos con Yun era, entre otras cosas, un medio para escapar.

Eso se decía a sí misma. Y en parte era verdad.

El sonido de la puerta la sacó del letargo. Aunque era pronto para que Yun regresase, allí estaba, de vuelta. Él accedió al interior de la estancia con esa aura poderosa que le rodeaba y Tatiana dedicó unos instantes a deleitarse con su imagen atractiva y enigmática. Yun era guapo, vestía jodidamente bien y tenía un cuerpo de infarto debajo de la ropa. Además, era dinamita en la cama.

Él traía una bandeja tapada en una mano y una botella en la otra, lo que anunciaba que el sexo tendría que esperar esta vez. Dejó sus zapatos a un lado y caminó hacia el balcón, donde estaba Tatiana. Ella se fijó en la forma elegante que tenía de caminar. Era pura seguridad en sí mismo y eso nunca cambiaba, aunque su humor estuviese ensombrecido por unas emociones que ella percibió enseguida.

A Yun le ocurría algo y descubrirlo la obligó a poner los pies en la tierra. Tatiana cuadró los hombros y se enfocó en la realidad. Su secuestrador estaba de vuelta.

—Hola, Tatiana.

—Hola. —Le saludó sin moverse de donde estaba.
—¿Tienes hambre? —Sonó distante y eso confirmó sus sospechas.
—Sí.
Algo en el fondo de sus ojos desprendió tristeza y soledad. Fue un destello fugaz que no le pasó desapercibido y que le hizo darse cuenta de que, en ese juego, los dos tenían mucho que perder. El sexo no era sólo sexo, por desgracia para ambos. Abría algunas puertas y, al igual que Yun traspasaba las corazas de su ser de forma indiscriminada, Tatiana comenzaba a atravesar las suyas.
Él pasó por su lado y dejó la bandeja y la botella sobre la mesilla de noche.
—Llegas pronto —apreció Tatiana.
—Sí —respondió, mientras se pasaba la mano por el pelo para echarlo hacia atrás—. Hoy tenía ganas de cenar contigo.
Tatiana arqueó las cejas. A pesar de que existiese un matiz de apatía en sus palabras, que Yun quisiese cenar con ella era una novedad, una que la acercaba un poco más al fin de su secuestro. El sexo estaba bien, pero él ya la había advertido de que la clave radicaba en la confianza. Por eso, que Yun quisiese pasar tiempo con ella fuera de la cama la situaba en el camino correcto.
Aunque la relación con él pasase por un buen momento, Tatiana ansiaba su libertad con las mismas ganas que el primer día. Pensaba mucho en Viktor y en la situación en Moscú, en los traidores y en todo lo que había perdido por culpa del levantamiento. Ahora, gracias a ese giro de los acontecimientos, sus esperanzas se veían renovadas.
Lo necesitaba, pues el cautiverio empezaba a pesar demasiado. Ya llevaba mucho tiempo allí y ni siquiera era capaz de determinar cuánto. Cuando dejó de comer, encerrada en la habitación sin ventanas del hotel, la percepción del tiempo se vio distorsionada y ahora no podía hacer una aproximación exacta de cuánto había transcurrido desde entonces. En casa de Yun llevaba dieciocho días, y en el hotel creía haber estado entre dos y tres semanas. Era demasiado tiempo como para que no hubiese un claro vencedor en Moscú. Demasiado tiempo para que nadie hubiese ido a rescatarla.
La única salida radicaba en escapar de allí por sus propios medios, ya fuese a través del sexo, de la amistad, de la confianza que demandaba Yun o de lo que quisiera para cambiar de opinión, lo mismo le daba. Por eso, Tatiana sintió que esa cena juntos era una pequeña victoria para ella.
Yun fue hasta la butaca y, como cada día, se desnudó. A ella le gustaba observarle cuando él hacía algo tan cotidiano, pues en momentos como ese su disciplina y meticulosidad brillaban más que nunca. Ahora que conocía bien su cuerpo, ese que exploraba cada noche con sus manos y con su boca, la visión de Yun quitándose cada prenda se le antojaba sensual hasta el extremo.
Tatiana consideró la idea de darse un revolcón con él antes de cenar, para fulminar la nube negra que acompañaba a Yun esa noche y para saciar su propio apetito sexual. Pero él estaba demasiado decaído y supo que era mejor cederle las riendas. Lo que le ocurriera debía ser serio, pues nada en esos tres días había podido derrocar la dinámica que habían establecido entre ellos. Hasta ahora.
Él se puso cómodo, regresó a por la bandeja y la colocó en el suelo, frente al balcón. Luego, le pidió que tomase asiento.
Tatiana detestaba sentarse allí. Ella siempre comía en la butaca y, a veces, en la cama. Era cuidadosa y nunca ensuciaba nada, por eso no entendía por qué él, siendo como era, optase por semejante incomodidad. Pero accedió, porque no tenía alternativa y porque no quería estropearle más el día a Yun. Cruzó las piernas frente a la bandeja y aguardó a que él la acompañase.
Yun recuperó la botella de champán, un Armand de Brignac nada barato. Tenía gustos muy caros

con la bebida y debía suponer que ella también. Lo que no sabía era que Tatiana amaba tanto el vodka que bebería uno destilado en una bañera sucia y oxidada antes que tomar una copa de champán. Pero cuando se la tendió, no dijo que no. La cogió con elegancia y esperó a que se uniese a ella.

Yun se sentó y destapó la bandeja. Estaba repleta de sushi con una pinta estupenda.

—Eres muy excéntrico —reconoció Tatiana, con los ojos puestos en los *nigiris* de atún.

—¿Por qué? —Una respuesta desganada, como si le diese absolutamente igual lo que Tatiana respondiese.

—Sushi con champán —Tatiana levantó una ceja—. Me parece algo muy extravagante.

Yun le tendió unos palillos y luego cogió unos para él.

—El sushi con champán es uno de los mejores placeres de la vida —confesó, sombrío.

Tatiana colocó los palillos entre sus dedos. Tenía práctica con ellos, pero en absoluto tanta como Yun. Él cogió un *maki* y lo mojó en salsa de soja con una soltura digna de admirar. Aunque ella hizo lo mismo, su técnica no resultó tan apurada. Aun así, el bocado le supo delicioso.

Definitivamente, Yun no estaba bien. No había que ser muy inteligente para darse cuenta de que esa cena era un paño caliente para su dolor. Tatiana quería saber de qué se trataba, arrancarle las palabras, pero no dijo nada. Yun era un hombre muy hermético y con poca tolerancia a ser presionado.

Comieron en silencio, mientras la noche caía al otro lado del balcón, a través del que se colaba una brisa agradable. Ellos compartían silencios muy largos en algunas ocasiones, especialmente después de tener sexo, pero Tatiana se dijo que ese era un buen momento para charlar de algo irrelevante, algo que alejase esos fantasmas que había traído consigo esa noche.

—Y dime —dijo Tatiana, después de limpiarse los labios con la servilleta—. ¿Qué haces cuando no estás aquí?

Yun desvió la atención de su comida para poner sus ojos sobre ella. Tatiana pudo percibir cómo se pensaba si merecía la pena responder. Por suerte, al final accedió.

—Tengo algunos negocios que atender. —Una respuesta poco clara, como casi todas las que él le daba.

—¿Qué negocios?

Yun dio un trago a su copa de champán.

—Negocios tecnológicos.

No era la respuesta que esperaba, pero Yun estaba abierto a hablar, así que tiró del hilo un poco más.

—¿Aquí, en Rusia?

—No, en Shenzhen.

Tatiana detuvo sus palillos a medio camino entre ella y la bandeja.

Luego, cogió un *maki* y se lo llevó a la boca. Lo masticó despacio mientras se preguntaba qué narices hacía Yun dirigiendo negocios tecnológicos en Shenzhen.

—Imagino que dirigir varios negocios te robará mucho tiempo. —Dio un trago al champán mientras le contemplaba, lista para escuchar su respuesta.

—Más del que me gustaría —reconoció, sin mucha emoción.

—¿Y cómo ha terminado alguien que dirige negocios tecnológicos en Shenzhen liderando la mafia china en Rusia? ¿No había nadie mejor para el puesto?

Yun contestó lo primero que le vino a la cabeza.

—Deshi no dejó el listón muy alto. —Una respuesta sarcástica que no aclaraba absolutamente nada.

—¿Y desde dónde los diriges? No te da tiempo a volar a Shenzhen cada día. ¿Trabajas desde aquí?
Aunque esa casa estuviese en el extremo más cercano a China, Shenzhen quedaba en el sur del país. Era imposible llegar allí en menos de ocho horas de vuelo.
—Creo que ya has hecho demasiadas preguntas.
Y él había respondido a más de las que ella esperaba. Pero quería demostrarle que podía confiar en ella, que podían hablar de lo que fuera que le preocupase.
—Está bien, no me contestes si no quieres —Tatiana no se mostró afectada—. Podré sobrevivir a la incertidumbre de no saber a dónde vas cuando te largas antes de que salga el sol.
Se comió un último bocado de sushi y dejó los palillos a un lado de la bandeja, mientras todavía masticaba. Si Yun no quería hablar, no le presionaría.
Pero él decidió darle un poco más de información.
—Estudié informática y tecnología en Pekín, así que digamos que es lo mío.
La revelación fue inesperada. Que Yun hubiese estudiado informática y tecnología no casaba con su imagen, o al menos, no con la imagen que ella tenía de él.
—¿Y cómo un chico que estudia informática y tecnología en Pekín termina metido en esto? —insistió.
Una pregunta que auguraba una respuesta muy interesante.
Pero él no dijo nada.
—En serio. —Tatiana comenzaba a cansarse del secretismo—. ¿Cómo has acabado aquí, secuestrándome?
Yun dejó los palillos sobre la bandeja en la que aún quedaba algo de comida.
—Ya has hecho demasiadas preguntas —repitió.
Tatiana le contempló con cara de circunstancias y aceptó que no podía forzar más la situación. Apuró su copa de champán y puso la vista sobre la oscuridad que ya reinaba en el exterior. Yun guardaba muchos secretos y no podía esperar para averiguarlos todos. La cuestión era, ¿qué necesitaba él para hablar? ¿Más sexo, tal vez? Fuera lo que fuese, lo averiguaría, pues estaba segura de que entre todos los datos de su vida que él omitía debía haber un punto débil.
Mientras tanto, tenía que seguir con la estrategia de mostrarse confiable, así que se tragó el malhumor que le produjo su rechazo a hablar y le regaló una sonrisa.
Yun recogió la bandeja y la dejó sobre la mesilla. Luego, se puso de pie.
—Espera, he olvidado algo.
Desapareció de la habitación y la dejó allí, sola, mientras se preguntaba dónde estaba el Yun al que estaba acostumbrada.
Él no tardó en regresar. Llevaba algunos objetos en la mano, los cuales desplegó en el suelo, frente al ella, y luego tomó asiento.
—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Tatiana, mientras observaba la sierra para cortar el yeso, el separador y las tijeras.
—El tiempo suficiente —espetó, mientras extendía una toalla para quitarle el yeso sobre ella.
—¿Me vas a soltar, por eso me lo quitas? —Eso también explicaría el humor de mierda que tenía esa noche.
—No —sentenció, mientras colocaba el material.
Una respuesta que no la sorprendió.
—¿Me vas a hacer una radiografía después? —mencionó, en alusión a la conversación que ambos habían compartido cuando él le vendó la mano la primera vez.
—Ya sabes que no es necesaria.

Tatiana no dijo nada. Le desilusionaba la idea de no ser capaz de cambiar su humor, incluso más que el hecho de no poder averiguar el por qué se encontraba así. Era absurdo.
Yun agarró el yeso y comenzó a cortar con la sierra eléctrica.
—Parece que han pasado mil años desde que tuvimos esa conversación, ¿verdad? —meditó Tatiana.
—Sí —respondió él, por inercia.
—¿Qué te pasa? —Tatiana insistió, suave. No quería empeorar la situación—. ¿Te encuentras bien?
—Sí, estoy bien —dijo, concentrado en la tarea.
Yun sabía muy bien cómo quitar un yeso. Hizo los dos cortes protocolarios, a cada lado, y luego usó el separador.
—¿Esto también te lo enseñó tu madre?
—Sí.
Tatiana le observó mientras él terminaba de retirarlo. Para haber estudiado una carrera tan distinta a la medicina, sabía muchas cosas. Su madre le había enseñado mucho más de lo que ella enseñaría nunca a sus hijos, si es que los tenía, cosa que dudaba. Eso la llevó a pensar que tal vez Yun era más inteligente que la media, un hombre que aprendía rápido.
—¿Cómo lo sientes?
Tatiana hizo algunos movimientos. Todo aparentaba estar en orden.
—Bien. Débil, pero es normal.
Yun había traído una pequeña mancuerna y unas gomas.
—¿Sabes cómo hacer la rehabilitación? —le preguntó, mientras recogía el material, junto con la toalla.
—Sí —Tenía todo el tiempo del mundo, así que se entretendría con los ejercicios.
Antes de que se pusiese en pie, Tatiana le agarró del brazo.
—Gracias —le dijo, sincera.
Él hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó.
Y Tatiana se quedó allí, sentada en el suelo e invadida por la intriga que le provocaba su actitud. Estaba segura de que su malestar no tenía que ver con ella, porque ellos estaban bien a pesar de las circunstancias. Algo le había pasado a Yun y sus ansias por averiguarlo le provocaban una sensación incómoda, un picor desagradable en el alma que se moría de ganas por aliviar.
Aunque él no dijese ni una palabra, Tatiana quería hacerle olvidar. Le haría olvidar su humor de mierda con una buena noche de sexo, si así lo deseaba. O con cariño, lo mismo le daba. Lo que fuera con tal de ver un cambio en su estado de ánimo. Y esa intención ya no tenía tanto que ver con la libertad, sino con la sensación desagradable que sentía al ver sus ojos negros cargados de tristeza.

Capítulo 25

«La soledad es la gran talladora del espíritu».

Federico García Lorca

Yun apuró el cigarrillo mientras contemplaba el cielo estrellado que se extendía sobre su cabeza. Su casa, que estaba situada en medio del bosque, poseía unas vistas nocturnas que eran una auténtica maravilla. Ese cielo oscuro colmado de luces que titilaban en la distancia le hacía olvidar durante un rato las vicisitudes de su existencia. Estuvo tentado de llevar allí a Tatiana, a esa bonita terraza, pero entró en razón a tiempo. Ese era un lugar seguro para él, un refugio en el que tenía espacio para meditar en soledad cuando algo se truncaba en su vida, y llevar allí a esa mujer no haría sino darle vía libre para hurgar aún más en sus entrañas.

Ella se mostraba demasiado insistente con las preguntas sobre su estado de ánimo y no estaba seguro de cuántos interrogatorios era capaz de soportar antes de darle una mala contestación, de volverse un insolente. No quería torcer las cosas con ella y no sabía cómo hacerla entender que él no era un hombre dado a hablar de sus problemas.

No la culpaba pues, en el fondo, Tatiana se esforzaba por asegurarse la libertad. Era una mujer inteligente que no había tardado mucho en darse cuenta de que llevarse bien con él le garantizaba cierta estabilidad. Pero no todo en ella bailaba en torno al interés, de eso estaba seguro. Tatiana le deseaba con un delirio que se asemejaba al suyo, algo que era imposible de fingir. Yun no podía sino corresponderla, aunque el precio a pagar fuese ansiar más de ella cada vez. Más sexo, más conexión, más intensidad emocional. Sería capaz de devorarla viva si ella se lo permitía y fue consciente de lo fácil que les resultaría consumirse el uno al otro.

La cuestión era: ¿qué florecería de entre las cenizas?

Yun exhaló con desgana y se pasó la mano por el pelo para apartar hacia atrás ese mechón rebelde que no paraba de cruzarse en su cara. Apagó la colilla en el cenicero y se despidió del manto de estrellas que reinaba sobre la casa. Era hora de irse a la cama, y si se había retrasado era porque no tenía ganas de sexo y porque no deseaba rechazar a Tatiana. Quería asegurarse de que la encontraría dormida y así evitar malentendidos. En una noche como esa, Yun sólo necesitaba su compañía, pues lo que le faltaba no tenía nada que ver con la necesidad física. No por ello la deseaba menos. No por ello no se cobraría el tiempo perdido al día siguiente. Pero esa noche, no.

Caminó sin prisa hasta la habitación y luego accedió al interior sin hacer ningún ruido. Tatiana ya descansaba sobre los almohadones, como él esperaba. Dejó a un lado las zapatillas con las que acostumbraba a moverse por la casa y luego se dirigió a la cama, con la espalda recta, la cabeza alta y la seguridad absoluta de que no iba a dormir una condenada mierda.

Se metió entre las sábanas y no tardó mucho en darse cuenta de que Tatiana estaba despierta. Lo supo por su postura corporal, por la tensión que se percibía en sus músculos bajo la sábana que apenas la tapaba y por el sonido de su respiración. Aun así, ella no dijo nada.

Yun se acomodó de espaldas, con los ojos puestos en la porción de estrellas que se adivinaba desde la vista que tenía del balcón. No se quitaba a Shuang de la cabeza. Su padre se había negado en rotundo a que ella se mudase a Rusia, junto a Yun, a sabiendas de que él, en China, no

podía proporcionarle a Shuang lo que necesitaba. Chen estaba demasiado ocupado con su trabajo y con la vida social que compartía con su mujer y no le quedaba ni un minuto del día que dedicar a su hija. Delegaba todo en Liú Qiang, pero, por mucho que fuese una excelente cuidadora, ella no podía suplir las carencias de una niña a la que sus propios padres habían condenado a la soledad.

Yun rodó el anillo alrededor de su dedo, pensativo y un tanto furioso. No comprendía cómo Shuang se había podido caer por las escaleras del instituto. Ella estudiaba allí desde hacía dos años y recorría esos pasillos cada día, los conocía a la perfección. No quería pensar que lo hubiese hecho adrede, pero esa era la explicación más lógica. Shuang había lanzado una llamada de atención desde su joven alma desesperada. Gritaba en silencio, asfixiada por el abandono de su propia familia, una que consideraba que la abundancia material lo cubría todo y lo justificaba todo. Y, cuando más la necesitaba, Yun no estaba a su lado.

Y ahora él se consumía por la culpa.

¿A cuánto estaba dispuesto a renunciar por sus ambiciones? ¿Tanto importaba Tatiana en realidad? En una noche como esa, sus propios principios se tambaleaban.

Yun no era el padre de Shuang, no tenía la responsabilidad de protegerla ni se debía a su cuidado. Pero, por mucho que repitiese esas máximas en su cabeza, la realidad era que sentía un agujero en el pecho que no le dejaba respirar.

¿Cómo podía sacar a Shuang de Pekín sin provocar la ira de su padre? Eso era en lo que tenía que centrarse ahora, en lugar de lamentarse por no cumplir con sus obligaciones autoimpuestas.

El brazo de Tatiana le devolvió a la realidad. Ella rodeó su cintura con una caricia y luego pegó el cuerpo a su espalda. Su calor le inundó la piel y calmó de forma instantánea el malestar con el que cargaba desde hacía horas.

Aguardó en silencio, a la espera de que la mano de Tatiana bajase por su abdomen en busca de un contacto sexual, pero eso no ocurrió. Ella se limitó a abrazarle, justo lo que necesitaba, y él se preguntó hasta qué punto ese era un acto desinteresado.

—Pensaba que estabas dormida —mintió.

—Le das demasiadas vueltas a la cabeza y no me dejas conciliar el sueño —su voz perezosa sonó sensual.

Yun no dijo nada. Tatiana era inteligente, y eso era algo bueno y malo a la vez.

Ella le rodeó con más fuerza y habló cerca de su oído.

—¿Fumamos un cigarro? —Una sugerencia muy atractiva para su insomnio.

—Claro.

Tatiana se despegó de su cuerpo y salió de la cama para ir en busca del tabaco, que descansaba dentro del bolsillo de su pantalón. Un soplo de soledad le sacudió de forma indiscriminada y fue consciente de lo terrible que sería que Tatiana descubriese el poder que tenía sobre él.

Tatiana y Shuang, ambas le quitaban el sueño. Y la culpa era sólo suya, pues no era capaz de renunciar a ninguna de las dos.

Capítulo 26

«Sí, corazón,
lo sé,
lo sé,
y se sabe:
es a vida, es a muerte
este destino».

Pablo Neruda

Aleksei subió las escaleras de la mansión cargado de cansancio y hastío. Eran las tres de la madrugada y había tenido que detener la búsqueda de Tatiana por culpa de un aviso falso en Krasnoselsky. Esos hijos de la gran puta intentaban distraerle, pero ni aun así conseguirían que abandonase la tarea de poner patas arriba la ciudad. Aleksei no les daría ni un solo segundo de paz, ni un solo momento de descanso para bajar la guardia. Ya deberían saber que él siempre vigilaba, que siempre podría aparecer en cualquier lugar con el fusil preparado para llevarse por delante a quien hiciese falta.

Introdujo el código en el panel de su habitación y accedió al interior. Contra todo pronóstico, encontró a Katia despierta. Ella estaba sentada en el alféizar de la ventana, que estaba abierta, con ese pijama blanco que siempre tenía ganas de arrancarle. Había una taza entre sus manos y su semblante reflejaba cansancio.

No se acercó demasiado, pues sus instintos estaban a flor de piel. De tocar a Katia, aunque fuese sólo un poco, no podría evitar lo que vendría a continuación. Se la follaría sobre la cama con rabia, con desesperación, en busca de esa calma que sólo ella era capaz de proporcionarle. Y estaba seguro de que eso no era lo que ella deseaba en ese momento.

—¿Cómo estás? —pronunció ella, mientras se acariciaba el hombro con un movimiento involuntario. Tenía tensión acumulada.

Una tensión de la que Aleksei no tenía constancia. Cómo iba a tenerla. Nunca estaba en casa ni pasaba tiempo con ella. Esa guerra consumía todos sus recursos y, aunque le jodiese reconocerlo, Katia había quedado relegada a un segundo plano.

—Cansado. Voy a darme una ducha. —Aleksei fue hasta el armario y dejó el fusil en el interior —. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien.

Saboreó la mentira en sus palabras. Katia no estaba bien y no era sino por el ambiente que la rodeaba. Ahora estaba inmersa en el corazón de la mafia, ese que siempre había rehuido, y respiraba un aire contaminado que ennegrecía su ser. Igual que le pasaba a él.

Aleksei se quitó la camiseta y la lanzó sobre la butaca que había a su lado. Descansaría esa noche y mañana retomaría la búsqueda de su hermana. Quería inspeccionar unas naves industriales en el distrito de Nagorny, al sur, donde uno de sus hombres le había informado de algunos movimientos sospechosos por parte de un grupo desconocido. Podría no ser nada, o podría ser Kostya cambiando de ubicación a su hermana. Iría durante la noche, así que debía avisar a Katia. Lo último que necesitaba era preocuparla y que su estado de ánimo empeorase un poco más.

Pero no había tenido tiempo de pronunciar palabra cuando Katia corrió al baño de improviso.
Frunció el ceño mientras caminaba detrás de ella y la encontró vomitando, agachada sobre el váter y con el pelo agarrado a un lado. La escena le afectó. Se apresuró a ayudarla, aunque no había mucho que pudiese hacer. Le tomó el relevo con el pelo. Lo recogió todo en un puño para quitarlo del camino y luego colocó una mano sobre su cintura.
Ella vomitó poco, pero le costó mucho trabajo.
—¿Estás enferma? —preguntó, mientras acariciaba la curva de su cintura con cariño.
Katia se incorporó y tomó un poco de papel para limpiarse la boca. Le contempló con los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo y luego fue al lavabo para enjuagarse. Verla así le borró de un plumazo todas esas sensaciones de mierda que traía de la calle. Las prioridades acababan de cambiar.
—¿Te encuentras bien? —Se colocó detrás de ella y observó la imagen de ambos en el espejo.
Katia tenía ojeras y estaba pálida.
—Sí —mintió, una vez más.
—Le diré a Timur que suba y te eche una ojeada.
—No, no es necesario —rebatió, nerviosa.
Algo no encajaba. Aleksei la giró sobre sí misma y la instó a apoyarse sobre el lavabo.
—¿Qué ocurre, Katia?
Ella cerró los ojos con fuerza y luego se pasó la mano por la cara. Katia se escondía de él y eso le resultó tremendamente preocupante.
—¿Qué pasa? —presionó, esta vez con un tono autoritario que incluso a él mismo le disgustó.
Pero su paciencia no pasaba por su mejor momento.
—No te lo quiero decir —confesó, sin mirarle a los ojos—. No te lo puedo decir ahora, Aleksei, perdóname.
Katia trató de escabullirse, pero él no se lo permitió. Colocó sus brazos a ambos lados del lavabo y la retuvo en esa jaula improvisada que había creado para ella con su cuerpo.
—Habla, Katia —dijo, amenazante.
Katia esbozó una mueca torturada y luego negó con la cabeza. Le llevó unos segundos decidirse a hablar.
—No estoy enferma —reveló, con los ojos puestos sobre su pecho.
Eso no le aclaró nada.
Aleksei colocó la mano sobre su cuello, despacio. Quiso apretar un poco, hacerla sentir intimidada, pues adoraba el brillo que aparecía en sus ojos cuando lo hacía. Pero Katia estaba jodida, así que, en su lugar, llevo la mano hasta su hombro dolorido y comenzó a masajear el punto que ella misma se había tocado unos instantes atrás.
—No quiero secretos entre nosotros dos —pronunció, en un tono quedo y un tanto gélido que no pudo evitar—. Dime qué te pasa y lo solucionaré.
Katia se rindió y lo supo por cómo se aflojó la tensión que había en los músculos que cubría con su mano.
—No te lo quería contar porque sé que sólo complicará la situación —se justificó.
Le miró a los ojos por primera vez y Aleksei vio una mezcla de sentimientos extraña en ellos.
—Vamos a tener un hijo —soltó, de improviso—. Estoy embarazada.
Aleksei se quedó muy quieto frente a ella, impactado por la revelación. Katia no le había preparado para la noticia que acababa de anunciar, pero no había nada que pudiese preparar a un hombre para algo así. Aleksei colocó las manos sobre su cintura y luego bajó la vista a su vientre. Estaba cubierto por la camiseta blanca del pijama, así que introdujo la mano por debajo.

Su abdomen era el mismo de siempre, terso y suave. Nada hacía pensar que en su interior hubiese algo más, algo fuera de lo normal.
Pero lo que Katia cargaba en su interior, aunque estuviese lejos de la vista, cambiaba mucho las cosas.
Aleksei exhaló, conmocionado. Luego, la abrazó. Estrechó a Katia entre sus brazos con fuerza mientras asentaba la noticia.
—Joder, Katia… —dijo, con los labios pegados a su pelo.
No era capaz de articular ninguna otra palabra.
En respuesta, Katia le acarició la espalda con cariño. La amaba más que a nadie en el mundo, y ahora, la amó mucho más.
—Te quiero —pronunció, sincero.
—Yo también a ti —susurró ella.
Ser padre era una posibilidad que nunca le había rondado la cabeza. Nunca, hasta que Katia se cruzó en su camino. Entonces la idea de formar una familia se perfiló en el horizonte como algo posible y deseado. Pero, por desgracia, ese era el peor momento de su vida para disfrutar del embarazo y de la llegada de un hijo.
La realidad sacudió con fuerza y trastocó la felicidad del momento sin que Aleksei pudiese hacer nada para evitarlo. Moscú era un campo de batalla que cada día se recrudecía más. Kostya seguía escondido en alguna parte y todavía contaba con el dinero suficiente para hacer crecer sus filas. Los distritos eran inestables, la policía ya ni siquiera sabía a quién proteger y en cualquier momento podía caer una avalancha de mierda sobre ellos.
—Tienes que irte —sentenció, de forma abrupta, mientras rompía el abrazo. No había unas palabras que le jodiese más pronunciar que esas, pero era lo más seguro, lo único que se podía hacer en una situación así.
—Sabía que me dirías eso. —Katia lo aceptó con naturalidad—. No quiero irme, Aleksei. Y me fastidia que tengamos una discusión en un momento así, cuando deberíamos estar felices.
Katia se iba a largar de allí cuanto antes, como que él se llamaba Aleksei.
—Si ya lo sabías, también sabrás que no me vas a hacer cambiar de opinión.
—No voy a irme todavía —rebatió, firme—. Me iré si la situación se tuerce, pero ahora todo está estable, así que me quedaré.
Aleksei resopló con ironía.
—No tienes ni idea, Katia.
—¿Eso piensas? —le enfrentó, calmada—. Tengo ojos y oídos. Escucho todo lo que se habla ahí abajo.
—No hay discusión. Mañana a primera hora te irás.
—No —Katia se plantó con más determinación de la que nunca había visto en ella—. Me iré cuando considere que la situación es peligrosa. Antes, no.
Aleksei exhaló con cansancio. Luego, la estrechó entre sus brazos. Katia era lo más valioso que tenía, ahora más que nunca. Aunque le torturase la idea, si ella no se quería ir, él no podía meterla a la fuerza en un avión. En realidad, sí que podía, pero a costa de hacerla sufrir, de alterarla, de llevarla a un estado de nerviosismo y malestar que no le vendría nada bien en un momento como ese. No le quedaba otra que aceptar su decisión y que se quedase un poco más. Sólo un poco más.
—A la mínima señal de peligro, te irás a casa —le advirtió, tenso.
—Gracias. —Katia no rompió el abrazo, sino que le abrazó con más fuerza.
Aleksei quiso disfrutar del contacto de su cuerpo con el de Katia, pero fue incapaz. Ella era lo

que más amaba y en ese momento tenía que protegerla con más fiereza que nunca. Si no quería marcharse, no le quedaba otra que intensificar la búsqueda de su hermana para acabar con esa guerra lo antes posible.
Ahora, más que nunca, Kostya tenía los días contados.

Capítulo 27

«¿No sabes tú que no es valentía la temeridad?»

Miguel de Cervantes

Tatiana acarició con suavidad el labio inferior de Yun y luego lo besó. Pegó su frente a la suya y bajó la mirada para admirar el brillo que había dejado ese beso en los labios de Yun. Luego, le besó de nuevo. No se cansaba de hacerlo. Podría pasar así toda la noche, entregada a la obsesión que sentía por esa parte de su cuerpo, pero en algún momento tenía que parar. Abandonó ese juego entre sus bocas y se acurrucó sobre su pecho. Los pectorales desnudos de Yun eran fuertes y estaban bien definidos, pero no le resultaban tan rudos como los de otros hombres con los que había estado. Los suyos eran más gráciles y esbeltos, y la excitaban como el infierno.
Acababan de tener sexo, como casi cada noche. Ya no sabían vivir sin ello, así que lo habían normalizado.
Yun acarició su espalda con las yemas de los dedos y Tatiana disfrutó de la caricia. Suspiró con lentitud mientras los latidos del corazón de Yun retumbaban en su oído. Aspiró su fragancia masculina y se dejó envolver por ella.
Esa intimidad con Yun era peligrosamente atractiva y supo que dejaría marca. Ellos sólo eran un secuestrador y su rehén, pero detrás de esa fachada se escondía mucho más. Algo profundo e invisible comenzaba a entretejerse entre ellos dos, algo para lo que no existía un nombre. Algo que ambos percibían de igual manera.
Tatiana rompió el silencio.
—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó. Sonó distraída por culpa de las caricias de Yun.
Esa información no aportaba nada, pero tenía curiosidad.
—El mes que viene —respondió, relajado.
—¿Qué día?
—El diez.
Esa era una fecha como cualquier otra, pero tomaba cierto significado ahora que sabía que era especial para él.
—¿Y cuántos cumples?
—Treinta y cinco.
No se había equivocado con sus suposiciones. Yun era mayor de lo que aparentaba.
—Entonces nacimos el mismo año —confirmó Tatiana.
—Sí. El año del Conejo de Fuego.
La imagen que le vino a la mente le resultó ridícula, pero se abstuvo de hacer un comentario fuera de lugar. Su antipatía por los chinos no se extrapolaba a Yun, pero era inevitable sentirla cuando él le recordaba que formaba parte de todo lo que ella odiaba tanto.
—El mío es el cinco de febrero. —Una fecha fría y en la que Moscú siempre estaba cubierto de nieve.
—Lo sé.
Que él supiese ese dato sobre ella ya no le afectaba de la misma forma que al principio. Aceptaba que la había investigado y que lo que sabía sobre su vida no era más que información inútil que

no cambiaba nada en su relación. Como tampoco significaba mucho que ella supiese que él sumaba un año más el diez de septiembre.
Tatiana suspiró, despacio. Aún faltaba mucho para su treinta y seis cumpleaños, pero el tiempo corría deprisa y pronto alcanzarían la fecha. Lo único que deseaba era no estar encerrada en esas cuatro paredes cuando llegase ese día.
Una idea cruzó su mente y le resultó demasiado atractiva como para ignorarla. Tatiana le puso palabras con un tono de voz delicado, como si de esa forma fuese a calar con más fuerza.
—Si me liberas, podríamos celebrar tu cumpleaños juntos, fuera.
Yun detuvo las caricias por una fracción de segundo. Luego, retomó la tarea de arrastrar los dedos a lo largo de su piel, pero no dijo nada.
Su proposición esbozaba escenarios que Tatiana nunca se había planteado, como uno en el que ambos compartían su vida más allá de sus organizaciones, de las luchas de poder y de las ambiciones más inconcebibles. Un escenario en el que tan sólo eran un hombre y una mujer unidos por una atracción poderosa, y sabría Dios qué más.
Lo peor de todo fue que la idea no le desagradó.
¿Cuándo había cambiado tanto su perspectiva? Todo giraba en torno al sexo como forma de escapar, en torno a saciar sus apetitos más primarios, y en ninguno de esos puntos entraba que ella imaginase un futuro en el que ambos celebraban un cumpleaños en compañía del otro.
Yun alargó su mano libre y la tomó de la barbilla. Instó a Tatiana a alzar la mirada para que sus ojos negros se encontrasen con los suyos. Luego, susurró.
—Acepta mi trato y lo celebraremos en Fiyi, brindando frente al mar con una piña colada.
Tatiana bajó la cabeza y puso su mejilla de nuevo sobre el pecho de Yun. No quería que él viese lo que sus palabras suscitaban en ella. La frustración de saber que él no daría su brazo a torcer, que nunca renunciaría a sus exigencias, rivalizaba con el desánimo que nacía ante la idea de que esa intimidad recién construida entre ellos, esa profundidad emocional que rodeaba sus encuentros sexuales, no la estuviese acercando a la libertad que tanto ansiaba.
—Nunca aceptaré —pronunció, desencantada.
Yun se removió de forma casi imperceptible debajo de su cuerpo.
—Eso ya lo veremos. —Sus labios cerca de su oído le provocaron un escalofrío.
Tatiana no respondió. Dejó que la calidez de las caricias de Yun apaciguase el malestar que él mismo le provocaba. ¿Alguna vez cedería? ¿Aceptaría que ella nunca le iba a entregar nada que conllevase perder poder? ¿Cuánto sexo tenían que compartir, cuánta intimidad? Quería creer que existía un punto que lo cambiaba todo, uno en el que los sentimientos adquirían el suficiente peso para que la sed de poder se desvaneciese. Pero no tenía ni idea de cómo llegar ahí.
Luchó por relajarse en sus brazos y, al final, lo consiguió. Gracias a eso, pudo redirigir el rumbo de la conversación, regresar al terreno que le convenía cultivar si es que quería tener una posibilidad, aunque fuese remota, de salir de allí.
—Te diré algo que no sabes —confesó Tatiana, con voz perezosa—. Nunca nadie me ha acariciado como lo haces tú.
Una verdad un tanto lamentable. Ella no era una mujer romántica ni le daba demasiada importancia a ese tipo de aspectos. Pero ahora que Yun la acariciaba con tanto mimo, se dijo que tenía que hacer algunos cambios en sus expectativas sobre las relaciones sentimentales.
—¿Nunca has tenido pareja? —la pregunta de Yun sonó desinteresada, pero no lo era.
Él ya había deducido que existía otro hombre y quería indagar.
—No —confesó.
Tatiana había tenido líos fugaces con algunos compañeros de carrera, y también con algún

médico del hospital en el que había hecho la residencia. Pero nada reseñable. Se había pasado la vida a la espera de algo que nunca llegó, a la espera de un imposible, sólo porque se había enamorado del hombre equivocado.
El recuerdo de Bogdam la asaltó, como era de esperar, pero ya no la afectaba de la misma manera. Yun lograba mantener a raya la incertidumbre que tanto la acosaba desde el día del accidente. La mantenía distraída, y gracias a eso había aprendido a lidiar con el dolor complejo y punzante que le provocaban las dudas.
Él exhaló despacio. Acarició su espalda durante mucho más tiempo, hasta que Tatiana bailó entre el sueño y la vigilia. Pero, por primera vez en mucho tiempo, Yun se durmió primero y eso lo cambió todo.
La mano de Yun se quedó inerte sobre su espalda y su respiración se volvió profunda. Y, entonces, Tatiana supo que esa sería su única oportunidad. Una oportunidad que llegaba en un momento crítico entre ellos dos.
Se separó de él con cuidado y salió de la cama. Luego, como cada noche, fue hasta la butaca, lista para sacar el paquete de tabaco del bolsillo del pantalón. Y lo hizo, sólo que en esta ocasión también sacó el teléfono móvil del bolsillo opuesto, con un movimiento rápido que deseaba con todas sus fuerzas que nadie hubiese percibido al otro lado de esas malditas cámaras.
No tenía ni idea de quién había detrás, vigilándola, pero ¿por qué debería haber estado atento justo en ese momento? Ella siempre hacía ese camino después del sexo para coger la cajetilla de tabaco y encender un cigarrillo. Un acto cotidiano sin la mayor importancia y que no tenía por qué ser diferente esa noche.
El balcón estaba abierto, así que fue hasta allí y se colocó justo en la esquina que sabía que le daba la privacidad que necesitaba, un punto muerto que le abriría las puertas de salida de ese lugar.
Nadie se había percatado de su maniobra. Lo supo porque ningún chino cabreado abrió la puerta de improviso. No disponía de mucho tiempo, así que dibujó el patrón de desbloqueo que le había visto hacer a Yun una vez, la noche que mató a Konstantine, el cual había retenido en su memoria a la espera de tener una oportunidad como esa. No funcionó y eso le hizo querer lanzar el teléfono hacia los árboles que había frente a ella, sumidos en la oscuridad. Pero no lo hizo. En su lugar, probó con una alternativa de desbloqueo similar.
Tatiana contuvo una exhalación cuando este se desbloqueó. Ya estaba dentro, pero todo estaba en chino. Por suerte, los iconos de la pantalla principal tenían dibujos muy intuitivos. Abrió la aplicación de mapas y comprobó su localización. Estaba en Rusia, muy cerca de Briansk, en una zona boscosa, pero no indagó mucho más para no perder tiempo. Con dedos frenéticos, compartió la ubicación por mensaje a uno de los dos únicos números que tenía memorizados, el número de Viktor. Se guió por los símbolos para hacerlo, cosa que no le resultó difícil.
Entonces, sintió un impulso. Uno que le hizo enviar el mensaje con su ubicación al teléfono de Bogdam también, a ese que compartieron de forma exclusiva cuando unieron fuerzas para frenar la búsqueda de Viktor por el sudeste asiático.
Lo envió con un nudo en la garganta, y luego buscó la manera de darle fuerza al mensaje con un texto adjunto. No era estúpida y sabía que una ubicación no sería suficiente para que alguno de los dos fuese a buscarla. Su hermano Viktor podía pensar que se trataba de un mensaje equivocado, o tal vez que fuese una trampa de su secuestrador. Bogdam tampoco se fiaría. Por eso, tenía que incluir algo más, algo que confirmase que era ella quien estaba al otro lado del teléfono. Pero no tenía ni remota idea de escribir en chino, así que navegó a ciegas por las opciones en busca de alguna forma de cambiar el idioma del teclado.

Fue consciente de que cada segundo que pasaba corría más riesgo de ser descubierta. Si Yun la pillaba, todo se iría a la mierda. El tema de la confianza, el sexo y, por supuesto, cualquier oportunidad de escapar. Incluso puede que ese estatus privilegiado del que gozaba a pesar de ser una rehén también llegase a su fin.

La idea llegó de pronto, como una chispa en la oscuridad. Tatiana mantuvo pulsado el espacio del teclado durante un par de segundos y el menú de idiomas apareció frente a ella. Estuvo a punto de gruñir de satisfacción, pero se contuvo. Ni siquiera se molestó en buscar el alfabeto cirílico. Con el latino valdría.

Con dedos ágiles, tecleó un mensaje para Bogdam.

Desconocido: Las Nevalyashki siempre caen de pie.

Eso le dijo él una de las primeras veces que hablaron, cuando todavía eran niños, en lo que parecían miles de años atrás.

Envió otro a Viktor con el nombre que le habían puesto a ese perro callejero que vagaba por el bosque cercano a la mansión, un nombre que sólo ellos sabían. Luego, borró el rastro del historial de la aplicación de mapas, borró los mensajes, cambió de nuevo el idioma del teclado y bloqueó el teléfono.

Cuando se dio la vuelta, Yun seguía dormido, lo cual fue uno de los grandes alivios de su vida. Regresó de nuevo a la butaca donde estaba el pantalón y lo dejó todo en su sitio con el mismo disimulo con el que lo había sacado. Lo había conseguido. Había mandado esos malditos mensajes, y si Viktor estaba bien, pronto saldría de allí.

Caminó de nuevo hacia la cama y se metió bajo la sábana, sin quitar los ojos de Yun. Ya confiaba en ella, aunque no lo supiese. De no hacerlo, jamás habría podido llevar a cabo lo que acababa de hacer.

Se tumbó de lado y le contempló en la penumbra, todavía nerviosa. La euforia invadió su pecho, pues nunca había estado tan cerca de escapar como en ese momento. Pero junto a ella había otra sensación, una que tardó en identificar.

Entonces se dio cuenta de que la idea de no ver a Yun nunca más era devastadora. Era extraño sentir algo así por el hombre que la había secuestrado y que quería arrebatárselo todo, pero no pudo luchar contra ello. Tatiana analizó esa emoción sin quitarle los ojos de encima.

Yun le gustaba y eso era algo que no podía evitar. Si borraba la animadversión que le había provocado al principio, y también la rabia y la frustración de estar secuestrada, Yun siempre había sido un hombre interesante, con una personalidad misteriosa y seductora y con un atractivo sexual muy potente. Pero las cosas no podían ser como él quería, así que, cuando Viktor viniese a por ella, Tatiana no podría hacer otra cosa que largarse sin mirar atrás.

Dedicó la siguiente hora a memorizar sus facciones, la forma de su pelo revuelto después del sexo, sus labios apetecibles y las pestañas largas que proyectaban sombras alargadas sobre sus mejillas. Lo lógico sería odiarle, pero era incapaz. Yun no era horrible, al menos no tanto como la gran mayoría de los hijos de puta que había conocido a lo largo de su vida. Pero anhelaba un imposible y por eso sus caminos nunca podían sobreponerse.

Pronto, Yun sólo sería el recuerdo de algo que nunca pudo ser.

Y eso la jodía de formas difíciles de comprender, incluso para ella.

Capítulo 28

«Es tan difícil decir la verdad como ocultarla».

Baltasar Gracián

Tatiana le dio una calada al cigarrillo que tenía entre los dedos, mientras que con la otra mano pasaba la página de la novela que estaba leyendo. Había movido la butaca de Yun para sentarse más cerca del balcón y así disfrutar de la luz que entraba por el cristal.
Leía *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett. Un libro que la perseguía desde la infancia y que había esquivado durante años. Pero ahora que no tenía nada que hacer y que se lo había encontrado sobre la nueva torre de libros que Yun había dejado para ella, supo que era momento de leerlo.
Por primera vez desde que comenzó el secuestro, se sentía en una especie de cuenta atrás. No sabía cuánto tiempo faltaba para que la sacasen de allí, pero estaba segura de que su cautiverio tenía las horas contadas. Ahora la habitación le parecía más grande, la ventana, más luminosa y el aire, más respirable.
Ya habían pasado tres días desde que mandó el mensaje a Viktor con la localización, y también a Bogdam. Comprendía que no era tan sencillo como enviarlo y que alguien tirasen la puerta abajo unas horas después, por eso trataba de mantener la calma en la medida de lo posible. Organizarse para ir a rescatarla llevaría su tiempo y tenía que ser paciente.
A veces, mientras estaba distraída con la lectura, o incluso cuando estaba en la cama con Yun, la idea de que no hubiese nadie al otro lado de esos teléfonos llegaba como un flechazo limpio. Puede que ninguno de los dos estuviese vivo. Quizás Viktor sí lo estaba, pero no su línea telefónica. No era la primera vez que cambiaba de número para evitar que le espiasen o que controlasen su ubicación.
Tal vez ya la daban por muerta.
Tatiana llevaba tres días luchando con esos pensamientos, con esas inseguridades que la rodeaban ahora que el final de su secuestro se intuía tan cercano.
Yun llegó mucho antes de su hora habitual, a media tarde, justo cuando ella estaba sumida en una de las partes más interesantes de la lectura. Llevaba una bandeja pequeña con dos cafés en una mano y una bolsa de cartón negro en la otra. Su aspecto era sombrío, como ocurría algunas veces. En días así, Tatiana concluía en que había tenido un mal día y simplemente se mostraba más generosa en el sexo, o más cariñosa con él, pues ya había asumido que él no estaba dispuesto a hablar de sus problemas.
—Hola, Tatiana. —Yun se acercó a la butaca en la que ella leía y se agachó a su lado—. Te he traído un café. Doble —puntualizó. Le tendió la bandeja para que lo alcanzara.
—Gracias.
Tatiana cogió el vaso de cartón a través del que se filtraba el calor de la bebida. Sí, había dormido mal, Yun lo sabía y por eso le traía ese café. Que tuviese esos detalles con ella le despertaba sentimientos muy contradictorios, unos que la hacían dudar entre arrojarle la bebida encima o llevarle hasta la cama sin dejar de besarle durante el camino.
Le dio un trago que le supo exquisito.

Él le tendió entonces la bolsa negra.
Tatiana levantó una ceja de forma sutil. No esperaba ningún tipo de regalo por parte de Yun. Dejó el café sobre la bandeja que él todavía sostenía y aceptó el obsequio. Lo que encontró dentro la cogió con la guardia baja.
—¿Por qué me traes esto? ¿Me vas a liberar? —Tatiana contempló las deportivas blancas que descansaban en el interior de la bolsa de cartón. Eran nuevas y estaban impolutas.
—Todavía no —aclaró—, pero ¿quieres dar un paseo?
Tatiana clavó sus ojos en los de Yun. Gracias a la cantidad de luz que entraba por la ventana, por una vez pudo percibir el marrón tremendamente oscuro que conformaba sus iris.
No la liberaría todavía, pero esas deportivas anunciaban que estaba más cerca de considerarlo.
—¿Es una especie de trampa? —Puede que él confiase en ella, pero no era un sentimiento del todo recíproco.
—No. —Yun giró el anillo varias veces alrededor de su dedo—. Sólo quiero que salgamos un poco. Llevas… mucho tiempo aquí dentro.
—Claro —dijo, molesta. Se guardó de decir que el culpable de esa situación no era nadie más que él.
Tatiana se puso en pie y dejó el libro sobre el asiento. Llevaba puesta una camiseta blanca de Yun, probablemente la única que tenía de ese color, y uno de los pantalones cortos de deporte que él le había comprado.
—Voy a por calcetines. —Fue hasta su armario y cogió unos calcetines. Usar sus objetos personales era parte del precio que él tenía que pagar por tenerla cautiva allí dentro y ambos lo tenían asumido.
Regresó a la butaca con ellos en la mano, bajo la mirada atenta de Yun, que le daba un trago a su café, y se calzó.
Las zapatillas eran exactamente de su talla, y también exactamente de su gusto. Unas deportivas de Dior que se ajustaban a lo que ella misma habría elegido en caso de tener que comprar unas. Recordó que Yun la había vigilado muy de cerca durante mucho tiempo, así que no le sorprendió.
Tatiana se puso en pie y recuperó su vaso de café.
—Ya estoy lista.
Yun dejó la bandeja vacía sobre el libro que había quedado olvidado en la butaca y caminó hacia la salida de la habitación, con su café también en la mano. Tatiana le siguió, preparada para memorizar todos los detalles que le pudiesen resultar de utilidad, por si Viktor no acudía a su auxilio y finalmente tenía que escapar de allí por su propio pie.
Salieron a un pasillo luminoso, también de estilo oriental. Unos cuadros de caligrafía china muy bien ejecutada decoraban las paredes. Había más *Dracaenas* distribuidas a los lados, como si esa fuese la única planta existente en el mundo. No vio a nadie allí, al igual que ocurrió en el hotel abandonado. Aunque Tatiana imaginaba que detrás de la puerta estaría alguno de los perros guardianes de Yun, listo para irrumpir en la habitación de ser necesario, la realidad era que sus hombres nunca estaban a la vista. Así ella no podría hacer un recuento que se pudiera volver en contra de ellos después.
Pero frente a su habitación había otra, y supuso que era desde allí desde donde observaban todos sus movimientos a través de las cámaras, desde donde aguardaban listos para salir disparados ante la sospecha de que ella fuese a hacer alguna tontería.
Recorrieron el pasillo. Había más habitaciones, pero todas estaban cerradas. Al llegar al final, bajaron por una escalera curva y llegaron a un recibidor muy luminoso. La puerta de entrada era

grande, de cristal, por lo que dejaba pasar todo el sol de la tarde.
Allí tampoco había ningún maldito chino, pero no por ello significaba que no anduviesen cerca. Tal vez Yun los había espantado temporalmente, sólo para que ella olvidase por un momento que seguía en su cárcel, aunque hubiese salido de la celda.
Yun abrió la puerta para ella y la invitó a salir. La temperatura en el exterior era muy agradable, propia de mediados de agosto en esa zona de Rusia. Tatiana respiró el aire limpio mientras ojeaba el entorno. Estaban en el claro de la zona boscosa en la que se ubicaba la casa. Allí no llegaban ruidos de ciudad ni tampoco de coches de alguna carretera olvidada. Un camino llegaba hasta un área despejada de tierra, justo frente a ella, donde había cuatro coches aparcados. Un Tesla blanco, dos Lada con aspecto de tener muchos kilómetros a sus espaldas y un Testarossa negro que captó toda su atención. No hacía falta preguntar a Yun cuál era el suyo. Él ya le había confesado su debilidad por los coches de los años noventa.
—Por aquí. —Yun la invitó a bajar los pocos escalones que los separaban de la tierra y luego la guió hacia la derecha.
Los abetos y pinos que rodeaban la casa lo empapaban todo con un halo recóndito y silvestre muy agradable. Caminaron en silencio y disfrutaron del sonido suave del roce de las hojas de los árboles, del trino de los pájaros. Yun la condujo hasta una zona de retiro muy tranquila, desde donde todavía se podía ver la casa roja de estilo colonial a unos metros de distancia, entre los árboles.
La invitó a sentarse en una mesa blanca de granito. Los asientos eran del mismo material y tenían un aspecto muy poco confortable. Por eso, a Tatiana le sorprendió descubrir lo cómodos que eran en realidad cuando tomó asiento. O tal vez era el lugar, que de alguna manera minimizaba las cosas malas.
—A mi madre le encantaba venir aquí. —Yun dio un trago a su café y lo dejó sobre la mesa.
El matiz altivo de su expresión no casaba con el tono de la confesión que acababa de hacer. Se preguntó qué ganaba él con hablarle de su madre. Que hablase de ella en pasado daba a entender que era huérfano y entonces se dio cuenta de que, por una vez, Yun estaba dispuesto a abrirse.
—Si tu idea era tener una conversación profunda, deberías haber avisado primero. Ahora no sé qué responder. —Tatiana bebió de su café.
Yun no dijo nada. Tan sólo jugueteó con su anillo mientras tenía la vista puesta en alguna parte.
Tatiana se forzó a dejar el sarcasmo para otro momento. Yun quería abrirse y no había necesidad de estropear eso.
—¿Está muerta? —dijo entonces, a media voz—. Tu madre.
—Sí —confirmó él.
Tatiana le miró fugazmente a los ojos y vio cierto dolor antiguo en ellos.
—La mía también. —Nadia llevaba catorce años muerta—. ¿Cuánto tiempo hace? —quiso saber.
—Doce años.
Eso también era bastante tiempo.
—¿Y qué le pasó?
—Tuvo un derrame cerebral. —Por la forma en que Yun lo expuso, supo que él tenía muy asumida su muerte.
—¿Qué edad tenía? —Ahora que él estaba dispuesto a hablar, Tatiana disparó las preguntas una detrás de otra. Quería aprovechar al máximo el momento de sinceridad de Yun.
—Cuarenta y siete años.
Muy joven para sufrir un accidente cerebrovascular.
—¿Tenía hipertensión, fumaba mucho? —preguntó. Era inevitable que su vena médica no

cobrase protagonismo en ese tipo de conversaciones.
—Tenía diabetes tipo I. —Yun apuró su café y sacó el paquete de tabaco—. Los médicos dijeron que ese fue el principal desencadenante.
Extrajo un cigarrillo y se lo encendió con la cabeza ladeada. Luego, le tendió el paquete a Tatiana.
—Y… ¿heredaste la diabetes?
—No, por suerte no. —Expulsó el humo de forma pausada.
De haberlo hecho, ella ya lo sabría. Conocía bien su cuerpo y Yun no tenía marcas de inyectarse insulina.
Tatiana se encendió un cigarrillo también, con los ojos puestos en él. Estaba guapo esa tarde. Llevaba una camisa gris carbón remangada hasta los codos, como casi siempre. Unos pantalones negros, como casi siempre, también. Tal vez se trataba del pelo. En vez de llevarlo peinado hacia atrás, como acostumbraba, ese día le caía un poco hacia un lado.
—Te hablo de ella porque hubo algo que siempre me inculcó, algo de lo que quiero hablarte hoy. —Por fin Yun hizo un contacto visual prolongado.
—¿Y qué es?
Él rodó el cigarro entre sus dedos antes de hablar.
—Tienes que saber algo primero. —Yun hizo una pausa, como si quisiese comprobar que Tatiana estaba preparada para escuchar las palabras que él tenía que decir—. Mi nombre completo es Sung Yun —confesó—. Supongo que eso te aclarará algunas cosas.
Tatiana no supo qué responder, cosa que no le ocurría muy a menudo.
Se removió sobre el asiento del granito, que de repente se había vuelto muy incómodo.
—¿A qué juegas, Yun? —dijo, mientras luchaba por contener un nerviosismo que se acababa de disparar.
Yun tan sólo la miró, calmado. Al menos, aparentemente. Tatiana, sin embargo, le contempló conmocionada.
—¿Cuándo pensabas decírmelo?
Yun era el maldito hijo del líder de la mafia china, Sung Chen. Un líder antiguo cuya vida estaba rodeada de hermetismo. Las malas lenguas confirmaban lo que ya se intuía desde fuera: Chen regía su organización con dureza, con exigencia extrema. Ahora entendía que Yun hubiese tenido fácil secuestrarla y mantenerla oculta, pues su poder era muy superior al que Deshi tuvo alguna vez. Su poder, y también su actitud. Al lado de Yun, Deshi no era más que un cachorrito a medio adiestrar cuyo peligro máximo radicaba en que mordisquease los calcetines de alguien.
El cigarrillo comenzó a consumirse entre sus dedos sin que Tatiana pudiese hacer nada para evitarlo.
Ahora que sabía que Yun era el hijo del rey del crimen chino, todo tomaba un cariz de gravedad muy preocupante y hacía que las piezas encajasen por primera vez. Su secuestro no tenía que ver con Yun, sino que Sung Chen había ordenado raptarla como parte de un plan con el que quedarse con los contratos de Corea del Norte a la vez que esquivaba el conflicto, evitando el camino sin salida que era la guerra. Todo limpio y con buena letra, sin cabrear a los norcoreanos. Yun sólo era la herramienta para llevarlo a cabo.
Tatiana bajó la mirada. La amalgama de emociones que comenzaba a formarse en su interior iba a dar como resultado una mezcla explosiva.
—¿Cambia algo que yo sea su hijo? —rebatió Yun, sereno. Estaba claro que percibía el huracán que Tatiana trataba de contener.
—Lo cambia todo. —Tatiana apretó el cigarro con fuerza entre sus dedos y este se deformó. Lo

lanzó a un lado sin ni siquiera apagarlo, pues poco le importaba si ese bosque ardía al completo.
—¿Por qué? —Que él fumase con total naturalidad frente a ella, mientras que ella luchaba contra la rabia que crecía en su interior, despertó en Tatiana una especie de ira homicida.
—Porque ahora entiendo por primera vez la gravedad de la situación. Ahora sé que quieres quitármelo todo de verdad.
Tatiana apretó el puño y notó cómo una de sus uñas le atravesaba la piel de la palma de la mano. Ese pequeño foco de dolor la ayudó a dispersar la atención sobre sus emociones por un instante.
Darle los contratos supondría el fin de su organización, el ocaso de la familia Kozlov. Y no dárselos la condenaba a morir allí, presa de Yun, o de Sung Chen, en última instancia. Estaría condenada a pasar las noches en su cama con la esperanza de que él la liberase alguna vez, cuando la realidad era que nunca lo haría.
Pero Tatiana no estaba dispuesta a ceder, ni aunque Yun fuese el hijo del mismísimo Jesucristo. Ella no iba a entregar nada, así que Sung Chen tendría que replegarse y volver a sus putos asuntos. Viktor recuperaría la ciudad, o su tío Maxim, o su primo Vladimir, o el Kozlov al que más rabia le corriese por las venas en ese momento. Heredarían los contratos con Corea, y Moscú volvería a ser lo que siempre había sido, bajo el mando de otra persona. Si el precio de que todo eso se hiciese realidad era no volver a ser libre, o incluso perder la vida, bien pagado estaba.
Pero había algo con lo que no había contado. Yun tendría muchísimos más hombres de los que imaginaba, muchas más armas, mucha más logística. Por eso, supo que con su mensaje había conducido a Viktor a una muerte segura. Ese secuestro no era lo que aparentaba y Yun contaba con la fuerza suficiente como para fulminar a cualquiera que se le acercase. Viktor no tendría nada que hacer.
Eso, suponiendo que todavía estuviese vivo.
Tatiana tragó saliva y tiró de todo su autocontrol para no perder los nervios. Se dijo que quizá podía coger el móvil de Yun una vez más y avisar a Viktor de que este hombre no era Deshi, de que no se le parecía en nada y de que el enemigo que creían pequeño era, contra todo pronóstico, un titán. Un mensaje para advertirle de que no viniese a por ella.
Yun se levantó de su asiento y fue hasta su lado. Tatiana no quería tenerle cerca, no ahora que todo había encajado en su lugar.
—Tatiana —él colocó el dedo bajo su barbilla, para que ella levantase la cabeza y le mirase. Pero ella no cedió—. No voy a quitarte nada.
Tatiana habló con los dientes apretados.
—Es que no puedes quitarme nada, Yun —le recordó.
Yun se agachó para quedar a su altura. Buscó sus ojos.
—Quién sea mi padre no cambia lo importante —sonó sincero. No tenía una actitud hostil, contra todo pronóstico—. Te he traído aquí por otro motivo.
—Déjalo, se me han quitado las ganas de hablar. Quiero irme a la habitación —dijo, hastiada. Ya había tenido suficiente. Necesitaba tiempo para pensar antes de hacer algún movimiento. Aunque la partida estaba clara con respecto a Moscú y los contratos con Corea del Norte: no hacer nada era lo que lo preservaría todo. Ahora sólo tenía que conseguir que Viktor no fuese a por ella.
Yun la miró con extrañeza, como si lo que estaba ocurriendo no fuese consigo.
—Terminemos esta conversación, por favor.
Era extraño que en los ojos de Yun no encontrase la actitud que esperaba. Él se había revelado como quien era de verdad, el heredero del imperio del crimen, uno de los brazos del gigante chino. El brazo derecho, en concreto. Contaba con que, junto con esa revelación, Yun mostrase

su verdadera cara. Sin embargo, la que veía era la misma que todos esos días atrás, y eso le resultó confuso.
—No quiero destruir nada de lo que tienes —entrecerró los ojos—. Déjame que te lo explique.
Tatiana permaneció en silencio. Le permitiría explicarse, sí, pero sólo porque la actitud que mostraba no casaba con la situación, sólo porque todo apuntaba a que faltaba un capítulo en esa historia. Y, llegados a ese punto, quería conocerla entera.
Yun la tomó de la mano y la hizo ponerse en pie, pero Tatiana se zafó de su contacto. Se levantó por sí misma y se cruzó de brazos. Se sentía demasiado inestable en ese momento como para tener cercanía con él. Yun se apoyó sobre la mesa de granito y la miró con esos ojos oscuros, ahora cargados de emociones que no supo descifrar.
—Yo nunca he ocupado el lugar de Jiang He, ni el de Deshi, como podrás imaginar ahora que sabes quién soy. Si te espié, si espié a vuestra familia, fue por teneros controlados. Lo hacemos con la Yakuza también, con la Cosa Nostra, con los cárteles de la droga en América Latina.
Lo que Yun decía no era algo fuera de lo común. Su padre también había tratado de infiltrar espías en Pekín y Shanghái durante algunos años, sin éxito. Ellos mismos seguían de cerca a los italianos, a los japoneses, y tanteaban también a través de distintos contactos a las organizaciones que había al otro lado del océano.
—Pero espiarte a ti fue diferente —añadió. Yun no desvió la mirada, pero permaneció en silencio, tal vez para buscar las palabras exactas, ya que era un hombre con tendencia al orden en todos los aspectos—. Me obsesioné contigo —reconoció finalmente.
Tatiana tenía claro ese punto, pues de lo contrario, su secuestro no se habría asemejado tanto a un retiro de temática asiática cargado de sexo.
—Te secuestré porque nunca habría podido acercarme a ti de otra forma. Y si me hubieras dejado hacerlo, nunca habríamos pasado de las formalidades. Y necesitaba mucho más que formalidades entre nosotros.
—Qué bonito —dijo Tatiana, a la vez que contenía las ganas de abofetearle—. Un hombre que se obsesiona con su enemiga por espiarla demasiado y que, ya que está, decide robárselo todo. Qué lástima que ya no podamos saber qué habría pasado si directamente hubieses arreglado una cita conmigo.
—Claro que sé lo que habría pasado, Tatiana. Eres una mujer con demasiados prejuicios.
En eso tenía toda la razón. Él continuó.
—Pero tenía mucho trabajo en Shenzhen, así que seguí con mi vida mientras me dedicaba a espiarte por placer. Entonces, Aleksei murió. En un atentado que no fue nuestra responsabilidad —aclaró. Por supuesto que no había sido su responsabilidad—. Deshi aprovechó lo ocurrido para intentar tener más poder en Moscú y vosotros creísteis que el conflicto era peor de lo que era. —Yun la miró con cierta condescendencia—. Pero ahora eso da igual. Tú ocupaste el lugar de Aleksei y eso marcó la diferencia.
—Vamos, Yun. ¿Qué cambió? Era más fácil secuestrarme cuando yo no era la líder de ninguna parte. Lo hiciste después de la muerte de Aleksei para quitarme Corea del Norte y todo lo que de verdad tiene valor, porque sabías que todo estaba patas arriba y que sería más sencillo.
—No —dijo, con los ojos entrecerrados.
Tatiana exhaló, irritada.
—Aleksei nunca te iba a dar esos contratos y los dos lo sabemos. ¿Crees que porque soy una mujer yo sí que lo haré? ¿Es eso? Por eso viste la oportunidad en cuanto…
—No —Yun la cortó de forma un tanto brusca—. Quiero liderar contigo. Lo que quiero es que lideremos juntos, Tatiana.

Tatiana levantó las cejas con dramatismo ante semejante revelación. Luego, soltó una risotada sarcástica. Definitivamente, Yun deliraba. Al menos, se alegró de que todo eso no fuese un plan de Sung Chen.
—Si esa era tu idea, has hecho las cosas muy mal.
—Lo he hecho de la única manera posible.
Tatiana rio de nuevo. Reír por no llorar.
—Pues vaya mierda de ideas que tienes.
Yun habló en tono cómplice.
—No quiero los contratos de Corea del Norte para mí solo. Lo que quiero es que los compartamos, los tuyos y los míos. Que Asia y Europa sean nuestros, de los dos.
A Tatiana le pareció una idea tan ambiciosa que rozaba el absurdo. Ni siquiera se correspondía con las exigencias que Yun había puesto sobre la mesa cuando negociaron por primera vez, semanas atrás, cuando él quería arrebatárselo todo.
—Eso no es lo que me dijiste cuando me encerraste. No era lo que querías —le recordó.
—Me habrías escupido en la cara si te hubiese propuesto algo así en ese momento.
Y no se equivocaba.
—Entonces, ¿por qué has esperado a…?
La respuesta llegó como un alud de nieve. Tatiana le miró muy fijamente, con una expresión de incredulidad que no había puesto en toda su vida, y se preguntó cómo de lejos era capaz de llegar un hombre con tal de alcanzar sus ambiciones.
—Querías que sufriese el síndrome de Estocolmo para que así aceptase la proposición que me estás haciendo ahora —reveló, sorprendida e irritada a partes iguales.
Una risa vaga la invadió, mientras asimilaba el giro de los acontecimientos. Cómo no se había dado cuenta antes.
—Te había subestimado —añadió, mientras la risa la abandonaba y daba paso a una terrible sensación de abatimiento.
El plan de Yun era impecable. Robarle Moscú, secuestrarla. Tratarla mal al principio, un poco mejor después, muy bien al final. Un síndrome de Estocolmo de manual. Atarla psicológicamente a él para que la unión entre sus organizaciones fuese de acuerdo mutuo y así cumplir con su ambicioso anhelo.
Él no se defendió.
Tatiana le contempló, muy quieta, a unos pocos pasos frente a él, mientras que las piezas del mosaico se reordenaban en su cabeza para formar un dibujo diferente, el verdadero dibujo de la historia. Definitivamente, Yun era un hombre inteligente. Un hombre que la había utilizado desde el primer minuto de su secuestro. Había desnudado sus emociones y jugado con ellas para su conveniencia, y todo para ganar poder, para expandir su imperio de la única manera posible.
Tatiana se sintió violada de alguna manera, engañada y traicionada, una vez más.
—Estás loco, Yun —dijo, finalmente—. Eres un megalómano con mucha sangre fría.
Como todas las personas que se movían en ese mundo de mierda, al fin y al cabo. Pero viniendo de Yun, dolía más.
La situación era grave. Se dio cuenta de que ella misma podría haberla frenado y, sin embargo, cada noche se dormía contemplando los labios de Yun, con el deseo de que él se despertase para besarlos de nuevo. Le afectaba que su humor se ensombreciese y, sin apenas ser consciente, intentaba arreglarlo de alguna manera. Sentía cosas hacia Yun, aunque no pudiese ponerles nombre, y ahora se preguntaba hasta qué punto él no había logrado su propósito.
Yun se mostró dolido por su comentario.

—Un liderazgo conjunto acabaría con muchos problemas, Tatiana. No habría más conflictos, nos haría más ricos a los dos y seríamos la organización más fuerte a nivel internacional.
Eso era cierto. Pero chinos y rusos nunca podrían liderar, nunca podrían entenderse. Y mucho menos compartir las fuentes de ingresos.
—Estás loco —repitió, muy seria esta vez.
Yun se encendió otro cigarrillo, nervioso, aunque tratase de ocultarlo tras la fachada de altivez que siempre llevaba puesta.
—Te he traído aquí para hablarte de mi madre —le recordó.
A Tatiana ya le importaba muy poco el tema de su madre.
Él bajó la cabeza y contempló con detenimiento el anillo al que daba vueltas en su dedo.
—Mi madre se llamaba Elena Kovaleva. Era rusa, como tú.
Tatiana no mostró sorpresa, aunque no era la revelación que esperaba escuchar. Que Yun tuviese una madre rusa explicaba algunas de sus particularidades, como sus facciones suaves y lo bien que hablaba el idioma.
—Ella me inculcó la cultura rusa desde que nací —continuó—, algo a lo que mi padre nunca se opuso, porque la amaba profundamente y, porque si algo sabe él, es que conocer al enemigo es una de las mejores cartas con las que se puede jugar.
Yun dio una calada, sin quitarle los ojos de encima.
—Mi madre se adaptó muy bien a la cultura china. Mi padre no estaba dispuesto a abandonar Pekín, así que no le quedó otra opción que hacerlo. Con el tiempo, ella se convirtió en un instrumento muy valioso para él. Empezó a gestionar grandes cantidades de dinero y a buscar la manera de hacer más. Pero no por medio de la violencia, como hacía mi padre, sino por medio de los negocios, de la diplomacia. Ella mejoró los contratos que teníamos con Corea del Norte, ¿lo sabías?
—No —reconoció, en tono plano. Toda esa información era como un camión pasándole por encima.
—Pues lo hizo. Porque, como te digo, los negocios se le daban muy bien. Igual que a ti —dejó caer.
Tatiana apretó los dientes.
—La respuesta es no.
Ante el silencio de Yun, que duró demasiado, Tatiana se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la casa. Necesitaba respirar aire fresco, alejarse de Yun para poner todo en perspectiva. No tardó mucho en percibir que la seguía y en recordar que estaba secuestrada y que no tenía escapatoria alguna de él.
Entró a la casa, subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta su habitación. No se encontró con ningún chino por el camino, y eso ahorró un mal menor. Le apetecía patear el estómago a alguno de ellos, aunque saliese mal parada al final. Ni siquiera tenía su propio tabaco para encenderse un cigarrillo y ese fue el remate de la situación. Pero Yun no tardó en aparecer detrás de ella y cerrar la puerta a su espalda.
—Dame un maldito cigarrillo —dijo, brusca, sin ni siquiera girarse.
Sintió los pasos de Yun y luego le tuvo delante, con el paquete de tabaco en su mano, frente a ella. Lo cogió y se encendió uno. Yun habló con suavidad.
—Deja las zapatillas en la entrada, por favor. —Tatiana todavía las llevaba puestas.
—Que le den por culo a tus costumbres chinas —le echó el humo en la cara y le rodeó para irse a fumar al balcón.
Ante su actitud belicosa, Yun se replegó.

—Te dejaré un rato para pensar.
No insistió. Se fue al baño y se dio una ducha mientras que Tatiana batallaba con toda esa información nueva.
Algo en su interior, algo que brotaba del fondo más profundo de su ser, la hizo querer llorar. Al principio no comprendía de qué se trataba, pero mientras abría el balcón para apoyarse en la barandilla y fumar ese cigarro en soledad, supo qué era.
Yun la había utilizado. La suavidad que le había mostrado, las conversaciones profundas, el sexo. Todo era una herramienta con la que conseguir un fin. Nada había sido real y descubrirlo devastó una parte de ella que ni siquiera sabía que existía. Lo que para Tatiana había comenzado como una forma de escapar de ese lugar se había convertido en algo real y tangible. Nada que se le pareciese a ese estúpido síndrome de Estocolmo que él pretendía que sufriera, pero que tenía que ver con sentimientos reales. Y, como sentimientos que eran, sólo la habían conducido a lamentarse, como ya le había advertido su padre durante toda su vida.
Maldito fuese él y malditas fuesen sus lecciones de mierda.
Tatiana se tragó todas y cada una de las lágrimas. Yun no las merecía y a ella no se le daba bien dejarlas salir. Le dio una calada profunda al cigarro y las empujó todas de nuevo a su lugar, al pozo profundo del que habían brotado.
Nunca saldría de allí. Lo más probable era que Yun siguiese con su plan un poco más, puede que algunos meses. Tal vez unos pocos años, si era muy obcecado. Pero al final desistiría y se desharía de ella. Acabaría muerta y no había nada que pudiese hacer para evitarlo. Lo que ahora importaba era Viktor. Tenía que avisarle de que no podía ir allí, al menos, no sin tener una idea real de quién era la persona a la que se enfrentaba. Esperaría al día siguiente, para no levantar sospechas, y después cogería de nuevo el teléfono de Yun.
Ella ya estaba muerta, pero para Viktor todavía quedaba esperanza.

Capítulo 29

«Es raro, muy raro, que nadie caiga en el abismo del desengaño sin haberse acercado voluntariamente a la orilla».

Concepción Arenal

Tatiana era incapaz de dormirse. Llevaba mucho tiempo dando vueltas de un lado a otro de la cama, enredada con las sábanas de seda gris, sin poder dejar de pensar en lo ocurrido. Yun descansaba a su lado. No se movía, pero no estaba dormido. Lo sabía por la forma en la que sonaba su respiración, esa que ya conocía tan bien.

Tatiana suspiró con los ojos clavados en el techo en el que se proyectaban las sombras de las ramas de los árboles.

¿Una alianza? Eso era ridículo.

Con el paso de las horas había decidido que resignarse no era una opción. No se iba a podrir allí el resto de sus días, así que trataría de encontrar la manera de convencer a Yun de que la dejarse salir, de que pusiese fin a ese secuestro absurdo. No era alguien a quien manipular, pero sí alguien razonable, y si sus argumentos eran los correctos, tal vez lograría que él cediese. El tema de los sentimientos era un asunto a parte, uno que no pensaba dejar sin aclarar, y cuanto antes. Por eso, habló a media voz.

—Me has utilizado todo este tiempo —sonó más afectada de lo que pretendía.

No era una pregunta. Era una afirmación cruda que dolía a niveles extraños. Tenía gracia, pues hasta ese día, era ella quien creía que le utilizaba a él.

Yun se dio la vuelta, despacio. Se puso de lado y la observó a través de la penumbra.

—No. —Lo negó sin dar más explicaciones.

—Sí. El sexo, la confianza, todo era parte de tu plan.

Él acarició su mejilla y Tatiana le hizo apartar la mano.

Yun exhaló con suavidad y luego se incorporó. Apoyó el codo sobre el colchón y puso la otra mano sobre el cuello de Tatiana. Lo acarició despacio, con cierto cariño, pero a Tatiana le dio la impresión de que encerraba una advertencia.

Trató de apartarle, pero él no sólo no se lo permitió, sino que apretó su agarre lo suficiente como para que ella no pudiese escapar.

—Escúchame —dijo, calmado—. Sé que estás enfadada, pero escúchame.

Tatiana se sintió como un felino acorralado en una esquina, así que se defendió. Actuó deprisa. Trató de darle un rodillazo en el abdomen y no le alcanzó por poco. Al menos, su intentona fue suficiente para confundirle. Aprovechó esos segundos valiosos para impulsarse y colocarse sobre él, pero Yun atrapó sus manos detrás de la espalda y Tatiana cayó a plomo sobre su pecho. Luego, la volteó para quedar encima y la atrapó con su cuerpo. Sus ojos se clavaron en los de ella mientras sus respiraciones aceleradas se mezclaban por la rapidez del encontronazo.

Tatiana no se lo iba a poner tan fácil. En un arrebato de ira, le mordió en el hombro con fuerza. Él gruñó y desapareció de su vista muy rápido. Se bajó de la cama y ella aprovechó la oportunidad para levantarse y propinarle una patada en el costado que le pilló desprevenido y que, con toda seguridad, le hizo mucho daño. Era el precio a pagar por haberse distraído para

comprobar el alcance del mordisco. Era el precio por haberle hecho daño como lo había hecho.
Pero la segunda patada no llegó a su destino. Yun capturó su pierna en el aire y lanzó a Tatiana al suelo.
No, no tenía nada que hacer contra él, pero por algún sitio tenía que salir toda la rabia que llevaba dentro. Toda la impotencia, la frustración, la desesperanza. No pensaba tragarse todo eso porque sabía que era imposible de digerir, como una bola de pelo enorme que tarde o temprano tendría que expulsar.
Yun caminó hacia ella y Tatiana se puso en pie. Se colocó en posición defensiva porque atacarle ya no era una posibilidad. Sólo esperaba dar la talla y que él no le encajase ningún golpe del que le costara recuperarse. En el fondo, sabía que Yun no le haría daño. Pero Tatiana nunca confiaba al cien por cien en nadie.
Él trató de agarrarla del brazo, pero ella le esquivó.
—Sólo quiero hablar, Tatiana. —Estaba cabreado, pero en él eso siempre se entreveía de forma sutil. Yun era contenido con sus emociones.
—¿Crees que hablar servirá de algo a estas alturas?
Yun se detuvo en medio de la habitación. Era su manera de decirle que ondeaba la bandera blanca.
—Quiero que me escuches —exigió.
—Pues habla —le dijo, aún lista para encajarle un golpe si sus palabras no le gustaban.
Pero ni siquiera le dio tiempo a intentarlo. Él se abalanzó sobre ella y en dos movimientos la tuvo inmovilizada contra la pared. Como ya sabía, Tatiana no era una rival para él.
—He dicho que quiero que me escuches bien —dijo, con su cara muy cerca de la suya.
Tatiana le miró con rabia contenida en un intento de minimizar la pérdida de dignidad que conllevaba estar atrapada de esa manera. Yun la tenía sujeta por las manos y se las había clavado a la pared. Su cuerpo, muy pegado al suyo.
—Tatiana, no voy a negar lo evidente —susurró, en medio de la penumbra—. Necesito que tengas sentimientos fuertes hacia mí porque es la única manera de que esto funcione, de que ninguno de los dos tenga miedo a una traición. Hace falta un vínculo muy sólido entre nosotros antes de formar cualquier vínculo entre nuestras organizaciones. Y sé que lo puedes sentir si dejas que todo siga su curso. —Yun tragó saliva—. Yo ya estoy enamorado de ti.
Tatiana entrecerró los ojos, mientras valoraba la veracidad de semejante declaración. Eso sonaba demasiado fuerte para una mujer como ella. Una palabra que no estaba en su diccionario.
—Enamorarse es algo muy subjetivo —concluyó.
Yun se echó un poco hacia atrás y aflojó el agarre sobre sus manos. Sólo conservó el suficiente para sostenerlas con suavidad.
—Sólo es subjetivo para quien nunca lo ha estado.
Tatiana le sostuvo la mirada.
—Yo nunca lo he estado ni lo voy a estar. —Una mentira necesaria para defenderse de él.
—Eso no lo sabes.
Tatiana exhaló con desgana. Claro que estaba enamorada de Bogdam, pero no estaba segura de qué parte de sus sentimientos era amor y cuánto era cotidianeidad. Entre ellos dos siempre se entremezclaban muchos sentimientos diferentes y era difícil discernir de qué parte de esa amalgama provenía cada uno.
A lo que sentía por Yun no era capaz de ponerle nombre todavía, y mucho menos de reconocerlo ante él.
—Lo siento, Yun —dijo, finalmente.

Él bajó la mirada, algo afectado. Pero no le dio pena, pues sabía que Yun era orgulloso y que podría superar su rechazo.
—¿Qué va a pasar ahora? —Tatiana necesitaba saber cuál era su idea, ahora que las cartas se habían revelado sobre la mesa—. ¿Me vas a tener aquí encerrada para siempre?
Yun acarició el dorso de las muñecas de Tatiana con su pulgar, justo por donde la tenía agarrada. Un roce cariñoso que, para su disgusto, despertó algo en ella, a pesar de que seguía enfadada y frustrada.
—Tengo que pensar en ello —repuso él.
Una respuesta que le resultó insuficiente.
—Pues piensa rápido.
Tatiana se escabulló de su agarre y regresó a la cama, desganada. La situación le afectaba más de lo que creía posible, pero no podía evitarlo. Ya sentía cosas por Yun, aunque no fuesen todo lo intensas que él esperaba.
Se metió entre las sábanas y acomodó la cabeza en la almohada. Yun aseguraba estar enamorado de ella y tenía que reconocer que le había parecido muy sincero al hacer su confesión. Una maldita confesión que ahora resonaba en su cabeza y que, aunque no debía, aliviaba en gran parte su malestar, ese que surgía de la idea de que él la hubiese utilizado. Pero que su enamoramiento fuese genuino no cambiaba el hecho de que ella no iba a aceptar su propuesta. Ellos nunca liderarían juntos.
Yun se unió a ella en la cama y no tardó mucho en quedarse dormido, como si al haber confesado sus sentimientos se hubiese quitado un peso de encima y ahora por fin pudiese descansar. No fue igual para Tatiana. Ella no podía conciliar el sueño.
No conocía la peor cara de Yun, pero estaba segura de que tenía una. Era imposible que él se hubiese hecho un hueco en la mafia sin ella, sólo avalado por ser hijo de su padre. Hacía falta mucho más, y se preguntaba cómo sería ese lado oscuro, esa parte siniestra que iba implícita en cualquier líder de su altura.
Aun así, Yun era diferente. Una *rara avis* que no respondía ante nadie, un soñador con aspiraciones imposibles, capaz de conservar la sensibilidad a pesar de vivir en un mundo de crudeza y brutalidad.
¿Cómo habrían sido las cosas si se hubiesen conocido en circunstancias distintas? Otra vez esa pregunta para la que nunca habría respuesta y que, sin embargo, no dejaba de repetirse.
Necesitaba un plan para salir de allí, uno que involucrase un razonamiento sensato de la situación. Si los sentimientos de Yun hacia ella eran verdaderos, no la retendría ahora que sabía que ella no desarrollaría ninguna atadura psicológica fruto de ningún síndrome. Debía dejarla ir.
Cuando el alba comenzó a despuntar, Tatiana por fin se quedó dormida. Y, aun así, esa pregunta continuó vibrando en su cabeza en medio de su sueño.

Capítulo 30

«Discúlpeme, no le había reconocido: he cambiado mucho».

Oscar Wilde

Aleksei dejó caer al suelo la barra de hierro ensangrentada con la que acababa de golpear al rehén. Lo habían capturado sus mercenarios dos noches atrás, cuando hacían una ronda de vigilancia en las inmediaciones de Krasnoselsky. Ya le había pegado demasiado y no le convenía que perdiese la consciencia, pues todavía tenía que hacerle otra vez todas esas preguntas para las que no tenía respuesta. Él dejó caer la cabeza mientras aguantaba el dolor y después miró de nuevo a Aleksei.

—No sé nada, por favor —rogó, con voz ahogada.

Un ruego que, por primera vez en mucho tiempo, removió algo en su interior.

Aleksei caminó hasta la mesa en la que descansaban los instrumentos que sus hombres utilizaban para sacar información a todo aquel que se sentaba en esa silla. ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Tal vez los alicates, para arrancarle con ellos algo que ya nunca pudiese recuperar? ¿O quizás el martillo, para romperle algún hueso doloroso con él? Lo cogió en su mano y comprobó su peso. Luego, lo dejó caer con desgana.

A pesar de que la rabia que latía en su interior era salvaje, no tenía ánimos para hacer lo que estaba haciendo. Ese desgraciado no formaba parte de la organización y nunca lo habría hecho ya que, en el caso de que alguno de sus reclutadores hubiese puesto el ojo en él, lo habrían descartado de inmediato. Era demasiado incauto, muy inexperto, y de una capacidad intelectual y unas habilidades bajísimas.

Carne de cañón barata con la que Kostya había engrosado sus filas.

Torturarle le hacía sentir mal, tal vez porque llevaba demasiado tiempo alejado de ese mundo, porque estaba oxidado, o quizás cansado de tener que hacer cosas como esa. Su trabajo llevaba implícito un desprecio hacia la vida humana que ahora contrastaba con el sentimiento tan potente que le provocaba saber que se convertiría en padre.

Aleksei tomó asiento en la banqueta que había frente al hombre, a unos pocos pasos de distancia. Sacó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y se lo encendió con un movimiento muy practicado. Dio una calada mientras contemplaba la cara ensangrentada de ese hombre, que le miraba asustado en busca de misericordia.

¿Cuánto valía una vida?

La de ese hombre, nada. La de su hijo, lo valía todo.

Era tal la subjetividad que rodeaba a la existencia que Aleksei tuvo que contener las ganas de reír. Una subjetividad que quedaba al descubierto en ese submundo criminal, en ese mundo formado por individuos con una falta de valores enfermiza en el que nadie se molestaba en disimular que la vida o la muerte no significaban nada. Un mundo en el que nadie en su sano juicio querría criar a un niño.

No, su hijo no pertenecía a ese lugar. Le daría la oportunidad que él nunca tuvo y le alejaría de ahí, de esa cloaca de delincuencia y vicio en la que en cualquier momento alguien podía meterte una bala entre las cejas.

—¿Tienes hijos? —le preguntó al rehén, de improviso.
—N-no —titubeó.
Aleksei dio una calada furiosa al cigarrillo. No era por el hombre que tenía delante, sino por la complejidad de sus pensamientos. Ahora que esperaba un bebé, era consciente del huracán que azotaba sus pilares, de cómo los valores con los que había crecido temblaban y de cómo ese camino marcado que había seguido hasta hacía poco se burlaba de él a sus espaldas, oscuro y terrorífico.
¿Qué le iba a enseñar a esa criatura que llegaba al mundo? ¿Qué maldito ejemplo era para ella?
La puerta de la habitación se abrió y Aleksei agradeció que alguien le pusiese freno a sus pensamientos. Se giró para ver quién se unía a la fiesta. Para sorpresa de nadie, Viktor accedió al interior y caminó hacia ellos. Se detuvo a un lado, entre Aleksei y el rehén, y los contempló a ambos.
—¿Interrumpo algo? —preguntó sarcástico, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de deporte.
Aleksei expulsó el humo del cigarrillo con desgana y respondió sin ni siquiera mirarle a la cara.
—Me estoy tomando un descanso.
Viktor estudió al rehén con ojos brillantes y la mirada de este se oscureció por el terror. No había que ser muy listo para darse cuenta de cuál de los dos era el perturbado allí.
—Yo te tomaré el relevo —anunció—. ¿Ya ha cantado?
—No. —Aleksei apagó el cigarro en el suelo, con el pie—. No sabe nada.
—Pues eso se arregla enseguida. —Viktor caminó hacia la mesa de los instrumentos y se tomó unos segundos para decidir cuál iba a utilizar.
—No sabe nada —repitió Aleksei, mientras contemplaba cómo Viktor se decantaba por el táser de contacto.
—Eso no importa —reconoció—. Hay que dar ejemplo, hermanito. Cuando acabemos con él, le soltaremos cerca de donde le encontramos, para que lo vean los demás. —Viktor sonrió.
Aleksei no lo iba a reconocer, pero el tipo le daba pena. Le daba pena pensar que su vida ya estaba sentenciada y que daba igual si Viktor o él le torturaban antes de matarle, pues el resultado final iba a ser el mismo.
Antes de que Viktor se acercase a él, listo para soltarle una descarga, Aleksei se levantó de la banqueta y le frenó con el brazo.
—Hay algo que tengo que decirte.
Viktor esbozó una mueca de fastidio. Odiaba que le interrumpieran cuando estaba a punto de dar rienda suelta toda a esa rabia que a duras penas contenía desde el secuestro de Tatiana.
—Pues dilo.
Aleksei contempló al hombre que rogaba por su vida en silencio. Nunca hubo ninguna posibilidad para él, aunque en el fondo conservase la esperanza.
Alargó la mano y cogió la Glock con silenciador que había sobre la mesa y luego le pegó un tiro en la frente. La pistola humeó tras el disparo limpio y conciso. Ya estaba hecho.
—¿Qué coño haces? —Viktor le increpó con desagrado.
—Voy a tener un hijo.
La noticia provocó que Viktor esbozase una expresión de perplejidad muy dramática. Abrió los ojos por la sorpresa y luego le abrazó, sin soltar el táser que, al final, no podría utilizar.
—Joder, hermanito, enhorabuena.
Aleksei apenas le devolvió el abrazo.
Viktor se apartó y le agarró por el hombro, con una sonrisa genuina en la cara.

—Es la mejor noticia que me han dado en mucho tiempo —su sonrisa se amplió—. Voy a ser el tío favorito, te lo prometo —le informó, y luego le guiñó un ojo.
—Estoy seguro.
—¿Cuándo nacerá? —preguntó, interesado.
—En marzo.
Viktor se mostró conforme, como si le agradase la idea de que el bebé llegase al mundo al inicio de la primavera.
—Nadie puede saberlo —le advirtió Aleksei. Los motivos eran obvios y sabía que Viktor los comprendería—. Si te lo cuento, es porque dos hombres vigilan mejor que uno —continuó—. Katia no quiere irse y yo no quiero que le pase nada.
—No le pasará nada —aseguró, serio esta vez. Tanto, que incluso por un instante habría pasado por una persona normal—. Imagino que Gia ya lo sabe, ¿no?
—Sí —confirmó.
Katia le había contado que su amiga le había hecho una ecografía clandestina, en la enfermería.
—Mañana vendrá un ginecólogo —anunció Aleksei—. Quiero que organices algo para que la gente esté ocupada. No quiero los ojos de nadie puestos en este tema.
—Por supuesto, hermano —Viktor sonrió—. Organizaré una batida por la ciudad para conseguir otro rehén, dado que te acabas de cargar al único que teníamos.
Aleksei no cambió la expresión de su cara. Viktor continuó.
—Y yo me quedaré en la casa para preparar algún ataque con el resto y vigilar que todo vaya bien.
Aleksei asintió, satisfecho. Aunque su hermano fuese un grano en el culo la mayoría de las veces, debía reconocer que estaba dando la talla muy bien desde que llegó a Moscú.
—Pues me voy —dijo, mientras se encogía de hombros—. Aquí ya no queda nada que hacer y yo tengo que asimilar que seré tío.
Sonrió con malicia mientras palmeaba el hombro de Aleksei.
—Gracias, hermanito.
Viktor abandonó la estancia y le dejó a solas con el cadáver de ese pobre desgraciado. Aleksei contempló impasible el cuerpo, que había quedado con la cabeza inclinada hacia atrás después del disparo. Aunque fuese difícil robar una vida, a veces era la única salida. De no haberle frenado, Viktor le habría infligido mucho daño gratuito y su muerte habría sido agónica. Todos estaban jodidos por la incertidumbre que rodeaba la desaparición de Tatiana, pero Viktor era el más afectado. Puede que porque fuese el más visceral, para lo bueno y para lo malo. Reprimía sus instintos gracias a Gia, pero en momentos como ese, en los que frente a él había un rehén que no le importaba a nadie, Viktor era incontenible.
Él, sin embargo, ya no era el hombre que solía ser, y ahora menos que nunca.
Ya no sólo podía pensar en su hermana o en Katia. Ahora existía ese bebé al que, si todo iba bien, sujetaría entre sus brazos en unos pocos meses. Tenía mucho que preparar hasta entonces. Sobre todo, tenía que prepararse él mismo, porque si una cosa tenía muy clara, era que no estaba dispuesto a repetir los errores de su padre.

Capítulo 31

«El amor es la llave maestra que abre las puertas de la felicidad, del odio, de los celos, y, sobre todo, la puerta del miedo».

Oliver Wendell Holmes

Tatiana contempló los árboles que había detrás del balcón con la mirada perdida en ellos. Ya hacía dos días que Yun le había confesado sus verdaderas intenciones y todavía trabajaba en procesarlo, en encajarlo en su cabeza y en darle algo de sentido. Su identidad real, la proposición de una alianza, su declaración de sentimientos, el miedo a que Viktor apareciese allí y le liquidasen. Todo se mezclaba en su interior y formaba un cúmulo de ideas confuso que la perturbaba sobremanera.

Y también estaba ansiosa. No había podido robar el móvil de Yun para advertir a su hermano de que no viniera a por ella porque, sencillamente, Yun no había regresado desde la noche que durmieron juntos, después de que le confesase que estaba enamorado de ella. Aunque le doliese reconocerlo, ya no creía que avisarle corriese prisa alguna. Ya habían pasado varios días desde que envió el mensaje y Viktor no había aparecido por allí. En el mejor de los casos, su teléfono ya no estaría operativo. En el peor, Viktor estaría muerto. Y lo mismo se aplicaba para Bogdam.

Sus esperanzas de salir de ese lugar eran escasas, y ahora que estaba al corriente de las pretensiones de Yun, las que consideraba independientes de sus sentimientos, estaba segura de que eran más reducidas de lo que nunca hubiese creído.

Yun la amaba y ambicionaba dominar Asia y Europa, y también eran obcecado y disciplinado. Una mezcla de aspiraciones y cualidades que la conducían a pensar que nunca estaría dispuesto a liberarla, aunque la hiciese creer que sí.

Si su destino era pasar sus días al lado de Yun, cuanto antes lo aceptase, mejor. Esa era la teoría, pero en la práctica sabía que su mente nunca dejaría de buscar una salida, una escapatoria por cualquiera de los medios. Tatiana no había nacido para vivir a la sombra de nadie, aunque ese nadie la amase y le bajase la mismísima luna.

Tenía que negociar con Yun. Tenía que existir un término medio para esa situación.

Le dio vueltas a ello hasta que él se dignó a regresar, cuando ya había caído la noche. Llegaba inmerso en esa niebla de desazón en la que se sumergía a veces y que asfixiaba todo a su paso. Y así la asfixió a ella cuando llegó hasta la cama y comenzó a desvestirse.

Tatiana le contempló desde la butaca en la que llevaba sentada toda la tarde. Yun ni siquiera la había saludado y por un instante dudó si estaba enfadado con ella. Pero ¿por qué motivo iba a estarlo? En todo caso debería ser al revés.

—Hola —pronunció Tatiana, un tanto a la defensiva.

—Hola —un susurro desganado mientras se quitaba la corbata.

Tenía ganas de aclarar muchos puntos con él, de negociar, de tantear las opciones. Quería que lograsen llegar a un entendimiento mutuo y que las cosas fuesen más fáciles para los dos.

A sabiendas de que Yun no estaba receptivo a hablar, Tatiana inició una conversación.

—Quiero que hablemos de algo.

—Hoy, no —sentenció, mientras se desabrochaba la camisa, de espaldas a ella.

—¿Por qué? —exigió saber.
—Estoy cansando.
Tatiana apretó los labios, frustrada, mientras agarraba con fuerza los reposabrazos de la butaca.
—Yo también estoy cansada, Yun —dijo, mientras contenía un tono belicoso que ansiaba tomar las riendas—. Sobre todo de no saber qué va a pasar.
Yun paró de desnudarse y giró la cabeza para mirarla de reojo.
—Ya sabes lo que va a pasar.
Tatiana se puso en pie ante su respuesta y le agarró del hombro para obligarle a darse la vuelta. Quería mirarle a los ojos, hablar cara a cara y que ninguna de sus emociones le pasase desapercibida.
—Quiero que hablemos ahora.
Su agarre no fue lo suficientemente fuerte como para voltear el cuerpo de Yun. Él le lanzó una mirada amenazante y luego la encaró por propia voluntad.
—Pues habla —respondió, cabreado.
No sabía qué narices le había ocurrido, aunque la respuesta no cambiaba nada. Sólo quería que algunos asuntos quedasen claros antes de que la situación entre ellos se enfriase.
—Si me vas a retener de forma indefinida, quiero algunas cosas. Como poder salir de esta habitación cuando me dé la gana y tomar el aire. Pasear. Tienes hombres suficientes para garantizar que no pueda ir a ningún maldito sitio, así que quiero tener ese derecho.
Yun la contempló muy quieto, como si ella hubiese hablado en chino. O, en su caso, en cualquier otro idioma incomprensible para él.
—No tengo tiempo para esto —sentenció, mientras se quitaba la camisa hacia atrás y la dejaba caer sobre la cama, algo muy impropio en él. Él siempre colocaba las prendas sobre la butaca, bien estiradas.
Tatiana se revolvió, confusa.
—¿Qué te pasa? —Una pregunta brusca.
Yun no contestó. Se quitó los pantalones y la rodeó para ir al armario y coger su pijama.
—Estoy cansado —repitió, a su espalda.
Tatiana se giró. No pensaba darse por vencida.
—Dime qué te pasa, ahora —presionó—. Quieres que me quede aquí, contigo, el resto de mis días, ¿para qué? ¿Para follar, Yun? Eso lo puedes hacer con cualquiera —y estaba segura de ello —. Así que dime qué te pasa y hagamos que esta convivencia forzada sea lo más natural posible.
Yun exhaló, un tanto harto, mientras se subía los pantalones hasta las caderas. No tenía intención de hablar, así que Tatiana supo que lo más inteligente era cambiar de estrategia. Por eso, rebajó sus humos con un par de inspiraciones profundas y luego caminó hacia Yun, que ataba el cordón del pijama con movimientos metódicos.
Tatiana se quedó a un paso frente a él y colocó una mano en su pecho desnudo. Sus uñas rojas contrastaron con la piel clara de Yun.
—Lo siento —pronunció, seria, con vista fija en su pecho—. No me gusta verte así, me cabrea. No saber qué te pasa y que no hables conmigo es… insoportable.
Palabras sinceras porque, le gustase o no, justo así era como se sentía.
—Habla conmigo —añadió, firme, esta vez con sus ojos grises puestos en los suyos—. Deja que te ayude. Y luego ya hablaremos de lo demás.
Yun se suavizó y lo supo por su expresión corporal. Sí, debía manejarle con suavidad, como a un animal herido al que cualquier movimiento brusco le evocaba una amenaza.
Él colocó su mano en la mejilla de Tatiana mientras sus ojos volaban de una pupila a otra.

—He tenido que volar a Pekín porque mi hermana está en el hospital.
Tatiana frunció el ceño. Ya ni siquiera se acordaba de su existencia.
Eso explicaba sus dos días de ausencia. Y su humor.
—¿Qué le ha pasado?
Yun dejó caer la mano antes de hablar.
—Se ha tomado veintiséis pastillas de diazepam, todas las que había en la caja. Y sólo pesa 38 kilos.
Mucho diazepam, más para un cuerpo tan pequeño.
La hermana de Yun se había intentado suicidar y ahora muchos detalles cuadraron en su cabeza. Todas esas noches en las que él llegaba con esa expresión taciturna debía ser por su preocupación por ella, ya que un intento de suicidio no surgía de la nada. Su hermana debía tener problemas desde hacía tiempo.
—¿Está estable?
—Sí. Le han hecho un lavado de estómago y está estable.
Tatiana asintió.
—¿La verán en psiquiatría?
—Sí.
Asintió de nuevo.
—¿Tienes idea de por qué lo ha hecho?
—Tal vez —confesó—. Ella es ciega de nacimiento. Siempre creí que ese era su mayor problema, pero ahora soy consciente de que tiene otros peores.
—¿Cuáles? —quiso saber.
Yun negó con la cabeza. No estaba abierto a hablar del tema, así que Tatiana no presionó, pero no pudo evitar sentirse intrigada por la historia de su hermana.
El silencio se instaló entre ambos y, por un momento, todo el miedo, la frustración y la rabia quedaron relegados a un segundo plano. Aunque fuese difícil aceptarlo, ver a Yun en ese estado la afectaba. Necesitaba desesperadamente sacarle de ese agujero oscuro, aunque sólo fuese para discutir después, cuando el Yun de siempre estuviese de vuelta. No podía verle así. Por eso, le tomó de la mano y le condujo hacia la cama. Él la acompañó a duras penas. Tatiana se tumbó sobre los almohadones y luego le instó a acomodarse sobre ella, entre sus brazos. Yun lo hizo. La rodeó al completo con sus brazos fuertes y se aferró a ella en busca de consuelo, con la mejilla sobre su pecho. Y se quedaron así durante mucho tiempo.
Tatiana no le odiaba, aunque le resultase duro admitirlo. Odiar era lo más fácil y además era un motor muy poderoso, uno que infundía fuerza y afilaba la inteligencia. Pero no era odio lo que sentía cuando le miraba, sino rabia por cómo se habían sucedido los acontecimientos entre ellos. Bajo esa superficie de emociones negativas y frustración existían otros sentimientos a los que todavía trataba de poner nombre, y justo esos eran los que la empujaban a abrazar a Yun como lo hacía en ese instante.
Pasó la mano por su pelo negro, en una caricia pensada para apaciguar su angustia, mientras ignoraba la suya propia. Ella nunca se había comportado así con nadie, ni siquiera con Bogdam. Tal vez porque entre ellos nunca había surgido una situación como esa. Ahora, junto al hombre que refugiaba entre sus brazos, descubría una faceta de sí misma que nunca creyó posible.
¿En qué Tatiana la estaba convirtiendo Yun? Puede que él ni siquiera fuese el artífice, sino que, por primera vez, esas emociones que llevaban dormidas desde su infancia, desde que su padre trabajó en que ella las anulase, o desde que ella misma las anuló por su propia supervivencia, regresaban con toda su fuerza. Como si una muñeca escondida dentro de la matrioska emergiese

a la superficie para, por primera vez, ver la luz. Una que sólo Yun tenía el poder de sacar al exterior.
Él respiró con la nariz pegada a su cuello y eso le provocó un escalofrío agradable.
—Podrás salir a pasear cuando quieras —pronunció, a media voz—. Deberías haber podido hacerlo desde el principio.
Tatiana no dijo nada. Sólo agradeció que Yun estuviese dispuesto a ponerle las cosas más fáciles.
—¿Qué más necesitas? —Levantó un poco la cabeza para encontrar sus ojos—. Aprovecha para pedirme lo que quieras ahora que estoy en horas bajas —dijo, desganado, y con el filo de la altivez bailando en sus palabras.
—Que me liberases estaría bien.
Yun se acomodó en ese abrazo extraño.
—Todavía no.
Tatiana no esperaba una respuesta distinta.
—Me gustaría saber si mi familia está bien. Moscú ya no me importa.
Llegados a ese punto, lo único que deseaba era saber si Viktor seguía vivo. La ausencia de respuesta a su mensaje había despertado en ella una inseguridad y una angustia con la que le resultaba muy difícil luchar.
—Lo averiguaré —respondió, sin romper el abrazo.
—De acuerdo.
Que Yun no estuviese al tanto de la situación revelaba que se había desvinculado del conflicto en Moscú. Conservaría su parte, esa que Kostya le había cedido, eso era seguro. No era un hombre tan tonto como para perder su moneda de cambio. Pero que no tuviese noticias de Viktor auguraba algo muy malo, como que nadie estuviese luchando en la capital y que por eso Yun no tuviese ni idea de su paradero. Pero no permitió que el terror se apoderase de ella. De nada servía adelantar acontecimientos, pues tal vez Yun sólo tenía intención de desviar la atención con su respuesta, ahora que atravesaban ese momento tan delicado.
Antes de que pudiese decir nada más, Yun levantó la cabeza y la besó. Fue un beso suave y muy alejado de los que compartían cuando tenían sexo. Fue un beso cariñoso.
Tatiana se apartó de forma sutil. Tenía sentimientos encontrados con respecto a la idea de retomar la dinámica que reinaba entre ellos antes de que Yun hiciese su confesión. Todavía estaba enfadada y frustrada, aunque lo olvidase por culpa de ese estado de tristeza en el que estaba sumido él.
—Estoy enamorado de ti —le recordó, mientras su mano acariciaba su pelo—. No te apartes.
—Sigo cabreada —informó, con cierto desdén.
Yun asintió antes de darle otro beso fugaz en los labios.
—Lo arreglaremos. —Sonó muy seguro de ello.
—Nunca tendrá arreglo mientras me tengas encerrada. —Una verdad alejada de toda discusión.
—Todo llegará en su momento.
No vio mentira en sus ojos y eso la suavizó un poco. Aun así, no estaba dispuesta a pasar sus días a la espera de que Yun diese el paso que debería dar ya, ahora que sabía que Tatiana nunca cedería a una alianza.
—Si estás enamorado de mí, los contratos con Corea del Norte no deberían importarte. Pero estás más enamorado del poder y por eso no dejas que me vaya. Porque mientras yo siga aquí, la esperanza de que te los dé no desaparece.
Yun la contempló muy serio, con un brillo en los ojos que le recordó que él no era un hombre blando ni benevolente, y que la parte oscura de su ser estaba ahí.

—¿Te he ofendido? —dijo Tatiana, ante el cambio de actitud que vio en él.
Porque todo lo que había dicho era justo lo que pensaba.
—No. —Yun entrecerró los ojos, sin bajar la mano que acariciaba su pelo—. No es por eso por lo que me da miedo liberarte.
—Entonces, ¿por qué?
Él se tomó su tiempo para responder.
—Porque no quiero perderte.
Tatiana levantó las cejas. Era una confesión fuerte y se obligó a no creerla del todo. No permitió que calase como debía, para protegerse a sí misma. Pero la realidad era que, si él estaba enamorado de ella, sus razones tenían todo el sentido del mundo.
Si Yun la soltaba, ella volaría de entre sus manos cual pájaro rabioso por recuperar su libertad. Regresaría a Moscú, se reorganizaría como bien pudiera, y comenzaría a trabajar en recuperar todo lo que le habían robado. No había espacio para ellos dos en ese escenario.
La intensidad emocional que se respiraba la asfixió.
—Voy a fumar un cigarrillo.
Tatiana rompió el abrazo y se incorporó para sacar el tabaco de los pantalones de Yun, que habían quedado olvidados a los pies de la cama. La silueta de su teléfono móvil se reveló en el bolsillo opuesto y Tatiana estuvo tentada de cogerlo y llamar a Viktor, sólo para descubrir por sí misma si su número estaba operativo, sólo para ver cómo se comportaría Yun ante algo así.
De alguna manera, ya no tenía miedo a las consecuencias y no tenía claro si eso era porque los sentimientos de Yun le otorgaban cierta sensación de impunidad. Puede que comenzase a aceptar que no saldría de allí hasta que él lo decidiera y que daba igual lo que ocurriese durante el proceso. Una regañina de Yun no cambiaría la relación entre ellos.
Sin embargo, no tocó su teléfono. Fue hasta el balcón y lo abrió para encenderse el cigarrillo y que fumar la ayudase a templar sus emociones. Yun no la acompañó. En su lugar, sintió sus ojos negros puestos sobre ella desde la cama.
Debía acostumbrarse a esa intimidad con él porque era lo que le esperaba por mucho tiempo. Tal vez, para siempre.
Y, aunque le resultase triste, la idea no le desagradó.

Capítulo 32

«La amaba contra toda razón, contra toda promesa, contra toda paz y esperanza y contra la felicidad y el desencanto que pudiera haber en ello».

Charles Dickens

Tatiana se aferró con las uñas a la espalda de Yun mientras contrarrestaba sus embistes como mejor podía. Un gemido escapó de su boca, con los labios pegados a su oído, mientras que él atrapaba su cuerpo contra el suelo. A un lado, la bandeja de la cena descansaba olvidada.

No entraba en sus planes tener sexo con Yun, pero cuando él la miró con esos ojos negros y provocadores mientras mordisqueaba una de las cerezas que había traído de postre, Tatiana supo que la batalla estaba perdida. Y no se sentía culpable. Echaba de menos su cuerpo y a él excitado sobre ella, o debajo, o donde procediese. Sus diferencias se habían suavizado y ahora que ella asumía que nadie iría a rescatarla, ahora que él contemplaba una hipotética liberación, no podían luchar contra la fuerza que los atraía.

Tatiana arrastró las uñas espalda abajo, hasta que llegó a su culo, donde le instó a penetrarla más fuerte. Y él obedeció por una vez. Hoy quería complacerla y se aprovechó de eso, porque no era algo que ocurriese todos los días. Yun la acusaba de ser una caprichosa en lo sexual y se enorgullecía de reeducarla, y ella disfrutaba de ese juego de poder en el que nunca había un claro ganador.

Yun pocas veces daba el brazo a torcer, igual que ocurría en todos los ámbitos de su vida. Quería llevar la voz cantante en la cama, arrastrarla a su terreno, donde las caricias eran suaves y su lengua caliente arrasaba con todo a su paso con una lentitud desesperante y abrumadora. Pero, en ocasiones, como en ese momento, sucumbía a ese punto de dureza que ella tanto adoraba.

No tardaron en fundirse en un orgasmo destructor que los dejó a ambos sudorosos y jadeantes, incapaces de ver más allá de la mirada saciada del otro.

Yun acarició la nariz de Tatiana con la suya y luego se apartó para dejarla respirar. Ni siquiera habían tenido tiempo para deshacerse de la ropa. Subió el pantalón a su lugar y Tatiana recuperó su ropa interior, que no andaba muy lejos. Luego, se contemplaron en silencio.

No eran necesarias palabras entre ellos en momentos así. Todo había quedado dicho a través de la unión de sus cuerpos, de las caricias y de las miradas compartidas.

Yun tomó una cereza del bol olvidado y rompió la atmósfera.

—Tengo que darte una noticia que no te va a gustar. —Él pronunció esas palabras con los ojos muy fijos en ella.

Todavía no se había recuperado de su encuentro sexual y por eso le llevó unos segundos procesar lo que Yun acababa de decir. Su mente voló a un único escenario y el corazón se le encogió en el pecho ante la oleada de terror que despuntó en su interior.

—Suéltalo.

Yun no se hizo de rogar.

—Nos iremos a China unas semanas.

Tatiana exhaló con fuerza y, por un instante, tuvo ganas de abofetear a Yun, de zarandearle sin piedad.

—Pensaba que era algo sobre mi hermano —reconoció, todavía afectada por los segundos de pánico que acababa de experimentar—. Que me lleves a China ya me da igual.
Nadie iba a rescatarla ni allí, ni en Kuala Lumpur. Escapar tampoco era una opción, dada la seguridad con la que Yun se protegía. Sólo podía esperar a que él la liberase, cosa que cada día sentía más cercana, pero para la que todavía no existía una fecha.
—Tu hermano está bien —soltó, de improviso, mientras dejaba el hueso de la cereza a un lado.
Tatiana estudió a Yun, tensa.
—¿Cuándo pensabas decírmelo?
—No lo supe hasta ayer. —Yun se encogió de hombros, altivo.
—Joder, Yun —le encaró, acusadora—. Me lo podías haber dicho cuando has entrado por la puerta.
—Lo siento —una respuesta arrogante que iba escasa de arrepentimiento—. Lo siento —repitió. Sonó más creíble la segunda vez.
Tampoco habían tenido mucho tiempo para hablar. Cuando él llegó con la bandeja de la cena, todo se contaminó de deseo sexual reprimido y el resto quedó en un segundo plano.
Tatiana asintió mientras cogía una cereza, ya más tranquila.
—¿Está en Moscú? —preguntó, con actitud desinteresada. Aunque lo cierto era que ardía de ganas por saber cada detalle de lo que estaba haciendo Viktor.
—Sí, está en Moscú —confirmó—. En primera línea de batalla.
Tatiana levantó los ojos del cuenco de cerezas. Entonces sí que resistían en la capital y Kostya no se había hecho con todo. Esas noticias le hincharon el pecho de euforia y el conformismo con el que había vivido los últimos días se esfumó de un plumazo. Un fogonazo de anticipación le recorrió las venas y la idea de largarse a China se tornó muy desagradable. Ahora que sabía que Viktor estaba bien y que estaba en Moscú, su instinto era salir de allí cuanto antes y correr a su lado para recuperar lo que era suyo.
—¿Cuánto…
—No puedo decirte nada más —cortó Yun.
Tatiana exhaló, molesta. No iba a discutir. Si presionaba demasiado, Yun dejaría de darle información y eso no le interesaba.
Ir a China se antojaba más grave ahora que sabía que Viktor podría encontrarla de un momento a otro. Ahora, no quería irse.
—¿Por qué vamos a China? —escupió, tensa.
—Quiero pasar tiempo con Shuang.
Tatiana suavizó su tono. En el fondo, comprendía las motivaciones de Yun, aunque estas no le resultasen nada convenientes.
—¿Ya le han dado el alta?
—Sí —confirmó—. Volvió ayer a casa. —Él suspiró mientras desviaba la mirada, para luego posarla en ella de nuevo—. Tengo que estar a su lado ahora. Al menos, hasta que me asegure de que todo vuelve a la normalidad.
Estaba preocupado, y era comprensible. Si Viktor o Aleksei trataran de quitarse la vida alguna vez, ella misma se aseguraría de placar sus intenciones con medicamentos y terapia y no se iría de su lado hasta que la idea de morir desapareciese de sus cabezas. Pero sus hermanos no eran Shuang, y ellos nunca se irían de este mundo de mierda de forma premeditada.
La hermana de Yun era otra historia.
—Puedo esperarte aquí, si no es mucho tiempo —pronunció, con falso desinterés.
—Quiero que estemos juntos —rebatió.

—¿Tienes miedo de que me escape mientras no estás? —respondió, un tanto sarcástica.
—Sí —reconoció con sinceridad.
Tatiana se desinfló y todo tomó un cariz distinto.
—¿Volveremos aquí alguna vez?
—Sí. Sólo serán unas semanas.
—¿Y cuándo nos vamos?
—En unos días —confirmó—. Tengo que hacer algunos preparativos antes. Organizar el viaje lleva algo de tiempo.
Tatiana asintió, resignada.
—De acuerdo.
Si Yun quería ir a China, no le quedaba otra opción que ir con él. No era como si tuviese poder de decisión y pelear no la conduciría a ninguna parte. Pero estaba nerviosa y sabía que la inquietud que acababa de estallar en su interior no desaparecería con facilidad. Iría con Yun a China porque no tenía alternativa y porque, tal vez, ese traslado fuese el mejor y el único momento que tendría para escapar.
La idea llegó poderosa, arrasadora. Si jugaba bien sus cartas, Yun bajaría la guardia y ella podría ingeniárselas para huir, aunque tuviese que provocar un accidente para ello, aunque su propia vida corriese peligro durante el proceso.
Yun había cometido un terrible error de cálculo al darle información sobre Viktor, aunque él no fuese consciente. Unos minutos atrás, Tatiana había estado dispuesta a acompañarle a China, rendida ante la idea de que no había escapatoria posible. Pero ahora que sabía que su hermano estaba vivo y que luchaba por recuperar la ciudad, lo último que deseaba era poner distancia entre ellos.
Entonces, la realidad de que si escapaba no volvería a ver a Yun llegó como un contrapunto muy desagradable. Estaba jodida con sus sentimientos hacia él, más de lo que era capaz de admitir. Quería ser libre y regresar a Moscú, pero no quería desprenderse de Yun, de ese vínculo extraño y complicado que se había creado entre ellos.
Estaba ante una encrucijada en la que el camino correcto estaba muy claro. Sin embargo, no podía evitar contemplar con el corazón herido el camino que no tomaría, ese en el que Yun y ella se separaban.
Aun así, no dejaría pasar esa oportunidad. Tenía que intentar escapar y, para ello, tenía que aceptar que no volver a ver a Yun era el precio a pagar, aunque doliese. Aunque le provocase una ansiedad inesperada que encogía sus entrañas.
Aunque fuese devastador para ella.
—Tengo algo para ti —recordó él, de improviso.
Tatiana le contempló un tanto desubicada. Se había sumergido en sus pensamientos y, por un momento, había olvidado que Yun continuaba sentado frente a ella, terminando las últimas cerezas que quedaban en el cuenco.
Él se puso en pie y fue hasta los pantalones que había sobre la butaca. Luego, sacó algo de su interior y se sentó a su lado para entregárselo.
Era su reloj Cartier vintage, ese que le había arrebatado el día que la secuestró.
Tatiana lo contempló con cierta conmoción. Ese objeto tan simple se sintió como una especie de cordón umbilical con su antigua vida, un resquicio de lo que ella misma era poco tiempo atrás. Lo cogió con cuidado de su mano y se lo puso.
—Gracias. —Un agradecimiento poco sentido, pues colocar ese reloj en su lugar removió mucho más en su interior—. ¿Por qué me lo das?

Yun acarició su rodilla con cariño, con los ojos puestos en ella.
—Estarás harta de no saber qué hora es.
Eso era cierto. Pero el acto de Yun encerraba mucho más de lo que quería reconocer.
El reloj era pequeño, de oro amarillo. Tatiana acarició la esfera cuadrada y observó los números romanos sobre el fondo blanco. Las agujas marcaban las diez y veinte de la noche.
—¿Está en hora?
—Sí.
Le habría resultado preocupante que, con lo metódico que era Yun, le hubiese devuelto el reloj con la hora equivocada.
Disfrutó del peso en su muñeca mientras unas estocadas de nostalgia se le clavaban de forma indiscriminada en el pecho. Era bueno recuperar terreno, pero Tatiana nunca imaginó que fuese tan doloroso hacerlo.
Yun acarició su nuca con cuidado, por debajo de su pelo, y Tatiana se dejó hacer. Estaba segura de que él era consciente de su lucha interior, de la complejidad de las emociones que experimentaba en ese momento. Quiso hacerle culpable de todas ellas, pero fue incapaz, y se dio cuenta de algo: ya nunca podría ser objetiva cuando se trataba de Yun.

Capítulo 33

«La conciencia del peligro es ya la mitad de la seguridad y de la salvación».

Ramón J. Sénder

Katia alargó el brazo para que el doctor extrajese las muestras de sangre. Apartó la mirada justo cuando la aguja se clavaba en su piel y la atravesaba para llegar hasta la vena. Aleksei la contemplaba de brazos cruzados, tal vez nervioso, aunque lo ocultaba muy bien bajo su semblante habitual de impasibilidad.

No era el mismo desde que le reveló la noticia del embarazo. Puede que su familia no se percatase de ello, pero a Katia no le pasaba desapercibido. Justo como imaginaba, ahora Aleksei estaba más nervioso y vivía más preocupado que nunca, y le comprendía muy bien. A ella también la atosigaba el futuro. Por mucho que huyesen de nuevo, que se escondiesen en el lugar más recóndito del mundo, Aleksei nunca dejaría de ser quien era, y en cualquier momento podía aparecer alguien en busca de venganza, en busca de un ajuste de cuentas tardío que truncase su vida de forma irreparable.

Ahora que había un ser indefenso al que los dos debían mantener a salvo, el instinto de supervivencia se retorcía y se acentuaba hasta volverse cruel.

Los tubos de extracción se sucedían uno detrás de otro y Katia suspiró aliviada cuando el médico aflojó la goma que le apretaba el brazo.

—Ya está. Quédese tumbada unos minutos, para evitar mareos.

Katia asintió.

—¿Cuándo estarán los resultados? —quiso saber Aleksei.

—En una semana aproximadamente —informó, mientras se quitaba las gafas y comenzaba a guardar las muestras en un contenedor para el transporte.

El doctor ordenó los viales en el interior y no lo cerró hasta comprobar que todo estaba colocado como debía. Luego, lo dejó a un lado de la mesa y sacó un bloc de notas para apuntar el nombre de las vitaminas que debía tomar Katia.

La foto de la ecografía que le había realizado unos instantes atrás descansaba sobre la mesa. Katia alargó la mano para cogerla y contempló la imagen con atención. Ese era su bebé. Un bebé de once semanas que crecía sano en su interior y en el que, a pesar de medir sólo cincuenta y dos milímetros, ya latía un corazón fuerte. Por momentos le pareció imposible que fuese real, que algo tan único y milagroso sucediese de verdad.

—Debe tomar una por la mañana con un vaso de agua grande. —El doctor extendió la nota hacia ella. Katia la cogió y la colocó junto a la foto de su bebé—. Volveré en dos semanas para hacerle otra ecografía.

Antes de que Katia pudiese darle las gracias, un disparo en el pasillo le provocó un sobresalto. El doctor se agachó de forma instintiva, con las manos en la cabeza, mientras que Aleksei sacaba una pistola de la parte trasera del pantalón y caminaba con pasos largos hacia la puerta.

El pellizco del miedo en su corazón fue muy doloroso y Katia apenas pudo reaccionar, más allá de encogerse para cubrirse el vientre con los brazos.

La voz de Viktor llegó desde el otro lado como un rayo de esperanza que anunciaba que lo que

hubiese ocurrido fuera había sido un evento aislado, algo que ya estaba resuelto. Aleksei entreabrió la puerta y sólo cuando Katia percibió que bajaba la pistola pudo soltar todo el aire que se le había quedado atorado en los pulmones.
—Le he cogido a tiempo —anunció Viktor desde el umbral, con esa expresión psicópata que casi siempre mostraba al mundo.
Abrió la puerta de par en par y se apartó a un lado, y entonces el cadáver de un chico joven, de unos veinte años de edad, apareció en su campo de visión, tumbado bocabajo frente a ellos. La cara estaba girada en su dirección y se podía apreciar el pánico en sus ojos muertos y todavía abiertos. Era evidente que había vislumbrado su destino antes de que Viktor apretase el gatillo.
Aleksei se pasó la mano por el pelo, con la mandíbula apretada, y Katia supo que su futuro ya estaba escrito. La haría marcharse de allí y ella tendría que gestar a ese bebé sola y con la incertidumbre reconcomiendo cada milímetro de su ser hasta que él regresara, cosa para la cual no existía una fecha.
Aleksei puso la mirada en el chico.
—Está desarmado —apreció, con los ojos entrecerrados.
—Sí —respondió Viktor, con un tono que le restaba importancia al hecho—. Pero estaba husmeando aquí, cerca de la enfermería, para sacar información. Me lo he cargado antes de que llegase a alguna conclusión y se la contase a alguien más.
Viktor levantó las cejas, como si la sucesión de acontecimientos fuese obvia. Y Aleksei asintió.
—¿Qué ha pasado? —Gia apareció en escena. Pasó por encima del cadáver y accedió de forma atropellada a la enfermería. Sus ojos volaron entre Viktor y Aleksei.
—Un topo —respondió su novio, con un encogimiento de hombros.
El doctor, que permanecía agachado, se puso en pie por fin. Su cara de nerviosismo fue suficiente para desvelar que lo último que deseaba era regresar allí en dos semanas para hacer otra ecografía. Pero era uno de los médicos de confianza de la familia, así que no le quedaría otra que hacerlo. Eso, suponiendo que Katia continuase allí para entonces.
Gia esbozó una mueca de disgusto ante lo ocurrido. Caminó hacia donde se encontraba Katia y la tomó de la mano.
—¿Estás bien? —le preguntó en tono bajo, mientras Aleksei y Viktor cruzaban palabras al otro lado de la habitación.
—Sí.
Estaba bien, pero ese incidente le iba a costar muy caro.
—No tienes buena cara —apreció Gia, todavía sin soltar su mano.
Claro que no tenía buena cara. No tenía ni idea de si ese accidente respondía a una amenaza real o si era fruto de la impulsividad de Viktor, pero, de cualquier manera, ahora tendría un problema con Aleksei.
Katia se incorporó hasta quedar sentada en la camilla, con las piernas colgando a un lado.
—Estoy bien —mintió.
Desde que sufrió el incidente en su restaurante, cuando un chino se coló en el interior para acabar con su vida por obra de su padre, algo sobre la percepción del peligro había cambiado en ella para siempre. Aunque se mudó a Bali poco después de eso, un lugar en el que era una mujer anónima, nunca había podido librarse de la sensación de desconfianza, de la hipervigilancia sobre todo lo que la rodeaba. Katia vivía en una alerta constante y ese disparo le recordaba, ahora más que nunca, que jamás podría bajar la guardia. Un sentimiento que se había maximizado hasta cotas nunca antes alcanzadas.
La mano voló a su vientre de forma instintiva. ¿Cómo iba a lograr darle a ese bebé la seguridad

que merecía?
No tenía ni idea, pero estaba segura de que eso no empezaba por alejarse de Aleksei.
Su atención regresó a los dos hombres que hablaban frente a ella.
—Pídeselo a Vladimir. —Aleksei se dirigía a Viktor, quien se guardaba la pistola en la funda que llevaba en el cinturón—. Que intercepte todas las comunicaciones internas de la casa. Si hay uno, puede haber más.
Un comentario que no ayudó a calmar sus ánimos.
Viktor asintió y luego buscó a su chica.
—Vamos, Gia. Acompáñame a hablar con Vlad. —Era consciente de que Aleksei estaba nervioso y por eso quería sacarla de allí.
Gia se removió antes de soltar la mano de Katia y le regaló una mirada cómplice. No hacía falta que utilizase palabras para transmitirle seguridad y apoyo.
—Nos vemos luego —le dijo, antes de caminar hacia Viktor.
Katia asintió. Los observó marcharse mientras reconsideraba la situación. No quería abandonar Moscú. Si de verdad alguien iba a por ella, era más peligroso que la encontrase sola en Bali que allí, al lado de Aleksei. Pero hacerle entender eso sería complicado, pues él tenía otra visión del peligro.
Aleksei cruzó unas palabras con el doctor, cuyo semblante continuaba pálido tras lo ocurrido. Escuchó cómo le informaba de que varios hombres le acompañarían hasta su casa para asegurarse de que nadie interceptase su vehículo y le pidió que borrase cualquier rastro que hubiese quedado en el ecógrafo antes de marcharse. Él se colocó las gafas y se dispuso a hacerlo, con manos nerviosas, deseoso de largarse de allí. Nadie en su sano juicio querría pasar demasiado tiempo dentro de ese lugar.
Cuando Aleksei por fin puso sus ojos en ella, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mostrarse entera. No se iba a marchar.
Aleksei se coló entre sus piernas y la abrazó sin pronunciar palabra, y Katia le devolvió el abrazo. Disfrutó de su fragancia masculina y de su calor antes de comenzar la discusión que sabía que iba a estallar entre ellos.
—No estoy asustada —dijo, con el tono más firme que pudo—. Aquí es donde mejor puedes protegerme.
La exhalación de Aleksei colmó su oído.
—Tienes que irte —pronunció, con un matiz de nerviosismo que no trató de ocultar—. Ya has visto lo que acaba de pasar.
—¿Qué ha pasado? —Katia rompió el abrazo—. Viktor ha matado a ese tipo sólo en base a una sospecha, nada más.
Aleksei se apartó y dejó espacio entre ellos. Luego, la contempló con una advertencia implícita en su mirada.
—Le ha matado para protegerte.
—Vamos, Aleksei —Katia le miró fijamente—. Ya sabes que tu hermano es de gatillo fácil. Ya has ordenado que tu primo pinche las líneas para ver si de verdad hay espías, ¿no? Si hay otro, daréis con él y el problema estará resuelto.
Aleksei iba escaso de paciencia y así pudo percibirlo en su expresión.
—Si Vladimir no descubre nada, eso no significa que no haya un espía —le explicó, receloso.
Katia apretó los dientes.
—A ver si lo entiendo —espetó—. ¿Quieres que me vaya en base a la hipótesis de que quizás, y sólo quizás, alguno de los hombres que hay aquí sea un espía? No voy a irme, Aleksei.

Aleksei alargó la mano para agarrar su cuello, como tanto adoraba hacer, y a Katia no le pasó desapercibido el vistazo de reojo que lanzó el doctor. Ella sabía que él no apretaría, pero el hombre que pulsaba botones en el ecógrafo con manos temblorosas, no.
—Te irás esta noche —sentenció, con tono peligroso.
Katia le plantó cara.
—No —repitió, más firme esta vez.
Aleksei la soltó y gruñó con fiereza.
—¡Por qué me pones las cosas tan difíciles!
Katia no se amilanó. Le observó con calma mientras buscaba la manera de apaciguar el miedo que sabía que hablaba por él. Comprendía su afán por alejarla de Moscú, pero era consciente de que ese afán le cegaba de lo que de verdad importaba: en ningún lugar estaría más segura que a su lado.
Y justo ahí radicaba el problema. Aleksei no podía estar a su lado. Había hipotecado su tiempo en buscar a su hermana a lo largo y ancho de la ciudad, en seguir cualquier pista que le acercase a encontrarla, por lejos que le condujese. Y, en ese escenario, ella quedaba desprotegida.
—Envía a tus hombres a buscar a tu hermana y quédate a mi lado. —Era consciente de que le pedía algo muy complicado y, hasta cierto punto, egoísta—. Ellos la pueden buscar igual que la buscas tú.
Aleksei la contempló con una expresión que ni ella misma supo descifrar.
—No lo entiendes —rebatió, en tono quedo.
—Sólo entiendo que quieres abarcar más de lo que puedes. Tienes que delegar la búsqueda en otras personas, aunque sólo sea por un tiempo, porque esto te está consumiendo. —Katia exhaló mientras negaba con la cabeza—. No quiero estar allí, lejos y sola. Es más peligroso que quedarme aquí.
—No tienes ni puñetera idea, Katia. —Palabras duras que no intentó suavizar—. Pero no te culpo. Tú no tienes una familia por la que luchar.
El ataque fue doloroso. Dolió en algún lugar desconocido para ella, un lugar nuevo que todavía no había integrado en su ser. Aleksei era así. Atacaba cuando se sentía acorralado.
—Todo está borrado, así que les dejo ya —anunció el doctor, con voz nerviosa—. Buscaré en la entrada a los caballeros que van a acompañarme. Buenas tardes.
Una mirada de Aleksei fue suficiente para dar el visto bueno y el doctor abandonó la sala a toda prisa con el maletín que contenía el ecógrafo cargado en una mano. La vista de Katia se posó en su espalda y luego en el cadáver que todavía descansaba en el suelo del pasillo. Lágrimas de furia se arremolinaron en sus ojos, pero no las dejó salir. Las hormonas le jugaban una mala pasada, pero nada podía ser peor que ver a Aleksei en la versión capullo que ya conocía.
—Mi familia eres tú —le dijo, mientras se bajaba de la camilla—. Y este bebé. —Katia cogió la foto que había a un lado, sobre la sábana—. Yo lucho por esto. Tú lucha por lo que te dé la gana.
Aleksei exhaló y Katia supo que el golpe que había devuelto dolía más que el que había recibido. Pasó por su lado y se dirigió a la puerta. Al igual que había hecho Gia unos minutos atrás, pasó por encima del cadáver para sortearlo. Comenzaba a acostumbrarse al valor que le daban a la vida allí.
—Katia —Aleksei la interceptó por el brazo, brusco.
Pero ella se zafó.
—Hablaremos cuando estés más tranquilo.
—No, hablaremos ahora —exigió.
Comprendía las motivaciones de Aleksei, pero tenía la sensación de que él actuaba por inercia.

El ambiente que se respiraba a su alrededor le había contaminado y ahora sus decisiones estaban demasiado condicionadas por el conflicto en Moscú, por el secuestro de su hermana y por el miedo a perder el poder en la ciudad. Y, en medio de todo eso, Aleksei no era consciente de que él solo no iba a encontrar a Tatiana, de que probablemente, como Viktor le repetía, ni siquiera estuviese cerca, y de que el tiempo respondería las grandes preguntas que ahora le acosaban.

Mientras tanto, Katia estaba allí, bajo su sombra alargada, a la espera de que su atención volviese a ponerse en ella de la misma forma que lo estaba en Bali. Aguardaba el momento en el que Aleksei regresase a la realidad, una en la que los kilómetros no garantizaban la seguridad, en la que la distancia sólo consumiría más los ánimos de Katia. Una realidad en la que aceptase de una vez por todas que quedarse a su lado era lo más seguro.

Pero Aleksei no quería tener dos frentes tan significativos abiertos y por eso era más fácil sacarla de su vista, confiar en que los hombres con los que contaba en Bali, junto con el beneficio del anonimato, garantizarían la seguridad de Katia y del bebé. Y eso la cabreaba y la entristecía a partes iguales.

—Perdóname —pronunció, serio—. No quería decir lo que he dicho.

Katia asintió. Aceptaba que él estaba nervioso, pero todavía debía aprender a controlar sus impulsos cuando se sentía atacado.

—No voy a irme, Aleksei —Katia fue todo lo franca que pudo—, y entiendo que no puedo obligarte a que dejes de buscar a tu hermana, pero estoy segura de que existe un término medio. A lo mejor alguno de tus hombres puede quedarse siempre conmigo, para que estés tranquilo —negó con la cabeza—, o que destines a más gente para que se quede aquí, protegiendo la casa. No lo sé, pero no me voy a marchar, ese es un tema que no voy a discutir.

Aleksei exhaló y dio un paso para quedar muy cerca de ella. Puso un dedo debajo de su barbilla y la obligó a levantar la vista. Su mirada voló a sus labios y luego regresó a los ojos de Katia.

—Sólo espero que nuestro hijo no sea tan obcecado como su madre.

Luego, la besó.

Se quedaba en Moscú.

Capítulo 34

«En un beso, sabrás todo lo que he callado».

Pablo Neruda

Tatiana se despertó a trompicones, aturdida. Abrió los ojos y no fue capaz de ver nada. Cogió una bocanada de aire y se tomó su tiempo para salir del letargo de las drogas. Ni siquiera pudo discernir en qué postura se encontraba hasta que pasaron varios minutos. Estaba en un coche, eso era seguro, pues la sensación de movimiento era inequívoca.

Vomitó. Una cantidad escasa, pero que la hizo sentir al borde de la muerte. Después, escuchó una voz lejana, pero fue incapaz de pronunciar palabra y, en su lugar, se durmió de nuevo.

Cuando despertó por segunda vez, confirmó lo que ya sospechaba: estaba dentro de un coche que la llevaba hacia alguna parte. Analizó el entorno, cosa que no sirvió de mucho. El techo de color gris que había sobre sus ojos no daba mucha información, como tampoco lo hacían los asientos de cuero negro sobre los que estaba tumbada y que olían a polvo viejo y a humedad. La radio no estaba encendida y desde su posición tampoco alcanzaba a ver nada a través de las ventanillas. Estaba amaneciendo o, tal vez, anocheciendo, pues sólo entraba una luz tenue desde el exterior. El asiento del copiloto estaba vacío y ella no tenía las manos atadas, cosa que era un punto a su favor.

Su respiración volvió a la normalidad poco a poco, y aunque sentía náuseas, esta vez no vomitó. Fue fácil, ya que no le quedaba mucho en el estómago.

Fue consciente de una triste realidad: Yun la había drogado de nuevo y sus planes de escapar se habían ido al garete, esos planes que ni siquiera había tenido tiempo de esbozar. No entendía por qué había decidido sedarla, como tampoco entendía el porqué de tanta prisa. La noche anterior él anunció que irían a China, pero aseguró que haría algunos preparativos primero, aseguró que organizar el viaje llevaría algo de tiempo. Sin embargo, allí estaba, y Tatiana se preguntó si no le habría ocurrido algo grave a su hermana, esa que lidiaba con problemas complicados de salud mental.

No pensaba que la relación entre Yun y ella estuviese en un punto tan crítico como para tratarla de esa forma, pero, al parecer, se equivocaba. Él no confiaba lo suficiente en ella como para que hiciese el viaje lúcida y eso se sintió como una especie de traición que dolió más de lo esperado.

Pero, aunque la hubiese intoxicado con ese maldito narcótico en base a su desconfianza, no lo había hecho en la dosis suficiente y por eso ahora ella estaba despierta. Además, si Yun se había visto obligado a organizarlo todo muy deprisa, el traslado tendría puntos flacos que ella podría aprovechar en su beneficio. No todo era tan malo como pensaba.

Iban rápido, así que abrir la puerta y saltar del coche no era una opción. Tampoco estaba tan despejada como para hacerlo con la destreza que requería. Por eso, decidió que lo mejor era no hacer nada hasta que su organismo purgase la droga o hasta que se le presentase una situación fácil para escapar. No podía dejar pasar esa oportunidad. Tenía que salir de allí, liberarse de Yun, aunque tuviese que pagar un alto precio a nivel emocional.

Una hora más tarde, el coche salió de la carretera principal y estacionó en una gasolinera. El conductor abandonó el vehículo y Tatiana se dijo que ese era el momento perfecto para escapar.

Si la dejaban sola, podría escabullirse y, con suerte, para cuando se diesen cuenta, ella ya estaría lejos de allí. Pero el conductor no se marchó, como ella esperaba que ocurriera, sino que rodeó el coche para ir directo a su encuentro. No estaba en condiciones de pelear, así que hacerse la dormida era su mejor y única opción. Era más conveniente que su vigilante pensase que seguía drogada, pues de esa forma bajaría la guardia y entonces ella tendría alguna oportunidad de salir de allí.

La puerta se abrió y Tatiana se esforzó por parecer dormida. El conductor se agachó frente a ella, y ella no se movió. Luego, un dedo acarició su mejilla con suavidad.

Ese hombre no era Yun, de eso estaba segura.

Aguantó la caricia, impasible, hasta que él se levantó para marcharse. Entonces, un destello fugaz de la fragancia de ese hombre llegó como un roce suave y el corazón de Tatiana dio un vuelco.

Abrió los ojos de golpe y su vista confirmó lo que su olfato ya sabía.

—¡Bogdam!

Tatiana se incorporó como pudo, a toda prisa, y salió del coche. Agarró la mano que Bogdam le tendía y saltó a sus brazos. Lo hizo para no perder el equilibrio, pues el mundo dio vueltas a su alrededor en cuanto puso un pie en el suelo, pero sobre todo por la necesidad visceral que ardió dentro de su ser al ver que él estaba vivo, que la había rescatado.

—Joder, Bogdam —susurró contra su pecho.

Él la acogió entre sus brazos y le dio un beso en el pelo, suave. No era una alucinación producto de las drogas. Era real, Bogdam estaba vivo y estaba allí, con ella.

Tatiana le abrazó con toda la fuerza que le permitió su cuerpo. Se fundió con él, como si fuesen un solo ser, como si ese hombre fuese la única conexión que conservaba con el mundo, con ella misma y con la realidad.

—Gracias —dijo, con la cara pegada a su camiseta—. Gracias, gracias.

En ningún caso le daba las gracias por haberla encontrado, sino por estar vivo, por haber salido indemne del accidente.

Él colocó la barbilla sobre su cabeza y Tatiana se sintió en casa. Pero Bogdam acogía su cuerpo con una delicadeza que detestó. Ella quería ser abrazada con la misma intensidad con la que se aferraba a él.

—Abrázame más fuerte —exigió.

Bogdam lo hizo a regañadientes.

—No sé si estás herida y no quiero hacerte daño —su voz áspera fue como una caricia que hinchó su corazón de felicidad.

Una caricia que casi consiguió que se le saltasen las lágrimas.

Tatiana no le soltó, a sabiendas de que un contacto tan íntimo y prolongado no era lo propio. Pero llevaba casi dos meses secuestrada, sin verle, sin saber si estaba vivo o muerto, así que se negaba a ser políticamente correcta. Y él se lo permitió.

Por una vez, no hubo muros entre ellos dos.

Aspiró el aroma del cuero de su chaqueta ligera y disfrutó de su calor hasta que la curiosidad por saber si él estaba bien fue más fuerte que su regocijo.

—¿Estás bien? —Se apartó y le repasó de arriba abajo con la mirada.

Bogdam clavó sus ojos en los suyos y todo a su alrededor se sintió estático, congelado. Esos iris verdes la atraparon como tantas otras veces. Desprendían frialdad, pues estaban en alerta, ya que ese no era un lugar seguro. Pero en el fondo de ellos Tatiana encontró la calidez que tanto había echado de menos durante todo ese tiempo.

—Estoy bien —respondió él, casi en un susurro—. ¿Y tú?
—Sí, lo estoy.
Ahora mejor que en mucho tiempo.
Tatiana le abrazó de nuevo, esta vez con los brazos por debajo de la chaqueta, como si cualquier capa de ropa entre ellos estuviese de más y necesitase encontrar su piel de forma desesperada.
Pero supo que la euforia del reencuentro se le estaba yendo de las manos.
Tatiana se apartó y se recompuso.
—¿Cómo me has encontrado? —Llegados al punto en el que estaba, había asumido que la única forma de escapar sería convencer a Yun de que la soltase.
—Recibí tu mensaje con la localización —confirmó—. Esperé a que te trasladasen y entonces te saqué de allí.
Cuánto había echado de menos ese tono de voz plano, ese matiz un tanto ronco.
Bogdam lo hizo sonar fácil, pero Tatiana estaba segura de que no lo había sido.
El riesgo al que se había expuesto al enviar ese mensaje desesperado había merecido la pena. Sin embargo, no pudo alegrarse como debía porque un sentimiento de peligro despuntó sobre todo lo demás. Era la idea de que Bogdam hubiese tenido que matar a Yun para salvarla o de que le hubiese herido de gravedad. Se pasó la mano por la frente, confusa, y fue consciente de que tenía un problema grave.
No podía dejar a Yun atrás.
Sintió un fuerte impulso de reír, pero se contuvo. Luego, quiso llorar de rabia, pero eso no iba con ella. Al final, decidió que ya lidiaría con las dudas y con la inestabilidad emocional cuando la jaqueca y la neblina que le provocaban las malditas drogas se hubiesen disipado.
Tatiana se recompuso.
—No tenía ninguna esperanza de que conservases ese teléfono —respondió, al fin.
Como única respuesta, Bogdam le regaló una mirada que fue incapaz de descifrar. Puede que por la falta de claridad mental, o quizás porque él nunca la había mirado así en toda su vida.
—¿Y Viktor? —dijo, un tanto ansiosa. Las preguntas llegaban de pronto, como luces que se encendían en medio de la oscuridad.
Viktor no había recibido su mensaje, eso lo tenía muy claro. De lo contrario, habría tirado abajo las paredes de la casa de Yun para sacarla de allí, aunque eso le hubiese costado la vida.
—Viktor está en Moscú —confirmó Bogdam, lo cual fue un alivio inmediato. Yun no le había mentido con eso.
—¿Está bien?
—Sí. —Una respuesta escueta que, por el momento, le sirvió.
Bogdam se puso en marcha. Fue hacia el compartimento de la gasolina y lo abrió. Tatiana se quedó quieta con los ojos puestos en lo que les rodeaba. Le dio un escalofrío, no supo si por los efectos secundarios de la droga o si por el clima. El sol perdía fuerza mientras se precipitaba hacia el horizonte y la temperatura bajaba con rapidez.
El área de servicio en la que se encontraban era deprimente. Un par de camiones estaban aparcados en un lateral, con aspecto olvidado y con las ruedas llenas de barro seco. El verde de los árboles que había alrededor era más apagado de lo normal, como si no tuviesen ganas de vivir ni un minuto más, y todo tenía una capa de desgaste que le daba al establecimiento un aire abandonado.
—¿Dónde estamos?
—A las afueras de Makáriev. —Colocó el surtidor en su lugar y comenzó a llenar el depósito—. Tenemos que darnos prisa, no es seguro quedarse aquí.

Tatiana asintió.
Su cerebro funcionaba más despacio de lo habitual, pero no lo suficiente como para evitar que la incertidumbre sobre qué le habría ocurrido a Yun cada vez fuese más asfixiante.
—¿Dónde estaba cuando me encontraste?
Bogdam le lanzó una mirada fugaz.
—Cerca de Zhuderskii, en el bosque. En los límites del parque nacional de Orlovskoye Polesye.
El día que le robó el teléfono a Yun no dedicó tiempo a explorar dónde se encontraba, más allá de quedarse con el dato de que no estaba lejos de Briansk. Que la casa de Yun estuviese en un bosque explicaba la densidad de vegetación que había alrededor, y entonces entendió lo complicado que habría resultado encontrarla de no haber mandado ese mensaje de auxilio.
Bogdam terminó de repostar y colocó la manguera de nuevo en el surtidor de gasolina. Era hora de marcharse.
—Necesito ir al baño —dijo Tatiana, un tanto aturdida.
Todavía luchaba por procesar el giro de los acontecimientos.
Bogdam echó un vistazo a las cámaras de vigilancia de la gasolinera. Tatiana estaba segura de que él era capaz de localizar los ángulos muertos con sólo una ojeada y tuvo claro que en ese momento estaban en uno. Accedió con un asentimiento leve.
—Ponte esto. —Él abrió el coche y le tendió una sudadera negra que había en el asiento del copiloto—. Que no se te vea el pelo.
No se equivocaba. Esas cámaras no habían grabado la escena de su reencuentro, que se había sucedido en el surtidor más apartado de todos.
—¿Y tú? —Él iba a cara descubierta.
—Nadie se fijará en mí.
Tatiana se preguntó cómo un hombre tan atractivo como él, con una mirada como esa, podía pasar desapercibido. Pero la realidad era que Bogdam siempre había sido un fantasma para el mundo.
Fue consciente de que estaba demasiado sentimental y de que su raciocinio estaba bajo mínimos. Tal vez por las drogas, o quizás por la mezcla de emociones que le provocaba ser libre, estar de nuevo con Bogdam, y el contraste de todo eso con la desazón de no saber qué le había ocurrido a Yun.
Se dijo que si Bogdam le pedía que se cubriese, tal vez era porque Yun estaba vivo, porque la buscaba a través de esas carreteras secundarias en medio de la nada. Pero entonces recordó a Kostya y a todos esos que la habían traicionado y la certeza quedó desparramada por el suelo.
Tatiana se colocó la sudadera lo mejor que pudo y luego ambos se dirigieron al interior de la estación de servicio. Él hizo guardia mientras ella usaba el baño y se aseaba un poco. Necesitaba sentir el agua fría, despertarse del todo, así que se lavó la cara varias veces. Tenía mal aspecto cuando se contempló en el espejo. No era para menos ya que, por los síntomas que experimentaba, Yun debía haberle suministrado una gran dosis de droga.
¿Tan poco confiaba en ella como para haberla drogado en semejante cantidad? Estaba claro que esa era la mejor forma de que Tatiana no diese problemas, pero hasta ese momento Yun actuaba como si entre ellos ya existiese cierta confianza, la suficiente como para dar por hecho que ella no intentaría escapar. Pero Tatiana lo había considerado y ese había sido su error. La idea de utilizar ese viaje para escapar había destellado en su mente, y ella había subestimado la capacidad de Yun de entrever sus intenciones. Unas que, en vista de lo ocurrido, habían quedado muy claras.
Cerró el grifo sucio y se secó las manos con un poco de papel higiénico. Luego, se rehízo la cola

de caballo, se puso la capucha y salió para reunirse con Bogdam. Sus ojos estaban puestos en todas partes, para protegerla, para no permitir que nadie volviese a secuestrarla. Y eso la apaciguó.
Caminaron de regreso al coche y Bogdam abrió la puerta del copiloto para que Tatiana ocupase su lugar. Ella se desplomó en el asiento, consciente de que su cuerpo libraba una batalla complicada.
—Toma. —Él le tendió una botella de agua en cuanto apareció a su lado—. No debemos estar parados mucho tiempo en el mismo sitio.
Bogdam se puso en marcha, sin dilación, y dejaron atrás esa gasolinera de mala muerte.
Tatiana abrió la botella que él le había comprado y bebió como si llevase un mes en un maldito desierto. Beber le vendría bien para eliminar más rápido los restos de sedante que todavía saturaban su torrente sanguíneo y que lo dotaban de una sensación de irrealidad. Por culpa de esto último no podía dejar de lanzar miradas rápidas a Bogdam para asegurarse de que nada de todo eso era un sueño, de que estaban juntos en ese coche y de que él la había rescatado de verdad.
—¿A dónde vamos? —dijo, con la voz ronca por los tragos de agua fría.
—Al único sitio seguro que conozco. —Bogdam puso el intermitente y se incorporó de nuevo a la carretera principal—. A Vorkutá.
Tatiana frunció el ceño. Si no estaba equivocada, esa era una ciudad minera situada en algún punto remoto al norte del país. Un antiguo gulag de la era soviética.
—¿Dónde está Vorkutá? —quiso saber. Aunque la pregunta sonó indiferente, tenía mucha curiosidad por saber a dónde la llevaba y por qué.
Bogdam confirmó sus sospechas.
—Al norte, cerca del círculo polar ártico. Es un agujero frío y deprimente del que cualquiera querría escapar —dijo, desganado. Y es que, aunque trató de ocultarlo, las sombras del pasado se dejaron ver en su voz—. Todavía nos quedan muchas horas para llegar, así que ponte cómoda —añadió.
—¿Por qué allí?
—Tengo una casa al lado del río Pechora, cerca de la ciudad y, como ya te he dicho, el sitio es seguro.
Tatiana puso la vista en la carretera. Tenía una sensación terrible de estar desubicada, de no ser capaz de atar cabos. Por eso, cada respuesta que recibía daba lugar a otra pregunta.
—¿Y por qué no me llevas a Moscú con Viktor?
—No es seguro.
—¿Por qué? ¿Hemos perdido la ciudad?
—No, no es por eso.
Bogdam le daba la información con cuentagotas, lo cual era exasperante. Estaba nervioso, podía percibirlo en pequeños detalles que a cualquier otra persona le pasarían desapercibidos, como el hecho de que apretase el volante con más fuerza de la habitual. Todavía no estaban lejos del peligro.
—Bogdam, necesito que me expliques cuál es la situación en la ciudad.
Bogdam se tomó un instante antes de hablar. Sí, definitivamente, estaba nervioso. Era extraño en él, pues solía hacer gala de un temple de acero.
—Tus hermanos han recuperado algunos distritos y por ahora están bien asegurados, pero en cualquier momento todo se puede ir a la mierda. La situación es muy inestable.
Tatiana frunció el ceño.

—¿Mis hermanos?
Bogdam le lanzó un vistazo rápido. Conducía a toda velocidad por la carretera nacional, donde ya estaba a punto de caer la noche.
—Aleksei volvió a Moscú cuando supo lo que había pasado.
Tatiana entornó los ojos y trató de asimilar lo que acababa de escuchar. Exhaló, sorprendida. Que Aleksei hubiese renunciado a su nueva vida solo para acudir en su auxilio, en auxilio de su familia, le tocó el corazón y, a la vez, la hizo sentir culpable. Odió al instante que él hubiese tenido que tomar una decisión así y que hubiese puesto en juego su nueva identidad, esa que le garantizaba la tranquilidad y el anonimato que necesitaba, para volver a Moscú y tratar de arreglar el desaguisado que había provocado Kostya.
—¿Entonces Kostya lidera el bando enemigo? —preguntó de improviso.
—Sí.
Una respuesta que no fue ninguna sorpresa.
—¿Y los recursos? ¿Tenemos suficientes como para recuperar la ciudad?
—Tu familia ha reclutado a muchos hombres. —Bogdam encendió los faros del vehículo con un movimiento rápido. Ya casi era de noche—. Pero el bando enemigo también está bien provisto.
No tuvo que preguntar de dónde sacaba Kostya el dinero para disponer de tantos. Los negocios de los distritos no estarían generando muchas ganancias en su ausencia, así que Yun debía haberles proporcionado una gran suma económica a cambio de agenciarse las zonas de la ciudad que ahora le pertenecían, si es que de verdad controlaba alguna. Llegados a ese punto, supo que tal vez el dinero tan sólo había sido para comprarla a ella.
—Llevará un tiempo recuperarlo todo —advirtió Bogdam, como si de esa manera pudiese frenar las posibles expectativas de Tatiana.
Pero ella era una mujer muy realista y no dudaba de sus palabras. Un desastre como ese no se solucionaría en unos pocos días ni en unas pocas semanas.
—¿Han sido mis hermanos quienes han decidido que me lleves a Vorkutá? —sonó un tanto desconfiada. Si algo deseaba en ese momento era estar al pie del cañón y no a miles de kilómetros de distancia del epicentro del conflicto.
—No, no han sido ellos. —Bogdam apretó la mandíbula—. Lo he decidido yo.
Tatiana entrecerró los ojos.
—¿Por qué?
—Porque ahora debes estar a salvo, al menos hasta que tus hermanos aseguren Moscú.
—Me acabas de decir que han asegurado varios distritos —le recordó, suspicaz.
—Sigue siendo peligroso —rebatió, con esa voz fría y rasgada que tan bien le definía.
El silencio se hizo en el coche. No dijeron nada, hasta que Tatiana sacó sus propias conclusiones.
—No has hablado con ellos, ¿verdad?
Bogdam no respondió.
—¿Saben que estoy viva?
Él era bueno en evadir los temas de los que no le convenía hablar, pero eso no iba a funcionar con ella.
—Contesta, Bogdam —presionó.
Él se desvió de la carretera y pisó el freno de forma un tanto brusca. Estacionó a un lado, en el arcén, pero no detuvo el motor. Luego, la miró.
—No los he visto, pero saben que te he rescatado y que te llevo a un lugar seguro, y les parece bien —dijo, cortante—. Y no, no he estado en Moscú, pero sé de primera mano cómo están las cosas y no quiero que estés ahí. Me he pasado estos dos meses buscándote día tras día y ahora

que te he encontrado no voy a permitir que te pongas en peligro, ¿lo entiendes? Mi trabajo es protegerte y eso es lo que voy a hacer, así que dejemos el tema zanjado ya.
Tatiana le contempló, contrariada. Él nunca le había hablado de esa manera.
—Tu trabajo es protegerme, pero no decidir por mí —le recordó. No quiso sonar enfadada porque, después del tiempo que había pasado sufriendo por su hipotética muerte, lo último que deseaba era discutir.
Bogdam dejó caer la cabeza mientras apretaba la mandíbula. Buscaba argumentos para convencerla, pero estos no hicieron falta. Cuando sus miradas volvieron a conectar, Tatiana pudo ver el sufrimiento en el fondo de su ser y entonces comprendió a la perfección su determinación de ponerla a salvo.
—Está bien —cedió, afectada por esa revelación de sentimientos no verbal—. Iremos a Vorkutá. Tema zanjado.
Bogdam asintió y volvió a la tarea de conducir.
Su reacción, junto con eso que vio en sus ojos, la afectó de una forma compleja. Tatiana permaneció en silencio mientras lo analizaba, mientras le buscaba sentido a toda esa información desordenada que saturaba su cabeza. Bogdam conducía sin quitar la vista de la carretera, todavía tenso por el encontronazo.
Él consideraba que había fallado, aunque no lo expresase con palabras. No pudo protegerla el día del accidente, pero ¿cómo podría haberlo hecho? El margen de maniobra era mínimo. Suerte que ambos habían salido vivos de algo así.
Pero había algo más en su mirada que no lograba descifrar, algo que la llevaba a pensar que ese impulso de protegerla a toda costa no sólo tenía que ver con el trabajo. También había sentimientos después de todo. Puede que hubiese estado equivocada todos esos años y que de verdad él sintiese algo por ella, algo lo suficientemente trascendental como para ignorar la jerarquía que siempre había reinado entre ambos, como para actuar de forma tan irracional como lo hacía en ese momento. Tal vez Bogdam también la amaba.
Pensar en ello le hizo sentir cierta calidez, pero se vio opacada por el recuerdo repentino de Yun. Yun también la amaba y ahora no tenía ni idea de dónde estaba ni si la estaba buscando después de que Bogdam frustrase su intento de trasladarla a China. Yun se había quedado con las manos vacías, y ella también había perdido algo en el camino, aunque le costase reconocerlo.
Exhaló con disgusto y después dio varios tragos más a la botella de agua. Luego, se acomodó para descansar un poco. A pesar de los vaivenes del coche, consecuencia del mal asfaltado de la carretera de mala muerte que transitaban, Tatiana se quedó dormida. No supo en qué momento ni durante cuánto tiempo, pero no le preocupaba. En ese coche estaba a salvo.
Cuando despertó, estaban cerca de Svecha, a unos trescientos kilómetros del área de servicio donde habían repostado. Bogdam conducía, impasible, decidido a ponerla a salvo, y supo que no pararía hasta que lo lograse.
Y Tatiana se lo permitió porque, aunque no le gustase la idea de ir a Vorkutá, ir con él lo cambiaba todo.

Capítulo 35

«¿Cuál es la felicidad que no tiene algo de pena?»

Margaret Oliphant

Tatiana abrió con cuidado el paquete de galletas que Bogdam llevaba en el bolsillo exterior de su mochila. Le tendió una, pero él la rechazó. A su alrededor reinaba la oscuridad y lo único que se adivinaba a través de ella era lo poco que alumbraban los faros del coche con el que recorrían esa carretera olvidada.

Hacía rato que habían dejado atrás la ciudad de Kírov y todavía tenían mucho camino por delante.

—Puedo conducir un poco si quieres, para que descanses. —Ya se encontraba mejor y Bogdam tenía a sus espaldas muchas horas al volante.

—Estoy bien.

Una respuesta esperable viniendo de un hombre como él.

Tatiana le contempló con detenimiento y recordó el beso que él le había dado en el pelo durante su reencuentro. Un gesto tierno que jamás habría esperado. Ahora, mientras le estudiaba, se sintió tentada de obligarle a parar el coche, de subirse a horcajadas sobre él y de abrazarle hasta que saliese el sol. Pero eso era algo muy impropio entre ellos, algo que jamás iba a ocurrir.

Intentó sintonizar algún dial de radio, para distraerse, pero no lo consiguió. No tuvo claro si la antena estaba dañada o si, simplemente, estaban en medio de la nada y allí no llegaba ninguna emisora. No le quedó otra que clavar la vista al frente y retomar la tarea de darle vueltas a la cabeza. La euforia que le corría por las venas ante el hecho de que Bogdam la hubiese rescatado, ante el hecho de ser libre de nuevo, se veía opacada por el recuerdo Yun. Era incapaz de dejar de pensar en él. No lograba separar esas dos emociones y eso era como una especie de tortura.

Estaba más jodida que nunca a nivel emocional. Desestabilizada y confusa, y eso despertaba cierta rabia en su interior, cierta furia absurda que no lograba comprender del todo.

La situación era ridícula. Cuando Yun la secuestró, ella vivió un calvario creyendo que Bogdam había muerto, y ahora que era libre y que le tenía a su lado, decidido a ponerla a salvo, no encontraba la paz que necesitaba porque no era capaz de sacar a Yun de la ecuación.

La vida le gastaba una broma de mal gusto.

—Cuando me rescataste, ¿dónde estaba exactamente? —pronunció, a media voz.

Necesitaba aclarar el tema cuanto antes.

—Cerca de Zhuderskii —repitió él, en tono distante.

—Me refiero a si estaba en una casa, en un coche… Dónde.

Bogdam cogió aire antes de responder. Su pecho se hinchó con fuerza bajo la camiseta blanca que llevaba puesta.

—En un coche. Supongo que te llevaban al aeropuerto de Briansk para sacarte del país.

No estaba equivocado.

—¿Cómo sabías que iban a trasladarme?

Él le lanzó un vistazo rápido antes de responder.

—Cuando recibí tu mensaje, merodeé durante algunos días por la zona. Dejé algunos señuelos

para que sospechasen que alguien había descubierto tu localización —aclaró—, y después sólo esperé a que te sacasen del escondrijo.
Entonces, ese era el verdadero motivo por el que Yun quería llevarla a su país, y no los problemas de su hermana. Tal vez ni siquiera le habían dado el alta hospitalaria y sólo era una excusa que había utilizado para sacarla de allí. Bogdam había logrado ponerle en guardia, le había hecho creer que su rescate era inminente, y luego había aprovechado ese plan nacido de su nerviosismo para liberarla. Una trampa sencilla, pero en la que Yun había caído de lleno. Aunque era un hombre inteligente, Bogdam lo era más, y por eso ahora ella iba a su lado en ese coche y no con Yun en un avión de camino a China.
—¿A cuántos hombres tuviste que matar para rescatarme?
La pregunta sonó extraña, y es que lo era, pues la respuesta era irrelevante.
—A dos —respondió, sin mucha emoción.
Esos eran pocos hombres. Bogdam disipó sus dudas con rapidez.
—Lo habían organizado todo para sacarte en un coche por la puerta trasera, rodeada de mucha seguridad, pero yo sabía que en realidad ibas en el coche que saldría por la puerta principal media hora más tarde.
Como siempre, Bogdam iba un paso por delante.
—¿Cómo lo supiste?
—Intercepté las comunicaciones.
Él era un genio en eso. Pero los detalles de ese plan perfecto no importaban, pues la respuesta que ella buscaba tenía que ver con un aspecto muy distinto de su rescate.
—Y esos hombres a los que mataste, ¿cómo eran? —aunque trató de sonar desinteresada, no lo logró.
Por eso, Bogdam se dio cuenta de que sus preguntas escondían algo. Ella acostumbraba a ser directa, y si daba rodeos era porque había algo oscuro tras sus dudas, algo que no quería reconocer de forma abierta. Bogdam lo sabía también. Tampoco le había pasado desapercibido que Tatiana conservaba su reloj, cosa que resultaba extraña si se tenía en cuenta que estaba secuestrada. Cualquier captor se lo habría requisado, aunque sólo fuese para venderlo por un puñado de dólares en el mercado negro, aunque sólo fuese por desmoralizarla. Algo no encajaba del todo y Bogdam no era tan estúpido como para no notarlo.
—Eran chinos —respondió, a sabiendas de que eso no aclaraba nada.
Tatiana apretó los labios, mientras contemplaba la oscuridad que había al otro lado de su ventanilla. Bogdam quería que ella hablase claro, pero no estaba dispuesta a hacerlo. No, cuando los motivos de su interrogatorio escondían sentimientos tan reprochables. Debería haber puesto fin a la conversación, pero la incertidumbre fue más fuerte que su lado racional.
—¿Y cómo vestían esos dos hombres? —presionó.
Bogdam se mantuvo en silencio hasta que ella le miró, en busca de una respuesta.
—¿A dónde quieres llegar? —dijo él.
—Sólo quiero saber a quién mataste para rescatarme. Quiero saber si el que me hizo esto está muerto —confesó, finalmente.
Bogdam cedió. Al fin y al cabo, que ella quisiese saber qué destino había corrido su secuestrador no era tan extraño. Él respondió más relajado, aunque, por su tono de voz, Tatiana supo que algo seguía sin encajarle.
—Maté a dos chinos que no tenían ningún rango importante, si es lo que quieres saber.
Con mucho esfuerzo, Tatiana contuvo una exhalación de alivio.
—De acuerdo.

Yun estaba vivo. Lo repitió en su cabeza hasta que los nervios por su posible muerte quedaron fulminados. Su cuerpo se relajó sobre el asiento y la oscuridad que la rodeaba se hizo más llevadera. Yun estaba vivo y eso cambiaba mucho su perspectiva. Le proporcionaba una paz ilógica que no se esforzó en comprender, pues era mucho mejor que la angustia con la que lidiaba desde que se despertó en la parte trasera de ese coche que ahora la llevaba a Vorkutá. La apaciguó, aunque no se volviera a cruzar con él nunca jamás, una idea que le oprimió el alma de una forma angustiante.

Sabía que Bogdam veía más allá de las palabras, pero si ella no quería hablar de forma abierta de lo que había vivido durante esos dos meses de secuestro, él debía respetarlo. Lo respetaría, de eso estaba segura, pues Bogdam era paciente y comedido. Y en cuanto a ella, las explicaciones podrían esperar o, tal vez, nunca se las daría. Amar a Yun en secreto no parecía tan mala idea.

Sin embargo, lo era, pues también amaba al hombre que conducía a su lado, y ambos sentimientos se estrellaban entre sí como dos trenes a alta velocidad.

Ante lo absurdo de ese pensamiento, Tatiana suspiró y cerró los ojos. Ya tendría tiempo de resolver sus conflictos internos cuando estuviese a salvo, en ese agujero frío al que Bogdam la conducía.

Capítulo 36

«A veces una batalla lo decide todo, y a veces la cosa más insignificante decide la suerte de una batalla».

Napoleón I

Gia levantó la cabeza de su teléfono móvil cuando un estruendo en el exterior captó su atención. Los truenos que hacía una hora restallaban en la lejanía y que anunciaban la llegada de la tormenta ahora retumbaban sobre la mansión. El cielo se iluminó y las primeras gotas comenzaron a golpear los cristales. Era una mala noche para estar fuera.

Cerró la galería de imágenes, esa en la que unos instantes atrás contemplaba las fotos de las obras de su hospital, y marcó el número de Viktor. Aguardó paciente a que él contestase a la llamada, pero no lo hizo, así que cuando Gia se cansó de escuchar el tono, colgó y lanzó un suspiro.

Viktor llevaba dos días en la casa franca de Arbat junto a su primo Vladimir. Ambos habían ido allí para reorganizar los grupos que defendían el distrito ante la sospecha de un posible ataque por parte de Kostya. Los espías, e incluso algunos de los hombres que patrullaban las calles, habían descubierto a varios enemigos tanteando la zona en busca de puntos débiles, de agujeros por los que colarse para hacer el mayor daño posible. Ante la posibilidad de un asalto, Viktor escogía adelantarse.

Apenas había hablado con él desde entonces. Las llamadas eran algo peligroso y muy limitado, en especial, si se hacían a Viktor, a Aleksei, a Maxim o a Vladimir. Los cuatro cambiaban de teléfono a cada tanto ante la posibilidad de que alguien hubiese pinchado la línea. Aun con eso, sólo podían realizarse en caso de necesidad extrema, y nunca se podía revelar en ellas ningún dato que pudiese dar alguna ventaja al otro bando.

¿Era eso una emergencia?

Para ella, sí. Estaba harta de su ausencia y, sobre todo, de la ausencia de información. Odiaba la idea de saber que, si a Viktor le ocurría algo, ella sería la última en enterarse. ¿Y qué haría entonces?

Gia sacudió la cabeza para alejar ese pensamiento de mierda. Tenía demasiado tiempo libre ahora que Viktor no estaba y que, en consecuencia, no podía salir de la mansión. Katia se pasaba el día durmiendo y tampoco quería intoxicarla con todas esas malas sensaciones que le provocaba la idea de no saber si él estaba bien.

Marcó de nuevo su número y esperó paciente a escuchar su voz al otro lado, pero tampoco hubo respuesta. Lo único que la acompañó fue el sonido de la tormenta en el exterior, los golpes violentos de la lluvia sobre el cristal del balcón y el sonido de los envistes de aire en las ramas de los árboles.

Entonces, la puerta de su habitación se abrió de improviso y Viktor apareció en el umbral empapado de arriba abajo.

Gia exhaló por alivio de ver que estaba sano y salvo.

—¿Por qué no me coges el teléfono? —le increpó, mientras bajaba de la cama para ir a su encuentro.

Viktor puso cara de circunstancias mientras sacaba el terminal del bolsillo, empapado.
—Suerte si sale de esta —respondió, mientras lo lazaba sobre la cómoda.
Gia se sintió estúpida por un instante, pero luego se dijo que no era ninguna clarividente y que no tenía forma de saber que si Viktor no contestaba era porque la lluvia le había calado hasta los huesos. Fue al baño y cogió una toalla grande del estante. Cuando regresó a la habitación, él se sacaba la camiseta por la cabeza y la lanzaba a un lado. Estaba mojado de la cabeza a los pies y lo único que pudo hacer fue reír.
—¿Qué te hace tanta gracia? —dijo él, mientras se pasaba la mano por el pelo corto para escurrir el agua.
—El karma a veces tarda en llegar, pero siempre llega. —Gia le lanzó la toalla y Viktor la cogió al vuelo, con una mano—. Ahora eres tú quien viene aquí empapado, ¿eh?
Como ella la primera vez que se vieron, cuando vino a pedirle que investigase la muerte de Aleksei.
Viktor le devolvió la sonrisa.
—La diferencia entre tú y yo es que tú no quisiste quitarte la ropa. —Viktor se acercó a ella con ánimo de abrazarla.
Sus vaqueros colgaban de sus caderas empapados y las botas dejaban charcos bajo sus pies, así que de ninguna manera se iba a acercar a ella en ese estado.
—Ni se te ocurra —dijo Gia, mientras daba unos pasos hacia atrás.
Un brillo despuntó en los ojos de Viktor y antes de que pudiera defenderse, él se lanzó sobre ella, la llevó hasta la cama y la obligó a tumbarse. Gia se revolvió mientras su pijama se calaba de agua.
—Apártate —forcejeó, sin mucho éxito.
Viktor la besó. En una milésima de segundo el agua de la ropa dejó de importar y Gia se relajó entre sus brazos. Disfrutó del beso, del aliento cálido de Viktor y del roce suave de su lengua contra la suya. Abrazó su espalda con ansia mientras se decía a sí misma que no volvería a dejarle ir solo a ninguna parte, aunque el riesgo para ella fuese demasiado.
—¿Es que has venido andando desde Arbat? —preguntó, entre besos. Ahora ambos estaban empapados.
—La tormenta ha bloqueado el sistema de la puerta de entrada, así que hemos tenido que entrar por la puerta pequeña, sin los coches. —Viktor se lanzó a sus labios en cuanto terminó la explicación y la besó con más ganas que en mucho tiempo.
Algo había cambiado.
Gia se apartó a un poco y le miró a los ojos.
—¿Está todo bien?
Hubo un instante de silencio y luego Viktor se acercó a su oído.
—Bogdam ha rescatado a Tatiana —susurró.
Gia abrió los ojos por la sorpresa. Antes de que pudiese hablar, Viktor le tapó la boca con la mano y habló de nuevo muy cerca, con un murmuro sutil que apenas fue audible.
—No me fio de nadie, ahora menos que nunca, así que no digas nada que alguien pueda escuchar.
Gia asintió, mientras él apartaba la mano que la silenciaba.
—¿Dónde está? —pronunció, sin apenas emitir ningún sonido.
—Lejos —susurró Viktor—. Esperaremos un tiempo antes de que vuelva. Ahora es peligroso. Los chinos la estarán buscando.
—¿Los chinos? —dijo, en un tono más alto del que tuvo intención.

Viktor asintió.
—Te lo contaré todo cuando estemos fuera, donde nadie pueda escucharnos.
Gia no tenía noticias de que ese hombre, el tal Bogdam, continuara con vida. Viktor le había dado por muerto cuando ocurrió el accidente, a pesar de que no encontraron ningún cuerpo que lo atestiguase. Pero ahora había rescatado a Tatiana, y eso sólo podía ser por dos cosas: o bien estaban secuestrados juntos y habían logrado escapar, o bien Bogdam había pasado todo ese tiempo buscándola, cual lobo solitario, y no se había detenido hasta conseguirlo.
Gia acarició la cara de Viktor y él le regaló una media sonrisa. Pudo ver en sus ojos la alegría de saber que su hermana estaba viva y eso le hinchó el corazón a ella también. Pero el problema no terminaba ahí.
—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó, cautelosa.
Si habían contenido la ofensiva era, en parte, por miedo a que Kostya tuviese a Tatiana en su poder y la represalia pasase por acabar con su vida. Viktor no estaba tan seguro de eso y sospechaba que Kostya y los suyos no tenían ni pajolera idea de dónde se encontraba. Aleksei, sin embargo, no estaba dispuesto a jugársela, y sólo por eso no habían caído sobre ellos con toda su fuerza. Ahora que estaba claro que Tatiana no estaba en manos de Kostya, el tablero de juego cambiaba.
—Ahora, iremos con todo —confirmó Viktor, como Gia ya sospechaba—. Pero primero nos organizaremos bien. No hay que precipitarse.
Dio el tema por zanjado. Introdujo una mano por debajo de la camiseta del pijama de Gia y ella supo que la charla se había terminado. Ahora recuperarían el tiempo que habían perdido durante los dos días que no se habían visto.
Gia introdujo la mano por dentro de sus pantalones empapados y agarró ese culo que tanto le gustaba. La idea de asestar un golpe definitivo sobre Kostya imponía, porque conllevaba riesgos, pero no había nada que desease más que volver con Viktor a San Petersburgo y que sus vidas regresasen al punto en el que se habían quedado antes de esa rebelión. Quería ser feliz con él, seguir adelante, cosa que sólo lograrían cuando la guerra llegase a su fin.
Y, para eso, le gustase o no, primero había que luchar.

Capítulo 37

«Temer al amor es temer a la vida, y los que temen a la vida ya están medio muertos».

Bertrand Russell

Tatiana contempló los alrededores de la estación de Vorkutá, apenas iluminados por las pocas farolas que salpicaban la escena. Acababan de apearse del tren que los había llevado hasta allí y necesitó un instante para ubicarse en ese nuevo lugar. Hacía mucho frío, más del que había imaginado cuando Bogdam la avisó de la latitud en la que se encontraba la ciudad. Yun la había tenido encerrada en una cárcel en la que las temperaturas eran cálidas, agradables. En Vorkutá, sin embargo, la cercanía al círculo polar ártico convertía la ciudad en un auténtico congelador.

—Qué frío hace aquí. —Tatiana se abrazó a sí misma sin quitar los ojos de la fachada de la estación, una construcción como muchas otras.

—Toma. —Bogdam sacó la sudadera de la mochila de montañismo con la que cargaba desde que se subieron al tren. Dentro del vagón no la había necesitado.

Tatiana se la puso a toda velocidad.

—Iremos a pie hasta mi casa, no está muy lejos.

—De acuerdo.

Él comenzó a caminar a paso rápido y Tatiana le siguió. La calle que recorrían era larga y estaba mal alumbrada por la luz escasa y fantasmal que emitían las farolas. La escena no la mejoraban los edificios de estilo soviético y aura deprimente que dejaban atrás. La pintura de las fachadas estaba muy deterioriada, las ventanas rezumaban óxido y la vegetación colindante consistía en marañas de ramas muertas que brotaban del barro que estaba por todas partes. Descubrió luz en varias de esas casas y se preguntó cómo sería vivir en un lugar tan hostil. Esas eran las menos, pues la mayoría de los edificios se encontraban en ruinas, algunos con aspecto de haber sido abandonados de forma reciente y otros con las ventanas cubiertas por antiguos tablones de madera carcomida que a duras penas se mantenían en su lugar. Las casetas destruidas y los coches oxidados no tardaron en aparecer en escena en los descampados que salpicaban el espacio entre los edificios. Tal vez, durante el día, esa zona de la ciudad tuviese algo de vida. Pero en medio de la noche, como estaban en ese momento, todo lucía olvidado, deshabitado y muerto.

Sin duda, Vorkutá había vivido tiempos mejores.

Tatiana no dijo nada, pues sabía que el hombre que caminaba a su lado no deseaba que lo hiciese.

Después de quince minutos, Bogdam se detuvo frente a la puerta de una casa pequeña de dos plantas que tenía la pintura de la fachada desconchada. Estaba un tanto apartada de los edificios grandes y formaba parte de un grupo de varias casas construidas en línea frente al río. Sacó unas llaves y abrió la puerta con cuidado. Luego, accedió al interior y activó las luces.

—Pasa.

Tatiana cruzó el umbral y entonces se dio cuenta de que el aspecto externo de un lugar no significaba absolutamente nada. El pasillo de entrada era muy acogedor. Las paredes estaban forradas de madera y en ellas colgaban algunos cuadros sencillos y pequeñas piezas de cacerías pasadas. Una alfombra gruesa cubría el suelo en un intento de aislar la estancia de la temperatura

exterior.
El aire estaba estancado, frío y olía a cerrado, así que supo que hacía mucho tiempo que Bogdam no iba por allí.
Él cerró la puerta a su espalda.
—Voy a encender la chimenea, acompáñame.
Tatiana le siguió hasta el salón, que era pequeño, pero igual de acogedor. Allí descansaban dos sofás antiguos sobre una alfombra muy parecida a la que había visto en la entrada. En las paredes, algunos cuadros y fotografías llamaron su atención. En una de ellas reconoció a un niño que parecía Bogdam, junto a otro hombre. Ambos sostenían unas capturas de pesca.
Él sacó varios troncos de un cesto raído y los colocó en su lugar. Encendió el fuego con rapidez, lo que denotaba que estaba acostumbrado a hacerlo.
—Pronto se estará mejor aquí. —Pasó por su lado y encendió una lámpara de pie—. Ponte cómoda, voy a encender la calefacción.
Tatiana aceptó su invitación y se sentó en el sofá, que estaba un poco polvoriento. Tenía las manos heladas y necesitaba una ducha con urgencia, pero la temperatura del lugar no invitaba a quitarse la ropa.
Bogdam dio varias vueltas por la casa y luego regresó al salón. Se puso a rebuscar en la mochila y sacó una pequeña caja de café, varios azucarillos y el paquete de galletas que Tatiana había abierto unas horas antes. Lo colocó todo sobre la mesa pequeña que había al lado del sofá.
—No es mucho, pero mañana iré a comprar más.
—Gracias. —Tatiana buscó su mirada, pero él seguía ocupado con la mochila.
Puede que para él ese gesto fuese una nimiedad, pero para Tatiana significaba mucho. Bogdam siempre había cuidado de ella y que continuase haciéndolo después de tanto tiempo y después de tantos infortunios era todo un regalo. Uno del que él no parecía ser consciente.
Bogdam pasó la siguiente media hora poniendo a punto algunas cosas de la casa. Purgó los radiadores, uno por uno, quitó la mayor parte del polvo con un plumero viejo y luego realizó algunas tareas más en el piso de arriba. Cuando terminó de acondicionar todo, preparó un poco de café caliente. Le ofreció una taza a Tatiana y luego tomó asiento en el sofá, en el extremo opuesto al que ella se encontraba, como si cierta cercanía fuese peligrosa. No le dio importancia. Los dos estaban cansados, y es que había sido un viaje muy largo.
—Espero que todo esté a tu gusto.
Bogdam sonó inseguro por primera vez en toda su vida.
Tatiana arrugó la frente.
—Claro que está todo a mi gusto. —Apretó la taza entre sus manos heladas y disfrutó del calor que le proporcionaba—. Gracias.
Él no la miró. Dio un trago al café con los ojos puestos en la chimenea.
—Sé que eres una mujer exigente y que estás acostumbrada a otro tipo de cosas —dijo, en tono impersonal.
—Tu casa es perfecta. —Tatiana cerró la conversación.
Sí. Era una mujer exigente y sí, estaba acostumbrada a otro tipo de cosas, pero eso no significaba que no supiese adaptarse a las circunstancias.
La situación entre ellos había quedado en un limbo extraño antes de la revuelta en Moscú, después de que Tatiana descubriese que Bogdam estaba liado con Natalia. Se había esforzado por que su relación fuese la misma, pero lo cierto era que todo se había ido a la mierda. Con respecto a eso, nada había cambiado durante el tiempo que había pasado secuestrada. La sensación de desastre se respiraba de nuevo entre ellos dos.

—¿Estás bien? —Tatiana le miró de soslayo.
—Sí —Bogdam conectó sus ojos verdes con los suyos por una fracción de segundo. Lo suficiente para que Tatiana percibiera su conflicto interior.
—¿Tienes miedo de lo que vaya a ocurrir? ¿En Moscú?
Él levantó una de las comisuras de sus labios.
—No, para nada.
—Entonces, ¿qué pasa?
Estaba cansada de preguntarle constantemente lo mismo a Yun, y se preguntó si el problema no lo tendría ella. Puede que su capacidad para desentrañar las emociones de los hombres fuese una absoluta mierda.
Bogdam se tomó su tiempo para responder.
—Pensaba que habías muerto —contestó, en un tono que no casó con el trasfondo de las palabras que acababa de pronunciar.
Tatiana supo que le llevaría un tiempo asimilar que ella seguía viva, igual que le ocurría a ella con él. Todo tenía un halo irreal que ahora sabía que era igual para ambos.
Bajó la mirada a su café. Comprendía los sentimientos de Bogdam a la perfección. El tiempo que no supo si él estaba vivo fue una maldita tortura.
—Yo también pensaba que tú habías muerto, Bogdam —le declaró, muy entera a pesar de que había sufrido como una condenada por ello.
Salvó la distancia que los separaba y se colocó un poco más cerca, frente a él. Bogdam no se movió, pero ella percibió su incomodidad. Nunca había notado ese malestar en él antes y eso dolió de alguna forma. Pero no se echó atrás. Un poco de cercanía no le haría daño a ninguno de los dos.
—Gracias por venir a por mí. —Tatiana apretó su antebrazo, cómplice. Ellos nunca se tocaban, pero ese gesto fugaz se le antojó muy necesario para transmitirle lo que sentía en su totalidad.
Luego, apartó la mano y le dio un trago a su café.
Bogdam no reaccionó al contacto. En su lugar, permaneció inmóvil, con sus ojos felinos puestos sobre ella.
—¿Él te hizo daño? —su mirada se tornó helada y, en consecuencia, Tatiana sintió una punzada de miedo muy inesperada.
Ignoró la alarma interior y se recompuso.
No tenía ni idea de cuánta información tenía Bogdam sobre su secuestro. En el coche, cuando ella le había interrogado acerca de su rescate, él no había dado pistas de estar al tanto de la existencia de Yun. Pero si había pinchado las comunicaciones, sabría que había un hombre a la cabeza de todo, quien daba las órdenes y quien decidía el destino de Tatiana. Por eso, le pareció absurdo ignorar una pregunta tan específica.
—No tanto como me podría haber hecho —reconoció.
Esa era la verdad. Y no quiso dar más detalles.
Su secuestro estaba demasiado reciente y todavía trabaja en procesar la sensación contradictoria que le provocaba saber que no volvería a ver a Yun, que no volverían a tocarse, ni a mirarse, ni a compartir cama.
Bogdam no era estúpido y percibió su desazón. Tatiana lo supo por el matiz que tomó su mirada mientras la estudiaba en silencio. Él también tenía su batalla, aunque ella no fuese capaz de verla con la misma claridad. Una batalla que no comprendía y que sabía que era absurdo intentar entender. Bogdam era hermético, y debía ser él quien diese el paso de hablar de ello, si es que estaba dispuesto a hacerlo.

Tatiana apuró su café y dejó la taza sobre la mesa pequeña que había al lado del sofá. Le había sentado bien y la había ayudado a entrar un poco en calor.
—¿Quieres una copa? —preguntó él, mientras dejaba su taza vacía a un lado.
Bogdam le había leído el pensamiento.
—Claro. —El alcohol era algo a lo que en escasas ocasiones decía que no.
Además, tal vez eso la ayudase a tomar perspectiva de la situación, a aclarar las ideas.
—Veré qué tengo por aquí. —Bogdam se levantó y caminó hacia el armario del salón.
Abrió la puerta del mueble que había al lado de la chimenea y sacó una botella polvorienta. Luego, la estudió en silencio. Sacó dos vasos del interior, quitó el tapón y sirvió un poco en ambos.
Por el aspecto de la etiqueta, esa botella de Stolichnaya tendría, al menos, treinta años. Pero el vodka tenía una graduación tan alta que ninguna bacteria lo podía deteriorar, así que cuando Bogdam le ofreció el vaso, lo cogió sin dudar y dio un buen trago.
En efecto, ese vodka no tenía nada que envidiar al de una botella recién destilada.
Bogdam tomó asiento a su lado y se acomodó. El fuego crepitaba con fuerza frente a ellos y lanzaba chispas al exterior de la chimenea de cuando en cuando. El salón comenzaba a calentarse.
Permanecieron en silencio durante largo rato en el que tan sólo disfrutaron de la compañía del uno del otro y de la quietud que se respiraba a su alrededor. Era extraño beber al lado de Bogdam después de todo lo que había pasado en esos últimos meses. Meses que se sentían como años.
—¿Cómo lograste salir vivo del accidente? —Puso palabras al pensamiento que llegó de improviso.
—Me desperté en el hospital —respondió, después de un trago de vodka—. Si fue así es porque me dieron por muerto.
Era obvio que los que estrellaron ese coche contra ellos no eran chinos, sino hombres de sus propias filas. De haberse tratado de hombres de Yun, estaba segura de que nunca se habrían largado de allí sin asegurarse muy bien de que Bogdam, o quien fuese el que la acompañaba en ese coche, estuviese muerto. Si estaba vivo era por la inutilidad de sus propios hombres, y se preguntó hasta qué punto no era conveniente lo que había ocurrido para limpiar las filas de la organización de inútiles, chapuceros e incompetentes, aunque el precio a pagar fuese esa guerra en la ciudad.
Ahora, estaba agradecida por todos esos defectos. Gracias a ellos Bogdam estaba sentado a su lado, y no bajo tierra.
Sus ojos volaron a una de las fotos de la pared. En ella, Bogdam sólo era un niño, uno con una mirada muy distinta a la que tenía cuando le vio por primera vez en la mansión, tantos años atrás.
—¿Te fuiste muy joven de aquí, de Vorkutá?
Habló con naturalidad, consciente de que la pregunta podía ser recibida como una amenaza, de que tal vez desenterraría cosas que él no quería recordar.
Las palabras quedaron flotando en el aire, estáticas.
Al final, Bogdam respondió.
—Con nueve años.
Tatiana le observó. Él la contemplaba relajado, como si la conversación no fuese con él.
—¿Te fuiste con tus padres?
—No, yo solo. —Tomó un trago, justo después de poner su atención en las llamas que crepitaban frente a él.
Tatiana pudo saborear, en su respuesta, la soledad y el abandono. Cuando le vio por primera vez,

él tenía trece años. No era el primer chiquillo que acogía la organización, pues su padre siempre tuvo muy claro que un niño era mil veces más moldeable que un adulto. No se equivocaba ya que, gracias a eso, Bogdam se convirtió muy rápido en una de las piezas más valiosas con las que contaban.
Le vio crecer rápido. Fue un niño tan sólo durante el tiempo que dura un pestañeo y en gran parte de los recuerdos que tenía, Bogdam ya era un chico alto y fuerte. Un crío con la mirada de un hombre que había visto demasiada mierda en sus pocos años de vida.
—¿Y por qué te fuiste solo? —quiso saber.
Él cogió aire de forma audible y luego apuró su vaso. Se puso de pie.
—Si vamos a tener una conversación profunda sobre el pasado —dijo, mientras caminaba hacia la botella—, tendré que beberme un par más de estos.
Tatiana se sintió violentada.
—Lo siento. No quería hacerte sentir mal. —Era una egoísta. Estaba dispuesta a hacerle un poco de daño con tal de saber más de él, de rascar un poco en su pasado, aunque, a la vez, le doliese a ella también. Demasiadas preguntas sin formular a lo largo de los años.
—No te preocupes. —Quitó el tapón con los ojos puestos en ella. Una mirada que bastó para que Tatiana cerrase la boca.
Se tomó su tiempo para servirse y luego regresó al sofá. Tomó asiento de lado, con una pierna flexionada, y quedó cara a cara con Tatiana.
—Mi madre nos abandonó cuando yo tenía siete años —no había emoción en sus palabras, por duras que fuesen—, y mi padre empezó a beber mucho. Mucho —enfatizó—. Así que no me quedó otra que largarme de aquí.
—Lo siento, Bogdam.
El negó con la cabeza.
—No lo sientas. Ha pasado mucho tiempo.
Tatiana levantó las cejas.
—¿Y por eso duele menos? —No comprendía su respuesta—. A mí todavía me duele pensar en el día en que mi madre murió.
Y la enfurecía, y quería gritar hasta desgarrarse la garganta, y arrancar del inframundo el alma del miserable que se la había cargado para torturarle una vez más, una y otra vez. Sentimientos que contenía desde hacía demasiado tiempo y que todavía llameaban en el fondo de su ser.
—Esto no es lo mismo —dijo Bogdam, convencido.
—¿Por qué no?
El sonido del crepitar de la madera inundó la sala mientras Bogdam meditaba su respuesta.
—Cuando mi madre se fue, yo sólo era un niño pequeño. Tengo pocos recuerdos con ella, pocos en comparación con todos los que tengo después. Nadia estuvo a tu lado hasta que tenías, cuántos, ¿veintidós?
—Veintiuno —corrigió.
—Dos tercios de tu vida —dijo él, como si eso lo explicase todo.
Puede que tuviese razón en ese punto. Para ella, su madre había sido una figura mucho más presente y constante. Para Bogdam, la suya tan sólo sería un recuerdo lejano, una mujer cuya influencia no habría tenido mucho alcance.
—¿Por qué se fue? ¿Se llevaba mal con tu padre? —No pudo contener la curiosidad.
—No, que yo recuerde —sus ojos verdes reflejaron frialdad, no así sus palabras—. Ella era enfermera y fue a visitar a un vecino en medio de la noche porque tenía neumonía. Su casa no estaba muy lejos de aquí. Salió a atenderle y nunca regresó. Tampoco a su trabajo. Desapareció

del mapa.
—¿Nunca supiste nada más?
—No.
—Y… ¿la buscaste?
—Al principio, sí. Después, no. —Un no demasiado rotundo como para hacer más preguntas.
Tatiana lo sintió por él. Experimentó una empatía poco habitual en ella.
—Lo siento mucho —concluyó.
Él le dio un trago al vodka como única respuesta.
Tatiana sintió un fuerte impulso de abrazar a Bogdam, pero sabía que él no se lo permitiría. No tenía ni idea de en qué tipo de mujer se había convertido durante el tiempo que Yun la había tenido encerrada, pero era evidente que en una nueva, una que no tenía muy claro si era una mejor versión. En otras circunstancias, ella no habría tenido que luchar contra un deseo tan fuerte de acoger entre sus brazos al hombre que tenía delante, de calmar su dolor, uno que Bogdam ocultaba muy bien, pero que sabía que palpitaba en el fondo de su alma.
Dio un trago al vodka para desviar sus pensamientos. La historia de la madre de Bogdam había rascado sobre su propia herida sin ni siquiera verlo venir. El día que murió Nadia, su madre, ella se encontraba en el Hospital Clínico Central observando cómo un médico realizaba una esplenectomía. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que en su teléfono móvil se estuviesen acumulando las llamadas perdidas de su hermano Aleksei. Desde que su madre fue asesinada, hasta que ella devolvió esas llamadas, hubo un lapso de veinte minutos en el que fue totalmente ignorante de lo que acababa de ocurrir, veinte minutos en los que su vida todavía fluyó con normalidad. Veinte minutos que la hicieron sentir muy culpable, como si cada uno de esos segundos libres de sufrimiento fuese una falta de respeto hacia su madre. Un sentimiento completamente absurdo y que, sin embargo, empeoró su dolor de forma gratuita.
Ese veintiuno de octubre Nadia llevaba a cabo una operación como tantas otras. El objetivo era sencillo y hacía semanas que estaba vigilado. Se trataba de un opositor a la alcaldía que se había dedicado a hacer demasiadas promesas sobre limpiar el crimen en las calles de la ciudad, alguien a quien no interesaba sentar en el despacho del ayuntamiento. Él apenas se protegía con unos pocos guardaespaldas y tenía una rutina muy establecida que facilitaba la tarea de eliminarle de forma limpia y silenciosa.
Pero el hombre al que tenía que matar no era estúpido del todo. Dispararle a distancia quedaba descartado, ya que los cristales de su coche estaban bien blindados. Sin embargo, siempre se subía dentro del garaje de su casa y se bajaba dentro del garaje del trabajo, así que lo único que tuvo que hacer su madre fue colarse en el aparcamiento del edificio al que acudía cada día. Ella era la mejor en las distancias cortas, por lo que el plan no tenía complicación. Le interceptaría de regreso al coche, le dispararía y se largaría de allí.
Pero Nadia no contaba con el tercer guardaespaldas.
Cuando esperaba escondida tras una de las columnas del aparcamiento, con el arma ya preparada en la mano, notó una presencia detrás de ella. Se dio la vuelta y su vida terminó en ese mismo instante. Una bala en la frente se la llevó de este mundo.
—Eh. —Bogdam salvó la distancia que los separaba en el sofá—. No vayas ahí.
Se le enrojecieron los ojos, pero no llegó a caer ninguna lágrima. No lo hizo, en parte, porque justo en ese momento Bogdam ahuecó su mejilla con la mano en un contacto que para Tatiana fue muy inesperado.
Un instante antes creyó que él nunca le permitiría abrazarle, y ahora era él mismo quien tocaba su mejilla, con delicadeza, como si Tatiana se fuese a romper. El gesto la conmocionó hasta el

extremo.
Tal vez Bogdam tampoco era ya el mismo hombre que se quedó en ese coche, cuando tuvieron el accidente.
Le instó a bajar la mano, mientras retomaba la conversación.
—Perdona. He procesado muy mal todo este asunto —se justificó, mientras se recomponía.
—Lo sé.
—¿Lo sabes?
Bogdam levantó las cejas, como si para él fuese algo obvio.
—Siempre he estado ahí, a tu lado, aunque no reparases en mí.
A Tatiana le resultó extraña su perspectiva de la situación.
—Siempre he reparado en ti, Bogdam —una declaración pronunciada a media voz.
Sus ojos verdes gatunos no cambiaron de expresión, aunque Tatiana intuyó que sus palabras habían removido algo en él.
El día en que su madre falleció, él fue la primera persona con la que se encontró al llegar a casa. Como si de alguna manera hubiese sabido que ella iba para allá, Bogdam esperaba apoyado en uno de los coches de su padre. Cuando ella se apeó del suyo, su primer instinto fue abrazarle, que la sostuviese entre sus brazos para así menguar el dolor que le apretaba el corazón. En su lugar, le saludó, todavía en shock, y pasó de largo. Aleksei la esperaba en el interior y Viktor venía de camino.
Como acababa de decirle Bogdam, era mejor no ir ahí, a ese día en el que su vida dio un vuelco tan doloroso.
—¿Y tu padre? —se apresuró a preguntar, antes de que los recuerdos la hiciesen más daño.
—Mi padre murió unos meses después de que yo me fuese.
—¿Qué le ocurrió? —Le dio un trago al vodka para empujar el amargor que le había dejado esa lágrima sin derramar en la garganta.
—Enfermó del hígado y murió rápido. Lo supe unos años más tarde, cuando volví aquí.
Tatiana apretó los labios. Si a ella le parecía que esos veinte minutos en los que todavía no sabía que su madre había muerto fueron demasiado tiempo, no podía imaginar cómo había sido para Bogdam el ser ajeno a la muerte de su padre durante años.
—¿Nadie pudo llamarte? No sé, ¿algún familiar no pudo ponerse en contacto contigo?
Él negó levemente con la cabeza.
—Estaba ilocalizable. —Hizo una pausa en la que en sus ojos despuntó un destello de culpabilidad—. Puede que mi padre muriese creyendo que yo también estaba muerto, no lo sé.
Tatiana chasqueó la lengua ante la idea de que la vida fuese tan retorcida.
—No tiene sentido darle vueltas a algo para lo que ya es imposible encontrar respuestas.
—Tienes razón. —Él apuró su bebida de un trago.
La vida de Bogdam había sido difícil, mucho más difícil que la suya. Ella había nacido entre algodones, y aunque hubiese crecido con la educación de un padre demasiado duro y desaprensivo, a pesar de haber perdido a su madre de forma trágica, ella siempre había estado arropada por sus hermanos. Si había sufrido, siempre había sido rodeada de lujos.
—¿Y a qué te dedicaste hasta que entraste en la organización?
Bogdam se pasó la mano por el cuello en un gesto muy masculino.
—Fui de un lado para otro. Intenté buscar trabajo, pero era demasiado joven. Nadie necesitaba a un niño de nueve años para nada. Así que empecé a robar, a dormir donde podía, a sobrevivir —su mirada, que solía ser impasible, se oscureció un poco—. Luego conocí a un traficante y empecé a hacer recados para él. Transportar droga y llevarla a puntos de encuentro. A cambio,

me daba comida, un techo, y un colchón viejo en el pasillo del piso en el que convivía con cuatro delincuentes más. Di algunos tumbos y me metí en algunos líos hasta que Mijaíl me encontró.
Tatiana hizo memoria.
—¿Mijaíl? ¿El primo de mi padre?
—Sí.
Mijaíl llevaba diez años muerto. De seguir vivo, le felicitaría por haber tenido un ojo tan bueno a la hora de elegir a Bogdam entre todos los demás.
—Cuando entré en la organización, todo se volvió más estable para mí —continuó—. Mi vida era mucho más ordenada que cuando estaba en la calle, así que me quedé.
Y Tatiana daba las gracias por eso.
Se hizo el silencio entre ambos. Bogdam se había abierto, sin reparos. Había contestado a esas preguntas que siempre rondaron su mente, esas que nunca quiso pronunciar por miedo a cruzar una línea inadecuada entre ambos. Una línea autoimpuesta, pues, aunque su padre era el artífice de su distancia emocional con los miembros de la organización, él mismo contaba con amigos dentro de las filas, hombres más allegados a los que estaba más unido, aunque se atreviese a negarlo. Si ella había dejado a Bogdam fuera de sus muros era, a fin de cuentas, por sus propios motivos. No tenía sentido buscar culpables que no fuesen ella misma.
—Hemos tardado mucho en tener esta conversación —admitió Tatiana.
—Nunca has querido preguntar.
Una triste verdad.
—No veía el sentido de hacerlo.
—¿Y por qué lo haces ahora? —dijo, aunque no mostró interés.
—Yo también creía que estabas muerto —repitió—. Creía que había perdido la oportunidad, que ya nunca podría saber todas estas cosas de ti.
Él le sostuvo la mirada y eso la puso nerviosa, más de lo que ya lo hacía ese giro de la conversación.
—Pues, cuando quieras, tendremos la otra conversación.
Tatiana se quedó pasmada. Pocas personas la cogían con la guardia baja, pero Bogdam acababa de hacerlo. Él quería tener esa conversación sobre sentimientos y eso confirmaba que estaba al tanto de todo. Durante mucho tiempo, Tatiana creyó que ella libraba esa guerra sola, que sólo ella añoraba cosas de Bogdam que eran imposibles. Pero la mención a esa conversación la llevó a pensar que siempre había sido cosa de dos.
Aun así, no estaba preparada. Tatiana estiró la espalda y se removió en el asiento para, finalmente, dejar la copa sobre la mesa que había al lado del sofá, ponerse de pie y dirigirse hacia las escaleras.
—Creía que no eras de las que huían —apreció.
De espaldas a él, Tatiana cerró los ojos con fuerza. Los abrió de nuevo y después, respondió.
—Hoy, no —sentenció, sin mirarle.
Antes de que la situación se complicase más por todo eso que no iban a decirse, Tatiana tenía que largarse de allí.
—Necesito una ducha —anunció, como si eso justificase su huida—. ¿Hay agua caliente?
Bogdam echó un vistazo desganado a su reloj.
—Ya debería haberla. Tienes toallas sobre la cama. Tu habitación es la primera a la derecha.
Tatiana asintió.
La idea de darse una ducha con él apareció en su mente ya torturada de por sí. Tal vez así no fuese necesario ponerle palabras a nada, sino que todo quedaría aclarado con la práctica. Imaginó

el cuerpo de Bogdam, fuerte y letal, abrazado al suyo mientras el agua caliente corría entre ellos dos. Desvió la idea de un plumazo. No tenía sentido martirizarse.
Y entonces llegó el recuerdo de Yun, y ella besando su pecho todavía mojado en su camino hacia una sesión de sexo memorable, la noche que cenaron sushi por primera vez. La imagen fue la guinda del pastel y empeoró un poco más la tormenta emocional que arrasaba su interior.
Tatiana exhaló con desgana.
Algo estaba muy mal en ella. Estaba delirando y se preguntó si la droga que Yun le había suministrado no le habría desajustado algunas hormonas y por eso ahora lidiaba con esa sucesión de ideas intrusivas de mierda.
—¿Necesitas algo más? —Bogdam interrumpió el flujo de sus pensamientos, consciente de que se había quedado allí quieta, frente a la escalera.
Tatiana le miró y se preguntó cómo sería destruir todas las barreras que durante años había creado entre ellos. Y supo la respuesta: sería un completo error. Por eso las había construido.
—No, gracias.
Dicho eso, se marchó escaleras arriba.
Esas barreras que durante su secuestro se habían vuelto mucho más livianas ahora regresaban con todo su peso, así que tenía que acostumbrarse a cargar con ellas de nuevo.
Pero no sabía durante cuánto tiempo sería capaz de soportarlas.

Capítulo 38

«Corazón mío, no hables,
puedes jugar con fuego, pero te quemarás».

Bob Dylan

Tatiana se removió entre las sábanas y luego abrió los ojos. La luz débil de la farola exterior proyectaba unas sombras extrañas sobre las paredes de la estancia y eso la hizo sentir confusa durante unos instantes. Había tenido una maldita pesadilla. En ella, Yun estaba muerto. Su cuerpo descansaba inmóvil sobre la moqueta raída del pasillo del hotel abandonado en el que la había retenido la primera vez. Tenía los ojos abiertos y su mirada inexpresiva estaba clavada en el techo. Un reguero de sangre llegaba hasta sus propios pies, enfundados en unos botines de Alexander McQueen de cuero rojizo. No tardó en darse cuenta de que todo era un mal sueño, pues ella nunca se habría puesto tal aberración.

No creía en premoniciones, y mucho menos aún en vínculos espirituales de ninguna índole, por eso se negó a considerar que lo que acababa de ver en el sueño tuviese algún tipo de conexión con la realidad. Yun no estaba muerto.

Tatiana se lamentó de que Yun regresase a su mente con tanta fuerza, incluso de forma inconsciente. En absoluto estaba preparada para procesar su ausencia. El fin de su secuestro y la separación forzada que conllevaba se le antojaban demasiado abruptos, lo que la hacía sentir una estúpida. Debería sentir agradecimiento, pero no era capaz. Lo que sentía al pensar en él ahora que estaban separados era demasiado brutal y hostil, era visceral. No quería enfrentarlo, ni meditarlo, ni hacer lo que se hiciese para procesar ese tipo de emociones. Sólo quería dejarlo ahí y confiar en que el tiempo menguaría la fuerza de esos sentimientos.

Se pasó las manos por la cara y trató de despejar la cabeza. Ahora tenía otras preocupaciones en las que centrarse que no tenían que ver con Yun, pues lo primero era recomponerse y convencer a Bogdam de que la llevase a Moscú. Y allí, saldar cuentas con Kostya y con todos los que la hubiesen atacado, así fuesen rusos o chinos.

Entonces, llegó la pregunta del millón.

¿Mataría a Yun de tener la oportunidad?

No se molestó en mentirse a sí misma. Nunca sería capaz de matar a Yun. En el caso más extremo, le conservaría cerca, puede que para charlar con él de cuando en cuando o para saciar su apetito sexual. Pero nunca le robaría la vida. Él mismo le había quitado esa capacidad.

Tatiana salió de la cama y se puso la bata que había sobre la silla. Abrió la puerta despacio y se dirigió al cuarto de baño. La luz blanquecina del fluorescente iluminó el interior, primero de forma intermitente y, unos segundos más tarde, de forma continua. Cerró tras de sí y se colocó delante del espejo. Tenía ojeras y el pelo hecho un desastre por culpa del maldito secador antiguo de la casa de Bogdam, el que había utilizado después de la ducha.

Abrió el grifo y lo dejó correr durante unos segundos. El agua que salía al principio había robado calor a las tuberías de la calefacción, así que no estaba todo lo fría que ella necesitaba. Cuando comprobó que estaba helada, tomó un poco entre sus manos y se mojó la cara.

Fue como si le dieran una bofetada, y lo agradeció, pues eso era justo lo que necesitaba en ese momento. Se secó con la toalla con pequeños toques y luego rehizo el moño bajo del que

escapaban muchos mechones.
Cuando todo estuvo de nuevo en su lugar, incluidas sus emociones, abrió la puerta para salir del baño. Y entonces se le detuvo el corazón.
—¡Joder!
Bogdam resultó ser más efectivo para recobrar la lucidez que el agua fría en la cara.
—Lo siento, no quería asustarte —dijo, tranquilo, y con esos ojos felinos puestos sobre ella, los que parecían fulgurar a través de la penumbra del pasillo.
Estaba cruzado de brazos, apoyado contra la pared, y llevaba unos pantalones de deporte negros junto con una camiseta del mismo color. Tatiana supuso que dormía preparado para salir corriendo en caso de ser necesario, y no le extrañó. Bogdam siempre estaba listo para pasar a la acción.
—No te preocupes. —Tatiana se llevó la mano al pecho para disipar el regusto desagradable que le había dejado el sobresalto—. ¿Qué haces aquí?
—Te he escuchado levantarte. Sólo quería saber que estabas bien. —Sus ojos verdes se clavaban en los suyos. Bogdam la estudiaba. Era bueno en eso, en reconocer emociones en los demás. Al fin y al cabo, esa era una de sus armas.
—Sí, estoy bien —exhaló—. He tenido una pesadilla.
Tatiana cuadró los hombros mientras se preguntaba si él dormía alguna vez.
—¿Necesitas algo? —dijo él.
Otra vez esa pregunta.
—No. —Tatiana negó con la cabeza, mientras se pasaba la mano por la mejilla—. No tener estas malditas pesadillas, en todo caso.
Él no cambió de postura. Estaba dispuesto a tener una charla allí mismo, en mitad del pasillo, a las cuatro de la madrugada.
—Puede que tengas estrés postraumático. Es habitual revivir algunos eventos cuando…
—No —le cortó, molesta—. No es eso. Ha sido una pesadilla normal, eso es todo.
Él la observó, en silencio. No se creía su respuesta.
Supo que había sido demasiado brusca, pero Bogdam no le dejaba otra opción. No quería hablar de su secuestro ni de lo ocurrido en esos dos meses, y mucho menos de Yun y de los malditos sentimientos hacia él que ahora la hacían sentir tan insegura. Eran temas que manejaría ella misma cuando llegase el momento. O quizás nunca, pero le importaba una soberana mierda. Yun era el último tema de conversación que quería tener con Bogdam.
—Me voy a la cama. —anunció—. Gracias por preocuparte por mí.
Retomó el rumbo hacia su cuarto, pero cuando iba a cerrar la puerta, Bogdam se coló en el interior. Tatiana ya ni siquiera se molestaba en tratar de entender cómo era posible que no le hubiese escuchado seguirla, o que no hubiese percibido que él estaba justo detrás de su espalda.
—¿Qué… haces? —le miró, confusa.
Sus iris verdes brillaron con la tenue luz de la farola exterior.
—Has dicho que no querías tener más pesadillas. Yo te las quitaré.
Tatiana le contempló, seria. Allí, quieto en medio de la pequeña habitación, con esa mirada felina y desafiante, Bogdam imponía. Imponía terror, muerte y sangre, pues su aura asesina era algo de lo que no se podía desprender. Pero también evocaba sexo, calor y emociones fuertes.
Él nunca se había insinuado a ella de esa manera y eso la desconcertó tanto que le llevó unos segundos asimilarlo.
Era duro decirle que no, pero era lo mejor.
Una pena que no le diese tiempo a hacerlo, porque Bogdam ya había tomado la decisión por los

dos.
Sin previo aviso, él la agarró de la mandíbula y la empujó sobre la cama.
—Bogdam —le reprochó, mientras se incorporaba sobre los codos.
—Estoy harto de esto —confesó, antes de cernirse sobre ella, despacio, grácil—. No vamos a perder más el tiempo.
La miró muy de cerca y Tatiana se quedó sin respiración. ¿Así se sentía la gacela cuando el leopardo estaba encima, a punto de asfixiarla hasta la muerte?
Él aprovechó su silencio para besarla.
El contacto con sus labios fue justo como siempre había imaginado. Eran suaves, apetecibles, pero también duros, hambrientos. Tomaban lo que querían sin miedo a las consecuencias.
Dejó que sus lenguas peleasen con ansia mientras apretaba los muslos. Se aferró a su espalda fuerte y él pegó su cuerpo al suyo, lo que fue como una ráfaga de aire sobre los rescoldos de una hoguera. Tatiana se incendió. Ardió en ella un fuego antiguo y peligroso, uno que ya no podía mantener a raya.
Su deseo había estallado de tal manera que sucumbió a la urgencia. Tiró hacia arriba de la camiseta negra que él llevaba puesta y le obligó a quitársela. Quería tocar su piel, sentir su calidez. Él aprovechó los segundos en los que se vio forzado a detener el beso para arrancarle esa bata antierótica. Tatiana se incorporó para facilitarle la tarea de deshacerse de ella y junto a la bata se fue también la camisa del pijama.
Bogdam atacó su boca de nuevo sin ningún tipo de delicadeza, mientras le empujaba los pantalones del pijama hacia abajo. Tatiana pudo sentir en él una furia contenida mezclada con el deseo. Peleó con él, con el baile de sus lenguas revolcándose en sus bocas, con sus labios húmedos por la saliva caliente que compartían, a la vez que batallaba con esos malditos pantalones.
Se libró de ellos y de la ropa interior, y un segundo más tarde Bogdam ya estaba listo para ella. Tatiana atrapó su erección y la condujo hacia su destino. Él la penetró de una embestida salvaje, una que derribó cualquier muro que hubiese existido entre ellos alguna vez.
—Estás empapada —susurró, con su voz rota, la que sonó tremendamente sexual.
Claro que lo estaba. Había fantaseado con ese momento durante muchísimo tiempo.
—Quería esto desde hace mucho —confesó, ahogada por la respiración acelerada.
—Sabes que yo también —dijo, cerca de su oído.
Tatiana buscó sus ojos y los encontró llameantes por el placer. Bogdam la embestía con urgencia y le provocaba un delirio erótico difícil de soportar. Acarició su pelo con suavidad como contrapunto a la violencia con la que él la penetraba. Era Bogdam, era él quien estaba sobre ella, y eso la hizo excitarse hasta un punto enloquecedor. Clavó las uñas en su espalda y pegó su frente a la suya mientras se dejaba llevar por sus movimientos rudos y profundos.
Bogdam era mucho más implacable en la cama de lo que hubiese imaginado. Tatiana dejó escapar un gemido desesperado y Bogdam aumentó el ritmo para llevarla más lejos todavía. Los dos anhelaban alcanzar ese punto máximo de placer, proporcionarse el nirvana físico y emocional que durante tanto tiempo se habían prohibido. Cuando sintió que el orgasmo la alcanzaba, Tatiana miró a Bogdam a los ojos y se dejó arrasar por la desesperación de culminar con el hombre al que más había deseado en toda su jodida vida.
Pero entonces él bajó el ritmo, se tornó suave de forma premeditada y la privó del placer que estaba a punto de alcanzar.
Cuando Tatiana se sosegó, él avivó sus movimientos una vez más.
—¿Es que quieres castigarme? —preguntó, intoxicada por el placer.

—Debería hacerlo —aseguró, con su frente pegada a la suya—. Por todos los años que me has negado esto.
Tatiana clavó las uñas en sus pectorales en respuesta.
—Nunca insinuaste que quisieras hacerlo.
Bogdam se acercó a su oído.
—Eres muy mala reconociendo las señales —dictaminó.
Quiso rebatir sus palabras, pero fue incapaz. Una tormenta de placer se formó en su vientre, lista para estallar por todo su cuerpo. Esta vez, Bogdam no se lo impidió. Tatiana tuvo un orgasmo para él, uno tan intenso que le nubló la vista y que hizo que su cuerpo se retorciese con la agonía más placentera que se podía experimentar. Y él le regaló la misma visión a ella. Culminó rudo, violento, como si le fuese la vida en ello. Dos lobos solitarios unidos por el instinto más primitivo.
Fue, simplemente, perfecto.
Cuando todo pasó, Tatiana se abrazó a Bogdam con fuerza, mientras acariciaba su mejilla con la suya, como si quisiese compensar en un minuto todos los años que se había privado de su contacto. Disfrutó de su cuerpo pesado y caliente sobre el suyo, del sonido de su respiración acelerada, de su olor masculino, uno que conocía muy bien.
Y luego, fue consciente de lo que acababa de ocurrir.
Exhaló, con la vista puesta en el techo.
Bogdam percibió el cambio en el ambiente y hundió la cabeza en su cuello.
—Deja de darle vueltas a la cabeza —rezongó, perezoso.
Tatiana se revolvió bajo el cuerpo de él.
—No sé qué acabamos de hacer —había culpabilidad bajo la frialdad con la que pronunció esas palabras.
—Acabamos de hacer que no vuelvas a tener pesadillas esta noche, nada más.
Tatiana puso los ojos en blanco.
—Hablo en serio.
—Yo también.
Tatiana experimentó un latigazo de miedo difícil de describir. Era miedo ante esa intensidad desmedida que acababa de sentir con Bogdam en un lapso tan corto de tiempo. Miedo a no saber manejar algo de semejante magnitud.
Él se apartó con cuidado, con un cuidado que no había tenido antes en ningún momento.
—Puede que esto haya sido un error —dijo, agobiada y un tanto frustrada consigo misma—. ¿Cómo haremos ahora para que todo vuelva a ser normal, eh?
Él la tomó de la mandíbula una vez más.
—Para de hablar —su tono fue tosco.
—No me des órdenes —le recriminó, nerviosa, como si recordarle la jerarquía que reinaba entre ellos la fuese a salvar del huracán de sentimientos.
—En la cama, lo haré si quiero —la informó.
Tatiana exhaló, mientras le obligaba a soltar su agarre. Se puso las manos sobre la cara por un momento, para tener un segundo de intimidad, o para esconderse, no tenía ni idea. Pero no sirvió de nada, así que las retiró.
—Se supone que eres mi subordinado. Hay unas reglas —recordó, más para sí misma que para él.
Bogdam entornó los ojos.
—Si follas conmigo, las normas se van a la mierda. —Él pasó la mano sobre uno de sus pechos y

lo apretó con fuerza. Luego, lo acarició. Su mirada inmutable se clavó en la suya.
La actitud dominante de Bogdam la hizo sentir una punzada de excitación. Definitivamente, imponía, para lo bueno y para lo malo.
—¿No te ha gustado, uhm? —Bogdam continuó con caricias en su pezón.
Aunque comenzaban a sentirse fuera de lugar, Tatiana se lo permitió.
—Sabes que sí.
—Pues deja de darle vueltas a la cabeza —repitió.
Tatiana claudicó.
—Sí —exhaló, resignada—. Es sólo que necesito que sigas siendo quién eres —sonó seria esta vez—. Eres mi hombre de confianza. No quiero que lo que acabamos de hacer enturbie eso.
—No lo hará.
Él respondió muy seguro de sí mismo, con ese tono áspero y glacial que Tatiana sabía que escondía muchas más emociones de las que se podían entrever.
No dudó de la profesionalidad de Bogdam. Puede que se hubiese dicho a sí misma durante demasiado tiempo que enredarse con él era un error, y que por eso ahora no fuese capaz de deshacerse de la sensación de haberse equivocado.
Tatiana luchó por contener las emociones mientras él jugueteaba con su pezón. Ambos se contemplaron en medio de la penumbra.
—Entonces, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó ella, a la vez que comenzaba a excitarse de nuevo. Bogdam era muy bueno con las manos.
—Que dormiremos juntos, por si tienes otra pesadilla —hubo un matiz sugerente en su respuesta y algo en su interior se sintió momentáneamente reconfortado.
Tatiana cerró los ojos y decidió que, por esa noche, se rendiría a sus instintos, a esos de los que renegaba desde que se convirtió en una adolescente que miraba a Bogdam con ojos inapropiados y que fantaseaba con que él fuese el primero en meterse entre sus piernas.
Llegaba tarde para eso. Pero llegaba, cosa que siempre creyó imposible.
—Está bien —cedió, mientras se acomodaba para abrazarle—. Como siempre, todo gira en torno a protegerme, ¿no? —una verdad inamovible.
—Siempre —dijo él, mientras apretaba su abrazo.

Capítulo 39

«Tras el vivir y el soñar, está lo que más importa: el despertar».

Antonio Machado

Tatiana se despertó sobresaltada. Se dio la vuelta en la cama y descubrió que estaba sola. No sabía qué hora era ni tampoco había ni rastro de Bogdam. El reloj de la mesilla se había detenido mucho tiempo atrás, pero entonces recordó que su reloj estaba de vuelta. Echó un vistazo a la esfera: eran las nueve y veinte de la mañana. Pasó unos minutos sin moverse y luego exhaló con desazón. Fue a echarse las manos a la cabeza, pero no tenía ganas de sacar los brazos de debajo del edredón.

Los recuerdos de la noche anterior fueron devastadores: Bogdam y ella compartiendo sexo desesperado sobre la cama revuelta, esos besos que la hicieron rozar la locura, ella dormida entre sus brazos… Habían dinamitado su relación o, al menos, su relación tal y como la conocían hasta ese momento. Por todo lo alto, eso sí.

Tras su rápido e intenso encuentro, ella no volvió a tener pesadillas. Tatiana se quedó dormida abrazada a él y las pocas horas de sueño que había compartido con Bogdam fueron muy reconfortantes.

No sabía qué actitud tendría él cuando se reencontrasen. Ahora estaba frente a un terreno inexplorado, uno que intuía abrupto e imprevisible. La relación entre ellos siempre había sido sobria, contenida. Lo ocurrido la noche anterior había hecho estallar todo eso, y ahora no tenía muy claro qué iba a encontrar entre los vestigios del desastre.

No tenía ningún sentido alargar la situación. Iba a bajar al salón e iba a enfrentar lo ocurrido.

Recogió el pijama olvidado en el suelo y se vistió. No tenía ropa, más allá de la que él le había proporcionado, pero ese era el menor de sus problemas. Desayunaría, hablaría con él y después, se daría una ducha para eliminar las pruebas del delito. Seguro que Bogdam tenía más pijamas como ese para prestarle, o tal vez pudiesen salir a comprar uno nuevo. Pero lo primero era aclarar la situación, ver en qué punto se encontraban después de lo que habían hecho.

Bajó por las escaleras con el sabor de la culpa en la boca. Puede que, si se hubiese mostrado firme, si le hubiese dicho que no a tiempo, no estarían en esa situación incómoda en ese momento. Le encontró en la cocina, preparando el desayuno. Él llevaba una camiseta de tirantes y le impactó descubrir algunos tatuajes nuevos sobre su espalda. Estos habían aumentado considerablemente en número desde la última vez que Tatiana le había visto sin ropa, varios años atrás. La noche anterior, en medio de la oscuridad, fue incapaz de prestar atención a esos detalles.

—Buenos días —dijo él con su voz rota, sin darse la vuelta. No necesitaba hacerlo para reparar en su presencia—. ¿Has descansado?

Una pregunta que sonó impersonal, aunque en realidad no lo era.

Tatiana accedió al interior y se acercó un poco para ver lo que tenía en la sartén.

—Sí, he descansado.

Bogdam estaba preparando unos *blinís*. A un lado había un bol con yogur junto a un tarro de miel. Él había salido a comprar y ella no se había enterado de nada. Estaba demasiado dormida

como para darse cuenta. Bogdam movió la sartén con soltura para que la masa no se quedase pegada, mientras empujaba el borde del *bliní* con una pala de madera. Sus movimientos eran experimentados, así que dedujo que acostumbraba a cocinar. Esa imagen no casaba con la idea que tenía de él, pero lo cierto era que no sabía a qué se dedicaba Bogdam en su escaso tiempo libre.

—Hay café allí. —Él hizo una señal con la cabeza.

Tatiana divisó la cafetera y fue directa hacia ella. Abrió varias puertas del armario de la cocina hasta que dio con el que contenía los vasos.

—¿Quieres uno? —dijo, sin mucha emoción.

—Sí.

Alargó la mano y cogió dos vasos de cristal. El ambiente era jodidamente extraño, como ya imaginaba. Vertió café en los dos, con cuidado de no quemarse. Ella lo tomaba con leche. Bogdam, solo. Paseó la vista por la encimera y encontró una jarra caliente, así que añadió un poco a su café y luego le agregó azúcar de un azucarero antiguo. Al suyo, dos cucharadas, y al de Bogdam, una.

Aunque siempre había tenido la sensación de no saber nada de él, Tatiana le conocía en muchos detalles cotidianos. Sabía cómo le gustaba el café, y lo íntimo de ese hecho provocaba vértigo. Yun también sabía cómo lo tomaba ella y, sin embargo, en su caso se sentía perturbador, pues no era, ni más ni menos, que el resultado de una intromisión en su intimidad. Bogdam y ella habían tomado muchos cafés juntos antes de memorizar ese dato tan cotidiano y eso era lo que cambiaba el matiz de la situación.

Cogió el vaso y se dio la vuelta.

—Aquí tienes. —Lo colocó al lado de donde él cocinaba.

Por primera vez, Bogdam clavó sus ojos en los suyos y, para su disgusto, Tatiana apartó la mirada. Se sentía contrariada y también un poco avergonzada. Haber compartido su cuerpo con él de esa manera la hacía sentir expuesta. Ahora, no podía mirar sus manos sin recordar cómo acariciaban sus pezones la noche anterior, cómo agarraban su cintura con fuerza sexual. Y, como cierre a esa mezcla de emociones indeseables, la palabra «traidora» aparecía en su cabeza cuando pensaba en Yun. Ella nunca le había sido infiel a ningún hombre, pero era justo así como se sentía en ese momento.

Bogdam percibió su conflicto, pues a él nada le pasaba desapercibido. Le dio la vuelta a la sartén sobre el plato donde descansaban los *blinís* para dejar el que acababa de cocinar con los demás. Después, la devolvió a su lugar y apagó el fuego. El desayuno estaba listo, pero Bogdam tenía otra idea en mente. Se colocó delante de ella y la acorraló contra la encimera.

—¿Qué pasa? —preguntó. La escudriñó con su mirada inexpresiva.

—Nada —mintió, sin quitar los ojos de los suyos y contrariada por el giro de los acontecimientos.

Él cogió aire, despacio.

—Te conozco bien, Tatiana. —Una verdad indiscutible—. Tienes dudas, ¿es eso? No sabes si estamos haciendo lo correcto.

Era mucho más que eso, pero en ese momento no estaba dispuesta a darle poder a ninguno de los pensamientos que le rondaban la cabeza. Y ponerles palabras a todos ellos era darles poder.

Tan cerca, él emanaba peligro y eso activó sus alarmas de supervivencia una vez más, como ya había ocurrido en varias ocasiones desde su reencuentro, más ahora que los muros entre ellos se habían dinamitado. Sabía que con nadie podía estar más segura en todo el maldito mundo que con él, y ahora también sabía que esa reacción de su cuerpo a causa de esa aura peligrosa, la

excitaba.
Maldito fuese Bogdam.
—No, está todo bien —pronunció, firme. Y sonó creíble, para cualquiera que no fuese Bogdam.
Él se acercó un poco más y sus cuerpos casi se tocaron. Bajó la cabeza para buscar su mirada.
—No te preocupes. Voy a despejar tus dudas, ¿uhm?
Colocó una mano sobre su cintura para inmovilizarla y dejarla sin escapatoria posible. Con la otra, comenzó a acariciar la piel de su vientre por debajo de la camisa del pijama, sin quitarle los ojos de encima.
Su mirada era fría, pero sus caricias la hicieron entrar en calor muy rápido.
Él dio un paso más, más cerca, sus cuerpos más juntos. No podía creer que estuviese volviendo a pasar.
Tatiana agarró la muñeca de Bogdam justo en el momento en el que iba a introducirle los dedos dentro de la ropa interior.
—Para. —Sus palabras eran claras, pero su expresión las contradecía.
—No voy a parar —respondió, tajante.
Continuó con su camino, dejando una marca invisible sobre la piel que recorría. Cuando las yemas de sus dedos alcanzaron su clítoris, comenzaron a moverse con delicadeza en una caricia erótica que disparó una oleada de fuego por sus venas.
Tatiana jadeó en un susurro mientras él la observaba con esa mirada dominante y ambiciosa que ya había visto la noche anterior.
Deslizó dos dedos hacia su interior. Ella empezaba a estar mojada y resbaladiza y eso le facilitó mucho la tarea. Comenzó a mover la mano con una habilidad tal que la hizo recordar lo odiosamente diestro que era Bogdam en todo.
Y entonces, las dudas se esfumaron de su cabeza y sólo se dejó llevar.
Tatiana cerró los ojos y él la besó. Un beso con el que atrapó su labio inferior, sin dejar de mover la mano dentro y fuera de su cuerpo. Y ella disfrutó de cada roce como si Bogdam nunca la fuese a tocar otra vez, como si ese acto prohibido entre ellos no fuese a ocurrir nunca más.
Cuando sus gemidos fueron a más, él sacó la mano y la aupó para sentarla sobre la encimera. Tatiana se aferró a sus hombros para no perder el equilibrio y, al igual que la noche anterior, Bogdam le quitó los pantalones del pijama a tirones. Estos cayeron al suelo, olvidados, junto con la ropa interior, mientras que él se bajaba un poco los suyos para liberar una erección que Tatiana contempló con anticipación.
Bogdam era impaciente y eso le gustaba. Aunque los preliminares estaban bien, ella también sentía ese ansia desesperada que a él le llevaba a actuar con tanta prisa, como si el mundo estuviese a punto de llegar a su fin.
Él se clavó en su interior de dos empujones y luego comenzó a embestirla contra la encimera. Esos primeros segundos en los que su cuerpo le acogió fueron frenéticos. Luego, cuando sus músculos se adaptaron a él, Tatiana se abandonó al placer que le hacía sentir cada centímetro de Bogdam dentro de ella. Luchó por atraparle cada vez que la llenaba al completo, y él escapaba de nuevo, para regresar a su interior con más fuerza un instante después.
Bogdam la agarró del pelo de la nuca.
—¿Te gusta? —dijo con voz áspera, fatigado por el sexo.
Tatiana alargó el momento, mientras se contemplaban, ebrios de placer.
—Sí. —Se humedeció los labios y colocó las manos sobre su culo—. Hazlo más fuerte —le exigió.
Bogdam no obedeció y eso fue extraño. No había nadie en el mundo más dócil que él, pues

acataba cada orden, cumplía con cada demanda, estuviese o no de acuerdo con ella. Tatiana no se conformó y clavó los dedos en su culo una vez más para forzarle a subir el ritmo.
—He dicho que lo quiero más fuerte —le susurró, con un toque de advertencia propio de ella.
En un giro de los acontecimientos, él salió de su interior y la observó con esos ojos verdes que deberían estar prohibidos. Tatiana se sintió abandonada. Temió haber estropeado el momento por ser más exigente de lo que él estaba dispuesto a soportar.
Pero Bogdam era duro, un hombre difícil de desalentar, y no tardó en descubrir que esa pausa sólo había sido para medirla, para tantear sus intenciones. Tiró de su brazo y la hizo bajarse de allí y luego, con las manos sobre sus caderas, le dio la vuelta y la empujó hacia delante.
Con una mano sobre su espalda, la obligó a tumbar el torso sobre la superficie. Con la otra, dirigió de nuevo su erección a su interior.
Y, entonces, Bogdam fue muy obediente e hizo justo lo que ella le había ordenado.
Comenzó a penetrarla con fuerza, salvaje, y Tatiana sintió cómo el placer empezaba a mezclarse con un dolor sutil. Adoró cada segundo de esa sensación contradictoria, de ese contraste mágico. Trató de aferrarse con las uñas a los azulejos de la encimera, para no perder el punto de apoyo, pues creyó que él, en medio de esa locura sexual, había perdido el control. Pretendió darse la vuelta para mirarle, pero Bogdam colocó una mano sobre su cabeza y la obligó a quedarse en su lugar. Eso la excitó y la enfureció a partes iguales y el placer se multiplicó por mil.
El orgasmo llegó de forma inesperada y fue demoledor. La llevó hasta el cielo, hasta el maldito plano astral, hasta las estrellas. Y luego la trajo de vuelta al mundo en una bajada que consumió todas sus energías.
Dejó de ser por un instante.
Y luego, un tiempo indeterminado después, volvió en sí.
Abrió los ojos e hizo un esfuerzo por recuperar el aliento. Bogdam ya no estaba en su interior y ni siquiera había sido consciente de cuándo había salido de su cuerpo. Quería darse la vuelta para buscar sus ojos verdes, pero era incapaz de moverse. En ese momento sólo podía luchar por respirar, por volver a la vida, después de que Bogdam se la hubiese arrebatado de forma temporal con ese orgasmo apoteósico.
Bogdam le ahorró la lucha contra sus músculos exhaustos, pues la levantó y le dio la vuelta. Luego, la abrazó. Un abrazo que ella devolvió a duras penas.
—Casi me matas. —Tatiana descansó la mejilla sobre su torso, todavía fatigada.
Ese había sido el sexo más intenso que había tenido en toda su jodida vida.
—Me dedico a eso —bromeó, en ese tono plano que tanto le caracterizaba.
—Seguro que pagan mucho por mi cabeza.
—No sabría en qué gastarme el dinero —una declaración demasiado sincera.
En la organización le pagaban muy bien, pero Bogdam no era alguien con muchas pretensiones materiales.
Tatiana se apartó y le miró a los ojos. Las dudas seguían ahí, pero el sentimiento de incomodidad ya no estaba. Bajó la mirada y contempló los tatuajes que asomaban en su pecho, por encima de la camiseta. La levantó con cuidado. Allí también tenía más tatuajes nuevos.
—¿Cuándo te has hecho este? —dijo, todavía fatigada, mientras acariciaba la imagen de un gato negro sobre sus costillas derechas, justo al lado de la imagen de la muerte tatuada con sombras muy bien ejecutadas. Todos los tatuajes estaban unidos por líneas geométricas que no supo hasta qué punto eran al azar.
—Hace un par de años —respondió.
Repasó su piel en busca de más cambios. La última vez que le vio sin camiseta fue para coserle

un navajazo en el costado, cuya cicatriz había curado muy bien. Por aquel entonces ella ya cursaba la especialidad de cirugía, así que le hizo un buen trabajo. Al lado del ombligo descubrió la cicatriz de un corte más profundo, uno que ella no había suturado y que era más reciente.
Quería saber qué le había pasado. Quería saberlo todo de él, aunque eso fuese su propia condena.
Repasó la marca con los dedos y luego continuó descendiendo por su piel. Bogdam se había colocado los pantalones negros de deporte en su lugar, pero el inicio de otro tatuaje asomaba en el borde, donde comenzaba la goma. Uno que no había visto la noche anterior.
Los bajó un poco sin pedir permiso, pues llegados a ese punto, las formalidades sobraban. Al hacerlo, descubrió una mirada felina y oscura tatuada justo en la línea de la ropa interior, un poco más arriba de su pene.
—¿Es una… pantera? —contempló la precisión con la que estaban tatuados esos ojos salvajes.
—Sí —él la miraba fijamente, mientras acariciaba uno de sus pechos sobre la tela de la camisa del pijama.
Al parecer, Bogdam era más atrevido de lo que creía, y más provocador, también. Y mucho más sexual de lo que jamás hubiese imaginado. Siempre sobrio, siempre contenido, cuando en realidad era como un volcán en erupción.
Esa cercanía tan íntima la asustó y el instinto de huir volvió a escena.
—Voy a ducharme —intentó escapar antes de que las dudas regresasen, o antes de excitarse de nuevo, cosa que no era difícil dada la manera que él tenía de tocarla.
—Se va a enfriar el desayuno —dijo, en tono quedo—. Vístete y te duchas después.
Más que una sugerencia, sonó como una orden, y a Tatiana le molestó.
—No deberías darme órdenes —le recordó, suave, pero con una mirada retadora.
Él bajó su mano, con cuidado.
—No estamos trabajando. —Le apretó un pecho y se fue a servir el desayuno.
Ella no pudo rebatir su respuesta, a pesar de que sabía que Bogdam siempre estaba trabajando. Una parte de él nunca dejaba de estar alerta.
Tatiana se tomó unos segundos para centrarse. Cogió sus pantalones del suelo, que seguían unidos a su ropa interior, y se vistió. Luego, tomó asiento en la mesa. Bogdam le puso delante un plato con *blinís*, yogur con miel, y unos trozos de manzana.
—Bogdam, necesito que hablemos en serio. —Él colocó el café con leche olvidado delante de ella—. Te necesito como mi hombre que eres, te necesito más que nunca para pelear en Moscú. —Hizo una pausa en la que apretó los labios, tratando de enfocar la situación. Tenía un cacao mental muy grave—. Hemos atravesado algunas líneas hoy, y ayer, pero quiero que no se difuminen cuando llegue el momento de retomar nuestras responsabilidades, porque si se difuminan, no estarás todo lo centrado que tienes que estar cuando las cosas se pongan difíciles. Ni yo tampoco.
Bogdam tomó asiento frente a ella, con su plato en una mano y su café en otra.
—Tengo muy claras las líneas, Tatiana —dijo, con tranquilidad, mientras depositaba la comida delante de él—. Llevas toda la vida dejándome muy claro dónde están.
Tatiana se tragó sus palabras. Bogdam no podía tener más razón.
Se pasó los dedos por la ceja, pensativa. Siempre había mantenido las distancias con él porque eso era lo que debía hacer. Bogdam no dejaba de ser una herramienta, y encontrar el equilibrio entre eso y las relaciones personales se le antojaba imposible. Si se pasaban de la raya, si daban rienda suelta a lo suyo, todo se complicaría. Porque, ¿cómo iba a enviarle a una misión peligrosa si tenía la certeza de que la vida se acabaría para ella si él dejaba de existir? Enamorarse de un sicario era muy mala elección. Mucho peor si ese sicario era el mejor del que disponía y el único

que podía ayudarla a lograr sus objetivos.
Tatiana apretó los ojos para disipar todas esas dudas de su cabeza y después tomó los cubiertos para comerse el desayuno. Probó un bocado y le supo a gloria. Esos *blinís* estaban deliciosos y se preguntó si había algo que Bogdam hiciese mal.
—¿Quieres salir conmigo a comprar? He ido hace un rato, pero sólo he cogido algunas cosas rápidas —él sonó desinteresado, pero era evidente que tenía ganas de que le acompañase—. Y es más seguro que estés conmigo —añadió.
—Por supuesto.
Ya había rechazado demasiado su compañía y no volvería a hacerlo nunca más.

Capítulo 40

«La verdad puede ocultarse, pero no extinguirse».

Frank Lloyd Wright

Bogdam observó cómo Tatiana se perdía en el pasillo de la ropa femenina. Se cruzó de brazos y se apoyó en una de las paredes mientras la contemplaba en silencio, desde la distancia. Allí no iba a encontrar nada que encajase con su estilo, con lo que ella estaba acostumbrada a usar, pero no quería que pasase los días vestida con sus camisetas o con los antiguos pijamas de su hermana.

Tatiana sacó una percha de la que colgaban unos pantalones vaqueros y luego siguió adelante. Escogió varias prendas más y fue directa al probador que había al fondo del establecimiento. Él se quedó por la zona, con los ojos puestos en todas partes.

Vorkutá era un lugar seguro. Durante el trayecto, había tomado los desvíos necesarios para cerciorarse de que nadie los seguía. El último tramo lo habían hecho en tren desde Pechora, ya que esa era la única forma de llegar hasta allí, además del avión. El vagón que ocupaban iba vacío, así que era prácticamente imposible que alguien supiese que se habían apeado en la estación de Vorkutá.

Nadie buscaría a Tatiana allí, en el culo de Rusia. Pero nunca se podía dar nada por sentado, y por eso no dejó de estudiar con mirada atenta a todos y cada uno de los clientes que se encontraban esa mañana en la tienda del pequeño centro comercial.

Ella no tardó mucho en salir del probador. Le hizo un gesto que fue inequívoco para indicarle que ya había terminado, uno que le había hecho muchas veces, cuando la protegía, cuando la acompañaba a algún lugar. Le pareció que estaba más guapa que nunca, a pesar de que no llevaba maquillaje alguno, tenía el pelo recogido y vestía con la ropa de deporte que él le había prestado.

Bogdam la había visto sin maquillaje en multitud de ocasiones porque Tatiana nunca había tenido reparos en mostrarse como era frente a él. Puede que por eso fuese de las pocas personas que sabía que ella era mucho más hermosa cuando no se escondía detrás de esa máscara ficticia formada a base de productos cosméticos, y de ese labial rojo que siempre usaba, el que destacaba sus dientes blancos y con el que lograba desviar la atención de su mirada.

Para Bogdam, la mejor versión de Tatiana era la natural, sin artificios, esa en la que sus ojos grises e inteligentes le robaban el protagonismo a todo lo demás. Una versión que muy poca gente veía, a diferencia de él. Él estaba al otro lado de esa pared que la separaba del mundo. Y es que, aunque ella se esforzase en mantenerle al margen de su vida privada, él llevaba mucho tiempo dentro. Y justo ahí quería estar.

Bogdam se unió a ella y caminaron juntos hasta la caja del establecimiento. Pagó las prendas con dinero en efectivo. No había escogido muchas. El pantalón vaquero que la vio sacar del perchero, dos camisetas básicas de color blanco, una blusa de color azul claro, un jersey de cuello vuelto y algo de ropa interior.

—¿No quieres coger nada más? —le preguntó, mientras la miraba de reojo.

—No, no será necesario.

Tatiana no quería quedarse allí por mucho tiempo, pero él no estaba abierto a negociar su regreso a la ciudad. Había pasado esos condenados dos meses muriendo por dentro ante la idea de no encontrarla jamás, o peor aún, de que se la hubiesen cargado. No estaba dispuesto a colocarla en medio de un escenario tan hostil y poco le importaba si ella era su jefa o si su determinación le acarreaba una disputa. Él mismo había comprobado con sus propios ojos hasta dónde llegaba la inestabilidad en Moscú y sabía lo que implicaría que se detectase la presencia de Tatiana allí.
Ahora, la tesitura era muy delicada. Los chinos la estarían buscando y la noticia de que era libre habría llegado a oídos de Kostya y de su séquito, por lo que los conflictos se habrían recrudecido en la ciudad. Todos querrían llevarse el reconocimiento de haber capturado a la líder, o de haberla matado, en el mejor de los casos. Él no iba a permitir que corriera ninguno de esos riesgos. Cuando pasase un tiempo prudencial y todos esos desgraciados dejasen de pensar en ella, entonces regresarían. Pero antes, no, y le daba igual enfrentar a Tatiana con tal de mantener su postura.
Bogdam cogió la bolsa de cartón que contenía la ropa y ambos salieron de la tienda. La temperatura durante el día era más soportable en Vorkutá y la luz diurna era una ventaja para él a la hora de controlar el perímetro, de asegurarse de que nadie los siguiese.
—¿Podemos comprar tabaco en alguna parte? —su pregunta iba cargada de nerviosismo, de ansiedad por fumar.
—¿No lo dejaste porque envejecía la piel? —dijo, sólo por fastidiar, con los ojos puestos en el entorno. Nunca le había gustado que Tatiana fumase.
No le hizo falta mirarla para saber que ella había puesto esa cara de fastidio arrogante que tan bien conocía. No llevaba muy bien que la cuestionasen.
—Entonces no me apetecía morir de un cáncer de pulmón —respondió, desdeñosa—, pero ahora que he comprobado que es más fácil que me muera de cualquier otra cosa, ya me da igual.
Bogdam no pudo negar sus palabras. En vista de las circunstancias, era una suerte que continuase con vida.
—Mientras no fumes dentro de mi casa, me parece bien.
Él odiaba el olor a tabaco, aunque no era algo que mencionase a menudo. En realidad, no solía mencionar demasiadas cosas. Hablar no cambiaba nada con la mayoría de las personas con las que se relacionaba, personas que articulaban palabras y mantenían conversaciones como cualquiera, pero que en su esencia no se diferenciaban mucho de los animales. Casi todos se guiaban por sus instintos más bajos y por eso eran fáciles de comprar, fáciles de manipular. Lo único que hacía falta era saber dónde residía su debilidad, esa cosa a la que nunca podían decir que no. La mayoría sucumbía al dinero, porque con eso se compraba todo. Otros, a las mujeres o a las drogas. Todos funcionaban bien bajo distintas monedas de cambio pero, en ninguno de los casos, a la hora de la verdad, las palabras servían de mucho. Por eso, estaba acostumbrado a inhalar el humo del tabaco de los demás, de brazos cruzados, sabedor de que sus gustos al respecto eran algo que a nadie le importaba.
—Fumaré fuera —confirmó ella, mientras se colocaba con cuidado las gafas de sol que él le había prestado.
Bogdam asintió, conforme. Tatiana era diferente a la mayoría de las personas que conocía y que había conocido a lo largo de su vida, y era de las pocas a las que de verdad le importaba una nimiedad como que a él le molestase el humo del tabaco.
Ella compró dos paquetes y un mechero pequeño en el estanco cercano a la oficina de correos, y luego su intención fue fumarse uno nada más salir por la puerta. Abrió el precinto de la cajetilla de tabaco con manos nerviosas y sacó uno con rapidez. Se lo encendió y dio una calada profunda

que hizo que sus hombros se relajasen al instante.
Algo no estaba bien con ella. Tatiana siempre había manejado muy mal los sentimientos, y ahora Bogdam tenía la sensación de que estos explosionaban en su interior como una bala defectuosa que detonaba donde no debía. Sabía que no era por él, sino por algo mucho más intrincado y de lo que ella se negaba a hablar. Estaba intranquila y no sólo era por Moscú. Tal vez hubiese otro hombre en su vida, uno del que él nunca había tenido noticias, y que sus recientes encuentros sexuales perturbasen esa relación pasada. No era una suposición tan extraña. Al fin y al cabo, Bogdam no siempre la acompañaba cuando salía de la mansión. Para los asuntos menores, Tatiana se movía con Nikita, y ahora se preguntaba si tal vez no se veía con alguien en esas ocasiones.
Algo en su interior se oscureció de forma repentina.
No era un hombre celoso o, al menos, no lo era hasta ese preciso instante.
Aun así, el asunto no le preocupaba en exceso. No lo hacía porque él era consciente de la fuerza que tenía el vínculo invisible que los unía a Tatiana y a él desde niños. Nadie podía romper eso, ni siquiera las inseguridades de ella, ni mucho menos otro hombre.
Tatiana dio una segunda calada antes de ponerse en marcha. Bogdam percibió el instante exacto en el que se le torció el gesto y se preguntó, una vez más, qué cojones le había pasado durante el tiempo que había estado secuestrada. No hablaba de ello y él no tenía en mente presionar. Tarde o temprano, se lo contaría, y entonces él estaría ahí para escucharla, como lo había estado siempre.
—Volvamos a casa. —Tatiana echó a andar con cierto aire apático.
Definitivamente, algo iba mal, y sólo era cuestión de tiempo que descubriese el qué.

Capítulo 41

«La venganza es el manjar más sabroso condimentado en el infierno».

Walter Scott

Tatiana bajó al salón cuando ya había caído la noche. Apenas eran las cinco de la tarde, pero en Vorkutá los días eran muy cortos. La sensación de despertar en medio de la oscuridad era extraña y deseó no tener que acostumbrarse a ello. Se había ido a dormir después de almorzar, cuando el cansancio le había impedido continuar viendo la televisión que Bogdam había logrado hacer funcionar una hora antes. Las noticias hablaban de Moscú y de la tregua que reinaba en la capital. Una falsa tregua que estaba segura de que no respondía a otra cosa que no fuese la gestación de estrategias por parte de ambos bandos. La calma antes de la tormenta, otra tormenta más.

Algo tan cotidiano como estar informada a través de las noticias, estar conectada con el mundo y con lo que ocurría en su ciudad, le provocó sentimientos muy dispares que bailaban entre el vértigo y la furia. Debía acostumbrarse de nuevo al bombardeo de información y prepararse para mover los primeros hilos antes de su regreso.

Cuando llegó abajo, Bogdam añadía leña a la chimenea, iluminado por el fuego y por la luz cálida y tenue de la lámpara de pie que había en una de las esquinas del salón.

—Hola —dijo Tatiana, mientras caminaba hacia el sofá y se acomodaba en él.

—Hola —él añadió un leño al fuego, que ya comenzaba a arder con fuerza—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. —Esa siesta había ayudado con la falta de horas de sueño de la noche anterior, las cuales, irónicamente, eran culpa de él.

Cuando terminó con la chimenea, Bogdam la observó con esa mirada peligrosa y letal de la que casi siempre hacía gala, incluso cuando se desenvolvía en un ambiente tan íntimo como el que compartían ahora. Aunque él a veces mostrase una faceta más distendida, como cuando tenían sexo o acababan de tenerlo, Bogdam no podía librarse de lo que era en realidad: un asesino bien entrenado que hacía muy bien su trabajo, un hombre que se había visto obligado a pasar la mayor parte de su vida en escenarios de crueldad y violencia.

En el fondo de sus ojos, Tatiana pudo entrever muchos otros sentimientos, pero todavía estaba muy lejos de ser capaz de descifrarlos todos. La distancia emocional que se había autoimpuesto con él la había impedido ahondar en sus emociones, en su humanidad, una que sabía que conservaba a pesar de las circunstancias. Por eso, ahora le contemplaba con un regusto amargo de frustración y culpa.

—¿Quieres café? —Bogdam la estudió mientras hacía la pregunta.

Sabía que estaba nerviosa. Bogdam era mejor leyendo su estado de ánimo. Tal vez porque, a lo largo de todos esos años, él no se había censurado como lo había hecho ella.

—Sí, gracias.

Tenía que hablar con él y no sabía cómo encarar la conversación.

Quería regresar a Moscú, pero estaba segura de que Bogdam no le pondría las cosas fáciles para hacerlo. No le culpaba. Ella tampoco tenía ganas de que él se metiese en la boca del lobo y de

que corriese el riesgo de morir. Si no lo había hecho en el accidente, el día de la revuelta, no estaba dispuesta a permitir que lo hiciese ahora.
Pero ella era la líder de la mafia y él, su sicario, su hombre de confianza. No podían ocultarse allí, en los confines de Rusia, durante toda la eternidad. Tenían que regresar, y tenían que hacerlo con un plan que les garantizase recuperar lo que era suyo. Y justo para eso, Tatiana jugaría algunas cartas primero, desde Vorkutá. Si sus hermanos se habían contenido de atacar con dureza por miedo a que Kostya la tuviese a ella en su poder, ahora ese impedimento ya no existía. Tatiana era libre y no tenía sentido dejar correr las agujas del reloj. Debía volver para dar el golpe de gracia.
Bogdam regresó unos minutos más tarde con una taza de café humeante en la mano. Se la tendió con cuidado y luego tomó asiento a su lado, en el sofá. Se recostó con cierta gracia animal y quedó de cara a ella.
—¿Quieres que…
—Bogdam, tenemos que hablar. —Cuanto antes atajase el tema, mejor.
Bogdam no cambió su expresión. Tan sólo la contempló con esa inacción habitual que tan bien sabía manejar, esa que tan útil le resultaba cuando quería entender a la perfección la situación que tenía delante.
—¿De qué? —pronunció, con un tono neutral que no casó con el halo de frialdad que reflejaba su mirada.
—De Moscú. —Tatiana dio un pequeño trago a su café.
La cantidad de leche era justo como a ella le gustaba. Disfrutó del sabor antes de continuar.
—Voy a volver y no quiero discusiones al respecto —anunció.
El semblante de Bogdam se endureció de forma sutil, aunque no dijo nada. Sabía que ella no había terminado de hablar y, para tratarse de un chiquillo que había salido de las peores calles de la ciudad, era bastante educado.
—Pero primero tienes que ayudarme a ponerme en contacto con algunas personas —continuó—, sin que haya riesgo de que rastreen las llamadas. ¿Puedes hacer eso desde aquí?
Bogdam le sostuvo la mirada durante unos instantes en los que Tatiana creyó que no iba a acceder a su petición. Eso habría sido catastrófico, pues si algo la aterraba era la idea de que su desliz sexual interfiriese en su relación laboral. Aunque odiase reconocerlo, Bogdam era su mejor hombre, y no podía permitirse perderle en esa faceta.
Por suerte, él accedió.
—Sí, puedo hacerlo —confirmó—. ¿Con quién quieres hablar?
—Con los dueños de algunos negocios de los distritos que hemos perdido. Con gente que creo que estará receptiva.
Eso le pilló por sorpresa. Bogdam entrecerró los ojos y esta vez sí pudo percibir incredulidad en ellos. Pero, de nuevo, no dijo nada.
—¿Qué distritos maneja Kostya ahora? —quiso saber Tatiana. Necesitaba tener claro primero quién había quedado atrapado en el lado equivocado.
—Arbat, Krasnoselski, Taganski y Presnénski. Aleksei recuperó Zamoskvoréchie y Jamóvniki es neutral porque a Sergei le han dado la espalda sus propios hombres.
Tatiana levantó las cejas.
—Claro. Por el fiscal —concluyó.
—Sí, por Alexander Voribiov —mencionó Bogdam—. La seguridad de su barrio dependía de nuestros hombres, y estos pasaron a manos de Kostya cuando se quedó con el distrito.
—También era uno de los mejores amigos de mi padre —recordó—. Y la gente como él no

cambia de bando —dijo, más para ella misma que otra cosa—. Entonces, ¿ahora van por libre?
—Lo último que averiguó Viktor es que el fiscal y algunos residentes más de la zona son quienes pagan ahora a nuestros hombres, así que se podría decir que, técnicamente, ahora son sus hombres.
Tatiana exhaló.
—No se les puede culpar. A gente como Alexander Voribiov no le interesa que las balas crucen por su jardín. ¿Y Boris, de Taganski? Tenías buena relación con él, seguro que conoces sus puntos flacos.
—Kostya le mató, y según nos informó uno de los comerciantes de la zona, ahora el cabecilla allí es Pashenka.
—Pashenka —susurró Tatiana, pensativa. No caía en la cuenta.
—El único Pashenka en el que pensarías si tuvieses que poner a un inútil al mando de Taganski.
Tatiana miró a Bogdam con cara de circunstancias y luego cerró los ojos mientras se sujetaba el puente de la nariz con los dedos. No tenía muy claro cómo Kostya podía conservar un pedazo tan suculento del corazón de Moscú cuando demostraba una capacidad tan pobre para la toma de decisiones.
Bueno, en realidad, sí que lo sabía. El dinero de Yun le había permitido comprar mucha carne de cañón, y llevaría un tiempo acabar con toda ella antes de poder recuperar la ciudad.
—Hablaré con algunos empresarios de Arbat y de Prenensky. Ruslan siempre ha sido muy poco previsor, así que no contará con que nadie se ponga en contacto con ellos. ¿Y el distrito oriental?
Ellos manejaban parte de la industria de la zona y Kostya no estaba lo suficientemente puesto en esos asuntos como para haber tomado el mando de los negocios allí.
—Maxim se ha encargado de mantener la calma. Los *CEO* de Sinintez y Biokil se reunieron con él la semana pasada. Hubo disturbios en el barrio de Novokosino, pero nada de especial importancia.
El tono plano de Bogdam y la tranquilidad con la que manejaba la información la distrajeron por un instante. Contempló sus ojos verdes y se preguntó cómo había tardado tanto en aceptar que sus sentimientos hacia él nunca desaparecerían.
Tatiana carraspeó y le dio un trago a su taza de café antes de hablar.
—Llamaré a Jurgen para tantear la situación. Nunca ha sentido especial simpatía hacia Kostya, así que no veo difícil convencerle para que juegue a dos bandas por un tiempo. Hay mucho movimiento de drogas en su distrito y no quiero que ese dinero siga entrando a las arcas de los traidores.
—Es arriesgado —mencionó Bogdam.
—No tanto como parece. No me expondré más de lo necesario. Luego, hablaremos con Viktor y Aleksei para planificar el ataque definitivo y volveremos a Moscú para ejecutarlo.
Aunque no llevase mucho tiempo como líder, Tatiana sabía muchas cosas. Ella hablaba con mucha gente, escuchaba cuando todo el mundo creía que no lo hacía, y nunca pasaba por alto ningún detalle, pues ahí era donde se veían las verdaderas simpatías y lealtades dentro de la organización. Llegada la hora de la verdad, no era difícil intuir a qué lado de la línea se situaría cada persona.
—¿Cuándo quieres volver? —Bogdam por fin hizo la pregunta que Tatiana sabía que haría.
—En un par de días. A lo sumo, tres.
—Eso es muy pronto —apreció—. Deja que hable con Aleksei y con Viktor primero y entonces escogeremos una fecha.
Tatiana puso cara de circunstancias. Trató de mostrarse pacífica, pero lo cierto era que llevaba

muy mal que sus decisiones tuviesen que ser aprobadas por otras personas.
—Primero hay que saber cómo de peligroso es Moscú —argumentó Bogdam, calmado—. No vas a entrar allí si tengo algún indicio de que los chinos te están buscando o si Kostya está rastreando la ciudad. Necesitamos esperar unas semanas, que se olviden de ti primero. Ese tiempo nos vendrá bien para organizar el ataque. No podemos llegar allí sin que todo esté muy bien planificado antes.
Tatiana se quedó en silencio, con los ojos muy fijos en los de él. Todo se resumía en que Bogdam no quería que ella corriese ningún tipo de peligro. Entendía sus motivaciones, pues ella tenía las mismas para dejarle a él fuera de las zonas críticas. Ya ideaba un plan para mantener a Bogdam distraído, ocupado en dirigir el espionaje desde la mansión y que así no pudiese ser el blanco de nadie. ¿Cómo podía culparle entonces de querer mantenerla fuera de Moscú?
—No podemos esperar —rebatió—. Da igual que me busquen, Bogdam. Cuando lleguemos a la ciudad, será para reducirlo todo a cenizas. Unas semanas son demasiado tiempo.
Él le lanzó una mirada acusadora. En el fondo, Tatiana tenía razón. Estaba bien que hubiesen huido a Vorkutá para sacarla del tablero de juego durante los primeros días, los cuales serían convulsos en todos los aspectos. Pero la realidad era que cuanto antes asestasen el golpe definitivo, mejor. Que los chinos la buscasen o no era algo completamente secundario.
Al menos, en cuanto a estrategia se refería. A nivel emocional era otro tema.
Tatiana no tenía ni idea de si Yun había revuelto la ciudad para dar con ella o no, pero que Bogdam no contase con evidencias sólidas de ello sólo podía significar dos cosas: o bien Yun la buscaba muy bien, de forma encubierta o, simplemente, no la buscaba.
La idea de que hubiese desistido de su plan, de que la hubiese relegado al pasado, fue demoledora. Tenía la sensación de que habían quedado muchos asuntos pendientes entre ellos dos, asuntos que nunca se resolverían, y eso se sentía injusto de alguna manera. Pero no era estúpida y de ninguna forma se iba a arriesgar a caer en sus manos de nuevo. Lo que Yun y ella no hubiesen aclarado en su momento, quedaría en el aire para siempre. Aunque doliese.
Tatiana contempló al hombre que ahora tenía delante. Bogdam era muy distinto a Yun en todos los sentidos y compararlos enturbiaba aún más sus sentimientos. ¿Qué tenía él que Yun no tuviese, y viceversa?
Tatiana terminó el café y luego dejó la taza sobre la mesa pequeña que había junto al sofá.
—No sé si te das cuenta, Bogdam —dijo, en tono quedo—, pero lo que hemos hecho, el paso que hemos dado, nos va a pasar mucha factura a la hora de trabajar juntos.
—Ya te dije que no será así.
—Ya es así —rebatió.
—¿Crees que no te dejo volver a Moscú porque nos hemos acostado? —su tono afilado cortó el aire—. No te habría dejado ir de todas formas. Es mi trabajo.
Tatiana le contempló a través de la luz anaranjada que el fuego proyectaba sobre ellos. Lo último que quería era discutir con él.
—Tu trabajo es acatar mis órdenes —le recordó—. No permitirme hacer o no las cosas.
Ante eso, él sólo pudo apretar la mandíbula.
No le gustaba el rumbo que tomaba la conversación, así que Tatiana apostó por acortar distancias. Se acercó a él y le obligó a subir el pie al sofá para ocupar el espacio que quedaba entre sus piernas, y él se lo permitió. Tan cerca, las hostilidades se disipaban.
—Sé por qué lo haces, Bogdam, lo de alejarme del peligro a toda costa. Yo me siento exactamente igual contigo —le confesó, con una mano puesta sobre su abdomen fuerte, que estaba cubierto por una camiseta oscura—. No quiero ponerte en ninguna posición peligrosa

ahora que… —Tatiana buscó las palabras, pero no las encontró.
Ante su silencio, Bogdam alargó la mano y la colocó sobre su cintura. Sí, la cercanía y el contacto fulminaban cualquier posibilidad de discusión entre ellos.
—Si lo entiendes, entonces déjame protegerte. Es lo que mejor sé hacer.
En parte, tenía razón, pero no era tan sencillo.
—Tenemos que encontrar un término medio —sugirió Tatiana, con sus miradas cruzándose con un matiz íntimo que había surgido por la cercanía—. No quiero que te pase nada, pero no te puedo aprisionar en una jaula de oro, ni tú a mí tampoco. Y sólo sé que Moscú no puede esperar.
Bogdam asintió.
—¿Y qué propones?
Estar un poco menos enamorada de él solucionaría muchos problemas, pero eso no iba a ocurrir.
—Vayamos más despacio con lo nuestro. Al menos, hasta que todo vuelva a la normalidad. Y con respecto a Moscú, habla con mis hermanos para que organicen el ataque cuanto antes.
Lo que sentía hacia él había explotado, y tras haber estado contenido durante tanto tiempo, no la conducía sino a una espiral de sentimientos desbocados y apego desmedido que no estaba segura de querer experimentar, más aún en unas circunstancias tan adversas como las que atravesaba. Cada día que compartía con Bogdam sus sentimientos iban a más y le resultaba más difícil integrarle en el conflicto de Moscú. En medio de todo ello, estaba el recuerdo de Yun y ese sentimiento de culpabilidad absurdo que todavía no lograba entender. Tenía que echar el freno.
—Vale. Entonces supongo que sólo quieres que follemos cuando te apetezca y que luego actuemos como si entre nosotros no existiese nada —sostuvo él—. Me parece bien que me lo aclares, pero si el único problema era ese, podrías haberte animado a dar antes el paso y nos lo habríamos pasado muy bien todos estos años.
Bogdam se había molestado y así lo dejó entrever en el sarcasmo que contenía su respuesta. Entre ellos nunca podría haber sólo sexo y los dos lo sabían. Ese acto tan básico contenía, para ambos, una intensidad emocional imposible de ignorar.
Tal vez él tuviese miedo de que Tatiana levantase de nuevo esos muros que los separaban, esos que tantos años le había costado derribar.
—Nunca será sólo sexo, Bogdam. No sé ni cómo puedes dudarlo. —Enfrentó su mirada—. Mi miedo a perderte responde a lo mucho que te quiero —reveló, seria, con sus ojos grises clavados en los de él y más expuesta que nunca en toda su jodida vida—. Y empeorará cuanto más me dejes quererte.
Su declaración franca y visceral aplacó el humor de Bogdam. Él la contempló durante unos segundos que duraron demasiado y luego la agarró por la cintura y la atrajo un poco más hacia él.
—La vida es así —pronunció, muy cerca—. Cuando amas, lo arriesgas todo. Los dos estamos en la misma posición.
Tatiana no desvió los ojos ante su respuesta, aunque estuvo tentada de hacerlo. Se sintió avergonzada, pues ella no había arriesgado nada en toda su vida. Nunca se había colocado en una posición de vulnerabilidad emocional, más allá de cuando reconoció que Aleksei era su hermano favorito y se dejó el culo para mantener a Viktor alejado de él. Pero nunca se había permitido amar a nadie que no compartiese su sangre y, aun habiendo amado a su madre y a sus hermanos, tampoco lo había hecho en la medida que merecía.
Aunque pudiese parecerlo, su actitud nunca tuvo que ver con el mantra de su padre, ese que les repetía una y otra vez y por el que Viktor se granjeó tantos castigos y torturas. El problema estaba en ella misma. A lo largo de los años había creado una coraza, y una encima de esa otra, y

muchas más, para preservar en su interior unos sentimientos que siempre fueron demasiado delicados para el mundo en el que le había tocado vivir. Se endureció, por supervivencia, porque no quedaba otra, y en momentos como ese, frente a Bogdam, le resultaba complicado recordar quién fue una vez.

¿Cómo lidiaría ahora con el miedo a perderle?

¿Cómo encajarían sus sentimientos hacia Yun entre ellos dos? Unos sentimientos de los que tarde o temprano tendría que hablarle. No tenía ni idea de cómo resolver los problemas en el ámbito sentimental y las circunstancias la asfixiaban.

Bogdam percibió su conflicto y lo detuvo de la mejor manera que supo. La tomó del cuello y la besó. Un beso muy suave en comparación con los que habían compartido antes.

Ese beso no estaba cargado de deseo sexual contenido ni de ese delirio que los había ahogado a ambos la primera vez que se acostaron juntos. Este era cariñoso, pensado para apaciguar, y Tatiana permitió que el gesto cumpliese con su cometido.

Bogdam se apartó mucho antes de que ella hubiese tenido suficiente, sólo para hablar muy cerca de sus labios.

—Organizaré todo con tus hermanos para volver a Moscú cuanto antes, y una vez estemos allí, yo no me expondré más de lo necesario. Ese es el término medio.

Tatiana agradeció en silencio que él aceptase su petición. No podían esperar más. La guerra en Moscú tenía que llegar a su fin y para eso debían asestar el golpe final.

—Gracias —respondió Tatiana, sincera.

—Tema zanjado —concluyó él.

Entonces Bogdam la besó de nuevo, pero con intenciones muy distintas a las de la primera vez. Se recolocó sobre el sofá y la alzó sobre su cuerpo para ponerla a horcajadas sobre él. No le dio oportunidad de decir nada más. Sus manos volaron a sus pechos apretados en ese sujetador nuevo que había comprado esa misma mañana, a sus caderas, a su culo, enfundado en un pantalón de pijama, y a su cuello, como si colocando ahí sus manos pudiese dominar a una mujer como ella.

Y ese fue un punto de no retorno.

Las palabras quedaron atrás. Moscú. Los planes de futuro. Las inseguridades, los anhelos. En un chasquido de dedos el escenario cambió y sólo fueron un hombre y una mujer que se necesitaban profundamente.

Capítulo 42

«El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta».

Pablo Neruda

Tatiana se inclinó sobre la ventana y se encendió el cigarrillo que tenía en la mano. La primera calada le sentó fenomenal. La segunda, contuvo una dosis de esa culpabilidad extraña con la que cargaba desde su secuestro. Era por Yun, siempre era por Yun, y esbozó una mueca de fastidio ante la idea de que lo que acababa de compartir con Bogdam se viese opacado por ello.
Mentiría si dijera que no le echaba de menos, que no pensaba en él todos los malditos días. Cuando Bogdam la rescató y ella sintió esa punzada de pánico en el coche, en esa carretera secundaria de camino a Vorkutá, creyó que sus sentimientos irían a menos con el paso de los días. Pero no había sido así. Yun seguía muy presente y eso dolía y escocía como una herida enterrada en sal. Le dolía por ella misma, y también por Bogdam. Él no se merecía que ella pensase en otro hombre justo ahora, que acababan de tener sexo emocional y profundo, justo ahora que ambos reconocían sus sentimientos.
Sacudió la ceniza mientras la imagen de Natalia aparecía en su cabeza de forma inesperada. No pensaba en ella desde hacía mucho tiempo y ni siquiera pudo precisar cuándo la había sacado de la ecuación. Ahora, su imagen regresaba para recordarle que ella no era la única en la vida de Bogdam, para complicar un poco más las cosas. Tal vez él también se sintiese dividido, como lo estaba ella con Yun. En ningún momento había contemplado la posibilidad de que estuviera enamorado de esa mujer y eso le provocó un arrebato de celos que resultaba muy hipócrita, a la luz de las circunstancias.
Le costó sangre y sudor contener una emoción tan cruda.
Tatiana se pasó la mano por la frente y luego le dio una calada furiosa a ese cigarrillo que poca culpa tenía de su conflicto sentimental. Tenía que centrarse en el ahora, y el ahora eran ellos dos, el ahora era Bogdam.
Él apareció a su espalda y la rodeó con los brazos. Su cuerpo le proporcionó el calor que necesitaba y la salvó del momento tan crítico que estaba atravesando. Cuando él la acariciaba o la abrazaba de esa forma, las dudas desaparecían de forma temporal.
—Gracias —pronunció Tatiana—, el frío que hace aquí no es normal.
Bogdam estrechó el abrazo. Frente a ellos, al otro lado de la ventana, la oscuridad se extendía hasta el infinito. Tan sólo se veía interrumpida por algún destello de luz en el agua del río, proveniente del alumbrado pobre de esa zona de la ciudad.
—Odio que fumes —reconoció él, inclinado para que su cabeza descansase sobre el hombro de Tatiana.
—Lo sé —su tono reveló más incomodidad de la que quería y supo que Bogdam había percibido su lucha interior.
Aun así, él no dejó de abrazarla.
Tatiana terminó de fumar y lanzó la colilla a lo lejos. Luego, se dio la vuelta y le encaró. Él la contemplaba con esos ojos verdes que nunca dejarían de impactarla. Alargó el brazo y acarició

su mandíbula fuerte.
—Qué guapo eres —pronunció, más para sí misma que para él.
Una belleza única, exaltada por una masculinidad que contenía un punto peligroso.
Bogdam no reaccionó al halago.
—Espero que no estés pensando en besarme ahora mismo —dijo, en un susurro que contuvo cierta amenaza.
Tatiana frunció el ceño, mientras bajaba la mano.
—¿Te apartarías si lo hiciera?
—Compruébalo —la desafió.
Tatiana le abrazó por la cintura, como si así pudiese impedir que él escapara de su cercanía, como si de esa manera tuviese alguna posibilidad de retenerle. Luego, se lanzó a sus labios. Pero mucho antes de que alcanzase ni siquiera a rozarlos, Bogdam la giró sobre sí misma, la apretó contra su espalda y la contuvo sobre la ventana, aún abierta. La inmovilizó con demasiada fuerza, demasiado violento dado el contexto de la situación.
—No quiero tu aliento de tabaco en la boca —gruñó al lado de su oído, con su voz rota, la cual le hizo sentir un miedo extraño, uno que no había sentido muchas veces en su vida. Y la adrenalina se disparó en su torrente sanguíneo.
Sólo era un juego, pero Tatiana no pudo evitar pensar en todas esas personas a las que Bogdam había liquidado, todas esas personas cuya última imagen antes de morir había sido esa mirada verdosa y letal, y cuyo último sonido había sido esa voz áspera y fatal que anunciaba que la vida se acababa para ti.
Él percibió la tensión en su cuerpo, producto del miedo que activaba la respuesta primitiva de lucha o huida, y aflojó el agarre alrededor de ella. No quería traspasar sus límites, unos que Tatiana todavía estaba pendiente de explorar en ese terreno de su vida. Por supuesto que los exploraría con Bogdam, y que le diesen por el culo a su instinto de supervivencia, a la selección natural y a cualquier razonamiento lógico que sugiriese que Tatiana debía huir de él. Sí, los brazos que la rodeaban habían estrangulado, empuñado todo tipo de armas, destruido y calcinado, y aun así se sentía reconfortada entre ellos, excitada como el infierno. Y, al contrario de sentirse avergonzada, Tatiana se enorgullecía de tener a un hombre así sólo para ella.
Ladeó la cabeza para buscar su mirada. Si él quería jugar, jugarían.
—Bésame ahora o no vuelvas a hacerlo nunca más —contraatacó, con la adrenalina todavía corriendo por sus venas.
Todo se trataba de dominancia. Bogdam era tremendamente dominante en lo sexual, pero también era su subordinado. Mientras estuviesen trabajando, no le quedaba otra que obedecer cada orden que saliese por su boca. En la cama, las tornas cambiaban y se volvía exigente y dominante hasta decir basta.
Supo que inventaría muchos jueguecitos para doblegarla, unos que de seguro irían en contra de su naturaleza y que, de todos modos, estaba segura de que le iban a gustar mucho. Pero ahora, jugarían al suyo.
Bogdam la midió en silencio. Luego, acercó los labios a su oído y su aliento le hizo cosquillas en la piel.
—No tardarás en venir a rogarme —susurró, oscuro, provocador.
Tras pronunciar esas palabras, la abandonó. Tatiana se quedó quieta frente a la ventana por la que entraba un aire helado, uno que contrastaba con el calor que Bogdam había encendido en su interior. Se dio la vuelta y le observó caminar fuera de la cocina, con esa espalda fuerte y poderosa y esa forma de animal de moverse que tanto adoraba contemplar.

Bogdam creía que ella rogaría.
Que empezase el juego.

Capítulo 43

«Hasta la supervivencia de una banda de ladrones necesita de la lealtad recíproca».

Antonio Genovesi

Tatiana aguardó paciente a que el tono de llamada se cortase para dar lugar a una voz al otro lado de la línea. Para su disgusto, esta se hizo esperar. Clavó los ojos en las fotos que había frente a ella, esas que decoraban la pared sobre la mesa de la cocina. Fotos antiguas que resumían parte de la infancia de Bogdam, una que se moría de ganas por conocer de principio a fin. Su primer recuerdo, su mejor amigo de la escuela, su comida favorita. No quería abrir viejas heridas todavía, pero lo haría en algún momento y llenaría todos y cada uno de esos espacios vacíos que tenía sobre él. Al fin y al cabo, si esas fotos continuaban ahí era porque, de alguna manera, Bogdam no quería renunciar a su pasado.

Hacía dos días que no se besaban por culpa de ese juego absurdo que ella misma había iniciado y, por ende, tampoco habían tenido sexo. No quería reconocer lo mucho que necesitaba a Bogdam a todos los niveles, pero la realidad era que llevaba todo el día gruñendo para sus adentros. Si no le tuviese cerca, sería fácil, pero no lo era cuando él rondaba a su alrededor con esas camisetas de tirantes que exponían su cuerpo perfecto, cuando su mirada verdosa e incitante se cruzaba con la suya y le causaba un maldito cortocircuito, cuando su aroma estaba impregnado por todos lados. Necesitaba desesperadamente volver a tocar su piel y enredar su lengua caliente con la suya, sentir su peso encima mientras hacían el amor y asfixiar sus sentidos con todo lo que él tenía para ofrecer. Pero no sería ella quien diese el paso. Ese orgullo estúpido que los condenaba a ambos no duraría para siempre y Bogdam terminaría por caer derrotado a sus pies.

Por el momento, estaba demasiado ocupada perfilando sus planes de regreso a Moscú, así que lo mejor era tener las menores distracciones posibles, y Bogdam era una.

Tomó el trozo de papel que había sobre la mesa y le echó otro vistazo, mientras el tono de llamada sonaba incesante en su oído. Esa lista contenía números de teléfono muy valiosos. Viktor se los había proporcionado a Bogdam esa misma mañana, a través de un correo electrónico temporal que protegía su anonimato, y ahora ella llamaría a todas las personas que estaban detrás de esos números con la idea de marcar una diferencia en los acontecimientos que estaban por llegar.

El hombre al otro lado de la línea respondió al fin.

—¿Diga?

La voz de Artem llegó como un soplo de aire fresco.

—Artem, soy Tatiana.

Artem permaneció en silencio por unos instantes.

—Tatiana, ¿de verdad eres tú? —la incredulidad fue mayúscula.

—Sí, soy yo. Siento llamarte así, de improviso. Las cosas no son fáciles ahora mismo para mí.

—Madre mía, Tatiana —pronunció, intranquilo—. ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? Te daba por muerta.

—Estaba secuestrada, pero he logrado escapar. —No era momento de entrar en detalles—. Te lo

explicaré todo pronto, cuando cenemos en Peshi, como te prometí.
Artem exhaló con desconcierto al otro lado del teléfono. No le hizo falta verle para saber que había esbozado una expresión de alivio. Tatiana fue al grano.
—Necesito que me escuches, Artem. —Bogdam ya la había advertido de que cuanto más cortas fuesen las llamadas, mejor—. ¿A quién le compras ahora los medicamentos?
Eso podía darle muchas pistas sobre cómo estaba el panorama fuera de Moscú.
—A nadie —respondió, para su sorpresa.
—¿Y tus clientes?
—Aguantan porque confían en mí. Les estoy vendiendo el poco stock que me queda con cuentagotas.
—¿No has encontrado otro vendedor? —Tenía constancia de que uno de los hombres de su tío Maxim movía algunos productos farmacéuticos en Kazán, que no quedaba muy lejos Nizhni Nóvgorod.
—Todo es muy caótico, Tatiana. Una auténtica locura. Ha entrado mucho producto adulterado en el mercado y la gente ya no se fía de nadie. Viene mucha mierda de China, ya sabes.
Tatiana apretó los dientes. No era fácil escuchar que su negocio estaba sumido en el caos.
—Escúchame, Artem. Voy a mover algunos hilos y pronto tendrás tus productos —aseguró, contenida—. Te lo prometo.
Artem y todos sus compradores se verían abastecidos antes de que ella regresase a Moscú, y no había nada que Kostya pudiese hacer para evitarlo. En cuanto colgase esa llamada, hablaría con Prasad, su contacto en Nueva Delhi, para que enviase un cargamento a Viktor y a Aleksei cuanto antes, uno que pagaría con su dinero personal. Ahora que había recuperado el control de sus cuentas bancarias, lo que le costase no sería ningún problema. Un cargamento que distribuiría de forma gratuita para paliar las molestias que ese conflicto había causado en sus compradores más antiguos y fieles.
Toda su red de negocios, la que ella había manejado desde mucho antes de ser la líder en Moscú, sería lo primero que restauraría. Y lo haría por orgullo, por satisfacer su amor propio.
—¿Ella está bien? —la voz de Olga le llegó desde la distancia.
—Olga quiere saber si estás bien —confirmó Artem—. Y yo también. ¿Te han hecho algo grave?
Físicamente estaba bien. Psicológicamente, era otro tema.
—No, no, estoy bien. Volveré pronto, Artem, cuando sea seguro, y entonces concertaremos una cita. Mientras tanto, te enviaré un cargamento variado para que aguantes hasta mi regreso, que será pronto, eso seguro.
Llegados a ese punto, Tatiana no aceptaba ningún curso de los acontecimientos diferente a ese.
—De acuerdo —confirmó—. Lo haremos así.
—Ahora tengo que dejarte. Cuídate, Artem Lopatin.
—Cuídate tú también, señorita Kozlova.
Tatiana colgó con rapidez y luego dejó el teléfono sobre la mesa. Esa había sido la llamada fácil, la que contenía un punto emocional. Ahora le quedaban por delante unas cuantas conversaciones serias, breves y concisas que confiaba que surtiesen el efecto deseado.
Aunque hablar con Artem había sido bueno, también había despertado malos recuerdos sobre la noche que ocurrió todo, cuando todo se torció, cuando su vida dio un giro tan drástico como el que había dado.
Por suerte, antes de que los sentimientos de frustración y rabia fuesen a más, Bogdam apareció en escena y los espantó con su mera presencia. Caminó por la cocina con su gracia depredadora

habitual y se sirvió una taza de café de la cafetera que él mismo había preparado un par de horas atrás.
—¿Quieres uno? —pronunció, sin ni siquiera girarse.
—No —Tatiana marcó el número de Prasad en el teléfono—. Ya estoy demasiado tensa.
Una tensión que no sólo provenía del nerviosismo que llevaba implícito el hecho de hacer esas llamadas, sino también de la acumulación de deseo sexual no satisfecho. Algo que se solucionaría pronto, si es que Bogdam aceptaba rendirse de una vez.
Prasad contestó enseguida y la conversación fue rápida y fluida. Enviaría el cargamento de medicamentos acordado a Moscú, a la mansión, desde donde Viktor se encargaría de distribuirlo a las direcciones indicadas. Tatiana abonaría el importe con una transferencia electrónica que realizaría esa misma noche desde uno de los terminales de Bogdam. Su cuenta bancaria estaba blindada, así que nadie podría saber que ella había realizado movimientos de dinero.
Después, contactó con Samuil, el chico kazajo que manejaba el tráfico de drogas en Presnénski y parte de Khoroshevo-Mnevniki, en el norte. Samuil se mostró razonable, aunque era obvio que tenía miedo. La mayoría de los hombres como él, quienes se encargaban de controlar la droga o la prostitución, conocían muy bien el lugar que ocupaban en la jerarquía de la organización y el precio que se pagaba por desobedecer una orden. No sabía qué instrucciones tenía por parte de Kostya, pero lo que Tatiana le pedía las incumplía con total seguridad. No le quedaba otra que confiar en él y esperar que, llegado el momento, se pusiese de su lado.
Cuando comenzó a caer la noche, ya había contactado con la mayoría de los nombres que tenía en su particular lista, entre ellos Alex Orlovsky, de las galerías Polyanka, Igor Federoff, de la cadena de restaurantes Sokin, Stanislav Savin, propietario de varias farmacias en el centro, casi todas ellas situadas en Arbat y Krasnoselsky… Todos ellos se habían mostrado razonables y ella había quedado satisfecha con las conversaciones mantenidas. Ahora sólo quedaba por ver qué nivel de implicación estaban dispuestos a asumir.
No sería fácil materializar su plan, pero tenía que intentarlo.
Bogdam anduvo de un lado para otro durante toda la tarde. Arregló algunos desperfectos de la casa, estiró las prendas recién lavadas en un tendedero que colocó al lado de la chimenea y se dedicó a observarla de cuando en cuando con esos ojos letales que tanto adoraba. Pero ahora que Tatiana había terminado con su tarea, no había ni rastro de él.
Se puso en pie y recuperó el paquete de cigarrillos que descansaba sobre la encimera. Luego, fue hasta la ventana y la abrió sin ser consciente de la hostilidad que reinaba al otro lado. El aire frío de Vorkutá irrumpió con crueldad en la estancia y Tatiana se estremeció en consecuencia. A esa hora de la noche la temperatura cortaba la respiración, pero estaba dispuesta a soportar el clima extremo con tal de fumar. A fin de cuentas, el frío era lo de menos cuando el recuerdo de Yun llegaba para acosarla, como en ese preciso momento. Fumar era el precio que pagaba por haber tratado de escapar de su cautiverio, así que intentaba relativizarlo. Si no le hubiese pedido un cigarrillo a Yun esa noche, en el balcón, y si no hubiese hecho de fumar una costumbre tan marcada, nunca se habría podido acercar al bolsillo del pantalón en el que él guardaba su teléfono móvil sin que algún chino se la hubiese echado encima. Ahora, no quería dejarlo. Era una adicta que no tenía en mente abandonar el mal hábito, aunque eso la obligase a pensar en Yun cada vez que acercaba el fuego del mechero al extremo de un cigarrillo.
Tatiana se revolvió, inquieta. Tenía la libido disparada y lo que menos le convenía en ese estado era pensar en Yun. Ella siempre había sido una experta en controlar sus necesidades físicas. Los impulsos naturales nunca habían tomado la batuta en su vida y poco importaba si se trataba de hambre, de sueño, sed, frío o dolor, mucho menos de apetito sexual. Tatiana era capaz de

dominar todos esos instintos y por eso ahora apretaba los dientes con rabia ante su obvia incapacidad de refrenar el ardor sexual que le quemaba el cuerpo.
Tal vez estaba en sus días fértiles y la parte más primitiva de su naturaleza, sabedora de que por fin Bogdam andaba cerca, quería perpetuar la especie de forma desesperada. Con él.
Tenía que presionar un poco más para que él perdiese el juego. De lo contrario, iba a volverse loca. Ansiaba besarle, tocarle, y eso sólo era el principio de lo que pretendía hacer con él. Bogdam lograba que estallase en llamas con muy pocos roces, como si la punta de sus dedos y el tacto de sus labios tuviesen un poder especial sobre ella, y Tatiana necesitaba más de todo eso. Quería acariciar y arañar la piel que cubría sus músculos fuertes, aferrarse a su espalda como si fuese lo único que quedaba en el mundo y unir su alma con la suya mientras hacían el amor.
Sólo de pensar en ello, Tatiana se excitó en un tiempo récord. Comenzó a sentir la humedad en su ropa interior y fue consciente de la influencia que tenía Bogdam sobre ella. Ya no había vuelta atrás para lo que compartían.
No tenía ni idea de dónde estaba, pero en cuanto acabase el cigarrillo iría a buscarle y le haría sufrir, le pondría las cosas difíciles para obligarle a claudicar. Pero no pudo materializar nada de eso porque él la encontró primero.
Tatiana estaba a punto de apagar la colilla sobre el alféizar de azulejos cuando Bogdam la asaltó por la espalda. Contuvo el sobresalto acogiéndola con su cuerpo en un abrazo que ahuyentó el frío de su piel.
—¿Ya has terminado? —preguntó, mientras aspiraba el olor de Tatiana en su cuello.
Tatiana apretó los muslos ante ese contacto tan íntimo.
—Casi me matas de un paro cardíaco —le recriminó, fatigada.
Bogdam era demasiado silencioso cuando se lo proponía.
—Te haré la reanimación cardiopulmonar si lo necesitas —susurró, mientras su mano ascendía a uno de sus pechos. Quería lo mismo que ella. Sexo, conexión. Romper ese juego de mierda.
Que Bogdam tuviese la capacidad de devolver a alguien a la vida resultaba muy fuera de lugar, como si un sicario no pudiese salvar la vida de nadie.
Tatiana alargó la mano hacia atrás para tocar la erección que Bogdam tenía bajo el pantalón. Estaba muy duro. Tanto, que estaba segura de que le dolería. Su cuerpo estaba al límite y no le culpaba, pues a ella le pasaba lo mismo.
Acarició su longitud con firmeza por encima de la tela, mientras que la mano de Bogdam descendía por su abdomen para colarse en su ropa interior. Pero justo cuando los dedos diestros de Bogdam llegaron a la costura de sus braguitas, él se quedó quieto.
—No voy a follar contigo si no puedo besarte —susurró, impasible, sin que un ápice de la excitación que Tatiana sabía que sentía traspasase su voz.
—Eso tiene fácil solución. —Ella se dio la vuelta y le enfrentó. Entreabrió los labios a la espera de que él diese el paso, pero Bogdam no hizo ningún movimiento.
—Pues soluciónalo, entonces —espetó, en su lugar. Sus ojos verdes, estáticos sobre ella, un tanto amenazantes.
—Todavía puedo aguantar un poco más —mintió, arrogante, a pesar de que la excitación la devoraba por dentro—. Me voy a la ducha —le informó.
Acto seguido, le rodeó e hizo su camino hacia las escaleras, lista para subir a la habitación.
Bogdam no la siguió y eso la hizo querer patear y prender fuego a todo lo que se encontró en su camino. Quería que fuese tras ella, que la interceptase en medio de las escaleras y le quitase la ropa allí mismo. Que se clavase en su interior con tal fiereza que doliese. Pero nada de eso ocurrió, así que cuando apartó la cortina de la ducha, supo que tendría que darse alivio sola.

Tatiana se desnudó con movimientos un tanto malhumorados mientras el agua, que ya corría dentro de la bañera, comenzaba a soltar vapor. Metió su cuerpo dolorido por la excitación en el interior y se sumergió bajo el chorro. Maldito fuese Bogdam y su autocontrol de acero.

Respiró hondo mientras dejaba que el agua caliente inundase su piel y enseguida se sintió más relajada. Luego, con un movimiento lento, dirigió su mano hacia la zona sensible de su entrepierna y comenzó a acariciarse con cuidado. Introdujo un dedo en su interior para empezar, pero el contacto se sintió demasiado pobre como para ofrecerle algo de consuelo. Era placentero tocarse, sí, pero estaba muy lejos de proporcionarle el placer que ella necesitaba en ese momento, ese que sólo Bogdam le podía dar. O tal vez Yun.

El pensamiento la hizo apartar la mano con rapidez. Tatiana apretó los ojos y emitió un gruñido débil. El agua corrió por su nuca mientras se decía a sí misma que estaba mucho más jodida de lo que alcanzaba a imaginar. Bogdam la hacía olvidarlo por un rato, pero la realidad era la que era, y por eso Yun regresaba a su mente una y otra vez.

Era duro decirlo, pero, de haberle tenido al lado en ese momento, se habría acostado con él, y estaba segura de que lo habría disfrutado mucho. Luego ya habría buscado la manera de lidiar con la culpabilidad por hacerle algo así a Bogdam, igual que ahora luchaba por averiguar cómo gestionar la culpabilidad que sentía por estar con otro hombre que no fuese él.

Menuda maldita mierda.

No tenía ni idea de qué estaría haciendo Yun en ese momento, de si pensaría en ella, de si estaría dispuesto a buscarla, aunque sólo fuese por decirle adiós, por cerrar su historia. Le echaba de menos y estaba segura de que, cuando todo esto acabase, cuando Moscú fuese suyo de nuevo, encontraría la manera de contactar con él. Aunque esa fuera la peor decisión de su vida.

Bogdam la pilló desprevenida. Como tanto le gustaba hacer, la asaltó por la espalda, sólo que Tatiana fue incapaz de asustarse como debería esta vez.

—No aguanto más —dijo en tono bajo, detrás de ella, mientras la tomaba de la cintura con cierta fiereza—. Tú ganas.

No le había escuchado entrar, ni desnudarse, pero esta vez el mérito era de ella. Había estado demasiado perdida en los recuerdos y en la culpabilidad como para percibir que no estaba sola en el baño.

No reaccionó y Bogdam se dio cuenta de que algo andaba mal.

—¿Qué te pasa? —la obligó a darse la vuelta y Tatiana lo hizo, pero esquivó su mirada—. Eh, mírame.

Tatiana obedeció sin que Bogdam tuviese que insistir, a sabiendas de que a él no le iba a gustar lo que iba a ver en sus ojos.

—¿Qué te pasa? —repitió, esta vez más duro.

Ella se mantuvo firme, a pesar de que por dentro, en su interior, algo se desmoronaba. Algo que tenía que ver con el amor romántico, con la lealtad. Se humedeció los labios, lista para hablar, pero a la hora de articular palabra no supo qué decir. Bogdam no se merecía esto. Ni ella tampoco.

Bogdam la estudió con los ojos entrecerrados. La estudió durante todo el tiempo que ella le permitió. Y no se equivocaba. Él era capaz de ver en su interior con mucha más facilidad de lo que ella podía ver en el suyo.

—¿Qué te hizo para que ahora estés así? —su tono tranquilo era engañoso. Tatiana le conocía lo suficiente como para saber que en ese momento era capaz de matar a cualquiera que interrumpiese la conversación.

Ya estaba hecho. Bogdam sabía por dónde iban los tiros y ocultarlo no les conduciría a ningún

sitio bueno a ninguno de los dos.
—Me dejó conocerle —confesó, decepcionada consigo misma en algún punto.
El dolor que sabía que esa afirmación le infringiría a Bogdam, también le dolía a ella.
Bogdam salió de la bañera y atrapó una de las toallas que había colgadas de la puerta. Se la colocó alrededor de las caderas, con la mirada puesta en el espejo del baño, y luego le lanzó una mirada letal, de esas de las que siempre hacía gala, antes de hablar.
—Hablaremos abajo —pronunció, antes de salir del baño y dejarla allí, dentro de la bañera, sola y herida.
Pero no más herida de lo que sabía que ahora estaba él.

Capítulo 44

«Es bastante difícil no ser injusto con lo que uno ama».

Oscar Wilde

Tatiana bajó por la escalera con una mezcla de nerviosismo y de decepción que nunca había sentido en toda su vida. No quería perder a Bogdam, pero no podía ocultarle la verdad, no cuando él la conocía tan bien como lo hacía. Le encontró sentado en el suelo, frente a la chimenea, reparando una especie de radio militar con un set de herramientas que había distribuido a su lado. No levantó la mirada, a pesar de que la había escuchado llegar.

Ante su indiferencia, Tatiana fue a buscar la botella de Russian Standard que habían comprado el día anterior. La sacó del frigorífico y cogió dos copas que había sobre un paño, donde Bogdam había dejado los platos y los vasos limpios después de la comida. Él también querría darle algunos tragos antes de escuchar lo que ella tenía que decir.

Sabía que si la había ignorado era porque quería que fuese ella quien iniciase la conversación, y así sería.

Tatiana regresó al salón y tomó asiento en el suelo, a poca distancia de él. Contempló cómo aflojaba un tornillo minúsculo con una concentración envidiable, y se dijo que, de gustarle la medicina, él habría sido un cirujano más que aceptable.

Sin preguntar, Tatiana sirvió dos copas, y luego dejó la botella alejada del fuego, para que no se calentase. Deslizó con cuidado una de ellas hasta que esta llegó al lado de Bogdam.

No se anduvo con rodeos.

—El hombre que me secuestró intentó que yo desarrollase el síndrome de Estocolmo —dijo, directa—. Pero lo que consiguió fue peor que eso. —Y ahora era más consciente de ello que nunca.

Bogdam dejó de lado lo que estaba haciendo y la contempló en silencio. De no estar segura de que él nunca le haría daño, en ese momento habría temido por su seguridad. Nunca le había visto tan inmóvil, tan sereno, lo cual era una advertencia de peligro en toda regla.

—No es un mal tipo, pero lo que quiere es imposible —dijo, con cierto desagrado, justo antes de darle un trago a su copa.

El silencio colmó el salón. El vodka de Bogdam seguía sin tocar. El fuego ardía con más fiereza que nunca, como si odiase lo que ocurría frente a él.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó él, con un filo muy peligroso en su voz. Uno que prometía que Bogdam acabaría con cualquier deseo que Yun tuviese alguna vez.

—Quiere que lideremos China y Rusia juntos. —Tatiana se dio cuenta de lo ridículo que sonaba al decirlo de forma tan directa.

Llegados a ese punto, era absurdo tratar de ocultar la identidad de Yun. Bogdam le había vigilado muy de cerca y estaría al tanto de cuál era su verdadera identidad, de quién era hijo y hasta dónde llegaba su poder.

Bogdam no dijo nada, aunque Tatiana supo que no se esperaba tal declaración.

—Él ya sabe que eso es algo que nunca pasará —añadió—. No tiene nada que hacer al respecto.

Y estaba segura de que Bogdam no lo dudaba. La conocía demasiado bien como para tener la

certeza de que ella nunca accedería a algo así. Tatiana continuó.
—Pensaba que estabas muerto, Bogdam —se justificó, franca—. Y antes de eso, pensaba que estabas enamorado de Natalia, la sicaria de mi tío. Y, aun así, todavía me llevó un tiempo desarrollar sentimientos hacia él.
—¿Por qué Natalia?
La pregunta se sintió fuera de lugar. Ahora que había encontrado el momento de sincerarse, o que más bien, no le había quedado otra que hacerlo, Natalia se le antojaba un tema completamente secundario, un asunto irrelevante. Aun así, accedió a aclarar ese punto.
—Te vi con ella en la fiesta anual de los Kozlov, en el jardín.
—Eso ya lo sé —respondió, para su sorpresa—. Sólo quiero saber por qué pensaste que estoy enamorado de ella.
Tatiana cuadró los hombros, ya que se sintió un tanto atacada.
—Me lo pareció. Sin más.
Bogdam se cruzó de brazos y en su semblante pudo ver todo lo que no decía. Como que Natalia era una entre muchas. No debería ser una sorpresa que un hombre como él tuviese varias amantes, pero lo fue. Tal vez porque sólo le conocía en una faceta tan seria como era su trabajo y porque no era capaz de ver más allá de eso en él.
El descubrimiento la hizo sentir estúpida.
—No tengo por qué saber por cuál de todas tus amantes sientes más debilidad —pronunció, con toda la dignidad que pudo y con cierto resquemor que salió solo—. Pensé que era Natalia. Nada más.
Ahora que había visto de primera mano lo sexual que era Bogdam, no le extrañaba que tuviese a una mujer en cada esquina. Los celos regresaron con fuerza, pero Tatiana tiró de autocontrol para contenerlos. Era una mujer adulta y en absoluto estaba dispuesta a dejarse llevar por una emoción tan baja como esa.
La oleada de dudas fue lo siguiente con lo que tuvo que lidiar, mientras Bogdam aguardaba en silencio a la espera de ver qué rumbo tomaba la conversación. No tenía claro que estuviese enamorado de ella, no cuando se movía entre muchas mujeres. Tal vez para él ella sólo fuese un capricho prohibido, una fantasía por ser su jefa y él su subordinado. La idea la hizo querer abrazar a Yun para buscar consuelo y ese fue el remate que la llevó a sentirse hastiada por su inestabilidad emocional.
—¿Estás enamorado de mí? —le preguntó, sin rodeos.
—Ya sabes que sí —respondió, un tanto brusco.
—No, no lo sé.
Bogdam no ocultó que ese cuestionamiento le había ofendido. Negó con la cabeza mientras apretaba la mandíbula y luego, sin previo aviso, se puso en pie.
—No quiero seguir con esto. —Lanzó al suelo el destornillador pequeño que llevaba en la mano y desapareció del salón.
Y Tatiana se quedó allí, con la mirada puesta sobre el fuego y preguntándose si no había sido demasiado cruel al dudar de su palabra. Pero ¿qué podía hacer? Por mucho que siempre hubiesen estado unidos de alguna manera, por mucho que en algunos momentos hubiese existido cierta tensión sexual, ella no tenía por qué contar con ninguna certeza sobre sus sentimientos. ¿Dónde estaban las líneas que separaban lo profesional de lo sentimental? Sí, Bogdam siempre había estado ahí para ella, pero cobraba un sueldo por ello. Tatiana no tenía por qué interpretar su dedicación y su pericia como un enamoramiento secreto.
Pero Bogdam se había ofendido y eso la llevó a preguntarse cuál sería su versión de los hechos,

qué había visto durante todo ese tiempo desde su posición. ¿Quién era ella para él?
Se terminó el vodka en silencio, harta de darle vueltas a la cabeza y sólo arropada por el sonido del fuego que crepitaba a su lado. Tal vez había sido injusta con Bogdam y ahora no tenía ni idea de cómo arreglarlo. Ante eso, sólo pudo servirse otra copa.

Capítulo 45

«Cuando el dolor es insoportable, nos destruye; cuando no nos destruye, es que es soportable».

Marco Aurelio

Bogdam terminó de recoger las herramientas que habían quedado olvidadas frente a la chimenea y dejó el estuche sobre la mesa. Estaba cabreado, más que en toda su jodida existencia, y no sabía qué hacer para remediarlo. Dejarse llevar por la rabia, la furia o la impotencia sólo le conduciría a bajar la guardia y él ya sabía todo lo que podía implicar que eso sucediese. La última vez que lo hizo, perdió a Tatiana, y de no ser por ese mensaje que apareció en su móvil mientras rastreaba en su coche el barrio de Silikatnaya, en Podolsk, nunca habría logrado encontrarla.

Él jamás habría buscado en las inmediaciones de Zhuderskii y mucho menos dentro del parque natural. No estaba seguro de que alguna vez se le hubiese presentado una pista lo suficientemente sólida como para ir allí. Ese chino que retenía a Tatiana, Yun, era inteligente, contaba con hombres de muy alto perfil y sabía hacer las cosas bien. Era, en definitiva, la antítesis de Deshi.

Rescatar a Tatiana no había sido nada sencillo. Se había dejado el culo para pinchar las comunicaciones sin que nadie sospechase nada, se había jugado la vida para sacarla de ese coche en el que la transportaban dos de los chinos mejor entrenados que había visto jamás, y ahora ella le preguntaba si estaba enamorado. Bogdam quiso dar un puñetazo a la mesa ante el recuerdo de esas palabras, pero se contuvo. No le convenía lesionarse, y mucho menos por un arrebato.

Tatiana había mencionado a Natalia y a él le habían entrado ganas de maldecir. Natalia no era nadie, más allá de un entretenimiento pasajero que jamás estaría a la altura de una mujer como ella. Tuvieron una interacción en público que estuvo fuera de lugar en la fiesta anual de los Kozlov, un acercamiento poco habitual en ellos, confiados en que las miradas estarían puestas en otra parte. Pero no la de Tatiana. Esa estaba puesta justo sobre él y ahora pagaba las consecuencias de su desliz, pues en base a eso, ella argumentaba que los hipotéticos sentimientos de Bogdam habían sido uno de los factores que la habían llevado a enamorarse de su secuestrador.

Y ahora lo único que deseaba era borrar a ese hijo de puta de la faz de la tierra.

Que Tatiana sintiese algo hacia ese hombre era doloroso e incomprensible, pero que dudase de los sentimientos de él, de esos que siempre había mostrado, aunque fuese con sutileza, era un insulto en toda regla. Ella era inteligente, pero, para esto, había sido una completa estúpida. Una estúpida demasiado condicionada por las enseñanzas de su padre, quien, irónicamente, había hipotecado su propia cordura con la madre de ella, Nadia.

Grigor estaba acostumbrado a tener en su cama a las prostitutas más cotizadas de Rusia, a acostarse con actrices y celebridades que acudían a sus cenas y que terminaban la noche en su habitación en busca de emociones fuertes. Saltaba de mujer en mujer y se vanagloriaba de poder meterse entre las piernas de la que él desease. Pero, al mismo tiempo, en la intimidad, Grigor controlaba a Nadia de forma enfermiza. Bogdam la había seguido en multitud de ocasiones, pues Grigor le ordenaba vigilarla y anotar cada uno de sus movimientos, sólo para reafirmar que era

suya, que sólo él podía tenerla. Incluso en una ocasión tuvo que liquidar a uno de sus supuestos amantes, un tipo que se dedicaba a falsificar documentos en Zyuzino.
Aunque para el mundo Grigor fuese un hijo de puta sádico y frío, detrás del disfraz escondía rasgos muy distintos. Y también un secreto del que nadie tenía constancia. Nadie, excepto él.
La noche en que Nadia murió, Bogdam observó a través de las cámaras de seguridad cómo Grigor se encerraba en el refugio antinuclear. Allí, el mismo criminal sanguinario y carente de humanidad, el hombre con menos escrúpulos de Rusia, gritó y lloró hasta desgarrarse la garganta por el dolor que le provocaba la muerte de esa mujer, de la única mujer a quien había amado alguna vez. Apretó la pistola contra su sien en varias ocasiones mientras lloraba como un niño abandonado y no se detuvo hasta quedar completamente exhausto. A la mañana siguiente, regresó al mundo con paso firme y la cabeza en alto, y con una sonrisa en la cara que casi le cuesta un puñetazo de su propio hijo. Viktor quiso materializar lo que todos pensaron al verle, lo que muchos habrían deseado ante semejante actitud. Porque, aunque Grigor estuviese cómodo en su papel y el mundo creyese que nunca había amado a Nadia, ella era la madre de sus hijos. Aleksei contuvo a su hermano mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos, mientras Tatiana contemplaba la escena con un gesto de dolor, rabia y desprecio. Y Grigor continuó con su vida como si no hubiese perdido a la única mujer que destacaba sobre las demás, a la única que le había arrancado lágrimas de los ojos.
Fue víctima de su propio personaje.
Su actitud, esa máscara que mostraba delante de todos, no era más que el resultado de una autocrítica llevada al extremo. Grigor era consciente de sus propias debilidades, esas que le acosaban en medio de la noche cuando había tomado demasiado vodka. Entendía lo frágil que se volvía la vida cuando ponías el corazón en otra persona, cuando amabas a alguien hasta alcanzar un punto de locura. Él no podía permitirse amar, así que dominó ese sentimiento en su propio beneficio. El amor era su debilidad, un talón de Aquiles demasiado visible de cara a sus enemigos, de cara a la imagen que necesitaba proyectar para mantener el poder sobre la organización que lideraba. Así que, en lo que al mundo respectaba, lo fulminó.
Y antes de que sus propios hijos pudiesen sucumbir a tal defecto, a semejante flaqueza, él se encargó de matar en ellos cualquier deseo de amar.
Tatiana había crecido con esa música de fondo, así que no era de extrañar que hubiese mantenido las distancias con él durante tanto tiempo. La imagen de mujer cruel y sin alma era un mecanismo más con el que encajar en el mundo de mierda en el que ambos coexistían y, a la vez, la blindaba ante el hipotético dolor que acarreaba desarrollar cualquier sentimiento hacia nadie. Muros fuertes e inamovibles contra los que Bogdam se había estrellado multitud de veces.
Por eso, ahora que Tatiana por fin había derribado las murallas, le resultaba tremendamente absurdo que se hubiese enamorado de una persona que no fuese él. Saberlo le encolerizaba, activaba unos instintos asesinos en la parte más irracional de su cerebro que le resultaban casi imposibles de contener.
Pero se contenía, al fin y al cabo.
Decidió ir a buscarla y la encontró en la cocina, apoyada en la encimera. Tenía los ojos enrojecidos porque había bebido más de la cuenta, cosa que tampoco era común en ella. La coleta se había aflojado y le otorgaba un aspecto un tanto salvaje. Y estaba fumando. Dentro. De. La. Cocina.
Caminó hacia Tatiana a sabiendas de que su mirada prometía muerte. No era por ella, sino por ese puto chino y por el maldito cigarro al que ahora le daba una calada torpe. Cuando la encaró, muy de cerca, ella se encogió de forma inconsciente. No la culpaba. Él mismo era conocedor del

efecto que tenía sobre los demás, más aún cuando estaba tan cabreado como lo estaba en ese momento.
Le arrebató el cigarro de la mano. Luego, lo lanzó al fregadero y giró la llave del agua. Este se apagó con un chasquido.
—Te dije que no fumaras dentro —la enfrentó, irritado.
Ella negó de forma leve.
—Ni siquiera me he parado a pensarlo.
Una excusa que no le resultó suficiente.
Quería que le pidiese perdón, por llenar su casa con ese humo de mierda, por pensar en otro hombre que no fuese él. Pero eso no serviría de nada. El perdón no haría que el humo desapareciese de la cocina ni que ella olvidase a ese tipo que tenía metido en la cabeza.
Bogdam recuperó su posición frente a ella, tan cerca, que sus cuerpos casi podían tocarse. Luego, sin previo aviso, la tomó de la mandíbula y acercó sus labios a los suyos. Había un punto que quería dejarle muy claro, algo que pretendía que no volviese a olvidar. Y no fue suave cuando pronunció las palabras.
—Si vuelves a dudar de mis sentimientos hacia ti, me iré y nunca más volverás a verme.
Un atisbo de pánico despuntó en el fondo de sus ojos. Tal vez a otra persona le hubiese pasado desapercibido, pero él la conocía demasiado bien. Tatiana sentía pánico ante la idea de que su promesa fuese real, de que él se esfumase de su vida. Y su miedo le reconfortó.
Sabía que se estaba excediendo con su forma de agarrarla, pero Tatiana lo soportó con la barbilla alta.
—Y me importa una mierda si estás enamorada de otro hombre —añadió—. Porque los dos sabemos que, en el fondo, sólo somos tú y yo. —Él se acercó más, tanto, que sus labios quedaron a pocos centímetros de distancia—. Sólo somos tú y yo —repitió, rudo, cruel.
Bogdam nunca había reaccionado de esa forma con nadie, y los dos lo sabían. Él siempre actuaba con una serenidad pasmosa. Era contenido y equilibrado, nunca le temblaba el pulso, nunca dudaba antes de hacer nada, nunca tenía salida de tono alguna o decía una palabra más alta que otra en una discusión. Tenía un carácter férreo que esa noche se estaba yendo a la mierda.
Pero esta vez era necesario. Tenía que poner sus cartas sobre la mesa y, condicionado por el cabreo que sentía en ese momento, no concibió otra manera de hacerlo. Pero el tono no cambiaba el mensaje. Por mucho que ella tuviese sentimientos hacia otro hombre, al final, todo se trataba de ellos dos. Ambos estaban unidos por un cosmos vasto e infinito que entrelazaba sus almas. Una inmensidad que absolutamente nadie podría opacar.
Y le importaba una mierda si ella era consciente de la magnitud o no.
Tatiana agarró su muñeca con suavidad y le obligó a soltarla. Él se lo permitió. Luego, le abrazó por la cintura y pegó la mejilla a su pecho. Bogdam estaba tenso y no le devolvió el abrazo. Necesitaba serenarse antes de aceptar cualquier contacto físico.
Sí, sólo eran ellos dos, aunque el mundo estuviese colmado de gente, aunque se acostasen con otras personas, aunque pasasen meses separados. Ellos estaban unidos a un nivel abismal.
Tatiana le estrechó fuerte entre sus brazos y su aroma suave los envolvió.
—Ojalá todo fuese diferente —declaró, sincera.
Palabras que no servían de nada. Ni siquiera ese abrazo era suficiente para aplacar el dolor que ahora sentía dentro de su ser.
Por eso, huyó.
—Me voy a la cama —dijo, mientras rehuía su contacto.
Ella le contempló con desilusión, pero Bogdam hizo caso omiso. Necesitaba espacio, tiempo

para encajar la situación. Por eso, se marchó. Subió a la ducha y, tras pasar más de diez minutos bajo el agua helada, fue a su habitación y se quedó dormido.

Capítulo 46

«Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor».

Samuel Beckett

Yun paseó la vista por el área de servicio de las afueras de Moscú. El letrero de los precios del combustible estaba sucio y el distintivo de la gasolina 95 sobrevivía a duras penas, descolgado. Alguien había vandalizado los surtidores desde los que un tipo demasiado viejo para trabajar ahí, con aspecto de exconvicto, llenaba el depósito de su Honda NSX.

Uno de sus espías aseguraba haber visto a una mujer rubia allí, acompañada por dos hombres que comprobaban el motor de un coche gris con el capó levantado. Una mujer que encajaba a la perfección con la descripción de Tatiana, a quien buscaba sin descanso desde que alguien la sacó del coche que debía llevarla al aeropuerto de Briansk.

Había dejado a medias la reunión en línea con su junta directiva en Shenzhen para personarse allí, pero no había ni rastro de Tatiana. Ese trabajador de mirada perspicaz que no dejaba de seguir sus movimientos tampoco la había visto.

Yun abrió su cartera de piel. Sacó algunos billetes de su interior y se los tendió al hombre que tenía delante.

—Por la gasolina —musitó.

Luego, extrajo varios más con una lentitud medida, bajo la mirada atenta del tipo.

—Y también querré la copia de las cámaras de seguridad.

La petición no le pilló por sorpresa. Sabía perfectamente que Yun y sus hombres no habían ido hasta allí sólo para repostar.

—Esa de allí no funciona —dijo, con voz rasposa, mientras señalaba con el dedo un aparato que colgaba de una de las esquinas.

Yun contempló la cámara vieja con desgana. No era la que captaba el mejor plano, así que poco importaba.

—Me servirá con las demás.

El tipo asintió. Colgó el surtidor en su lugar y luego caminó hacia el interior de la gasolinera mientras se guardaba los billetes en el bolsillo del pantalón raído.

Tatiana se le había escapado y el error había sido suyo. Sólo suyo, y por eso no cometía la estupidez de descargar la responsabilidad en sus hombres. Yun había subestimado la amenaza invisible que sabía que rondaba a su alrededor como un espectro irreverente. Huellas en la tierra, cerca del perímetro. La valla de alambre, marcada con señales de unas tenazas que habían resultado insuficientes para terminar el trabajo. El nerviosismo de sus perros guardianes en la zona más alejada de la casa. Alguien acechaba y Yun no le había dado la importancia que merecía, razón por la que ahora pagaba las consecuencias. Pero, lejos de lamentarse por sus desaciertos, escogía invertir sus energías en encontrarla.

Aunque había comenzado la búsqueda muy motivado, ya habían pasado los suficientes días como para que su esperanza hubiese decaído al máximo. Yun rastreaba las inmediaciones de la capital con la esperanza de que hubiese regresado, pero Tatiana no estaba allí. Puede que nunca diese con ella. Puede que ni siquiera hubiese vuelto a Moscú, como tanto ansiaba cuando la tenía

secuestrada. No tenía ni puñetera idea de dónde podía estar, pero cada minuto que pasaba, la oscuridad se extendía más a través de su ser. Estaba apático y no era capaz de descolgar las llamadas de su padre. Ni siquiera había ido a ver a Shuang. Actos impropios en él, pero que no respondían a otra cosa que no fuera la desesperación por encontrar a esa mujer que se le había metido debajo de la piel.

En algún punto, la situación le decepcionaba. No entendía por qué ella no le plantaba cara, por qué no buscaba cómo atacarle por la afrenta de haberla mantenido cautiva durante tanto tiempo, por qué no peleaba por venganza. En su lugar, Tatiana optaba por esconderse como un conejillo asustado, y ahora él apretaba los dientes mientras peleaba por obtener alguna migaja que le diese alguna pista sobre su paradero.

Tatiana sentía cosas por él, buenas y malas, y Yun estaba dispuesto a aceptar todo lo que tuviese contra él con tal de volver a tenerla a su lado.

En cambio, Tatiana se había esfumado.

Yun se echó el pelo hacia atrás y en su anillo se reflejó la luz del sol de última hora de la tarde. Quería encenderse un cigarrillo, pero no tenía ganas de saltar por los aires, así que jugueteó con el paquete de tabaco entre sus dedos. No dejaría de buscarla. No pararía hasta tenerla cara a cara y ajustar cuentas con ella.

El trabajador de la gasolinera emergió del establecimiento y caminó hacia él. Sus ojos volaban entre Yun y sus hombres, como si quisiese valorar el nivel de peligrosidad del grupo. Era un tipo listo, así que le tendió las cintas de seguridad sin mediar palabra.

—Nunca hemos estado aquí —le informó Yun, con un deje de amenaza en la mirada.

Él asintió con firmeza.

Yun ya tenía lo que quería, así que abrió la puerta del coche y accedió al interior. Sus hombres siguieron el ejemplo y se montaron en los dos vehículos con los que le habían acompañado. El motor del Honda vibró a través de su cuerpo y se pusieron en marcha, bajo la mirada inmóvil y atenta del trabajador de la gasolinera.

Chasqueó la lengua mientras se incorporaba a la carretera. Su único consuelo era saber que tarde o temprano Tatiana daría la cara. Moscú ardía como una pira, pero pronto habría un claro vencedor. No dudaba en absoluto de que fuesen los Kozlov, y cuando eso ocurriese, ella regresaría al trono que había dejado vacío para recuperar su corona. Entonces, él encontraría la manera de aparecer a su lado, de alargar la mano lo suficiente como para acariciar su piel y despertar en ella las emociones latentes que sabía que perduraban tras su secuestro.

Yun estaba seguro de que el entretejido de sentimientos que habían creado entre ellos dos era auténtico y significativo. Su amor era real.

Y por eso no pararía hasta encontrarla.

Capítulo 47

«¡Llora! No te avergüences
de confesar que me has querido un poco».

Gustavo Aldolfo Bécquer

Tatiana contempló cómo Bogdam preparaba la mochila, concentrado. Una tarea tan cotidiana no requería de mucha dedicación, pero él era así, todo lo llevaba a cabo con una minuciosidad extrema, con afán por hacerlo de la manera correcta. En el interior colocó varios mapas de carreteras, dos teléfonos móviles, con algunos cables y baterías de carga, y una pistola Glock acompañada de cuatro cajas de munición. También barritas energéticas, dos botellas de agua, un pequeño botiquín de primeros auxilios que ella misma había supervisado, dos linternas, sus binoculares habituales y tres navajas de distintas características, una de ellas ideada para matar. Su primera parada del viaje serían los almacenes de armas en ese pueblo perdido de la mano de Dios que rozaba la frontera con Kazajistán.
—Te dejas esto. —Tatiana se acercó a él y le tendió la pequeña radio militar que él mismo había reparado.
Bogdam la tomó en la mano y le lanzó una mirada rápida. Estaba segura de que no había olvidado que la radio estaba sobre la mesa del salón pero, aun así, quiso mostrarse cooperativa. Aunque la jerarquía que imperaba entre ellos seguía vigente, algo había cambiado en su relación profesional. Ahora Tatiana sentía natural hacer esa mochila con él, como iguales.
Además, quería disipar la tensión que saturaba el ambiente. Su historia con Yun había explosionado entre Bogdam y ella y ahora atravesaban un momento de absoluta crisis. Ansiaba reparar la relación con él, pero no debía presionarle. Asimilar todo lo que le había confesado no sería sencillo, ni tampoco rápido. Tatiana también necesitaba asumir algunas cosas, así que aceptaba que ambos necesitaban tiempo. Justo por eso habían establecido una especie de tregua no pactada entre ellos, una tregua con la que garantizar que su lío sentimental no se sobrepondría al objetivo de recuperar Moscú.
—Escoge la ropa que quieras llevar —dijo él, con voz rota—. Sólo la necesaria.
—De acuerdo.
Tatiana le contempló durante unos instantes más antes de poner rumbo escaleras arriba. La ropa le importaba muy poco en un momento como ese y fue consciente de que la Tatiana a la que habían arrancado de ese coche accidentado en una carretera de Moscú nunca regresaría. Ella ya no era la misma, y tampoco tenía en mente luchar contra ese cambio. Tan solo necesitaba acostumbrarse a las nuevas prioridades, al nuevo enfoque que le daba a las cosas que poblaban su vida.
Sacó unos vaqueros del armario, una camiseta básica y un conjunto de ropa interior. Dos juegos de calcetines y un jersey grueso del que se desharía en cuanto dejasen atrás el clima del círculo polar ártico. No necesitaba nada más. Si el plan iba bien, pronto estaría en Moscú, en su casa. Lo introdujo todo en la mochila que Bogdam le había proporcionado, junto con algunos productos de aseo, un par de paquetes de tabaco y una Beretta muy parecida a la suya que Bogdam le había entregado esa misma mañana. Luego, la cerró y se la colgó al hombro.

Lanzó un vistazo a la habitación antes de cruzar el umbral de la puerta y sintió un malestar extraño. Su estancia en Vorkutá se le antojaba corta. Una parte de ella quería quedarse un poco más, disfrutar de la compañía de Bogdam y del calor de su hogar durante un tiempo indefinido en el que Moscú, Kostya y esa guerra absurda no fuesen jamás un tema de conversación. Un tiempo en el que nunca pensase en Yun.

Pero la vida no estaba hecha de arcoíris y azúcar, así que bajó con decisión los peldaños que conducían al piso inferior para continuar con los preparativos de su marcha. Tal vez, en otra vida, se hubiese podido permitir el lujo de amar a un hombre sin que importase nada más. Pero no en esta vida.

Cuando llegó al salón, Bogdam ya tenía la mochila lista y se dedicaba a estudiar un mapa de carreteras que había extendido sobre la mesa. La estancia estaba más fría que de costumbre porque él ya había apagado y limpiado la chimenea. Todo estaba recogido, igual que lo habían encontrado cuando llegaron unos días atrás, y Tatiana sintió vértigo por lo rápido que corrían las agujas del reloj. Durante su secuestro, su vida se había tornado lenta y estática, y ahora le costaba regresar al ritmo frenético del mundo real.

Dio unos pasos hacia él y se colocó a su lado.

—¿Ya has decidido cuál es la mejor ruta?

Bogdam respondió sin quitar los ojos del papel.

—Sí. Desde la estación de tren iremos por la carretera principal, por aquí. —Su dedo voló por el mapa—. Iremos hasta Perm y allí cogeremos la E22 hasta este punto. Después nos desviaremos por la secundaria hasta Pushkino, porque ahí está el cruce que conecta con la carretera de Novouzensk.

Era un viaje muy largo.

—¿Cuánto crees que tardaremos? —preguntó, de brazos cruzados.

Él hizo una pausa, tal vez para hacer una estimación.

—Dos días desde que lleguemos al coche. Quizás tres si las carreteras están muy mal —concluyó.

Esas eran muchas horas encerrada con él.

Si de algo estaba segura, era de que un poco de tiempo y de distancia ayudaría a que ambos procesasen sus sentimientos, su nueva situación. Allí, en esa casa, Tatiana disponía de una habitación propia, de su propio espacio para estar sola. Podía huir a su cuarto para poner distancia física y emocional entre ellos si lo consideraba necesario, si necesitaba respirar un poco. Y ahora todo eso se iba a ir a la mierda durante tres días.

Ahora estarían obligados a compartir sus fantasmas dentro de ese coche, en medio de un viaje en el que se mezclaría lo profesional con lo sentimental, cosa que ya era inevitable. Y Tatiana no tenía ni pajolera idea de cómo afrontarlo.

Quería abrazar a Bogdam y fulminar esa atmósfera de mierda que se respiraba entre ellos, pero sabía que era demasiado pronto. Necesitaba recordarse constantemente que él merecía su tiempo y que ella debería tener la capacidad de concedérselo.

Pero Tatiana estaba aterrorizada. Le asustaba que, ahora que Bogdam sabía que ella tenía el corazón dividido, y ahora que la intensidad emocional de su confesión se había disipado, él escogiese apartarse, regresar a esa vida de relaciones sin compromiso con mujeres como Natalia en la que las complicaciones sentimentales brillaban por su ausencia. Eso sería lo fácil, lo indoloro. ¿Por qué escogería entonces seguir a su lado?

No tenía ni idea, y ni siquiera ella misma encontraba razones para ello.

Bogdam era indescifrable a nivel sentimental y necesitaría mucho tiempo para aprender a

percibir en él el rumbo de sus sentimientos. Ahora quería entenderle, comprender lo que pasaba por su cabeza, pero sabía que ya llegaba muy tarde para eso.
—Saldremos en el tren de las siete. Ya habrá anochecido para entonces, así que abrígate.
Tatiana asintió. Todavía faltaban tres horas, así que decidió servirse un vodka para hacer la espera más llevadera. Se dirigió al armario y sacó una copa. Sabía dónde estaba guardada la botella de Russian Standard, así que abrió la puerta baja y se hizo con ella. No tenía ganas de pensar en nada, pero la realidad era que tenía la cabeza llena de preocupaciones, y no sólo por culpa de Bogdam y de Yun. Moscú se perfilaba en el horizonte y con él llegaban las inseguridades. Si una pieza de su plan fallaba, el resto de ellas se derrumbaría. Era momento de confiar, pero no resultaba tan sencillo en la práctica como lo era en la teoría.
Sirvió un par de dedos de vodka en el vaso y se los bebió de un trago. Eso ayudaría a disipar las dudas, la incertidumbre. Rellenó la copa y dejó la botella sobre la mesa. Luego, caminó hacia la cocina y abrió la ventana para acompañar el vodka con un cigarrillo. Su reflejo en el cristal fue extraño. Hacía unas horas que se había teñido el pelo de un color moreno tan oscuro que parecía negro, y supo que nunca se podría a acostumbrar a algo así. La mujer que apareció en el cristal y que abrió esa ventana parecía otra, una con los ojos más grandes y claros, con las facciones más duras. Otra Tatiana.
Sin embargo, era ella. Era ella tratando de cruzar Rusia sin que nadie pusiese su atención en la melena rubia que la caracterizaba. Una versión anodina y demasiado convencional de sí misma ideada para la ocasión.
Las vistas del otro lado del río Pechora le resultaron deprimentes bajo la luz débil del atardecer. Una masa de tierra marrón, casi grisácea, se extendía frente a sus ojos, sólo salpicada por algunos bloques de edificios abandonados mucho tiempo atrás, en la lejanía. La vegetación era escasa y estaba muerta, y no había ni rastro de vida humana por ninguna parte. Era un lugar, sin duda, para olvidar.
Un lugar que, sin embargo, ella nunca podría borrar de su cabeza.
Tomó otro vodka y fumó otro cigarrillo mientras escuchaba cómo Bogdam ultimaba algunos pormenores. Fue consciente del momento exacto en el que apagó la calefacción, un poco después de que cayese la noche. La temperatura de la casa descendió varios grados con mucha rapidez y Tatiana se reafirmó en que Vorkutá era un lugar muy hostil.
Media hora antes de que el reloj marcase las siete, Bogdam fue a buscarla a la cocina. Para entonces, Tatiana ya había lavado y dejado en su lugar la copa que había utilizado, y también había devuelto a su sitio la botella de Russian Standard, en la que apenas quedaban un par de copas. Unas que, tal vez, nunca se tomarían.
—Nos vamos —anunció él, con esa mirada peligrosa que evidenciaba que ya estaba alerta. Lo estaría durante tres días, puede que más.
Tatiana cogió su mochila, que descansaba sobre la mesa de la cocina, y apagó la luz al salir, la que sabía que no volvería a encenderse durante mucho tiempo. Siguió a Bogdam en dirección a la salida. Como ya le había advertido, la temperatura era muy baja en el exterior. Él se aseguró de que la puerta quedase bien cerrada y luego emprendió el camino sin decir ni una palabra. Odió ese silencio en él, pero lo respetó.
Caminaron el uno al lado del otro a través de las calles vacías de Vorkutá. Sólo se cruzaron con dos hombres que charlaban en tono bajo sobre algunos temas políticos. Por lo demás, lo único que los acompañó fue la luz pobre de las farolas y la desidia y el abandono que lo ensombrecía todo.
Al llegar a la estación, no encontraron un panorama mejor. Eran los únicos pasajeros en

dirección a Pechora y fue consciente de que, de no ser por los vagones de mercancías, esa ruta habría muerto mucho tiempo atrás.
El tren llegó puntual y ambos subieron a bordo. La zona de pasajeros era escueta, repleta de camas antiguas y duras por las que había pasado demasiada gente. Supo de inmediato que ese viaje iba a ser muy distinto al que había hecho para llegar hasta allí. Entonces los resquicios de la droga todavía corrían por su torrente sanguíneo y acomodarse en un lugar tan poco confortable no fue un problema. Ahora, estaba condenada al insomnio. Le esperaban diez horas de trayecto en la que sus preocupaciones se cebarían con ella mientras los paisajes olvidados del norte de Rusia pasarían inadvertidos ante sus ojos por culpa de la oscuridad. No había distracción posible, ni tampoco escapatoria.
Exhaló con desgana mientras lanzaba su mochila a la cama que había a su derecha. Bogdam hizo lo propio en el compartimento delantero y eso la hizo sentir abandonada de alguna manera. Él podía haber escogido viajar frente a ella, o al lado, sólo separados por el pasillo estrecho del vagón. Pero Bogdam había tomado su decisión.
Nunca había sido una mujer paciente para cierto tipo de cosas, y descubrió que no lo era en cuanto a los conflictos emocionales. Quería respetar a Bogdam y darle su espacio, pero también abofetearle y ordenarle que aceptase la situación y siguiesen adelante, juntos. Ya lo había dicho él mismo: al final sólo importaban ellos dos. Pues ya era hora de que lo demostrase, de que fuese consecuente con sus palabras.
—Bogdam —dijo, sentada de forma demasiado elegante dado el lugar en el que se encontraba. Estaba segura de que él podía escucharla a través del panel que los separaba—. ¿Podemos hablar?
Una exhalación de cansancio fue su única respuesta.
Y eso la cabreó.
Sí, quería darle su tiempo, pero a la hora de la verdad, era incapaz. Ella era una mujer exigente, acostumbrada a que se cumpliesen sus órdenes y a que toda pregunta que saliese por su boca fuese respondida, así fuese por propia voluntad o a la fuerza. El silencio de Bogdam era una tortura que no sabía cómo manejar y estaba segura de que, de seguir así, su humor se torcería progresivamente con el paso de las horas.
Definitivamente, no tenía la capacidad de darle tiempo ni espacio.
Ante su inacción, Tatiana se puso en pie y caminó hasta donde Bogdam se encontraba. Tomó asiento en la cama que había frente a él.
—Quiero que se te pase ya lo que sea que te pase —le dijo, demasiado autoritaria esta vez—. Somos adultos. Vamos a solucionarlo.
Él le lanzó una mirada un tanto impersonal.
—¿Y qué quieres solucionar exactamente, Tatiana?
Tatiana levantó las cejas ante la obviedad de la respuesta.
—Quiero que estemos bien, como estábamos hace unos días. ¿Qué hay que hacer para volver ahí?
Bogdam sonrió con sarcasmo, pero no dijo nada. Y Tatiana sólo pudo emitir un gruñido de impotencia.
Le contempló en silencio. Bogdam había desviado la mirada hacia la ventanilla a través de la cual no se adivinaba nada. La indiferencia de la que hacía gala desde que tuvieron la conversación sobre Yun volvió a tomar protagonismo y, simplemente, Bogdam la ignoró.
Al menos, ya no estaba cabreado. Más bien, se mostraba resignado, como si hubiese asumido que no merecía la pena pelear con ella. No supo si la estaba castigando de alguna manera, o si de

verdad quería poner distancia entre ambos para protegerse a sí mismo. No tuvo claro si se había rendido, o si sus sentimientos eran menos intensos de lo que él la hacía creer. Fuera lo que fuese, para Bogdam era tan fácil como actuar como si ella no estuviese ahí.
Y eso la cabreó hasta límites insospechables.
—Te ordeno que vengas aquí —pronunció, a media voz, en un tono gélido que congeló el vagón. Hizo una señal con la cabeza hacia el espacio vacío que había a su lado.
Bogdam levantó las cejas y luego la ignoró una vez más.
—Te estoy dando una orden, Bogdam —repitió, sin quitar los ojos de él—. He dicho que vengas aquí.
—No soy un perro —respondió, sereno.
—Eres mi subordinado y, como tal, me debes obediencia —le recordó, mientras las uñas se clavaban con demasiada fuerza en su piel, dentro del puño apretado.
—¿Qué quieres demostrar? —dijo, esta vez con cierta molestia despuntando en su voz.
—No quiero demostrar nada. Sólo quiero que vengas aquí, a mi lado, y luego arreglaremos nuestros problemas.
—Pues lo único que demuestras es que no eres capaz de respetar tus propias normas.
El silencio se hizo en el vagón, tan sólo interrumpido por el traqueteo del tren que acababa de ponerse en marcha. Bogdam tenía razón. No debía mezclar el trabajo con el conflicto sentimental, pero en medio de su desesperación no había concebido otra manera. Aun así, no sirvió de nada.
Bogdam no obedeció y Tatiana se dio cuenta de lo fácil que era perderle en todos los aspectos. Si él así lo decidía, podía largarse, desaparecer de su vida igual que había llegado tantos años atrás, y dejarla rota para siempre sin que le acosase remordimiento alguno por ello. Al fin y al cabo, le habían entrenado para eso, para que ni un atisbo de culpabilidad interfiriese en su existencia.
Tatiana dejó caer la cabeza y se lamentó por haberse acostado con él, por haber derrumbado todos esos muros que tanto esfuerzo le había costado levantar. ¿De qué le había servido? En medio de la rabia y de la tristeza, añoró a Yun, su toque delicado, su capacidad para reconfortarla, su mirada oscura en la que tanto se podía adivinar, a diferencia de esos ojos verdes que ahora la retaban impasibles desde el asiento que había frente a ella.
No había nada que hacer si Bogdam no quería hablar, si no quería solucionar el conflicto que había entre ellos. Tan sólo podía seguir adelante con sus planes de recuperar Moscú y, una vez lo lograse, buscar a Yun para que le diese algo de sosiego, aunque fuese hipócrita, aunque fuese un anhelo nacido de su propio egoísmo.
Entonces, se dio cuenta de la cruda realidad: ella ya iba a buscar a Yun de todas formas.
Tatiana se levantó y regresó a su asiento. Se tumbó sobre él y se abrazó a la mochila. Había una almohada en el compartimento inferior, pero en absoluto estaba dispuesta a poner ahí su cabeza. Cogió aire y cerró los ojos y entonces, por primera vez en mucho tiempo, lloró.
Lloró en silencio por el maldito desamor que sentía en ese momento. Por lo caótica que era su vida y por su incapacidad de manejar las emociones más básicas. Por su egoísmo y su intransigencia y por todas y cada una de las inseguridades que latían dentro de su ser.
Y hacerlo se sintió bien.
Y se preguntó por qué narices no lo había hecho antes.
Definitivamente, ya no era la misma, y lo peor era que ni siquiera le importaba. Viktor se lo había dicho muchas veces: en la vida, había que elegir entre adaptarse o desaparecer. Él sabía mucho de eso, pues le había tocado adaptarse muchas veces. Aunque le jodiese reconocerlo, Viktor era un ejemplo de resiliencia, sobre todo en lo emocional. Y justo eso debía ser ahora ella,

resiliente. Competente emocionalmente. Firme. No le quedaba otra opción.
Lloró hasta que se quedó dormida, cosa que había creído imposible. Durmió profundo a pesar de que los vaivenes del tren eran violentos en algunos tramos, a pesar de los ruidos y de la temperatura baja del vagón.
Durmió hasta que la claridad previa al amanecer despuntó a través de la ventanilla.

Capítulo 48

«Un viaje de mil millas comienza con el primer paso».

Lao Tse

Tatiana cerró la puerta del asiento del copiloto y se puso el cinturón. Eran poco más de las cinco de la mañana y en el cielo de Pechora ya brillaba un sol radiante e insufrible que la obligó a ponerse las gafas de sol. Le dio un trago al café para llevar que había pedido en la estación y luego lo dejó sobre el reposa bebidas. Contra todo pronóstico, le supo bien. Luego, golpeteó las uñas sobre el asidero de la puerta, mientras aguardaba paciente a que Bogdam terminase de cambiar la matrícula antigua del coche por la que acababa de sacar del maletero. Enseguida se unió a ella, ya que era una tarea que dominaba por haberla llevado a cabo muchas veces. Encendió el motor y se pusieron en marcha. Tenían por delante más de dos mil kilómetros de trayecto.

Bogdam no había hecho amago alguno de solucionar nada con ella pero, por algún motivo, ya no le dolía de la misma forma que cuando subieron al tren. Aunque sonase absurdo, se sentía mejor por haberse permitido llorar. Llorar le había ayudado a cambiar su perspectiva, o tal vez le había proporcionado cierta anestesia emocional que en ese momento consideraba muy necesaria.

Fuera como fuese, se encontraba mejor.

Tatiana se consideraba una mujer fuerte, aunque no lo hubiese contemplado así cuando lloró sobre su mochila la noche anterior, tumbada en ese vagón maltrecho que olía a óxido y a lejía. Si echaba la vista atrás, se daba cuenta de que a lo largo de su vida nunca había tenido espacio para el lamento, ni mucho menos para la debilidad. Su madre había muerto, y al día siguiente de darle sepultura se había reunido en Berlín con el jefe de un laboratorio ilegal de benzodiacepinas para cerrar los precios de un nuevo fármaco. Lo mismo había ocurrido con la muerte de su padre. Aunque en su caso las ceremonias se hubiesen sucedido durante más de una semana, Tatiana no pudo dejar de lado sus obligaciones ni se pudo permitir llorar por la pérdida, por escasas que fuesen las lágrimas. Y ahora, aunque cargaba con una tremenda herida emocional, ponía rumbo a las zonas fronterizas con Kazajistán para jugar la última carta de la que disponía en su lucha por recuperar Moscú. No había descanso ni tiempo para la reflexión, ni mucho menos para dejar salir cualquier tipo de dolor. Pero ella era fuerte, y así se lo repitió una vez más. Su vida transcurría deprisa y, si algo caracterizaba la manera en la que fluía a través de la sucesión de acontecimientos, era esa entereza innata. Un conflicto sentimental no podía cambiar eso.

Recuperó su café y se lo terminó con los ojos puestos en el paisaje verde que los rodeaba. Por algún motivo estúpido, recordó los cruasanes de la cafetería del Four Seasons y se dijo que eso sería lo primero que comería cuando Moscú volviese a ser suyo. Luego, se enfundaría su mejor vestido negro de Balenciaga, se maquillaría y se subiría a su Bentley para recorrer las calles principales del corazón de la ciudad, esas que tanto echaba de menos. Cenaría con Viktor y con Aleksei en Turandot y tomarían las ostras al horno con un vodka bien frío. Todo volvería a ser como siempre, o incluso mejor.

Tatiana bajó la mirada al vaso de cartón que sostenía entre las manos. Sí, ella podía hacer todas esas cosas como si el tiempo no hubiese pasado, como si esa guerra nunca hubiese existido, pero

la realidad era que jamás volvería a ser la Tatiana que trató de huir de la emboscada que le habían tendido sus propios hombres. Ella ya no era la misma mujer.
El maquillaje formaba parte de su esencia, pero ya no lo consideraba tan importante. Los vaqueros conquistarían una parte de su armario, aunque lo hubiese creído imposible, y puede que no fuese tan malo viajar de copiloto con Viktor por una vez.
Las prioridades habían cambiado.
Se preguntó qué lugar tendría Bogdam en su vida cuando todo regresase a la normalidad, pero la sola idea de imaginar ese escenario le provocó pavor. Ni siquiera sabía si querría volver a trabajar para ella después de que la tarea que llevaban a cabo llegase a su fin. La posibilidad de que desapareciera para siempre, como ya la había advertido en su amenaza, era muy real.
Él conducía con los ojos puestos en la carretera, impasible y ajeno a sus pensamientos. Ella no iba a interrumpir eso. Bogdam tenía la pelota en su tejado, así que, si quería hablar, era él quien debía iniciar la conversación.
Pero no pronunció ni una sola palabra en las siguientes tres horas, lo cual minó su humor de forma considerable. La tensión de Tatiana se podía palpar en el poco aire que se respiraba en el interior del vehículo, el cual se empequeñecía con el paso de los segundos. Definitivamente, no era una mujer paciente y eso, a diferencia de muchos otros aspectos, nunca cambiaría.
Estaban a punto de llegar a un pueblo llamado Kerki cuando Tatiana tiró de la mochila del asiento trasero y sacó el paquete de tabaco.
—Necesito que paremos a fumar —dijo, con una exhalación que reveló que su humor no pasaba su mejor momento.
Bogdam no se lo rebatió. Estacionó el coche en el lateral de la carretera y echó el freno de mano. Tatiana se apeó con rapidez, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella. Extrajo un cigarrillo con manos nerviosas, como una yonqui que no atina a desenvolver la papelina que le proporcionará el billete al cielo. Se lo encendió deprisa. La primera calada logró calmar su ansia y gracias a eso pudo prestar algo de atención al paisaje que los rodeaba. Expulsó el humo mientras la brisa que corría entre los árboles agitaba su pelo, ahora castaño. Allí no había ni un alma. Todo permanecía estático bajo el sol de las primeras horas de la mañana.
Tatiana le dio una segunda calada al cigarrillo y esta le sentó mejor todavía, y también trajo consigo el recuerdo de Yun. Ya era algo habitual, algo a lo que se había acostumbrado.
¿Qué estaría haciendo él en ese momento? Se le imaginó conduciendo su Ferrari Testarossa por alguna carretera nacional de las inmediaciones del parque natural, vestido de negro, con algunos mechones de pelo rebeldes volando alrededor de su cara y con esos ojos oscuros y profundos puestos sobre la calzada que tenía delante. No tenía dudas de que pensaría en ella. Claro que lo haría, era algo recíproco. Lo que no tenía tan claro era que la estuviese buscando. Yun no era estúpido, así que, si las circunstancias se volvían difíciles, tal vez tirase la toalla.
Tatiana torció el gesto. El tinte catastrófico que tenía ese pensamiento le dejó un mal sabor de boca, así que dio otra calada al cigarrillo para empujar con ella la desazón surgida de sus propias suposiciones.
El sonido de la puerta del coche a su espalda la sobresaltó. Bogdam se unió a ella cuando ya creía que no lo haría, cuando ya no quedaban más que unas pocas caladas que fumar. Se apoyó sobre el vehículo, a su lado, de brazos cruzados. Si ese era el momento que había escogido para iniciar la conversación pendiente, Bogdam había tenido una mala idea. El recuerdo de Yun afectaba a su estado de ánimo y la condicionaba de muchas maneras.
—¿Me perdonarías si le mato? —dijo, sin rodeos.
La pregunta, lanzada al aire con un tono de desinterés poco apropiado, la puso en guardia.

Tatiana se incorporó y se colocó frente a Bogdam, a una distancia prudencial. Que él plantease algo así era una noticia terrible.
—No —reconoció, sin reparos.
Le amaba muchísimo, pero nunca le perdonaría que arrancase a Yun de este mundo.
Bogdam se había planteado matar a Yun y Tatiana estaba segura de que, si quería, lo lograría. Por mucho que Yun estuviese bien protegido, incluso si huía a China y se escondía bajo el ala poderosa de su padre, no tendría nada que hacer si Bogdam ponía el ojo sobre él.
—Si le matas —añadió Tatiana, nerviosa—, seré yo quien desaparezca de tu vida para siempre.
Una amenaza que le lanzaba de vuelta, firme y sincera.
—¿Tanto le amas? —preguntó él, resentido, dolido de muchas formas. Sentimientos que esta vez no quiso ocultar, o que tal vez Tatiana comenzaba a percibir con claridad.
¿Tanto le amaba?
Puede que sí. Por eso era incapaz de pasar página, incapaz de dejar de pensar en él, de recordar el tiempo que habían compartido juntos. Y, peor aún, de fantasear con un futuro en el que volvieran a encontrarse.
—Puede que sí —dijo, con la mirada puesta sobre Bogdam—. Pero también te amo mucho a ti —reconoció, una vez más—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?
Una pregunta para la que no existía ninguna respuesta.
Bogdam miró hacia la carretera, pensativo. Su expresión se había endurecido, como había ocurrido en tantas ocasiones desde que le confesó la verdad.
Tatiana estaba en un maldito callejón sin salida. Un problema que no tenía solución alguna más allá que escoger a uno de los dos y que este aceptase que se entregaba a una mujer con el corazón fragmentado en dos pedazos. Su madre siempre decía que el tiempo lo curaba todo, pero ahora, desde esa perspectiva, estaba segura de que el amor, no. Puede que lograse disminuirlo, relegarlo a un segundo plano, pero nunca olvidarlo. Ella nunca olvidaría a Yun y estaba muy segura de ello. Y tampoco a Bogdam, en caso de que la vida la lanzase a los brazos del primero.
Daba igual lo que hiciese. Las cartas ya estaban sobre la mesa.
—¿Y tú? —le dijo, después de expulsar el humo del cigarrillo hacia un lado—. ¿Podrías amarme sabiendo que también amo a otra persona?
Bogdam se pensó la respuesta durante demasiado tiempo. Tanto, que lo que quedaba del cigarrillo de Tatiana se consumió entre sus dedos y un coche pasó por primera vez desde que habían estacionado a ese lado de la carretera.
—No tengo elección —respondió él, finalmente.
La miró con esos ojos verdes claros que cortaban la respiración y Tatiana sintió calidez a pesar de que su mirada era acusadora y contenía una buena dosis de resquemor.
Tatiana se removió inquieta.
—Entonces, dejemos de perder el tiempo.
Lanzó la colilla consumida a la carretera y luego se acercó a él. Le abrazó por la cintura sin ni siquiera determinar primero si él estaba receptivo al contacto, y por eso encontró el cuerpo de Bogdam tenso. No le importó. Le abrazó con más fuerza y colocó la mejilla contra su pecho, como tanto adoraba hacer. Pocas cosas en el mundo se sentían tan bien como abrazarle de esa forma.
Él necesitó su tiempo pero, finalmente, le devolvió el gesto. La acogió entre sus brazos y permanecieron así durante largos minutos, como si el mundo se hubiese detenido sólo para que ellos dos pudiesen reconciliarse en paz.
Ojalá todo fuese distinto. Una frase que se repetía en su cabeza, pero a la que no puso palabras.

Bogdam ya lo sabía, así que decírselo de nuevo no cambiaría nada.
Tatiana se apartó un poco, sólo para tener espacio suficiente como para besarle. Atrapó sus labios con cariño y con cierto arrepentimiento, consciente de que nada podría sanar la herida que ella misma le había infligido. Bogdam le devolvió el beso. Primero, a duras penas, y después, con ternura y a la vez con cierta furia contenida, como si tuviese ánimo de marcarla de alguna manera.
Por desgracia, el beso terminó demasiado deprisa.
—Tenemos que irnos —anunció él.
Tatiana asintió con desgana.
Bogdam estaba alerta a pesar de todo.
Los dos eran conscientes de que no debían detenerse en ningún lugar durante demasiado tiempo, de que no era bueno cruzarse con nadie. Tenían que recorrer los kilómetros que los separaban de su destino con la mayor rapidez posible. Nadie debía saber que Tatiana atravesaba Rusia de norte a sur, que tenía un plan en mente, y mucho menos que pronto llegaría a Moscú con la determinación de poner el punto final a un conflicto que ya duraba demasiado.
Regresaron al coche y Bogdam se incorporó a la carretera. Condujo en silencio durante varios kilómetros, un silencio que ahora era muy distinto al que habían compartido durante la primera parte del trayecto. Este pesaba menos y no iba cargado de esa tensión desagradable que los asfixiaba a ambos. Aunque era consciente de que su malestar no desaparecería con una conversación y con un beso, supo que su reconciliación había apaciguado a Bogdam de alguna manera.
Igual que le ocurría a ella.
Tatiana alargó la mano y la puso sobre su pierna. Bogdam la agarró y la sujetó con complicidad. La existencia de Yun y lo trágico que eran para ellos los sentimientos que Tatiana sentía hacia él no podían ensombrecer la conexión que ambos compartían. Gracias a ese lazo invisible, Bogdam permanecía a su lado a pesar de las circunstancias. Y gracias a ello Tatiana conservaba la poca cordura que le quedaba.

Capítulo 49

«Combate mejor y con más ahínco quien más arriesga».

Thomas Mann

Tatiana contempló el paisaje que se extendía a ambos lados del camino que recorrían a baja velocidad. El viaje había sido muy largo y estaba agotada y malhumorada a partes iguales. Le dolía el cuello por haber echado varias cabezadas de mala manera en el asiento y necesitaba una ducha con urgencia. El cansancio era menos notable en Bogdam, pero Tatiana ya no se molestaba en comprender cómo él sobrellevaba tan bien la falta de sueño.

Ese diminuto pueblo fronterizo con Kazajistán se conservaba igual que lo recordaba: deslucido y polvoriento. Las casas viejas y los pequeños cobertizos salpicaban la carretera que los llevaba directos a sus almacenes de armas. A doscientos metros de la última casa y bajo un cartel falso de una empresa de maquinaria, dos hombres custodiaban la entrada al complejo. No vio ningún camión en las inmediaciones y eso la puso en guardia.

—¿A qué hora tenían que llegar los transportistas? —Tatiana se quitó el cinturón y se incorporó en el asiento mientras Bogdam estacionaba a un lateral.

—Ya deberían estar aquí.

Su respuesta le hizo apretar el puño. Iba escasa de paciencia y también estaba nerviosa. Si algo necesitaba en ese momento, si algo exigía a quien cogiese su dinero a cambio de cualquier servicio, era puntualidad. Puntualidad y formalidad, dos cualidades que, en caso de fallar, podían costar muchas vidas.

Se apearon del vehículo y Tatiana caminó hacia la entrada. Los dos hombres que la custodiaban se pusieron en guardia y la contemplaron con desconfianza durante unos instantes.

—Buenos días, señorita Kozlova —pronunció el de los ojos rasgados en cuanto la reconoció.

—Buenos días —respondió, sin simpatía alguna. Estaba demasiado inquieta como para que la máscara de cordialidad se sostuviese en su lugar.

El otro tipo abrió la puerta corredera y Tatiana accedió al recinto, seguida por Bogdam. Él se quedó atrás para charlar con los centinelas mientras que ella se dirigía hacia la primera nave. Abrió la puerta con demasiada fuerza y en el interior del almacén encontró a Kuzma con las manos repletas de papeles que corresponderían al inventario. Él se quitó las gafas al verla llegar y estas quedaron colgadas por el cordón que llevaba al cuello. Luego, la recibió con ese porte orgulloso del que siempre hacía gala, a pesar de medir poco más de metro y medio.

—Tatiana —dijo, con una sonrisa, mientras alargaba la mano para estrechar la suya—. Te estábamos esperando.

Tatiana le dio un apretón firme en respuesta y luego paseó la vista por las cajas y palés que se amontonaban en las hileras de estanterías industriales que atestaban el almacén. En el lado derecho ya se agolpaban las armas empaquetadas y listas para ser enviadas a su destino.

—¿Dónde están los transportistas?

Kuzma se puso las gafas para consultar la hora en su reloj.

—Llegan tarde. Tendrían que haber estado aquí a las diez —confirmó, mientras levantaba las cejas.

Eran las diez y cuarto.
—Llámalos —le ordenó, mientras iba hacia el montículo de paquetes que inundaban el lateral de la nave.
Tomó uno entre sus manos y comprobó que estaba perfectamente embalado. Glocks, Jerichos, Berettas, Sig Sauers… Nadie sospecharía que en el interior de esos paquetes había un arma lista para matar. Kuzma y sus hombres habían hecho un buen trabajo y fue consciente de que ninguno de ellos merecía ser el blanco del mal humor que le provocaba su intranquilidad.
Ese era el problema, estaba demasiado nerviosa. Nada de lo que tenía planeado podía salir mal. No podía perder Moscú, ni mucho menos a Bogdam, ni a alguno de sus hermanos por hacer ese movimiento. Armar a tantas personas de forma silenciosa conllevaba unos riesgos que estaba dispuesta a asumir hasta cierto punto. Si Kostya descubría lo que estaba a punto de hacer por culpa de unos transportistas incompetentes, Tatiana quemaría hasta el último cimiento de la empresa con sus responsables dentro. Y lo disfrutaría, aunque no compensase las posibles pérdidas.
Tomó una inspiración profunda. Tenía que centrarse.
—¿Qué tal todo por aquí? —le dijo a Kuzma en cuanto él colgó el teléfono. Su tono sonó forzado, pero poco le importó.
—Este lugar es como la antesala al infierno —respondió, franco—. Los transportistas ya están de camino. Acaban de entrar al pueblo, así que no tardarán en llegar. Han tenido un problema con el GPS, cosa normal si se tiene en cuenta que esto está en el puto culo del mundo —informó.
Si algo le gustaba de Kuzma, era que nunca le regalaba los oídos. Se podría decir que su peor defecto era la sinceridad.
—Pronto te relevaré, Kuzma —respondió Tatiana—. Sólo aguanta un poco más.
—Eso espero, porque hay días que creo que voy a morir aquí —reconoció, con una sonrisa cargada de resignación—. Me alegro de que estés viva. ¿Quieres un trago?
—Claro.
Kuzma desapareció de su vista a la vez que Tatiana escuchaba el chirrido metálico de los frenos del camión de transporte, el cual acababa de detenerse a las puertas del recinto. Eso disminuyó parte del peso que sentía sobre sus hombros.
No saldría a recibirlo, sino que permanecería oculta hasta que todas esas armas estuviesen de camino a Moscú. Era más seguro si nadie la veía allí.
Cogió al vuelo el vodka que Kuzma le tendía.
—¿Dónde puedo esperar? —preguntó, justo antes de dar un sorbo.
—En mi oficina. —Le hizo una seña para que le siguiese.
La oficina resultó ser un pequeño habitáculo sin ventana al exterior donde los documentos se agolpaban en una mesa pequeña, junto a un ordenador lleno de polvo. Ese era el centro de control que garantizaba que su almacén funcionase como debía, desde donde se controlaba la logística y se recibían y enviaban los pedidos. Pero la realidad era que parecía un cuchitril.
—Puedes sentarte en mi butaca de lujo. —Kuzma arrastró una silla vieja con el asiento desgastado y la invitó a ocupar su lugar.
Tatiana suspiró.
—Cuando todo esto termine, te mandaré un par de semanas a Maldivas para que te olvides de tu sufrimiento.
Kuzma sonrió conforme y luego la dejó a solas.
Tras haber comprado esos almacenes y haberlos surtido de hombres, Tatiana tenía planeado regresar para cerciorarse de que todo funcionaba como debía, de que Kuzma estaba cómodo en

su puesto de trabajo. Pero nada de eso había ocurrido porque su vida se había ido al garete.
El trajín de sus hombres, mano a mano con los transportistas, no se hizo esperar. Escuchó cómo cargaban el camión, cómo Kuzma se aseguraba de que ningún paquete sufriese ningún daño y cómo repasaba con el responsable la ruta de reparto que debía recorrer. Un sobre con cien de los grandes garantizaría que todo se hiciese con discreción. Pero la realidad era que Tatiana estaba vendida. En el mejor de los casos, las armas no llegarían a tiempo, y en el peor, Kostya descubriría el as que ella se guardaba debajo de la manga.
Debía confiar en que todo saldría bien, pero no era sencillo.
Hora y media más tarde, Bogdam entró en el despacho.
—Ya está hecho. Acaban de irse.
Tatiana asintió, mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa. Se humedeció los labios antes de hablar.
—Mañana saldremos de camino a Moscú. Hay que hablar con Viktor y con Aleksei para que empiecen a organizar los grupos y las rutas de entrada a los distritos. ¿Puedes contactar con ellos de forma segura desde aquí?
Bogdam se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.
—Iré en persona, para minimizar los riesgos. —Ladeó la cabeza y la contempló impasible. Ya sabía que sus palabras no le iban a gustar—. Y me quedaré allí hasta que todo pase. Tú vendrás después.
Tatiana hizo acopio de todo su autocontrol. De ninguna manera pensaba quedarse allí, en ese pueblo cubierto de polvo, mientras otros recuperaban su ciudad para ella.
—Eso no va a pasar, Bogdam. Quiero estar en primera línea de fuego.
—No —cerró el tema, tajante.
—¿Quieres que te despida? —le amenazó. Iba escasa de paciencia.
Bogdam levantó la comisura de uno de sus labios.
—No puedes despedirme ahora —respondió, sereno, sabedor de que su presencia era imprescindible para cumplir con su objetivo.
—Si no me llevas a Moscú, encontraré la forma de llegar por mi propia cuenta —contraatacó.
—No correrías un riesgo semejante.
—Sí lo correría —se encogió de hombros—, y la culpa sería tuya por desobedecer mis órdenes.
Bogdam endureció su expresión. Lo que Tatiana proponía no era un juego ni un capricho, sino una respuesta a la necesidad visceral de acabar con todos aquellos que la habían afrentado, de ver con sus propios ojos como caían muertos y de saborear sus últimos alientos. Nadie podía arrebatarle eso, ni siquiera Bogdam.
Él tomó la palabra.
—No voy a permitir que te…
—Deja de repetir lo que los dos ya sabemos —le cortó—. ¿Acaso no vas a ponerte en riesgo tú? —le contempló muy seriamente—. Iremos juntos.
Él permaneció en silencio. Aunque estaba muy quieto, Tatiana sabía que su cabeza funcionaba rápido.
—Si te pasa algo…
—No me pasará nada, porque iré contigo.
La culpabilidad por lo ocurrido el día del accidente volvió a brillar en sus ojos. Ese destello de remordimiento y vergüenza fue lo que Tatiana necesitó para poner fin a esa conversación entre jefa y subordinado. Ahora existía mucho más entre ellos y era absurdo hablar como lo hacían antaño, mucho antes de que la distancia emocional explotase en pedazos. Por eso, Tatiana se

puso en pie y caminó hasta que estuvo frente a él. Alargó la mano y la colocó sobre su mejilla.
—Iremos juntos y los dos estaremos bien.
Él tenía dudas y no lo ocultaba.
—Si tengo que estar pendiente de ti, no puedo trabajar como debo —protestó, con los ojos entrecerrados.
Tatiana dejó caer la mano. Por supuesto que trabajaba mejor solo, pero estaba dispuesta a sacrificar parte de su rendimiento para formar parte de la ofensiva.
—No tendrás que estarlo. Yo me preocuparé de estar siempre a tu lado y no haré nada que comprometa mi seguridad. Quiero esto, Bogdam. Lo necesito.
Tatiana no podía obviar su naturaleza, y su naturaleza quería recrearse en la venganza.
Hubo un silencio muy largo que pesó demasiado entre ellos. Pero, finalmente, Bogdam accedió.
—De acuerdo —dijo, resignado—. Pero primero iré solo a Moscú, a ver a tus hermanos. Nos organizaremos y luego vendré a por ti cuando el plan esté bien trazado. No podemos correr el riesgo de que alguien descubra que estás en la ciudad y que se vean venir el ataque.
—Si me oculto bien, nadie me verá.
—Kostya tiene ojos en todas partes —advirtió, serio—. No es tan inútil como a ti te gustaría. Si vas a venir, será con estas condiciones.
Bogdam tenía razón. Si Kostya tenía una buena red de espías y estaba bien organizado, ir a la ciudad antes de tiempo era correr un riesgo innecesario.
—De acuerdo —accedió—. Pero ten cuidado. Que no te vean a ti tampoco.
—No lo harán —dijo, sabedor de que era capaz de convertirse en una sombra si la situación lo requería.
Bogdam se pasó la mano por el pelo y Tatiana notó cómo su cuerpo se relajaba. La tomó por la cintura para atraerla hacia sí y besarla. Sus labios conectaron en un beso cómplice que la hizo entrar en calor física y emocionalmente. Necesitaba esa intimidad con él, más ahora que la sangre le ardía por la anticipación y el nerviosismo. Bogdam era su lugar seguro, un refugio de calma en que resguardarse en medio de la tormenta.
Él se apartó y murmuró cerca de sus labios.
—Iremos a Tula, tengo un buen amigo allí. Te quedarás con él y con su familia hasta que todo esté bien atado, y entonces te recogeré para unirnos al ataque en Moscú, ¿de acuerdo?
—De acuerdo.
Él asintió y la besó de nuevo.
Ya estaba decidido. En un puñado de horas, Moscú volvería a ser suyo. Y si no lo lograban, sólo deseaba una cosa: que los dos saliesen vivos de allí para contarlo.

Capítulo 50

«Si el hombre no está dispuesto a arriesgar su vida, ¿dónde está su dignidad?»

André Malraux

Gia contempló con atención el ajetreo que se desataba frente a ella, en el *hall*. Estaba sentada en mitad de las escaleras junto a Katia, quien aguardaba impaciente a que Aleksei terminase de hablar con Maxim para compartir un rato con él. La mesa que ocupaba el centro del vestíbulo estaba repleta de mapas y de papeles que Viktor estudiaba concentrado, mientras cruzaba algunas palabras con los hombres que se agolpaban a su alrededor. Algunos iban de un lado para otro y ultimaban los preparativos, hacían acopio de las armas y aclaraban qué coches iban a ocupar, por quién iban a ir acompañados. Se hablaba de rutas y de munición, se especulaba sobre la resistencia del enemigo y sobre la tasa de victoria. Los ánimos estaban altos.

—¿Estás igual de nerviosa que yo? —murmuró Katia, a su lado.

—Sí —reconoció.

Ni Viktor ni Aleksei habían tratado de suavizar la magnitud del ataque que iban a llevar a cabo al día siguiente, al caer la noche. Un asalto final que le encogía las entrañas ante la simple idea de que Viktor no regresase para contarlo. Lo que iban a hacer era peligroso porque iban con todo, sin medias tintas. No retrocederían ni se detendrían ante nada en una marcha mortal ideada para terminar con la resistencia de Kostya.

Aunque ellos se mostraban seguros, Gia era consciente de todos los puntos que podían salir mal. Ellas dos se quedarían allí y sufrirían allí hasta que Viktor y Aleksei entrasen de nuevo por esa puerta. Si no lo hacían, y ante la mínima señal de peligro, todo estaba preparado para que dos de sus hombres las condujesen al aeropuerto en el que las esperaba un jet privado con destino a Bali. Uno en el que Gia esperaba no tener que embarcar nunca.

—No entiendo por qué tienen que ir —Katia negó con la cabeza—. Tienen muchos hombres, pueden hacerlo ellos.

Gia exhaló mientras buscaba una buena respuesta.

—Los líderes son los que inspiran a las tropas, ¿no? —dijo, resignada.

—Les podrían inspirar desde aquí —respondió Katia, afectada. Estaba inquieta.

—Supongo que es difícil tomar decisiones si no estás en medio del conflicto, y al fin y al cabo, nadie toma mejores decisiones que ellos.

Esa era una triste realidad.

A ella le jodía en igual medida que Viktor se jugase el tipo, pero tenía una comprensión distinta de la situación. Mientras que Katia escogía cerrar los ojos ante lo que se sucedía frente a ella, Gia trataba de entenderlo. Ladeó la cabeza para mirar a su amiga.

—Volverán sanos y salvos, estoy segura —la animó, y se animó a sí misma a la vez—. No están donde están sólo por ser hijos del antiguo líder, Katia. Viktor y Aleksei han gobernado sus ciudades durante años y saben lo que tienen que hacer para resolver este lío, créeme.

El discurso no caló en ella.

Su atención voló hacia el hombre de los ojos verdes que acababa de aparecer en la entrada. Él se dirigió hacia donde se encontraba Viktor con una forma de andar salvaje que la hizo sentir

intimidada. No había vuelto a verle desde que la interceptó frente a la mansión la noche que Gia se presentó allí, bajo la tormenta, para exigir respuestas por la desaparición de Katia.
Bogdam, ese era su nombre. Viktor le había contado que él era quien había rescatado a su hermana. No lo dudaba en absoluto. Durante los minutos que compartió con ese hombre, apresada por sus manos de acero, le había parecido el ser más letal y extremadamente peligroso con el que se había cruzado en su vida. Nadie le había robado el podio desde entonces, y eso que había conocido a muchos criminales desde que estaba con Viktor. Intimidaba más que Aleksei, lo cual era mucho decir, así que cuando la mirada de ese hombre conectó con la suya, Gia puso los ojos en otra parte.
Su presencia allí reafirmaba que el ataque del día siguiente era serio y definitivo.
Él se colocó al lado de Viktor, frente a la mesa, y observó con ojos inteligentes lo que tenía delante. Viktor le explicaba el plan. No tenía claro que ese hombre le tuviese que dar el visto bueno a nada, pero estaba convencida de que su opinión tenía peso.
—Ese es el tipo que ha rescatado a Tatiana —le dijo a Katia en tono bajo.
Katia no se había percatado de su presencia, pues estaba demasiado perdida en sus pensamientos, a todas luces, catastróficos. Percibió cómo la saliva se le atascaba en la garganta cuando reparó en él.
—¿Le conoces? —preguntó Gia.
—Sí. Es el que limpió el cadáver del hombre que me atacó en el restaurante.
Gia levantó las cejas.
—Y el que me llevó al avión cuando volé a Bali —añadió—. Aleksei confía mucho en él.
En definitiva, Bogdam era el que manejaba los asuntos delicados que debían resolverse sin errores.
El rostro de Katia comenzó a palidecer.
—¿Estás bien?
Katia negó levemente.
—Las náuseas de los cojones —susurró, con un lenguaje poco habitual en ella.
Gia puso la mano sobre su rodilla.
—El nerviosismo no ayuda, Katia. Tienes que intentar controlarlo. Aleksei va a estar bien, mira de qué gente se rodea. Ese tipo, Bogdam, es de los buenos, e irá con ellos. Eso debería darte tranquilidad.
A ella se la daba de cierta forma.
—Claro —cerró el tema, poco convencida.
Janina apareció en escena y se colocó frente a ellas, a los pies de la escalera.
—¿Van a cenar, señoritas? —preguntó con ese acento georgiano que tanto la caracterizaba.
—Sí, gracias —dijo Gia.
—Yo sólo la acompañaré —mencionó Katia—, no comeré nada.
Gia la contempló con cara de circunstancias. No hizo falta que pusiese palabras a lo que ambas sabían.
—Tal vez una sopa suave —reculó, molesta—. Poca cantidad.
Janina asintió y desapareció de la escena.
—Si no te obligo yo, te obligará Aleksei —se excusó Gia—. Les diré que nos acompañen a cenar, ¿vale?
No estaba segura de que aceptasen, dado lo que se traían entre manos, pero Gia haría presión. Si ese ataque era tan importante, debían apaciguar sus nervios y compartir tiempo con ellas antes de lanzarse al peligro. No podía ser de otra forma.

Katia asintió y Gia se puso en pie.
Debían actuar con la mayor normalidad posible. El futuro no estaba escrito y no les quedaba más opción que confiar, aunque eso fuese la tarea más complicada del mundo.

Capítulo 51

«Cuando no se teme a la muerte, se la hace penetrar en las filas enemigas».

Napoleón I

Tatiana experimentó una oleada de anticipación mientras recorrían a baja velocidad la perpendicular de la calle en la que se encontraba una de las casas francas del distrito de Tagansky. Las luces de las farolas alumbraban el escenario de lo que pronto se convertiría en una sangrienta zona de guerra. Bogdam conducía a su lado con mirada atenta, la cual volaba de forma sutil de un lado a otro, pendiente de los detalles. Hacía tres horas que él la había recogido en la casa de Timur, su contacto en la ciudad de Tula, donde Tatiana había pasado las últimas treinta horas, expectante, confiada en que Bogdam regresaría de verdad para llevarla a Moscú. Treinta horas. Ese era el tiempo que su familia había tardado en preparar el ataque que estaban a punto de llevar a cabo y, dada la logística que iban a desplegar, se podría decir que lo habían organizado muy rápido.

Los seguían dos coches más, a cierta distancia, ocupados por un grupo heterogéneo de hombres que se habían unido a ellos en el puente Krymskiy, como estaba previsto. Otros cuatro coches se acercaban por las calles traseras y todos convergerían en el mismo punto: el edificio situado en el número 24 de la calle Nikoloyamskaya.

—¿Aleksei ya ha dado la señal? —El nerviosismo no se dejó entrever en la voz de Tatiana, a pesar de que estaba nerviosa, y mucho.

Sostenía una pistola Uzi en la mano derecha, un arma a la que no estaba acostumbrada.

—Todavía no. —Bogdam respondió sin quitar los ojos del entorno, mientras reducía un poco más la velocidad, listo para detenerse a un lado de la vía.

La gente que caminaba por las aceras en esa noche agradable de septiembre era ajena a lo que estaba a punto de ocurrir. Si eran listos, correrían hasta sus casas al sonido del primer disparo y no volverían a salir a la calle hasta que la pesadilla hubiese llegado a su fin. Si no, morirían allí, víctimas del fuego cruzado, o tal vez de la falta de criterio y de moral de algún tirador de cualquiera de los bandos. Para la gente de a pie, allí no había buenos ni malos, sino tan sólo criminales ajustando cuentas en un espectáculo que Moscú no olvidaría jamás.

Tatiana revisó el seguro del arma mientras Bogdam detenía el coche. Esa pistola automática se sentía pesada en su mano y era muy distinta a la Beretta que siempre acostumbraba a llevar consigo, esa que Yun nunca le había devuelto, o que quizás habría terminado requisada en alguna comisaría después de que cualquier policía la encontrase en la escena del accidente. Una Uzi no era lo que ella habría escogido, pero Bogdam consideraba que era un arma más apropiada para lo que iban a enfrentar. Disparaba a cerrojo abierto, así que la precisión no era su fuerte, pero, como contrapunto, era capaz de escupir una gran cantidad de balas en poco tiempo, una ráfaga de disparos que la podía sacar de un apuro en caso de que ese edificio estuviese más protegido de lo que aparentaba. O si en un momento dado, Bogdam no era capaz de protegerla. Ninguno de los dos había mencionado esa posibilidad, pero ambos sabían que era un riesgo, uno que Tatiana estaba dispuesta a asumir con tal de ver morir a todos esos hombres y mujeres que le habían dado la espalda.

Bogdam consultó de nuevo el teléfono móvil que descansaba sobre su pierna. Unos segundos más tarde, un mensaje de Aleksei brilló en la pantalla.
—Es la hora —anunció.
Tatiana apretó un poco más el agarre sobre la Uzi.
Bogdam dio unas instrucciones a través de la radio militar que le conectaba con los ocupantes de los coches que ya acechaban, al igual que ellos, el edificio situado en Nikoloyamskaya. Luego, se giró hacia ella con esa mirada que prometía muerte y que conocía tan bien.
—Ya sabes lo que tienes que hacer —le recordó—. Siempre conmigo. Siempre detrás de mí.
Tatiana asintió. Esa era una orden nacida del Bogdam al que había besado con cariño unas horas atrás, pero también de su sicario mejor entrenado, de su mejor hombre. Y ella la obedecería.
La fiesta estaba a punto de comenzar.
Se bajaron del coche y recorrieron el exterior del edificio con rapidez. Cuando giraron la esquina, Andriy, uno de sus antiguos hombres, ya había tomado posición junto al resto del grupo y estaba preparado para derribar la puerta del edificio. Tatiana no conocía ni a la mitad de las personas de ese escuadrón, que estaba formado por una mezcla de mercenarios de Aleksei traídos de Indonesia, de hombres de Viktor y de Maxim y de delincuentes moscovitas contratados para la ocasión. Todos se contemplaron en silencio y dedicaron unos breves segundos a memorizar las caras de los demás y así no cometer un error fatal más tarde. Luego, se pusieron en marcha. Sólo hicieron falta dos golpes concisos de Andriy con el ariete militar para que la puerta cayese abajo y todos entraron por la puerta recién derribada como lobos hambrientos en busca de sangre. Los disparos desde las ventanas llegaron muy tarde. Para entonces, ella, junto al grupo, ascendía por las escaleras del primer piso, detrás de Bogdam.
Todo ocurrió muy deprisa. Uno de sus hombres cayó herido nada más encarar el rellano, y después de eso, la masacre comenzó a cebarse con el bando contrario. Ellos iban mejor armados y el factor sorpresa jugaba a su favor. Sus hombres dispararon sin piedad mientras que los cuerpos de los de Kostya, entre los que reconoció a Dimitri, caían a plomo en los pasillos, en las habitaciones en las que irrumpían e incluso por el hueco de la escalera. Algunos se lanzaban por las ventanas justo antes de ser alcanzados por una bala, como si así pudiesen esquivar la muerte.
Los habían pillado con la guardia muy baja, tal como habían previsto.
Cuando el grupo se dispersó en busca de más víctimas, Tatiana se dio la vuelta para ver cómo dos mercenarios deshacían el camino en busca de algún suicida que hubiese llegado con vida al exterior. Y entonces, le vio. Un hombre que no era de los suyos emergió por la derecha y apuntó su arma hacia ella. Tatiana no tuvo tiempo de razonar. Sus ojos conectaron durante una milésima de segundo en la que ella fue la primera en apretar el gatillo. Tres balas le recorrieron de arriba abajo por culpa de ese maldito retroceso que todavía tenía que aprender a controlar, y luego el hombre cayó a plomo. Bogdam disparó cuando ya estaba muerto, como si quisiese joderle por haberse atrevido a apuntar a Tatiana con su arma.
—Creo que ha salido de ahí —dijo, un tanto fatigada por la adrenalina del momento. Hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta vieja que alguien había apoyado en la esquina del pasillo. Ese tipo se habría escondido detrás al escuchar los golpes del ariete.
Bogdam no dijo nada, sino que la tomó del brazo y la pegó a su cuerpo, como si de esa forma pudiera evitar que sufriese daño alguno.
En el aire resonaban los disparos que provenían de dentro y fuera del edificio. No tenía ni idea de qué estaba ocurriendo en el exterior, pero confió en que fuese en su beneficio. Puede que hubiesen llegado refuerzos enemigos, o que tal vez hubiesen calculado mal el grueso de sus adversarios. Al fin y al cabo, no conocían el número exacto de hombres con los que contaba

Kostya, ya que la información que habían reunido los de espionaje era muy inconexa y puede que, en gran parte, falsa.
Aun así, la balanza se inclinó a su favor muy deprisa y el edificio número 24 de Nikoloyamskaya quedó limpio rápido. Recorrieron las habitaciones y los salones de reunión y a todos llegaron demasiado tarde: sus hombres habían dejado un reguero de cadáveres a su paso y ya no quedaba nada que hacer allí. Fuera, los mercenarios de Aleksei habían interceptado el único coche que acudía al auxilio de esos pobres desgraciados, y sus cuerpos ahora teñían el asfalto con sangre a modo de aviso para quien se atreviese a acercarse hasta allí. Y eso sólo era el principio.
Tatiana dio una última vuelta por el edificio y dedicó varios minutos a revisar los cadáveres que atestaban la escena en busca de Kostya, pero él no estaba allí. La decepción fue profunda, pero no perdió la esperanza. En algún sitio tenía que estar escondido y no había forma de que nadie hubiese podido advertirle de lo que se le venía encima. No saldría vivo de esa noche.
Por un momento, temió encontrar el cadáver de Yun en alguna esquina, pero se dijo que eso era improbable y que sólo era un pensamiento intrusivo que llegaba en un mal momento. Yun no se había involucrado de forma directa en ese conflicto, más allá de financiar a Kostya para llevar a cabo su plan. Por eso, no había necesidad de añadir una dosis de ansiedad a la ecuación con ideas improbables.
La noche no había terminado con el ataque a esa casa de Taganski, así que Bogdam organizó con rapidez quién se quedaría protegiendo la casa franca recién conquistada y quién le acompañaría a por la siguiente.
El sonido lejano de disparos mezclado con el de las primeras sirenas de policía los acompañó mientras se subían a los coches. Algunas patrullas estaban de camino, pero Viktor se había asegurado de que no llegasen a tiempo, de que no encontrasen el camino correcto. El oficial Yegórov era muy dócil cuando se le ponía un buen fajo de dinero delante, y también los hombres que estaban bajo su mando esa noche.
Tatiana se puso el cinturón con rapidez, con la Uzi bien agarrada en la mano y la adrenalina corriendo por sus venas a causa de la muerte y la sangre derramada que acaba de presenciar. Mentiría si dijera que no lo disfrutaba. Llevaba mucho tiempo esperando a que llegase ese momento y ahora sólo deseaba saborear cada segundo de él.
Bogdam condujo a toda velocidad y dejó atrás la masacre que acababan de perpetrar. Sólo levantó el pie del acelerador cuando estaban a punto de llegar a la segunda casa franca del distrito, una que estaba más escondida, más alejada de las arterias principales.
Sus ojos volaron a un grupo que aguardaba a las puertas de uno de los negocios de la calle. Bogdam los estudió para determinar si eran una amenaza y los hombres del grupo hicieron lo mismo. Uno de ellos estrechó la mirada al paso de su coche y levantó el arma a modo de apoyo al descubrir que se trataba de Tatiana.
Habían respondido. Esas personas habían respondido a su llamada y ahora que el conflicto inundaba las calles, se habían lanzado a ellas para ayudarla a recuperar lo que era suyo. Su presencia le insufló una dosis de orgullo y de optimismo que la visión de la muerte no podía igualar.
Nadie escaparía de esa casa franca sin darse de bruces en su huida con alguna de las personas que conformaban el corazón de ese distrito, hombres corrientes a los que Tatiana había armado, confiada en que el odio al traidor y al líder chapucero era un motor más fuerte que el miedo.
—Ha funcionado —murmuró, contenida.
—Parece que en Tagansky, sí. —Bogdam le lanzó una mirada cargada de orgullo y luego regresó a la tarea de conducir hasta la casa franca.

Tatiana se recompuso. No quería cometer ninguna imprudencia por permitir que las emociones tomasen la batuta.
—Acuérdate de entrar por Solzhenitsyna —le indicó—. Si alguien ha tenido tiempo de advertirlos, no se esperarán que lleguemos por ahí.
Bogdam asintió. Sabía que ella conocía bien la zona.
La radio que descansaba al lado de la caja de cambio de marchas resonó con la voz de uno de sus hombres. Eran buenas noticias sobre el escondite del callejón Kovrov. Sólo habían encontrado a dos tipos en el interior y ya estaban muertos, y todas las armas que guardaban allí, en poder del grupo.
Todo marchaba como debía.
Llegaron rápido a su destino, un edificio residencial de cinco plantas con la fachada de ladrillo, donde se dieron de bruces con un enfrentamiento mucho más crudo que el que acababan de dejar atrás. Algunos de los escuadrones que habían atacado la casa franca del suroeste del distrito ya estaban allí y todo era un caos. Tatiana y sus hombres dejaron los coches tirados de mala manera a lo largo de la calle Tovarishcheskiy y corrieron hacia el conflicto. La balanza no estaba tan inclinada a su favor como lo había estado en Nikoloyamskaya y por eso percibió cómo la protección de Bogdam se estrechaba sobre ella.
Accedieron al interior y se tropezaron con varios cadáveres. Su grupo se abalanzó escaleras arriba y Bogdam y ella, junto con Andriy, se quedaron en el primer piso. Pero antes de que pudiesen poner un pie en el rellano, la ráfaga de disparos que llegó desde la derecha del pasillo obligó a Bogdam a echarse atrás. Él la hizo retroceder también a ella, con el brazo extendido, y la situó entre su cuerpo y el de Andriy. Luego, se agachó y se asomó por un instante para conseguir un vistazo del tirador.
El pulso de Tatiana se desvaneció durante el segundo que Bogdam estuvo expuesto. Siempre le había helado la sangre que él se colocase en situaciones vulnerables, pero desde que estaban juntos, desde que se habían besado por primera vez, había empeorado sobremanera. Ahora, Tatiana conocía un miedo mucho más cruel, oscuro y tenebroso. En respuesta a él, quiso agarrar a Bogdam de la ropa y sacarle de allí para asegurarse de que nadie pudiese hacerle ni un rasguño, protegerle ella a él por una vez. Pero Bogdam era una pieza clave en esa operación, por lo que sus sentimientos tendrían que regresar a ese abismo oscuro en el que necesitaba que esperasen hasta que todo llegase a su fin. Ya lo habían acordado: su relación sentimental no podía interferir en su relación laboral.
Pero era muy difícil.
Bogdam hizo unas señas con la mano con un significado muy claro: sólo había un tirador y estaba escondido detrás de la puerta de una de las habitaciones. Él se asomó de nuevo e intentó tumbarle con varios disparos, pero no lo logró. El pasillo era demasiado largo como para que los tiros impactasen con precisión. Por eso, Andriy tomó la iniciativa. Se abrió paso entre ellos dos mientras colocaba entre sus manos el lanzagranadas que llevaba a la espalda.
Todos sabían que una granada que sólo mataba a un objetivo era una granada perdida, pero en el punto en el que se encontraban, la teoría quedaba relegada a un segundo plano. Lo que urgía de verdad era ganar tiempo, llegar antes de que lo hiciesen los refuerzos enemigos. Por eso, si esa era la única forma de avanzar, bien hecho estaba.
Andriy no se puso en peligro más de lo necesario. Se asomó, apuntó con rapidez y disparó. La granada estalló con un estruendo que lanzó hasta ellos una nube de polvo y virutas de madera y que prendió fuego a los restos que quedaron esparcidos por el suelo. La puerta se había hecho añicos, y cuando Andriy se asomó de nuevo, confirmó que el atacante había corrido la misma

suerte.
Una vez eliminado, Andriy devolvió el lanzagranadas a su espalda, cogió el fusil y tomó su propio camino hacia la derecha del pasillo, en busca de cualquiera que quedase vivo. Ellos se dirigieron hacia la izquierda, desde donde provenía el sonido de algunos disparos. Atravesaron el corredor con rapidez hasta llegar a la sala de reunión del edificio, que tenía las puertas abiertas de par en par. En el interior había dos de los suyos, posicionados detrás de una estantería que alguien había tumbado para protegerse. Varios de los hombres de Kostya se habían atrincherado al fondo, detrás de una mesa, y atacaban en una sucesión de disparos por turnos con los que no se lograba resolver la disputa.
Corrieron a su lado en cuanto tuvieron la oportunidad y se agacharon junto a ellos. A Tatiana le dolían los oídos por culpa de la reverberación de los disparos y el olor a pólvora saturaba sus fosas nasales. Demasiada muerte en un espacio tan pequeño.
Bogdam y ella se colocaron entre los dos hombres y Tatiana reparó en el que había a su lado.
—Samuil —pronunció, con los ojos puestos en él.
Fue un orgullo ver al chico kazajo allí, ese que controlaba el tráfico de drogas en el distrito. Habían hablado por teléfono cuando ella organizaba su plan desde Vorkutá, y constatar que él se había puesto de su lado se sintió como un triunfo anticipado.
Con ese color de pelo no parecía ella y por eso a Samuil le llevó unos instantes reconocerla.
—Bienvenida de nuevo, *khanım*.
—Gracias por venir —le respondió, firme, contenta de que hubiese escogido con sensatez.
Samuil le hizo un gesto de respeto con la cabeza. Luego, se centró de nuevo en su tarea y se asomó para lanzar varios disparos.
El subfusil que sujetaba entre las manos había salido directamente de su almacén en la frontera de Kazajistán, el país natal del hombre que ahora lo empuñaba. Le había llegado en uno de los muchos paquetes que el repartidor había distribuido por toda la ciudad, al igual que las armas del grupo de comerciantes con los que se habían cruzado por el camino. Ahora esa arma cumplía con su cometido, el de eliminar a cualquier traidor que quedase en pie.
Aguardaron unos instantes, justo los que Bogdam necesitó para comprender la dinámica de los tiradores enemigos. Cuando lo tuvo claro, se adelantó a sus movimientos con una ráfaga de disparos que tumbó a dos de ellos. Una vez más, Bogdam actuaba con rapidez e inteligencia, y Tatiana no pudo sino lanzarle un vistazo silencioso de admiración. La moral de los dos atacantes que quedaban no pasaba por un buen momento y por eso cometieron el error de apresurarse. Un error que les salió caro, pues gracias a que se colocaron en una posición comprometida, Tatiana le pudo meter dos balas en el pecho a uno y Samuil otra al que quedaba, justo en el cuello. Ya estaba hecho.
El otro hombre que los acompañaba se dirigió a toda prisa hacia donde se encontraban los cadáveres para asegurarse de que no quedase ninguno con vida y poder largarse a otro sitio donde todavía hubiese alguien a quien matar. Tatiana quiso hacer lo mismo, pero antes de ponerse en pie, Bogdam la tomó del brazo.
—No vuelvas a exponerte así —la advirtió, peligroso, cabreado—. Nunca —añadió.
—No he venido aquí sólo para mirar —aclaró, en un tono demasiado imperativo, pero que le recordaba al hombre que tenía al lado que era ella quien daba las órdenes allí.
Si hubiese tenido la más mínima duda, no habría disparado. Aunque no le llegase a Bogdam ni a la altura del zapato, Tatiana estaba bien entrenada.
—No quiero perderte por un error —presionó, sin soltarla.
—No voy a cometer ninguno. —Tatiana le contempló fijamente, como si con la mirada pudiese

decir mucho más que con las palabras.
No se iba a exponer si no tenía la seguridad de que ella dispararía más rápido, de que estaba en superioridad de condiciones y de que sus habilidades estaban por encima de las de la persona a la que se iba a enfrentar.
Bogdam apretó la mandíbula y la ayudó a levantarse, a pesar de que no era necesario. No había mucho más que decir. Se amaban y para ninguno de los dos era plato de buen gusto que el otro estuviese a tiro. Pero ese seguía siendo el mismo mundo en el que ambos habían crecido y en el que tan bien se desenvolvían, aunque ahora les resultase más oscuro y hostil de lo habitual.
Regresaron al pasillo, donde se encontraron con un grupo de sus hombres que subía por las escaleras.
—No queda nadie abajo —anunció un mercenario de piel morena y ojos rasgados que encajaba de forma extraña en la escena.
Detrás del grupo reconoció a Igor, el propietario de la cadena de restaurantes Dzhobus, a quien le prestaba protección desde hacía varios años. Igor había visto cómo su primer restaurante, la insignia de su franquicia, ardía por el ataque de uno de sus competidores y, por eso, tomó muy pronto la decisión de encargar su seguridad a la organización. Gracias a ello, toda la ciudad sabía que Dzhobus era intocable. Ahora se lo agradecía poniéndose de su lado, tomando parte en esa guerra que no le había beneficiado en absoluto.
A Igor también le llevó unos segundos reconocerla. La contempló con los ojos entrecerrados desde las escaleras, mientras Bogdam intercambiaba información con los mercenarios y recibía al resto de hombres que llegaban de los pisos de arriba.
Definitivamente, su cara cambiaba demasiado con el pelo tan oscuro. O puede que también fuesen muchos otros detalles. Ninguno de esos hombres estaba acostumbrado a verla con ropa deportiva, el pelo recogido en un moño improvisado y sin una gota de maquillaje.
—¿Tatiana? —el sonido de su voz no llegó hasta ella, pero pudo leer el nombre en sus labios.
Tatiana hizo un asentimiento al que Igor respondió con una sonrisa amplia y sincera, una que ya había visto muchas veces cuando él se reunía con Aleksei en su casa y ambos tomaban vodka en la mesa del jardín.
—He venido al escuchar los disparos. Me alegro mucho de verte.
—Yo también, Igor —pronunció de forma sentida, desde la distancia.
Igor hizo un gesto cortés en respuesta. Uno de sus restaurantes quedaba a dos calles de allí, así que debía haber llegado muy rápido, cuando el ataque acababa de comenzar.
No pudieron interaccionar más, pues Tatiana desvió su atención a la conversación que Bogdam mantenía a través de la radio militar. Todos le contemplaban expectantes, a la espera de saber cuál sería su próximo movimiento.
—¿Cuántos quedáis en pie? —preguntó mientras pulsaba el botón para hablar, con el ceño fruncido.
La voz de uno de sus hombres resonó por el aparato, envuelta en el ruido estático de la radio.
—Cinco, pero uno tiene una herida de bala en el hombro.
Algunos hombres de Kostya habían llegado a Nikoloyamskaya demasiado tarde, pero aún con eso habían logrado tumbar a dos de los suyos antes de morir acribillados por las balas de calibre 7.62.
—Mandaremos a unos cuantos para allá, por si llegan más.
Bogdam bajó la radio e hizo un recuento rápido de las personas que se agolpaban en el pasillo y en las escaleras de la casa. Fuera, un puñado más de sus hombres se aseguraba de que nadie los pillase por sorpresa.

—Somos veintitrés —anunció Bogdam.
El teléfono móvil que llevaba en el bolsillo comenzó a sonar y se apartó del grupo para responder a la llamada. Tal vez fuesen noticias del resto de los distritos.
Ante su ausencia, Tatiana tomó el mando. Aunque Bogdam era un buen líder en el terreno, no le necesitaba para organizar los grupos. Por eso, se dirigió al mercenario que había delante de la escalera y que era quien hablaba por el resto.
—¿Cuántos hombres hay fuera?
—Seis —confirmó.
Tatiana hizo una cuenta rápida.
—Entonces, que diez se vayan de refuerzo. Diez allí y aquí se quedan diecinueve. —Era un buen reparto—. Esto tiene un piso más, así que necesitamos más —se justificó—. ¿Y la casa de Pestovskiy?
Era la única casa del distrito a la que Tatiana y Bogdam no habían llegado.
—Recuperada —anunció Andriy desde el fondo—. Hay once hombres en pie.
Había hablado con Drovoslav, su antiguo compañero del ejército y quien dirigía el ataque a esa casa franca.
—Que se queden allí —resolvió Tatiana—. Y que no bajen la guardia.
Al igual que habían llegado refuerzos a Nikoloyamskaya, también podían aparecer en Pestovskiy.
Andriy asintió y luego cogió su radio y caminó hacia el pasillo para transmitir las órdenes, justo cuando Bogdam estaba de regreso. Caminaba con decisión, con el arma colgada del hombro. Fue directamente hacia ella, pues traía noticias que le vendría bien escuchar.
—Vladimir me acaba de confirmar que ya tienen cinco de las seis casas francas de Arbat. Cuando recuperen la última, Aleksei y él irán a Presnensky con Viktor, que sigue peleando en Podvoyskogo.
Tatiana respiró con alivio. Sus hermanos seguían en pie.
Presnensky era un distrito con muchas más casas francas y no estaría de más que recibiesen refuerzos.
—¿Y los distritos que ya teníamos en nuestro poder? —quiso saber—. ¿Alguien ha informado de algún altercado?
—No, todo en orden.
Esas eran buenas noticias. Un grueso de sus hombres se había quedado justo donde les correspondía, defendiendo lo que ya era suyo por si a Kostya se le pasaba por la cabeza la idea de un contraataque.
—Los grupos ya están organizados —le informó—. Así que vámonos a donde haga más falta.
Bogdam echó un vistazo a su alrededor y luego asintió.
—En marcha.
Confiaba en ella, así que no puso en duda su criterio. Tatiana no habría recibido bien que su toma de decisiones se hubiese puesto en duda por culpa de la sobreprotección que había estrechado sobre ella desde que llegaron allí.
Sin más dilación, los dos descendieron por las escaleras y regresaron al coche, junto con el grupo que partía hacia Nikoloyamskaya. El resto se quedaba allí para defender, junto a los comerciantes y traficantes de drogas del distrito, lo que era suyo, para dar la cara por la persona a quien querían al mando de la ciudad. Por Tatiana.
Todo transcurría según lo previsto. Ataques rápidos e inesperados a lo largo de toda la ciudad, sin margen de tiempo para que Kostya y los suyos se reorganizaran, sin posibilidad alguna de

escapar de las balas ni de huir a ninguna parte.
Tagansky volvía a ser suyo, pero la noche todavía no había terminado.

Capítulo 52

«Incierto es el lugar en donde la muerte te espera; espérela, pues, en todo lugar».

Séneca

Tatiana se puso el cinturón mientras Bogdam arrancaba y recorría a toda velocidad la arteria principal del distrito de Tagansky. Soltó una mano del volante para apoyar el teléfono en su oído. El fusil descansaba sobre sus piernas, listo para ser empuñado en caso de necesitarlo. Cruzó algunas palabras con su interlocutor mientras Tatiana contemplaba el escenario que dejaban atrás. Había fuego en algunos locales, tal vez iniciados para distraer el ataque. Se cruzaron con dos coches de policía que circulaban con la sirena encendida hacia ninguna parte y no redujeron la velocidad hasta que desembocaron en las inmediaciones del parque Zaryadye.
Bogdam colgó el teléfono y se dirigió a ella.
—Aleksei ya ha recuperado la casa franca que quedaba en Arbat y ahora va a Presnensky, con Viktor. Los hombres de Jamóvniki se han puesto de nuestro lado y defienden el distrito, por ahora sin ataques. Nosotros iremos a Krasnoselsky a ver qué nos encontramos.
—¿Maxim ha dicho algo? —Su tío dirigía el escuadrón que trabajaba por recuperar ese distrito.
—Todavía no.
Tatiana volvió la vista al frente. Ya había pasado suficiente tiempo desde que arrancó la ofensiva como para no tener ninguna noticia de él. No deseaba que le ocurriese nada a su tío Maxim. Tampoco que su grupo no fuese capaz de hacer la presión suficiente en Krasnoselsky como para recuperar la zona. Si el distrito lograba aguantar, Kostya podría reorganizarse y, aunque al final no tuviese ninguna oportunidad, ese movimiento retrasaría la victoria que Tatiana tanto ansiaba disfrutar.
Krasnoselsky contaba con varias casas francas que quedaban muy cerca entre sí, por lo que, de forma objetiva, eso podía haber condicionado el ataque, pues se habrían concentrado todos los combatientes en un radio de calles muy pequeño. Tal vez había demasiados hombres, muchos más de los que hubiesen podido contar. O quizás resistían bien, estaban mejor entrenados que los que defendían el resto de las zonas. De cualquier modo, si Maxim hubiese encontrado demasiada resistencia, se habría replegado a la espera de refuerzos y así lo habría anunciado. Pero no había dicho nada y eso era muy alarmante.
Bogdam le llamó en dos ocasiones sin obtener respuesta. Tatiana tuvo un mal presentimiento, y supo que él también. Apretó el acelerador para ganar algo de tiempo y recorrieron las calles de la ciudad a toda prisa. Dio el aviso para que varios de los hombres de Tagansky que habían dejado atrás se uniesen a ellos a modo de refuerzo. No había muchos coches ni tampoco muchos viandantes. La noticia de que se había desatado el caos en esa guerra entre zares del crimen había corrido demasiado rápido y por eso los ciudadanos se escondían en sus casas y en sus trabajos, temerosos de poner un pie en la calle esa noche, conscientes de que la policía no podría protegerlos esta vez. Moscú era una ciudad fantasma, sólo salpicada por la violencia de la venganza.
Cuando comenzaron a acercarse a la zona en la que estaba situada la primera casa franca de Krasnoselsky, Bogdam redujo la velocidad. No tardaron en escuchar los disparos, los gritos, los

derrapes de los coches. No tardaron en oler el fuego. Allí olía a cadáver calcinado, a pólvora y a gasolina.
Bogdam se detuvo a un lado de la calle y abrió la puerta con rapidez.
—No te muevas de aquí.
No esperó una respuesta. Abandonó el vehículo y se dirigió a uno de los coches que estaba estacionado a unos pocos metros de distancia. Al más antiguo, al más sencillo de forzar. Rompió la ventanilla con la culata del arma, alargó el brazo para abrir la puerta desde dentro y luego se deslizó al interior. No tardó mucho en volver afuera. Vigiló que la zona estuviese despejada y después le hizo una señal a Tatiana para que fuese hasta allí. Y ella así lo hizo.
—Sube —sujetó la puerta y luego la cerró con fuerza una vez que Tatiana estuvo dentro. Él se quedó fuera—. No salgas del coche bajo ningún concepto. Prométemelo —la petición de Bogdam fue visceral.
—Iré contigo —le respondió, atónita ante el cambio de planes.
—No.
—Sí.
Bogdam la encaró, nervioso, temeroso de que ella no acatase su orden y de que se metiese en el infierno que los dos sabían que se desataba a poca distancia de donde se encontraban.
—Quiero ir contigo, Bogdam —repitió, autoritaria esta vez.
—¡No! —un grito desesperado—. Aquí no puedes venir.
Tatiana le sostuvo la mirada durante unos instantes, sorprendida por esa actitud visceral. Si quería impedir que le acompañase a toda costa, era porque el panorama era más grave de lo que se intuía y Bogdam era consciente de ello.
—No vayas tú tampoco —le pidió, de improviso—. Vayamos a buscar a Viktor y a Aleksei y después volvemos con refuerzos.
—No hay tiempo —rebatió—. Tengo que irme ahora, Tatiana.
—Me dijiste que no te expondrías más de lo necesario.
—Y no lo haré. Pero no sólo tú me das órdenes. Este es mi trabajo y también me debo a tus hermanos.
Tatiana intentó salir del coche, pero él no se lo permitió. En su lugar, le dio órdenes pronunciadas a toda prisa.
—Deshaz el camino hasta la estación de metro de Kranoselskaya y espérame allí. Procura que nadie te vea. Y prométeme que no te bajarás del coche.
Tatiana negó con la cabeza, frustrada, pero finalmente se rindió. Lo hizo a pesar de que ese miedo oscuro y desagradable que ya conocía bien se le clavó hasta los huesos.
—Te lo prometo —musitó, a desgana.
Bogdam la besó a través de la ventanilla destrozada. Un beso fugaz que ella apenas tuvo tiempo de devolver.
Si no le amase, nunca le habría frenado en una situación como esa. Al contrario, le habría instado a correr hacia el conflicto con la esperanza de que, si su tío Maxim estaba en problemas, la presencia de Bogdam diese un vuelco al marcador. Pero le quería y por eso le resultó sumamente difícil dejarle marchar.
Bogdam se largó. Cruzó la calle y caminó con rapidez, muy pegado al bloque de casas que ocupaba ese extremo, con el fusil colocado en posición de ataque. Desapareció por la calle de la izquierda.
Tatiana le observó perderse entre la noche y los edificios, todavía consternada por el cambio de rumbo de los acontecimientos. No podía quedarse allí. Tenía que ir a la estación de metro, como

habían acordado, así que agarró el volante, que ya vibraba a causa del motor encendido, y comenzó a levantar el pie del embrague. Los cables del puente que Bogdam le había practicado al vehículo estaban a la vista, unidos para que pudiesen funcionar como debían. Tatiana hizo un cambio de sentido y luego condujo hasta la estación, que quedaba a varias manzanas de allí. Se cruzó con lo que creyó que eran tres coches de sus hombres, esos a los que habían llamado, pero no pudo ver a los ocupantes de los vehículos con claridad. Deseó que se tratase de ellos y que fuesen suficientes para recuperar Krasnoselsky cuanto antes.

Detuvo el vehículo en un lateral de la calle y exhaló con desasosiego. Kranoselskaya estaba situada en una arteria principal que solía tener tráfico incluso a altas horas de la noche. Pero no en esta ocasión. Esa noche los coches que recorrían la avenida eran escasos. Los viandantes, inexistentes, a pesar de que los epicentros del conflicto se sucedían a varias calles de distancia. Nadie entraba ni salía de esa bonita estación que ahora parecía muerta.

Y a Tatiana no le quedaba otra que esperar.

Pero allí, encerrada dentro de ese coche, el nerviosismo no tardó mucho en cebarse con ella. Las comunicaciones eran mínimas, por precaución. Había pocos teléfonos en marcha que diesen información sobre lo que estaba ocurriendo, para así reducir el riesgo de que alguien interfiriese las líneas y descubriese datos que diesen ventaja alguna al enemigo, para que nadie pudiese ser localizado a través de un terminal. Y ella no disponía de ninguno. Bogdam se había llevado en su bolsillo el único teléfono a través del cual recibía noticias de los demás.

Por eso, Tatiana no pudo hacer otra cosa que acatar las órdenes, con los ojos fijos en las luces del semáforo que había cerca del final de la calle y con su atención puesta en el sonido lejano de los disparos, preparada para extraer información de esa sucesión de estruendos que tal vez anunciarían el fin del enfrentamiento.

Estos no disminuyeron durante los siguientes cuarenta minutos. Cuando había pasado casi una hora, comenzaron a espaciarse, a reducirse. Para entonces, Tatiana agarraba el volante con fuerza y tenía la mandíbula destrozada por apretar los dientes a causa de la angustia. No tenía ni idea de si Bogdam estaba bien ni tampoco tenía forma de saberlo. Le pareció que él no había estado en una situación tan peligrosa en toda su vida, y la idea fue una auténtica tortura.

No fue hasta una hora y quince minutos más tarde que se escuchó el último disparo. Luego, se hizo el silencio en Krasnoselsky, sólo roto por algún sonido puntual de sirenas en la lejanía. Tatiana aguardó paciente, pero Bogdam no regresó.

El minutero del reloj cada vez corría más deprisa y se ensañaba con su desesperación y su nerviosismo. Un coche oscuro se cruzó con ella, pero siguió su camino. Dos coches de policía pasaron un poco después, seguidos de una ambulancia. Ninguno prestó atención a su vehículo, que continuaba estacionado a un lado de la entrada de la estación de metro. Ya eran las tres de la madrugada.

Bogdam le había pedido que esperase allí, en esa estación, y así tendría que hacerlo, aunque la incertidumbre la consumiese por dentro y la angustia le quemase los pulmones. Pero cuando el reloj del coche marcó las tres y media, Tatiana supo que Bogdam no iba a regresar. Se pasó las manos por la cara y luego cogió la Uzi que hacía rato que había quedado olvidada sobre el asiento del copiloto. No era capaz de esperar ni un segundo más.

Salió del coche, con el arma apuntando al frente, y caminó con rapidez hacia la zona del conflicto, en busca de la calle en la que había visto a Bogdam perderse cuando él la obligó a cambiar de coche. Tenía la esperanza de cruzarse con él en algún punto del camino, razón por la que había optado por ir a pie, pero eso no sucedió. El trayecto se le hizo infinito, como si su destino estuviese en la otra punta de la ciudad, y cuando llegó allí, los pulmones le ardían por la

falta de aire provocada por el esfuerzo. Necesitó unos segundos para recomponerse y luego estudió el entorno mientras recorría la zona con cautela. Todo estaba estático en las calles colindantes a la primera casa franca, y no fue hasta que encaró la calle Lesnoryadskiy que pudo ver con sus propios ojos lo que había ocurrido allí. La escena le encogió las entrañas.

Una pila de cadáveres distribuidos en forma de barricada humeaba calcinada por un fuego que ya se había extinguido. Tras ellos, más cadáveres frescos salpicaban la escena, algunos colocados en posiciones imposibles, otros, simplemente tumbados. Dos ametralladoras habían quedado olvidadas sobre sus soportes por falta de munición, con los cañones todavía calientes. Sus disparos habían destrozado la fachada, la cual había quedado tan desconchada por las balas que apenas quedaba un ladrillo intacto. Un quejido lejano rompió el silencio y le hizo levantar la vista, pero luego no volvió a producirse. Quien lo hubiese proferido ya estaba muerto.

Tatiana caminó con pasos medidos entre los cuerpos inertes. Alguien había disparado a las farolas y la oscuridad lo envolvía todo, sólo rota de forma leve por el resplandor de las luces que se filtraban a través de las ventanas del edificio. Se fijó en todas y cada una de las personas a las que dejó atrás en ese paseo infernal, con el corazón encogido ante la idea de que alguno de ellos pudiese ser Bogdam, o tal vez su tío Maxim.

Todo a su alrededor gritaba que el asedio había sido brutal.

Llegó hasta la entrada de la casa franca, que era un hervidero de cadáveres. Algunos colgaban de las ventanas atados por el cuello con cuerdas improvisadas y también con cortinas, en una especie de aviso para todo el que se acercara. Un aviso que ya servía de poco. Subió la escalinata de la entrada y pasó por encima del cadáver de una mujer que yacía bocabajo. Tatiana se detuvo de forma instintiva, pues algo en ella le resultó familiar. Se agachó a su lado y tiró del hombro para darle la vuelta al cuerpo. Luego, cogió la cabeza con las dos manos y la elevó para contemplarla. Con tanta sangre, le costó reconocerla. Era Natalia, la amante de Bogdam, la sicaria de su tío Maxim. No le dio ninguna pena descubrir que se la habían cargado, así que dejó caer su cabeza al suelo y continuó con su camino. Un problema menos en su vida.

Accedió al interior del edificio y el olor a cadáver fue tan fuerte que le hizo contener la respiración. Caminó de forma silenciosa, temerosa de que todavía pudiese quedar alguien vivo ahí dentro y de que ese alguien tuviese un arma lista para usar.

Pero allí dentro sólo había muerte.

No le llevó mucho tiempo revisar la casa entera. Al fin y al cabo, era una casa franca pequeña si se la comparaba con las de otros distritos. Estaba nerviosa e impaciente y eso también la hizo actuar con rapidez. No dedicó más tiempo del necesario para identificar a los muertos que lo inundaban todo ni se distrajo con ningún hallazgo en particular. Sólo quería encontrar a Bogdam.

Aunque no era una mujer que se impresionase con facilidad, ese escenario le torció el gesto. Salió de allí con la certeza de que no olvidaría esa carnicería que ahora dejaba atrás. Continuó con su camino apresurado hacia otra de las casas francas, que quedaba a una manzana de distancia. Allí encontró menos cadáveres de los que esperaba durante el recorrido y supo que el plato fuerte se había servido en Lesnoryadskiy. A lo largo de la calle, los cuerpos sin vida se distribuían entre los coches que habían quedado abandonados de mala manera, algunos calcinados, otros con las puertas todavía abiertas. Eran los coches de unos atacantes que ya nunca regresarían.

Los recorrió todos en silencio, con el arma preparada para rematar a algún tirador si era necesario. Pero, cuando llegó al último coche que había quedado olvidado al final de la calle, no pudo hacer otra cosa que dejar caer la UZI al suelo.

Allí estaba Bogdam.

Tuvo que contener el grito que deseaba dar, y en su lugar sólo salió un susurro ahogado.
—Bogdam.
Tatiana se agachó a su lado, incapaz de tomar la bocanada de aire que necesitaba, paralizada por un miedo profundo y recién descubierto que en nada se parecía al que había sentido al verle marchar. Le tomó de la cara y él entreabrió los ojos.
Estaba vivo.
Estaba vivo, y ella pudo seguir viviendo gracias a eso.
Pero estaba grave, así que no había tiempo que perder. Respiró agitada mientras examinaba su estado. Bogdam estaba pálido y su piel se sentía fría al tacto. La miraba, pero no estaba segura de que la viese de verdad. Tampoco tenía fuerzas para hablar. Había demasiada sangre a su alrededor y un análisis rápido fue suficiente para descubrir qué le ocurría. Tenía un disparo en la pierna, uno que él mismo había intentado presionar, pues su mano todavía descansaba sobre la herida. Pero la pérdida de sangre le había impedido seguir haciéndolo y ahora tenían un grave problema. El reguero que había a su lado evidenciaba que no le habían disparado allí, así que habría perdido más sangre de la que Tatiana tenía a la vista.
Bogdam había tratado de ponerse a salvo.
Se puso en pie y caminó alrededor de los cadáveres a la vez que trataba de contener el terror y el nerviosismo que la recomían por dentro. No tardaría en rozar la histeria y esa era la peor compañera en un momento como ese. Tenía que centrarse, trabajar desde la objetividad. Tomó una inspiración profunda a la vez que desabrochaba el cinturón a uno de los muertos que yacía en el suelo. Dio un tirón fuerte para sacarlo. Luego, regresó con él hasta donde se encontraba Bogdam y le hizo un torniquete bien apretado en la pierna.
—Esto detendrá la hemorragia —le informó, mientras lo ajustaba todo lo posible—. Ahora, tenemos que irnos.
Él no respondió. Se le cerraron los ojos y Tatiana sintió pánico ante la idea de no haber llegado a tiempo. Si había perdido demasiada sangre, no habría nada que hacer. Por suerte para los dos, Bogdam estaba detrás del último coche de la calle, así que podrían salir de allí sin tener que aplastar ningún cadáver ni esquivar ningún vehículo mal aparcado. Tatiana comprobó que las llaves estuviesen puestas y luego abrió la puerta trasera. Tiró de Bogdam para meterle dentro, pero él apenas se movió. Pesaba demasiado y ella no tenía la fuerza suficiente.
Hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió arrastrarle hasta el lateral del coche. Subirle era, definitivamente, tarea imposible. Tiró de él en todos los ángulos que pudo, intentó elevarle, pero no hubo manera. No pudo más que gritar de rabia y miedo en un ataque desesperado de frustración.
Y su grito le trajo en sí de forma momentánea.
Bogdam abrió los ojos y la contempló, confuso por culpa de la pérdida de sangre.
—Ayúdame a que te suba al coche —le dijo, en una súplica que surtió efecto.
Bogdam trató de ponerse en pie, cosa que le resultó sumamente difícil, pero ese pequeño esfuerzo fue justo lo que ella necesitaba para alzarle con sus brazos por debajo de las axilas. Consiguió subirle al coche y luego él se desvaneció de nuevo.
Con esperanzas renovadas, condujo como una demente por las calles de la ciudad. No tenía ni idea de qué había ocurrido en el resto de los distritos ni si sus hermanos estaban bien, así que no se arriesgó a llevarle a la mansión sin estar segura primero de que continuase en su poder. Además, estaba demasiado lejos. No tenía tiempo, así que debía escoger la opción más inteligente. Sólo se le ocurrió un lugar al que ir: la casa de Anton Usov, un antiguo compañero de la universidad.

Anton tenía una clínica de medicina estética al lado de la galería Tretiakov, pero Tatiana sabía que también atendía a pacientes en su casa, en un exclusivo callejón residencial, cerca de los Estanques del Patriarca. Estaba segura de que dispondría de un quirófano o, en su defecto, de una enfermería bien equipada, justo lo que necesitaba en ese momento. Por eso, giró en la plaza Komsomolskaya y puso rumbo hacia su casa con la esperanza de encontrarle en el interior, mientras rezaba por haber tomado la decisión correcta.
Bogdam sólo tenía una oportunidad.

Capítulo 53

«No hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague».

Refrán

Anton abrió los ojos un segundo más tarde de que su cerebro advirtiese el sonido del timbre. Lanzó un vistazo perezoso al reloj. Eran las cuatro y veinte de la madrugada y no tenía ni pajolera idea de quién llamaba a su puerta a una hora tan inapropiada. Salió de la cama con un gruñido de fastidio y se puso la bata de cachemir que tenía sobre la butaca. Gógol comenzó a ladrar en la entrada y tuvo que chistar varias veces para que no despertase a todos los vecinos del edificio. Frente a él, Milena se revolvió en la cama por culpa del escándalo y se dio la vuelta para comprobar qué era lo que ocurría.

—Haz que ese perro se calle, por favor —dijo, adormilada. Sus labios gruesos por el ácido hialurónico apenas se entreabrieron para hablar—. ¿A dónde vas?

—A ver quién es —respondió, mientras se abrochaba la bata con movimientos bruscos—. Alguien ha llamado al timbre.

Ella apretó los ojos y se dio la vuelta para continuar durmiendo.

Anton recorrió el pasillo, que estaba sumido en la penumbra, hasta que llegó al portero que tenía instalado al lado de la puerta. Pulsó el botón inferior y la imagen de una mujer se reveló en la pantalla. Antes de que pudiese responder, ella presionó el timbre de nuevo, varias veces esta vez.

Gógol se revolvió entre sus piernas ante la insistencia de la visitante inesperada y comenzó a gruñir con fiereza. Sólo pesaba cuatro kilos, pero actuaba como si fuese un ejemplar de American Staffordshire. Le acalló con unos toques del pie y el muy desgraciado mordió su zapatilla en respuesta. Ese condenado perro tenía los días contados, igual que la mujer que descansaba en su cama.

Anton devolvió la atención a la imagen que tenía delante. Entrecerró los ojos mientras contemplaba a esa mujer. Le resultaba familiar, pero no tenía ni idea de por qué. La resolución de la pantalla no era todo lo nítida que necesitaba como para discernir si era una cara conocida o no. Ante la duda, habló por el interfono.

—¿Quién es? —dijo, molesto.

Ella cuadró los hombros y se acercó al telefonillo.

—Anton, soy Tatiana. Necesito que me ayudes.

¿Tatiana?

Miró dos veces más la pantalla y entonces la reconoció gracias a sus facciones. Se había teñido el pelo de un color muy oscuro y en absoluto se parecía a la Tatiana que él recordaba.

Su presencia en una noche como esa sólo auguraba problemas. Allí, protegido por los edificios de ese barrio adinerado y confiado en que los disturbios no llegarían hasta el vecindario, Anton había olvidado que esa noche Moscú ardía por culpa de la mafia y por sus absurdos problemas entre ellos. Tatiana había llegado hasta su puerta sólo para recordárselo, y para recordarle también que estaba en deuda con ella.

No podía ignorar su petición de ayuda. Pulsó el botón que daba acceso al edificio mientras exhalaba con hastío, pero Tatiana no se movió del sitio. En su lugar, hizo una seña a la cámara

para pedirle que bajara.
Anton se frotó los párpados con cansancio. No sabía a quién cojones había cabreado últimamente, pero su vida no dejaba de complicarse con una sucesión de acontecimientos de mierda que consumían su paz interior.
Le debía mucho a esa mujer, y por eso se ajustó la bata, apartó al perro de su camino y salió al rellano. No utilizó el ascensor. Bajó los dos pisos que le separaban de la entrada con pasos ágiles y luego abrió el portal para encontrarse cara a cara con su colega y antigua compañera.
Ella estaba más delgada que de costumbre y tenía un aspecto un tanto demacrado, pero nada que no se pudiese solucionar con unos pinchazos en los sitios correctos y con un buen peeling.
—Anton, tienes que ayudarme —dijo, nerviosa. Demasiado nerviosa tratándose de ella, que siempre había sido más fría que el permafrost ártico—. Tengo a un hombre en el coche con una hemorragia masiva por un disparo. Ayúdame, por favor.
Tatiana no estaba nerviosa, sino desesperada.
Anton ladeó la cabeza para mirar detrás de ella. Sobre la acera había un coche antiguo que más bien parecía un amasijo de chatarra, todavía con el motor encendido.
El problema de Tatiana no tenía nada que ver con él, y le hubiese encantado ignorarla, decirle que estaba demasiado ocupado tratando a sus clientas tiranas y caprichosas, pero le debía demasiado como para mirar hacia otro lado. Cerró los ojos por un instante para asimilar el alud de mierda que estaba a punto de caerle encima, y luego los abrió para hacer un asentimiento de cabeza con el que aceptaba involucrarse en ese asunto que, a todas luces, era ilegal y podía acarrearle más de un problema.
Tatiana fue hasta el coche y se apresuró a abrir la puerta trasera, y Anton se asomó sin acercarse más de lo necesario. En su interior descubrió a un hombre tendido inconsciente, con un torniquete practicado con un cinturón y con demasiado mal aspecto como para que ni siquiera mereciese la pena intentar ayudarlo. Pero tenía que hacer el esfuerzo, por ese condenado juramento hipocrático y porque en absoluto quería meterse en líos con la mujer que hiperventilaba a su lado a causa del nerviosismo que intentaba contener.
—Ayúdame a moverlo —exigió.
La bata de cachemir que llevaba puesta costaba ochocientos dólares y no estaba dispuesto a mancharla con la sangre de un tipo que, probablemente, moriría de todas formas. En última instancia, decidió salvarla, así que se la quitó con rapidez y la lanzó a través de la ventanilla rota del coche. Con respecto al pijama de lino, compraría otro después de quemar el que llevaba puesto.
—Querré la bata de vuelta —advirtió.
Tatiana apretó la mandíbula mientras le miraba con una impaciencia asesina. Luego, asintió.
Entre los dos consiguieron sacarle del habitáculo y le arrastraron con dificultad por el camino de entrada. Él, por los hombros, y Tatiana, por los pies. Ese tipo con pinta de matón pesaba como media tonelada y dejó un reguero de sangre que no le resultaba nada conveniente de cara a sus vecinos del edificio. Lo último que necesitaba era que su reputación corriese peligro por culpa de un incidente como ese, que le relacionasen con la mafia.
Tatiana tuvo intención de meterle en el ascensor, pero él negó con la cabeza. Todos los vecinos lo usaban para subir y bajar, incluso los del primer piso, y no podía empantanarlo con la sangre de nadie. Le subieron por la escalera como pudieron, lo más rápido que les era posible si se tenía en cuenta que no les quedaba otra que hacer paradas para recuperar el aliento. Él no estaba en su mejor forma y las zapatillas de estar por casa no le daban ninguna estabilidad. Lo consiguieron gracias al empeño de Tatiana. Ambos llegaron a la doble puerta blanca que daba acceso a su

apartamento fatigados por el esfuerzo. Anton introdujo el código y estas se abrieron para él.
—¡Milena! —gritó nada más acceder al interior—. ¡Milena!
Milena apareció unos instantes más tarde, vestida con ese pijama de satén que siempre llevaba puesto. Se llevó la mano a la boca y contuvo un grito ahogado.
—Ve ahí fuera y limpia los restos de sangre —le ordenó—. Date prisa.
Gógol comenzó a olisquear la pierna malherida del tipo y Anton tuvo que apartarle con el pie. Como venganza, el chucho trató de morder a Tatiana, quien fue menos cuidadosa con su forma de echarle a un lado.
—Por aquí —le dijo a su colega, mientras giraba hacia la derecha por un pasillo amplio que daba acceso al ala de su apartamento en la que realizaba las consultas.
Milena caminó detrás de ellos.
—¿Y con qué limpio la sangre? —dijo, angustiada—. No he limpiado sangre en mi vida.
—Con lo que encuentres, Milena —le respondió, con la voz torturada por el esfuerzo de cargar con ese tipo—. Coge lo que sea.
—Pero no sé qué hacer.
Su novia era una completa inútil.
Tatiana soltó de golpe las piernas de ese hombre, que cayeron a plomo sobre la moqueta. Se dio la vuelta y agarró a Milena del cuello. Luego, la estampó contra la pared. Su amiga iba muy justa de paciencia esa noche.
—Agua, jabón y un maldito trapo —pronunció, con los dientes apretados, mientras Milena la contemplaba con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada.
Dicho eso, la soltó y regresó a su posición para trasladar al herido hasta donde él la condujese.
Podría haber intervenido, haberle dicho a Tatiana que no se propasase con su novia, que era demasiado blanda para una situación como esa y que hiciese la vista gorda con ella. Pero, en su lugar, disfrutó del brillo del miedo en sus ojos cuando la empujó contra la pared.
—Ya la has oído —añadió, mientras giraba a la izquierda cargando con el cuerpo.
Soltó al hombre cuando llegaron a la entrada de la consulta. Abrió la puerta y encendió las luces. Ese lugar no se parecía a lo que estaba seguro que Tatiana buscaba, pero serviría.
Le subieron a la camilla con un gruñido emitido al unísono y luego se dirigieron al lavabo para lavarse con el jabón antiséptico.
—¿Tienes sangre? —preguntó Tatiana, mientras se frotaba las manos de forma frenética con el jabón.
—No tengo nada de eso aquí. —Se encogió de hombros. Allí practicaba los tratamientos menores. Las operaciones las llevaba a cabo en la clínica.
—Entonces tendrás que ir a buscarla —le informó, nerviosa—. Es AB+, así que trae lo que sea.
—No creo que salir a la calle sea lo más sensato —comentó, sabedor de que sus palabras no servirían de nada.
Tatiana apartó las manos del agua y le contempló con una mirada que habló por sí sola. Anton no pudo sino esbozar una mueca de fastidio. Tendría que ir a por la condenada sangre, y rápido. Ella se secó, se puso unos guantes y luego fue directa hacia ese hombre, que yacía inerte sobre la camilla.
—Antes de irte, dame todo lo que tengas para el dolor. Instrumental esterilizado para extraer la bala y suero salino. También epinefrina. Y un par de vías. Le pondré una mientras preparas el suero.
Tatiana cogió el fonendoscopio que Anton tenía sobre el escritorio y auscultó al tipo en silencio, con los ojos puestos sobre los de él, que estaban cerrados.

¿Quién era ese hombre? Mientras se lo preguntaba, buscó todo lo que ella le había pedido y lo colocó sobre la mesa que había al lado de la camilla. Preparó el sistema para suministrar el suero y lo colgó en un porta suero que acercó a su lado. Ella le puso una vía con mucha pericia y luego le conectó a la bolsa. Programó una velocidad de infusión baja y se giró hacia él.

—Vete a por la sangre —le pidió de nuevo, mientras se apartaba un mechón oscuro de la frente con el dorso del brazo—. Y date prisa.

Él no estaba acostumbrado a que le diesen órdenes, pero acató la de Tatiana. Nunca la había visto tan desesperada ni tan asustada. Durante los años que estudiaron juntos en la universidad, ella siempre había mostrado un temple envidiable, una capacidad innata para resolver los problemas médicos al margen de las emociones. No tenía ni idea de quién era el hombre que estaba tumbado sobre esa camilla, pero estaba seguro de que se trataba de alguien importante, alguien capaz de sacar los instintos más bajos de una mujer como ella.

Tal vez fuese un líder de la mafia en la que se movía, o su hermano, o puede que su mejor amante. Fuera quien fuese, estaba decidida a salvarlo, y por eso ahora le lanzaba a él a las calles, a esas que habían advertido por televisión que nadie pisase hasta que los disturbios y los tiroteos estuviesen controlados. Arriesgaba su vida para salvar la de un tipo que le importaba una mierda.

Accedió al garaje sin tiempo para cambiarse el pijama cubierto de sangre y se subió a su Audi R8. El motor ronroneó mientras se ponía en marcha y rezó para no encontrarse con ningún problema por el camino. De ser así, y después de lo que acababa de presenciar, un retraso supondría la muerte de ese hombre, y puede que también la suya, como castigo desmedido hacia él.

Pero eso no ocurriría. Él era un tipo inteligente, así que encontraría la manera de llegar a la clínica rápido y sin problemas. Le proporcionaría la sangre a Tatiana, no sólo porque se lo debía, sino porque siempre era bueno que una mujer como ella le debiese un favor. Después de lo que había presenciado en la consulta de su domicilio, sabía que la deuda de ayudarla a salvar la vida de ese hombre sería incalculable.

Y también porque, en el fondo, Tatiana era una antigua amiga.

De ninguna manera regresaría con las manos vacías.

Capítulo 54

«La vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir».

Gabriel García Márquez

Bogdam abrió los ojos con lentitud. Le pesaban los párpados y estaba mareado, tal vez sedado. Tenía frío, a pesar de que notaba el peso de la ropa de cama sobre el cuerpo. Había demasiada luz y por eso le llevó unos minutos percibir la silueta de Tatiana cernida sobre él. El pitido de un monitor de constantes vitales llegó a sus oídos y dedujo que estaba en la enfermería de la mansión, a salvo.

—¿Cómo te encuentras? —la voz de Tatiana sonó distante, atenuada.

Volvió a caer en el vacío oscuro del sueño, un sueño que le atrapó con ansia y que le mantuvo dormido durante horas. Le costó salir de él para despertarse y, cuando lo hizo, la luz era más suave a su alrededor porque estaba a punto de caer la noche. Vio a Tatiana con claridad nada más abrir los ojos. No estaba en la enfermería, sino en una habitación extraña y ajena.

—Hola —Tatiana se puso en pie al ver que él despertaba—. ¿Cómo estás?

Entumecido. Débil. Indefenso.

Pero todo eso le daba igual. Lo único en lo que se fijó fue en las ojeras pronunciadas que tenía ella, en los restos de sangre que había sobre su mejilla y en su aspecto torturado.

—Estoy bien —logró decir, mientras alargaba la mano para buscar la suya.

Tatiana le agarró con fuerza y con la otra mano pasó los dedos por su rostro, suave. La caricia se sintió como estar en el cielo, pero se vio ensombrecida por los recuerdos de lo ocurrido, que llegaron desorganizados y cubiertos por un halo de irrealidad.

Le habían disparado en la pierna. Le habían disparado y todavía no alcanzaba a comprender cómo habían logrado alcanzarle. No se había expuesto, no había cometido ningún error, ni mucho menos había bajado la guardia con lo que sucedía a su espalda. La única explicación era que alguno de los hombres que estaba de su lado decidiese hacer un cambio de bando de última hora. Una decisión de mierda que casi le cuesta la vida.

No se culpaba. Krasnoselsky era un absoluto abismo de violencia y muerte, y los minutos posteriores a su llegada todo estuvo sumido en el caos. Los hombres de Kostya estaban atrincherados en la casa franca de Lesnoryadskiy y aguantaban allí desde que había comenzado la ofensiva, casi dos horas atrás. Eran muchos y por eso resistían, a pesar de que la calle comenzaba a estar repleta de cadáveres, de hombres de Kostya y también de los de Tatiana. Estos últimos intentaban protegerse tras los coches que quedaban cruzados en la carretera, detrás de los contenedores que habían traído hasta allí desde el extremo de la calle y en cualquier hueco que les concediese algo de protección.

Cuando llegaron los chicos de las ametralladoras, acribillaron la fachada sin piedad y gracias a eso hubo un respiro muy necesario en su bando. Los cadáveres cayeron a plomo desde las ventanas, sobre los que ya estaban muertos a los pies del edificio, y algunos de sus hombres aprovecharon esos minutos de oro para apilar los cadáveres a modo de barricada y así protegerse de lo que vendría después.

Las balas de las ametralladoras se agotaron cuando sus hombres ya estaban organizados y bien

posicionados en puntos que otorgaban mejor visibilidad. Entonces, dispararon por todos los flancos posibles, mientras que los mercenarios de Aleksei se las ingeniaban para colarse en el interior del edificio por las zonas traseras. Otros aguantaron junto a Bogdam tras de la pila de cadáveres cada vez más alta. A su espalda, dos francotiradores venidos de San Petersburgo, hombres de Viktor, apoyaban a los de a pie, eliminando a los objetivos que se exponían demasiado.

En un momento dado, uno de ellos cayó desde la altura con un arma blanca clavada en el costado. El otro francotirador huyó cuando fue consciente de que correría el mismo destino que su compañero, en busca de una ubicación más discreta, más escondida. Lanzó algunos disparos un poco después desde una ventana de la esquina de la calle y luego no volvió a vérsele más.

Costó sangre y sudor hacer la suficiente presión como para igualar la balanza. Cuando la mitad de los hombres que combatían en Lesnoryadskiy murieron, todo adquirió cierta armonía. Los disparos sin sentido, lanzados hacia cualquier parte, dejaron de sucederse. Los bandos quedaron claramente definidos. El asedio tomó forma, como también lo hizo la estrategia defensiva de los hombres de Kostya que quedaban en el interior.

Desde ese momento, fue una batalla igualada y cruel para ambas partes. Los francotiradores del bando contrario causaban bajas cada tanto, mientras que los mercenarios que Aleksei había llevado hasta Moscú se infiltraban por ventanas y recovecos de la casa para llevarse por delante a todos los que pudieran antes de morir allí dentro, en el edificio.

Cuando le dispararon a él en la pierna, no quedaba mucha gente en pie. Tres hombres detrás de la barricada de cadáveres y dos más tras los primeros coches de calle, esos que estaban bien situados como para disparar a las ventanas desde su posición. Puede que quedase algún mercenario más en el extrarradio de la casa, buscando la manera de entrar. En el interior, el panorama no pintaba mejor. Quedaba un francotirador en el último piso y tres o cuatro hombres en las ventanas superiores.

No supo desde dónde llegó el disparo. No era una bala de francotirador, de eso estaba muy seguro. Era el disparo de una pistola común, por lo que el tirador no habría estado muy lejos de él. Le había dado desde un lateral y le había dejado tendido detrás del coche, con los dientes apretados por el dolor y su pierna sangrando a mares, a la altura del muslo.

Sobrevivir en un escenario como ese era imposible, por muy buen pronóstico que tuviese la herida de bala. Por eso, en otras circunstancias, Bogdam se habría quedado allí, con el fusil en la mano y el ojo puesto en la mirilla para seguir disparando hasta que la vida llegase a su fin.

Pero no lo hizo.

Bogdam se llevó la mano a la pierna para taponar la hemorragia y levantó el arma para disparar a cualquiera que le impidiese huir de la escena. Huyó por Tatiana, por lo que le unía a ella y por el futuro que ahora sabía que podían compartir juntos.

Caminó a duras penas a través de los coches mientras se agachaba para protegerse de los disparos. Andar le suponía una tarea titánica, más aún si tenía que hacerlo encogido. Alguien en alguna ventana del edificio sabía que escapaba y se había propuesto impedírselo. Logró llegar hasta el último vehículo de la calle, pero cuando estaba a punto de subirse al interior y largarse de allí, el mareo que sintió fue tan fuerte que tuvo que dejarse caer al suelo. Reptó hasta la parte trasera y se acomodó allí, a salvo del tirador que la había tomado con él. El error había sido suyo, y es que no había prestado la atención suficiente a la sangre que perdía por la herida. Unos segundos más tarde, su vista se fundió a negro, y ahora estaba allí, con Tatiana.

—¿Recuperamos Krasnoselsky? —pronunció, todavía adormilado.

—No lo sé.

Esa no era la respuesta que esperaba. Si estaba a su lado, a salvo, era porque el distrito era suyo. La situación que dejó atrás, cuando trató de huir del disparo, era muy delicada. Estaban demasiado igualados, quedaban muy pocos hombres en ambos bandos y ninguno tenía una ventaja clara por encima del otro. Los primeros refuerzos que llegasen determinarían quién era el ganador de la partida.
—¿Dónde me encontraste?
—En la calle Gazovskiy. Estabas detrás de un coche, inconsciente. —Tatiana le miraba con seriedad.
Necesitó unos segundos para atar cabos. Si él estaba allí, a salvo, era porque Tatiana había salido del coche y había ido en su busca. Porque había ignorado la promesa que le hizo antes de marcharse.
—Saliste del coche —dijo, casi en un susurro.
—Sí.
Tatiana le sostuvo la mirada. Estaba preocupada.
—¿Quién recuperó el distrito? —quiso saber, mientras hacía un intento de incorporarse, cosa que fue imposible.
Ni siquiera recordaba haber hecho esa pregunta. Estaba más jodido de lo que pensaba.
—No lo sé. Nadie —repitió.
Bogdam arrugó la frente y Tatiana continuó.
—Cuando llegué ya no quedaba nadie con vida. No sé qué pasó después, Bogdam. No llevabas tu teléfono encima, así que no he podido contactar con nadie. —Una angustia latente resonó en sus palabras.
No tenía ni idea de qué había ocurrido con su teléfono. Tal vez se le cayó al suelo cuando trataba de escapar con la mano puesta sobre la herida de la pierna.
—¿Sabes el número de Aleksei o de Viktor? —le preguntó ella.
Ya habría intentado llamar a la mansión, pero hacía mucho que la línea estaba cortada.
—Sí. Busca un teléfono —dijo, con la voz debilitada por el dolor que regresaba ahora que la sedación desaparecía de su organismo.
Tatiana se puso en pie con rapidez y le dejó solo en esa habitación que no era capaz de ubicar. El cuadro que colgaba de la pared frente a su cama fue lo único que captó su atención. Era una mierda modernista pintada en tonos rojos y negros que le recordó lo cerca que había estado de morir. Tatiana había incumplido su promesa y, aunque no estaba dispuesto a reconocerlo para que no sirviese como precedente, nunca le estaría lo suficientemente agradecido. Bogdam no quería morir. Sentía la potencia de la vida correr por su torrente sanguíneo aun cuando se encontraba postrado en esa cama, en sus horas más bajas. Todavía le quedaba mucho por hacer en ese mundo enfermo y decadente.
Un perro blanco apareció en el umbral de la puerta justo cuando sus divagaciones se tornaban demasiado existenciales y le observó con ojos curiosos. Bogdam le contempló en respuesta. El animal hizo amago de ladrar, pero cambió de opinión y desapareció de la escena. Algo en el ambiente le resultaba irreal y se encontraba incómodo por no saber quién era el vencedor final en Moscú.
El sonido de una televisión que reproducía las noticias del canal local llegaba hasta sus oídos, pero no con la suficiente fuerza como para que pudiese entender alguna de las palabras de la reportera. No le hacía falta. Para la gente de a pie, allí no había héroes ni villanos, sino tan sólo criminales interrumpiendo el flujo de sus vidas. No necesitaba contemplar la pantalla para saber que el informativo reproduciría en bucle imágenes de los destrozos causados a lo largo de los

distritos involucrados en el conflicto: coches calcinados, negocios destrozados y, si eran atrevidos, puede que el cuerpo de algún muerto tendido en el suelo dentro de una bolsa. Nada que le diese a él ninguna información sobre quién había recuperado el control de la ciudad.

Ellos dominaban la ofensiva, por lo que confiaba en que hubiesen exterminado a Kostya y a sus secuaces. Pero lo cierto era que no contaba con ninguna evidencia de que eso fuese así.

Tatiana regresó varios minutos después con un teléfono en la mano y seguida por una mujer rubia a la que él no había visto en su vida. Le tendió el teléfono y Bogdam marcó los números con lentitud. Luego, se lo devolvió.

—Es el teléfono que llevaba Aleksei anoche —la informó, a la vez que dejaba caer el brazo sobre la cama.

Tatiana lo tomó entre las manos y fue hasta la ventana, tensa, con la espalda demasiado rígida. Aguardó con la mirada perdida en el exterior a que alguien respondiese al otro lado, pero finalmente bajó el teléfono.

—No contesta —dijo, derrotada a pesar de su semblante serio.

Bogdam le hizo una seña con la mano y ella fue hasta su lado. Le tendió el móvil de nuevo y él marcó otro número. No había muchas opciones más. Si nadie respondía, tal vez hubiesen perdido la batalla, tal vez hubiesen perdido Moscú para siempre. En el fondo, no le importó.

Bogdam la tenía a ella y eso era más que suficiente.

Capítulo 55

«La victoria es por naturaleza insolente y arrogante».

Cicerón

Viktor caminó por el pasillo de la mansión con aire sombrío. La camiseta de tirantes blanca que llevaba puesta dejaba sus hombros al descubierto y en uno de ellos se podía adivinar la herida de una bala que había pasado demasiado cerca y que había abrasado su piel. También tenía un corte de arma blanca en el abdomen, leve y superficial, porque su atacante había muerto de un disparo en la frente antes de que pudiese hendir el cuchillo en su hígado.

Estaba agotado física y mentalmente y necesitaba desquitarse un poco con el que ahora era su prisionero, propinarle unos cuantos golpes en el estómago para saciar esas ansias de violencia que todavía latían en su ser. La matanza que habían perpetrado unas horas atrás no le había resultado suficiente, por desgracia para él.

No era suficiente porque Tatiana no estaba allí para saborear la victoria a su lado, porque el cuerpo sin vida de su tío Maxim estaba dentro de una jodida bolsa en el depósito de cadáveres del sótano y porque el humor de Aleksei estaba tan torcido que ni siquiera se le pasaba por la cabeza aunar fuerzas con él.

Recuperar Moscú no servía de nada si no la recuperaban a ella. Por eso, su victoria se sentía como un fracaso.

Tatiana estaba desaparecida desde que dejó Tagansky para acompañar a Bogdam al mismo sitio del que uno de sus hombres había sacado a su tío Maxim con tres disparos en el pecho. Saber eso no era nada alentador, pero no habían encontrado su cadáver, y para Viktor esa era la mejor señal de que ella no estaba muerta. Pero entonces, ¿dónde cojones estaba?

Su hermanita se había empeñado en regresar de Vorkutá, en llevar a cabo su plan de armar un ejército con todos esos comerciantes, traficantes y prostitutas de la ciudad, en darles el poder de elegir un bando y de luchar por él a sabiendas de que podían tomar la decisión incorrecta. Por suerte para todos, no se había equivocado. Su plan había sido jodidamente brillante, y gracias a esos refuerzos, a ese factor sorpresa revelado en el último momento, Kostya no había podido hacer una mierda para escapar del ataque que habían preparado para él ni había tenido lugar en el que esconderse. Sólo había mostrado resistencia en Krasnoselsky, como ahora atestiguaba el cadáver de su tío Maxim, y ni siquiera con esas había podido hacerse con el distrito.

Viktor se pasó la mano por el pelo y los músculos de su brazo se contrajeron con el gesto. Estaba harto y cansado y no quería pagar toda esa mierda con Gia, no cuando ella todavía trataba de procesar la locura que se había vivido la noche anterior.

Acababa de rozar el pomo de la puerta tras la que se encontraba el prisionero cuando su teléfono móvil vibró en el bolsillo. Lo sacó con desgana y contempló que se trataba de un número desconocido.

—Diga —dijo, hastiado por lo inoportuno de la llamada.

—Viktor, soy yo.

Viktor clavó los ojos en la puerta que había frente a él.

—No me jodas, Tat —dijo, exaltado, eufórico —. ¿Dónde mierda estás?

Hubo un silencio en el que escuchó cómo ella exhalaba con alivio. Él también estaba aliviado por no tener que rematar todos y cada uno de los cadáveres de la ciudad para vengarla por su asesinato. Por no tener que llorar su pérdida. Por no tener que vivir sin ella el resto de sus días.
—Estoy en casa de un amigo, a salvo. ¿Dónde estás tú?
—En casa —dijo, con el móvil demasiado apretado en su mano—. Y espero que vengas cuanto antes. Ya tendrías que estar aquí.
—Iré pronto. ¿Aleksei está bien?
Cómo no, preguntaba por su hermano favorito.
—Tiene un palo metido por el culo, pero sí, está bien.
—¿Ha salido todo bien? —Tatiana se revolvió al otro lado y escuchó el ladrido de un perro de fondo.
—Todo bien, hermanita. Moscú vuelve a ser nuestro.
—Bien. —Viktor supo que se alegraba de escuchar la noticia, a pesar de que su respuesta no lo reflejó de esa manera—. Escúchame, estoy con Bogdam —continuó—. Él está herido, pero pronto podrá caminar y entonces iremos para allá. ¿Es seguro moverse por Moscú?
—Es más seguro que nunca, Tat. Todos los traidores han caído. Todos, menos uno —le dejó caer. El regalito especial estaba reservado para ella, detrás de esa puerta de madera.
Tatiana hizo caso omiso a su anuncio.
—Si Bogdam responde bien, iré en unas horas.
—Déjale con tu amigo y ven ya —exigió—. Te necesitamos aquí.
Hubo un silencio al otro lado de la línea, uno que no supo interpretar.
—Iré en unas horas —repitió ella.
Viktor levantó una ceja. No tenía ni idea de qué se traía su hermana entre manos y lo único que quería era tenerla allí cuanto antes, a su lado, para comprobar que de verdad estaba bien. Llevaba más de dos putos meses sin verla. En otras ocasiones, habían pasado mucho más tiempo que ese separados, pero no sin tener ni una noticia de ella, no sin saber que estaba bien. Su secuestro le había consumido y ahora lo único que deseaba era besarla en la cara, agarrarla por los hombros con fuerza y hacerla saber lo mucho que la había echado de menos.
—Unas horas —la advirtió—. Mañana por la mañana como muy tarde. Si no, saldré a buscarte. Y que sepas que estoy harto de buscarte, hermanita.
—Te lo prometo —dijo, antes de colgar.
Una promesa que Viktor se tomó muy en serio, porque no había nada que desease más en ese momento que abrazarla.

Capítulo 56

«El destino puede seguir dos caminos para causar nuestra ruina: rehusarnos el cumplimiento de nuestros deseos y cumplirlos plenamente».

Henry F. Amiel

Tatiana sintió una bofetada de nostalgia cuando cruzó el umbral del recinto de la mansión. La puerta se abrió cuando se acercaron a la entrada, pues las cámaras divisaron que se trataba de ellos dos mucho antes de que llegasen allí. A su lado, en el asiento del copiloto, estaba Bogdam. Anton le había conseguido una muleta y el vendaje que tapaba la herida estaba bien colocado. Le dolía, aunque no se quejase de ello, pero podía andar y su vida no corría peligro, lo que le resultaba mucho más que suficiente.

Recorrieron el camino hasta la puerta de su casa en silencio, mientras Tatiana miraba hacia todas partes con el volante bien agarrado entre las manos. Era como si hubiese pasado mucho más tiempo de lo normal, mucho más incluso que cuando hizo la residencia de cirugía. Una eternidad, así era justo como se sentía ese fragmento de su vida.

El sol brillaba con rabia en esa mañana templada de principios de septiembre. La casa destacaba luminosa entre los árboles que rodeaban la propiedad, como un diamante en bruto escondido de la vista del resto del mundo. Tatiana se dejó abrazar por el sentimiento de calidez que le provocaba esa visión y luego agradeció en silencio el poder estar de vuelta.

Aparcó frente a la entrada y se bajó con rapidez. Janina ya los esperaba en la puerta y Tatiana ni se detuvo a considerar que tal vez Bogdam necesitaba ayuda para salir del coche. Subió la escalinata y fue directa al encuentro con su ama de llaves, una de las pocas mujeres de confianza que existía en su vida. Las dos se fundieron en un abrazo sentido y luego la dejó atrás para continuar con su camino. Ya tendrían tiempo de hablar más tarde, cuando se hubiese reencontrado con su familia. El *hall* que la recibió estaba muy cambiado. Había una mesa en medio, repleta de documentos y de mapas. Al parecer, Viktor había convertido esa zona en el centro de operaciones de la casa, lo cual era lógico, pues era el lugar de más fácil acceso, el más cómodo para salir corriendo si la situación lo requería.

Encaró el pasillo que conducía al salón y entonces vio a Viktor caminar hacia ella, con una expresión en la cara que nunca había visto antes en él. Era preocupación, mezclada con alivio y con gratitud. Se lanzó a ella y le dio un abrazo que le cortó la respiración.

—Joder, hermanita —sonó afectado—. Pensé que no volvería a verte —su voz se rompió y supo que estaba al borde de las lágrimas.

Tatiana apenas pudo pronunciar palabra, pues el abrazo no se lo permitió. Aguantó estoica los segundos que Viktor mantuvo el brutal contacto, hasta que por fin la soltó.

—Me alegro de verte, Vitya. —Tatiana le sonrió mientras le acariciaba la mejilla. Contempló sus ojos grises, vidriosos por las lágrimas sin derramar—. No llores si no quieres que papá se revuelva en la tumba.

Ambos sonrieron.

—¿Qué aberración te has hecho en el pelo? —dijo, mientras sostenía uno de sus mechones entre los dedos.

—No he tenido elección. —Tatiana se encogió de hombros. Era la verdad.
De detrás de su espalda salió una mujer. Era morena y tenía el pelo largo. Sus ojos marrones la contemplaban con atención y con cierta cautela. Cuando descubrió que Tatiana la miraba, levantó una de sus manos a modo de saludo.
—Hola —dijo, todavía con la mano en alto—. Yo soy Gia.
Tatiana se apartó de Viktor y repasó a Gia con la mirada. Esa mujer había sido la causante de la mayoría de sus problemas, pero, aunque le jodiese, no podía culparla. Ahora entendía sus razones, y supo que unos meses atrás ni siquiera se habría molestado en tratar de comprenderlas. Se acercó a ella y le tendió la mano. Gia la estrechó con firmeza y asumió que debía tener una personalidad muy fuerte para soportar a su hermano Viktor día tras día.
Estuvo tentada de regalarle un comentario afilado como pequeña venganza, pero no tuvo tiempo. Aleksei apareció en su campo visual y Gia quedó relegada al olvido de inmediato.
A Tatiana le encogió el corazón verle caminar hacia ella, con un brillo mortal en los ojos, con el anhelo rebosando en el fondo de su mirada. No pudo esperar para abrazarle y salvó la distancia que los separaba con pasos apresurados. Él la acogió entre sus brazos y la sostuvo con fuerza, mientras apoyaba la barbilla sobre su cabeza.
—Ya están todos muertos —afirmó, con un tono gélido que heló el aire que los envolvía.
—Lo sé. —A Tatiana no le quedaba ninguna duda—. Gracias por volver.
No había palabras que agradeciesen que su hermano hubiese venido a apoyarla. Había aparcado su vida, esa que tanto le había costado planificar, sólo por buscarla, por luchar en su nombre cuando las cosas se habían puesto feas.
—Sólo ha venido porque yo se lo pedí —apuntó Viktor en tono arrogante, a su espalda—. Y vamos, suéltala ya. —Trató de separarlos con las manos—. Vamos a enseñarle el regalo de bienvenida que tenemos para ella, antes de que se nos pase la emoción del reencuentro.
La sorpresa que Viktor tenía preparada para ella era un secreto a voces. Por fin, Kostya y ella se verían las caras y podría poner el punto final a ese sinsentido que había durado demasiado y cuyas consecuencias a largo plazo todavía estaban por ver.
Aleksei la liberó y Tatiana agradeció en silencio que la vida los hubiese vuelto a reunir de nuevo, aunque fuese bajo ese pretexto de mierda. Su hermano se acercó a Bogdam, quien había llegado hasta donde se encontraban y contemplaba la escena apoyado en la pared, a un lado. Como solía ocurrir, Tatiana ni siquiera se había percatado de su presencia, de cuándo había llegado hasta allí. Era silencioso incluso ahora que estaba herido y que se valía de una muleta para poder caminar.
—Gracias por proteger a mi hermana. —Aleksei y Bogdam se agarraron del brazo y su hermano le lanzó una mirada de entendimiento al que durante tanto tiempo había sido su sicario.
Bogdam hizo una inclinación con la cabeza y luego rompieron el contacto.
—Síguenos, hermanita. —Viktor le hizo una seña con la mano.
Viktor era impaciente por naturaleza y estaba deseoso de entregarle a Kostya. Tatiana, sin embargo, sólo deseaba saborear esa sensación de calidez un poco más, llenarse los pulmones con el aire de su hogar, mirar a sus hermanos a la cara y disfrutar del simple hecho de existir, de que los tres continuasen con vida por más tiempo. Aunque sonase ridículo, la venganza contra Kostya se había convertido en un asunto secundario.
Tatiana le siguió. Caminó detrás de Viktor mientras echaba una ojeada a los ventanales altos que salpicaban el corredor y que tan bien conocía, a esa moqueta oscura sobre la que tantas veces había caminado y a los cuadros que la habían visto crecer.
La vida la devolvía a su lugar.
Viktor la condujo hasta una de las habitaciones, una que quedaba muy cerca del salón. Abrió la

puerta y, antes de que ella entrase, hizo una presentación teatral con los brazos abiertos para darle dramatismo a lo que esperaba en el interior para ella.
Pero la reacción de Tatiana no fue la que él esperaba.
Tatiana se quedó clavada en el umbral de la puerta, paralizada por una mezcla de pánico y espanto. Le llevó unos segundos reaccionar, los suficientes como para que su mente se intoxicase con miles de pensamientos febriles y absurdos. Cuando logró asimilar lo que veía, accedió al interior, conmocionada, y detrás de ella lo hicieron Aleksei y Bogdam.
Allí, en medio de la habitación, estaba Yun. Aguardaba de rodillas, maniatado y con la cara llena de sangre. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Tatiana y a ella se le cayó el mundo encima. Había rabia en los ojos de él, pero también angustia.
—No te lo esperabas, ¿verdad? —Viktor la contempló con ese brillo psicópata en los ojos. Estaba feliz de haber capturado a su secuestrador para ella.
No era Kostya. En ningún momento lo había sido.
Por supuesto que no se lo esperaba.
Tatiana levantó las manos en un intento de congelar la situación. No tenía ni idea de cómo salir de semejante aprieto y la parte racional de su cerebro acababa de cortocircuitar. Negó vagamente con la cabeza mientras buscaba las palabras oportunas, pero no las encontraba porque no existían. La única salida que vislumbró fue que se abriese la tierra y los devorase a todos de camino a las entrañas del infierno. Así no tendría que dar explicaciones.
—Esto no debería ser así —alcanzó a decir, nerviosa—. No puede ser así, ya lo sabéis.
No deseaba que su cara no reflejase el caos de emociones que experimentaba en ese momento, el vértigo y el pánico que le provocaba la escena. Quiso llorar y gritar, y lanzarse a Yun para abrazarle y ofrecerle consuelo. Quiso encarar a sus hermanos por no haberla avisado antes de que Yun estaba bajo su poder, y disculparse con Bogdam por ese arrebato de locura que sufría por culpa de sus sentimientos hacia otro hombre.
Antes de que pudiese ni siquiera mover un dedo, Aleksei tomó la palabra.
—Nadie sabe que está aquí, ni los norcoreanos ni los propios chinos. Será una desaparición limpia, no nos podrán señalar —su tono indiferente no ayudó a calmar los ánimos.
Bogdam se había cruzado de brazos y le miraba muy quieto, con ese matiz depredador que Tatiana conocía tan bien. Saltaría a matarle en cuanto le diesen la orden y le duraría muy poco entre las manos. Aunque estuviese lesionado. Aunque le quedase un hilo de vida, incluso. Yun era el hombre que se interponía entre ellos y la única forma de sacarle de la ecuación era fulminándole ahí mismo. Pero Bogdam no era un animal. Por eso le contemplaba estático, contenido a pesar de sus propias emociones.
Tatiana, sin embargo, sólo quería ayudarle a levantarse, limpiar la sangre y abrazarle, y odió todos esos deseos por lo impropios que eran. Pero era absurdo luchar contra lo inevitable.
Se tragó el nudo que tenía en la garganta antes de hablar.
—¿Y Kostya? —preguntó, contrariada.
—Kostya ya lleva días muerto, hermanita —Viktor le pasó el brazo por el hombro y el cuerpo de Tatiana se desestabilizó por un instante—. Lo mató Vladimir en Arbat cuando intentaba escapar por la puerta trasera de la casa franca.
Un final muy benevolente para alguien como él.
Al final, su existencia no había tenido nada de gloriosa, ni tampoco su muerte.
Tatiana no dijo nada. Contempló a Yun y el ritmo de la respiración agitada de él se mezcló con el de la suya propia.
—Dejadme a solas con él —les pidió, firme—. Por favor.

Hubo unos instantes de silencio antes de que Aleksei se pusiese en marcha para salir de allí. Los tres abandonaron la estancia con cierta desgana. Sabía de primera mano que ellos querían quedarse a ver el espectáculo, uno que imaginaban muy distinto a cómo se iba a desarrollar en realidad.

No quiso mirar a Bogdam, o puede que, simplemente, no fuese capaz. No estaba preparada para ver lo que sabía que iba a encontrar en sus ojos.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Tatiana se agachó frente a Yun. Le tomó de la cara y sus miradas se clavaron la una en la otra. Luego, le dio un beso fugaz en los labios. Un gesto espontáneo que se negó a contener y del que se arrepintió de inmediato. O tal vez no.

—Mierda, Yun, maldita sea —susurró, frustrada, mientras revisaba su cabeza en busca de la contusión que había provocado el sangrado—. ¿Estás bien?

—Sí —su voz sonó debilitada y Tatiana supo que le habían maltratado mucho.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó, mientras le hacía un examen rápido y profesional de las heridas, con manos nerviosas. Algunos hematomas no eran recientes.

—Unos tres días —alcanzó a decir, todavía con su tono altivo asomando en alguna parte de su voz.

Tatiana devolvió la mirada a sus ojos y luego la puso en su boca. Acarició su labio inferior con el pulgar y notó que estaba áspero por la deshidratación. Le habrían dado poca agua y, de seguro, ninguna comida.

—¿Puedes ponerte de pie?

—No lo sé —confesó, sin quitar los ojos de los suyos. Había cierta súplica en el fondo de ellos, una que trataba de ocultar. Despuntaba bajo la rabia y la frustración.

Tatiana le rodeó y le liberó las manos, que estaban atadas con una cuerda de rafia que había amoratado sus muñecas y le había dejado heridas abiertas en la piel. En el estado en el que se encontraba, y a pesar de que sabía que era muy buen luchador, liberar a Yun no suponía ningún riesgo. No podría hacerle daño a nadie.

Una vez que sus manos estuvieron libres, le ayudó a ponerse de pie. Y Yun la abrazó. Al principio creyó que era para no perder el equilibrio, pero luego se dio cuenta de que sus intenciones eran muy diferentes.

El abrazo de Yun era desesperado. Apoyó su frente contra la suya y la miró a los ojos, y Tatiana vio en ellos todo eso que tanto anhelaba. Los dos se habían echado de menos, lo cual era un absoluto desastre.

Aunque la matase pensarlo, sabía que lo mejor que podía pasar era que Yun se olvidase de ella, que dejase de buscarla y que diese carpetazo a lo ocurrido entre ambos. Ahora Bogdam estaba en su vida y su presencia sólo complicaba más las cosas. Lo complicaba, principalmente, porque no estaba segura de hasta qué punto sería capaz de dejar ir al hombre que ahora tenía delante.

Tatiana necesitó unos instantes para ponerlo todo en perspectiva. Estaba agotada por la guerra de la noche anterior, por la falta de sueño y por el estrés que le había provocado creer que perdería a Bogdam. Y ahora se encontraba con esto. Se sintió al límite por primera vez en su vida y le costó un esfuerzo inmenso ordenar las ideas, tomar las riendas de sus emociones.

—¿Qué te duele? —le preguntó, finalmente.

—Todo —confesó, un tanto irónico, sin quitarle los ojos de encima.

Tatiana apretó los dientes con disgusto y por primera vez sintió rabia hacia su propia familia. Pero ellos no eran los culpables de que tuviese sentimientos tan fuertes hacia su propio enemigo.

Yun llevaba puesta su ropa de siempre. Una camisa negra con unos pantalones del mismo color. El conjunto estaba deslucido y tenía varios botones de la camisa rotos. Sus pectorales se

entreveían por la zona abierta. Tatiana se la desabrochó con cuidado. Revisó su torso y descubrió contusiones por todas partes. A Yun le habían dado una buena paliza pero, conociendo a sus hermanos como lo hacía, supo que se habían contenido. Por suerte para él, habían esperado a que ella regresase para que le diese su merecido, y sólo por eso continuaba con vida.
Tatiana le abrochó la camisa de nuevo.
¿Cómo le iba a explicar a sus hermanos la situación?
¿Cómo se lo iba a explicar a Bogdam?
—Tengo que llevarte a la enfermería, pero tengo que hablar con mis hermanos primero —dijo, con la mirada cargada de determinación—. Nadie te hará más daño, eso te lo prometo.
Yun alargó la mano y la colocó sobre su mejilla. Trató de humedecerse los labios antes de hablar, pero al final no pronunció ninguna palabra, y no fue necesario. Su mirada lo dijo todo por él.
La había echado de menos. Todavía la amaba. Todavía tenía la esperanza de que ella aceptase su estúpido plan de dominar el mundo. Pero a Tatiana no le importaba nada de todo eso, porque estaba segura de que podían llegar a un acuerdo, uno que fuese bueno para todos y que garantizase que Yun continuase con vida. Eso era lo principal.
—Quédate aquí, ahora vengo. Voy a hablar con ellos.
Yun asintió. Fue hasta la pared y se apoyó en ella. Estaba muy débil. Tanto, que apenas se podía mantener en pie, y eso le rompió el corazón.
Tatiana se armó de fuerza para enfrentar a los tres hombres que la esperaban al otro lado de la pared. Salió y la cerró a su espalda y se quedó justo allí, custodiando la entrada para que nadie pudiese entrar. Protegiendo a Yun.
Puede que ese fuera el mayor error de su vida. Aun así, supo que no tenía otra opción, que no podía actuar de forma distinta. Ya no era la mujer de hielo que gobernaba su vida con mano implacable. Ya no era la diosa sin sentimientos que contemplaba el mundo desde las alturas. Ahora, sólo era una mujer con el corazón en carne viva, una niña triste e inexperta que no tenía ni idea de cómo desenmarañar el enredo de sentimientos que tenía entre las manos. Por eso, no pudo sino actuar por instinto.
Aleksei, Viktor y Bogdam la contemplaban expectantes. Había mucho dolor en los ojos de Bogdam y eso le dolió a ella también. Ese era el precio que pagaba por liberar todas las emociones que dormían en su interior desde que era una niña. Junto a las buenas también brotaron las malas, como la empatía y el sufrimiento por los sentimientos ajenos.
Tatiana apartó la mirada. Supo que era un acto egoísta, pero no encontró otra forma de protegerse de los tres pares de ojos que se clavaban en ella. Lo que iba a decir les cabrearía y les dolería, sobre todo a Bogdam.
Se armó de valentía y habló.
—Si alguna vez me habéis querido, aunque sólo sea un poco, no os acerquéis a él. —Palabras muy crudas que cayeron como un alud.
Hubo unos instantes de confusión.
—¿Qué dices, Tat? —Viktor la contempló perplejo—. Ese tío te secuestró, quería quitártelo todo.
Tatiana negó con la cabeza.
—Ya lo has oído.
Encontró la mirada fría de Bogdam y supo que la conversación con él sería la más difícil. Aleksei dio un paso adelante y la enfrentó.
—¿Qué te ha hecho? —dijo, con los ojos entrecerrados.

—No me ha hecho nada. —Le había hecho de todo y ahora ella no podía concebir un mundo sin Yun—. No os acerquéis a él. Necesito que me lo prometáis, los tres.
Ninguno dijo nada y el silencio se alargó demasiado.
—¡Que me lo prometáis, joder! —Tatiana apretó los dientes con fuerza.
Viktor se revolvió, inquieto, como un león enjaulado al que llevaban años sin dejar salir.
—Creo que deberíamos hablar primero de todo esto, hermanita. Estás siendo muy impulsiva.
—No me jodas, Viktor —le miró, acusadora—. Tú eres el menos indicado para hablarme de impulsividad.
Tatiana negó levemente con la cabeza y miró a Bogdam. Él estaba cruzado de brazos y su silencio era letal. No era lo mismo que él supiese que Tatiana estaba enamorada de ese hombre, a verlo con sus propios ojos, a tenerle tan cerca.
La guerra para recuperar Moscú se le antojó fácil al lado de esto.
—Hablaré primero con él. —Tatiana señaló a Bogdam con la cabeza—. Dejadnos solos, por favor.
Viktor miró a Aleksei, como si esperase a que él tomara cartas en el asunto. Pero en lugar de rebatir su petición, Aleksei se alejó, no sin antes lanzarle una mirada de reproche fría y dolorosa. Viktor le siguió y dejó una estela de ansia homicida que se pudo palpar en el ambiente. Ambos caminaron hasta el salón, y sólo cuando desaparecieron detrás de la puerta, Tatiana dio varios pasos para colocarse delante de Bogdam.
Él la miraba con sus ojos verdes estáticos. Esperaba una explicación para la decisión que había tomado, pero no había una explicación que le contentase y Tatiana era consciente de ello.
—Todo lo que va a pasar a partir de ahora te va a hacer daño —le advirtió—. Es egoísta decirte esto, pero no puedo ni quiero perderte otra vez. —Tatiana le aguantó la mirada—. Lo entiendes, ¿verdad?
Bogdam asintió. Era un tipo listo y sabía que lo que ocurría entre Yun y ella era enrevesado y profundo. Lo sabía desde hacía mucho tiempo, incluso desde antes de que Tatiana le confesara toda la verdad. Lo sabía por sus largos silencios mirando la chimenea, por los suspiros mientras fumaba en la ventana. Bogdam ya sabía todo eso, pero era más difícil verlo en persona.
—Bogdam —Andriy apareció al final del pasillo y rompió en pedazos la atmósfera que se había creado entre ellos—. ¿Tienes un momento?
Bogdam asintió.
—Hablaremos después. —La dejó con la palabra en la boca y comenzó a caminar por el pasillo, ayudado por la muleta, y se largó.
Y Tatiana se quedó allí, tentada de sacarle los ojos a Andriy con las uñas mientras veía a Bogdam desaparecer.
Alguien que no le conociese habría pensado que la situación le resultaba indiferente, que le daba absolutamente igual que Tatiana tuviese sentimientos hacia otro hombre. Pero ella sabía que estaba dolido y que algo dentro de él sangraba. Lo sabía porque ella había sentido lo mismo cuando le había visto con otra mujer.
Sin duda, los dos cargaban con heridas antiguas y nuevas. La cuestión era si después de ese día podrían sanarlas alguna vez.

Capítulo 57

«La manera más profunda de sentir una cosa es sufrir por ella».

Gustave Flaubert

Tatiana ayudó a Yun a salir de la habitación y le condujo hacia la enfermería, con un brazo por encima de su hombro para que se apoyase en ella. Bogdam se había ido y eso le había dejado un dolor extraño en el pecho, un vacío opresivo que le encogía el corazón. Reencontrarse con Yun le proporcionaba algo de luz, pero no solucionaba el problema que ahora tenía entre manos. Aleksei y Viktor la contemplaban en silencio desde el pasillo, delante de la puerta del salón. No intervinieron, a pesar de que a Tatiana le costó horrores sostener a Yun para salir de allí.

No le importaba lo que pensasen los demás. Sólo lo que pensase Bogdam, en todo caso, pero eso ya lo arreglaría.

Accedieron a la enfermería y Tatiana le ayudó a subir a la camilla. Yun se tumbó con mucho esfuerzo, mientras contenía una mueca de dolor. Le abandonó unos instantes para lavarse las manos y ponerse unos guantes con los que trabajar de la forma más aséptica posible.

Todo era un caos a su alrededor. No tenía ni idea de quién se había encargado de curar a los heridos durante las semanas que ella había pasado fuera, pero esa persona era un auténtico desastre, un cero a la izquierda. Ojeó los cajones entreabiertos y en su interior encontró una pesadilla. Las agujas se mezclaban con el hilo quirúrgico, con las jeringas y las vendas, y con los paquetes de gasas a medio abrir, algunos de ellos manchados con sangre. Tanto el suelo como las superficies eran una vorágine de suministros usados y nuevos, revueltos sin ningún propósito. Una caja de tubos de extracción se había volcado y nadie se había molestado en ponerla en su lugar. Ahora, su contenido se mezclaba con los tubos endotraqueales y los manguitos que alguien había lanzado al suelo sin ningún fin. El desfibrilador agonizaba en una esquina, tirado de mala manera sobre un cúmulo de toallas llenas de sangre. Y el armario de las soluciones intravenosas había quedado arrasado.

Tatiana tomó unas respiraciones profundas antes de empezar a reunir el material que hacía falta para curar a Yun. Él la observó durante los minutos que tardó en hacerse con todo lo que necesitaba, cosa que no fue sencilla. Rescató una bandeja quirúrgica en la que colocó el instrumental para suturar la herida que Yun tenía en la cabeza y la dejó a un lado de la camilla. Al fondo del armario encontró suero salino. Prefería Ringer lactato, pero dado el estado de la enfermería, no podía ponerse exquisita. Le puso una vía y conectó el suero para rehidratarle. También le administró diclofenaco para el dolor.

—Pronto estarás bien —dijo, mientras trabajaba a su alrededor.

Yun no le quitaba los ojos de encima. Estaba hecho polvo, pero se recuperaría. Lo suyo era menos grave que lo de Bogdam.

—Te he echado de menos —murmuró, con toda su atención puesta en ella.

—Hablaremos de eso cuando te encuentres bien. —Cerró el tema.

La linterna resultó ser uno de los pocos instrumentos que continuaban en su lugar. La utilizó para asegurarse de que el golpe en la cabeza no le hubiese provocado una contusión cerebral. Comprobó con ella cómo reaccionaban las pupilas de Yun a la luz y después le hizo seguir

algunas indicaciones sencillas para confirmar que sus reflejos funcionaban como debían. Quedó satisfecha con el resultado. Luego, le suturó la brecha que tenía en la cabeza, muy cerca de la línea del pelo. Él no se movió ni rechistó y cuatro puntos fueron suficientes para atajar el problema.

—Cuando hayas descansado un poco, haré una radiografía para asegurarme de que no tengas ninguna costilla rota. No lo creo, pero por si acaso.

Yun asintió.

Tatiana exhaló mientras se quitaba los guantes y los tiraba a la papelera. Nada habría cambiado si los hubiese lanzado al suelo, con el resto de la porquería.

—En un rato te traeré algo de comer —informó.

Ahora que las heridas y contusiones de Yun estaban bajo control, Tatiana cogió un poco de suero y unas gasas y se sentó a su lado, en la camilla. Le estudió durante unos instantes. Yun estaba agotado. Tenía unas ojeras muy marcadas y sus ojos rasgados apenas se mantenían abiertos. Además de maltratarle y de no darle nada de comer, estaba segura de que sus hermanos también le habrían privado de sueño en la medida de lo posible. Empezó a limpiar con toques suaves la sangre que le cubría la cara y Yun abrazó su cintura sin mucha fuerza. El calmante que le había inyectado, junto a ese estado de debilidad en el que se encontraba, no tardarían en dejarle fuera de juego.

Tanta cercanía se sintió anómala, fuera de lugar, a pesar de que ella extrañaba la intimidad con él, sobre todo la que habían compartido los últimos días que estuvieron juntos.

—¿Dónde se ha quedado tu arrogancia, Yun? —preguntó, con la gasa llena de restos de sangre en la mano.

Él intentó esbozar una sonrisa, aunque apenas fue capaz. Luego, se le cerraron los ojos.

Tatiana supo que esa altivez que tanto echaba de menos no tardaría en regresar con toda su fuerza.

Yun se quedó dormido y Tatiana le cubrió con una manta de la enfermería, atenuó las luces y le dejó descansar. No pensaba marcharse. Pasaría el día entero allí si hacía falta, incluso la noche, si con eso garantizaba que Yun saliese de esa casa con vida.

Aunque sus hermanos le habían hecho una promesa, Tatiana no se fiaba de nadie. No cuando lo que estaba en juego era tan importante para ella como lo era Yun. No tenía ninguna duda de que Aleksei respetaría su decisión, pero Viktor era capaz de enviar a alguno de sus hombres a asesinarle y de hacerse el sorprendido después. Tampoco se fiaba de Bogdam, y es que, a pesar de que no era un hombre impulsivo, Tatiana sabía que una situación como esa podía despertar los peores instintos de cualquier persona. Si fuese al revés, si fuese Bogdam quien le confesara que amaba a otra mujer además de a ella, Tatiana encontraría la manera de destruirle la vida, aunque el precio a pagar fuese perder la poca cordura que le quedaba.

Justo ahí estaba el punto. Ella no sería capaz de soportar que Bogdam sintiese por otra mujer lo mismo que sentía por ella, y por eso, pedirle que aceptase que su corazón estaba dividido se le antojaba retorcido, ridículo y también egoísta. Exigía algo que ella no era capaz de dar, y eso la condenaba a perder credibilidad en sí misma, a cuestionarse su yo más profundo hasta un punto lamentable.

Tal vez necesitaba hacer trabajo de introspección, conocerse a sí misma un poco más. Contactar con un terapeuta, o con un gurú emocional, o comprar una maldita fábrica de vodka. O tan sólo dejar ir a un hombre de su vida y vivir el resto de sus años con el otro, confiada en que el tiempo borraría los sentimientos que quedasen en el tintero. Y si no los borraba, resignarse a una existencia hipócrita y de color gris.

Tatiana negó con la cabeza, hastiada de su discurso interior. Por lo pronto, lo mejor que podía hacer era mantenerse ocupada y arreglar el desastre que la rodeaba. Quería huir de sus propios pensamientos, pero ni siquiera una tarea tan ardua como recoger la enfermería era suficiente para alejarla de ellos. No podía silenciar las dudas, por mucho que se esforzase.

Para ella, todo, a excepción de la muerte, podía resolverse, subsanarse o repararse, especialmente con dinero. Bajo esa máxima se había transformado en una mujer más resolutiva cada vez, más ingeniosa a la hora de sortear cada nuevo problema. Hasta ahora.

Ahora esa creencia tenía el mismo valor que un papel mojado.

Ahora se daba de bruces con un muro en el que un paso en falso podía provocar un derrumbe sobre ella. El dinero aquí no pintaba nada. Todo se trataba de sentimientos y, en ese contexto, Tatiana se sentía como una recién nacida.

No quería estropear las cosas con Yun, ni mucho menos con Bogdam. Cada uno de esos hombres le aportaba algo único a su vida y era difícil decidir a qué iba a renunciar. Aunque la balanza se inclinase más hacia un lado, algo en su interior se revelaba ante la idea de renunciar a lo que oscilaba al otro.

Bogdam llevaba incontables años en su vida. Estaba enamorada de él desde la adolescencia pero, aun con sus esfuerzos por mantener la distancia emocional, Tatiana le había idealizado. No dudaba de sus sentimientos hacia él, pero sabía que eran una combinación de muchos factores. Yun había llegado para arrasar con todos sus principios sobre el amor y para demostrarle que no hacía falta una larga trayectoria entre dos personas para alcanzar un nivel de complicidad y conexión muy elevado.

La vida la situaba en una encrucijada siniestra en la que no existía un camino en el que no tuviese que dejar atrás algo muy valioso para ella.

¿Cuánto debía meditar para ver algo de luz?

No tenía ni idea, y ni siquiera estaba segura de tener la suficiente capacidad emocional para reflexionar sobre una decisión que involucraba sentimientos tan fuertes hacia personas distintas.

¿Qué le quedaba, entonces? ¿El instinto?

Tal vez la solución radicaba en elegir como lo haría un animal, desde la parte de su corteza cerebral que funcionaba en base a los conceptos más simples y básicos.

Le dio muchas vueltas, pero ni aun así fue capaz de vislumbrar la salida del laberinto.

Dedicó la siguiente hora a flagelarse psicológicamente y a salvar el material que estaba precintado y libre de sangre y suciedad. Lo colocó todo en los cajones y en los estantes que correspondía. Limpió las superficies y quitó toda la basura que inundaba el suelo. Luego, hizo un pequeño inventario y, en base a él, redactó una lista con los productos que había que reponer. Se la daría a Janina y ella la entregaría a la farmacia local que se encargaba de proporcionarles los suministros. Pronto su enfermería volvería a ser la que era.

Cuando regresaba de recoger las sábanas sucias que alguien había hacinado en la habitación de rayos, descubrió a Bogdam en la puerta, apoyado en el marco. No supo descifrar las emociones que vio en su semblante, pero dedujo que ninguna era buena.

Trató de actuar con la mayor naturalidad posible.

—Hola —le dijo, desde la distancia, todavía con la bola de sábanas entre los brazos—. Pasa. Alguien ha dejado esto hecho un maldito desastre —masculló.

Bogdam no dijo nada. Estaba segura de que el estado de la enfermería era lo que menos le importaba en ese momento, pues sus ojos se habían posado sobre Yun, a quien contemplaba con una mirada oscura y peligrosa.

Él tenía un vaso de vodka en la mano al que le dio un trago.

—No puedes beber alcohol mientras tomas los antibióticos —le recriminó Tatiana.
Bogdam no contestó, pues le importaba una mierda. En su lugar, le dio otro trago a la copa, como si quisiera molestarla de alguna forma, despertar en ella un sentimiento negativo, al igual que ella había hecho con él.
Tatiana soltó las sábanas en una esquina y le acercó una banqueta de ruedas para que tomase asiento. Estaba herido y debía costarle mucho esfuerzo permanecer de pie. Sin embargo, Bogdam la rechazó. En su lugar, se apoyó sobre la mesa que había frente a la camilla. Su mirada continuaba puesta en el hombre que dormía frente a él.
Nada le impedía lanzarse encima y destruirle, y Yun ni siquiera podría defenderse. La sola idea la puso nerviosa, pero no le quedaba más remedio que confiar en Bogdam. Ella ya le había advertido sobre las consecuencias que tendría matar a Yun.
—Si se te infecta la herida, puedes sufrir una sepsis. —Tatiana le arrebató el vaso de vodka y lo dejó al lado del lavamanos—. Y yo ya estoy agotada de ejercer de médico.
Era cierto. No recordaba cuándo fue la última vez que durmió como debía y su competencia profesional estaba por los suelos. En los últimos dos días, sólo había dado unas pocas cabezadas en el sillón de la casa de Anton, frente a la cama en la que Bogdam se recuperaba de la pérdida de sangre.
—¿Te duele? —le preguntó, suave.
Bogdam la encaró. Sus ojos verdes brillaron iluminados por la luz blanca de la enfermería.
—¿A cuál de las heridas te refieres?
Tatiana le contempló en silencio, un tanto conmocionada por su respuesta. Bogdam no era capaz de imaginar lo mucho que ella sentía lo que estaba ocurriendo, pero sentirlo no minimizaba el daño. Se preguntó si no sería una mujer demasiado débil a nivel emocional, demasiado escasa de recursos. No tenía una solución mágica para esa situación desastrosa y por eso supo que las palabras no cambiarían nada. Aun así, pronunció las más sinceras que tenía para él.
—Bogdam, yo te quiero mucho —le dijo, finalmente.
Bogdam levantó las cejas.
—Y a él también, ¿no?
Sí. A él también. Por eso estaba en ese atolladero.
—¿Tanto vale él para ti? —añadió. Una pregunta dura, directa y cargada de resentimiento.
Tatiana se removió, inquieta.
—Sí —le confesó, afectada—, y lo siento.
Supo el momento exacto en el que Bogdam recibió el golpe.
—Antes de que digas nada, tú también vales mucho para mí. Pero sé que eso ya lo sabes.
Y, al parecer, saberlo no cambiaba nada.
El silencio se alargó demasiado y Bogdam habló cuando Tatiana creía que ya no lo haría.
—¿Qué vas a hacer con él?
Tatiana ladeó la cabeza para mirarle. ¿Qué iba a hacer con él?
—Me aseguraré de que se recupere y luego le liberaré. —Era lo más sensato, aunque odiase la idea de no volver a verle si la vida se complicaba para ellos—. Sé que no es lo que quieres, Bogdam, ni lo que quieren Viktor y Aleksei, pero en esto decido yo. Tengo mis razones.
—Claro que las tienes —hubo un reproche palpable en su tono.
—Los sentimientos no son algo que se elija —le recordó.
Él chasqueó la lengua, disgustado.
—Lo sé.
Estaba segura de que, de tener la posibilidad de elegir, Bogdam habría escogido no sentir nada

por ella. Tal vez, por nadie, pues vivía demasiado entregado a su trabajo como para que el amor fuese un tema a considerar. Antes de que pusiesen los sentimientos sobre la mesa en su casa de Vorkutá, Bogdam se limitaba a disfrutar de las mujeres, sin complicaciones, sin compromisos emocionales, y asumía que el lío en el que ahora estaba inmerso era algo en lo que nunca habría escogido involucrarse por voluntad propia. Ella tampoco lo habría elegido, pero ahí estaban.
Tatiana tenía claro que nunca podría dejar a Bogdam atrás. No sólo estaba enamorada de él, sino que le consideraba una persona imprescindible en el ámbito profesional. Perder al hombre como pareja sentimental y también al hombre como sicario sería un absoluto desastre.
Pero también estaba Yun, y no podía mirar hacia otro lado con sus sentimientos hacia él. Yun no era un capricho ni un amante pasajero. Estaba enamorada de él en el sentido estricto de la palabra y eso era una traición hacia Bogdam, le escogiese o no. No veía la forma de resolver ese conflicto interno y se preguntó si la mejor decisión no sería quedarse sola.
Tal vez esa fuese la única salida.
—¿Qué opinas de él? —quiso saber—. De forma objetiva.
—¿Acaso importa? —respondió.
—Sí, sí que me importa.
Bogdam sonrió con ironía.
—Opino que debería estar muerto. Y que debería matarle yo, para que parezca un puto accidente y los norcoreanos no se te echen encima. Pero no me dejas hacerlo.
Tatiana exhaló.
—Yun no es tan terrible como parece —confesó—. Es un poco arrogante y tiene ideas muy ambiciosas, pero no es tan desgraciado como la mayoría. Él es…
—No me importa —cortó—, así que deja de hablar.
Su respuesta desganada la hizo suspirar.
¿Cómo iba a arreglar las cosas con él?
No se le ocurrió mejor manera que abrazarle. Tatiana le abrazó, aunque él no devolvió el gesto. Le miró a los ojos en busca de esa comprensión que siempre habían compartido a pesar de las circunstancias. Habló sin soltarle, sin romper ese abrazo rígido que estaba fuera de lugar.
—Sabes que siempre te elegiría a ti, Bogdam. Siempre —recalcó—. Tú mismo lo dijiste muy bien. Sólo somos tú y yo —hizo una pausa y se apartó para mirarle—. Pero yo no puedo olvidarme de él, no puedo cambiar mis sentimientos. Porque, aunque nunca en mi vida vuelva a ver a Yun, no voy a poder sacarle de aquí. —Tatiana puso la mano sobre su pecho, un tanto frustrada—. ¿Qué se supone que tengo que hacer entonces?
Bogdam la miraba con un semblante de indiferencia que Tatiana supo que no reflejaba lo que sentía en realidad.
—Dime qué tengo que hacer.
Él no tuvo ninguna respuesta para eso.
Ella tampoco la tenía.
—Te quiero —le recordó—. Y eso tampoco va a cambiar nunca. Y lo siento por todo lo demás.
No había mucho más que decir.
Rompió el abrazo y se dio la vuelta, dispuesta a cerrar la conversación, pero Bogdam atrapó su mano para no dejarla escapar. Dio un tirón de ella, un tanto brusco, y la obligó a que su cara quedase muy cerca de la suya.
—Cualquier otro hombre en tu vida, siempre irá detrás de mí. No lo olvides nunca y estaremos bien. —Su tono furioso, contenido, fue una revelación de intenciones.
Tatiana frunció el ceño. No tenía muy claro si esa respuesta significaba que Bogdam se resignaba

a cómo eran las cosas, si estaba dispuesto a amarla a pesar de la existencia de Yun, o si, simplemente, quería reforzar la idea de que debía elegirle a él por encima de cualquier otro. Alargó la mano para acariciar su mejilla con cariño, un gesto que fue recibido con cierta impasibilidad. La barba incipiente arañó con suavidad la yema de sus dedos, y se sintió bien.

Tuvo la tentación de besarle, pero sintió lo mismo que había sentido con Yun un rato antes. Una voz en su interior, preparada para recordarle que era una traidora, aguardaba impaciente a que Tatiana tuviese un gesto demasiado cariñoso con alguno de ellos, como si todo estuviese estático desde la aparición de Yun y esa quietud fuese sagrada. No podía acercarse demasiado a Bogdam si no quería hacer algo de lo que luego se arrepintiese, y mientras sus sentimientos estuviesen tan revueltos como lo estaban en ese momento, eso era lo que ocurriría.

Por eso, Tatiana se apartó.

—Tengo mucho en lo que pensar, Bogdam —le dijo, confusa.

Bogdam le sostuvo la mirada durante unos instantes.

—Claro —dijo, más suave esta vez. Más comedido.

Como si de forma inesperada comprendiese el conflicto con el que lidiaba ella, como si aceptase de que había dado demasiada rienda suelta al enfado y al dolor. Bogdam la amaba y así lo vio en sus ojos. La amaba a pesar de todo, incluso a pesar de la existencia del hombre que dormía frente a ellos en esa camilla. Nada podía cambiar eso.

La tensión del ambiente se disipó de forma paulatina, pero la conversación no siguió adelante. Bogdam se marchó. Abandonó la enfermería ayudado por su muleta y dejó a Tatiana sola con sus demonios.

No había mentido al decir que tenía mucho en lo que pensar. El problema era que pensar no la llevaba a ningún puerto y el tiempo corría en su contra. Estaba en punto muerto.

Tatiana se dejó caer sobre la banqueta que había rechazado Bogdam y clavó sus ojos en Yun. Él dormía muy profundo y su aspecto era tranquilo. Si todo iba bien, le buscaría una habitación para pasar la noche y hablaría con alguno de sus hombres para que se encargara de protegerle hasta que llegase el momento de liberarle.

Estaba demasiado cansada y no era capaz de dilucidar quién de los que permanecían a su lado era perfecto para una tarea como esa. En otras circunstancias, habría contado con Bogdam, pero, irónicamente, esa era una de las personas de las que necesitaba proteger a Yun. Ya no se fiaba de nadie, y eso, sumado al cansancio que arrastraba, nublaba su mente y le impedía pensar con la claridad que requería la situación.

Necesitaba un café y un vodka, y no necesariamente en ese orden. Tatiana se desplazó sobre la banqueta de ruedas hasta la pared de la entrada y luego descolgó el teléfono. Pediría las bebidas a Janina, y también un poco de su tiempo, pues necesitaba aprovechar el calor de su hogar para apaciguar sus ánimos revueltos.

Necesitaba sentirse arropada durante un rato.

Capítulo 58

«Después de todo
la muerte es sólo un síntoma
de que hubo vida».

Mario Benedetti

Vladimir apretó el puño con fuerza, el cual tenía colocado sobre sus labios. La bolsa negra que contenía el cadáver de su padre estaba abierta hasta la mitad. Revelaba la cara y el torso de Maxim, ambos cubiertos de sangre. Tres balazos en el pecho y uno que había cercenado parte de su cuello gritaban que no había tenido ninguna posibilidad. La muerte le esperaba en Krasnoselsky y nada pudo cambiar eso.

Una lágrima escapó sin previo aviso y corrió por el rostro de Vladimir hasta caer sobre su pierna flexionada. Su padre había muerto y no era capaz de asimilarlo con la rapidez que necesitaba.

Contuvo un quejido de dolor y rabia mientras se pasaba la mano por el pelo para apartarlo hacia atrás. Lo llevaba largo, ondulado, por debajo de los hombros, siempre hacia un lado para tapar esa cicatriz de mierda que tenía en la cara. Debía haber acompañado a su padre en lugar de ir a Arbat con Aleksei. Por muy bien que Maxim creyese que se había organizado, por mucho que hubiese presumido orgulloso de llevarse a sus mejores hombres en el escuadrón, Vladimir debería haber ido con él. Puede que también hubiese encontrado la muerte allí, pero al menos ahora no tendría esa herida sangrante en lo más profundo de su alma.

No tenía ni idea de qué iba a ocurrir en Kazán ahora. Su padre no tenía un claro sucesor, y no convenía que la ciudad pasase mucho tiempo sin uno. A pesar de que habían recuperado la capital, la desconfianza saturaría el ambiente en todos los brazos de la organización durante un tiempo. Ahora, todos los líderes se preguntaban si lo ocurrido en Moscú no podría pasar también de puertas para adentro, si no se estaría gestando ya en sus propias ciudades. La calma tardaría en llegar, y que el trono de Kazán estuviese vacío no haría otra cosa sino entorpecer ese retorno a la normalidad.

Vladimir alargó la mano y apretó con ella el brazo de su padre, que estaba parcialmente cubierto por el plástico negro. Maxim dejaba un vacío oscuro en su existencia que no podría llenar con ninguna luz, y eso era algo a lo que debía habituarse cuanto antes.

El chirrido de las bisagras de la puerta de la morgue rompió el silencio y anunció la llegada de su primo Aleksei. Él accedió al interior y cerró de nuevo. La fachada impasible de su primo no revelaba nada, pero Vladimir no se dejaba llevar por esa apariencia, pues le conocía bien. Aleksei guardaba en su interior mucho más de lo que dejaba ver, porque si no, no habría abandonado Moscú para huir con una mujer.

Se puso en pie para recibirle.

—Siento la pérdida —dijo Aleksei, mientras caminaba hasta situarse a su lado.

Era una condolencia sentida y así lo pudo ver en el fondo de su mirada.

Compartieron un abrazo breve y luego ambos contemplaron a Maxim.

—Algún día tenía que ocurrir —espetó Vladimir, con desgana.

Ninguno era ajeno a los riesgos que acarreaba dedicarse a lo que se dedicaban. A ellos, la muerte

los acechaba con más ahínco que a los demás.
—No así —Aleksei no quitó los ojos del que fue su tío—. Se merecía morir de viejo y rodeado de su gente.
Vladimir exhaló.
—Ya era viejo y murió rodeado de su gente.
Aleksei le miró de reojo.
—Pero merecía una muerte más tranquila.
O tal vez no. Maxim había robado muchas vidas y había truncado otras tantas, al igual que habían hecho ellos dos, quienes ahora le contemplaban con lástima cuando, en vida, su padre había sido merecedor de sentimientos muy distintos a ese. Vladimir le quería porque era su padre, pero Maxim no dejaba de ser lo que era, un criminal más con mucha sangre entre las manos.
—¿Cuándo te vas? —le preguntó a Aleksei, para cerrar el tema.
Su vida ahora estaba en algún lugar muy alejado de Rusia.
—Pronto.
Su primo siempre había sido un hombre de pocas palabras, como él. Ninguno de los dos hablaba más de lo necesario si podían evitarlo, y eso no era lo único en lo que se asemejaban. Ambos se habían visto empujados a hacer lo que les correspondía sin que nadie les hubiese preguntado primero si ese era su verdadero deseo, y ahora le envidiaba por haber tenido los cojones de dejar atrás la vida que le había venido dada desde la cuna.
Él no tenía las agallas de Aleksei, ni tampoco tenía ningún motivo para alejarse de su vida como la conocía, pero no podía obviar que cada nuevo día se preguntaba por qué estaba donde estaba, qué sentido tenían sus acciones y a dónde le conducían. Esa angustia existencial era algo que se había buscado él mismo, algo que había labrado a lo largo de los años. Leyó demasiado a Camus y a Heidegger en su adolescencia, así como a Kafka y a Dostoyevski. Indagó demasiado en las filosofías existencialistas y sobrevaloró cualquier texto o novela que casara con ellas, desechando todo lo demás. Vladimir buscaba algo que no lograba encontrar y, a pesar de luchar de forma salvaje por dar con ello, cada vez se sentía más perdido.
—No he tenido tiempo de ver a Tatiana —dijo, como si acabase de recordarlo.
Había pasado casi todo el tiempo allí, junto a ese cadáver que ya no era su padre, desesperado por aferrarse a algo que ya no estaba. No había vida sin muerte, eso era algo que sabía muy bien, pero ahora, junto al cuerpo inerte que tenía delante, se le olvidaba.
—Ven a cenar con nosotros esta noche.
No tenía ganas. Estaba apático y deprimido.
—Te lo agradezco. —Vladimir sacó una goma del bolsillo del pantalón y se recogió el pelo con un movimiento metódico. Como siempre, un mechón grueso quedó libre a un lado de su cara, para tapar la marca de la quemadura—. Tengo que prepararme para volver a Novosibirsk.
—¿Tu padre se enterrará allí?
—Sí.
Maxim había nacido allí, en el corazón de Siberia, cuando su abuelo Mikhail plantaba la semilla de lo que después se convertiría en un brazo más de la organización. A pesar de ello, pasó toda su infancia en Moscú, hasta que a los diecisiete años su padre le mandó a liderar la ciudad, justo después de que el cabecilla que la gestionaba cometiese una serie de errores que le costaron el puesto, y la vida.
Novosibirsk era lo que era gracias a su padre y a su empeño por maximizar las ventajas de que su ciudad fuese uno de los puntos más importantes del ferrocarril Transiberiano. Maxim supo muy

pronto que no sólo se trataba de controlar las drogas, las armas o la prostitución, sino que desde allí se podían abastecer de muchos productos del mercado negro a todas esas pequeñas ciudades del este de Rusia que, por su localización, se encontraban más aisladas.
Hizo dinero muy rápido y la organización creció a pasos agigantados. Y eso fue lo que recibió él cuando su padre decidió irse a Kazán en busca de una vida más tranquila: una organización sólida y bien asentada y con unas arcas rebosantes. Aunque los tiempos habían cambiado, el ferrocarril era todavía una forma muy eficaz de introducir productos ilegales allí, en la Rusia Oriental.
No había otro sitio en el que su padre quisiera enterrarse que no fuese ese.
—Si necesitas ayuda con el funeral…
—No, gracias. Tienes asuntos más importantes que atender.
Aleksei asintió.
—La cena es a las ocho en el comedor —informó, mientras caminaba hacia la puerta de salida de la morgue.
Su primo se marchó y le dejó sólo de nuevo con sus fantasmas, con esa angustia que crecía de forma exponencial a cada minuto, ahora que la vida se tornaba inestable e incierta para él.
Una noche. Sólo se lamentaría una noche y luego se pondría en marcha para volver a darle sentido a esa realidad que se había trastocado por la pérdida. Kazán necesitaba un sucesor y él se lo daría. A diferencia de Aleksei, para él no existía otro camino que no fuera ese.

Capítulo 59

«Lanza primero tu corazón y tu caballo saltará el obstáculo. Muchos desfallecen ante el obstáculo. Son los que no han lanzado primero el corazón».

Noel Clarasó

Tatiana caminó al lado de Yun escaleras arriba, en dirección a su habitación. No había ni rastro de Bogdam por ninguna parte y, en el fondo, lo agradeció. No estaba cómoda con que los viese juntos. Bogdam era demasiado observador y cada sentimiento que encontrase en la mirada de alguno de los dos sería como un disparo en el pecho para él.

Estaba a punto de caer la noche y hacía una hora que Yun se había despertado. Las radiografías no habían revelado fracturas y se encontraba lo suficientemente bien como para dormir fuera de la enfermería, así que lo más sensato era llevarle a una habitación en la que ponerle a salvo. A la suya, en concreto, pues era la que mejor conocía. Dada su mejoría, dejaría marchar a Yun por la mañana. Pero primero tenía pendiente una conversación con él.

Tatiana abrió la puerta de su dormitorio y le invitó a pasar. Encendió la luz y la estancia se llenó de luces cálidas provenientes de la lámpara de cristal que colgaba del techo, una pieza antigua de Baccarat que había comprado en una subasta unos pocos años atrás, cuando decidió que el estilo modernista no iba con ella.

Su habitación se conservaba como siempre. Janina se había encargado de mantenerla limpia y cerrada, de que nadie la utilizase bajo ningún pretexto, pues sabía que era su refugio, el único que tenía. Todo estaba igual que lo había dejado la noche que salió para reunirse con Artem. El tocador, recogido, pues no soportaba que sus productos de belleza quedasen a la vista. La puerta del vestidor, desde donde se atisbaba el estante de los zapatos, abierta, para que la ventilación fuese buena. La cama estirada y con los cojines alineados encima. El visillo del balcón, siempre echado para que nadie pudiese captar desde fuera ni una sola escena de lo que ocurría allí dentro, y flores frescas sobre la cómoda.

Por un momento tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado, de que se había quedado congelado dentro de esa habitación. Pero algo no encajaba, y ese algo era ella misma. Ahora, Tatiana era muy diferente a la mujer que cerró esa puerta dos meses atrás.

—La ducha está allí —le indicó a Yun—. Dentro hay toallas y también algo de ropa.

Había ordenado a Janina que tomase prestadas algunas prendas a Aleksei para salir del paso. Al fin y el cabo, sus gustos estilísticos eran muy similares. No era la mejor forma de proceder, pero hasta que no tuviese las ideas asentadas, no quería pedir favores a nadie.

Fue directa al mueble bar y se sirvió un vodka. Lo necesitaba más que el aire para respirar.

Yun hizo caso omiso a sus indicaciones y la siguió. La abrazó por la espalda y el contacto fue reconfortante, pero también se sintió inapropiado. Le había echado de menos cada maldito día desde que se despertó en el coche de Bogdam, aunque eso fuese tremendamente doloroso. Todas esas noches que había dormido con Bogdam al lado se había sentido una traidora, una mujer con el corazón roto que no era capaz de valorar que por fin tenía entre sus manos lo que siempre había anhelado, pues ahora también anhelaba otras cosas.

Dejó el vaso sobre el mueble y se dio la vuelta. Escapó de forma sutil de entre los brazos de Yun

y le miró a los ojos, unos ojos negros que brillaban con la misma intensidad que el día que se conocieron. Todo encajó al final, cuando él confesó sus verdaderas motivaciones, y ahora era incapaz de odiarle.
Era mucho peor que no poder odiarle, en realidad.
Puso su atención en los labios de Yun y su instinto fue besarlos, mordisquearlos y saborearlos. Pero Bogdam ya no era un fantasma. Era un hombre de carne y hueso con el que llevaba semanas acostándose, un hombre al que amaba.
Tatiana se apartó un poco y supo que Yun percibió la complejidad de la situación.
—Dúchate y después hablamos. —Recuperó el vodka y le dio un trago—. Te serviré uno cuando salgas.
Yun la agarró de la nuca con una caricia que despertó sensaciones en ella que dormían desde la última vez que le vio.
—Podemos hablar en la ducha, si quieres —sonó persuasivo.
Una proposición muy tentadora que no le quedó más remedio que rechazar.
Tatiana negó con la cabeza y Yun la soltó. Él supo que no había nada que hacer, así que aceptó irse a la ducha. Se dio la vuelta y caminó altivo hacia donde ella le había indicado que se encontraba el baño. Desapareció detrás de la puerta y por fin Tatiana pudo respirar.
Menuda mierda de situación.
Tomó asiento en el tocador y exhaló con desgana. Estaba cansada y lo último que deseaba era tener ningún tipo de conversación seria con nadie. Pero, por desgracia, no le quedaba más remedio que hacerlo. Abrió uno de los cajones laterales y pasó los dedos por las brochas y por los labiales de distintas marcas que estaban alineados a un lado. Janina le había dicho que la cena se servía a las ocho en el comedor y que sus hermanos solían acudir allí cada noche con sus mujeres. Una sugerencia que Tatiana tenía que aceptar si quería calmar los ánimos tras lo ocurrido con Yun. Le debía una explicación a Viktor y a Aleksei.
En otras circunstancias, se habría dado una ducha y luego se habría sentado en ese tocador para maquillarse de forma impecable. Después, habría escogido algún vestido ceñido y caro de su vestidor, unos tacones a juego, y habría bajado a la cena con la barbilla alta y el orgullo intacto.
Pero estas circunstancias eran distintas.
Echó una ojeada a su ropa. La camiseta básica que llevaba puesta tenía restos de sangre que habían tomado un color oxidado por todo el tiempo que llevaban ahí. La costura de los pantalones deportivos estaba desgarrada a la altura del tobillo y la imagen que le devolvía el espejo era muy diferente a la que estaba acostumbrada a ver. El pelo, ahora moreno, estaba sujeto en una coleta, muy enredado por todas las veces que la había hecho y deshecho desde que salió de la casa del amigo de Bogdam, en Tula. Las ojeras no tenían remedio posible y su expresión era muy distinta. De alguna manera, Tatiana se sentía derrotada, y ese no era un sentimiento que estuviese acostumbrada a manejar.
Suspiró y se puso en pie. Fue hasta el vestidor y lo recorrió con paso decidido. Dejó atrás todas esas prendas elegantes, las que ni siquiera se molestó en mirar de reojo, y llegó hasta los cajones del fondo. Allí tenía la ropa más informal, la que usaba para viajar en el jet privado los días que estaba enferma o que le debía muchas horas al sueño. Extrajo un pantalón negro ligero, de algodón, que se sujetaba con un cordón en la cintura, junto con una camiseta de manga corta del mismo color. Luego, mientras se dirigía a la salida, atrapó unas deportivas del estante más alto.
Lo dejó todo sobre el banco que había a los pies de la cama y se sirvió otro vodka. Ya había decidido quién sería el encargado de proteger a Yun esa noche. Lo haría Denis, uno de sus antiguos hombres, quien había permanecido al lado de sus hermanos durante todo el conflicto.

Denis era, a fin de cuentas, un perro bien entrenado con un buen sentido de la lealtad, así que cogió el teléfono de su habitación y le mandó buscar. Junto a él hizo venir a Sacha, su primo y quien le acompañaba a todas las operaciones.
Ellos acudieron de inmediato. Tuvieron una charla breve en el pasillo que fue suficiente para que aceptasen custodiar la habitación. Le entregaría un extra de un millón de rublos a cada uno por asegurar que la puerta permaneciese cerrada hasta su regreso. Ambos aceptaron sin rechistar.
Luego, volvió dentro y sirvió un vodka para Yun. Lo dejó sobre la mesa y se dejó caer en la butaca contigua, agotada. Tenía la sensación de que había miles de fuegos que apagar a su alrededor y no estaba segura de ser capaz de controlarlos todos.
Yun salió del baño poco después, con la ropa que le había prestado y el pelo húmedo peinado hacia atrás. Tatiana empujó el vodka que había sobre la mesa en su dirección y él lo tomó como una invitación para sentarse en la butaca libre. Era hora de tener la conversación pendiente.
Tatiana aguardó a que él se acomodase y luego se aclaró la garganta antes de hablar.
—Es totalmente aceptable tener una mesa en el dormitorio, como puedes comprobar.
Yun levantó la comisura de sus labios.
—Era más interesante como lo hacíamos nosotros.
En el fondo, tenía su punto, aunque no estaba dispuesta a reconocerlo.
Tatiana le estudió por millonésima vez y se preguntó qué tenía Yun que atrapaba su atención con tanta facilidad.
Recuperó su vodka de la mesa y apretó el vaso con demasiada fuerza. Odiaba lo que estaba a punto de decir, pero no tenía alternativa.
—Mañana te liberaré. Te llevaré al punto que tú me digas. —No quiso sonar afectada, pero no pudo evitar que cierta tristeza calase en su tono firme—. No quiero tenerte aquí más tiempo del necesario y que la situación se complique.
Yun no dijo nada. Sólo la observó desde su asiento, con el brazo estirado sobre el reposabrazos y el anillo girando alrededor de su dedo.
—¿Y ya está? —respondió, finalmente.
Tatiana dio un trago largo a su vodka.
—¿Qué otra cosa propones? Y antes de que digas nada —levantó el dedo índice, sin soltar la copa—, no lideraremos juntos. Eso es un imposible y nunca va a suceder.
Yun asintió. Tal vez ya se había resignado al respecto. Tatiana sacó un paquete de tabaco del bolsillo del pantalón de deporte y se lo tendió. Él se encendió uno para ella y luego otro para él, como había hecho tantas veces cuando estaban juntos.
Yun tomó la palabra.
—Todavía no sé cómo te encontraron, ¿sabes? —Dio una calada muy pausada—. Era muy difícil que supieran que estabas allí.
Esa no era la respuesta que Tatiana esperaba, pero si él quería que atasen los cabos sueltos, lo harían. No tenía sentido mentir. Ya había decidido que manejaría esa situación a cara descubierta.
—Te robé el móvil mientras dormías —reconoció, sin rodeos.
Yun le sostuvo la mirada con mucha atención.
—¿Y cómo lo desbloqueaste?
—La noche que maté a Konstantine tú lo desbloqueaste delante de mí, así que vi el patrón.
Yun no rompió el contacto visual. El humo de los cigarrillos flotaba entre ellos.
—¿Creías que no te iba a liberar? —hubo un filo de reproche en su pregunta.
—¿Estás dolido por eso?

—Pensaba que confiabas en mí.
Tatiana le aguantó la mirada.
—Confiaba en ti lo mismo que tú en mí.
Yun se echó hacia delante, para hablarle más cerca.
—Si no hubiese confiado en ti, nunca me habrías podido quitar el teléfono.
Tatiana tensó la mandíbula.
—No confiarías tanto si decidiste drogarme para llevarme a Pekín.
Yun desvió la mirada, por fin. La puso en el vaso de vodka que descansaba en la mesa, frente a él. Lo cogió para darle un trago.
—Tenía miedo de que todo lo que había entre nosotros fuese una mentira —confesó, franco—. No podía arriesgarme.
Tatiana sonrió sin un ápice de humor.
—No soy tan buena actriz.
—Ahora lo sé.
Chasqueó la lengua, contrariada. Si eso era lo que Yun necesitaba descubrir para liberarla, podría haberse dado cuenta antes.
—Cuando me confesaste la verdad, cambiaron muchas cosas —le reconoció ella—, pero entonces lo del móvil ya estaba hecho.
Ambos dieron una calada a sus cigarrillos y el silencio colmó la habitación. Sí, se había arrepentido de enviar ese mensaje, y no sólo por miedo a que Viktor se jugase la vida tratando de rescatarla. Se arrepintió porque, en el fondo, quería creer que Yun la liberaría de verdad, que todo podía ser diferente entre ellos cuando no les lastrase algo tan complicado como un secuestro.
—Responde a una pregunta con sinceridad —le pidió—. ¿Me habrías liberado de verdad?
Yun se tomó unos instantes antes de responder.
—Sí.
—¿Cuándo?
—Después del viaje a Pekín —confesó—. Allí no podías escapar así que, confiaba en que unas semanas fuera de la habitación, con más margen de libertad, te sirviesen para ver lo que podíamos construir, lo felices que podíamos ser juntos.
Tatiana se sintió consternada ante sus palabras.
Yun sonaba sincero y su razonamiento gozaba de toda lógica. Ellos nunca podrían mantener una relación sentimental siendo un captor y su rehén y, llegados al nivel de conexión y complicidad que compartían, lo único que les faltaba era encajar esos sentimientos en el mundo real. Si en Pekín compartían cierta cotidianeidad, si construían una rutina juntos, como pareja, liberarla sólo sería una mera formalidad.
Sin embargo, el pequeño detalle de que eran enemigos y de que Tatiana nunca aceptaría sus exigencias lo condicionaba todo. La situación no era tan sencilla, al fin y al cabo.
Le contempló con un matiz de melancolía.
—No quiero que esto sea un adiós para siempre —confesó—. No quiero pensar que nunca más te voy a volver a ver.
Ahora que se había convertido en una experta en poner palabras a sus sentimientos, no se cohibió de abrirse con Yun. No quería un adiós definitivo. No se conformaba con eso.
—Pero hay otro hombre —añadió, antes de que Yun dijese nada.
Entonces el silencio pesó más que nunca entre ellos.
Yun cogió aire despacio antes de poner sus ojos sobre los suyos, de nuevo.

—Lo sé.
Siempre lo había sabido. El sufrimiento de Tatiana por Bogdam se había filtrado a través de su piel durante todo su secuestro.
—Él es el hombre que me rescató. Lleva en mi vida desde que yo era una niña. —Tatiana buscó las palabras correctas. Quería ser lo más clara posible—. Siempre he estado enamorada de él, incluso desde antes de saber lo que significaba eso. Y cuando vino a por mí, se lo confesé todo. No aguantaba más. No aguantaba más porque actué durante muchos años como si no ocurriese nada, como si él fuese uno más a mi alrededor —negó con la cabeza—. Cuando me secuestraste, creí que estaba muerto y esa idea me torturó durante todo el tiempo que pasé contigo.
Tatiana vio el dolor en los ojos de Yun, mezclado con los celos. La escuchaba en silencio, atento a cada palabra.
—Pero viví algo parecido contigo cuando él me rescató —añadió.
Yun acarició el borde de la copa de vodka.
—Quédate conmigo —dijo él. Una propuesta muy directa y atractiva.
—No vamos a liderar juntos —le recordó.
—Eso ya no me importa.
Tatiana se dio cuenta de que las cosas entre ellos habían pasado a un plano muy distinto, y muy rápido. Ellos eran enemigos, pero también eran mucho más, y era ridículo fingir que eso no lo cambiaba todo. La relación entre sus organizaciones nunca volvería a ser la misma, pues ya no sólo estaban en juego el poder y el dinero. Ahora, todo se sucedía delante de un escenario mucho más complejo y en el que los sentimientos condicionaban de forma irremediable todo lo que ocurría en él. La dinámica había cambiado para siempre.
Ya poco importaban Moscú, los norcoreanos, los conflictos entre sus organizaciones o lo políticamente correcto. Ahora sólo eran un hombre y una mujer que estaban atados por unos sentimientos que los ahogaban en la misma medida que se alejaban el uno del otro. Ahora ella estaba abierta a Yun como nunca lo había hecho antes con otro hombre. A Bogdam le había condenado a quedarse al otro lado de sus muros de hielo, de las barreras infranqueables que ella misma había colocado. Durante años, se había agarrado a la idea de que una relación con él era imposible y le había impedido entrar al interior de su ser. Yun había aparecido en su vida para dinamitar todo eso y en mucho menos tiempo había penetrado hasta el fondo. Sólo porque ella se lo había permitido, a pesar de haberla secuestrado, a pesar de ser su enemigo. Bogdam había tenido que esperar mucho tiempo para lo que Yun había logrado al poco de llegar.
La única culpable de todo eso era ella.
—No te vayas. —La idea de que Yun volase a Shenzhen o a Pekín le resultaba deprimente—. Quédate en tu casa, la del bosque. Puedes trabajar desde allí y yo puedo ir a verte.
—Ya no es seguro ir allí —confesó, mientras apagaba el cigarrillo—. Tus hombres conocen la localización.
Sonó algo melancólico y Tatiana supo que era porque había perdido un refugio importante para él, la casa de su madre.
—Tienes hombres para protegerte, Yun. Y yo daré la orden de que nadie se acerque.
—No lo veo claro.
Tatiana apretó los labios.
—No te vayas a China todavía. —Un ruego exigente.
—Vente conmigo. —Una contraoferta tentadora, pero imposible.
Se escudó en lo evidente.
—No puedo abandonar Moscú ahora que lo he recuperado.

—Reconstruye lo que tengas que reconstruir y después te vienes conmigo.
Tatiana negó levemente con la cabeza.
—No es tan sencillo. Soy la líder aquí y no voy a renunciar.
Yun apuró su copa y se recostó en el asiento. Exhaló con desgana porque era igual de consciente que ella de lo jodida que era la situación.
No había muchas opciones posibles.
Y, por suerte para ella, al final aceptó.
—Bien. Me iré a mi casa, en el bosque. Sólo por un tiempo —concluyó—. Y cuando organices tus asuntos en Moscú, vendrás conmigo.
Tatiana aceptó sin pensárselo.
—De acuerdo. Pero sólo iré a verte. No me quedaré.
Yun alargó la mano para tomar la suya, que descansaba sobre el reposabrazos. La acarició con suavidad durante unos instantes.
—No pienso renunciar a ti. —Esa seguridad en sí mismo que llevaba escrita en el ADN brilló en sus ojos.
Tatiana desvió la mirada. Ella tampoco quería renunciar a él y esa era la raíz del problema. Necesitaba tiempo para pensar en ello y quería a Yun cerca mientras tanto, aunque fuese una decisión egoísta.
Liberó su mano del contacto para agarrar su vaso de vodka y darle el último trago. Luego, lanzó al cenicero el cigarrillo del que ya no quedaba más que un filtro apurado. La cercanía con Yun, lejos de ayudar a aclarar las ideas, la confundía aún más.
—Tengo que irme —se justificó.
Tatiana se puso en pie antes de que Yun la convenciera para quedarse.
—No salgas de la habitación hasta mañana —añadió, con la mirada fija en la suya—. Es importante que te quedes aquí para que pueda protegerte. No abras la puerta, ¿de acuerdo?
Yun asintió.
—Es una pequeña venganza, ¿no? —la acusó, provocador.
Tatiana se encogió de hombros.
—Tal vez.
Ambos se contemplaron con complicidad, aunque Tatiana decidió cortar el momento.
—Una mujer que se llama Janina, de mediana edad, te traerá la cena dentro de un rato. Yo volveré por la mañana.
Yun se mostró un tanto decepcionado, pero Tatiana no le dio explicaciones. Él mismo debía ser consciente de que con semejante conflicto interno era incapaz de pasar la noche con él, ni tampoco con Bogdam. Necesitaba oxigenarse y descansar sola.
Confianza, eso le había pedido Yun una vez. Él confiaba en ella, como ya había demostrado. Y ahora ella estaba a punto de demostrar que el sentimiento era recíproco.
Tatiana fue hasta su armario y sacó una Glock 17. Confiaba en los dos hombres que iban a custodiar la puerta durante la noche pero, a fin de cuentas, sólo eran dos hombres. Por eso, regresó al lado de Yun y se la puso en la mano. No iba a dejarle desprotegido en terreno enemigo.
—Si alguien entra por esa puerta e intenta hacerte daño, dispara. Pero no a matar —le advirtió—. ¿Puedo confiar en ti?
Yun agarró la pistola y la miró de soslayo.
—Ya lo haces.
Tatiana asintió a regañadientes. Yun tenía razón, le gustase o no.

Sin más dilación, cogió la ropa que había dejado sobre el banco de la cama y caminó hasta la puerta. Pero antes de que su mano alcanzase el pomo, Yun habló de nuevo.
—Contéstame a una pregunta. —Se había puesto de pie.
Ella se giró para enfrentarle desde el otro lado de la habitación. Asintió.
—¿Me amas?
Tatiana exhaló por la nariz mientras contenía una sonrisa carente de humor.
—Ya sabes la respuesta, Yun.
—Pero quiero escucharla, para que saldemos la deuda.
Hacía mucho que había olvidado ese juego estúpido en el que ella había salido a deber. Yun no se lo perdonaba, y en parte le parecía justo.
—Sí, te amo —reconoció, sincera.
Fue liberador de alguna forma, pero no estaba dispuesta a sucumbir a la intensidad de sus propios sentimientos, así que acto seguido, se largó. Tomaría una ducha en la habitación de invitados y luego iría a librar la siguiente batalla.
Todavía tenía que ir a ver a sus hermanos.

Capítulo 60

«Quizás uno no desea tanto ser amado como ser comprendido».

George Orwell

Tatiana se pasó los dedos a través del pelo, ahora limpio y desenredado, mientras caminaba por el pasillo en dirección al comedor. Eran las ocho y diez, así que sus hermanos ya debían estar allí. Accedió al interior y su presencia provocó que se hiciese el silencio. Viktor y Aleksei ya ocupaban sus sitios en la mesa redonda, acompañados por sus respectivas parejas. Las dos mujeres la observaron con cautela, mientras que en los ojos de sus hermanos encontró reproche y expectación. Esperaban que Tatiana aclarase algunos puntos y se mostraban deseosos de escucharla.

—¿Hay sitio para mí? —dijo, desganada.

Viktor empujó una silla vacía, la que quedaba libre entre él y la novia de Aleksei, y Tatiana tomó asiento.

La copa que había frente a ella se llenó de vino blanco y Tatiana la cogió al vuelo. Necesitaba más alcohol para afrontar la situación, una que ya de por sí se intuía muy complicada.

—¿Y bien? —dijo Viktor, con los ojos brillantes a causa de la violencia que ardía en su interior.

Su hermano estaba impaciente por escuchar sus explicaciones. Lo estaba desde esa misma mañana, cuando le pidió que no se acercase a Yun.

Tatiana se terminó la copa y la dejó sobre la mesa a la vez que enfrentaba la mirada de su hermano.

—Mañana liberaré a Yun —sentenció—. Y nadie se va a acercar a él. Jamás. Es mi orden y quien no la cumpla, tendrá que vérselas conmigo.

Todos se quedaron inmóviles ante su declaración. Luego, Viktor rompió el silencio con una carcajada.

—Vamos, Tat. Es un puto chino. Te secuestró —dijo, con cara de incomprensión, todavía sonriendo por lo enrevesado del asunto.

Antes de que pudiese responder, Janina entró en la sala y todos cerraron la boca.

Llevaba varios platos sobre una bandeja y los sirvió a lo largo de la mesa. Había consomé de verduras, y hasta que el olor no llegó a sus fosas nasales, no fue consciente de lo mucho que había echado de menos tomar esa sopa. Cuando se marchó, Tatiana retomó la conversación.

—Estoy enamorada de él —soltó, sin reparos, sin un atisbo de vergüenza.

Su tono fue retador, como si estuviese preparada para pelear en caso de que alguien quisiera rebatir sus palabras. Estaba cansada. No quería darle explicaciones a nadie sobre sus sentimientos, a nadie que no fuesen Bogdam y Yun, que eran los involucrados en el asunto. Pero no le quedaba otra que aclarar el tema con ellos, para su desgracia. Aun así, nunca pensó que llegaría a sincerarse de esa forma delante de sus hermanos, delante de dos desconocidas que aguantaban estoicas esa conversación en la que no pintaban nada y a la que se habían visto arrastradas por ser parejas de quien eran. Todo había cambiado demasiado.

Viktor la miró con desconcierto. Aleksei, con esos ojos entrecerrados cargados de frialdad con los que miraba cuando era incapaz de comprender algo. Las dos mujeres se miraban entre ellas,

incómodas.
—¿Hay algún problema? —dijo Tatiana, mientras se rellenaba el vino—. Porque cualquier cosa que tengáis que decir, el momento es ahora.
Viktor la contempló con cara de circunstancias.
—Pues claro que hay un problema, Tat —le dijo, con la cuchara en la mano, clavada sobre la mesa cual cuchillo a punto de usar para atacar—. Él es un puto chino. Es un enemigo. Te secuestró. Bogdam tuvo que jugarse el cuello para sacarte de allí, y si le pudimos coger, fue porque te estaba buscando otra vez. ¿Qué parte de la historia no entiendes?
Tatiana no podía rebatir ni una sola de las palabras de su hermano. Todas eran ciertas, y no había nada que pudiese cambiar eso. El pasado era el pasado. Pero en esa balanza que tenía con Yun, había muchos otros elementos que lograban que se inclinase hacia un lado muy distinto al que sus hermanos querían. Por eso él estaba a salvo en su habitación, con una Glock en la mano y dos vigilantes delante de la puerta.
—También es ruso —confesó, serena—. Su madre era de aquí, así que, técnicamente, él también lo es.
Viktor levantó una ceja.
—Tiene ojos de chino y está del lado de los chinos. Es un puto chino y no me vas a convencer de lo contrario.
Tatiana cogió aire. Hablar con su hermano Viktor era sumamente difícil la mayor parte del tiempo.
—Como decía, su madre era rusa. Y, aunque sea el enemigo, él no me hizo daño.
No más del que se había hecho ella misma en su intento de presionarle. Yun era un secuestrador terrible, le pesase a quien le pesase.
Aleksei tomó la palabra por primera vez en la conversación.
—Por él casi perdemos la ciudad —dijo, con un filo asesino en la voz que hizo que se alegrase de haberle dejado la Glock a Yun—. Maxim está muerto por su culpa, y más de la mitad de nuestros hombres también.
Tatiana arrugó el entrecejo. Nadie la había informado de la muerte de su tío Maxim.
—No sabía lo de Maxim.
—Pues ya lo sabes —dijo Aleksei.
Suspiró con desazón mientras apretaba el puño que descansaba sobre su muslo. En el fondo, lo raro era que Maxim hubiese salido vivo de Krasnoselsky. No pensó mucho en qué destino había corrido su tío cuando llegó al distrito. Su atención estaba puesta en Bogdam, eso era lo único que le importaba en ese momento. Que su tío hubiese muerto era una gran pérdida, una que todos iban a pagar cara, en especial su primo Vladimir.
De nuevo, no podía rebatir las palabras de su hermano Aleksei. Si Yun no hubiese financiado a Kostya, lo ocurrido en Moscú nunca habría sido posible.
—Él tenía un fin, y consideraba que ese fin justificaba los medios.
Viktor resopló con burla y Aleksei soltó la copa de vino sobre la mesa con demasiada fuerza.
No quería discutir con sus hermanos. Sabía que tenían razón en casi todos los puntos de la conversación, pero si por algo se caracterizaban esos malditos sentimientos, era por ser irracionales hasta el extremo. De poder elegir, ella no amaría a Yun, ni tampoco a Bogdam. Viviría una vida tranquila en soledad, una en la que pudiera dedicarse a su trabajo en exclusiva y donde los problemas sentimentales le fuesen totalmente ajenos.
Pero ahí estaba, jodida y a pecho descubierto frente a sus hermanos, cosa que no había ocurrido ni siquiera el día que murió su madre.

Tatiana contempló el consomé que se enfriaba frente a ella.
—Él quería que hiciésemos una alianza, que liderásemos Rusia y China juntos. Sabía que la única forma de acercarse a mí era secuestrándome, y sabía que sólo podía hacer algo así si tenía otra persona a quien culpar de ello. Necesitaba todo el lío en Moscú para cubrirse las espaldas con Corea del Norte —Tatiana hizo una pausa—. En el fondo, el plan era bueno.
—¿Liderar Rusia y China juntos? —dijo Viktor, con la cuchara a medio camino entre el plato y su boca—. ¿Estaba drogado cuando dijo eso?
Eso mismo pensó Tatiana cuando Yun le propuso hacerlo. Continuó.
—Él pensaba que la única manera de que la alianza fuese sólida, de que no hubiese problemas de confianza, era mediante una relación sentimental entre nosotros. Así que intentó que yo desarrollase el síndrome de Estocolmo.
—Y lo ha conseguido. —Aleksei rellenó su vino después de lanzar su opinión cargada de sarcasmo.
—No, no lo ha conseguido —pronunció Tatiana, con los dientes apretados.
Pero ojalá lo hubiese hecho, porque entonces podría haber solucionado el problema con una buena dosis de terapia. Pero lo suyo con Yun no se trataba de dependencia emocional, no era nada nacido de artimañas psicológicas. Tatiana le amaba por el hombre que era, por su personalidad, por cómo se sentía cuando estaba con él. Los sentimientos que tenía hacia Yun iban mucho más lejos de un hipotético apego traumático, por eso ahora ella estaba donde estaba, peleándose con su propia familia para que alcanzasen a entender, aunque fuese un poco, el motor que la motivaba a actuar de esa forma.
—Mis sentimientos hacia él son genuinos. Estoy enamorada de verdad —declaró, firme.
—Pues desenamórate —le reprendió Viktor, con un encogimiento de hombros—. Y así podremos vengarnos por lo que ha hecho.
Tatiana contempló a su hermano con un rencor antiguo que resurgía de improviso. No acostumbraba a sacar trapos sucios, pero esta vez no pudo contenerse.
—Tal vez si no te hubieses empeñado en perseguir a Aleksei por medio sudeste asiático yo no tendría este puto problema.
Viktor abrió tanto los ojos que temió que se le cayesen de su sitio.
—¿Cómo dices?
—Ya me has oído —rebatió Tatiana.
Percibió la tensión de la novia de Viktor, que estaba sentada frente a ella.
—Invertí demasiados recursos en intentar que no le encontrases —le recriminó, cabreada—. Si no hubiese tenido que vigilarte como a un niño pequeño, podría haber visto venir la situación.
La mirada de Viktor cambió y un destello de locura despuntó en sus ojos.
—Si no me hubieses engañado —pronunció, peligroso—, no tendría que haberle buscado por mi cuenta.
—Te engañé porque Aleksei quiso que lo hiciese. —Le lanzó una mirada rápida a su otro hermano y se disculpó por delatarle—. Lo siento. —Luego, puso sus ojos de nuevo sobre Viktor —. Esa es la verdad. Le protegí de ti, y si no fueses un maldito psicópata impredecible no tendría que haberlo hecho.
Viktor soltó la cuchara sobre el plato, dolido. Se pasó la mano por la boca y se echó hacia atrás en la silla.
—La misma mierda de siempre —pronunció, con los ojos puestos sobre ella.
Tatiana percibió cómo la tal Gia se removía en el asiento. Estaba nerviosa y quería salir en defensa de su querido novio, pero sabía que nadaba entre tiburones y que no había una jodida

manera de salir del paso.
Pero, para su sorpresa, esa chica tenía muy mala capacidad para reconocer cuándo cerrar la maldita boca.
—Viktor no tiene la culpa de lo que ha pasado en Moscú —la enfrentó, con la espalda recta y con la mirada cargada de determinación—. Ya tenemos todos una edad para asumir nuestros propios errores.
Tatiana quiso lanzarle el consomé sobre la cabeza, arañarle la cara y luego darle un par de patadas en el hígado. A pesar de que, por algún motivo, sabía que esa zorra se las devolvería.
Apretó los labios con los ojos puestos en ella. Y ella no apartó la mirada.
La otra mujer tomó la palabra.
—Gia se refiere a que ya no hay una manera de saber si no vigilar a Viktor habría hecho que…
—Sé a lo que se refiere Gia —Tatiana pronunció el nombre con desprecio.
La novia de Aleksei desvió la mirada, pero no le pasó desapercibido el momento en el que apretó los dientes.
Ella era la mala allí, por amar a quien no debía, por no tener ni idea de cómo gestionarlo y por ser sincera con ellos. Tal vez debería haber mentido, haber liberado a Yun en secreto, sin dar ningún tipo de explicación a nadie más que a Bogdam. Pero era una estúpida.
Tatiana se obligó a bajar revoluciones. Tomó unos tragos de vino y probó la sopa, a pesar de que su apetito había desaparecido. No afrontaba la situación como correspondía. Viktor apelaba a la lógica, y ella intentaba rebatir algo que era irrebatible. Si quería que sus hermanos comprendiesen su infierno, debía hablar con todo menos con la maldita cabeza. Por eso, dejó la cuchara apoyada en el plato y se sinceró de verdad.
—No sé en qué momento me enamoré de él —reconoció, un tanto frustrada, con las manos sobre la mesa cerradas en un puño—. Él nunca fue un buen secuestrador. Desde el principio fue suave, aunque él creyese que no lo era. Me retuvo un tiempo en un hotel abandonado y allí me hizo creer que quería arrebatarme los contratos con Corea del Norte. Yo no estaba dispuesta a ceder, así que dejé de comer y de beber para presionarle y que me liberase, para acabar con todo si es que esa era la única salida. —Todos la escuchaban con una atención estática—. Pero él no dejó que me quitase la vida. Me llevó a su casa y allí me cuidó. Y hablamos de muchos temas, y compartimos tiempo juntos, y nos conocimos. —Negó con la cabeza, atosigada por los sentimientos—. Cuando me confesó que estaba enamorado de mí desde hacía años, y que su plan era que hiciésemos una alianza, ya era tarde. Yo ya estaba enamorada de él también, aunque mirase para otro lado. —Tatiana hizo una pausa—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? No lo decidí. Pasó, maldita sea. Y no puedo cambiar lo que siento. ¿Podrías tú dejar de sentir lo que sientes por ella? —Tatiana clavó los ojos en los de Aleksei, quien la contemplaba con seriedad —. No hace falta que contestes.
Todos permanecieron en silencio después de que ella hubiese hablado.
Hasta que Viktor lo rompió con la pregunta del millón.
—¿Y Bogdam?
Tatiana apretó el puño un poco más, como si de esa forma pudiese contener el malestar que le hacía sentir una pregunta tan básica. No tenía ni idea de quién le había contado a su hermano lo de Bogdam.
—No sé a qué te refieres.
Viktor la miró, acusador.
—Todos lo sabemos, hermanita.
Tatiana no supo qué decir. Tal vez eso que los unía a Bogdam y a ella no fuese tan invisible, no

pasase tan desapercibido para los demás como ellos dos creían. Llegados a ese punto, mentir no tenía ningún sentido.
—Sí, también estoy enamorada de Bogdam.
Aleksei se cruzó de brazos y se acomodó en la silla, como si hubiesen llegado a la parte interesante de la historia.
—¿Es necesario que te digamos a quién tienes que elegir? —las palabras sarcásticas de Viktor la hicieron dejar caer los párpados con cansancio.
—Ese es mi problema. En mi vida sentimental mando yo, Viktor. Nadie tiene que decirme a quién elegir.
—No cuando te metes en la cama del enemigo.
—¡Que no es mi enemigo, joder! —Tatiana dio un puñetazo en la mesa y la vajilla tintineó.
Viktor resopló con desgana y Aleksei se pasó la mano por la cara.
—Él no va a hacer nada contra nosotros. No lo hará, eso os lo puedo asegurar.
—¿Más de lo que ya ha hecho?
—Cállate ya, Viktor —le reprochó, cargada de odio.
La mesa quedó en silencio y Tatiana supo que no había forma de arreglar ese desaguisado. Se sintió estúpida por tratar de defender a Yun ante sus hermanos, a sabiendas de que sería como darse cabezazos contra una pared.
Se terminó la copa de vino, decidida a cerrar el tema. Continuaría con su plan de liberar a Yun y establecerían una manera de contactar con él de forma privada para poder resolver la situación entre ellos. Y no les volvería a dar explicaciones a esos dos nunca más.
—Creo que deberíais dejar de presionarla ya. —La novia de Aleksei tomó la palabra de forma inesperada, con cierta inseguridad en su expresión que denotaba que no solía llevar la voz cantante—. Ella no puede cambiar lo que siente.
Todos la contemplaron con reservas ante ese giro inesperado. Nadie habría dado un duro por que saliese en defensa de Tatiana.
—La mafia me robó a mi padre, ya lo sabéis. —Katia torció el gesto de forma momentánea ante los antiguos fantasmas de su vida—. Así que enamorarme de Aleksei era un completo error, una traición a mí misma. Pero no lo pude evitar. El amor es caprichoso e irracional, y cuando llega, no queda otra que aceptarlo. No es una decisión que puedas tomar —se encogió de hombros.
Tatiana se conmovió más de lo esperado por la confesión de esa mujer. Ella continuó, con los ojos puestos en Aleksei.
—¿Te imaginas que nos hubiese negado a los dos lo que tenemos ahora sólo porque éramos de mundos distintos, porque se suponía que nosotros nunca podíamos estar juntos?
Aleksei no dijo nada, pero vio cierto entendimiento en sus ojos.
Gia intervino.
—Yo tampoco me habría enamorado de Viktor si hubiese podido elegir —contestó, con la copa de vino en la mano—. Nadie en su sano juicio lo haría.
Gia rio y Viktor le lanzó una mirada acusadora demasiado dramática. Luego, ella le guiñó un ojo con complicidad. La tensión del ambiente se esfumó muy deprisa y dio lugar a un clima muy distinto.
—Tuviste suerte —interrumpió la novia de Aleksei—. Podría haberse quedado con el japonés que conoció en la isla. —Una pulla que remató con una sonrisa fugaz.
—Qué graciosa —hubo un filo asesino en su voz.
A ella no pareció afectarle, pues sonrió de nuevo.
—No saques ese tema si no quieres que Gia y yo tengamos un problema. —Aleksei sonó

demasiado serio, dado el rumbo que había tomado la conversación—. Tenemos muchas cuentas que arreglar todavía sobre esa noche.
—Cuando quieras —le dijo Gia, indiferente.
Tatiana se sorprendió ante la dinámica que existía entre ellos. Por un momento se sintió ajena a la escena, fuera de lugar.
La novia de Aleksei se dirigió a ella en un tono divertido que no esperaba recibir.
—¿Sabes que Viktor quemó un coche sólo porque vio a Gia hablando con un tipo?
Tatiana se sintió contrariada.
—Perdona, ¿cuál era tu nombre?
—Katia —pronunció, sin haberse molestado por ello.
Katia, ahora lo recordaba. Y no le extrañaba nada lo que acababa de confesar. Viktor siempre había sido un poco pirómano y eso era algo que nunca cambiaría.
—También quemó mi vestido de comunión —dijo, con los ojos puestos en él, todavía molesta por lo ocurrido.
—Vamos, hermanita, no seas rencorosa. Los dos sabemos que el vestido era horrendo.
—Lo escogió mamá —rebatió.
Y, ante eso, él no pudo decir nada.
Terminaron la sopa en un ambiente más distendido en el que hablaron de algunos temas insustanciales. La conversación informal había calmado los ánimos y le agradeció a esas dos mujeres que hubiesen suavizado la velada. Katia tenía mucha razón en algo, y es que lo mejor era aceptar los sentimientos en toda su esencia, sin reparos. Tatiana nunca podría ignorar lo que sentía por Yun ni tampoco lo que sentía por Bogdam porque, de hacerlo, estaría condenada al sufrimiento y la frustración durante el resto de su existencia. Sólo le quedaba la opción de aceptar que Yun siempre formaría parte de ella y encontrar la forma de encajarle en el mosaico que conformaba su vida, y de asegurarse de que Bogdam nunca se marchase de su lado.
Janina trajo una fuente con carne y verduras y todos se sirvieron un poco. Era agradable volver a reunirse con su familia, aunque sus circunstancias personales opacasen la felicidad del reencuentro.
Viktor intervino.
—Que te hayas enamorado de un chino es una putada —reconoció—. Pero si lo tienes tan claro, entonces da igual lo que te digamos esta noche.
Se recostó contra la silla y la miró a los ojos.
—Sé feliz, Tat —concluyó.
Viktor ondeaba la bandera blanca, lo cual supuso un alivio repentino.
Tatiana asintió. Le agradeció en silencio que dejase de pelear con ella por algo que era inevitable. Quiso abrazarle por su aceptación inesperada, pero no quería que se viniese arriba. Por eso, permaneció en su sitio y le dijo con una mirada todo eso a lo que no podía ponerle palabras. Y su hermano lo entendió a la perfección.
—Sé feliz —secundó Aleksei, mientras levantaba la copa en dirección a ella.
Que Aleksei lo aceptase no era una sorpresa, pues sabía que lo haría tarde o temprano.
El resto levantó también su copa y Tatiana se vio obligada a coger la suya. Un brindis cerró el tema, y Tatiana estuvo al borde de dejar caer una lágrima de alivio y agradecimiento. Se la tragó por no darle el gusto a Viktor de hacer un comentario estúpido.
Al final, la familia lo era todo. Y el amor hacia la familia, al igual que el amor romántico, era algo que nunca podía ignorarse.
Ellos nunca aceptarían a Yun en sus vidas, pero no tenían por qué hacerlo, igual que ella no tenía

por qué forjar una amistad con ninguna de las dos mujeres que había en la mesa, a pesar de que hubiesen roto una lanza por ella y a pesar de que condicionasen la opinión de sus hermanos más de lo que a ella le gustaría aceptar. Pero respetaban su decisión, y eso cambiaba mucho el escenario.

—¿Por qué no le traes a cenar? —dijo Viktor, con ese brillo de locura en la mirada.

Tatiana dejó caer los párpados.

—No quiero que le claves el cuchillo de la mantequilla.

Viktor rio y Aleksei la miró con perspicacia.

—Tráele. —Una sugerencia que sonó como una amenaza, aunque no fuese su intención.

—No creo que tenga ganas de veros la cara —respondió, sarcástica—. ¿Dónde le capturasteis?

A esas alturas, quería conocer todos los detalles, cómo habían logrado que cayese en sus manos.

—Le tendimos una trampa —confesó Viktor, con cierto desinterés—. Bogdam nos contó que te tenía muy bien protegida, así que sabíamos que eras importante para él. Le hicimos creer que estabas en Moscú.

Tatiana entrecerró los ojos.

—¿Cómo?

Aleksei tomó la palabra.

—Le enviamos un mensaje al número desde el que tú escribiste a Bogdam —confirmó, mientras cogía un pedazo de pan de la cesta que había en el centro de la mesa para terminar con él su plato —. Le dijimos que eras tú y que querías verle.

Tatiana permaneció en silencio. En ningún momento consideró que ese mensaje colocase a Yun en una posición de peligro. Sus ansias por escapar habían opacado el detalle de que el teléfono quedaría registrado en el de Bogdam para siempre.

—Le faltó el tiempo para venir. —Viktor sonrió con un toque perverso.

Y a Tatiana le entristeció la idea de que él se hubiese expuesto de una forma tan estúpida sólo por encontrarla, por volver a reunirse con ella.

—No es mal tipo —reveló, como ya le había dicho también a Bogdam—. Aunque suene imposible de creer.

Viktor atrapó la botella de vino para servirse.

—Si tú lo dices.

Janina entró a recoger los platos y la conversación sobre Yun quedó en el olvido.

Tatiana contempló a sus hermanos mientras Aleksei susurraba algo a Katia y Viktor le preguntaba a Janina qué había de postre. Por mucho que tuviesen desavenencias, que no estuvieran de acuerdo con todo, eran hermanos, y eso era lo que prevalecía al final de todo. Dio gracias de estar sentada allí, con ellos, en esa mesa, después de que todo hubiese implosionado a su alrededor y hubiesen logrado salir victoriosos de la situación.

Eso era lo que de verdad importaba.

Era lo único que importaba, en realidad.

Capítulo 61

«El hombre que pretende verlo todo con claridad antes de decidir nunca decide».

Henry F. Amie

Tatiana cerró la puerta del comedor y caminó por el pasillo en dirección a la escalera. Esa noche dormiría en la habitación de invitados y por la mañana llevaría a Yun a un punto seguro desde el cual pudiese llegar hasta su casa, en el bosque. Después, no tenía ni pajolera idea de qué iba a hacer. Tal vez pensar en soledad, meditar la situación durante un tiempo, sin apresurarse, sin correr el riesgo de tomar la decisión equivocada.

Acciones que se sentían como una pérdida de tiempo.

Tal vez eso que le ocurría era el karma por todas esas personas a las que había torturado y asesinado a lo largo de los años, justicia divina, o poética, o como se le quisiese llamar. El odio la había llevado a cometer los actos más grotescos, y ahora el amor era su peor castigo. Menuda broma sin gracia.

A Tatiana le importaban muy poco el karma, los dioses, o lo que el destino tuviese preparado para ella. Ella era la dueña de su vida, y como tal, sería quien decidiese el rumbo de los acontecimientos, aunque perdiese la cordura durante el proceso.

Sólo había dado unos pocos pasos cuando alguien la llamó a su espalda. Tatiana se giró y vio a Gia caminar hacia ella.

—Espera, no te vayas. —La chica llegó hasta donde se encontraba y se detuvo a unos pasos—. ¿Tomamos una copa?

Tatiana la miró de arriba abajo. Llevaba puestos unos vaqueros negros con unas zapatillas deportivas, junto con una camiseta blanca con el logo de una protectora de animales que Tatiana no se habría puesto ni para limpiar retretes. El pelo moreno estaba suelto y brillaba bajo las luces del pasillo. Lo último que le apetecía era congeniar con la novia de su hermano, la causante de casi todos los problemas que había tenido en los últimos meses, así que rechazó su invitación.

—No, gracias —respondió, antes de darse la vuelta para continuar con su camino.

Sin embargo, largarse se sentía como una equivocación. Tatiana estaba sola y ahora era más consciente que nunca de ello. No tenía amigos con los que hablar más allá de Janina y Aleksei, a los que rara vez les contaba sus problemas. Conocía a mucha gente, pero a muy poca con la que se hubiese abierto de verdad alguna vez. Había sido ella misma quien se había condenado a esa especie de aislamiento social en el que siempre se había encontrado cómoda.

Hasta ahora.

—No te robaré mucho tiempo —insistió ella, a su espalda.

Tatiana se detuvo.

Puede que no fuese tan malo hablar con alguien durante un rato, estar acompañada por una mujer, para variar. Ella había crecido en un mundo de hombres y en pocas ocasiones se había cruzado con mujeres que no fuesen rivales en algún ámbito de su vida o que no la contemplasen como a una zorra a la que era mejor no molestar. En el hospital, todo el mundo sabía de quién era hija, y eso le colocaba una especie de etiqueta que ahuyentaba a la mayoría de las personas. Pero ella no iba al hospital a hacer amigos, así que nunca le importó. En su trabajo, todos los hombres

de negocios eran eso, hombres. Y como sólo se trataba de trabajo, tampoco le importó. Con el paso del tiempo, había estrechado la relación con algunos de ellos, como con Artem, pero no lo suficiente como para dejar caer esa máscara con la que se protegía del mundo.
La realidad era que estaba sola.
Ahora, de improviso, sentía el vacío que provocaba en su vida la ausencia de la amistad. Tal vez el tiempo que había compartido con Yun la había cambiado demasiado, pero Tatiana decidió que tomar una copa con una mujer, por una vez, no la mataría.
—Está bien —aceptó finalmente.
Gia asintió y ambas caminaron hacia el salón de la casa, sin cruzar palabra.
Accedieron a la estancia amplia, que estaba a media luz.
Tatiana caminó hacia la barra y encendió los focos, los cuales iluminaron con elegancia ese rincón del salón que tanto le gustaba. Ella misma lo había remodelado unos años atrás, después de hartarse de la estética ochentera que le recordaba demasiado a su padre. El cuero, el vinilo y la madera quedaron fulminados para dejar paso a la piedra natural, al metal, a la tela y a los cristales de Swarovski.
Sacó un par de vasos y sirvió dos vodkas bien fríos. Le tendió uno a Gia, quien acababa de tomar asiento en una de las sillas altas, y luego dio la vuelta para ocupar la que había al lado. Ambas se giraron para quedar cara a cara.
Gia habló antes de probar ni siquiera el vodka, antes de que a Tatiana le diese tiempo a aclimatarse a la situación.
—Viktor me habla mucho de ti.
Tatiana exhaló con cierta desgana. Imaginaba que más de la mitad de las palabras que salían por la boca de su hermano no eran buenas, pero ya estaba acostumbrada. No dudaba del amor de Viktor hacia ella, pero él criticaba todo lo que no entendía o no era de su agrado. Y ellos dos no siempre se entendían.
No tenía ni idea de qué imagen tenía esa mujer de ella ni si se basaba sólo en las apreciaciones de Viktor, pero lo cierto era que le importaba una absoluta mierda. Sólo quería aprovechar ese rato de compañía inesperada antes de irse a dormir.
—Él también habla mucho de ti —respondió por cortesía, mientras la miraba por encima de la copa.
Gia sonrió. Una sonrisa natural que no solía ver a menudo en las personas.
—Viktor suele hablar demasiado.
—Sí —Tatiana estaba muy de acuerdo con esa afirmación.
El silencio invadió el salón con rapidez. Como ya sospechaba, no había mucho de lo que esa mujer y ella pudiesen hablar.
Sin embargo, Gia no se dio por vencida.
—No creo que sea tan malo ni tan raro estar enamorada de dos personas a la vez —aseguró, de forma muy directa.
La manera tan brusca de atajar un tema que para ella era muy delicado la hizo sentir violentada. Antes de que pudiese decir nada, Gia continuó.
—No es necesario dar tantas explicaciones —dijo, muy segura de sí misma—. Ellos te quieren y por eso respetarán lo que decidas.
Eso ya lo sabía. A sus hermanos no les quedaría otra que aceptar lo que ella hiciese con su vida, pues para eso era suya.
—Lo cierto es que no me importa —aseguró, con la mirada fija en Gia.
Ella levantó las cejas y probó su bebida por primera vez.

—¿Eso crees? —rebatió.
—No lo creo —estrechó la mirada—, lo sé.
Gia la observó con detenimiento.
—Sé lo que estás haciendo —le dijo, para su sorpresa—. Ya he conocido a otras personas como tú antes.
Tatiana levantó una ceja con elegancia.
—Permíteme que lo dude —fue su única respuesta.
Gia no dejó de mirarla mientras daba vueltas a su vaso sobre la barra.
—Crees que por ser una borde y actuar como si todo el mundo te debiese algo vas a tener la vida bajo control. Crees que así nadie va a poder hacerte daño, ¿verdad?
Tatiana soltó una carcajada suave.
—¿También eres psicoanalista?
Gia no se ofendió por su comentario.
—Viktor me dijo que eres una mujer difícil, y tiene razón. Te escondes detrás de demasiadas corazas —hubo un matiz de atrevimiento en la mirada de Gia.
Tal vez esa mujer creía que ser la novia de Viktor la convertía en intocable, pero nada más lejos de la realidad.
—Sólo quiero que seamos amigas —confesó Gia—. Ahora somos familia, ¿no?
Ante tal afirmación, Tatiana no supo si reír o si romper el vaso de vodka en la cabeza de esa mujer. La palabra familia le quedaba muy grande en la boca y no tenía derecho a usarla. No tenía ni idea de qué significaba para Gia el concepto de familia, pero para Tatiana era algo demasiado profundo e inconmensurable como para hacer una afirmación como esa tan a la ligera.
Respondió de la forma más contenida que pudo.
—Para ser familia de una persona no basta con acostarte con ella.
—¿Así nos ves a Viktor y a mí? —respondió, moderada, a pesar de su comentario—. Somos mucho más que eso, Tatiana. Por eso estoy aquí, en medio de toda esta mierda. Y entiendo que estés a la defensiva. No tiene que haber sido fácil para ti pasar por lo que has pasado. Pero aquí dentro no tienes enemigos. Yo no soy una enemiga.
Tatiana terminó su vodka y rodeó la barra para ir a por la botella, mientras Gia no dejaba de hablar.
—No te juzgo por tu comportamiento, aunque creas que sí. Sólo quiero que te des cuenta de que esa actitud, ese mecanismo de defensa que usas, no tienes que usarlo aquí. Aquí puedes ser tú misma, esconder las uñas y dejarte ayudar.
—¿Tú me vas a ayudar? —respondió, desde el otro lado de la barra y con las cejas levantadas por el sarcasmo de su pregunta.
Rellenó su vodka con desgana y se quedó allí de pie, con él en la mano y dispuesta a darle un trago.
—Si me dejas, sí.
—Bien —dijo, con una sonrisa cínica—. Pues ayúdame, haz la magia.
Gia meditó algo mientras la contemplaba, como si buscase las palabras correctas, sabedora de que escoger las equivocadas sólo la llevaría a recibir una mala contestación.
—¿No estás cansada de luchar contra ti misma y contra todo el mundo? —preguntó, finalmente.
Tatiana la miró con seriedad. Iba a responder algo desagradable, pero no llegó a hacerlo porque la puerta del salón se abrió y la novia de Aleksei accedió al interior. Si con una no tenía suficiente, ahora serían dos.
—Hola —dijo Katia, un tanto apresurada—. Janina me ha dicho que estabais aquí.

Caminó hacia ellas y tomó asiento en la silla que Tatiana había ocupado los instantes previos. Dejó un teléfono móvil sobre la barra, bocabajo, y se acomodó. Estaba nerviosa y saltaba a la vista, no era algo que pudiese disimular.
Cruzaron miradas por un instante, pero ella puso su atención en Gia, como si los ojos de Tatiana le impusiesen demasiado, como si tuviese miedo de la represalia por observarla durante más tiempo del permitido.
—¿Quieres un vodka? —le dijo Tatiana, desganada.
—No, gracias.
Debía ser la única persona en esa casa que rechazaba una copa con alcohol.
Gia puso al día a su amiga.
—Le decía a Tatiana que si no está cansada de luchar contra sí misma y contra todo el mundo.
Katia le lanzó una mirada fugaz a Tatiana y luego contempló a su amiga con el ceño fruncido, como si la reprendiese en silencio por atreverse a hacer una apreciación como esa.
—No te preocupes, Katia. No me voy a comer a tu amiga por hablar más de la cuenta —dijo Tatiana, con los ojos puestos sobre Gia.
Ella le sostuvo la mirada. Esa mujer no tenía miedo y eso era algo muy estúpido en un contexto como el que se encontraban.
Katia carraspeó y luego tomó la palabra.
—Creo que Gia tiene razón —afirmó, con cautela—. Creo que luchas demasiado contra todo, que vives a la defensiva.
Las amigas aunaban fuerzas para rascar la superficie. Pero la superficie estaba demasiado dura.
Tatiana se abstuvo de decir lo que se le pasaba por la cabeza. Estaba cansada de utilizar el sarcasmo, sin éxito, así que por primera vez respondió con normalidad.
—La verdad es que no sé a dónde queréis llegar con todo esto.
Hubo unos instantes de silencio antes de que Gia tomase la palabra de nuevo.
—Nos importas, Tatiana, aunque creas que no. Llevamos dos meses buscándote, ayudando a Viktor y a Aleksei a encontrarte. Amamos a tus hermanos y tú formas parte de su vida. Y, además… creo que necesitas ayuda, de mujer a mujer.
—¿De mujer a mujer? —Tatiana sonrió con desgana. No se dejó ablandar por sus declaraciones —. Nunca he necesitado la ayuda de ninguna mujer.
—Tal vez ahora sí. —Gia terminó su vodka sin quitarle los ojos de encima.
—¿Y por qué de una mujer? —Tatiana se lo rellenó cuando Gia dejó la copa sobre la barra.
Estaba tentada de marcharse ante semejante acoso y derribo pero, por algún motivo, no lo hizo. Continuó allí, a la espera de ver cuál sería la siguiente gilipollez que saliese por la boca de alguna de esas dos mujeres.
—Entre nosotras nos entendemos mejor.
Katia asintió ante la afirmación de su amiga y luego tomó la palabra.
—Yo también luché mucho conmigo misma cuando Aleksei se cruzó en mi vida —confesó—. Él representaba todo lo que yo odiaba, así que intenté pelear contra mis sentimientos. Mi diálogo interno era terrible y estaba plagado de miedos y de prejuicios que me repetía una y otra vez, como una letanía —su frente se arrugó con una angustia sutil, ya digerida—. Me aislé de todo el mundo, me aislé de Gia, que es como mi hermana, y me retraje en mi dolor y en mi lucha por no aceptar cómo eran las cosas en realidad. Y al final no sirvió de nada. Hasta que no entendí y acepté mis sentimientos, no vi la luz. Amaba a Aleksei y sólo sería feliz a su lado. No había más.
Tatiana permaneció en silencio ante esa revelación inesperada. Pudo saborear en las palabras de Katia la tortura por la que había pasado, a pesar de no conocer los pormenores de la historia, más

allá de lo que Aleksei le había narrado cuando prepararon su plan de fuga.
Gia le tomó el relevo a su amiga.
—La primera vez que vi a Viktor, él estaba en la cama con dos mujeres a la vez —levantó las cejas—. Yo creía que no era celosa, pero al conocerle descubrí que sí, así que, enamorarme de alguien a quien había catalogado como un mujeriego era la idea más suicida del mundo. Pero pasó, y en vez de aceptarlo, me dediqué a hacer estupideces. Como acostarme con otro tío porque Viktor me sugirió hacer un trío con una rubia. —Gia rio con suavidad y Katia puso cara de circunstancias—. Hicimos muchas tonterías los dos por no aceptar nuestros sentimientos. Y, al final, ¿para qué? Terminamos juntos de todas formas porque supimos enseguida que separados nunca seríamos felices.
Katia asintió para darle fuerza a las palabras de su amiga.
Gia continuó, esta vez con un tono un poco más serio.
—Solemos volcar nuestra frustración con otras personas, cuando en realidad el problema lo tenemos nosotros mismos —afirmó, segura—. Así que, en mi caso, escogí dejar de hacer estupideces y empezar a trabajar en mí misma antes de poder confiar en Viktor. Él trabajó sus problemas también, todavía lo hacemos los dos. Pero esto no es una batalla contra el mundo, Tatiana. No vas a encontrar respuestas por usarnos como blanco de tu frustración, o por luchar con tus hermanos. Esto es contigo misma.
Algo en su discurso se sentía acertado, a pesar de que Tatiana no compartía del todo su opinión.
—Sólo queremos que sepas que somos un lugar seguro y que entendemos por lo que estás pasando —añadió Katia. Poseía un punto de dulzura que hacía mucho que no veía en nadie—. El amor no es fácil, no se ajusta a lo que nos venden de niñas, y puede ser muy desalentador aprender a manejar nuestros propios sentimientos. Sólo queremos que sepas que puedes hablar con nosotras. Te ayudaremos en lo que podamos.
Tatiana bajó la mirada al vaso de vodka que sostenía sobre la barra y luego apretó los dientes. Se rindió un poco, aunque eso la hiciese sentir estúpida. Algo en las palabras de Katia y de Gia, algo en la cadencia de su voz cuando hablaban sobre el dolor y las dificultades del pasado, suavizó algo en su interior y apaciguó un poco su propio dolor.
Era ridículo. Ellas no tenían ni idea de por lo que estaba pasando. Tenían sus propias experiencias, pero estas no tenían nada que ver con la suya propia.
Y, aun así, escucharlas suavizó un poco su sufrimiento.
Suspiró mientras se llevaba la mano al bolsillo del pantalón. Sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Luego, lo dejó sobre la barra, en medio, a modo de invitación para que esas dos mujeres tomasen uno si así lo deseaban.
Dio una segunda calada con los ojos puestos en el cuadro de su padre, que coronaba la pared de la chimenea. La mirada, creada con pinceladas de óleo, parecía contemplarlo todo con desagrado, con una decepción que Tatiana creyó que iba dirigida hacia ella en exclusiva. Habló sin pensarlo demasiado, como si esa fuese la única forma de seguir el juego, ahora que de alguna manera esas mujeres la habían convencido para compartir una muestra del tormento que llevaba dentro.
Tragó saliva, y aun así fue difícil pronunciar las mismas palabras que un rato antes había pronunciado en la mesa, cuando cenaba con sus hermanos, como si el clima que compartía con ellas convirtiese esas mismas afirmaciones en algo delicado y arduo de explicar.
—Estoy enamorada de Bogdam desde que era una niña. —Dio otra calada y el cigarrillo se calentó demasiado—. Pero nunca se lo había dicho hasta después del secuestro.
Expulsó el humo mientras miraba a los ojos a Katia y a Gia, que la escuchaban con atención.
—Vosotras no tenéis ni idea de cómo ha sido mi vida —hubo un toque de reproche en su tono—.

Yo no he crecido en un mundo normal, como el vuestro.
—Lo entendemos —se apresuró a decir Katia—. Y sé qué tipo de educación te dio tu padre porque tuve que pelear mucho con Aleksei por culpa de eso.
No lo dudaba.
Tatiana dio otra calada antes de continuar. Luego, un trago de vodka. Como si esos actos la insuflasen de valentía, como si le otorgasen claridad para escoger las palabras y ordenar su discurso. Como si aliviasen su desencanto.
—Me he negado el amor durante toda mi vida y me he privado de ser feliz con Bogdam. Le he privado a él de serlo conmigo. Todo porque se suponía que eso era lo que debía hacer, porque era lo justo, o lo lógico. He luchado tanto por reprimirlo… —añadió—. Para que ahora Yun lo haya desarmado todo en un par de meses.
Era ridículo de escuchar y difícil de asimilar.
Katia tomó la palabra.
—El tiempo da igual —afirmó—. A veces sólo es necesario que aparezca la persona correcta, y entonces todo encaja. Lo nuevo y lo anterior.
Tatiana meditó sus palabras. Era cierto, no era una cuestión de tiempo.
—Estoy atrapada y no sé cómo resolver esto sin hacer daño a nadie —confesó, expuesta, desnuda ante ellas, como una muñeca matrioska pequeña e imposible de descomponer en nada más que no fuesen astillas y serrín.
Había llegado muy rápido a ese punto en el que las revelaciones salían solas, puede que porque Katia y Gia la habían llevado hasta ahí con sus propios testimonios. O quizás porque tenía mucha más necesidad de expresar sus temores de lo que aceptaba reconocer.
—No quiero elegir a uno y que el recuerdo del otro me torture para siempre —reveló, con la mirada fija en la copa de vodka y el cigarrillo humeante quieto de camino a su boca.
Las miró a ellas y vio comprensión en sus ojos. Y, por primera vez en mucho tiempo, dejó de sentirse sola.
—¿Qué hago?
Gia exhaló, mientras su mirada denotaba que le daba vueltas a la cabeza. Katia alargó la mano y tomó un cigarrillo del paquete que descansaba sobre la barra. No le pasó desapercibida la pequeña patada que Gia le propinó al otro lado. Hubo reproche en las miradas de ambas.
—Es peor la ansiedad —se defendió Katia, en voz baja.
Lo encendió despacio y le dio una calada que transformó su expresión en una de satisfacción y paz muy notable. Luego, volvió su atención a ella y a la pregunta que flotaba en el aire. Gia tomó la palabra.
—Tatiana, creo que deberías hacer caso a tu intuición, una que estoy segura que tienes y que eres capaz de escuchar. Debes atender a ella, aunque lo que te diga suene ridículo o esté lleno de prejuicios. Si debe ser Bogdam, será —dijo Gia, mientras la miraba con complicidad—, y si debe ser Yun, será, aunque lleve en tu vida sólo dos meses. La respuesta la tienes tú, y si confías en tu instinto, tomarás la decisión correcta. Aprenderás a vivir con lo que decidas, estoy segura.
Katia aportó su granito de arena.
—Y no tienes que contentar a nadie con tu decisión, ni mucho menos a Aleksei o a Viktor —añadió—. No te dejes llevar por el qué dirán —repitió—. Nunca dejes que eso te condicione.
Ella sabía mucho de eso.
Tatiana se pasó la mano por la frente, con el cigarrillo todavía entre los dedos. Le dio la última calada y lo apagó en el cenicero que había a un lado.
Instinto. Intuición. Palabras que le evocaban cualidades para la supervivencia, para la

subsistencia en un mundo hostil, para la lucha, pero que Katia y Gia trasladaban a otro escenario muy distinto como era el de los sentimientos y el amor. Ellas apelaban a una sabiduría interior a la que sólo había que escuchar, como si eso fuese fácil, como si fuese sencillo apagar el ruido de los prejuicios y del mundo.
—No encuentro la respuesta dentro de mí misma —confesó, esta vez sin ocultar su malestar.
—Pues está ahí —Katia sonó muy segura—. Tal vez sólo tienes que empujar un poco.
—A ver —Gia tomó la palabra—. Si te dijese que mañana se acaba el mundo, ¿a cuál de los dos escogerías?
Tatiana no tuvo que pensar la respuesta, pero la respuesta sonó ridícula.
Las dos mujeres aguardaban expectantes frente a ella, a la espera de su veredicto.
—Ya lo sabes, ¿verdad? —intervino Gia.
Sí. Ya lo sabía. Por eso asintió con desgana en respuesta a su pregunta.
¿Qué más tenía que meditar? ¿Cuántas vueltas más debía darle? Katia y Gia estaban en lo cierto, ella ya había tomado una decisión basada en algo muy alejado de la lógica. Aunque se valiese de las dudas y de los prejuicios para ignorar su elección, para alargar más el momento de la aceptación absoluta, el camino a seguir estaba claro.
Terminó el vodka de un trago y dejó la copa sobre la barra.
—Tenías razón —le dijo a Gia, con la vista fija sobre el vaso vacío—. Sí que podías ayudarme. —Enfrentó su mirada esta vez—. Sólo necesitaba que alguien me hiciese ver que esto es más simple de lo que parece. —Exhaló—. Gracias a las dos.
Tatiana rodeó la barra y caminó hacia la puerta del salón. No existía meditación ni reflexión posible para cambiar algo que ya estaba decidido desde el principio. El tiempo sólo alargaría un desenlace que ya estaba escrito. Claro que tenía la respuesta, la había tenido todo el tiempo, pero era una estúpida por pensar que su decisión no era lo suficientemente buena como para asumir que era la única posible.
—¡Eh, Tatiana! —Gia la llamó desde la barra y ella se giró—. Ven a tomar otro vodka con nosotras cuando quieras.
Tatiana asintió.
No había sido tan malo beber con ellas por un rato. Esas dos mujeres habían actuado como un catalizador y ahora comprendía las palabras de Gia cuando afirmaba que las mujeres se entienden mejor. Sus hermanos nunca habrían respetado ni comprendido sus sentimientos lo suficiente como para llegar a un entendimiento como el que ellas habían compartido en esa esquina del salón.
Tatiana cerró la puerta a su espalda y encaró el pasillo. Lo recorrió con calma, con una calma que era nueva y que no había experimentado en ningún momento desde que regresó a la mansión.
No tenía sentido esperar ahora que por fin veía algo de luz.
Se detuvo en el inicio de la escalera y miró hacia arriba.
La decisión estaba tomada.

Capítulo 62

«Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero;
cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero».

Garcilaso de la Vega

Tatiana encontró a Bogdam en su habitación, la primera del pasillo en el que residían los hombres más importantes de la organización, esos que nunca dejaban la mansión, los que estaban siempre al lado del líder. Tocó la puerta y la abrió antes de esperar respuesta y le encontró allí, sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y un cuaderno pequeño entre las manos. Anotaba algo en letra pequeña y dejó de hacerlo cuando la vio entrar. Su mirada era sombría y eso la afectó. Odiaba hacerle daño y se dijo que, para bien o para mal, el sufrimiento estaba a punto de llegar a su fin.

—¿Me acompañas? —le dijo, en tono cómplice.

Bogdam asintió y se puso en pie ayudado por la muleta. Estaba cansado y todavía necesitaba reposo para recuperarse del todo. Pero eso era secundario. Urgía más resolver la situación entre ellos para así poder seguir adelante.

Tatiana le tomó de la mano cuando pasó por su lado y le ayudó a salir. En realidad, él no necesitaba su ayuda, pero quería sentir su piel, su cercanía. Tiró de él para que caminase, sin intención alguna de hacerle daño, pues era muy consciente de que la herida de bala en su pierna palpitaba por el dolor.

—¿A dónde vamos? —preguntó él, desconfiado. Aún procesaba la nueva situación entre ellos.

—Sólo sígueme.

Le condujo por el pasillo de la mansión, que estaba iluminado de forma tenue a esas horas de la noche, hasta que llegaron a la puerta de su dormitorio, la que custodiaban con obediencia Denis y Sasha. Antes de entrar, se detuvo frente a él y le acarició la mejilla como ya había hecho tantas veces desde que los muros que se erigían entre ellos se derrumbasen uno tras otro.

—Te quiero —pronunció, casi en un susurro—. Y eso nunca va a cambiar.

Bogdam la contempló en silencio, con esa mirada verdosa que tanto adoraba.

—Lo sé.

Bien.

Su respuesta la apaciguó. Le amaba y quería estar segura de que él lo sabía todos y cada uno de los días de su vida.

Aclarado ese punto, los hombres se apartaron y ella abrió la puerta. Accedió al interior y le invitó a pasar. Luego, cerró tras de sí.

Yun estaba sentado en una de las butacas de la mesa que había al lado de la ventana y se puso en pie nada más verlos llegar. Se quedó muy quieto, con sus ojos puestos sobre Bogdam. Ambos se

estudiaron el uno al otro y Tatiana les concedió tiempo suficiente para ello. Yun llevaba la Glock en el bolsillo y sabía que Bogdam también lo sabía. Había visto a muchos hombres armados como para que algo tan evidente le pasase desapercibido. Él no disponía de ninguna arma, pero a una distancia tan corta, y aun estando herido, no la necesitaría. Por eso, la escena se sostenía en base a la confianza que esos dos hombres tenían en ella.
Yun le observó con esa mirada altiva con la que solía doblegar a los demás y Bogdam lo hizo con ese aura silenciosa y animal que contenía una promesa de sangre y muerte. Pero a Yun no le afectó, cosa que se le antojó una proeza.
El ambiente se cargó de tensión y Tatiana la rompió antes de que pasase el límite de lo razonable.
—Sentaos, por favor.
Yun la miró de reojo. Bogdam no necesitó hacerlo.
Le indicó que tomase asiento en la butaca que había al otro lado de la mesa y Bogdam lo hizo. Caminó hacia allí y se dejó caer de forma un tanto extraña por culpa de la herida de bala. Yun también se sentó.
Tatiana se colocó delante. Apretó los labios mientras escogía las palabras en su cabeza y luego les puso voz.
Allá iba.
—No voy a escoger entre uno u otro —reveló—. Lo quiero todo. Os quiero a los dos.
Yun la miró con los ojos entrecerrados. Bogdam no cambió su expresión. Puede que ya hubiese adivinado sus intenciones antes de entrar en la habitación.
—Al que no le parezca bien, puede marcharse ahora.
Una parte de ella moriría si alguno de los dos se largaba, pero no podía obligarles a quedarse, no podía forzarles a aceptar una situación que había escogido de forma egoísta.
Yun resopló, un tanto contrariado.
Bogdam no le quitó los ojos de encima durante unos largos segundos. No tenía ni idea de qué buscaba en ellos, pero esperaba que lo encontrase. Y lo encontró, pues le regaló una mirada cómplice de aceptación que Tatiana recibió con un entusiasmo que despuntó como una llamarada en su corazón. Bogdam aceptaba su proposición porque era sabedor de que lo que existía entre ellos era inigualable, imposible de replicar. Confiaba a ciegas en el vínculo que los unía, hasta el punto de aceptar a Yun como un mal menor.
Puso sus ojos sobre Yun. Él la estudiaba con atención, en silencio. Valoraba si merecía la pena aceptar una propuesta tan arriesgada y poco común como la suya. Ahora se revelarían las cartas. Él era un hombre posesivo y Tatiana no tenía muy claro que estuviese dispuesto a renunciar a algunos de sus principios con tal de no perderla. Pero, al final del camino, lo único que Yun ansiaba de Tatiana era su amor, su compañía. Lejos quedaban los contratos con Corea del Norte y el liderazgo internacional. Yun la amaba y el fin último era tenerla a ella.
Lanzó una mirada a Bogdam, desganado. Sólo existía un camino, uno que estaba repleto de espinas.
Por suerte, Yun no tenía miedo a pincharse.
—Tendremos que negociar algunos puntos —declaró, con una soberbia que iba dirigida al hombre que estaba sentado a su lado—, pero no voy a ir a ninguna parte.
Marcaba su territorio. Pero Yun se quedaba y eso fue todo lo que necesitó.
Tatiana exhaló mientras procesaba la explosión de emociones. Era satisfacción, plenitud, triunfo. Ambos aceptaban el escenario que les ofrecía y Tatiana creyó que ese era el día más feliz de toda su condenada vida.
Lo quería todo. No se conformaba con la mitad y nunca sería capaz de hacerlo. Ella era exigente,

ansiaba todo de la vida y estaba dispuesta a tomarlo, aunque no fuese del agrado del resto, aunque no fuese lo correcto o lo establecido.
Era absurdo creer que existía una decisión mejor.
Dio varios pasos adelante y tendió una de sus manos a cada uno de los hombres que había frente a ella. Y ellos la tomaron. Se miraron de reojo, sabedores de que la única forma de tenerla era aceptando que esa era una relación de tres.
Sería así, o no sería.
Y que estuviesen dispuestos a luchar contra sus diferencias, contra todos los sentimientos negativos que se profesaban el uno al otro, sólo por ella, le resultó la expresión de amor más perfecta que había contemplado jamás.
No habían intentado asesinarse, así que era un buen comienzo. Lo demás, lo construirían con el tiempo. Confianza, amor y entendimiento. Estaba segura de que podían llegar a un equilibrio perfecto.
Tatiana se acercó a Yun y le quitó la Glock del bolsillo.
—Esto me lo quedo yo.
Yun dejó caer la mirada, pero no puso ninguna pega.
Tatiana puso el seguro y la lanzó lejos de la escena.
Luego, los tomó a ambos de la mano de nuevo. Qué guapos eran los dos, por dentro y por fuera, qué diferentes, únicos e incomparables. Imposible elegir a uno.
Su historia comenzaba en ese mismo instante. Una historia complicada, pero que juntos aprenderían a hacer fácil.
—¿Alguna pregunta? —Su mirada volaba de uno a otro.
Bogdam negó con la cabeza.
—Las haré sobre la marcha —declaró Yun, altivo.
Le parecía bien. Juntos, lo harían fácil, por supuesto que sí, y empezarían esa misma noche.
Tatiana tiró de ellos y los condujo a la cama.
Ese era su maldito final feliz.

FIN

Epílogo

«Delante de nosotros hay mil vidas distintas que podríamos vivir, pero cuando llegue, sólo será una».

John Steinbeck

Tatiana pegó la copa de champán contra su pecho y puso la mirada en algún punto incierto del jardín, a través del ventanal del salón. La nieve comenzaba a derretirse alrededor de los setos y algunas flores empezaban a brotar tímidamente. La primavera llegaba deprisa.

La reunión anual de los Kozlov se había adelantado un mes este año y era muy distinta a ninguna que se hubiese celebrado antes.

—Eh, Tat —Viktor la interceptó por la espalda—. Baja de las nubes y ven a brindar con nosotros.

Tatiana asintió con un gesto elegante y le acompañó a los sofás, donde los invitados conversaban, algunos sentados y otros de pie en pequeños grupos. Las voces se mezclaban entre ellas produciendo un murmullo agradable.

Buscó a Yun y le encontró junto a Aleksei. El primero charlaba con una copa de vino en la mano y el segundo, con un vodka. Fue hasta ellos y acarició la espalda baja de Yun al colocarse a su lado. La tela de la camisa era suave, pero menos que la piel que sabía que había debajo. Él le sonrió sin dejar atrás la conversación con Aleksei.

—No creo que esté por encima del 1.8T de VAG —afirmó Yun.

—Yo no subestimaría los seis en línea del E36 —rebatió su hermano—. BMV lo hizo bien y desde entonces no ha habido un motor igual.

—Tuve un E36 M3 de 321CV hace unos años y sólo me dio dolores de cabeza.

Aleksei chasqueó la lengua.

—Tendrías mala suerte.

—Los problemas con el Doble-Vanos son de sobra conocidos —replicó Yun, justo antes de darle un trago al vino.

El tema de conversación no captaba su interés, aunque enseguida se vio interrumpido por Viktor.

—Quiero hacer un brindis —anunció, a viva voz—. Vamos, dejad de cotorrear y brindemos.

Las charlas murieron poco a poco hasta que reinó el silencio en el salón. Bogdam llegó hasta su lado y acarició su nuca con cariño a modo de bienvenida. Aleksei regresó junto a Katia, que estaba sentada en el sofá, mientras Viktor comenzaba a hablar.

—Hoy brindamos porque la vida siempre se abre camino a pesar de las adversidades —levantó su copa en alto—. Por Darío Kozlov, mi nuevo sobrino, que ha llegado como un rayo de luz que nos recuerda que la familia es lo más importante que tenemos. ¡*Za zdaróvie*!

Tatiana no pudo estar más de acuerdo.

Todos levantaron la copa en dirección al pequeño bebé que Katia sostenía entre sus brazos, sentada en el sofá. Un niño sano que ya había demostrado un carácter fuerte a pesar de tener poco menos de un mes de vida. Nunca se convertiría en un líder, pues Aleksei estaba decidido a criarle lejos de la organización y del mundo criminal en el que él mismo había crecido, pero era su familia, un Kozlov, y eso lo significaba todo por sí solo.

Tatiana caminó hacia él sobre sus tacones Aquazzura de estilo romántico que Yun le había regalado por su cumpleaños. Tomó asiento al lado de Katia y apartó su melena hacia atrás. Su cuñada la recibió con una sonrisa amigable.
—¿Cómo te encuentras, Katia? —quiso saber.
La veía bien, aunque estaba segura de que ese mes no había sido fácil. No podía serlo con un recién nacido que berreaba a todas horas para que se cubriesen sus necesidades básicas, las cuales se resetearían cada media hora.
—El posparto ha sido un poco duro, pero ya estoy mejor.
—¿Mi hermano te cuida bien?
—Mucho —sonrió con un punto de timidez.
—Si no lo hace, dímelo e iré personalmente a Bali a ponerle las pilas.
La sonrisa de Katia se amplió y ambas pusieron los ojos sobre Darío.
La carita de ese niño era tersa y suave y tenía buen color. Los ojos, de un tono gris oscuro aún sin definir, se movían despiertos de un lado a otro, como si quisiese memorizar el aspecto de todo el que se acercaba a conocerle. La manta fina de color blanco que le envolvía resaltaba sus facciones bonitas y contrastaba con el pelo moreno y sedoso que le cubría la cabeza. Era la criatura más frágil que había visto en mucho tiempo, y a la vez la más valiosa.
Él representaba la perpetuidad de la familia, fuera cual fuese su destino.
—¿Te deja dormir? —preguntó Tatiana, a la vez que le acariciaba la fracción de piel que quedaba al descubierto por encima de la muñeca.
—Lo cierto es que no —exhaló—. Pero come bien, así que no me quejo.
Una cosa por la otra. La maternidad convertía la resignación en un arte para la supervivencia.
—¿Quieres cogerle? —Katia le tendió el bebé con complicidad.
—Por supuesto.
Tatiana abandonó la copa de champán en la mesa que había al lado del sofá y luego le agarró con cuidado. Le acomodó entre sus brazos de la mejor forma que pudo. Pesaba muy poco y su cuerpo diminuto no ofrecía resistencia a pesar de estar en el regazo de una desconocida. Le sonrió, una sonrisa sincera que llegó a sus ojos, y él emitió un gorgoteo en respuesta.
—Te queda bien, Tatiana —apreció Artem, que estaba sentado al lado de su tía Lada, en el sofá perpendicular al suyo—. ¿No has pensado en ampliar la familia?
—Pues tiene para elegir —apuntó Viktor, que acababa de unirse a ellos—. Y lo bueno de que Yun sea chino es que nunca habrá dudas de quién es el padre.
Tatiana le contempló con cara de circunstancias. Lada y Artem rieron ante la ocurrencia y ella agradeció que Yun estuviese en la barra y no hubiese tenido que soportar las estupideces de Viktor.
Aunque había llevado su tiempo, sus hermanos habían aceptado que Yun no era un enamoramiento pasajero ni tampoco un enemigo. Lo malo de esa aceptación era que llevaba implícita la confianza suficiente como para que Viktor se sintiese libre de poner voz a todas las tonterías que se le pasaban por la cabeza. Como cuando le preguntó que cuál de los dos entraba a casa por la puerta trasera mientras Janina servía la cena.
—No entra en mis planes tener un bebé, pero si cambio de opinión, sólo espero que no se parezca en nada a ti —le respondió, hastiada.
Viktor rio con suavidad y Tatiana devolvió la atención a Darío. El agitaba los bracitos fuera de la manta.
—¿Y tú, Viktor? —preguntó su tía Lada—. Ya llevas un tiempo con la chica. ¿Cuándo os vais a poner a la tarea?

Su tía estaba guapa ese día, vestida con un conjunto de chaqueta y pantalón de color blanco y una bufanda de piel de zorro que le caía sobre el hombro. Dos diamantes pequeños como pendientes, a juego con la pulsera. Siempre había sido una mujer sobria y elegante.
—Gia está muy ocupada, tía —dijo, a la vez que le restaba importancia con un encogimiento de hombros—. Se pasa el día en el hospital y apenas tiene tiempo para mí.
Gia, que charlaba con Anton junto a la chimenea, ladeó la cabeza ante la mención de su nombre. No le había pasado desapercibido el comentario de Viktor.
—Eso no es cierto. Viktor me obliga a coger dos días libres a la semana, aunque yo esté hasta arriba de trabajo —aclaró, con aire resignado.
Viktor puso cara de niño bueno, ante la mirada atenta de su tía Lada.
—En dos días tienes tiempo de sobra para dejarla embarazada —sentenció ella—. Así que espero ver nacer a otro bebé antes de que me llegue la hora. Uno que sepamos que va a tomar el bastón de mando algún día.
La puya no pasó desapercibida, aunque Katia hizo oídos sordos.
—¿También le metes tanta presión a Nikita, tía? —quiso saber Viktor.
Su primo no había podido acudir a la cita, aunque no había dado muchas explicaciones más allá de que tenía compromisos de trabajo. El brazo de la organización que dominaba el sur del país tenía sede en la ciudad que él lideraba, Rostov del Don, pero Tatiana sabía que él despejaba su agenda cuando lo consideraba oportuno. No estaba tan ocupado como hacía creer.
—Nikita es un caso aparte —respondió, renegada—. Ya le he dado por perdido. El sur le ha ablandado los sesos, eso es lo que ha ocurrido.
Su tía Lada era una mujer del norte. Había pasado toda su vida en Arcángel y le costaba concebir que el carácter de una persona se pudiese forjar a dos mil kilómetros en línea recta hacia el sur. Allí llevaba Nikita desde que cumplió dieciséis y viajó para ocupar el puesto como mano derecha de Karl, su tío abuelo, listo para formarse como líder y tomar el relevo cuando él muriese. Ya hacía 13 años que Karl los había dejado y que Nikita lideraba Rostov del Don de forma prolífica.
—Nikita hace bien su trabajo, tía, eso es lo que importa —le recordó Viktor.
—Hace bien su trabajo, pero no sienta la cabeza. Nadie llega muy lejos sin una mujer decente al lado. Tu padre cometió muchos errores después de apartar a tu madre de su vida. Ya tienes edad para haberte dado cuenta de eso.
—Déjale que disfrute. —Viktor no tenía ganas de remover el pasado—. No seas aguafiestas.
Su tía le lanzó una mirada asesina antes de darle un trago a la copa de champán.
—Con los años me darás las razón —le advirtió.
—Ya lo veremos. —Viktor le agarró el hombro con cariño y le dio un apretón—. Mientras tanto, voy a por una copa de vodka que me anime un poco. A lo mejor así cumplo con tus deseos y dejo embarazada a Gia esta noche, tía.
Viktor le guiñó un ojo y puso rumbo a la barra, no sin antes pellizcar el trasero a Gia al pasar por su lado. Era un provocador nato. Lada contempló a su sobrino marchar mientras negaba con la cabeza.
—Mi hermano es el claro ejemplo de un caso perdido, tía —reconoció Tatiana, altiva—. Pero no queda más remedio que quererle así.
—Tienes razón —reconoció ella—. Hay que quererle como lo que es, un hombre adulto con la mente de un niño y la cabeza muy dura. —Lada se giró hacia a Artem, quien escuchaba la conversación relajado—. ¿Y tú? ¿No estás casado?
Artem iba bien vestido, con un traje de chaqueta gris hecho a medida. El pelo canoso estaba peinado hacia atrás, lo que le daba un aspecto más elegante todavía del que ya tenía.

—Sí, lo estoy —respondió, satisfecho—. Llevo casado veintiséis felices años.
—Esos son los matrimonios de verdad, los de antes. Duraderos, sin excusas. Espero que mis sobrinos sigan tu ejemplo.
Artem sonrió y Tatiana le lanzó una mirada de reojo a Katia, quien escuchaba con prudencia las palabras de Lada. Sabía que la mujer de su hermano se sentía intimidada por la familia. Los Kozlov eran duros y directos, y eso no era plato de buen gusto para todo el mundo.
Yun apareció en escena y su presencia difuminó la atmósfera densa que había dejado la conversación entre Lada y Viktor. Le regaló una sonrisa arrogante a Tatiana que la hizo entrar en calor. Luego, se agachó a su lado para observar a Darío.
—*Nǐ zhēn piàoliang* —susurró, mientras le acariciaba la mejilla con el dorso del dedo.
Tatiana observó su interacción. Le había dicho a Darío que era muy guapo. El chino comenzaba a sonar familiar en su oído y a resultarle incluso interesante, algo que nunca creyó que pudiese ocurrir. Yun lograba lo impensable y esa era una de las cualidades que más amaba en él.
Bogdam apareció a su espalda, detrás del sofá. Sus ojos verdes se pusieron sobre el bebé y luego se dirigió a Katia.
—Se parece a ti —apreció, con esa voz ronca que le erizaba la piel.
Katia se volteó para responder.
—Eso dice todo el mundo, aunque yo no lo veo tan claro.
—Yo también creo que se parece a ti —sentenció Yun, mientras se ponía en pie—. El tiempo lo dirá. Los bebés cambian muy rápido.
Katia suspiró.
—Sí, eso también me lo dice todo el mundo.
Tatiana se acercó un poco a Darío e inspiró su olor. Su fragancia era suave, dulce y única, una mezcla de colonia fresca y su olor personal. Le sonrió una vez más y después lo devolvió a los brazos de su madre. Ya había tenido suficiente.
—Cuídale mucho.
Katia asintió con una sonrisa.
Dicho eso, Tatiana se puso en pie.
—Si me disculpáis, ahora vuelvo —se excusó frente a los presentes. Se puso en pie y rodeó el sofá para enfrentar a Bogdam—. Estarás contento —le dijo, provocadora—, ahora ya no puedo fumar dentro.
Él le regaló una media sonrisa que prometía que ajustarían cuentas más tarde, con una represalia que estaba segura de que iba a gustarle mucho.
Cogió el abrigo de paño negro y abandonó el salón por la puerta que daba directamente al jardín. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo y luego se lo echó por los hombros, sobre el vestido. Extrajo un cigarrillo y se lo encendió mientras ponía la mirada en los restos de hielo que rodeaban los setos que había contemplado un rato antes, cuando meditaba con la vista perdida en el jardín.
En los últimos tiempos se había vuelto una mujer más reflexiva, una que comprendía mejor sus emociones y sus deseos y cómo éstos encajaban en el mundo. Gracias a eso era mejor líder que nunca, más serena, más fiel a sí misma. Ya no se basaba en precedentes para dictar sus leyes, sino que actuaba bajo sus propios principios. Lejos habían quedado su padre y Aleksei y todos aquellos que llevaron el bastón de mando antes que ella. Ahora, Moscú era suyo y lo lideraba como le venía en gana.
La ciudad más segura que nunca, invulnerable. Sus filas no eran tan grandes como antaño, pero estaban formadas por hombres de calidad, leales y entrenados para fulminar cualquier atisbo de

valentía surgido con el fin de crear conflictos en la ciudad. Por primera vez en mucho tiempo, reinaba el orden.
Y gracias a eso Aleksei estaba hoy allí.
Le contempló a través del cristal del ventanal. Su hermano charlaba con Viktor y con Kuzma en la barra, relajado. Era un hombre distinto, uno que por primera vez no ocultaba sus sentimientos al mundo. Aleksei estaba feliz por presentar a su hijo, su primogénito, la expresión más perfecta de su amor con Katia, y así lo hacía ver. A su lado, Viktor le escuchaba hablar con una sonrisa maliciosa en los labios y Tatiana estuvo segura de que no tardaría en hacer algún comentario de los suyos. Los dos eran felices y eso la reconfortaba.
Dio un par de caladas mientras paseaba la vista por el salón.
Lada todavía conversaba con Artem, de espaldas a la ventana. Olga no había podido acompañarle por culpa de una migraña, pero él no había querido rechazar la invitación. La antigua Tatiana nunca habría incluido a un comprador en una reunión familiar, pero ella ya no era esa mujer. Ahora, daba el valor que merecía a las amistades, a esas que permanecían a su lado, fieles a pesar de las circunstancias. Artem era un amigo, y como tal, estaba dispuesta a compartir con él los momentos especiales de su vida.
A un lado, Katia se inclinaba para meter a Darío en el carro. Observó cómo le arropaba con delicadeza y comenzaba a moverlo a hacia delante y hacia atrás con suavidad para dormirle. No le cabía ninguna duda de que iba a ser muy buena madre, la mejor que podía tener ese niño. La novia de Anton, Milena, se había colocado a su lado y contemplaba al bebé con la mirada cargada de ternura. No había que ser muy listo para darse cuenta de que deseaba tener uno en sus brazos.
Después de que Anton la ayudase a salvar la vida de Bogdam, ambos habían lanzado sus máscaras al suelo y se habían visto de verdad por primera vez. Su amistad siempre había estado cubierta por un velo de intereses, un velo que ya no existía. Ahora, disfrutaban de la compañía mutua, salían a cenar de cuando en cuando y recordaban los viejos tiempos, charlaban sobre medicina y tomaban una copa cuando sus agendas se lo permitían.
Al otro lado de la barra, Janina colocaba las copas limpias en su lugar, atareada. Ya le había advertido de que esa tarde no era una trabajadora, sino una invitada, pero era incapaz de dejar de lado su papel. Los del catering estaban a punto de llegar para servir el cóctel y esas copas sucias tras la barra, producto de la incompetencia de algún camarero, eran como un cadáver que esconder. Janina estaba entregada a su trabajo, al cuidado de la familia, y nunca dejaría de hacerlo. Era como un faro en la oscuridad al que acudir ante cualquier necesidad.
Andriy charlaba con Svetlana, la única por parte de su tío Sergey que se había dignado a aparecer desde que se desató el conflicto. Vio coqueteo en su mirada y se preguntó si algún día sentaría la cabeza.
Desvió los ojos hacia Gia, que continuaba enfrascada en la conversación con Anton, todavía al lado de la chimenea, una conversación que lo más probable era que tratase de temas médicos, de esos que trascendían la barrera entre los animales y las personas. Aunque lo creyese imposible, había forjado una especie de amistad con ella. Gia era inteligente e interesante, tenía un toque de genialidad en su trabajo que admiraba mucho y una personalidad peculiar muy necesaria para aguantar a su hermano Viktor.
Por culpa de Gia, ahora tenían un gato. Una bola de pelo blanco y negro que se paseaba por la mansión como si siempre hubiera sido suya y al que su hermano y ella llamaban Napoleón. Justo así se sentía el animal, como un pequeño emperador preparado para conquistar el mundo. Los contemplaba a todos desde una de las banquetas de la barra, al lado de Viktor, la cual había

hecho propia. La mirada intimidante y altiva le recordaba a la del antiguo cuadro que coronaba la chimenea, desde donde la imagen de su padre custodió el salón antaño. En su lugar, ahora brillaba el cuadro de van Ruisdael que le exigió a Yun tras su secuestro.

Su atención voló hacia su primo Vladimir, que estaba apoyado en una esquina y tomaba una copa, taciturno. No había vuelto a ser el mismo desde la muerte de Maxim, y ahora, además, la situación se complicaba para él en Kazán. No existía un sucesor claro y su primo no quería precipitarse, así que su vida transcurría entre Nizhni Nóvgorod y la ciudad que su padre había dejado desamparada. Dos frentes abiertos que consumían sus energías y que le habían hundido más en el estado apático que arrastraba desde que se quedó huérfano.

Tatiana le había ofrecido su ayuda en varias ocasiones, pero él quería gestionar el problema solo. Todavía luchaba con sus demonios, así que no le presionaba. Mientras la estabilidad se mantuviese en el distrito federal del Volga, todo estaba bien.

Buscó a Yun y a Bogdam, y los encontró en medio de la sala. Charlaban frente a frente, aunque no pudo entrever el tema de la conversación. Bogdam mencionó algo y luego Yun le golpeó en el hombro con complicidad. Le gustaba verlos así, cuando no eran conscientes de que ella miraba.

Aunque el comienzo fue difícil, ahora estaban bien. Los tres habían luchado mucho con sus sentimientos y con sus vulnerabilidades y se habían esforzado para establecer una dinámica sana en su relación atípica. Yun era más posesivo y Bogdam le permitía serlo, pero sólo porque recuperaba terreno cuando Yun se ausentaba. Bogdam era más serio y sexual, y Yun era más distendido, pero más sentimental. El primero era pragmático y el segundo, un idealista. Dos caras de una misma moneda que la complementaban a la perfección. El sexo había ayudado a allanar el terreno entre ellos y había derribado muchos muros, pero también lo había hecho el pasar tiempo juntos y compartir largas conversaciones y experiencias de todo tipo.

Yun no estaba a su lado todo el tiempo que a ella le gustaría, pues viajaba con Shuang a Pekín cuando su cuidadora le advertía de que algo no iba bien. La relación entre Yun y ella era un secreto a voces y Sung Chen, el padre de Yun, no estaba dispuesto a permitir que su hija se metiese en la guarida del lobo, cosa que Tatiana comprendía. También estaban los negocios que él debía atender en Shenzhen y, además, se reunía con su padre cuando este le requería para algún asunto.

En definitiva, pasaba menos tiempo con Yun del que le gustaría.

No ahondaban demasiado en la rivalidad entre sus organizaciones. Yun no se identificaba al completo con la mafia china, a pesar de que era el heredero de su imperio, ni tampoco hacía juicios sobre la forma en la que Tatiana lideraba la suya. Era un tema que se tocaba poco, y cuando se ponía sobre la mesa, se trataba desde el respeto y la confidencialidad. Confiaban el uno en el otro y, a pesar de que Tatiana nunca accedería a liderar en compañía, estaba segura de que la relación con Yun suavizaría en gran medida las asperezas con la organización china.

Bogdam y ella compartían más tiempo juntos, pero gran parte giraba en torno al trabajo. Aunque en la teoría la jerarquía entre ellos seguía vigente, Bogdam había escalado posiciones y, para muchos asuntos, le trataba como a un igual. Ella había escogido no tener una mano derecha en su liderazgo, pero a efectos, Bogdam era como una. No le reconocía como tal, pues no estaba dispuesta a liderar al lado de él ni tampoco de Yun, pero aprovechaba su inteligencia y su experiencia más que nunca y mucho mejor que cuando se empeñaba en dejarle al margen, cuando los sentimientos eran un lastre para ella. Bogdam por fin ocupaba el lugar que merecía en todos los ámbitos de su vida.

Los tres juntos formaban una unión sinérgica. Su conexión era cada día más profunda y especial, más valiosa. Siempre tenían algo que hacer, algo sobre lo que hablar. Conversaban sobre todo y

nada, a veces discutían por las distintas opiniones, pero siempre solucionaban sus diferencias. Disfrutaba muchísimo de los largos silencios en los que Yun leía y Bogdam reparaba algún aparato. A veces, Yun le enseñaba llaves de judo a Bogdam y Tatiana tenía que luchar contra el impulso de lanzarse sobre ellos y quitarles la ropa. El sexo era indescriptible, era sexo en su máxima expresión. Aunque a veces compartía la cama sólo con Yun, o sólo Bogdam, nunca era tan poderoso como cuando estaban los tres juntos. Entonces era sublime, casi divino.

Nunca habría podido escoger a uno solo.

Apuró el cigarrillo con los ojos puestos en los dos hombres de su vida. Disfrutarían del cóctel y de la cena que Aleksei y Katia habían preparado en honor a Darío y luego compartirían tiempo los tres juntos antes de que Yun se marchase a Shenzhen por la mañana.

Saboreó la felicidad en su máxima expresión. Lo tenía todo y debía dar gracias por ello. Se había desprendido de las corazas que había creado a lo largo de los años y ahora era una Tatiana muy distinta. Era la Tatiana que siempre había debido ser. Permeable a los sentimientos, abierta a lo que el destino tenía para ella, fuese bueno o malo, y lista para soportar las cicatrices que dejaba la vida cuando esta se vivía de forma intensa y sin reservas.

Lanzó el cigarrillo a un lado y caminó de nuevo al salón para compartir su felicidad con todas los invitados que había dentro, con su familia, con las personas a las que amaba. Ellos eran su posesión más valiosa.

Ellos eran lo único importante de verdad.

Agradecimientos

Muchas gracias por acompañarme en esta nueva aventura. Espero que la hayas disfrutado tanto como yo al escribirla. La historia de los hermanos Kozlov termina aquí, pero pronto lanzaré la novela independiente de Vladimir, el primo de los protagonistas.

¡Gracias una vez más, querido lector!